

*Selecta*



HASTA CUANDO VOLVAMOS A ENCONTRARNOS  
LA RENDICIÓN DE UN LIBERTINO III  
LAURA MERCÉ



Hasta cuando...  
volvamos a encontrarnos

La rendición de un libertino 3

*Laura Mercé*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*La historia es testigo de los tiempos, antorcha de la memoria, maestra de la  
vida y mensajera de la antigüedad*  
Cicerón

## Prólogo

La guerra contra Francia continuaba implacable. En los primeros días de ese caluroso mes de agosto de 1808, los franceses seguían replegándose tras la línea del Ebro, a la vez que Duhesme se hallaba junto a su tropa encerrado en Barcelona.

El asalto francés al sur español había fracasado estrepitosamente y los ejércitos imperiales —y hasta el mismo rey «intruso» José I— corrían hacia el norte, dejando a su paso una gran desolación. Se sabía que Napoleón Bonaparte, al enterarse del «vergonzoso» desastre de Bailén, además de la humillación de sus huestes y del ultraje al *honor* de las armas imperiales, había montado en cólera: ¿Cómo era posible que el poderío de *Le Grande Armée* cayera vencido por vulgares e insurrectos bandoleros? No lo podía creer.

El éxito de las tropas españolas del sur había causado una gran conmoción en el mundo entero. Y no era para menos: esa victoria, tan extraordinaria, significaba la primera derrota de un ejército gigante y poderoso —con más de veintidós mil soldados abatidos—, por parte de otro de menor valía, compuesto de hombres que, aunque valientes, y temerarios en su mayoría, ignoraban las normas de la guerra. De ese modo, España volvía a aparecer ante el mundo con sus heroicos atributos, al igual que en los lejanos tiempos

ya olvidados.

Tras la batalla de Bailen, había estallado un levantamiento antifrancés y, pese a que Napoleón logró enviar al mariscal Moncey a la península con nueve mil trescientos soldados más, los milicianos consiguieron repeler los asaltos franceses hasta lograr que estos la abandonaran con más de doscientas bajas. La aún sitiada ciudad de Zaragoza, defendida por unos ocho mil doscientos hombres liderados por el general Palafox, después de varios sangrientos asaltos, lograron expulsar a los generales imperiales Lefebvre y Desnoëttes. Y, junto a esa victoria, el asedio a la ciudad de Girona también llegó a su fin. Los defensores catalanes, con la ayuda de una columna de socorro, consiguieron realizar un descomunal ataque que obligó al general Duhesme a levantar el sitio. En esos mismos días, el general inglés *Sir Arthur Wellesley*, al mando de quince mil soldados británicos, desembarcó en Portugal.

No obstante esas alentadoras novedades —que elevaban el ánimo de los españoles—, de pronto comenzaron a llegar otras noticias... la mayoría, muy inquietantes. El 9 de agosto, el rey José I —tras su retirada desde Madrid—, había logrado entrar en Burgos. A finales de octubre, el mariscal francés Lefebvre derrotó al general Blake —jefe de la tropa nacional del norte—, que defendía la frontera española. Y, como si eso fuera poco, Napoleón Bonaparte, deseoso de tomar venganza por los reveses sufridos en tierras andaluzas, había formado un nuevo y formidable ejército. Ante esos graves reveses sufridos en la Península Ibérica, estaba a punto de iniciarse lo que el mundo entero esperaba, y a la vez temía: el encuentro terrestre decisivo entre las dos potencias enemigas: Francia e Inglaterra... y España en medio de ambas.

Y, junto a eso, la pavorosa confusión nacional.

En noviembre, ante la llegada a la Península del emperador francés —con más de doscientos cincuenta mil soldados (la mayoría, veteranos de *Le Grande Armée*)—, la situación se torno aun peor. Este formidable ejército arrasó con las huestes británicas, que operaban en Portugal al mando del

general inglés John Moore, y también con la resistencia española. El treinta de ese mismo mes, en la batalla de Somosierra, los imperiales derrotaron al general San Juan. Tras esa victoria, en diciembre, ya libre de obstáculos, Napoleón Bonaparte —después de asumir en persona el mando de su tropa—, se dirigió de nuevo a la vulnerable capital española. Luego de un día y medio de intensos bombardeos, sus desprevenidos defensores acabaron por rendirse. De ese modo, el emperador de Francia, victorioso, entró en Madrid por capitulación. Seguido a eso, se instaló —con todo su ejército—, en la quinta El Olivar de Chamartin, perteneciente a los Duques del Infantado. Y, sin pérdida de tiempo, volvió a sentar de nuevo a su hermano José en el trono español. Al mismo tiempo que Napoleón ocupaba el centro de España, el general Saint-Cyr penetró en Gerona y se apoderó de Rosas, para luego marchar hacia Barcelona que, luego de socorrer a Duhesme — que aún se encontraba bloqueado en dicha ciudad—, tomó por asalto. Pese a las tantas derrotas y a la ocupación de casi toda España por parte de las fuerzas francesas, sus ciudadanos no se dieron por vencidos. De manera unánime, en todas las ciudades, pueblos y aldeas, comenzaron a salir numerosas bandas de hombres —sin distinción de clases—, armados hasta los dientes, dispuestos a plantar cara a los invasores, hasta más allá de sus posibilidades, con astutos, e insólitos ataques por sorpresa, además de sonados sabotajes y brillantes escaramuzas en una guerra de guerrillas, que de manera súbita comenzó a expandirse por toda la Península. En muy poco tiempo, este peculiar «ejército de bandoleros» —como los llamaba Napoleón—, consiguieron importantes logros.

Mientras tanto, en Cádiz, tras la batalla de Bailen, se preparaban para un seguro ataque de los galos, que bien podía ser por tierra o por mar. Miles de gaditanos —transformados en vecinos-soldados—, se incorporaron a la defensa de la ciudad. Aunque la antigua Gádir — bautizada así por los fenicios—, era una ciudad bien amurallada para defenderse ante los ataques por mar; en tierra firme carecía de fortificaciones y artillería necesarias con

que hacer frente a una invasión completa. Así, se comenzó a reforzar el castillo-fuerte de Sancti Petri y el puente de Zuazo, además de construir nuevas murallas, principalmente en la Cortadura, donde trabajaron de sol a sol todos los gaditanos, sin importar su edad ni su clase social.



## Primera parte

*Luces y sombras*

*Cádiz, a finales de 1808*

Las Navidades de ese año se anunciaban tristes; no obstante, la familia Ibáñez trató por todos los medios de que para ellos no lo fueran tanto. La vida seguía y, durante esas emotivas festividades, ¿quién deseaba acordarse de la guerra, que incluso parecía estar tan lejos de allí? Por eso, en esos días nadie abordó ningún relato sobre los tristes sucesos bélicos. Tenían a Diego junto a ellos y, aunque no bien del todo, cada día que pasaba —pese a su incomprensible mudez junto a su indiferencia hacia las cosas cotidianas—, albergaban más esperanzas de su total recuperación.

La Nochebuena llegó brillante de velas y del enorme pesebre, junto a adornos de muérdago y a largas misas con plegarias y ruegos por la pronta paz.

Cuando toda la familia, incluido Diego, se sentaron a la mesa, ya estaba servida la cena, con el mejor vino, además de turrónes, dulces de mazapán, y muchas otras exquisiteces. Don Pedro no cesó de hablar y de reír, a la vez que llevaba, con cada vez con más bríos, la conversación hacia temas amenos y festivos. También Ignacio, con su divertida y ocurrente gracia, se dedicó a relatar risueñas anécdotas, protagonizadas por él y sus amigos, hasta causar estruendosas carcajadas en todos los presentes. Incluso Natalia, secundada por sus sobrinas, colaboró con aquella alegre velada en medio de un chispeante

buen humor, entre cuentos y divertidos chismorreos.

Por esos mismos días, Gertrudis había recibido, desde Portugal, carta de Wilbur, su prometido, quien seguía enrolado en el ejército inglés al mando del general Arthur Wellesley; muy pronto iban a desembarcar en España. De ese modo, aunque el estado de ánimo de la jovencita no era el mejor, se mostró bastante animada, lo que contribuyó a que no se empañara la atmósfera festiva de la familia Ibáñez.

Al día siguiente, la casa se llenó de gente, entre amigos y vecinos, además de la tía Carmen, acompañada de sus hijas, yernos y nietos. Y así, todos juntos, participaron del apetitoso almuerzo navideño, además de la búsqueda del tesoro y divertidas charadas, organizadas por Natalia y sus sobrinas.

Diego permaneció todo el tiempo sentado en un cómodo sofá, al lado de la chimenea. Pese a su pesarosa incomunicación, su rostro se veía relajado y, a opinión de sus padres, casi feliz.

A finales de enero, de ese nuevo año de 1809, en Jerez nació Demetrio, el primogénito de Gustavo y Rosario. Diego, al enterarse de aquel feliz acontecimiento, sonrió emocionado.

Durante los atardeceres de ese crudo invierno, doña Clemencia, deseosa de darle a su primogénito informaciones para que él pudiera ir procesándolas —y más que nada, para sacarlo de aquella desconexión con el mundo exterior—, le contaba algunos sucesos que habían acontecido mientras él permanecía postrado en la cama (la mayoría de estos, no demasiado tristes); entre otras cosas, le contaba la suerte corrida por sus primos de Sevilla.

—Los dos fueron heridos también, aunque no de gravedad —le explicó—: Todos ellos te envían muchos cariños y esperan que pronto vuelvas a ser el mismo de siempre. La tía Amaranta aún no consigue retomar su vida; pero, a pesar de su desgracia, nos ha enviado una carta, donde se alegra por ti y te da ánimos de seguir adelante en tu recuperación. El tío Ramón y su familia siguen en Granada y, hasta donde sabemos, todos están bien. Y la tía Antonia y el tío

Benito, dado que ellos siempre han demostrado mucha simpatía por Francia y su emperador (algo que ahora los beneficia), siguen perfectamente. Y lo único que ansían es conocer a sus nietos de América. Bueno, como ya lo sabes, Carlos Temple recibió también una fea herida en su pierna y casi la pierde... por suerte, día a día va recuperándose. Tu padre, que hace unos días fue a verlo a su casa, dice que ya casi ni cojea... —Al llegar a ese punto, doña Clemencia estableció una pausa. Mientras miraba con fijeza a su hijo, que permanecía impasible, con la vista clavada en un punto inexistente; en medio de un hondo recogimiento, se dijo para sí: «¿Qué dirías, si supieras de todas las personas amadas por ti han muerto? Dionisio, Trinidad... tus tantos amigos, incluso los de las huertas, a los que tan ligado estabas. Creo que es mejor que sigas ignorándolo todo; al menos hasta que estés mucho más fuerte». Después, tras exhalar un suspiro, pasándole la mano sobre el hombro, con cariñoso gesto, añadió—: Diego, no me canso de dar gracias a Dios por tu restablecimiento físico. Cada día te veo más fuerte y creo... que pronto podrás volver a hablar; de eso estoy segura. Los mismos médicos, que siempre te revisan, no encuentran razones para que tu mudez sea demasiado larga. Y cuando eso suceda, todo volverá a ser como antes... al fin podremos regresar a Jerez. Tengo tanta ganas de volver allí, ¿tú no?

Diego miró a su madre y asintió con la cabeza; de pronto tuvo el impulso de preguntarle, por medio de señas, incluso por escrito, de Dionisio y de Trinidad... pero finalmente desistió. ¿Por qué?, ni él mismo lo sabía; era como si aún no se sintiera preparado para enterarse de la realidad de las cosas, de las que sospechaba iban a ser para él demasiado crueles.

Por suerte, sus sueños, de manera invariable, seguían invadidos por la fuerte presencia de aquella subyugante y misteriosa mujer, que lo alejaban de todo lo malo, llenándolo de ansias y perturbadoras sensaciones de las que no deseaba despertar. Porque solo en esos momentos se sentía feliz.

En esos días se supo que Napoleón Bonaparte acababa de salir de España

para trasladarse a Austria —donde el archiduque Carlos había lanzado una ofensiva—. Antes de partir, dejó en su lugar al general Soult, encargado de continuar con las delicadas operaciones de guerra en la Península.

A principios de marzo, llegaron los últimos sucesos de la martirizada ciudad de Zaragoza. Las gacetillas hablaban del sufrimientos de todos sus habitantes que, después de una larga y heroica lucha —arengados por el general Palafox —, el día veinte de febrero, acabaron por volver a rendirse, con el funesto desenlace de unos treinta mil españoles entre muertos, heridos y enfermos. Esas noticias dejaron a toda la Nación sumida en la desesperanza.

No obstante esos tristes reveses de la patria, junto con el prolongado silencio de Diego —sumado a la melancólica expresión de Gertrudis—, la familia Ibáñez no permitió que tampoco aquella penosa situación alterara el optimismo al que ellos se aferraban día a día. La llegada de la primavera con su explosión de cerezos, naranjos y almendros en flor, además del cálido y perfumado aire, pareció ahuyentar la triste lobreguez de la guerra. Ante el buen tiempo reinante, Diego empezó a dar cortos paseos por los jardines, acompañado de sus hermanos y de los perros de la casa. Aunque enseguida se cansaba, el color de su rostro iba adquiriendo un tono más saludable.

El día de su cumpleaños, toda la familia le organizó una gran fiesta, en la que también participaron la tía Carmen junto a sus hijas y varios de sus amigos gaditanos, entre ellos Fabián y Roque. Durante ese acontecimiento, Diego, aunque en muchos momentos se mostró encantado, la mayor parte del tiempo permaneció lejano e inmutable. Pese a que todos ellos intentaron interactuar con él, no lograron hacer que el agasajado se mostrara dispuesto a comunicarse, ni siquiera por medio de señas.

Don Pedro, ansioso de darle a su primogénito una gran sorpresa, le llevó desde Jerez un hermoso potro blanco, igual al desaparecido Rayo. Diego miró al animal, de cuello encorvado y largas crines, con semblante sombrío.

—¿Te gusta? —preguntó su padre, mirándolo indeciso.

El joven asintió con la cabeza y luego desvió sus ojos hacia otro lado.

—Ya está casi domado... —siguió don Pedro—, sólo falta que tú, cuando estés más fuerte, lo perfecciones y le elijas un nombre. Como ya lo ves, es un animal lleno de fuego, y adiestrado con todo el linaje de *corbetas*.

Mientras hablaba, don Pedro observó el impenetrable rostro de su hijo. «Pero... ¿qué podría hacer yo para verlo un poco más animado, interesado al menos en algo?; nada lo distrae ni lo satisface. ¡Ni siquiera pregunta por la mujer de la que, en los últimos tiempos, tan enamorado se mostraba! Ni por Dionisio ni por nadie, ¿se habrá olvidado de todo?», acabó cuestionándose desalentado.

Tenía que comprender que su primogénito había regresado de las mismas puertas de la muerte: pero al menos estaba con vida, y en franco restablecimiento. Y eso a él, así como a toda la familia, les otorgaba la ilusión de que, un día no muy lejano, Diego lograría superar su extraña mudez y, sobre todo, su aún más incomprensible indiferencia hacia las personas amadas.

Ante esa perspectiva, don Pedro se consoló esperanzado.

Tres días después del cumpleaños de Diego, arribaron desde Jerez de la Frontera, Pastora, Gustavo con su padre, su esposa y el pequeño Demetrio, acompañados de Carlos Temple. Al verlos, Diego se emocionó saludándolos con efusivos abrazos y lágrimas en los ojos. Luego, de manera inexplicable, permaneció indiferente y lejano.

Carlos, al hablar con Úrsula en privado, mientras esta bordaba un tapiz en su bastidor, le preguntó:

—De modo que él, ¿aún ignora que Trinidad Morales murió?

Observándolo con ademán pesaroso, ella le respondió:

—Así es. Y, como no habla, no puede preguntar nada.

—¿No puede... o no quiere? —cuestionó el joven, mirándola incrédulo—. Si quisiera, podría escribir en una pizarra, preguntando por ella, incluso por Dionisio, ¿no?

Úrsula asintió con la cabeza.

—A pesar de que se lo pedimos, nunca intenta hacerlo. Es como si no deseara saber nada... de nada, ni de nadie. Aunque yo creo que, en el fondo, él conoce la verdad.

—Yo también creo que lo sabe; pero no quiere asumirlo para no sufrir más. Y eso, en cierto modo, es comprensible —replicó Carlos mientras contemplaba con fijeza a Úrsula, a la que aún amaba en silencio. Sin apartar sus ojos de ella, añadió—: Qué increíble determinación la de esa joven, ¿verdad? Quitarse la vida... por amor. Siempre he pensado que, en esta clase de suicidios, existe algo místico e increíble. Algo muy grande... casi insondable...

—A mí me pareció un acto horrible —respondió ella, con total indiferencia.

Carlos, sin dejar de observarla, en un gesto de clara insistencia, replicó:

—Pero no me negarás que ese acto no deja de ser un hecho sorprendente que, incluso, llega a abrumar. Hay que sentir mucho... pero mucho amor por alguien, y también mucho valor... para hacer una cosa así, ¿no lo crees tú?

Entonces ella, mirándolo seria, expresó:

—El que se quita la vida se quita el miedo a la muerte. —Al ver la cara de Carlos, con una solapada sonrisa, agregó—: Eso no lo digo yo: lo dijo Shakespeare.

—Sí... ya lo sé; pero igual no deja de ser algo... muy frío e inquietante —repuso él en medio de una visible desazón.

Úrsula bajó los ojos posándolos de nuevo sobre su labor de punto. Carlos siguió contemplándola un largo rato más. ¿Como era posible que él aún se sintiera tan enamorado de aquella mujer tan fría e indiferente? En medio de un encogimiento de hombros, se dijo: «Bueno, creo que ya es hora de que empiece a olvidarme definitivamente y dejar de sufrir por un amor tan largo... no correspondido. Tengo que convencerme y, sobre todo, asumir que Úrsula nunca me verá como un hombre del que pueda enamorarse».

Durante el tiempo que las visitas siguieron allí, Diego, si bien continuó

mostrándose cariñoso con ellos, al mismo tiempo pareció poner, entre él y todos ellos, una infranqueable barrera, que nadie logró derribar. Y, sin cambiar de actitud, permaneció encerrado en el ostracismo de su silencio, ajeno a lo que pasaba a su alrededor.

Carlos y Gustavo solo le hablaron de cosas sencillas que no implicaran choques violentos en el espíritu ni salud del convaleciente. Por su parte, Pastora se dedicó a cocinarle a su niño los manjares de los que sabía que eran de su agrado.

Tres días más tarde, las visitas, con semblantes desanimados, regresaron a Jerez.

Una calurosa tarde de finales de agosto de ese año de 1809, Diego, sentado en la plazoleta de la finca de su tía Nati, observaba la calle repleta de transeúntes que caminaban envueltos entre una tenue nube de polvo, levantada por los caballistas y por los carruajes que circulaban en un continuo ir y venir.

A pesar de que día a día sentía que las ganas de integrarse de nuevo en los asuntos cotidianos de su familia, incluso en los sociales, lo acuciaban cada vez con más fuerzas, no lograba tomar la iniciativa de acabar con su prolongada desconexión con el mundo exterior. Dentro de él continuaba sintiéndose conmocionado... tal como si caminara entre medio de luces y sombras, en un continuo aturdimiento que le impedía decidirse volver a ser el mismo de antes. Desde el comienzo de su lenta recuperación, además de su desmemoria, Diego padecía los síntomas de un *spleen* —como solían denominarlo los ingleses— entre fuertes ataques de melancolía, que agudizaban más las incómodas circunstancias de su vida. Solo había algo que lograba disipar su desoladora pesadumbre: la visión de la mujer que seguía «acosándolo» en sueños, entre una prolongada sensación de dicha y de éxtasis, que comenzaba a llenar todos los huecos de su mundo interior, hasta abarcar las fibras más desconocidas de su ser. Incluso en los instantes cuando ella desaparecía —hasta transformarse en un punto luminoso—, Diego solía

permanecer inmerso en el fresco recuerdo de su fascinante donaire, sumido entre un empecinado disturbio que se propagaba a toda su ardiente naturaleza que, lentamente, comenzaba a despertar. Luego de eso, sin fuerzas para buscar un término a tan inusitadas emociones, con temor de que algún día estas pudieran faltarle, lo único que deseaba era repetir las una y otra vez.

En ese momento Ignacio, que salía de la casa, al verlo allí se le acercó. Sentándose a su lado, permaneció unos instantes en silencio.

A continuación, con expresión aburrida, le dijo:

—Hola, hermano, vengo a hacerte compañía. ¡Demonios!, en esta casa no tengo con quién hablar de mis cosas, y mi madre no me deja participar de las conversaciones con adultos, porque dice que aún soy muy joven, ¡fíjate tú!, ¡si ya tengo casi los suficientes años para enrolarme en los ejércitos y salir a luchar por la patria! Pero ella no lo quiere entender. ¿Te das cuenta?, me trata como a un niño de teta; incluso ha estado mintiendo sobre mi edad, quitándome por lo menos dos años, aun cuando mi aspecto viril lo desmiente a la legua. — Dirigiéndole una mirada ceñuda, agregó—: ¡Y tú, que te empeñas en permanecer mudo, alejado de todo! Si al menos pudieras hablar, yo te contaría mis cosas, y te preguntaría otras de... bueno, tú ya sabes: de mujeres. Y sé muy bien que, con tu larga experiencia en esos asuntos, me podrías aconsejar, incluso enseñarme mucho más, ¿no? Porque, como verás, estoy en una edad muy difícil, y necesito aprender de todo. Y tampoco mi padre me ayuda en esa cuestión...

Diego, desde su postura, observó cariñoso el armonioso semblante de su hermano menor y esbozó una sonrisa. El joven, tras cambiar su contrariada actitud, por otra un poco más alegre, siguió:

—Oye, ¿sabes una cosa? Voy a contarte un secreto... y espero que, cuando recobres la voz, si es que algún día lo haces, no se lo *chives* a nadie, y menos a nuestra madre. Desde hace unos meses, las veces que puedo escaparme, me reúno con uno de mis amigos para acompañar a su hermano mayor a unas reuniones secretas. Se trata de esa logia que tú también solías visitar junto a



tus amigos gaditanos, llamada «Caballeros Racionales», que hace ya tiempo se formó en Cádiz y que..., según estuve averiguando, fue fundada en Londres por un latinoamericano muy famoso, creo que de Venezuela, llamado Francisco de Miranda. He descubierto que esas reuniones están siempre llenas de hombres liberales, muy cultos e inteligentes... como eras tú antes de que te hirieran; muchos de ellos, procedentes de las lejanas Indias. De verdad, da gusto escucharlos hablar y, aunque no los entiendo muy bien, igualmente me fascinan. La última vez que estuve en una de esas reuniones, hace dos días, conocí a un sudamericano justamente de Argentina, donde está nuestro primo Aníbal, llamado José de San Martín. Apenas supe que era de allí, me le acerqué y, luego de saludarlo, le conté que tenía un primo madrileño que, desde hace ya muchos años, vive en Buenos Aires. Él se quedó mirándome con asombro y, cuál sería mi sorpresa al escuchar que el *indiano* me preguntaba si tenía un hermano mayor, llamado Diego; de verdad, me quedé de piedra. Entonces él me contó que ambos os habíais conocido en los días previos a la batalla de Bailen. Yo le confesé que tú, en esa contienda, fuiste herido de gravedad y que aún no estabas bien del todo. No quise decirle que te has quedado un poco tocado y muy perdido. Aunque es un hombre de pocas palabras, estuvo relatándome cosas de Argentina, de lo hermosa que es esa tierra, además de la situación, un tanto inquietante, que también se vive por allí en estos tiempos. Bueno, en general por toda América latina. Antes de despedirnos, me pidió que te diera muchos recuerdos de su parte y un pronto restablecimiento. ¿Tú te acuerdas de él? —inquirió mirándolo con fijeza.

Durante varios segundos, Diego permaneció pensativo. Después, tras una honda inspiración, negó con la cabeza.

—¿No? Pues él a ti sí que te recordaba muy... pero muy bien —replicó el jovencito. A continuación, en medio de un suspiro, agregó—: Es un criollo muy inteligente, y se ve que también muy valiente; acaban de condecorarlo por su eficiente actuación en Bailen. Según tengo entendido, en la batalla de la Posta de Arjonilla, tuvo una destacada actuación y ha sido ascendido a

Teniente Coronel y galardonado con la Medalla de Oro de los Héroes de Bailen. —Ignacio volvió a quedarse callado. Tras cambiar de tema, a la vez que le buscaba la mirada, prosiguió—: Ya sabes que voy bastante bien en mis estudios, ¿verdad?, y el señor Aguilar está bastante orgulloso de mí... aunque la verdad es que yo estoy ya bastante cansado de él. Dichoso tú que ya no tienes que seguir aguantándolo. ¡Es insufrible!, y tan chapado a la antigua que no me permite ni siquiera expresarme como lo hacen todos mis amigos. Ellos dicen que mi preceptor es el más apolillado conservador... absolutista que existe en todo Jerez. —Tras un desganado suspiro, añadió—: Menos mal que este año que viene, al fin terminaré mis estudios y espero que, a pesar de la guerra... que seguro continuará, y de nuestra madre que me tiene tan injustamente confinado, pueda divertirme y seguir visitando esas amenas reuniones de ilustres y liberales pensadores.

Al llegar a este punto, el jovencito volvió a establecer una pausa. Luego de unos instantes, mientras miraba a su hermano con el ceño graciosamente fruncido, a la vez que levantaba los brazos, prorrumpió:

—¡Ehhh, reacciona ya! ¡De verdad, qué extraviado estás en la vida! ¡Das pena! ¡Cuantas cosas te estás perdiendo, con tu tonta actitud de no querer saber nada de nada, ni de nadie! Todos tus amigos gaditanos, además de nuestros vecinos... incluso nuestro padre, cada vez que puede, están trabajando en las murallas para la defensa de Cádiz. Y tú aquí, indiferente a todo; interesado solo en ver volar las moscas. —Luego de una honda inspiración, sin desarrugar el ceño, continuó—: También te has perdido muchos otros acontecimientos; hemos tenido la visita de un joven escritor inglés de mucha fama, llamado Lord Byron, que ha enloquecido a la mayoría de las damas. Algunas de ellas aseguran que es casi más guapo que tú. —Al ver que su hermano seguía con la mirada errante, se puso de pie frente a él. Contemplándolo con las manos en jarra, volvió a gritarle—: ¡La verdad..., pareces un lelo! ¡Oye! ¡Que no te enteras de nada! ¿Sabes lo que se dice por ahí? ¿No?, ¡pues te lo diré! ¡Muchos aseguran que tú te has quedado medio

tonto a causa de tus heridas! Y yo me pregunto: si los franceses no te cortaron la lengua, ni te rajaron la garganta... ¿por qué demonios no hablas? Es solo porque no quieres, ¿verdad? ¡Admítelo!

Diego negó con la cabeza.

—¡Pues entonces, escribe algo, y cuéntanos qué te pasa, como por ejemplo qué sientes, qué deseas hacer. Caminas bien, lees... te ríes, mueves las manos y a veces hablas en sueños; entonces puedes escribir, ¿no?

De pronto, sin esperar la reacción de su hermano mayor, Ignacio echó a correr hacia la casa. Minutos después, regresó con una pizarra y una tiza. Entregándoselas a Diego, con semblante malhumorado, le pidió:

—Anda, hermanito; dinos algo aquí de una vez por todas: lo que sea. Por favor, termina ya con esa incomunicación a la que nos tienes condenados.

Diego miró el pequeño tablero. Después de un largo titubeo, al fin cogió la tiza y, con mano insegura, empezó a escribir.

En el rostro de Ignacio, se marcó una expresión de asombrosa alegría.

—¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! ¡Qué buena idea he tenido! —exclamó victorioso.

Diego terminó de expresarse y le entregó la pizarra.

El jovencito comenzó a leer en voz alta:

—«Tengo muchas lagunas en mi cabeza; aunque hay acontecimientos que recuerdo muy vagamente, y otros de los que solo tengo imprecisas percepciones, la mayoría están en tinieblas; no recuerdo nada del pasado, ¡nada! Realmente no sé lo que me pasa, no puedo hablar, lo deseo, pero no puedo. Lamento haceros sufrir...». ¡Caramba!, hermano, qué caligrafía más fea se te ha puesto: apenas puedo descifrar lo que has escrito. Pero algún día podrás hablar, ¿verdad?

Diego le quitó la pizarra y añadió: «Eso espero. Lo deseo con todo mi corazón».

—Está bien. Gracias, hermano —expresó Ignacio y, sin ninguna clase de circunloquios, con aire resuelto, agregó—: Voy a mostrárselo a nuestros

padres. Ya verás lo felices que se pondrán...

Antes de que él pudiera detenerlo, echó a correr hacia la casa.

Toda la familia festejó el acontecimiento con jubilosa emoción. ¡Al fin Diego trataba de comunicarse con ellos! Eso significaba un gran adelanto en su ansiado retorno a la normalidad.

Doña Clemencia, abrazándolo en medio de un desborde emocional, le dijo:

—Gracias cariño. Gracias por esta gran alegría. ¡Cuánto la necesitábamos! Estoy segura de que muy pronto volverás a hablar, y así podremos asegurar que estarás completamente curado.

Desde ese día, Diego comenzó a comunicarse con su familia a través de la escritura, aunque sin hacer preguntas ni interesarse por nada del pasado.

Todos respetaron esa decisión.

A finales de ese mismo mes de agosto, a más de un año de permanencia en Cádiz, la familia Ibáñez al completo, se preparó para el regreso a Jerez.

Unos días antes del viaje, Diego comenzó a mostrarse perturbado y muy inquieto, tal como si aquel pertinaz deseo de evasión comenzara a dar sus últimos coletazos.

Hasta que una tarde, mientras se encontraba en su cuarto, acompañado de Ignacio dedicado a la preparación de su equipaje, tras un gesto de ansiedad cogió la pizarra y, con expresión resuelta, escribió: «Quiero saber qué ha pasado con Dionisio: dime solo la verdad». Ya estaba decidido; había llegado la hora de enfrentarse con la realidad, por más cruel e insoportable que esta fuera.

Al leer lo que su hermano le pedía, el rostro de Ignacio mostró sorpresa. Luego de un largo suspiro, con voz triste le dijo:

—¡Ay, Diego! No sé... si deba decírtelo. —Al observar la expresión de su hermano, en clara exigencia, después de una vacilación, Ignacio le confesó—: De acuerdo... aunque sé que la verdad no será buena para ti, igualmente te lo contaré: Dionisio, pobrecito... luego de venir a verte... se nos fue de este

mundo. En ese entonces tú estabas casi con un pie en el otro barrio. Bueno, al parecer el pobre se murió de pena. ¡Ah!, pero nuestro padre le hizo un majestuoso funeral y, con el permiso de tía Nati, lo sepultó junto al abuelo y al tío Ignacio.

Al escuchar esa revelación, los ojos de Diego se llenaron de lágrimas en un incontenible torrente.

—Diego... hermano, cálmate —lo consoló Ignacio, visiblemente afectado. Con voz cariñosa, añadió—: Recuerda que él era ya muy viejecito; Dionisio se murió... como un pajarito, sin sufrir. Nuestro padre dice que se apagó igual que una velita.

En ese momento entró Úrsula. Al ver a su hermano mayor, con aquel aspecto desolado, mientras intentaba ocultar el llanto, se quedó paralizada. Ignacio le mostró la pizarra.

—Le conté la verdad, tal como él lo pidió.

Ella asintió con la cabeza y murmuró:

—Está bien. Ahora dejémoslo solo, que llore todo lo que quiera. —Tras fijar sus ojos en Diego, a la vez que esbozaba una cariñosa sonrisa, le dijo—: Querido hermano, que no te dé vergüenza hacerlo: el llanto también ayuda a curar las heridas del alma. Sácalo todo; dicen que las peores lágrimas son las que se quedan dentro.

Pero, en el momento que iban a marcharse Diego, con las mandíbulas apretadas cogió de nuevo la pizarra y, borrándola con brusquedad, volvió a escribir. En seguida se la mostró a ambos. Úrsula, en voz alta comenzó a leer:

—«También quiero saber qué ha pasado con Trini, y por qué nunca ha venido a verme, ni tampoco nadie me habla de ella. Quiero escuchar solo la verdad, no me ocultéis nada».

Úrsula e Ignacio se miraron cautelosos. Durante un largo instante, ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar. Por último ella, mientras le ponía la mano sobre el brazo, con voz serena, le confesó:

—Diego, presiento que en el fondo... tú, ya lo sabes, ¿verdad? Trinidad

también murió; ella misma se quitó la vida, cortándose las venas. Un día vino a verte y, al observar el lamentable estado en que te hallabas, sin que ningún médico nos diera esperanzas de una posible recuperación, no pudo resistirlo y al regresar a Jerez... decidió su propia muerte. Y, si nadie de nosotros te habló hasta ahora de ella, ni de Dionisio, es porque tú parecías no querer enterarte de nada. En estos últimos tiempos nuestra madre ha estado en el dilema de no saber si debía decírtelo antes de regresar a casa. Por favor, hermano, procura resignarte y olvidar; Dionisio era ya muy anciano y Trinidad... bueno, ella así lo determinó y contra eso ya no hay nada que hacer. Ahora procura pensar solo en ti...

Diego apretó los labios con fuerza. Después, mientras daba a entender que deseaba estar a solas, les dio la espalda. Ignacio y Úrsula salieron de la habitación.

¡Sí!, era verdad! ¡Él sabía que Trinidad y Dionisio estaban muertos!, pero su mente se negaba a reconocerlo.

Cuando logró serenarse, permaneció quieto, con la mirada fija en lontananza, a través del ventanal abierto. Tenía que afrontar las tragedias de su vida. Era imposible continuar en la ignorancia de aquellos acontecimientos tan penosos por mucho tiempo más.

### *Lo que el olvido esconde*

Esa noche previa a la partida de la familia Ibáñez hacia Jerez de la Frontera, Diego, deseoso de perderse en el sueño y esperar a que la mujer que invariablemente lo «visitaba» en sus *oníricos* letargos, apareciera ante él —y lo alejara de toda su triste realidad—, se acostó temprano. Pero esa noche, tras una larga vigilia, cuando al fin logró dormirse... ella no vino. Y ante sus ojos, en un drástico y violento cambio de escenario, se vio a sí mismo montado en su caballo, junto a Gustavo y a otro grupo más de soldados en diferentes y aterradoras secuencias.

De pronto, un terrible sonido retumbó en sus oídos. Muy cerca de ellos

estaba librándose una encarnizada contienda. Desde su posición, Diego veía el accionar de los hombres en un pavoroso espectáculo, en el que todo era confusión y horror. Los heridos dejaban oír sus quejumbrosos lamentos, que se unían al bramido de los animales.

A cada explosión, el suelo temblaba a la vez que el estruendoso sonido lo dejaba completamente sordo. Rayo se sacudía nervioso mientras él trataba de calmarlo.

Con semblante desquiciado y mirada estática, Diego observaba impávido el fragor de la batalla entre dantescas escenas de crueldad y de muerte, tal como si se tratara de un horrendo panorama ajeno a él. Seguido a eso, se vio a sí mismo en nuevos y continuos sucesos, trabado en mortal lucha... en aquel su bautismo de fuego y de sangre, mientras abatía a varios franceses en un combate que pareció durar una eternidad.

Después de unas horas en el que él y su caballo lograron salir ilesos, Diego, en medio del constante y ensordecedor silbido de la metralla, lo guio hacia el mismo lugar donde había visto a Gustavo por última vez... y allí fue cuando, de pronto, sintió que Rayo flaqueaba por sus cuartos traseros.

En la mente de Diego pareció que todo se apelotonaba entre una sucesión de otras dramáticas y estremecedoras escenas.

¡La caída mortal de Rayo! ¡Su desconsolado llanto al verlo expirar! ¡La sorpresiva aparición del francés, con el arma en alto, dispuesto a abatirlo!, ¡el impacto del disparo!

La lucha cuerpo a cuerpo... hasta que ambos, enzarzados en una salvaje riña cuerpo a cuerpo, cayeron al suelo. Luego el golpe en su cabeza, a manos del imperial... quien enseguida le hundió la afilada hoja de su bayoneta en el pecho...

—¡Oh Dios! ¡No! —se oyó gritar con un sonoro y gutural gemido.

Abrió los ojos aterrado y siguió:

—¡No...! ¡No!

Hasta que sus gritos acabaron en un estallido de convulsivo llanto.

Ante sus ojos acababa de abrirse una parte de los dolorosos episodios sufridos durante la batalla en que había caído malherido, los mismos que durante tanto tiempo habían permanecido parcialmente ocultos en su mente.

Eran las cuatro de la mañana cuando, ante los gritos de Diego, toda la casa se sobresaltó. Don Pedro y su esposa, ambos con palmatorias en sus manos acompañados de toda la demás familia y de varios criados, entraron precipitadamente en el cuarto.

—¡Hijo!, ¿qué te pasa?, ¿qué tienes? —Le preguntó su madre mirándolo asustada.

—¡Diego... estás gritando! ¡Tu voz... tiene un sonido estruendoso! ¿Te das cuenta? Entonces, ¡puedes hablar! ¡Puedes hablar! —repetía don Pedro, loco de alegría.

A pesar de que él aún ignoraba si aquello era bueno o malo, ya que su hijo parecía estar en medio de un ataque de locura, eso le pareció un milagro.

—Tranquilízate... por favor —le pidió doña Clemencia traspasada por la conmoción.

—To... todo... es... tan... terrible... —logró expresar Diego sacudido por los sollozos mientras se abrazaba a su madre.

Poco a poco Diego se tranquilizó.

¡Sí! ¡Al fin podía hablar!

Con gesto de ansiedad, se aferró al brazo de su progenitor y balbuceó:

—De... golpe... he comenzado... a visualizar, esa parte... tan penosa... de cuando murió mi caballo... y del momento... en que... caí herido. Pero hay otras muchas más cosas que..., aunque estoy seguro de que... me sucedieron, por más... que me esfuerzo, no puedo... recordarlas...

—Cálmate, hijo; descansa y no te devanes los sesos intentando rememorar esos acontecimientos tan tristes de tu vida... —lo consoló su padre—. Poco a poco irás acordándote de todo lo demás; pero, por favor, trata de que esas evocaciones, que ahora vienen a tu cabeza de forma tan abrupta, no te dañen. Solo piensa que estás en tu casa, junto a los que te queremos. Y yo estoy loco



de alegría de volver a escuchar tu voz.

—Yo también estoy muy feliz. —Sollozó su madre con las mejillas bañadas de lágrimas.

—¡Todos estamos pletóricos de felicidad! —gritó Natalia a la vez que los demás aseveraban lo mismo.

Doña Clemencia mientras, lo abrazaba con fuerzas, agregó:

—Hijo, ya verás... cómo poco a poco irás recordándolo todo. Pero ahora, tal como ha dicho tu padre, sería muy bueno que a tu mente solo lleguen cosas agradables.

Diego quiso estar de acuerdo con toda su familia... pero no pudo. Aún había algo más que pasaba por su mente. En aquel cuarto, durante sus horas de agonía, recordaba haber percibido cosas extrañas, incluso reñidas con la lógica. ¿Quizás ellos podrían aclararle ese misterio? Con mirada interrogante y voz entrecortada, agregó:

—Aquí... junto a mi lecho... había una mujer... —tras un gesto de extrañeza, añadió vacilante—: Y no sé si era la misma... que abría mi pecho y escarbaba... en mi herida, y que... luego se quedaba mirándome, suspendida sobre mí... para enseguida... desaparecer de golpe —acabó casi sin voz.

Todos se miraron sorprendidos. Gertrudis, adelantándose a su madre, le explicó:

—Sabemos de quién hablas; ella fue la que, con ayuda de Dios, te devolvió la vida. Es una bruja, a la que llaman *Cassandra*, la gitana milagrera.

Diego permaneció unos instantes silencioso. ¿Qué diría su familia si supiera que casi todas las noches, de manera incomprensible, veía a esa mujer frente a él?

Tras pasear la mirada en rededor, con voz ansiosa, manifestó:

—¿Podéis... llamarla... a primera... hora, antes de marcharnos a Jerez? Quisiera verla y darle... las gracias personalmente...

Úrsula, mirándolo cariñosa, le dijo:

—Me temo que por ahora eso no podrá ser posible. Ella no se encuentra en

Cádiz.

—No te preocupes: nosotros ya se lo agradecemos —repuso doña Clemencia.

Ignacio, mientras esbozaba una soñolienta sonrisa, agregó:

—Hermanito, si la hubieras podido ver... seguro te impresionarías. Aunque ya es muy mayor, tiene unos ojos que parecen dos fríos metales y, cuando te clava su mirada, nadie puede sostenérsela.

Al escuchar las palabras de su hermano, Diego se quedó cortado. Esa mujer, de ojos fríos y metalizados, llamada *Cassandra*, a la que Ignacio se refería, no podía ser la misma que invadía sus sueños. «Entonces, quiere decir que... ¿esto que me pasa solo se trata de un espejismo?», acabó preguntándose desalentado.

Don Pedro, al verlo con aquella expresión tan perturbada, le pidió:

—Hijo, por lo que más quieras, intenta tranquilizarte. Si lo deseas, podemos posponer el viaje a casa, hasta que te encuentres más sereno.

Diego, mostrándose un tanto firme, respondió:

—No, padre... marchémonos como habíamos previsto; yo estoy bien... solo me siento.... muy cansado.

—Siendo así, dejémoslo descansar, que bien lo necesita; volvamos todos a la cama —repuso doña Clemencia con voz cantarina—. Aunque, con tantas emociones, no creo que pueda volver a dormirme.

—Ni yo tampoco —alegó don Pedro, sin lograr contener su emoción—. De modo que me quedaré despierto y aprovecharé a tener todo listo antes de que despierte José. —Mientras miraba a Diego, con una sonrisa de alegría, añadió—: Ya verás lo contento que se pondrá nuestro cochero cuando se entere de tu completa recuperación, y ni que decir la alegría que tendrán todos en Jerez. Apenas despunte el sol, iniciaremos la ansiada marcha hacia nuestro hogar.

Ignacio, en medio de un descomunal bostezo, dirigiéndose hacia a la puerta, expresó:

—Pues... yo me voy a dormir. Como siempre dice mi madre, aún soy muy...

pero muy joven para madrugar tanto. Mi cuerpo necesita el doble de reposo, para seguir creciendo sano y fuerte. —Tras volverse de nuevo hacia Diego, adicionó—: Me alegro mucho de que al fin puedas hablar como antes. Y, no olvides que tú y yo tenemos algunas conversaciones pendientes, ¿eh?, ¡hasta mañana!

Natalia, acercándose a su hermana con notable emoción, a la vez que esbozaba una jubilosa sonrisa, exclamó:

—Ay, Clemen. Acabo de decidir que me iré con vosotros a Jerez a pasar unos días allí. Así disfrutaré más a gusto del completo restablecimiento de mi sobrino. Antes de partir le escribiré un mensaje a Carmen, para que ella y sus hijas también sepan la buena nueva. Ahora me iré a la capilla a rezar una oración de gratitud, y luego ordenaré que preparen mi equipaje.

—Espera, Nati, oraremos juntas —replicó doña Clemencia—. Yo también le daré gracias a Dios de que mi hijo al fin podrá volver a ser el mismo de antes.

La vuelta a Jerez del primogénito de don Pedro Ibáñez fue festejada allí con la fastuosidad que merecía alguien como él que, luego de haber estado tanto tiempo entre la vida y la muerte, regresaba recuperado de sus graves heridas, y del penoso silencio que durante largos meses lo había mantenido aislado.

Don Sancho y su familia, junto a Pastora, Pepín y todos los sirvientes de la casa, le dieron una calurosa y emotiva bienvenida. Diego y Gustavo se abrazaron emocionados. Apenas este último le dio la enhorabuena por su total recuperación, con los ojos húmedos de lágrimas, le dijo:

—Escucha, amigo, aunque lo mismo íbamos a pedírtelo sin importarnos que continuaras sin hablar, Rosario y yo queremos que seas el padrino de Demetrio. De verdad, ambos estábamos ansiosos de que llegara este momento. Y creo que el padre Manuel también; desde hace tiempo se muestra muy ansioso de que bauticemos a nuestro hijo de una vez, antes de que pase más tiempo. Bueno, ¿qué dices a eso?, ¿aceptas?

Diego, con claros signos de emoción, respondió:

—Claro que acepto... y con mucho placer; gracias... por esperarme. Desde ya, tú y Rosario podéis... ir haciendo los preparativos de la ceremonia — acabó de decir mientras le daba otro fuerte abrazo.

Por la tarde, Carlos Temple fue a saludar a Diego. Ambos pasaron varias horas de amena charla en las que el visitante evitó, en todo momento, tocar ningún tema que pudiera afectar anímicamente a su convaleciente amigo. Mientras hablaban, de vez en cuando, los ojos del visitante se posaban en Úrsula que, unos metros más lejos, sentada frente al piano, interpretaba una hermosa sonata de Mozart.

Al anoecer, Diego recibió la visita del padre Manuel. El sacerdote, mostrándose muy contento, aceptó de inmediato la invitación a cenar con toda la familia. Durante varios días, la vieja casona de los Ibáñez se vio invadida por familias enteras de campesinos, huerteros y viñadores, que venían a estrechar la mano del primogénito de don Pedro Ibáñez, felicitándolo por su regreso y, sobre todo, por su recuperación.

Diego, un tanto abochornado de recibir tantos elogios y muestras de cariño —que no creía merecer—, los saludaba uno por uno.

Muy pronto el padre Manuel, en cada uno de sus sermones, tomó la costumbre de nombrar a Diego mientras destacaba su valentía, y todos los demás «valores» que ahora lo adornaban. El sacerdote parecía haber olvidado que ese mismo joven, con sus constantes escándalos, y devaneos amorosos, en numerosas ocasiones le había hecho levantar los brazos al cielo, pidiéndole a Dios y a toda su Corte Celestial ayuda para lograr encarrilarlo por la buena senda. Lo mismo parecía sucederle al antiguo preceptor de Diego, don Sebastián Aguilar, que incluso se atrevía a ponerlo como ejemplo ante sus demás discípulos, sin recordar los tiempos en que ese «heroico guerrero», escandalizaba a toda la ciudad con sus «aberrantes perversiones».

Pastora, al tener a su niño de nuevo en casa, completamente repuesto de sus peligrosas heridas —a más del largo silencio de los últimos tiempos—, se mostraba eufórica preparándole sus comidas favoritas, mientras vigilaba a las

demás criadas para que estas tuvieran toda su ropa impecable, además de que la temperatura del agua de sus baños fuera la adecuada.

Un mes después se festejó el bautizo de Demetrio, el primogénito de Gustavo. El flamante padrino le obsequió, además de una importante donación de dinero para su futuro, una gran fiesta en su honor.

Retrocediendo al primer día de su llegada a Jerez, cuando Diego al fin logró refugiarse en la soledad de su habitación, en el momento en que se reencontró con todos sus efectos personales, permaneció un largo rato meditabundo. Luego de eso, en medio de una inquieta mirada, observó a su alrededor. Todo estaba igual; no obstante, todo parecía diferente. «En realidad, soy yo el que ha cambiado», se dijo sumido en sus atribulaciones. Sin modificar la expresión del rostro, continuó: «Lo peor es darme cuenta de que... por más esfuerzos que hago, no consigo desgarrar el velo de todos mis recuerdos, en los últimos años; es como si la mayoría de mis vivencias, anteriores al día en que caí herido, se hubieran borrado de mi cabeza. ¡Me siento tan desgastado y tan perdido! Los únicos deseos que tengo son los de cerrar los ojos... y entrar en el sueño y esperar a que esa mujer, que se me aparece en estos, se haga presente; porque, aunque sé que solo se trata de una fantasía que mi mente ha forjado ahora, solo ella logra darle a mi vida la magia y belleza que necesito para continuar con mi fútil existencia». A continuación salió al balcón, donde permaneció largo rato pensativo.

Una semana después de su regreso, Diego fue enterándose de todos los amigos de Jerez y de Cádiz que habían muerto durante la guerra, y cuya muerte él aún ignoraba. De ese modo, su quebranto se agudizó más. Durante días deambuló por la casa, a la vez que permaneció largas horas en silencio. Su familia, sin dejar de vigilarlo en todo momento, lo dejó tranquilo para que él pudiera asimilar su duelo a solas.

Lentamente, Diego comenzó a salir de toda aquella honda congoja. Un tiempo después, en compañía de Pepín —que se había transformado en su inseparable lazarillo—, tomó por costumbre dar largos paseos por el campo. El jovencito, encantado de servirlo, lo entretenía con su gracioso desparpajo a la vez que le contaba innumerables anécdotas y chismes, que incluso lograban arrancarle a Diego algunas carcajadas. Pepín ya estaba advertido de que no debía mencionar a Trinidad Morales, a menos que el hijo del amo se lo preguntara.

Cuando iban a la dehesa, Diego se quedaba allí muy quieto, mientras miraba pensativo el retozar de los caballos. El potro que su padre le había regalado cada vez estaba más hermoso; era un ejemplar de pura sangre árabe, con la misma estampa de su inseparable y añorado Rayo. Pero hasta ese día lo único que Diego había hecho con el caballo había sido «bautizarlo» con el nombre de *Viriato*.

Una mañana Pepín, mirándolo serio, le dijo:

—Es una lástima que un caballista, tan intrépido y magnífico como usted, no vuelva a montar ningún corcel más. —Sin esperar respuesta, inquirió—: ¿De verdad, ya no siente deseos de salir a cabalgar como antes?

Diego, tras mirarlo con un cierto aire de desgano, murmuró:

—Sí, claro que tengo deseos de volver a salir al galope, a campo traviesa. Pero he decidido... esperar un poco más, hasta ponerme mucho más fuerte.

El jovencito, en medio de una graciosa carantoña, le preguntó:

—¿Recuerda que, antes de la guerra, usted me daba lecciones de esgrima?

Diego lo miró intrigado.

—¿De verdad? Oh, Pepillo, lo siento, tampoco me acuerdo de eso.

—Vaya, qué contrariedad; de verdad, su desmemoria es muy penosa — apostilló el jovencito, mirándolo entre consternado y perplejo.

—Sí, tú lo has dicho. Hay muchas cosas que recuerdo a la perfección... pero hay otras, quizás demasiadas, que, por más esfuerzos que hago, no consigo recordar...

—Pero al menos, no habrá olvidado cómo manejar las espadas, ¿verdad? —preguntó Pepín con semblante preocupado.

—No, creo que de eso no me he olvidado —replicó Diego echándose a reír—. Y no te preocupes: apenas me sienta con más fuerzas, volveré a darte esas lecciones de las que me has hablado. Y de paso, yo también me ejercitaré.

—¡Oh, gracias, señorito! Eso sería estupendo; usted, aunque ahora con seguridad tampoco lo recuerde, estaba maravillado conmigo y me decía que yo lo aprendía todo muy rápido y muy bien —exclamó Pepín con ademán jactancioso.

—Eso no lo pongo en duda. Por lo que recuerdo, siempre fuiste un jovencito muy listo y muy adelantado en todo —adicionó Diego a la vez que le acariciaba la cabeza—. Y de verdad, muy pronto... apenas me sienta más fuerte, reanudaremos esas lecciones de esgrima, hasta que logres convertirte en un excelente espadachín.

A pesar de que su físico estaba casi en el apogeo de su total vitalidad, Diego aún sentía que su naturaleza seguía reclamándole descanso: una larga tregua, igual a esos paréntesis que la guerra, y también el amor, solían solicitar a los guerreros con imprescindible necesidad, para poder seguir luchando o amando.

Al finalizar el mes de septiembre, Diego continuaba con la mente perturbada.

A pesar de los esfuerzos que hacía por evocar algunos otros episodios de su vida antes de la guerra, no lograba hacerlo; sus recuerdos eran limitados, tal como si él mismo los hubiera seleccionado. Cada vez que se hallaba a solas con Gustavo, este le hacía hincapié recordándole varias de sus aventuras más notorias, esperanzado en que Diego las visualizara y que su mente se llenara de imágenes; pero todo era en vano.

Solo había progresado en un detalle: de nuevo había empezado a montar, y ya tenía a Viriato domado del todo. Incluso había vuelto a darle a Pepín sus clases de esgrima, a la vez que él mismo se ejercitaba en aquel deporte que

practicaba desde niño.

Los fines de semana, Diego acompañaba a sus padres y hermanos a Cádiz. También de vez en cuando, aunque con una expresión de lejanía marcada en su rostro, participaba de algunas reuniones de salón y de tertulias con amigos.

Una tarde en que Carlos Temple fue a verlo, mientras ambos conversaban sentados en el salón de su casa de Jerez, el joven Ibáñez le confesó:

—¿Sabes lo que más me ha hecho padecer durante mi larga convalecencia?  
—Sin aguardar respuesta, prosiguió—: Fue notar la piedad de los demás. Creo que ese es el sentimiento más detestable que existe; estoy convencido de que la piedad mata, acentúa en gran manera nuestra impotencia.

Carlos, luego de asentir con la cabeza, aseveró:

—Tienes toda la razón; por el contrario, el odio nos hace vibrar, inspirándonos ganas de luchar contra cualquier enemigo. Yo también pasé una larga temporada postrado en cama, sin saber si perdía la pierna o no. Y, cada vez que venían de visita los amigos de mis padres, en especial las damas, y se quedaban mirándome con tanta lástima, para mí era un suplicio. Por eso enseguida aparentaba estar mejor de lo que realmente estaba.

—Yo, por desgracia, no podía fingir... ni siquiera podía hablar —replicó Diego.

Carlos lo contempló con notable admiración,

—Puede decirse que tú regresaste desde el más allá. ¡Diablos!, eres como el Ave Fénix: prácticamente has renacido de tus cenizas.

—Debo darles las gracias a los conjuros de una bruja milagrera. Como ya lo sabes, fue ella quien me salvo —apostilló Diego a la vez que establecía una pausa. Luego, agregó—: Quiero confesarte algo: desde hace mucho tiempo, tengo sueños inexplicables... que hasta llegan a dejarme muy confuso e impresionado, además de inquieto.

—Vaya, ¿y qué clase de sueños son esos? —quiso saber Carlos, mirándolo intrigado.

Diego, sin vacilación, le contestó:



—En realidad... no solo son sueños; son como visiones. Porque eso también me pasa cuando estoy a medias dormido. —Mirándolo a los ojos, un tanto indeciso, añadió—: Ante mí se aparece una mujer de la que... y, fíjate cómo estaré de perturbado, ya me siento fatalmente enamorado de ella.

Carlos soltó una burlona carcajada.

—Bueno, eso viniendo de ti, no es muy extraño; ya se sabe que el zorro pierde el pelo, pero no las mañas. Y tú, aunque sea en sueños, no ibas a dejar de ser quien eras, y...

Con gesto atormentado, Diego lo interrumpió:

—Es una mujer... a la que creo conocer, pero no logro saber de quién se trata.

—Vaya, ¿no será mi prima Janet? —cuestionó Carlos con expresión risueña.

Ante la interpelación de su amigo, Diego lo miró sorprendido.

—¿Tu prima Janet? ¿Yo la... conozco? —inquirió sin cambiar de gesto.

Carlos lo observó perplejo.

—Pero... ¿es que no recuerdas a mi prima, ni... a mis tíos de Londres? —lo interpeló sorprendido. Sin cambiar de expresión, prosiguió—: ¿Tampoco recuerdas cuando Janet estuvo aquí, de visita, junto a su madre y hermano?

Diego negó con la cabeza. Seguido a eso, con los ojos muy abiertos, replicó:

—No, no recuerdo nada de eso. Hace unos días, mi padre también estuvo mencionándome algunos episodios de cuando él y yo habíamos ido a Madrid, durante el otoño del año pasado, antes de la guerra. Y, al darse cuenta de que yo no recordaba absolutamente nada de ese viaje... se detuvo de golpe. Según pude ver en sus ojos, estaba muy preocupado, y muy sorprendido. Como comprenderás, esto para mí es... desesperante. Y créeme que, a pesar de los constantes esfuerzos que hago por recobrar toda mis evocaciones, no lo consigo.

—Entonces... ¿tampoco recuerdas a Brunilda? —preguntó Carlos mirándolo alucinado.

Aunque a Diego ese nombre le produjo un inusual estremecimiento, que le

recorrió todo el espinazo, por más que escarbó en su memoria, tampoco pudo rememorar ninguna imagen sobre ella.

—No. Lo siento —musitó francamente desolado.

—Pues créeme que esto... no me lo esperaba —repuso Carlos llevándose las manos a la cabeza claramente desconcertado. Sin cambiar de gesto, prosiguió —: Brunilda es la prima prusiana de mi prima Janet, que justamente estaba en Londres cuando tú y yo viajamos allí. Y a ella también la volviste a ver aquí... en Jerez, durante el baile anual en el Alcázar; ella vino acompañada de su cuñada y... —Al observar la expresión de asombro de su amigo, apostilló—: ¡Diablos, no puedo creerlo! Yo pensé que lo único que no lograbas recordar bien eran episodios de la guerra. Pero no imaginé que de tu mente se hubieran borrado todas tus remembranzas anteriores a eso. ¿Cómo es posible que evoques tantas cosas, a la mayoría de tus amigos, a Dionisio, incluso a Trinidad Morales, y no recuerdes nada del viaje a Londres, ni de mi prima... ni de Brunilda, que tanto te impactó?

Durante algunos instantes Diego permaneció callado.

—Créeme, de verdad... no recuerdo nada de lo que me hablas, ni tampoco de ese baile que mencionaste —rebató descorazonado—. Es muy penoso reconocerlo, pero es así.

—Amigo, me dejas muy impactado. No imaginaba que estuvieras tan mal de la cabeza.

Diego, mirándolo en un gesto de evidente expectación, lo interrogó:

—Respóndeme con absoluta sinceridad: ¿yo tuve algo que ver, íntimamente con... la prima de tu prima?

—¿Con la prusiana? ¡Oh, no!, todo lo contrario. Además, ella iba a casarse con un *indiano* y, con seguridad ya estará allende los mares, junto a su marido. Con la que sí tuviste una ligera atracción fue con mi prima Janet, que incluso acabó perdidamente enamorada de ti. Pero, cuando vino a Jerez, tú ya estabas en amores con Trinidad, de modo que ella se marchó de aquí bastante derrotada. —Palmeándole la espalda, con gesto compasivo agregó—: Querido

amigo, será mejor que por ahora no te esfuerces demasiado en obligarte a recordar, porque puede hacerte daño. Estoy seguro de que poco a poco irás recobrando la memoria completamente. Ahora... sigue contándome tus sueños.

Diego cerró los ojos. Tras unos minutos de silencio, los volvió a abrir, e inquirió:

—De acuerdo; pero primero te haré otra pregunta: ¿Tu prima y su prima Brunilda son rubias o morenas?

Carlos, con una sonrisa entre los labios, enfatizó:

—La prusiana es morena y Janet, muy rubia. Ambas con los ojos claros.

«Morena, con los ojos claros —repitió Diego con un estremecimiento mientras recordaba a la mujer de sus sueños—. Pero... tampoco puede tratarse de ella, Carlos acaba de decir que, entre esa mujer y yo, no hubo nada. Y que además estaba a punto de casarse», pensó descorazonado.

Enseguida, tras una honda inspiración, replicó:

—Bueno... seguiré contándote mis sueños, o lo que estos sean. Esa mujer que se me aparece en sueños viene a mí casi todas las noches, creo que desde que caí herido, perturbándome de una manera insana, y a la vez gratificante. Porque sé que... aunque solo se trata de una fantasía que mi mente ha forjado, me hace feliz... muy feliz. Creo recordar que un día, mientras yo aún estaba muy mal, logré tocarla; incluso llegué a acariciarla. En realidad... ambos nos tocamos. No lo sé con exactitud, pero algo de eso ocurrió. Lo único cierto es que esos instantes se han quedado grabados en mi memoria.

Carlos miraba a su amigo con notable impresión. Francamente alarmado, le dijo:

—Vaya, Diego, qué perdido te veo en la vida. De verdad, lo tuyo no pinta nada bien; ese golpetazo que te diste en la cabeza te ha dejado muy... pero que muy tocado. Lo que me acabas de contar no puede ser cierto. Con seguridad lo soñaste...

—Sí... claro, ahora me doy cuenta de que nada de eso pasó de verdad.

—Y ahí tienes la evidencia de que aún no estás en tus cabales.

Diego, como si no lo escuchara, prosiguió:

—Realmente, la imagen de esa mujer ha llegado a afectarme mucho. Además, cuando la miro frente a mí, pienso que todo es real... y yo, durante esos cortos instantes, soy el hombre más feliz de la Tierra. No obstante, al encontrarme en esa coyuntura, aun dentro de mi plácida ensoñación, en el momento en que ella desaparece me deja un vacío inmenso, casi doloroso... y entonces siento algo que me confunde y me lastima. —Después de una nueva pausa, Diego continuó—: Al conocer la existencia de la sibila que me salvó, por un momento llegué a pensar que podía ser la misma mujer, pero enseguida supe que tampoco era ella.

Carlos continuaba mirándolo francamente preocupado, sobre todo al notar la perturbada ansiedad impresa en el rostro de su amigo.

Tras un hondo suspiro, musitó:

—Diego, aunque soy un convencido de que la mayoría de los misterios tienen una respuesta lógica, creo que deberías buscar de nuevo a esa bruja sanadora. A lo mejor, ella pueda ayudarte a recuperar del todo la memoria y, más que nada, la calma. O al menos... hallar una respuesta a todas esas incógnitas de tus visiones tan vívidas, porque no hay que olvidar que la mente puede fabricar ilusiones y fantasías increíbles, que incluso pueden llegar a dañarte. —Con gesto intrigado, le preguntó—: Y... de Trinidad Morales, ¿qué recuerdas de ella?, ¿sabes cómo murió?

Ante esa pregunta, una máscara de amargura cubrió el rostro de Diego. El recuerdo de Trini dolía y, a pesar de su confusión mental, le producía un gran escozor.

—Sí, lo sé todo... o casi todo —respondió a la vez que asentía con la cabeza—. Aunque suene a increíble, dada mi desmemoria, recuerdo la pasión tan desbordante que ambos sentimos el uno por el otro. —Tras restregarse las manos, con expresión atormentada, añadió—: Muchos de los episodios de esa etapa, aunque no totalmente, ni como yo quisiera... ya que tampoco puedo acordarme de la última vez que estuvimos juntos, se ha quedado fijos en mi

cabeza. Pero hay veces que siento como si... esa parte de mi vida fuera algo que me contaron; algo ajeno a mí.

—Pues ese idilio es el que más te duró y con el que comenzó tu repentino cambio de comportamiento. Por Trinidad Morales dejaste aparcada tu vida de libertino «burlador». Incluso todos creíamos que llegarías a casarte con ella.

—Pero ya ves: el destino se encargó de malograr ese romance.

Luego de unos minutos de silencio, Carlos, palmeándole la espalda, le dijo:

—Ánimo, amigo, relájate; de verdad, no fue mi intención perturbarte más de lo que ya estás. Tú solo ten presente una cosa: lo que Dios dispone nadie lo puedo cambiar. Yo creo que lo que tú ahora necesitas es tranquilidad... mucha tranquilidad. —Estableció una nueva pausa y después agregó—: ¡A propósito, Diego! ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir? ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a Londres a visitar de nuevo a mis tíos, y nos alejamos por un tiempo de este convulsionado país?, y así, con toda seguridad irás recordándolo todo; incluso puede ser que sea beneficioso para ti. Mi primo Edward, que es el hermano de Janet, se alistó en ejército del general *Sir* Arthur Wellesley y creo que ahora está por tierras de Galicia, luchando contra los franceses... a favor de España. —Mirándolo irónico, apostilló—: Te confieso que, cuando me enteré, no me lo podía creer porque, aunque sé que no lo recordarás, Edward no ocultaba su desprecio por nuestro país. Y ya te puedes imaginar cómo están mis tíos de preocupados. Bueno, ¿qué opinas de mi proposición? Piénsatelo, quién sabe si, al volver a ver a mi prima, recuperas del todo tu memoria; Janet ha estado muy preocupada por tu salud. Hace unos días le escribí contándole tu sorprendente mejoría, sin imaginarme que aún tenías en tu cabeza tantas lagunas. —Al ver que Diego permanecía en silencio, con la mirada errante, tocándole el hombro, añadió impaciente—: Y bien, ¿qué me contestas?

Diego exhaló un suspiro. Con apenas un hilo de voz, respondió:

—Lamento desilusionarte, Carlos, pero no me encuentro en condiciones de emprender un viaje tan largo. Ni... tampoco de volver a entablar una relación sentimental; como tú bien lo has dicho, aún estoy con la mente llena de

tinieblas.

En medio de un hondo suspiro, a la vez que lo miraba preocupado, Carlos le dijo:

—Ay, amigo, te has pasado la vida jugando con el amor, sin entregar nunca tu corazón; luego te enredaste con esa pobre huertera, la misma que te trasformó en un hombre torturado... casi un varón domado. Y, por si algo te faltaba, vienes ahora y te enamoras de una mujer fantasmal, igual que tu hermana o peor aun; porque esto tuyo solo está en tu cabeza. —Poniéndole la mano en el hombro, agregó—: Cuídate porque, si sigues así, terminarás completamente loco.

—Sí, quizás ese será mi fin —repuso Diego con tono grave.

—Si intentas pensar y actuar con lógica, nada de eso pasará...

—¡No!, ¡no quiero! Me niego a pensar con lógica. La lógica destruye la magia, y yo ahora necesito en mi vida mucho... pero mucho de ese maravilloso sortilegio, para sobrellevar mi complicada existencia.

Don Pedro no sabía qué actitud tomar con su primogénito para verlo más animado, incluso dispuesto a hacer las mismas locuras de antaño. Con ese fin había organizado muchas fiestas en el cortijo con bellas bailarinas gitanas, que antaño a Diego tanto le atraían. Pero nada de eso despertaba su interés, ni lograban devolverle su pasada alegría. Los médicos a los que seguía consultando lo tranquilizaban diciéndole que tuviera paciencia: «La mayoría de las veces los traumas causados por la guerra tardan más tiempo en curarse que las heridas de la carne. Además, su desmemoria causada por ese golpe en la cabeza, luego de ser herido de manera tan peligrosa en el pecho, lo complicó todo. Hay que darle tiempo a la naturaleza para que actúe de forma beneficiosa para su hijo». Ante esas explicaciones, don Pedro, lleno de impotencia, se preguntaba: «Entonces, ¿cómo podré ayudarlo para que vuelva a ser el de antes? ¿Cuándo recuperará del todo la memoria? Además, a pesar de que habla y se ríe, me parece muy extraño que un hombre como él haya

perdido incluso los deseos de intimar con una mujer», acababa diciéndose dominado por la frustración.

Siempre que se encontraba en Jerez, durante sus paseos en solitario, ya fueran a pie o a caballo, Diego evitaba pasar cerca de la antigua vivienda donde había compartido tantas horas de pasión junto a Trinidad. Pero una tarde, sin darse casi cuenta, se encontró frente aquel solitario paraje. Mientras observaba con fijeza la morada —ahora desértica y repleta de malezas—, sumido en los recuerdos que venían a su mente, con voz quebrada, murmuró:

—Oh Trini; lamento que el destino se haya interpuesto entre nosotros... de manera tan abrupta y tan trágica. Creo que yo te quería a mi manera, y, por lo poco que recuerdo, intentaba siempre protegerte. Pero tú, ¿por qué tomaste la terrible resolución de quitarte la vida? ¿Por qué no esperaste? ¿Tanto me amabas?

Cuando se marchó de allí, juró no regresar jamás.

Días después arregló sus papeles: puso a la familia de Trinidad Morales arrendataria de la vivienda, junto con la huerta, para que trabajaran su propia tierra.

El tiempo que Diego pasaba en Cádiz, con el ánimo de distraerse, se marchaba al cortijo que su abuelo le había dejado al morir donde, la mayoría de las veces, se quedaba el día entero junto a la gente de campo, gozando de aquella plácida tranquilidad. Por allí, pese a que casi no había mano de obra, el capataz de la hacienda intentaba que todo marchara a la perfección.

Otras veces el jerezano recorría a caballo los ocho kilómetros que lo separaban de la Isla de León, el largo istmo que servía para que el continente no se separara de Cádiz. La mayoría de las veces se quedaba a ayudar a sus vecinos y amigos, que continuaban con los trabajos para las fortificaciones en defensa de la ciudad... Mientras, al otro lado de la bahía, se podían ver las posiciones francesas en constante acecho.

En los últimos tiempos, cada vez que salía a recorrer las afueras de Cádiz, Diego había comenzado a acercarse también a la vivienda de Dionisio. Tras

permanecer allí unos instantes absorto, con semblante triste, murmuraba: «Hola, Viejo Lobo de Mar, ¿te encuentras por... ahí?», y el atronador silbido del viento y de las olas parecían traerle el saludo de su amado e inolvidable amigo. En muchas oportunidades se quedaba a mirar, sin intentar acercarse, al hombre que ahora habitaba la barraca de Dionisio. Este también era un viejo exmarino al cual llamaban «medio-hombre», porque le faltaba una pierna y un brazo. Afortunadamente, y a pesar de ser un ermitaño, era muy compasivo con los perros vagabundos, a los que cuidaba con innegable humanidad, igual que lo había hecho Dionisio en vida.

A finales de septiembre de aquel 1809, comenzaron los festejos de la vendimia, que volvieron a pasar casi desapercibidos. En las bodegas de toda España, el personal escaseaba; los campesinos y jóvenes viñadores se habían incorporado a las filas de los *garrochistas*, que se hallaban desbandados por montes y sierras.

La mayoría de las mujeres de los pueblos y de las aldeas tenían a sus maridos, hijos y hermanos en las sierras, convertidos en guerrilleros, y ellas tenían que hacer largas travesías para llevarles víveres. De ese modo, en los viñedos de don Pedro y en el de todos sus competidores, casi no había mano de obra.

En general, los campos de casi toda España estaban desérticos; los únicos «segadores» de los huertos eran los pocos animales que aún quedaban vivos. Las gacetillas que llegaban a Cádiz aseguraban que la situación en Cataluña era cada vez más insostenible. Los *somatenes*, convertidos en fuerzas rebeldes, no dejaban de arengar a la resistencia a todos los hombres de los pueblos vecinos, incitándolos a unirse a los valientes guerrilleros catalanes, entre los que se contaban el canónigo Rovira, el barón de Eroles, junto a Milans del Bosch, Narciso Cay y Joan Clarós.

Un poco antes de finalizar 1809, el estado físico de Diego había mejorado de manera notable. Gracias a la buena comida que Pastora le preparaba,



aunque seguía muy delgado, su musculatura se notaba cada vez más fuerte y vigorosa.

Solo sus ojos habían cambiado; ya no tenían el mismo brillo libidinoso, ni la misma expresión del tenaz y despreocupado libertino de antaño. Ni tampoco su sonrisa poseía aquel aire burlón que siempre lo caracterizaba... lo que daba a entender que las heridas del alma aún no habían cicatrizado del todo.

Acosado por la necesidad de su renovada naturaleza, de manera discreta, Diego buscó alivio en los brazos de Eunice, una joven viuda de guerra, que enseguida se le entregó. El goce de volver a experimentar aquel deleite carnal despertó en él un cúmulo de sensaciones imperantes que habían estado mucho tiempo dormidas.

Al despedirse de Eunice, ella le dijo: «Cuando sientas la necesidad de volver a estar con una mujer, si lo deseas, puedes buscarme...». Dos días después, Diego la buscó de nuevo y, por largo tiempo, la hizo su amante en las sombras.

Pese a eso, don Pedro no tardó en enterarse de la sensual aventura de su primogénito. Con una sensación de sorpresiva alegría, se confesó: «¡Vaya!, No puedo negar que esto para mí representa un gran alivio. Ahora solo falta que Diego vuelva a gozar de la vida plenamente. ¡Caramba!, jamás hubiera imaginado que un día yo... llegaría a sentirme deseoso de que mi hijo mayor siguiera siendo el mismo calavera de siempre!».

Ese año fue acabándose entre numerosas batallas, como la de Uclés y la de Talavera, en las que los franceses fueron derrotados, lo que volvió a llenar de esperanzas a los españoles.

No obstante, todo aquello volvió a dejar a Gertrudis apesadumbrada y llorosa, sumida en una pertinaz ansiedad, sin dejar de preguntarse cómo estaría Wilbur, del que no sabía absolutamente nada. Úrsula y doña Clemencia tuvieron que ingeniárselas para lograr que la jovencita se tranquilizara.

De pronto, un día, llegaron a Cádiz alarmantes noticias. El ejército

napoleónico se preparaba para volver a invadir Andalucía por completo y, según los rumores, esta vez iba a ser con más ímpetu.

La tierra del Sur continuaba siendo la plaza de la resistencia, el único bastión inconquistable. El dominio francés era más compacto en el norte, entre el Ebro y los Pirineos, mientras que el oeste peninsular, Galicia y Portugal, servían de plataforma a las fuerzas expedicionarias inglesas, comandadas por el general Wellesley.

La amenaza de otra invasión al Sur hizo temblar de rabia a todos los andaluces que, dominados por la excitación —junto con una ardiente sed de victoriosa venganza—, entre burlones gestos, gritaban: «¡Que vengan! ¡Que vengan de nuevo los franceses! ¡Nosotros volveremos a hacerles pagar muy caro las arbitrarias muertes de los tantos miles y miles de nuestros hermanos, los fusilamientos, junto al hambre y los campos arrasados!».

Las Navidades volvieron a presentarse con innumerables oraciones y misas por la pronta paz, en medio de la tristeza y confusión de todos los españoles, que esperaron la llegada de 1810 rogándole a Dios que la contienda terminara pronto.

Para la familia Ibáñez, las fiestas de ese nuevo fin de año pasaron también entre rezos y plegarias. Ante la desastrosa situación de la patria, a más de la constante zozobra de una muy posible nueva invasión a Andalucía, en los primeros días de enero de 1810, Gustavo decidió reincorporarse de nuevo a la lucha, en la defensa de su tierra, junto a los «lanceros jerezanos» —más conocidos como *garrochistas*—, acompañados de otros excombatientes y de numerosos hombres, entre viñadores y campesinos, incluso varios contrabandistas que, tras volver a abandonar sus actividades delictivas, decidieron adherirse a la causa nacional.

Por todos los medios Diego intentó hacer que su amigo desistiera de aquella decisión, pero de nada valió; Gustavo, con gran tesón, no se dejó convencer ni siquiera ante los ruegos de su padre, ni de los llantos de su esposa.

Él sabía que, como patriota, tenía el deber de salir a plantarle cara al

enemigo. Y, con férrea voluntad, replicaba: «Es inútil que traten de convencerme; ya está todo decidido. No me perdonaría nunca dejar que España pasara a formar parte de los dominios de Francia, sin haber hecho nada más para impedirlo. Y menos ahora, con la constante amenaza de una nueva invasión a nuestras propias casas».

El día de la despedida de Gustavo, su padre y Rosario —esta última con el pequeño Demetrio en brazos—, mientras sollozaba desconsolada, le suplicó:

—Prométeme... que regresarás sano y salvo.

—Te lo prometo —le aseguró Gustavo besándola a la vez que abrazaba al niño—. Y tú prométeme que rezarás por mí y que cuidarás a nuestro hijo e intentarás hacer que mi padre no se desespere tanto. —Mirándola apenado, prosiguió—: Escucha, Rosario, si los franceses llegaran a entrar a Jerez... cosa que espero que no suceda, por favor, no salgas nunca sola a ningún sitio ni te acerques a las bodegas. Recuerda que allí, si nos invaden, con todo seguridad, habrá muchos *franchutes*, y la mayoría estarán borrachos. Tú y mi padre tenéis la despensa repleta de alimentos para muchos meses. Además, como ya lo sabes, cualquier problema que tengas, recurre a Diego, a doña Clemencia y a don Pedro. Y no olvides que puedes contar con Pastora para lo que necesites. Cualquier recado que tengas que hacer pídeselo a Pepín.

Luego de volver a besarla con fuerzas, mientras Rosario se echaba a llorar convulsa, Gustavo levantó al pequeño Demetrio; tras apretarlo contra su pecho, murmuró:

—Mi querido hijo, te prometo que haré lo que sea para que no tengas que ser un súbdito de Francia sometido al yugo extranjero bajo ese maldito tirano emperador.

Cuando se despidió de Diego, este, con semblante entre serio y atormentado, a la vez que se lo llevaba aparte, le pidió:

—Cuídate mucho; recuerda que tienes una familia a la que dejas muy sola. —Seguido a eso, mirándolo ceñudo, prorrumpió—: ¡Diablos! Sabes que, al tener a tu cargo un hijo tan pequeño y una esposa, no estás obligado a macharte

a esta maldita guerra, y aun así te muestras tan obstinado. Y luego dices que el terco soy yo.

—Diego, sé que tú en el fondo me comprendes; tengo que hacerlo, es mi deber como ciudadano y también como padre. Y, sobre todo, como patriota.

El joven Ibáñez, tras negar con la cabeza, rebatió:

—Mira, Gustavo, creo que esto del nacionalismo ya no va conmigo. Y mucho menos el patriotismo tan exaltado como el que demuestras tú.

—Pero... no podemos dejar que los franceses acaben apropiándose de nuestras familias, ni de nuestras tierras ni...

Con un gesto de su mano, Diego lo detuvo:

—Gustavo, ya los tenemos casi en las mismas puertas de Andalucía. Y, una vez que entren aquí, no podremos hacer nada, solo resignarnos y actuar con inteligencia. Todas las ciudades que han ofrecido resistencia han sido duramente castigadas... y, por cada francés muerto, hay centenares de españoles masacrados e infinidad de pueblos incendiados. De modo que vuelvo a repetírtelo: si llegaran a entrar aquí, tendremos que intentar mantener la calma y la serenidad, mostrándonos civilizados y...

Gustavo, sin dejar que Diego acabara de hablar, lo interrumpió:

—¿Pero qué dices...? ¿Cómo vamos a poder mantener la calma, ni la serenidad contra los tiranos que quieren tenernos de hijos, sometiéndonos a su antojo? Pues en eso discrepo de ti. Yo lucharé hasta el final... —Mirándolo con notable ansiedad, prosiguió—: También lo hago por ti; me da mucha rabia pensar que todo lo malo que pasaste en aquella maldita batalla en la que casi pierdes la vida... haya sido en vano. Sé que tú aún no estás del todo bien y que, además, tienes que permanecer junto a tu padre para intentar que vuestros negocios, en caso de una completa invasión a Andalucía, no pasen a manos francesas. Pero yo debo luchar; hacer lo que más pueda para que el enemigo retroceda y acabe por abandonar pronto España. Prometo que me cuidaré... —Acabó con la mano levantada mientras intentaba sonreír. Luego, poniéndose serio, con la mirada fija en su amigo, le dijo—: Pero por favor... si algo

*llegara a ocurrirme...*

—¡Cállate! No digas nada más... —le cortó Diego pesaroso—, no necesitas pedirme que vele por toda tu familia. En eso puedes quedarte tranquilo; aun en caso de quedar rodeados del enemigo, tu padre, tu esposa y tu hijo estarán protegidos junto a nosotros. Pero tú regresa sano y salvo a casa.

Ambos se abrazaron palmeándose la espalda.

—Volveré. Tú cuídate también; aún tienes que fortalecerte mucho más y recuperar del todo la memoria.

La marcha de Gustavo dejó, a todos los que lo querían, muy apesadumbrados.

Unos días después, tras la victoria en Ocaña, el rey José Bonaparte ordenó el asalto a las Andalucías. Ante aquella dramática situación, y aunque ya la temían, la familia Ibáñez sintió que el pavor se apoderaba de ellos más allá de lo soportable.

El único que permanecía sereno, o al menos lo aparentaba, era Diego, que incluso les pedía a todos calma y sosiego. Él, junto a su padre, acompañados de Carlos Temple y de otros amigos y vecinos —la mayoría, comerciantes jerezanos—, se reunían en largas tertulias, algunas clandestinas, para evitar que ningún residente afrancesado los descubriera. Y allí planificaban estrategias y modos de evitar drásticas confrontaciones y represalias durante la completa, e inminente, invasión a la ciudad.

Sin pérdida de tiempo, don Pedro y su hijo mayor, ayudados por don Sancho, Ignacio y varios empleados de confianza que aún le quedaban —junto a Pepín y su padre, a más de la colaboración de Úrsula y de Gertrudis—, comenzaron con la ardua tarea de esconder, al igual que muchos otros bodegueros y almacenistas, sus valiosas soleras en los antiquísimos sótanos, detrás de disimuladas estanterías adornadas con innumerables frascos de muestras vitivinícolas, que solo se podían abrir luego de accionar un disimulado dispositivo del que Diego, su padre y don Sancho, eran los únicos

conocedores.

Además de eso, levantaron una pared falsa, donde guardaron también otra buena cantidad de botellas y ánforas. Esa fatigosa faena —que comenzaba a partir de la medianoche hasta la madrugada— les llevó más de cuatro días; por suerte, lograron ocultar casi todo lo que habían previsto, y así resguardar aquel patrimonio familiar del posible espolio.

Diego también tomó las debidas precauciones para ocultar su enorme fortuna en monedas de oro y plata. Una gran parte de esa riqueza la llevó él mismo a la casa de su tía Nati en Cádiz, para esconderla en la secreta arca de hierro, con tapa y cerradura hermética, que su bisabuelo había construido hacía ya casi cien años atrás, en uno de los ocultos pasadizos subterráneos de la vivienda.

### *Tiempos desesperados*

Los invasores bajaban hacia el sur sin apenas resistencia. El veinte de enero, dos semanas después de la marcha de Gustavo a los montes, el ejército francés acabó de ponerse en movimiento para la tan ansiada, y completa invasión a Andalucía. Tras eso, luego de tomar las plazas de La Carolina y Andújar volvió a entrar —esta vez sin resistencia— en Bailen.

La Junta Suprema Central, que se encontraba en Sevilla, al sentirse incapaz de contener al enemigo, se trasladó a la Isla de León. El veintitrés de ese mismo mes, el general Sebastiani asaltó Jaén, mientras que el mariscal Víctor hacía lo mismo en Córdoba, Granada y, finalmente, Málaga. Sin dar un respiro, las tropas francesas avanzaron simultáneamente por los Puertos del Rey y Muradal.

Seguido a eso, la ciudad de Cádiz y la Real Villa de la Isla de León fueron rodeadas completamente por los ejércitos del general Nicolás Soult y de Claude Víctor que, situados en semicírculos alrededor de la ciudad, se atrincheraron en Chiclana de la Frontera, que tomaron sin que sus ciudadanos opusieran obstáculos.

Mientras tanto, gracias al gran «ejército» formado por vecinos-soldados, considerados como los *patricios* de la ciudad, pertenecientes en su mayoría a toda la acomodada burguesía comercial, entre militares de alto rango y poderosos hacendados —que habían decidido cambiar el manejo del dinero por el de los fusiles—, Cádiz, la villa más antigua de Europa, se transformó en una ciudad armada hasta los dientes, con hombres dispuestos a defender el enclave-fortaleza, a costa de la mayor de las ofrendas: la muerte.

En Chiclana, lo único que separaba a las tropas francesas de los ejércitos aliados españoles era una zona de marismas y el Caño de Sancti Petri. A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Cádiz peligraba.

Y, cuando se pensaba que ya nada podría evitar el completo asalto de los imperiales sobre el único bastión inconquistable..., el dos de febrero, de forma inesperada, entraron a la Isla de León las primeras avanzadillas nacionales del ejército de Extremadura —con al menos quince mil hombres, desfallecidos de hambre y de cansancio—, al mando del joven mariscal de campo, José Miguel de la Cueva y de la Cerda, duque de Alburquerque quien, de manera providencial, y gracias a su indomable tesón al desobedecer las órdenes de sus superiores, tomó la valiente decisión de dirigirse al sur y proteger a Cádiz hasta lograr hacer huir a todos los imperiales.

Mientras asumía el mando político militar de la ciudad de Cádiz, el duque de Alburquerque organizó las tropas de defensa, a la vez que reforzó las fortificaciones y las baterías.

Don Pedro, al ver que las cosas se ponían cada vez más peligrosas con la ciudad de Jerez ya casi en poder de los galos, obligó a su mujer e hijos a trasladarse a Cádiz. Doña Clemencia, a un comienzo se resistió a obedecer. Sumida en medio de una dolorosa confusión, mirándolo consternada, le dijo:

—¡No!, ¡me niego a abandonar de nuevo mi casa! Y tampoco quiero dejarte aquí solo con los enemigos, en las mismas puertas. Con toda seguridad, se pasearán por nuestra ciudad como dueños por su casa... —replicó obstinada. Sin cambiar de gesto, añadió—: Es mi deseo que solo Úrsula, Gertrudis e

Ignacio se vayan con mi hermana. Yo me quedaré aquí contigo y con Diego para hacer frente a todo lo que venga. Por favor, acepta mi decisión.

Mientras negaba con la cabeza, él le rebatió:

—¡No!, ¡no puedo permitir eso! Por lo que más quieras, Clemen, no trates de convencerme. Por ahora Cádiz es el único lugar seguro. Recuerda que, si los franceses entran del todo aquí, usurparán las casas particulares...

—Entonces, marchémonos todos... —objetó ella echándose a llorar.

—Sabes muy bien que no podemos; me he quedado casi sin trabajadores y Diego y yo, forzosamente, tenemos que quedarnos para ver... lo que pasará con los negocios de las bodegas e intentar que al menos, cuando se produzca la ocupación francesa a nuestra ciudad, no nos resulte demasiado nefasto. Además, según lo que Diego y yo escuchamos, los bienes de todos los que huyan serán confiscados por los galos; por eso ambos tenemos que quedarnos aquí. —Mirándola muy serio, añadió—: Porque me imagino que tú no querrás que lo perdamos todo, ¿verdad?

—Pero... ¿y cómo crees que... estaré yo allí, sin saber nada... de vosotros? —balbuceó ella entre sollozos.

Don Pedro, abrazándola muy fuerte, la consoló:

—Todo irá bien. Por favor, tranquilízate porque, si tú pierdes la compostura, todos nosotros estaremos mucho peor aun. Recuerda que la familia de Carlos Temple y de Gustavo, y también todos nuestros demás vecinos y amigos, están en las mismas circunstancias que nosotros. Los que no pueden salir de aquí tendrán que adaptarse a las nuevas leyes.

—¡Oh, Dios mío! No puedo soportar pensar que tú y Diego os quedaréis aquí... a merced de ellos. Estaréis en constante peligro...

—Vamos, Clemen; no olvides que los franceses no son monstruos y que muchos de nuestros vecinos y amigos también lo son...

—¡Sí, pero los que entren aquí serán soldados! —prorrumpió ella—. ¡Soldados acostumbrados a matar!, ¡que vendrán como enemigos invasores, dispuestos a todo para avasallarnos! ¡Recuerda lo que le pasó a Amaranta y su



pobre hijo en Córdoba! —En medio de un hondo sollozo, prosiguió—: Ellos dejaron entrar en su casa a esa endiablada soldadesca, sin oponer resistencia... ¡y mira cómo acabó todo, con el único hijo de mi prima muerto! ¡Ay, Virgen Santa! Qué tiempos desesperados y tristes vamos a vivir. Creo que no podré soportar la presión de no saber nada de... vosotros.

Don Pedro, tras un gesto de contenida presión, la tomó de los hombros y exclamó:

—Pues tendrás que armarte de valor y soportarlo como sea. Vamos, cariño... ve a preparar tu equipaje y mira, a ver si puedes llevarte contigo todo lo que queda aquí de valor. No dejes ninguna joya, ni tuya ni de las niñas... llévatelo todo. Clemen, por lo que más quieras, obedéceme y... ya no llores más. Todo irá bien...

En medio de un convulso llanto, doña Clemencia, abrazándose a él, balbuceó:

—Júrame que..., si esa soldadesca infernal entra aquí, no te rebelarás contra ellos.

—Tú, más que nadie, me conoces y sabes que, por muy forzado que me encuentre, no pienso rebelarme, ni provocar ningún desacato. Vuelvo a recordarte que todos nosotros tenemos amigos afrancesados, muy influyentes, con los cuales siempre nos hemos llevado bien... y que Diego habla la lengua de los galos casi como la suya propia. —Tras abrazarla con fuerzas, junto al oído, le susurró—: Clemen, tranquilízate; te prometo que no cometeremos tonterías. Somos conscientes de que ellos serán los que manden en todos los ámbitos, y tendremos que amoldarnos a sus exigencias, que espero que no sean demasiado nefastas para nosotros.

En ese momento, Diego, que acababa de entrar al salón, al ver a su madre inmersa en un mar de lágrimas, corrió hacia ella y la abrazó.

—No quiere marcharse a Cádiz... y está muy nerviosa —murmuró don Pedro en medio de un hondo suspiro.

Diego, mientras le acariciaba el pelo, le dijo:

—Madre, ante todo, mantenga la calma; ayer, los padres de Carlos partieron hacia Cádiz y hoy embarcaban con destino a Londres. Ambos estaban muy tristes de tener que dejar a su único hijo aquí solo, con la responsabilidad de velar por el mantenimiento de todos sus bienes... pero, dado el problema de salud del señor Temple y ante la llegada de los franceses, al fin se han decidido. Y lo mismo les pasa a todos nuestros demás vecinos. Un sobrino del padre Manuel que, como ya lo sabe usted, se halla enfermo, ha venido a buscarlo; hace una hora acaban de salir hacia La Isla de León, donde viven sus familiares. Por favor, madre, márchese con mis hermanos, junto a tía Nati y hágalo de buen ánimo e intente convencer a Rosario de que acepte irse con ustedes. Le prometí a Gustavo que cuidaría de ella y su hijo, y evitaría que tampoco a ninguno de ellos les pase nada malo. —Mirándola muy serio, añadió—: Lamentablemente, quizás nos toquen vivir tiempos muy complicados y muy peligrosos y, contra eso, no podremos hacer nada. Ojala Cádiz continúe libre pero, pase lo que pase, lo más importante es no perder la compostura ni el aplomo. Mi padre y yo procuraremos organizarnos lo mejor que podamos y tratar con las nuevas autoridades de manera cordial y civilizada. Y también intentaremos conseguir salvoconductos para poder entrar a Cádiz...

—Creo que eso será muy difícil de lograr. No creo que los franceses lleguen a otorgártelos —apostilló su madre, a la vez que secaba las lágrimas de sus ojos.

Al día siguiente, doña Clemencia, en medio de su desolación, ayudada por sus hijas y Pastora, organizó el viaje. Al atardecer, ella misma, acompañada de Pepín y de Úrsula, se apersonó en la vivienda de don Sancho. Luego de los saludos y de una breve charla con Rosario, la señora Ibáñez le pidió que ella y su pequeño hijo aceptaran acompañarlas a Cádiz. Con las mejillas mojadas de llanto, la esposa de Gustavo, tras darle las gracias, se negó a abandonar la casa de su suegro.

—Ya el señorito Diego me lo ha pedido... —murmuró con apenas un hilo de voz—, pero lo siento; aunque don Sancho me ha rogado también que acepte irme con ustedes, sé que, si yo me marchara, él se quedaría aquí muy solo y muy triste. Ahora, para mi suegro, el pequeño Demetrio lo es todo; está muy apegado al niño... además, yo no quiero abandonar mi casa.

—Te comprendo, hija, y de verdad yo tampoco quisiera irme —susurró doña Clemencia en medio de un sollozo.

—No, usted tiene que marcharse con sus hijos menores. Allí estarán a salvo; por lo que escucho decir, es muy difícil que los franceses logren penetrar del todo en Cádiz. No se preocupen por mí: en caso de que esos demonios entren aquí, no creo que a mí, ni a mi pequeño hijo, ni tampoco a mi suegro, pueda pasarnos nada.

—No, claro... yo tampoco lo creo —murmuró Úrsula mientras la abrazaba.

La señora Ibáñez, con apenas un hilo de voz y una apagada sonrisa, añadió:

—Además, nuestra casa está al lado, y allí estarán Diego, Pedro y Pepín. Ah, y también Pastora porque, por lo que intuyo, ella tampoco querrá acompañarnos.

—Sí, me temo que Pastora piensa quedarse en Jerez —repuso Rosario. Seguido a eso, a la vez que señalaba las dos bolsas que la madre y hermana del señorito Diego le habían traído, agregó—: Gracias por la ropa; de verdad me vendrá muy bien.

—No tienes que darme las gracias de nada. Ahí hay mucho género con el que podrás hacerle a Demetrio varios trajecitos, y también para ti. Mañana vendrá de nuevo Úrsula con una de las doncellas, a traerte otras prendas de ropa y más retales. Bueno, Rosario, nos marchamos; aún nos queda por preparar muchas otras cosas, y el tiempo apremia. Por favor, cuídate mucho.

Tras los abrazos y recomendaciones, la señora Ibáñez y su hija traspusieron la puerta.

Doña Clemencia se llevaba con ella a tres de sus jóvenes criadas, sin cargas familiares, que habían aceptado seguirla. Por su parte, Pastora, tal como ya lo

había previsto su patrona, con notable pesadumbre se negó a abandonar la vieja casona de los Ibáñez, ni a todos sus numerosos «pacientes», a los que continuamente les suministraba sus pomadas y elixires sanadores. En medio de un convulso llanto, la vieja criada se despidió de doña Clemencia, prometiéndole que cuidaría de su niño Diego y de su padre, para que a estos no les faltara nada. También le aseguró que, a pesar de quedarse casi sin servicio, ella haría todo lo posible para el viejo hogar de sus amos permaneciera siempre limpio y ordenado.

Unos días después, el general Sould, ante la fuerza de más de ochenta mil soldados, logró romper del todo la resistencia andaluza. Una a una, todas las plazas, a excepción de Cádiz, fueron cayendo en su poder.

Horas antes de la completa invasión, el duque de Alburquerque y su ejército, mientras emprendían la retirada —a la vez que destrozaban todas las embarcaciones del Portal—, se llevaron con ellos todo el ganado vacuno, caballar y lanar que se encontraba en cortijos y fincas, para que los franceses no pudieran apropiarse de nada de nada de valor.

Apenas los jerezanos se enteraron de la determinación del Cabildo de obligarlos a recibir «amistosamente» al invasor y que además habría que darles alojamientos —y toda clase de suministros—, comenzaron a protestar, negándose a eso. Muchos de ellos prefirieron huir de la ciudad en carros, caballos, mulas, e incluso a pie.

El domingo cuatro de febrero, dos días después de la partida de doña Clemencia y sus hijos menores a Cádiz, a las diez de la mañana, ante el asedio de unos cuarenta mil soldados imperiales —y pese a que la población periférica puso cuanta resistencia pudo al invasor—, en medio de una pertinaz llovizna, Jerez de la Frontera fue tomada por entero.

Las tropas napoleónicas hicieron su entrada por la carretera de Sevilla. Y, tras dejar una parte del ejército en Cañada de Solete, el principal núcleo continuó en dirección a las vecinas poblaciones. El cinco de febrero, el

mariscal Víctor estableció su cuartel general en el puerto de Santa María.

De ese modo, la ciudad de Jerez quedó de frontera —nunca mejor dicho—, con el resto de España que se atrincheró en Cádiz. Y también como centro de mando de las fuerzas francesas, además de proveedora de aprovisionamiento, y descanso de toda la tropa enemiga. El numeroso séquito de generales, junto a los altos mandos galos, fueron alojados en el Alcázar.

En el mismo momento de llegar... los nuevos ocupantes de Jerez, igual que en todas las demás ciudades, comenzaron a saquear las dependencias municipales y eclesiásticas, a la vez que daban comienzo a innumerables desmanes, entre escándalos y destrozos de edificaciones y casas particulares, para robar todo lo que encontraban de valor.

El monasterio de la Cartuja de inmediato fue transformado en cuartel, por lo que la mayoría de las monjas y de los frailes se vieron obligados a huir a Cádiz y otros, a refugiarse en casas de vecinos. El bando francés también ordenó el embargo de todos sus bienes a los señalados como «patriotas» o «cabecillas distinguidos». Además de eso, en las casas particulares tuvieron que albergar a innumerables oficiales y soldados.

Sin casi acabar de instalarse, el mariscal Claude Víctor, con más de sesenta mil soldados se acercó peligrosamente a la ciudad para exigir a los gaditanos, en nombre del rey José I, la rendición sin condiciones de la plaza y de la flota anclada en su bahía.

Ante tamaño atrevimiento, desde la Junta Suprema le remitieron una nota escrita en la que le aclaraban: «La ciudad de Cádiz, fiel a sus principios, ha jurado no reconocer a otro rey que a Fernando VII».

Al día siguiente se produjo un asalto a la cabeza defensiva del puente Zuazo, que acabó con la estrepitosa derrota del ejército francés. De ese modo, a raíz de la imposibilidad de tomar la tan codiciada plaza de Cádiz, los imperiales decidieron establecer un estrecho cerco... que dio comienzo al martirizante asedio a la única villa libre mientras sus ciudadanos, llenos de vehemencia, exclamaban: «¡Cádiz será como una nueva Numancia, completamente

invisible!»).

Los gaditanos, sensibilizados con sus avasallados vecinos, sin pérdida de tiempo decidieron llevar a cabo una secreta y encarnizada guerra de guerrillas e impedir que ningún imperial pisara aquel suelo de libres.

Poco a poco en Jerez fueron escuchándose las normas dictadas por el alto mando galo impartidas, en su mayoría, por españoles afrancesados. Las nuevas leyes implicaban, de manera negativa y arbitraria, a los ciudadanos, sobre todo a los campesinos, que debían proveer de alimentos y confort a los franceses. Esto provocó, entre el paisanaje y los responsables del forzado abastecimiento, situaciones desesperadas y de mucha tensión. Además de eso, también se impartió un demoledor dictamen que decía: «Todo individuo que auxilie a los garrochistas o a los guerrilleros será fusilado o ahorcado. El que avise para prenderlos será gratificado con cuatrocientos reales. Y, si el mismo denunciante es soldado, será ascendido».

El siete de febrero, los generales galos Nicolás Soul y Claude Víctor organizaron una reunión con todos los jefes de familias adineradas de Jerez, compuestos de aristócratas, hacendados y los comerciantes más prósperos, entre ellos Carlos Temple y don Pedro Ibáñez junto a su primogénito. Pese a la buena predisposición de casi todos los ciudadanos, allí presentes, ante las órdenes de los franceses de que estos iban a ocupar sus casas, muchos de ellos —principalmente los nobles— se rebelaron en medio de protestas y estallidos de repudio. No obstante, al comprender que ninguna de sus quejas y rebeliones tendrían solución y, por el contrario, muchas más dramáticas repercusiones, tuvieron que bajar la cabeza y aceptar, a rajatabla, lo que los nuevos amos de la ciudad exigían de ellos.

Los primeros días de la ocupación continuaron siendo caóticos, tanto para los habitantes como para las edificaciones. Los imperiales requisaban todo lo que les venía en ganas, con grandes pérdidas y perjuicios para la hacienda municipal y, en general, para todos los pobladores. Además de eso, quemaron

la mayoría de los retablos de las iglesias, junto a sus esfinges, lo que provocó estallidos de rabiosa impotencia entre los ciudadanos más conservadores.

Pese a las constantes amenazas de castigos ejemplarizantes por parte de los invasores hacia los que desobedecieran sus normas, comenzaron a producirse nuevas quejas y descontento —además de tumultuosas rebeliones— por parte de los campesinos y demás propietarios de haciendas que, impotentes, veían desaparecer sus caballos y demás animales, junto a grandes cantidades de frutas y a todo tipo de granos y hortalizas de sus sembradíos, lo que los ponía en una situación límite.

Dentro de la ciudad, las penosas circunstancias de los sufridos habitantes eran también muy preocupantes y, por demás, bochornosas. Los oficiales galos, alojados en las viviendas particulares, prohibían terminantemente que nadie, fuese quien fuese, pudiera visitar a los dueños de las casas ocupadas. Y, de llegar a ser una visita imprescindible, estas tenían que hacerlo mediante la debida autorización de dichos oficiales. Todo eso originó una —cada vez más fuerte— tirantez entre los vecinos y los «hospedados».

Gracias a su dominio con el idioma francés, además de su estrecha amistad con muchos afrancesados de Jerez, Diego Ibáñez enseguida despertó las «simpatías», aunque un tanto reservadas, de casi todos los tenientes y generales galos, que ya estaban advertidos de que el heredero de las Bodegas Ibáñez tenía en Madrid un tío del que se decía: «Desde su juventud había dejado en claro su absoluta admiración por Francia, y ahora también por Napoleón Bonaparte».

Don Pedro y su primogénito, igual que los demás vecinos —para disgusto de Pastora—, también tuvieron también que alojar en su casa a un gran grupo de oficiales franceses y atenderlos a cuerpo de rey. Lamentablemente, el amplio «laboratorio» de la criada más vieja de los Ibáñez, que también tenía allí su dormitorio, fue requisado por los galos que de inmediato y, sin ninguna consideración, tiraron todas sus hierbas y, además, potingues —junto a la

mayoría de sus enseres personales—, que quemaron en una gran hoguera en el patio. Pastora, presa del llanto, aconsejada por Diego —quien de inmediato se ocupó de ella—, le pidió que se refugiara en casa de Rosario. La esposa de Gustavo, luego de consolarla, le preparó una cama dentro de la misma habitación del pequeño Demetrio.

Pese a todas aquellas incómodas y nefastas adversidades, don Pedro y su hijo, a la vez que escondían su rabiosa impotencia, se esmeraron en llevar a cabo sus deseos de entablar una soportable y «amistosa», sociabilidad con todos los galos que tenían metidos en la casa familiar y también en las bodegas. Diego, incluso, comenzó a participar, junto a sus «huéspedes», de largas partidas de barajas y de billar.

De igual manera, el joven Ibáñez se afanó en lograr buenas relaciones con la recién nombrada Comisión Ministerial, formada por doce regidores, más un síndico, un Teniente de Alcalde, y un Teniente Corregidor. Como concejales de la nueva Municipalidad, los franceses nombraron a otros ciudadanos de Jerez, la mayoría hacendados y comerciantes de los denominados «afrancesados».

Aunque a don Pedro y a su primogénito también se les ofreció trabajar para el cabildo, ambos rehusaron la oferta. Antes de que los invasores se lo exigieran, Diego obligó a su padre a que este abasteciera a las tropas napoleónicas, y a sus generales, con innumerables botas de vino, y también con algunos toneles del mejor brandy. Don Pedro, aunque a regañadientes, tuvo que acceder a todo eso y además soportar que los *franchutes* se pasearan, no solo por todas las bodegas, sino también por la casa familiar como amos y señores y, asimismo, dejar que estos organizaran —ante la temerosa mirada de don Sancho y de los pocos trabajadores que aún quedaban en las bodegas—, varias reuniones y fiestas, sin siquiera pedir permiso algunas a horas intempestivas.

Un mes después de la invasión a las Andalucías, los franceses extinguieron todas las comunidades religiosas.



Esa primavera, Diego pasó su nuevo natalicio junto a los franceses que ocupaban su casa. Pastora, quien se desplazaba todas las mañanas desde la casa de don Sancho, con evidente tristeza, ayudada por las tres cocineras, que don Pedro tuvo que contratar —para deleitar y dejar satisfechos a todos los «hospedados» de su casa—, le preparó a su niño un variado almuerzo que compartió con sus forzados «huéspedes», junto a don Sancho, José y su hijo Pepín, además de Carlos Temple.

Aquel fue para Diego Ibáñez el peor cumpleaños de su vida, en el que incluso el tiempo pareció estar enfurecido ya que, desde la noche anterior, un vendaval comenzó a sacudir la ciudad en medio de endiabladas ráfagas. A la mañana siguiente, pese a que el viento aún gemía en ensordecedores aullidos alrededor de la casa, el sol brilló intermitente.

Mientras todos degustaban el delicioso almuerzo, uno de los franceses, en un dificultoso castellano, exclamó:

—La comida ha estado deliciosa. Y el pastel, exquisito.

Don Pedro, limpiándose los labios con la servilleta, en medio de una complacida sonrisa, señaló:

—Nuestra cocinera, además de ser como un miembro más de la familia, es una de las mejores en varias leguas a la redonda...

A la vez que Carlos Temple y los demás jerezanos permanecían en completo silencio, Diego, dirigiéndose a todos los forzados invitados que compartían su mesa, reafirmó:

—Así es; tal como ha dicho mi padre, nuestra querida Pastora es muy buena cocinera.

Otro de los galos, tras acabar de degustar un trozo de tarta, en un perfecto español, añadió:

—Opino lo mismo que mi compañero; el almuerzo ha sido muy sabroso y este pastel, del que me gustaría repetir otra porción, es realmente exquisito. Luego, todos nosotros felicitaremos en persona a la cocinera. —De pronto, el ulular del viento, en fuertes y arremolinadas ráfagas, hizo temblar los cristales

de las ventanas. Entonces, el francés, con malquistado semblante, añadió—: ¿Cuándo parará este horroroso ventarrón?, desde ayer tarde, ese continuo sonido está causándome muchos nervios; anoche incluso me costó conciliar el sueño.

Carlos Temple, mirándolo con disimulada inquina, replicó:

—En España, casi todos los años, la primavera llega acompañada de mucho viento. —A continuación, dirigiéndose a todo el grupo de franceses, que lo observaban atentos, con su típica parsimonia, reafirmó—: Pero creo que en vuestro país también sucede lo mismo, ¿verdad?

Tras unos instantes de tenso silencio, uno de los galos, a la vez que asentía con la cabeza, exclamó:

—Tiene usted toda la razón.

Don Pedro, tal como si deseara poner una nota de humor al mal tiempo reinante, exclamó:

—Aquí hay un dicho muy popular que dice: «Marzo ventoso, abril lluvioso... hacen de mayo florido y hermoso». Estoy seguro de que mañana el clima mejorará del todo. Antes de bajar de mi habitación, desde la azotea he visto cómo el mismo viento, que ahora sacude nuestros cristales, empujaba con fuerza los negros nubarrones.

Seguido a eso, ordenó que volvieran a repartir otra ración de tarta a los invitados.

Rato después, el grupo de comensales pasaron al salón para fumar y beber café, mientras entablaban una cortés, aunque forzada, conversación.

La mayoría de los franceses se mostraban muy intrigados sobre las costumbres y hábitos de todos los jerezanos; también parecían deseosos de conocer las historias de las tantas invasiones e intentos de sometimiento que aquella tierra había sufrido a través de los siglos, por parte de romanos, germánicos y musulmanes, sin contar a celtas, fenicios, cartagineses y griegos,

Dos días después del cumpleaños de Diego, toda la población de Jerez se quedó consternada ante el primer fusilamiento, a manos de los invasores, de un

ciudadano civil acusado de desacato y traición. Se trataba de un arriero de la Casa de las Cadenas, llamado Antonio Vázquez, muy conocido por don Pedro y su primogénito. Esa horrorosa situación los dejó profundamente afectados. A partir de ese episodio las ejecuciones se hicieron demasiado habituales.

Por esas fechas Diego se decidió solicitar a las autoridades francesas que le expidieran, para él y para su padre, salvoconductos para así poder movilizarse por otras ciudades, sin peligro alguno. Aunque su petición fue admitida, se le comunicó que tendría que esperar.

Mientras tanto, la soldadesca imperial, sin que nadie hiciera nada por impedirlo, seguía con sus continuos saqueos y atropellos a las ciudades invadidas.

Sin pérdida de tiempo, los galos ordenaron nombrar, en cada barrio, a un comisario y a un cabo para que se encargaran de vigilar, día y noche, la tranquilidad del vecindario y detener a todos los vagos y maleantes que hallasen en sus respectivas zonas de observación. Entre aquellas tareas de control que esa guardia ejercía, lo que más problemas causaba era la prohibición de que ninguna persona podía permanecer fuera de su casa, después del llamado «Toque de Ánimas», o sea, después de la medianoche. Todo aquel ciudadano que necesitara salir después de esa hora debía ser autorizado mediante documento por el comisario del barrio.

A pesar de tantas arbitrariedades, los ciudadanos no tuvieron más remedio que bajar la cabeza y soportar todo lo que los invasores exigían. No obstante —pese a esa aparente mansedumbre—, la población jerezana en ningún momento cesó de dar muestras de su ingobernable carácter, oponiéndose, algunos de forma enmascarada y otros a cara descubierta, a todas las exigencias de los galos.

Lo único que levantaba el ánimo de los andaluces era pensar que, desde la llegada a Cádiz del ejército de Extremadura, al mando del Duque de Alburquerque —al que ahora lo sustituía el general Joaquín Blake—, se le

habían unido todas las legiones voluntarias acantonadas en las cercanías de la Isla de León. Se hacían cada vez más potentes por el refuerzo de los guerrilleros, de los garrochistas y del regimiento de milicias provinciales —desparramadas por los montes, por la serranía, e incluso por las murallas—, que no dejaban de idear, y programar la manera de acabar, fuera como fuera, con aquel ejército usurpador.

### *Odio, miedo, rabia... dolor*

Al finalizar el mes de junio, Diego y su padre, después de casi tres meses de incertidumbre, recibieron al fin los salvoconductos y demás papeles para poder salir de Jerez sin problema alguno. Lo primero que hicieron fue marcharse a Cádiz. Ambos ansiaban abrazar a toda la familia. Desde hacía más de dos meses Diego había logrado enviarles, a su madre y hermanos, varios mensajes en manos de uno de sus antiguos viñadores, ahora transformado en guerrillero, de nombre *Cayetano Mendoza Ruiz*, quien, prestaba servicios como centinela —apostado la mayor parte del día en las murallas—. Cada vez que tenía relevo, se acercaba a Jerez para visitar a su mujer e hijos. El joven viñador hacía el viaje a pie, escondido entre la serranía y los montes. Al llegar, casi exhausto, se quedaba al menos dos días escondido en casa de su familia, a las afueras de la ciudad. Apenas Diego lograba enterarse de su regreso, de manera furtiva se apersonaba en la vivienda de Cayetano y allí, luego de recibir noticias de su madre y hermanos, le hacía entrega de una carta para que el joven se la hiciera llegar a casa de su tía Nati.

Un día antes del ansiado viaje a Cádiz, tanto Diego como su padre acordaron no mencionar a la familia, sobre todo a doña Clemencia que, además de las bodegas, la casa familiar estaba ocupada por varios franceses que pernoctaban allí como dueños y señores y que también, ante la angustia de Pastora —que no hacía más que santiguarse y rezar—, disponían de todas sus cosas, sin ningún miramiento.

Apenas llegaron a las puertas de Cádiz, padre e hijo fueron retenidos por los centinelas gaditanos. Por suerte, gracias a que varios de ellos reconocieron a Diego, luego de interesarse por la caótica situación de los jerezanos en manos del enemigo y de recomendarles que debían pedir permiso para volver a entrar a Cádiz, les concedieron el libre acceso a la ciudad.

Cuando doña Clemencia tuvo delante de ella a su esposo e hijo, después de tanto tiempo sin verlos, se tiró a sus brazos. Dominada por la emoción, rompió a llorar de alegría a la vez que Natalia, Ignacio, Úrsula y Gertrudis se unían a los abrazos.

Ese mismo día por la noche, toda la familia, junto a los criados de la casa incluido José, el cochero de don Pedro, acompañados de tía Carmen, sus hijas y nietos, festejaron —con casi cuatro meses de retraso—, el cumpleaños número veintisiete de Diego, en una agradable cena en la que, en todo momento, se evitó tocar ningún tema de la guerra, ni de la triste situación de Jerez.

Por esos días Cádiz era un hervidero de gente, repleto de exiliados de todas las ciudades asediadas, además de otras nacionalidades, que se congregaban en diarias tertulias en los famosos Café Apolo y Cosi, para programar secretas conspiraciones, a la vez que todos permanecían al acecho, y en constante alerta, sin dejar de vigilar las cercanías de pueblos, aldeas y montes. Realmente, con el enemigo en las mismas puertas del único bastión inconquistable, nadie podía permanecer al margen.

Dentro de la ciudad, la gente, aunque preparada para la defensa, seguía con su vida distendida entre amenas y constantes reuniones, fiestas y bailes; incluso los teatros y las óperas continuaban con sus representaciones de obras y conciertos.

No obstante, la carestía de alojamiento —por la continua llegada de refugiados—comenzaba a causar allí algunos problemas. En la mayoría de las viviendas, sobre todo a la caída del sol, se juntaba una gran cantidad de gente que pedía permiso para alojarse en los establos, graneros y casapuertas de los

vecinos.

Natalia y su hermana, al llegar la noche, daban cobijo a un numeroso grupo de gallegos —que eran los que más problemas tenían para encontrar asilo— y les permitían dormir en el zaguán, el cobertizo y el granero, incluso en la glorieta del jardín. Todas las mañanas, por orden de la dueña de casa, deseosa de que ninguno de ellos pasaran hambre —sobre todo los niños—, los sirvientes les ofrecían leche fresca, con un pedazo de pan y queso de cabra, además de frutas. Y, por la tarde, fresca limonada; durante la noche se les hacía entrega de huevos duros y más raciones de pan y fruta.

Al día siguiente de su llegada a Cádiz, don Pedro, acompañado de su hijo, se apersonaron en la Aduana para solicitar sus salvoconductos, y así poder entrar y salir de la ciudad sin ningún contratiempo. Tras eso se reunieron con algunos de los amigos gaditanos de Diego, entre ellos Fabián y Roque, en el Café de Cosi. Los visitantes de inmediato los pusieron al corriente de todo lo que había sucedido en Jerez en esos últimos meses tras la Invasión francesa. Cerca del mediodía subieron hasta el mirador de la torre de Tavira, desde el que se podía divisar, a la perfección, casi todo el panorama de Cádiz... incluso a los soldados franceses, apostados al otro lado de la Bahía.

Por la tarde el grupo de amigos, encabezados por Fabián y por Roque, se llevó a Diego y a su padre a una tertulia concertada dentro de una antigua casona, propiedad de la viuda de un viejo político gaditano, ubicada en la calle Ancha, donde ya los esperaban varios «hombres fuertes» del Cabildo, entre ellos los jóvenes gaditanos Tomás Istúriz y Montero, Agustín Hurtado Aramburu y don Leandro Díaz Guzmán, acompañados del joven poeta granadino Francisco de Paula Martínez, todos ellos acérrimos liberales y muy interesados en la política. Junto a ellos había también cuatro hombres más en actitud ceremoniosa.

Fabián, tras acercarse a estos últimos, dirigiéndose a los jerezanos, exclamó:

—Diego... don Pedro, voy a presentaros a estos amigos latinoamericanos que nos visitan. Aquí don Miguel Ramos Arizpe, destacado político que viene desde México. Este otro caballero es don Joaquín Fernández de Leiva, Doctor en Leyes oriundo de Chile. —Mientras Diego y su padre los saludaban, Fabián, acercándose a otro de los extranjeros, continuó—: Y aquí tenéis a don Vicente Morales Dúarez, también un destacadísimo Doctor en Leyes que, como quien dice, acaba de desembarcar en Cádiz, desde Perú. —A continuación, Roque, a la vez que tomaba del brazo a otro joven, con ancha sonrisa, agregó—: Bueno y a este amigo ya lo conocéis ¿verdad?, es don José Mejía Lequerica, que llegó a Cádiz, procedente de Ecuador hace ya varios años...

El último de los nombrados, acercándose a Diego con efusivo entusiasmo, exclamó:

—Un placer volver a verlo. Espero que me recuerde; nos conocimos en Jerez, al poco tiempo de mi llegada a esta ciudad. Fue durante la fiesta en el Alcázar, hace ahora tres años.

Fabián, al notar la mirada desconcertada de Diego, mientras lo tomaba del brazo, replicó:

—¿No lo recuerdas?, tú mismo me comentaste que os habíais conocido en Jerez, justo en esa fiesta en la que..., lamentablemente, ni Roque ni yo, por diferentes motivos, pudimos estar presentes.

A pesar de que Diego escarbó en su memoria, no pudo recordar al ecuatoriano. En medio de un gesto de pesadumbre, a la vez que le estrechaba afectuoso la mano, le respondió:

—Un verdadero honor. —Y, con un significativo ademán de desazón, agregó—: Siento no recordarlo... tras caer herido en Bailen, perdí gran parte de mis recuerdos...

El señor Mejía Lequerica, mirándolo conmovido, exclamó:

—Ah, claro... sé que estuvo usted muy malherido. Pero ahora, al verlo con tan buen aspecto, no pensé que tuviera un problema tan penoso como ese.

—Lamentablemente, desde ese día sufro de una gran desmemoria, que me preocupa bastante, y que espero que no se prolongue demasiado en el tiempo.

Roque, a la vez que señalaba al ecuatoriano, dirigiéndose a don Pedro y su hijo, expresó:

—El señor Lequerica, pese a no ser español de nacimiento, apenas comenzada la guerra, sin importarle los peligros a los que se enfrentaba, demostrando además mucha valentía de su parte, también ha participado en nuestra lucha contra Francia, lo que lo ha transformado en un verdadero héroe para todos nosotros.

—Un título muy bien merecido —replicó don Pedro estrechándole la mano—. Su fama lo precede.

Minutos después, los jerezanos, tras tomar asiento alrededor de una gran mesa, junto al grupo de los demás hombres, se enzarzaron en una animada conversación sobre la delicada situación de España en esos aciagos tiempos, y también sobre la de Latinoamérica, mientras los visitantes exponían sus variadas opiniones.

Por último, a la vez que degustaban de un variado surtido de entremeses, además de limonada y vino —gentilmente obsequiados por la dueña de casa—, todos se enfrascaron de nuevo en un acalorado debate sobre el peligroso panorama de España y la constante amenaza a Cádiz.

Dos horas más tarde, sin importarle los peligros que eso podía ocasionarle, y pese a que su padre había intentado impedirselo, Diego aceptó colaborar, de manera furtiva, con el Ayuntamiento de Cádiz como «informante», comprometiéndose a traerles —cada vez que pudiera y sin levantar sospechas ni arriesgarse demasiado— todas las novedades, y demás movimientos anómalos que pudiera obtener de los franceses en Jerez.

No obstante, les dejó en claro que él por ahora no tenía contacto directo con ningún general galo.

—Tampoco tengo acceso a reuniones, ni siquiera en mi propia casa. A pesar



de que todos saben que estoy emparentado con un acérrimo afrancesado, como es mi tío Benito en Madrid, tengo la sensación de que desconfiarán de mí... es decir de nosotros —aclaró a la vez que señalaba a su padre—. Los franceses que habitan nuestra casa solo nos invitan a participar en largas partidas de cartas o al billar en nuestro propio salón de juego —acabó la frase con notable ironía. En medio de un hondo suspiro, prosiguió—: Pero nada más; a un comienzo nos ofrecieron trabajar para ellos en la Municipalidad y..., luego de que tanto mi padre como yo nos rehusamos, la actitud de la mayoría de ellos cambió para mal. Incluso nos ha costado mucho hacer que nos concedieran los salvoconductos para poder desplazarnos fuera de Jerez...

Tras un largo rato más de charla, en medio de innumerables intercambios de ideas de todos los presentes, Diego, tras volver al tema de la situación que se vivía en Jerez, agregó:

—No sé si será igual en todas las ciudades, pero allí los franceses han creado un cuerpo de policía al mando de seis comisarios, un secretario, un alguacil, un escribano... un portero y unos dieciocho cabos, junto a numerosos guardias, a más de una compañía de policía rural, que lo rastrea todo... absolutamente todo, compuesta de unas cincuenta y seis plazas a caballo...

Don Pedro, con expresión entre preocupada y meditabunda, lo interrumpió:

—Eso es para perseguir a los jerezanos que huyen hacia los campos... y capturar a todos los espías.

Don Leandro, luego de volver a centrar la mirada en Diego, apostilló:

—Quiero que sepas que todo lo que nos cuenten a partir de ahora nos será de mucha ayuda.

Mientras todos observaban a Diego, este, con ademanes nerviosos, arguyó:

—Espero poder... servirlos de algo.

Otro de ellos, el joven Tomás Istúriz, le advirtió:

—A partir de ahora tendrás que actuar con mucho cuidado; estamos seguros de que apenas ambos regreséis a Jerez, vuestros «alojados», y demás «hombres fuertes» de Jerez, querrán haceros preguntas sobre lo que habéis

visto y oído aquí...

Sin dejarlo acabar de hablar, don Leandro, con los ojos fijos en Diego, asintió:

—Ah, eso ante todo; no olvides que, a pesar de que la mayoría de los ciudadanos franceses que vivían en Cádiz han huido, los que aún permanecen aquí están muy bien vigilados; sabemos que entre los que se han atrincherado aquí, hay muchos espías infiltrados, por eso también tienes que tener cuidado con quién hablas.

—No se preocupe don Leandro; los que me conocen, usted entre ellos, saben que no soy muy dado a confidencias con personas que no conozco a fondo. — Diego estableció una pausa. Tras unos instantes de indecisión, dirigiéndose a todos, les informó—: Desde hace por lo menos dos meses, un antiguo viñador nuestro, que ahora está en la playa de la Caleta como centinela, cada vez que logra llegar a Jerez, me lleva y me trae mensajes de mi madre. Quizás él también pueda colaborar como un ocasional recadero vuestro. Se llama Cayetano Mendoza Ruiz y es de mucha confianza. Si lo ven oportuno, les puedo indicar dónde encontrarlo. Pero tendrán que esperar unos días, ya que ahora se encuentra en Jerez, escondido en casa de su familia.

—Gracias, sí, por favor... —expresó don Leandro—, déjanos apuntados sus datos y también el lugar donde podemos contactarlo. Y, apenas lo creamos oportuno, hablaremos con él.

Luego de unos segundos de silencio, don Leandro, con un cierto dejo de preocupación en la voz, comentó:

—Diego, hay algo que sería bueno saber con antelación. —Tras mirar a todos los demás, prosiguió—: Me han llegado rumores... de que los franceses, tienen pensado bombardear el centro de Cádiz.

Tras esa sorpresiva eventualidad, el grupo de hombres se quedó sumido en un largo y opresor silencio. A continuación, don Pedro, con expresión angustiada, a la vez que se llevaba las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Válgame Dios! ¡Lo que nos faltaba!

De inmediato todos los demás, incluidos los americanos, comenzaban a dar sus opiniones respecto de esa peligrosa amenaza. El joven Tomás Istúriz, con notable impacto, exclamó:

—¡Demonios, don Leandro, esto es algo muy serio! ¿Está usted seguro? ¿Bombardear el centro urbano? Pero... ¿de dónde salen esos rumores?

—Yo no estoy seguro de nada —aclaró el señor Díaz Guzmán con seria expresión—. Y creo que esos rumores vienen desde el mismo centro de operaciones de los galos, en el Puerto de Santa María; hace unas semanas, un grupo de guerrilleros de las afueras de Ubrique encontraron a un joven desertor agonizando y este, antes de morir, les confesó lo que acabo de decirles. Ahora, que eso sea verdad, ya no lo sé.

—Claro que podría ser verdad; ¿por qué les sorprende tanto? —inquirió el ecuatoriano José Mejía Lequerica, mirándolos muy serio.

—Yo también creo que esa posibilidad no es tan descabellada. Los franceses tienen excelentes ingenieros y matemáticos a sus órdenes —expresó otro de sus compañeros el mexicano Miguel Ramos Arizpe.

—Muchos de ellos españoles... —replicó Agustín Hurtado Aramburu.

—Opino igual que nuestros hermanos americanos sobre esa terrible posibilidad. —confesó Francisco de Paula a la vez que movía nervioso la cabeza.

—Pues, tal como están las cosas, deberíamos advertir a la población del posible peligro... —repuso Roque a la vez que exhalaba una bocanada de aire.

Diego, en medio de un furibundo gesto, al tiempo que daba un golpe sobre la mesa, prorrumpió:

—¿Bombardear a la población civil? ¿Matar a tantos inocentes...? ¡Pero... eso sería terrible!, ¡una verdadera cobardía! Es que no me cabe en la cabeza... —acabó casi sin voz. Sin lograr recomponer su semblante, a la vez que los miraba con gesto colérico, enfatizó—: ¡Os prometo que estaré al tanto y cualquier amenaza referente a esa posibilidad que escuche os la haré saber...!

—Ojalá que, de ser eso verdad, logres enterarte a tiempo antes de que sea

demasiado tarde —murmuró Fabián con alicaído ánimo.

Don Leandro, luego de una breve pausa, dirigiéndose al joven Ibáñez, le dijo:

—Diego, como ya lo debes de saber, en tu ciudad hay varios ciudadanos que hacen el doble papel de patriotas y espías. Y muchos de ellos trabajan para un conjunto de hombres, en los que me incluyo, que están jugándose la vida para luchar contra los franceses... —Tras unos instantes de vacilación, agregó—: Un grupo de esos patriotas tienen pensado reunirse en Jerez con varios de sus ciudadanos implicados en esta lucha secreta, para ultimar los detalles de un certero golpe allí. Y, como ya te darás cuenta, necesitan mucha ayuda externa. Yo, estoy seguro de que tú, de manera furtiva, podrías prestarnos un buen servicio y contribuir también a esa causa...

Don Pedro, quien permanecía muy serio, en actitud incómoda, levantó el brazo.

—¿Podría usted definir mejor eso de... «un buen servicio»? —Preguntó con aspereza sin apartar los ojos del señor Díaz Guzmán.

Diego, un tanto apabullado, le dirigió a su padre una mirada de reprobación.

Don Leandro se rascó la calva y, luego de aspirar una bocanada de aire, encarándose a don Pedro, respondió:

—Lo siento, pero la mayoría de estas misiones son..., digamos, asuntos secretos. Y yo, al expresar que su hijo podría prestarnos un buen servicio, me refería a lo que ya hemos hablado: de la posible ayuda que él, con toda prudencia y precaución, pudiera ofrecernos desde su propia ciudad...

Cuando el señor Díaz Guzmán acabó de hablar, don Pedro se puso de pie. Diego, a la vez que señalaba a su progenitor, con expresión seria le pidió:

—Padre... por favor, no intervenga en esto. Y quédese tranquilo: yo me arreglaré con don Leandro y, de acuerdo a lo que me diga y a lo que yo mismo crea conveniente, veré si puedo, o no, intentar contribuir. —Sin esperar respuesta, dirigiéndose hacia su interlocutor, le pidió—: Por favor, prosiga usted; explíqueme los detalles de esa secreta reunión en Jerez.

Don Leandro, tras asentir con la cabeza, argumentó:

—Es que en estos momentos aún no tenemos nada claro.

El joven Francisco de Paula adicionó:

—Solo podemos decirte que todos esos hombres están prestándonos una gran ayuda, incluso a riesgo de sus vidas.

Don Leandro, con la mirada fija en Diego, le dijo:

—Apenas sepamos la fecha exacta de ese cónclave en Jerez, te lo haremos saber. Si hasta ese día no puedes venir a Cádiz, te enviaremos un mensaje con ese joven del que nos hablaste, o con alguno de nuestros contactos allí, para que hagas todo lo posible por encontrarte con ellos. Una vez que logres eso, les entregarás a ellos todo lo que hayas logrado averiguar de las autoridades galas, que ojalá nos sea de ayuda.

El joven Tomás Istúriz miró a Diego y, con un gesto entre triste y preocupado, añadió:

—Tú solo piensa que hasta el detalle más insignificante que descubras para nosotros puede ser de gran ayuda.

—Permaneceré a la espera de vuestras novedades —respondió Diego mientras evitaba mirar a su padre, a quien notaba muy inquieto. Seguido a eso, con un esbozo de sonrisa, añadió—: Y espero, aunque mucho me temo que no podrá ser dadas mis limitaciones, estar a la altura de esos valientes hombres. No obstante, os lo prometo a pesar de mis barreras personales y de que, como ya lo he dejado claro, no tengo muchas oportunidades de enterarme nada de las conversaciones privadas de mis huéspedes. Pero todo de lo que logre enterarme... más que nada referente a la amenaza de bombas sobre la población civil de Cádiz, os lo haré saber de la manera que sea —prometió con la mano levantada.

De pronto, don Pedro, volviéndose a poner de pie, a la vez que se encaraba con su hijo, con visible impotencia prorrumpió:

—¡No puedes prometer cosas que... sabes de antemano, no podrás cumplir! ¡Porque, si lo haces, estarás en peligro de muerte! ¿No decías siempre tú que

estabas en contra del patriotismo exaltado? ¿Y ahora vas a transformarte en uno de esos suicidas? —A la vez que señalaba a todo el grupo de hombres, con desesperado ademán, vociferó—: ¡Ninguno de estos señores tiene el derecho de pedirte que hagas algo tan arriesgado...! —Tras volver a mirar a su hijo, prosiguió—: ¡Aún estás convaleciente de una... mejor dicho, de varias heridas que casi te matan! —Se calló de golpe y, en medio de un angustioso gesto, con voz desgarrada, murmuró—: Por favor, hijo, recapacita; en cualquier descuido que tengas, te descubrirán y, seguido a eso, sin ningún miramiento, te llevarán al patíbulo, como ya han hecho con varios de esos patriotas «escupefuegos» a los que ajusticiaron sin un juicio previo, lo cual tanta impresión nos causó. No olvides que en Jerez desconfían de ti. Pagarás con tu vida esta estúpida y envalentonada decisión de cumplir con la patria. Y luego de eso, todo... todo seguirá igual; solo que nuestra familia quedará partida en dos, completamente destruida —acabó con la voz desgarrada.

El grupo de hombres miraban a los jerezanos en silencio. Tras unos instantes de indecisión Diego, al tiempo que le ponía la mano en el hombro de su progenitor, le dijo:

—Tranquilícese padre, y no tema. No pienso arriesgar mi vida tan fácilmente. Le prometo que actuaré con suma cautela, sin involucrarme demasiado.

Don Pedro, mientras levantaba el brazo en actitud contrariada, exclamó:

—Eso no me consuela. Lo hagas como lo hagas... si te descubren, serás acusado de espía y sentenciado a muerte.

—Por favor, no lleve esto a un extremo tan exagerado. Procure tranquilizarse; estoy convencido de que, cuando un hombre actúa con inteligencia y sentido común, siempre tiene las de ganar en cualquier empresa que intente llevar a cabo.

—Pues yo te digo que los cementerios están repletos de hombres valientes, con todos esos atributos que acabas de mencionar... —le rebatió don Pedro extenuado.

Fabián, acercándose a su amigo, le palmeó la espalda y exclamó:

—Tu padre tiene todo el derecho de preocuparse con esta delicada situación en la que te hemos puesto. Tú cuídate mucho y no cometas ningún error... sobre todo si esto pone en peligro tu integridad física y la de los tuyos.

—Opino lo mismo, Diego, ten mucho cuidado —expresó Roque. Con una sonrisa condescendiente agregó—: Yo sé que sabrás actuar con cautela y buen tino; porque, aunque siempre has tenido fama de arrebatado, en el fondo eres un hombre muy prudente, además de templado, provisto de una gran dosis de sensatez.

—Gracias, amigos... espero no defraudarlos. Y sí... yo también comprendo a mi padre y quiero volver a decirle que no pienso meterme en problemas y que solo actuaré en caso de descubrir algo grave... algo que ponga en peligro la libertad e integridad de todos los habitantes de Cádiz, entre los que también están mi madre y mis hermanos... y demás seres queridos. Y, en cuanto a la reunión con ese grupo de patriotas en Jerez, tan solo me arriesgaré si veo que no hay peligro, y sin involucrarme demasiado. Vuelvo a repetirles: en Jerez, los galos desconfían de mí... de modo que, a pesar de mi empeño, será difícil que algún militar francés se vaya de la lengua en mi presencia.

Don Leandro, acercándose a él, en voz baja añadió:

—Todo lo que descubras, aunque a ti te parezca una insignificancia, puede ser que para nosotros sea de mucha ayuda; eso no lo dudes.

—Intentaré cumplir con lo que acabo de prometerles —respondió el jerezano, mientras volvía a levantar la mano.

Ya estaba decidido: pese a su incomprensible y selectiva desmemoria... junto a sus atormentantes y enigmáticos sueños —los que incluso muchas veces llegaban a alterar su equilibrio emocional—, llevaría a cabo un doble juego con los galos que dominaban su ciudad. Estaba seguro de que esa peligrosa responsabilidad le ayudaría a soportar mejor los avatares de su tormentosa vida íntima.

Apenas don Pedro y su hijo salieron de aquella reunión, Diego, al ver que su

progenitor lo miraba entre dolido y triste, con voz cargada de ansiedad, le pidió:

—Por favor, padre, ya no quiero que se preocupe más. Prometo que me cuidaré; tampoco pienso arriesgarme a cometer estúpidos errores... de eso puede quedarse tranquilo.

—No me pidas que me quede tranquilo; eso, a partir de ahora, sin contar con lo que ya tenemos encima, será imposible.

—Por lo que más quiera, le pido que no me haga sentir culpable —repuso Diego en medio de un resoplido—. Y ahora, escúcheme: esta cooperación que intentaré cumplir, lo mejor que pueda y... vuelvo a repetirle, evitando en todo momento meterme en problemas, tiene que quedar en la más estricta intimidad. Debemos impedir que nadie... pero nadie, se entere. Lo mejor será que ni mi madre, ni mis hermanos lo sepan, así estaremos seguros —acabó con notable agobio.

—Descuida hijo... si de mí depende, nadie se enterará —apostilló don Pedro a la vez que exhalaba un hondo suspiro.

Luego de despedirse de su padre, Diego se marchó a casa de una de sus antiguas amantes, con la que pasó varias horas de pasión desenfrenada, a la vez que procuraba olvidarse de su caótica situación.

Al día siguiente, don Pedro, acompañado de su hijo, lograron hacer dos embarcos de varios toneles de vino —que desde ya muchos meses tenían guardados en el almacén— uno, con destino a Inglaterra y, el otro, a Puerto Rico. Luego de eso, ambos se marcharon al cortijo. Por allí, pese a la escasez de mano de obra, todo marchaba bien, por lo que solo se quedaron unas pocas horas en las que aprovecharon para recoger, ayudados por José, además del capataz del cortijo y de varios niños que vivían en la alquería, una gran cantidad de legumbres, limones, y otras frutas, que transportaron a casa de tía Nati. Un día antes de abandonar la ciudad, Diego se dirigió a la Isla del León para visitar al padre Manuel, al que encontró mucho mejor de salud; por suerte, el médico que lo asistía había descartado la fiebre amarilla... que aún



seguía planeando, de manera amenazante, por toda Andalucía.

Apenas padre e hijo regresaron a Jerez, luego permanecer más de una hora con los centinelas franceses, mientras don Pedro se dirigía a las Bodegas y Diego se disponía a contarle a Pastora cómo estaban su madre y hermanos, apareció Pepín.

Con evidente nerviosismo, el jovencito le susurró:

—Señorito, acaba de entrar en su despacho... sin pedir permiso, como siempre hacen estos franchutes, uno de ellos, que dice ser el señor regidor. Y me ha dicho que le urge hablar de inmediato con usted.

Diego, en medio de un molesto resoplido, replicó:

—Gracias compañero. Enseguida iré a verlo.

Minutos después, el joven Ibáñez se presentó ante uno de sus vecinos, don Juan Carlos Haurie, un comerciante de vinos, de origen francés que había sido nombrado —por las autoridades galas— como regidor en la Municipalidad. El visitante, luego de mostrar interés por su madre y hermanos y, mientras Diego le servía una generosa copa de brandy que el regidor recibió con sumo agrado, mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿Y su padre?

—En las bodegas. Yo me apeé aquí, pero él siguió con nuestro cochero hasta allí porque tenía que hablar urgentemente con don Sancho. —Con ademán intrigado, adicionó—: Señor Haurie, no puedo negar que me sorprende su visita; pensé que los que deseaban hablar conmigo serían mis «huéspedes»... —acabó la frase con remarcada ironía.

El regidor, observándolo detenidamente, respondió:

—Ninguno de ellos se encuentra ahora aquí. Esta madrugada ha habido graves disturbios, ocasionados por una partida de... bandoleros. Y ahora los soldados franceses están desparramados por las inmediaciones de las sierras, haciendo averiguaciones.

—Oh, vaya... —murmuró Diego a la vez que torcía el gesto—. Qué

contrariedad; ya sabe usted que nosotros estamos en contra de los ataques de esos... guerrilleros; porque luego las represalias caen sobre los demás ciudadanos inocentes.

El regidor, con mirada estática, replicó:

—Sí, es verdad, y yo lamento mucho todo eso; es penoso ver ejecutar a tantos conocidos sin poder hacer nada. Además de tener la cárcel abarrotada de gente...

Con un movimiento de su brazo, Diego lo interrumpió:

—Gente que no hace mucho... eran honrados ciudadanos; muchos de ellos, amigos suyos.

—Sí, es verdad. Usted lo ha dicho. ¡Ay!, si al menos estos llamados patriotas escarmentaran y dejaran de atacar a los franceses.

A la vez que meneaba la cabeza, Diego apostilló:

—Usted, que conoce muy bien el carácter de los hijos de esta tierra, sabe que algo así será imposible de lograr.

—Sí, y eso es justamente lo que más me preocupa. —Tras fijar los ojos en el semblante del dueño de casa, inquirió—: Bueno, y a todo esto... ¿cómo se encuentra usted de sus extrañas dolencias, respecto de su prolongada desmemoria, ¿ya mejor?

Diego, con gesto pensativo levantó una ceja, y respondió:

—A decir verdad, sigo igual. Es muy penoso no poder acordarme de tantos y tantos sucesos importantes de mi pasado. —De pronto, dándose cuenta de lo beneficioso que sería para él, en su nueva faceta de «informador», hacerles creer a todos que el asunto de su salud era mucho más grave, tras un hondo suspiro, mintió con total serenidad—: Lo malo... es que hay días, en que me encuentro peor, ya que, si me cuentan una cosa por la mañana, al volver a nombrármela por la tarde, la mayoría de las veces no la recuerdo.

—Vaya, lamento oír eso. De verdad, su situación mental es algo muy preocupante —se compadeció el señor Haurie—. Pero no se desespere: dicen que, en estas dolencias, a veces hay muchas sorpresas.

—Ojala esté usted en lo cierto, don Juan Carlos. A decir verdad, esperanzas no me faltan.

Luego de degustar el dorado líquido, a la vez que se repantigaba en su asiento, con discreto tacto, el señor Haurie lo interpeló:

—Y el viaje a Cádiz, ¿cómo ha ido? ¿No tuvieron problemas para entrar? Al menos de eso se acordará, ¿verdad?

Diego soltó una carcajada.

—Sí, claro, por suerte no suelo olvidarme de todo; solo son hechos puntuales —replicó con estudiado dramatismo—. Bueno, con respecto a nuestro viaje a Cádiz, a pesar de que, al llegar los centinelas, nos retuvieron más de dos horas, nos fue muy bien; al menos hemos podido abrazar a mi madre y hermanos, y a mis tías. Realmente hacía mucho tiempo que lo deseábamos. También hemos acabado de embarcar varios toneles de jerez, entre ellos hacia las Indias, y otros a Inglaterra.

—Oh, pues los felicito; tienen mucha suerte. Mis negocios vitivinícolas, como ya usted lo sabrá, van en constantes bajadas... con pérdidas y más pérdidas...

—Como la de todos los jerezanos... —volvió a interrumpirlo Diego con semblante pétreo—. Mejor dicho: a excepción de Cádiz, como la de todos los españoles. Tenga presente, señor Haurie, que nosotros también estamos obligados al repartimiento mensual de más de doscientas botas de vino a los galos. Ese embarque que hemos logrado despachar en Cádiz lo teníamos guardado en el almacén de la casa de mi tía; hacía más de cuatro meses que debíamos haberlo enviado. Pero la entrada de los franceses nos impidió hacerlo. Y, si le he nombrado Cádiz, es porque justamente allí no hay problemas para los comerciantes, tal como pasa en todas las ciudades ocupadas.

El visitante, luego de beber de su copa, a la vez que clavaba los ojos en Diego, le pidió:

—Por favor, continúe contándome algunas de sus impresiones de la

«invencible ciudad» en estos últimos tiempos.

El dueño de casa, riendo divertido, replicó:

—Bueno... usted sabe cómo son los gaditanos alegres y despreocupados, que ni siquiera en estas épocas, tan peligrosas, se privan de fiestas, bailes y teatros. Sin olvidar que todos sus cafés rebasan de personas. No obstante, en las murallas, y en todos los perímetros de la ciudad, cada vez hay más vigilancia y, además, los caminos se encuentran bien custodiados por sus defensores. Como ya debe usted saber, Cádiz está repleta de exiliados... de todas partes de España, y también de muchos extranjeros.

El visitante, con un ademán de repulsión, exclamó:

—Y me imagino que esa situación solo puede traer más peligro para una posible epidemia de fiebre amarilla..., que aún continua acechándonos, ¿no lo cree usted? Con el hacinamiento, esas pestes se extienden como la pólvora encendida... —Sin esperar a que Diego respondiera, el regidor, con evidente curiosidad, preguntó—: ¿Es verdad lo que dicen que... allí han formado un gran ejército?

Diego, tomándose su tiempo, se echó a reír divertido. Seguido a eso, expresó:

—Oh, sí. Y no vea usted los nombres más graciosos, incluso cómicos, con el que los gaditanos han bautizado a todos. Como le decía, en Cádiz no se pierde el humor ni siquiera en estos tiempos tan difíciles.

Tras una mueca de aspereza, el regidor respondió:

—Sí, un humor bastante retorcido. Pero lo peor que tienen es su falta de disciplina y su endiablada terquedad, que es la particularidad de todos los españoles. Además de otras muchas rarezas.

Diego, acercándose más a él, con un significativo gesto de contenida ansiedad, le dijo:

—Tiene razón don Juan Carlos. Y, entre usted y yo, Creo que ni Napoleón, ni su hermano José... ni todos sus ejércitos serán capaces de dominar España. Hagan lo que hagan, será inútil. Como usted bien lo ha dicho, los hijos de esta

tierra son muy impredecibles, tozudos e indisciplinados. Y, si ni los romanos, ni los godos ni tampoco los moros pudieron lograr dominarlos, no creo que Francia lo logre.

El regidor, tras un ademán de aceptación, murmuró:

—Para serle sincero, yo también lo veo muy difícil.

Diego, al ver que su visitante se quedaba unos instantes pensativo, mirándolo con semblante distendido, le comunicó:

—He estado con varios de sus antiguos vecinos y me han preguntado por usted. Todos ellos le envían muchos recuerdos —volvió a mentir con total indiferencia.

Mientras exhalaba un hondo suspiro, don Juan Carlos replicó:

—Oh, me alegra saberlo. Aunque ahora me encuentre en esta complicada postura de aliado de Francia, mis verdaderos amigos siempre seguirán siendo los mismos, con los cuales he pasado casi toda mi vida. —El regidor se calló de golpe. Luego de beber de su copa, con gesto nervioso, agregó—: Es mejor que no toquemos ahora este escabroso tema, el cual me deja muy mal. —De pronto, se dirigió a la puerta y la abrió. Tras cerciorarse de que nadie los escuchaba, volviéndola a cerrar despacio, con semblante nervioso, prosiguió —: Don Diego, aprovechándome de que sus alojados no están ahora aquí, he venido a darles a usted, y a su padre, algunos consejos. Aunque siempre hemos sido rivales en lo que respecta a los negocios del vino, siento mucho respeto, y también mucha gratitud por ustedes. Nunca olvidé vuestra desinteresada ayuda... junto a la del señor Temple y su hijo, cuando aquella turba de furiosos jerezanos, tras los fusilamientos en Madrid de 1808, querían lincharnos a todos los que llevábamos sangre francesa en las venas. Y, en agradecimiento a eso, quiero ser sincero con ustedes y ponerlos en guardia: estoy enterado de que el propio mariscal Claude Víctor... y, si no estoy equivocado, también el general Nicolás Soul, les ofrecieron a usted y a su padre un cargo en el Cabildo, que ambos han rechazado.

Diego se quedó unos instantes en silencio. Una leve arruga le partía la frente.

—Sí, es verdad... pero usted ya conoce las razones —replicó Diego—. Mi padre nunca podría ejercer ningún trabajo que no sea manejar sus bodegas. En cuanto a mí, realmente, en estos últimos tiempos, tampoco me siento preparado para algo así. Además, todos los que me conocen saben que yo siempre me he considerado... algo así como un apátrida: un ciudadano del mundo. Nunca fui un «escupefuegos» ni tampoco sufro de patriotismo exaltado. Me siento neutral en todo este desagradable conflicto entre franceses y españoles aunque... sí, muy molesto, ante la manera tan arbitraria e injusta en que están tratándonos. —Al notar que el visitante se quedaba en una postura meditabunda, Diego, mirándolo con notable ansiedad, prosiguió—: Don Juan Carlos, pasando a otro tema, le confieso que estoy algo preocupado; mientras estaba en Cádiz escuché rumores de que los franceses... pretenden bombardear el centro de la ciudad, y eso sería algo terrible. —Sin dejar de observarlo preocupado, inquirió—: Usted, ¿no sabe nada sobre eso?

Por largos instantes el señor Haurie permaneció inmóvil. A continuación, mientras negaba con la cabeza, expresó:

—No. De eso no sé nada en concreto. Aunque no me extrañaría.

—A mí tampoco. Pero no puedo negar que esa suposición me aterra porque, de llevarse a cabo semejante atrocidad, moriría mucha gente inocente, y eso me preocupa.

—Me hago cargo de sus temores; pero, si lo que usted pretende es que yo le dé alguna información sobre esa posibilidad, no podré. He de decirle que las autoridades francesas no son muy condescendientes conmigo y nunca me hacen confidencias. No obstante, le prometo a usted que... de llegar a enterarme de algo sobre eso, se lo haré saber.

—Gracias, don Juan Carlos. De verdad, se lo agradezco mucho. Me preocupa la integridad de mi familia.

—Lo comprendo... —repuso el señor Haurie. Seguido a eso, a la vez que se secaba el sudor de su frente, agregó—: Bueno, y hay otra cosa que deseaba comentarle; sé que su amigo Carlos Temple también ha rechazado trabajar en

el Cabildo y...

Diego lo interceptó:

—Sí, estoy enterado... él mismo me lo contó. Y, como usted bien sabe, él, al igual que yo, también es un cosmopolita y un hombre de paz. Pese a eso, Carlos, desde el primer momento, ha colaborado con las tropas francesas en todo lo que estas le han pedido; sin protestar ni poner ningún obstáculo... entre ganado, granos e innumerables barriles de aceite de su propio molino.

—También es verdad... —exclamó el regidor. Luego de beber de su copa, prosiguió—: Don Diego, quiero que sepa que, desde el primer momento, yo y muchos otros franceses afincados aquí, hemos hablado de ustedes muy bien a las nuevas autoridades, y también de la familia Temple. Pero hay algo que tiene que saber: me he enterado de que están vigilándolos en sus propias casas; por eso quiero darle un consejo: cuídese mucho... y, ante todo, evite en lo que más pueda meterse en problemas de... bueno, usted ya sabe; muchos piensan que no sería raro que, a partir de ahora, en esos viajes vuestros a Cádiz para ver a su familia, puedan llevar también alguna información de los movimientos que se producen aquí. Y algo como eso sería muy... pero muy peligroso para toda su familia, porque allí también hay agentes encubiertos que trabajan para los franceses. Y me temo que... hay muchos galos que, pese a su fama de afrancesado, ven en su persona a un posible espía. Y por eso quería advertirles que a ustedes... al igual que a Carlos Temple, y a otros acaudalados jerezanos, los vigilan en sus propias casas. —Acercándose más a él, en medio de un susurro, añadió—: También me han llegado rumores de que... al menos dos de sus pensionistas aseguran que usted, aunque mantiene siempre una postura cercana y amistosa, al mismo tiempo les parece muy enigmático e impenetrable, además de impredecible.

Diego soltó una carcajada.

—Vaya... me deja usted pasmado. —Apuntó en tono de chanza—. No me imaginaba que mis «huéspedes»... me vieran de esa manera. No puedo negar que desde que fui herido no he podido volver a ser el mismo de antes. Pero

para nada me considero un hombre impenetrable, ni mucho menos... impredecible, todo lo contrario.

—Usted cuídese mucho, y dé por hecho que los generales franceses, cada vez que vaya a «visitar» a su madre y hermanos, les pedirán a sus huéspedes, como los llama usted, que lo interroguen de manera exhaustiva; lo siento, pero las cosas están así...

Diego lo observó en silencio unos instantes. A continuación, a la vez que se encogía de hombros, apostilló:

—No se preocupe, don Juan Carlos. Como acabo de decirle, aunque me torturen, de nosotros no podrán obtener ninguna información. Porque a mí en Cádiz, al considerarme un afrancesado, también me tienen mucha desconfianza. —Volvió a mentir con total templanza—. De modo que es muy difícil que pueda enterarme de nada. Y, como bien se dice, de donde no hay no se puede sacar nada, ¿verdad? No obstante, agradezco mucho sus advertencias.

—No necesita agradecerme nada. Cualquier cosa que necesite, puede confiar en mí.

—Usted también en mí. Y de nuevo muchas gracias. —apostilló Diego estrechándole la mano.

Cuando se quedó solo, permaneció un largo rato meditabundo. De pronto, sintiéndose acechado por innumerables peligros, además de la cruel incertidumbre de no saber lo que podría pasarle, Diego acabó por desmoronarse.

### *Los desastres de la guerra*

Gustavo seguía en el frente, oculto en las sierras junto a los guerrilleros. Aquel dispar ejército de campesinos, que no dejaba de vapulear a los ejércitos imperiales ni de noche ni de día —en esa mortificante guerra de guerrillas— eran ya un constante azote para los galos, hasta convertirse en una verdadera pesadilla.



El veinte de julio, Diego, por medio de Cayetano, su antiguo viñador, recibió un mensaje de sus camaradas de Cádiz, con la hora, fecha y lugar exactos donde debía encontrarse con los patriotas-espías quienes, junto a varios otros ciudadanos, se reunirían de forma secreta en Jerez.

Ese día Diego, dominado por los nervios —además de por una agorera sensación—, decidió no acudir. No obstante esa primera determinación, al final, luego de pensárselo mejor, aunque con un poco de retraso, decidió cumplir con lo pactado en Cádiz. Después de recoger los papeles —con todo lo que había logrado apuntar—, tras guardarlos en un compartimiento secreto de su alforja, de manera discreta salió de su casa y se encaminó al lugar de la cita. De pronto, unos metros antes de llegar a las cercanías de la vivienda, en la que debía entrevistarse con el grupo de conspiradores, escuchó una salva de disparos acompañados de gritos.

Sintiéndose en peligro, rápido se escondió detrás de los muros de una casona abandonada. Desde allí, con un nudo en la garganta, pudo observar a un grupo de soldados franceses que, de manera violenta —en medio de otro intercambio de metralla— asaltaban la casa. «¡Demonios!, ¡mis temores no eran infundados!», se dijo en medio de un escalofrío. «¡Ufff! Unos segundos más, y me hubieran descubierto a mí también junto a todos ellos. Y quién sabe lo que hubiera pasado».

A continuación, mientras sentía que su frente se perlaba de sudor, añadió: «A partir de ahora, debo tener mucho más cuidado; creo que, entre los llamados patriotas, hay uno... o varios traidores».

Don Pedro, al tomar conciencia de lo sucedido, se quedó mudo de terror. Esa noche, Diego, moralmente deshecho, tras manifestar una ligera descompostura, que le impedía cenar, se refugió en su cuarto. Y, aunque buscó un resquicio de luz entre tanta negrura acumulada en torno a él —junto a sus circunstancias—, y hallar un vislumbre de esperanza en el porvenir, no logró hacerlo.

Para peor, ni siquiera podía salir de su casa, y correr a los brazos de su

ocasional amante, y así poder esfogarse hasta llegar a recuperar algo de su templanza.

Dos días después, los franceses ejecutaron a los tres patriotas jerezanos a los que habían apresado en ese frustrado intento de conspiración; murieron sin que los galos, a pesar de torturarlos, pudieran sacarle un solo nombre de sus cómplices.

Diego, por medio de Cayetano, envió un mensaje a sus contactos de Cádiz, exponiéndoles todo lo que él había visto y oído ese funesto día, además de la suerte corrida por los tres espías apresados.

A comienzos de agosto, cuando don Pedro y su hijo lograron regresar de nuevo a Cádiz, se enteraron de que dos de los intrépidos patriotas —tras la fallida conjura en Jerez—, habían salido ilesos. Lo que aún nadie había logrado descubrir era quién los había traicionado.

Entre todos esos penosos acontecimientos, un sábado por la tarde, a mediados de ese mismo mes —justo cuando Diego y su padre acababan de arribar a Cádiz— de manera sorpresiva Gustavo apareció en casa de Natalia, todo maltrecho... y con un brazo menos. La impresión de ver en el estado que llegaba su amigo, casi un hermano para él, produjo en Diego un efecto tan mortífero que lo dejó paralizado.

Después de obligarlo a descansar dos días, bajo los cuidados de toda la familia, tras informarle que la suya, pese a la delicada situación de Jerez, estaba muy bien, Diego, mientras evitaba pensar en el riesgo que eso suponía —pese a que don Pedro había intentado hacerlo desistir mientras alegaba que lo mejor para Gustavo sería quedarse en Cádiz—, se dispuso a llevarlo de regreso a casa.

Antes de preparar la marcha, mirándolo con desanimado gesto, le explicó:

—No voy a negarte que las cosas no pintan nada bien; nuestra casa, y las bodegas, están ocupadas por varios franceses, a los que tenemos que atender a cuerpo de rey. Además de eso, han ahorcado a varios rebeldes, la mayoría,

conocidos nuestros.

Cuando Diego acabó de hablar, Gustavo, con semblante pesaroso, prorrumpió:

—Vaya, a buena hora llego yo a mi pueblo.

—No obstante, aún tenemos que dar gracias que la mayoría de los franceses que pernotan en mi casa son, dentro de todo lo malo, bastante humanitarios y gentiles. —Mientras le ponía la mano sobre el hombro, prosiguió—: Pero tú... no te preocupes, estoy seguro de que no tendremos ningún problema en viajar a Jerez; sólo quería ponerte al corriente de todas las vicisitudes que han ocurrido desde tu partida. Por suerte, también mantengo muy buena relación con casi todos los centinelas franceses que vigilan la entrada a nuestra ciudad. Además, mi padre y yo, que íbamos a venir a caballo, al final decidimos que José nos trajera en el coche; de ese modo tú podrás camuflarte mejor, y pasar inadvertido. Cuando lleguemos a casa, intentaremos no llamar la atención de nadie. —Tras establecer una prolongada pausa, con los dientes apretados, en un visible gesto de temor, a la vez que se desmoronaba del todo, agregó—: ¡Diablos! No quiero mentirte en nada... ni enmascarar la situación a la que nos enfrentamos. Aparte de todo lo que... te acabo de contar, los franceses han dejado claro que... apenas capturen a un guerrillero, o un garrochista, al que ellos llaman bandolero, será fusilado o ahorcado. Lo peor es que... aquellos que los auxilién también serán pasados por las armas. Y el que avise para prenderlos será gratificado con cuatrocientos reales. Y muchos de nuestros vecinos saben que... tú has estado unido a los lanceros de Jerez, y cuatrocientos reales es una cantidad muy sustanciosa para cualquier humilde viñador, sobre todo en estos tiempos.

Gustavo, mirándolo con notable espanto, prorrumpió:

—¿De modo que tú... crees que corro el riesgo de que alguien pueda denunciarme?, ¿mejor dicho, que algún vecino mío, se atreva a traicionarme? Y no solo eso, sino que tú, ¿también estarás en peligro, por mi culpa?

—Por mí, no te preocupes... —murmuró Diego con alicaído semblante—.

Amigo, me encantaría no tener que darte estas noticias tan malas. — Poniéndole la mano sobre el hombro, a la vez que esbozaba un amago de sonrisa, expresó—: Por favor, no te desesperes; yo no creo que nada de eso llegue a pasar, aunque el temor de que alguien quiera ganar esa cantidad de monedas de plata, sin importarle denunciar a un valeroso vecino, no deja de ser una amenaza. Como bien reza el dicho, cuando el hambre aprieta, muy pocas cosas se respetan. Y ante eso, debemos ser precavidos.

Con semblante pálido y desencajado, Gustavo exclamó:

—Diego, de verdad, tengo muchas ganas de volver a abrazar a mi esposa, a mi hijo, y también a mi padre... pero no quiero involucrarte a ti en ninguna situación peligrosa. Puedo quedarme aquí un tiempo más... hasta ver qué pasa y...

—No, mi padre y yo ya lo hemos dispuesto. —Lo interrumpió Diego—. Este mismo atardecer, partiremos hacia Jerez. Las sombras de la puesta del sol serán nuestras aliadas. Cuando llegues a tu casa, una vez al lado de tu familia, procurarás no salir mucho y, sobre todo, no acercarte a las bodegas. Por suerte, tu vivienda es prácticamente inaccesible, y los franceses ya la revisaron del todo; ellos saben que allí vive el contable de mi padre y que, al ser una casa muy pequeña y con un niño de tan corta edad, no les interesó. Solo te pido que una vez allí... te cuides mucho.

—Gracias, amigo... —murmuró Gustavo dándole un abrazo.

—Ah, se me olvidaba decirte que ahora Pastora vive también en tu casa —adicionó Diego—. Los galos requisaron la vivienda de los criados y desmontaron su pequeño almacén, para transformarlo en un depósito de pólvora.

Gustavo, con una mueca de pesar, murmuró:

—Vaya, pobre mujer: con lo que ella disfrutaba allí destilando sus hierbas y elaborando sus potingues sanadores...

Con un gesto de contenida rabia, Diego exclamó:

—Para mí eso fue... como un puñetazo en plena cara. Tú ya sabes cuánto

quiero yo a Pastora y, al verla llorar mientras los franceses rompían todos sus frascos de pomadas y demás medicamentos, tuve que apelar a una descomunal fuerza de voluntad para no liarme a puñetazos con todos ellos. Por suerte, pude rescatar algunas de sus pertenencias y también de las demás criadas que mi madre se trajo a Cádiz.

—Me alegra saber que Pastora ahora vive en mi casa. Así le hará compañía a Rosario.

Poniéndole el brazo en el hombro, Diego añadió:

—Otra cosa tengo que pedirte: mantén en secreto esto último que te he contado y también que nuestra casa está íntegramente usurpada por franceses. Ni mi madre, ni mis hermanos saben nada. Mi padre y yo, aunque creemos que en el fondo ya lo sospechan, hemos decidido no darles más disgustos ni preocupaciones.

—De acuerdo, amigo, no te preocupes por eso. Y ahora cuéntame cómo están Carlos Temple junto a su familia, y de los demás conocidos —quiso saber Gustavo.

—Todos muy mal; los padres de Carlos, antes de la llegada de los franceses, se marcharon a Londres, y él se ha quedado solo, al frente de la hacienda. Sus negocios, como todos los de los demás propietarios, incluyéndonos a nosotros, no marchan nada bien; lo galos demandan muchos impuestos y toda clase de suministros, entre animales, hortalizas y granos. Los molinos de aceite de Carlos no dan abasto. Creo que, si seguimos así mucho tiempo más, todos los jerezanos nos quedaremos en la ruina...

—¡Malditos franchutes, hijos del demonio! —profirió Gustavo con los dientes apretados.

—Bueno, amigo... —adicionó Diego mientras se ponía de pie—. Ahora voy a dejarte solo con el resto de la familia. Tengo que salir a una reunión en casa de Fabián. Mi padre ya tiene todo listo y, apenas yo regrese... a la caída del sol, nos pondremos en marcha.

Por suerte, el viaje resultó, dentro de todo, tranquilo. Y la entrada a Jerez, sin ningún contratiempo por parte de los guardias franceses, a los que Diego obsequió con un gran saco de frutas.

Cuando llegaron a destino, al escuchar el llanto desesperado de Rosario y de Pastora, además del de don Sancho mientras Gustavo les relataba la manera en como había perdido el brazo, Diego, salió disparado hacia el patio trasero, iluminado solo por la luz de la luna, donde dio rienda suelta a su dolor, a la vez que comenzaba a golpear con sus puños —entre ahogados sollozos— todo cuanto encontraba de frente.

Rato después, Gustavo, con una palmatoria en su única mano, se le acercó. Tras dejar el candil sobre el pescante de un carro, mirándolo afectuoso, le dijo:

—Tu padre acaba de marcharse, dice que te espera en casa. —Al verlo tan abatido, inquirió—: Oye, ¿qué te pasa?, tranquilízate, compañero.

—Me da mucha..., pero mucha, rabia verte así, con un brazo menos — murmuró Diego con apenas un hilo de voz.

Gustavo, echándose a reír nervioso, exclamó:

—Bueno, pero como ya lo ves, he salido de ese infierno con vida. Y lo más importante: he logrado llegar a mi hogar sin ningún inconveniente. Y todo, gracias a ti y a tu padre. —Sin esperar a que Diego respondiera, continuó—: Lo triste es pensar que toda mi odisea ha sido en vano, ¡y ahora tenemos al enemigo paseándose como dueños y señores, por nuestra ciudad! ¡Y no solo eso, sino que también dentro mismo de nuestras casas! —Tras una corta pausa, con semblante atormentado, agregó—: Ahora solo espero que nuestros conciudadanos, si llegan a enterarse de mi regreso, y de mi situación actual, me protejan y no intenten denunciarme. —Tras mirar a su amigo con notable pesadumbre, prosiguió—: Siento mucho ver que tú..., aún no estás del todo bien, sobre todo de ánimo.

Diego, observándolo ofuscado, exclamó:

—¡Cállate! Yo estoy entero, pero en cambio tú has regresado sin un brazo.

Levantándose de hombros, Gustavo respondió:

—Sí, pero yo... en ningún momento, estuve tan grave.

Luego de unos instantes pensativo, Diego reflexionó:

—Por lo poco que recuerdo del día en que fui herido, a ti te debo la vida.

—No, yo solo te socorrí. Y tú me salvaste primero a mí; espero que no lo habrás olvidado.

—Lamentablemente, aún hay muchas cosas, y muchos acontecimientos, que van contándome pero que, por más esfuerzos que hago, no puedo recordar en su totalidad. Pero, volviendo al ruinoso presente... de verdad, lamento mucho verte en este estado.

—No te preocupes, lo único es que ahora tendré que empezar a practicar con el brazo izquierdo hasta dominarlo. ¡Con lo inútil que siempre fui con este! Pero ya me las apañaré.

—Claro que sí; Cervantes también se quedó manco en la batalla de Lepanto y, aun así, logró seguir escribiendo sus libros. —Luego de mirarlo con una alentadora sonrisa, apostilló—: A pesar de tener a los franceses a nuestro alrededor, mientras tú te mantengas callado, y sin meterte con nadie, estarás bien al lado de tu mujer, tu hijo y tu padre... y también de Pastora.

Gustavo permaneció unos instantes pensativo; luego, con gesto abatido, murmuró:

—Sí, creo que a partir de hoy, cerca de mi familia, incluyéndote a ti y a todos los tuyos, mi vida... aun con el temor de ser traicionado por algún vecino desleal, va a ser un paraíso, comparado con todo lo que he tenido que vivir. — Con el semblante acongojado, prosiguió—: No sé si sabes que el pueblo de El Bosque, donde caí herido, fue el primero en levantarse en armas contra los franceses, con un gran descalabro por parte nuestra. Fue una batalla horrible, peor de la que pasamos en Bailen. —Sin cambiar de expresión, confesó—: Tú no te puedes hacer una idea... de las cosas tan crueles y dolorosas que he visto y que he vivido. Cuando me marché de aquí, me fui con un grupo de guerrilleros hacia el norte...

Diego, poniéndole la mano sobre el hombro, le pidió:

—Es mejor que ahora no recuerdes nada de todo lo malo que has pasado. Además, Rosario estará esperándote para cenar.

—No, déjame contártelo —replicó Gustavo—. Necesito hacerlo; deseo echar fuera todas esas tristes vivencias... de antes y después de caer herido. Y sé que la única persona con la que puedo hacerlo, aun ante el temor de agobiarte, eres tú. Y, por Rosario, no te preocupes: ella misma me ha pedido que viniera a hablar contigo. —Tras unos segundos de silencio, con voz estremecida, Gustavo prosiguió—: ¡Oh!, Diego. No hay un solo pueblo en toda España que no esté asolado por esta maldita guerra; con todas sus casas incendiadas en casi su totalidad. Primero, por nuestros guerrilleros, para desalojar a los imperiales, que ya las habían confiscado y luego por estos, para impedir que las ocuparan de nuevo los españoles. Los campos están devastados, sin mulas ni labradores... nada de nada. Los graneros, vacíos; los establos, desiertos. Las pocas reses que no han sido devoradas por ambos ejércitos se refugian desparramadas en las sierras, flacas y tristes, mientras intentan buscar algún reducto de hierba fresca. En los pueblos no ocupados por las armas, no se veía ningún hombre joven; solo ancianos, inválidos y mujeres con la viva estampa de la miseria y con el sufrimiento marcado en sus ajados rostros. Los niños desnudos, esqueléticos y enfermos, acudían al encuentro de las tropas, pidiéndonos algo de comer. En una palabra: los pueblos, aldeas y villas, que en otros tiempos gozaban de riquezas, están destruidos. Y las familias de labradores, antaño acomodadas, ahora piden limosna. En ninguna iglesia se oficia misa; todas se hallan destrozadas o convertidas en almacén de armamento. Y la mayoría de los curas y sacristanes, enrolados en las partidas de guerrilleros. Realmente... allí, la vida y la naturaleza parecían suspendidas... olvidadas por Dios.

—¡Maldita guerra! —rebatía Diego furioso—. ¿Sabes lo que más rabia me da?, es pensar que España no fue capaz de levantarse contra los Borbones y, al final, acabó levantándose en armas, para defenderlos. Tienen razón los



ingleses al llamarnos ignorantes.

Al escuchar esas palabras, Gustavo miró a Diego con evidente sorpresa.

—Pero no entiendo... —replicó extrañado—. ¿Por qué metes en esto a los ingleses, los que por siglos fueron nuestros enemigos y que ahora, seguramente por interés y por odio a los galos, están de parte nuestra? ¿Es que ahora tú estás de acuerdo con lo que ellos opinan?

—No, solo quería referirme al hecho de lo que los británicos siempre han pensado de nosotros, y creo que tienen razón. Estamos desangrándonos en una guerra atroz, por un rey «cautivo» del que se dice que es lo peor que ha dado su linaje en los últimos siglos. Y ten en cuenta que ese nefasto personaje será quien, si alguna vez logramos echar a los galos de nuestro suelo, nos gobierne. Y esa posibilidad también me da miedo; porque hay muchos hombres sabios que opinan que puede llegar a suceder que, con el transcurso de los años, lleguemos a experimentar mucha simpatía por el rey José I, incluso añoranza.

Gustavo, con los ojos muy abiertos, en un gesto de incredulidad, alegó:

—¿Pero... qué dices?, ¿experimentar simpatía y añoranza por un rey impostor? Yo no creo que alguna vez podamos sentir una pizca de aprecio por alguien como él. Y, referente a nuestro monarca, lamentablemente a los reyes no podemos elegirlos: todos nos vienen de herencia y, contra eso, no hay nada que hacer. —Tras unos segundos de silencio, agregó—: Déjame seguir contándote mi propia visión de la guerra, en estos últimos meses que me tocaron luchar. Como te decía, en todas las aldeas, villas y pueblos que atravesábamos, daban ganas de llorar de solo mirarlos... al tiempo que, en la mayoría de estos, en una imagen horrorosa, al menos para mí, encontrábamos, colgados de los árboles, a infinidad de franceses... y a otros masacrados entre las malezas. Y ya hay quienes dicen que los españoles hemos cometido incontables atrocidades iguales, o peores, que las de los galos.

Diego, con los puños cerrados, en medio de un gesto de impotencia, rebatió:

—Es que, cuando se empieza una guerra, siempre acaba perdiéndose la humanidad y el decoro. De ese modo la piedad, y la misericordia, dejan de

tener valor. Y, por consiguiente, lo único que importa es la victoria sobre el enemigo, al precio que sea.

Gustavo asintió con la cabeza y prosiguió:

—Luego de esa incursión por el norte, nos trasladamos a la Isla de León, para ayudar a las tropas, en la batalla de Chiclana contra el ejército del general Soult, que también fue terrible. Tras eso me fui con unos guerrilleros al pueblo de El Bosque y, allí, en medio de una escaramuza, me hirieron de gravedad. El brazo me lo cortó un médico inglés, quien me advirtió que, de no hacerlo, podría morir. Cuando entré a la casa-hospital..., no pude evitar recordar aquel atardecer en Bailen, en el momento en que te llevé a ti a esa casa-hospital y lo mal que me sentí al ver tantos hombres jóvenes destrozados. Bueno, lo que sigue ya lo sabes; la recuperación la pasé en los montes, cercanos al pueblo de Ubrique, en casa de un guerrillero amigo. No te imaginas cómo me sentí al llegar a casa de tu tía. —Siguió con la mirada perdida—. La abundancia de comida, aun en estos tiempos tan difíciles; la alegría de sus calles, repletas de gente bullanguera y divertida.

Diego, al tiempo que lo miraba con tristeza, le pidió:

—Ahora, procura olvidarte de todo lo malo que has pasado; descansa tranquilo al lado de tu familia. Y piensa que con seguridad, tal como tú mismo me dijiste al marchar, todas estas desgracias servirán para que en el futuro tu hijo sea un hombre libre y orgulloso de su padre.

—Dios te oiga. Ojalá nuestros valientes guerrilleros ayuden a lograr que esos arrogantes franchutes tomen cuanto antes el camino a París.

—Creo que tarde o temprano... lograremos recuperar de nuevo nuestra ansiada libertad y volver a vivir como antes de la guerra. Con nuestros aciertos, y desaciertos... —murmuró Diego en medio de un hondo suspiro.

No obstante, esos augurios, ante la acuciante zozobra de su situación personal, a más del temor de que Gustavo fuera denunciado..., con el correr de los días, el estado de ánimo de Diego empeoró. Y, aunque delante de todos aparentaba estar tranquilo y sosegado, cada vez que se encerraba a solas en su

cuarto, tras tirarse de espaldas en el lecho, se quedaba inmóvil con la mirada fija en el dosel, sin ideas... o bien con ideas vagas, en medio de una ansiedad indefinible que ni siquiera sus encuentros carnales con Eunice lograban disipar.

La tenebrosa melancolía de su espíritu amenazaba dominarlo por completo. Y solo al dormirse, cuando aquella misteriosa mujer se le aparecía entre sus oníricas visiones, lograba encontrar un poco de sosiego.

Durante dos semanas, Gustavo se dedicó solo a descansar, dejándose mimar por su familia, entre cortos paseos por el patio de su casa, junto a Rosario y al pequeño Demetrio. Casi todas las tardes, Diego pasaba a verlo; algunas veces, acompañado de Carlos, se quedaba a cenar con ellos.

Un mes después, al observar el buen estado de Gustavo, quien ya se defendía muy bien con su mano izquierda con el manejo de la azada y de la hoz, en el huerto de su casa, Diego pareció recobrar un poco de su perdido ánimo.

Cada vez que don Pedro, y su primogénito regresaban de Cádiz, tal como el señor Haurie lo había pronosticado, los franceses —que pernotaban en su casa—, tras citarlos en las bodegas, procedían a interrogarlos, haciéndoles casi siempre las mismas preguntas sobre la situación de la «ciudad invencible», como ellos, con evidente socarronería, solían llamarla.

A esto ambos respondían:

—Todo muy bien. La gente allí, por ahora, solo se preocupa en divertirse.

—Ya caerá; tarde o temprano esa plaza también será nuestra —repetía uno de los galos, el teniente François Charpentier quien, al parecer de Diego, era el que más desconfiaba de él.

Otras veces, con sonrisa irónica, el francés solía agregar:

—Porque, como bien dicen ustedes: «Con mucha paciencia, y una caña larga, hasta las más verdes caen...», ¿verdad?

Después el galo, acercándose a uno de los toneles, comenzaba a llenar varias copas de jerez, que repartía entre sus compañeros y los dueños de casa.

Seguido a eso, sin esperar a los demás, lentamente se bebía la suya. Mientras la paladeaba, con evidente satisfacción a la vez que fijaba sus ojos en don Pedro y su hijo, en un castellano bastante claro, prorrumpía:

—¡¡Ahhh!! No hay nada como beber este néctar... de su propia fuente, ¿no piensan ustedes lo mismo?

A todo esto, el señor Ibáñez, con una sonrisa entre obligada y afectuosa, le respondió:

—Exacto, monsieur. Usted lo ha dicho.

Uno de esos días en que Diego y su padre acaban de arribar de Cádiz, mientras el teniente Charpentier volvía a realizar el mismo rito y el mismo comentario, el señor Ibáñez, con exquisito tacto, agregó vacilante:

—Como siempre se lo digo: No puedo estar más de acuerdo con usted. Y, hay otra cosa que me agradaría agregar: desde hace ya mucho tiempo observo su refinado olfato y, como viejo vinatero, no puedo dejar de admirar a los que saben degustar un buen vino de crianza. Por lo que intuyo, usted es un gran entendido en esta materia, y eso me hace pensar que debe tener mucha familiaridad con el arte de la enología.

Después de unos segundos de silencio, con sonrisa solapada, el teniente francés, respondió:

—Gracias. Lo digo con absoluta sinceridad; el jerez de sus bodegas es insuperable. Y, sí, aunque este vino es exclusivo de vuestra tierra, en mi familia siempre ha habido muchos expertos vitivinicultores. Incluso, en la bodega de nuestra casa, había escrito un grabado con las palabras de Dante Alighieri, que decía: «El vino realza el gusto, redondea el sabor de cualquier plato y concede al alma, especial condescendencia que entender no puede, quien no lo prueba». Y yo, desde muy joven aprendí a diferenciar la calidad de los diferentes caldos.

—Eso se nota a la distancia —expresó don Pedro un poco más aplomado. En medio de un gesto amable, a la vez que volvía a dirigirse al teniente Charpentier, expresó—: También me gustaría manifestarle, si me lo permite...

—sin esperar respuesta, prosiguió—: Y que conste que no se lo digo por congraciarme con usted, ni mucho menos... pero, como soy un hombre muy observador, principalmente del comportamiento de las personas, desde la ventana de mi cuarto lo he visto a usted, en muchas ocasiones, jugar con todos los perros de la casa, y también acariciar a los caballos. Además de eso, he visto el trato tan cortés de dirigirse a los criados; lo que me hace pensar que es usted un caballero muy noble en todo los sentidos. Tal como se dice por aquí: «Un hombre bien nacido», y eso se agradece.

Con gesto disimulado, Diego sonreía para sus adentros. Era la primera vez que veía a su padre desplegar tanta elocuencia y refinado tacto, para dirigirse a un hombre que, en definitiva, era un enemigo, hasta llegar a tocarle el ego de manera tan palpable.

*Monsieur* Charpentier, luego de un ligero titubeo, con sonrisa fatua, repuso:

—Muchas gracias por sus palabras. Sí, no puedo ocultar que me gustan mucho los animales. —Con una carcajada añadió—: Bueno, y también las mujeres. Y debo confesar que las españolas, aunque demasiado recatadas, son muy guapas y muy seductoras, dotadas de una gracia especial y sugerente —acabó con una complacida sonrisa. A continuación, sonriéndole afectuoso, prosiguió—: Y, en cuanto a mi trato con la servidumbre, es algo que me enseñaron de pequeño. —Un tanto halagado, prosiguió—: Quiero que sepa que valoro mucho su opinión sobre mí. —Sin cambiar de gesto, volvió a llenar las copas de todos. Luego de mirar a Diego y a su padre, con notable cordialidad, les pidió—: Y ahora me gustaría hacer un brindis con ambos.

—Encantados —aceptó Diego sonriente, a la vez que añadía—: Y comparto con mi padre todas las apreciaciones que este ha dicho de usted. —Tras mirar a los demás franceses, agregó—: Y eso también va por todos sus hombres. Realmente, vuestra acreditada benevolencia, a pesar de la delicada situación que vivimos, hace que nos sintamos, además de animados, un poco menos pesarosos.

El teniente francés, dirigiéndose por primera vez a Diego, con evidente

amabilidad, exclamó en francés:

—Gracias por sus palabras. —Mientras acababa de llenar las copas, prosiguió—: Apenas tengamos un poco más de tiempo, me gustaría que me hablara de ese tío suyo de Madrid que, según tengo entendido, siempre admiró mucho mi país, incluso a nuestro emperador...

—Ah, para mí será un placer, *Monsieur François*... —respondió Diego con una sonrisa de agrado—. De paso, le contaré todo lo que aprendí de mi tío Benito, desde que era un niño, sobre la hermosa Galia de la que él toda su vida se ha sentido muy enamorado. —Luego de un breve intervalo, agregó—: A pesar de mis escasos recuerdos, nunca he olvidado que siempre solía contarme que, cada vez que el padre de mi tío le preguntaba que quería ser de mayor, él le respondía: «Quiero ser francés».

El teniente Charpentier, luego de soltar una sonrisa de indudable satisfacción, expresó:

—Me gusta mucho ese tío suyo. —Tras levantar su copa, adicionó —: ¡Un brindis por él!, y luego jugaremos una nueva partida de billar, a ver si esta vez logro ganarle. He estado estudiando una estrategia con la que creo podré hacerlo.

A partir de ese día, los interrogatorios por parte del teniente galo, cada vez que don Pedro y su primogénito regresaban de Cádiz, aunque en ningún momento dejó de mostrarse imperativo en sus preguntas —mientras padre e hijo respondían con total naturalidad—, siempre acababan de manera cordial y amistosa.

Periódicamente Diego, decidido a enterarse de todo lo que pudiera —pese a las pérdidas económicas que eso le representaba—, comenzó a organizar en las bodegas grandes fiestas para los jefes franceses, sin escatimar nada: con buena comida y con el mejor jerez, además de música y bailarines de ambos sexos; mientras, él se mostraba siempre muy animado, dispuesto a las mayores extravagancias junto a ellos. Y apenas el alcohol aflojaba las lenguas de los galos, él aprovechaba a enterarse de los secretos del Estado francés que, a

pesar de no representar peligro alguno —y que ni siquiera llegaban a ser demasiado importantes—, enviaba a Cádiz con Cayetano, su fiel mensajero. No obstante, aunque Diego en muchas oportunidades intentó sonsacarles alguna referencia sobre el posible bombardeo al núcleo urbano de Cádiz, sus intenciones, así como sus pesquisas, resultaron vanas.

Tras esas continuas y tumultuosas fiestas, en el momento en que al fin Diego llegaba a sus aposentos, se quedaba un largo junto al balcón, con la mirada perdida en la oscura lontananza, a la espera de que el sueño se apoderara de él. Y era allí cuando, al tiempo que sentía un escalofrío, se ponía a pensar en el constante peligro en que vivía, con la espada de Damocles sobre su cabeza ya que, de manera continua, los militares imperiales hacían redadas para encarcelar a todos los espías y encubridores que, luego, sin un juicio previo, eran pasados por las armas.

Apenas Diego lograba dormirse, en el momento en que la hermosa visión de la mujer —que invariablemente seguía apareciéndosele en sueños—, se adueñaba de su subconsciente, sentía que era transportado a un mundo maravilloso, en el que solo había cabida para el amor y para la fantasía. Muchas veces al despertar, con la mente aún obnubilada, permanecía con los ojos fijos en el oscuro vacío por donde ella se había esfumado. Y, al mismo tiempo que consideraba su destino inseparable del de esa fugaz e enigmática mujer, en el fondo de su alma percibía claramente que el miedo de no conocer nunca ese misterio le hacía pensar que para él aquella perspectiva llegaría a ser tan grave y devastadora como la ruptura del planeta en mil pedazos.

Una mañana, mientras sentía que un montón de pensamientos se apelotonaba en su cerebro, con semblante atormentado, se preguntó: «¿Pero quién es ella?, ¿por qué se cuele casi todas las noches en mis sueños, de manera tan abrupta... sin darse nunca a conocer? Todo es tan extraño... ¿Podría ser que... la bruja sanadora, al curarme con su magia, haya dejado abierta una puerta secreta, por donde el espíritu de esa mujer ha penetrado en mi cerebro, y provocado estas misteriosas apariciones?», se cuestionó una mañana, lleno de ansiedad.

Y aunque aquella coyuntura, luego de analizarla, le pareció totalmente descabellada, al mismo tiempo comprendía que ese absurdo concepto era el que le ayudaba a sobrellevar su pesarosa situación personal.

Las ansias de desentrañar ese dilema le hacían desear que la sibila Cassandra regresara pronto a Cádiz. Estaba seguro de que solo ella podría ayudarlo a descubrir esas misteriosas y repetitivas apariciones, aclarándole, de una forma u otra, sus angustias y sus dudas de no saber con qué misterio insondable se enfrentaba.



## Segunda parte

### *El regreso de la bruja*

Esa mañana Diego, con la venia del teniente François —que, de manera sorprendente, nunca le ponía ningún impedimento—, decidió pasar tres días en Cádiz. Pese a que su padre deseaba acompañarlo, tuvo que quedarse a raíz de una indisposición de don Sancho que lo había llevado a guardar cama.

Apenas Diego llegó a la finca de su tía Natalia y, mientras se apeaba del caballo, uno de los criados corrió hacia él. Mirándolo con una ancha sonrisa, le susurró:

—Señorito, bienvenido. Le tengo una gran noticia: ¡Ya la tenemos aquí! Me refiero a Cassandra, la bruja milagrera. Dicen que hace unos días regresó de su prolongado viaje por tierras portuguesas.

El rostro de Diego se iluminó.

—Vaya, Gervasio; qué buena noticia. Gracias por tu discreción, al decírmelo en privado. Y, ¿cuando crees que podré ir a verla?

—Apenas usted lo crea oportuno, señorito; las veces que esa pitonisa viene a Cádiz, se mete en su choza donde, según aseveran todos los que la conocen, se dedica a preparar toda clase de menjunjes. Y solo baja a la ciudad, por las mañanas bien temprano, para venderlos en el mercado, o bien cuando alguien necesita de sus servicios.

Tras unos instantes de indecisión, el recién llegado expresó:

—Entonces, la visitaré esta misma tarde. Espero tener suerte de encontrarla.

Tú me explicarás cómo llegar... pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? Ahora, por favor, busca a Pascual y dile que se encargue de mi caballo.

Después del almuerzo, en un clima relajado y feliz, pese a la forzada ausencia de don Pedro, Diego, apenas acabó de contarles a su madre, hermanos y a tía Nati las novedades de Jerez, ocultándoles las más desagradables y dejándoles constancia de que, dentro de lo malo, todos se hallaban bien, se retiró a sus aposentos.

Cerca de las cinco de la tarde, tras ordenar a los mozos de cuadra que le ensillaran a Viriato, fue en busca de Gervasio. Cuando lo tuvo de frente, le preguntó:

—A ver, explícame, con todo detalle: ¿cómo tengo que hacer para llegar a la casa de la sibila, sin extraviarme?

El criado, mirándolo expectante, respondió:

—Si usted quiere, yo podría acompañarlo, aunque... la idea no me gusta mucho; porque debo advertirle que en todo ese bosque, principalmente el que rodea la casa de esa misteriosa mujer, suceden cosas muy raras. Por allí, a cualquier hora del día, se nota una calma que no es normal. Hasta los animales que la habitan se comportan de manera extraña.

Diego soltó una carcajada.

—No te preocupes. Tú solo indícame el camino y enseguida me orientaré.

—De acuerdo, señorito: El lugar no está muy lejos de aquí. Tiene que ir directo hacia las sierras, y luego torcer por el camino viejo, que va al pueblo de Arcos de la Frontera. Después de andar un poco más de media hora a galope, llegará a un viejo arbolejo, que llaman «el Árbol de los Ahorcados». De ahí, deberá seguir en dirección noreste, hasta llegar a un ancho valle; un vez allí, enseguida verá su barraca, porque es la única que hay por ese lugar.

—Gervasio, miró a Diego con semblante serio, y agregó—: Señorito, insisto: es mi deber advertirle que, aunque ella lo salvó a usted de la muerte, la gente asegura que Cassandra también practica la brujería negra, con la que convoca a los espíritus demoníacos.

—Y se ve que es muy buena en todo eso, ¿verdad? —inquirió Diego irónico.

—Sí, eso nadie puede dudarlo —repuso Gervasio—. Es hija, nieta y bisnieta de brujas, a muchas de la cuales, en épocas pasadas, quemaron vivas, acusadas de tener pactos con Satanás. Incluso aseguran que, por los alrededores de su choza, hay siempre un fuerte olor a azufre. Y usted ya sabe que ese es el olor característico del Infierno, ¿verdad? —concluyó con gesto impresionable.

Diego volvió a reír divertido.

—Pero, Gervasio, ¿qué me éstas contando?, ¿cómo puedes creer en esas cosas? ¿Acaso tú conoces a alguien que regresó del Infierno para asegurar eso?

El criado se quedó pensativo.

—No, pero... por algo lo dicen. Bueno, señorito Diego, ¿comprendió mis indicaciones?

—Al pie de la letra. Con esas señas me podré llegar sin problemas. —En voz baja agregó—: A pesar de que yo ya les dije a todos que iba a una tertulia de amigos al Café de Cosi, si durante mi ausencia, alguien te pregunta por mí, tú no sabes adónde fui, ¿de acuerdo?

—Descuide, señorito, así lo haré. Cuídese mucho; Ah, y tenga también mucho cuidado porque por ahí puede encontrarse con alguna patrulla de franchutes merodeadores...

Diego salió al galope en dirección a un retorcido sendero. Tras seguir las indicaciones que Gervasio le había dado, llegó al Árbol de los Ahorcados, y continuó su marcha, para luego comenzar a subir una empinada cuesta.

Unos minutos después, divisó un pequeño valle. Realmente, la paz de aquellos bosques, tal como le había asegurado Gervasio, llegaba a intimidar de un modo inusitado.

Tras bajar por la sinuosa pendiente, descubrió, perdida entre la maleza, una vivienda de la que supuso que pertenecía a la bruja. La techumbre de dos aguas de aquella choza de piedra, en armonía con el paisaje, estaba revestida

de musgo que denunciaba lo remoto de su origen. Por todas partes, como graciosas guirnaldas, se entrecruzaban jazmines y enredaderas de campanillas azules, además de plantas trepadoras, en garbosa distribución. Mirara donde se mirara, se veía una belleza sencilla y primitiva y, al mismo tiempo, misteriosa. Diego no tuvo dudas de que la moradora de esa choza había decidido que fuera la propia naturaleza —con su gracia singular y retozona— quien trabajara y ordenara todo a su antojo, hasta crear aquel decorado de gracia enigmática y salvaje. Al lado del portalón de entrada, había un cómodo banco, hecho de troncos, puesto entre dos madresevas que, pese al otoño, permanecían cuajadas de flores que perfumaban el aire... el cual afortunadamente, estaba libre del olor a azufre.

La tenue humareda que se escapaba por la chimenea le anunció que la bruja milagrera se hallaba dentro de su vivienda. El jerezano bajó del caballo, al cual dejó que pastara en libertad. Al cruzar el patio, observó a varias gallinas, de pomposas crestas, y a otras extrañas aves que, en medio de un continuo murmullo, picoteaban todo lo que encontraban a su paso. A la sombra de una valla de zarzamoras, dormitaba un enorme gato atigrado que ni se molestó en mirarlo. Mientras Diego se acercaba a la entrada, divisó, en los muros fronteros de la choza, los pámpanos de una parra cuyas hojas comenzaban a ponerse mustias.

Con ademán decidido se dispuso a llamar... No hizo falta tocar la puerta; de pronto en el umbral, como surgida de la nada, apareció la figura de una mujer bien plantada, de ojos acerados. El jerezano la observó con detenimiento; le pareció muy guapa y sin edad definida.

La bruja enseguida lo reconoció al tiempo que recordaba los íntimos momentos que habían pasado juntos, mientras ella intentaba rescatarlo de las garras de la muerte. Casi esbozó una sonrisa al revivir la tarde cuando ese joven, que ahora la contemplaba absorto, en los instantes que ella procedía a hacerle sus curaciones, le acarició el rostro a la vez que dejaba escapar tenues

palabras que no logró entender, mientras ella, sin apartarse, dejaba que el joven le cogiera de la mano. A continuación él, sin dejar de balbucear el nombre de una mujer, entrelazó sus dedos con los suyos. Allí Cassandra se dio cuenta de inmediato de que el apuesto mancebo trataba de aferrarse a la vida en los imaginarios brazos de una joven doncella.

Mientras la pitonisa lo miraba inquisidora, Diego intentó sonreír. Ante él tenía el rostro de la mujer a la que, con ayuda de Dios, le debía la vida. Y eso le provocó una emotiva sensación.

—Hola, ¿qué buscas aquí? —preguntó ella, a la vez que rompía el silencio. Sin aguardar respuesta, adicionó—: No creo que sea por salud. Te veo muy bien, completamente restablecido, lo cual me da mucho placer.

Cassandra estaba acostumbrada a que la gente no lograra mantenerle por mucho tiempo la mirada, pero Diego no bajó sus ojos. Con suave voz le dijo:

—Solo... deseaba conocerte, y darte las gracias en persona. Me salvaste de morir; a ti te debo la vida.

Ella, ante su dulce cordialidad, sonrió apenas.

—Tu padre ya me pagó, y muy bien por cierto, ¿no te lo dijo? La deuda está saldada.

Al observar la actitud, un tanto esquiva de la sibila, el jerezano notó un sudor frío condensarse en su frente. No obstante esa sensación de incomodidad, esbozó una abierta sonrisa.

—Hay cosas que no se pueden pagar solo con dinero —replicó sin bajar la mirada—. La vida de una persona es algo que no tiene precio.

—Todo en la vida tiene su precio... —sentenció ella sin dejar también de observarlo.

—¿Tú de verdad crees eso?

—Claro que lo creo. Acaso, ¿tú no?

Diego ladeó su cabeza; la manera jovial y risueña de ella, al hacer la pregunta, lo sorprendió.

—No. Yo no creo que todo tenga su precio. Hay cosas en la vida que no se

venden, ni se compran —contestó muy serio.

Ella volvió a entreabrir sus labios en una media sonrisa.

—Dime tú cuáles son; me intriga saberlo.

—Aparte de la vida, el honor.

La sibila, contemplándolo con mofa, le impugnó:

—¡Ah, niño ingenuo! Sí tú supieras cuántos hombres han vendido su honor por unos pocos reales. Y también sus almas al mismo Satanás... —Mirándolo directa a los ojos, tras dulcificar un poco su semblante, añadió—: Debo confesar que me alegra que decidieras venir a agradecerme en persona; es de bien nacido ser agradecido. Diego notó que la tirantez de los primeros minutos había desaparecido.

Cassandra, sin apartar un solo instante sus ojos de él, le increpó:

—¿Tienes algún problema más?, en tus ojos veo sombras muy negras. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Sientes algún malestar... o solo incertidumbre?

El jerezano la miró sin parpadear.

—Has dado en el clavo; en mi vida hay mucha incertidumbre... muchas dudas, y también, muchos interrogantes que han llegado a provocarme una gran desazón —expresó ansioso—. Como tú ya lo ves, físicamente estoy muy bien. Pero de la cabeza no puedo decir lo mismo. He perdido una buena parte de mi memoria; hay infinidad de cosas que, por más esfuerzos que hago, no logro recordar ni siquiera cuando los demás me hablan de ellas. Aparte de eso..., tengo sueños extraños que están alterándome de una manera muy preocupante. —Con extremada ansiedad prosiguió—: Lo más inexplicable es que en ellos veo a una mujer que... me obsesiona. Aunque percibo que me es familiar, a pesar de las averiguaciones que hago, no puedo descubrir de quién se trata. ¡Y sé que, si no logro descubrir ese misterio, voy a enloquecer! Tengo la sensación de estar bajo la influencia de un hechizo. Ayúdame, por favor... —le rogó—. Quizás tú, al curarme con tu magia, dejaste una puerta abierta en la que...

—Eso no es posible —lo interrumpió ella.

Diego la miró consternado.

—¿De modo que... tú no crees que estoy hechizado, o algo parecido?

—No, no lo creo. Porque yo no te curé con magia. Sólo use mis conocimientos de medicina; los mismos que aprendí de mis antepasados, por medio de plantas, pócimas y fórmulas secretas para ese fin. Lo demás lo hizo tu propia naturaleza.

—Entonces, ¿qué me pasa?

La sibila, mirándolo fijamente, le dijo:

—Con seguridad se trata del problema causado por el terrible golpe que sufriste en la cabeza, según tengo entendido, el mismo día que te hundieron la bayoneta en el pecho que, por milagro, no te tocó el corazón. Y lo demás solo está en tu imaginación; cuando yo te curaba, ya parecías estar dominado por la presencia de... esa mujer que dices ver en sueños. La misma que yo deduje era por la fiebre tan alta que te consumía; incluso hablabas con ella; pero no me preguntes qué decías, porque nunca pude entenderte.

Diego torció el gesto, y murmuró:

—Sí, yo... en ese entonces, ya intentaba hablar con ella. De modo que tú sabes que te digo la verdad. Pero, si esto que me perturba tanto no es a causa de tus poderes, entonces, ¿seguiré siempre así, soñando con esa mujer que no deja de acosarme? Dímelo, por favor, porque tengo miedo de empezar a golpearme contra las rejas de la jaula en la que estoy prisionero dentro de mí mismo. Aunque intento llevar una vida normal, incluso disimulando una serenidad que estoy muy lejos de sentir, ya no aguanto más vivir de este modo.

Mientras él hablaba, ella permanecía observándolo en silencio. Cuando acabó, tras unos instantes de silencio, le dijo:

—Todas estas cuestiones son demasiado insondables, hasta para una bruja como yo. Recuerda que existe una realidad que vemos y comprendemos... y otra que no vemos y que tampoco podemos entender, ni comprender ni siquiera con magia.

Diego le pidió implorante:

—¡Por favor, ayúdame! Eres mi única esperanza. Dame algún brebaje o pócima de algo que tú sepas. Desearía no soñarla nunca más, ni pensar en esa mujer que tanto me hechiza y me obsesiona, pero... sin extrañarla, ni tampoco sufrir al no volver a verla.

Ella lo observó en silencio unos instantes.

—Eso de nada serviría: seguirás soñándola —repuso—. Esa mujer está en tu mente, y una mente desesperada puede crear muchas fantasías e incluso espectros que la atormenten. Yo no puedo ayudarte: solo tú podrás ahuyentarla.

Al escuchar esas palabras, los labios de Diego se curvaron en un gesto de desencanto. Con notable abatimiento, replicó:

—¿Pero cómo? Ya lo intenté, y no pude. No sé de qué manera hacerlo.

La pitonisa, mirándolo pensativa, le preguntó:

—¿Tanto daño te causa?

Diego, tras una honda inspiración, respondió:

—Es que creo que... me he enamorado de esa visión, ¿comprendes ahora por la insólita locura que estoy pasando? Sufro al darme cuenta de que «ella» no es más que un delirio, una visión que únicamente está en mi cabeza. Y no quiero estar prisionero de un sueño que me perturba tanto; ni sentirme atrapado por algo que... no puedo manejar ni controlar. Por eso te pido que me ayudes... —concluyó casi sin voz.

La gitana, a la vez que alargaba su mano hacia él, le dijo:

—¿No has pensado que quizás ella no sea una alucinación, ni una fantasía, tal como tú lo crees? A lo mejor es un antiguo amor que no puedes recordar, pero que en otro tiempo te marcó mucho y que ahora tu mente intenta rescatar del olvido de tu desmemoria.

—¿Eso... puede llegar a suceder? —inquirió él mirándola esperanzado.

Tras unos instantes de indecisión, ella agregó:

—A ver, muéstrame las palmas de tus manos: deseo mirártelas.

Él se las extendió. Mientras Cassandra se las examinaba, Diego observó que su semblante se alteraba transmitiéndole a él una indescriptible sensación que



llegó a inquietarlo.

—¿Qué ves ahí? ¿Es algo malo? Por favor... no dudes en decírmelo.

La sibila, con voz sin matices, a la vez que le franqueaba la entrada, le pidió:

—Ahora no preguntes nada. Ven, pasa a mi choza.

Diego en silencio la siguió. Dentro todo era aún más insólito; de las paredes blanqueadas colgaban figuras cabalísticas, algunas con aspecto casi demoníaco y otras imposibles de descifrar. Sobre el fuego de la chimenea hervía un caldero que despedía un denso perfume que a Diego le resultó familiar.

La sibila, con un seco ademán, le indicó que tomara asiento sobre una vieja silla de esparto. Después extendió sobre la mesa un mazo de cartas de tarot; en medio de ininteligibles palabras, las movió con destreza, dejándolas frente a Diego.

—Córtalas con esa mano —le señaló en voz baja.

Él obedeció a la vez que la pitonisa le daba otras órdenes.

Seguido a eso, tras darlas vuelta y observarlas con indudable determinación, apartó los ojos de las barajas y miró a Diego.

Con una media sonrisa, le manifestó:

—Te diré algo que... estoy segura, tranquilizará en parte tu atormentada alma. Como te lo insinué hace un momento, la mujer que ves en tus sueños es real.

El jerezano la miró con sorpresa.

—¿Entonces... existe? ¿De verdad lo dices...? —balbuceó incrédulo.

—De verdad te lo digo: tú ya la conoces e, incluso, me atrevo a asegurar que ella te espera. No sé cuándo sucederá ese reencuentro, pero tarde o temprano vuestros caminos volverán a cruzarse sin que nada ni nadie pueda evitarlo. Eso acontecerá cuando menos lo esperes; quizás, en un mes o en un año, o tal vez mañana mismo. A partir de ahí, el vuestro será un amor avasallante, tanto que abarcará toda vuestra existencia.

Diego, sin lograr esconder su conmoción, murmuró:

—Dios mío. No... me lo puedo creer. ¿De verdad, esa mujer y yo... ya nos conocemos?

—Sí, ya habéis estado juntos. Y estoy segura de que es la misma que llamabas en tus delirios, mientras yo te asistía.

—¿Y... nunca dije su nombre?

—No, yo solo pude adivinar que intentabas llegar a ella, sin lograrlo.

El joven permaneció unos instantes pensativo.

Tras eso, a la vez que movía la cabeza, expresó:

—Pero... ¿por qué no recuerdo nada sobre esa parte tan importante de mi vida?

—Eso tampoco puedo saberlo. Quizás sea por el golpe en la cabeza que te hizo perder algunos de tus recuerdos. Cuando vuelvas a verla, con toda seguridad, recuperarás esa parte de tu memoria.

El jerezano, con semblante ansioso, volvió a preguntarle:

—¿No puedes saber... cuándo sucederá ese reencuentro?

—No, pero tranquilízate, puesto que nadie podrá evitar que suceda.

Dominado por la euforia, Diego exclamó:

—¡Creo en tus palabras! Y quiero que sepas que has devuelto a mi vida la ilusión y el sosiego. Es maravilloso pensar que ella existe, ¡existe! —gritó con desbordante alegría. Y ante la fija mirada de Cassandra, siguió—: Daría lo que fuera por recordarla, saber dónde y cómo nos conocimos. —De pronto, poniéndose serio, preguntó—: Pero ¿cómo es posible que no recuerde nada sobre ella... y en cambio la veo en sueños?

—Como acabo de decirte, hay cosas que no tienen respuesta, solo suceden. Quédate tranquilo: la mujer de tus sueños volverá a irrumpir en tu vida llenándola de amor. Tú solo espera confiado.

—¡Esperaré! Esperaré el tiempo que sea necesario —respondió Diego—. Cassandra, ojalá que tus vaticinios se cumplan.

—Estoy segura de que así será.

El jerezano sacó, del bolsillo de su casaca, una bolsita repleta de monedas, y la puso en las manos de la gitana. Ella, en un principio, trató de rechazarla.

—No es necesario; como te dije, tu padre ya me pagó muy bien. Los tiempos que corren son muy feos: hay que guardar el dinero.

—Cógela, por favor —insistió él—. Este dinero es mío; lo tenía reservado para ti.

—Gracias... —repuso la pitonisa mientras cogía el saquito a la vez que, con semblante pensativo, lo sopesaba entre sus manos.

Él siguió diciéndole:

—Esperaba impaciente tu regreso. Has estado alejada de Cádiz mucho tiempo.

—Estuve por tierras extranjeras —comentó ella—. Y la guerra me retuvo más de lo previsto; muy pronto volveré a marcharme hacia otros confines...

Diego no pareció escucharla; se sentía tan eufórico que incluso le parecía estar flotando entre las nubes de un cielo irreal. La mayoría de los pozos oscuros de su vida se habían aclarado. Ahora solo faltaba reencontrarse con la mujer de sus sueños. En un arrebato de alegría, cogió las manos de Cassandra y se las besó.

—¡Gracias por todo! —exclamó sonriente—. Si no volvemos a vernos, te deseo toda la suerte del mundo. De verdad, me has devuelto la tranquilidad y el sosiego.

—Celebro haberte sido útil una vez más; cuídate mucho. Adiós, márchate antes de que oscurezca demasiado.

En el momento en que Diego emprendía el regreso, los últimos rayos del sol coloreaban de anaranjado las marañas de plantas y las curvaturas de las sierras.

Cuando llegó a la casa de su tía, se encerró en su cuarto para meditar a fondo todo lo que le había pasado en esa, para él, gloriosa tarde.

Al día siguiente Diego comenzó indagar, con innumerables preguntas, a todos

sus amigos gaditanos para ver si alguno de ellos estaba enterado de que él, en los últimos años, a más de Trinidad Morales, había amado locamente a otra mujer como para dejar en su espíritu una honda huella. Y, pese a que todos le recordaron, un sinfín de anécdotas de sus innumerables aventuras de faldas — antes de la guerra—, no logró esclarecer la posibilidad de un amor que tuviera una gran relevancia en su vida.

Dos días después, ya en Jerez hizo lo mismo con Carlos y Gustavo... con idéntico resultado. Entonces Diego, a sabiendas de que quizás ese gran amor hubiera sido una relación prohibida, desistió de hacer más preguntas. Pero dentro de él no dejó de repetirse las palabras de Cassandra, que le habían asegurado: «A partir de ahí, vuestro será un amor avasallante, tanto que abarcará toda vuestra existencia».

«Sea, lo que sea, y de la manera en que esa misteriosa mujer y yo tejimos nuestra relación de amor, cuando nos reencontremos, seguro lo entenderé todo», acababa diciéndose pletórico de esperanzas, mientras procuraba no perderlas.

A partir de ese día, Diego comenzó a experimentar una completa mejoría íntima que lo llenó de esperanzas y nuevas ilusiones que, muy pronto, se transmitieron a todo su cuerpo, y también a su espíritu. Al llegar la noche, se sumergía en su delirio de ver por anticipado a la mujer que amaba, repitiéndose a cada instante: «¡Ella existe! Existe, y me aguarda. Y con seguridad también piensa en mí mientras espera que volvamos a encontrarnos. ¡Ah, si pudiera recordarla... saber quién es, como se llama!».

No obstante, también había momentos en los que, subyugado por aquel misterio, no podía dejar preguntarse: «¿Dónde estará ella?, ¿y por qué, si nos amábamos tanto, acabamos separados? ¿Cómo haré para encontrarla?». Esa incógnita representaba para él, en su cielo de felicidad, una nube oscura que trataba en vano de ahuyentar.

A mediados de septiembre, en todas las calles de Cádiz, y también en las

reuniones familiares y sociales, el peligro de un definitivo asalto francés a la ciudad dejó de ser noticia para dar paso a las Cortes Generales y Extraordinarias de España y de sus Indias que, tras disolverse el Gobierno de la Nación, iban a inaugurarse en el Ayuntamiento de la Villa de la Real Isla de León. Aquella próxima celebración creaba, en el ánimo de todos los gaditanos —siempre ansiosos de festejos—, novedosas expectativas.

Esa tarde Ignacio entró precipitadamente a la sala donde Natalia, en compañía de Úrsula y de Gertrudis, bordaban sus tapices. Plantándose ante ellas, con gestos teatrales, y al ritmo de la *Marsellesa*, comenzó a cantar: «¡A las armas corred españoles./ De la gloria la aurora brilló./ La nación de los viles intrusos./ Sus banderas sangrientas alzó./ ¿No escucháis en los campos vecinos/ los infames franceses bramar?/ ¿No los veis con frenética furia/ Los hogares del pobre talar...?».

Cuando acabó, mientras su tía y sus hermanas se echaban a reír, mirándolas con gracioso descaro, prorrumpió:

—¡Os ha gustado!, ¿verdad? Es nuestro nuevo Himno, que hemos titulado: «A las armas». —Sin esperar respuesta, en medio de una gran excitación, agregó—: ¡Mi muy estimadas damas!, vengo a anunciarles que, con motivo de las próximas Cortes, ya han comenzado a pintar y engalanar el salón de secciones del nuevo Teatro Cómico de la Isla. Ojalá Diego y mi padre puedan estar presentes ese día, aunque lo dudo, ya que con esto de las cosechas...

Úrsula a la vez que dejaba de reír, en medio de un suspiro, le rebatió:

—Estoy segura de que a esas fechas los tendremos de nuevo aquí. Por lo que nos dijo nuestro hermano la última vez que estuvo aquí, al igual que el año pasado, la vendimia se retrasará bastante.

Natalia, dirigiéndose a Ignacio, exclamó:

—Yo creí que una ceremonia tan solemne como la de las Cortes se celebraría en una iglesia.

Ignacio, con las manos en jarra, replicó:

—La Santa Misa se oficiará en la iglesia parroquial de San Pablo y San

Pedro pero, después de eso, el público se trasladará al teatro, que han comenzado a adornar con innumerables cenefas amarillas y encarnadas, como en un escenario de títeres de feria, que da gusto mirarlas —siguió el jovencito con sonrisa divertida.

—Claro, y ese «carnaval», aunque no quieran reconocerlo, se debe a las modas francesas que siguen... y siguen, corrompiendo nuestras sobrias costumbres, incluso la de engalanar escenarios para cosas tan serias como las Cortes —saltó de nuevo tía Nati.

Ignacio, tras mirarla unos instantes, con las cejas enarcadas, le cuestionó:

—Tííta, es que... ¿tú también piensas como mi preceptor, don Sebastián...? que dicho sea de paso, según lo que me dijo Diego, desde que entraron en Jerez los franceses, nadie ha vuelto a saber nada de su paradero, ni siquiera sus alumnos; ni sus más allegados. —Tras quedarse unos instantes pensativo, con gesto de agobio, prosiguió—: Él siempre repite que fueron los Borbones los que introdujeron en España las ridículas modas francesas hasta desechar el auténtico atuendo nacional.

—Pues sí, en eso él tiene toda la razón. Por culpa de esas modas francesas, en nuestra España las buenas costumbres, sobre todo en el vestirse, poco a poco han ido cambiando para mal. De ese modo, la casaca ha desplazado por completo al jubón austriaco. Y los cabellos largos y lacios han dejado paso a esas pelucas blancas empolvadas y llenas de rizos; incluso trajeron aquí esa costumbre de pintarse lunares y ponerse carmín en las mejillas...

De pronto, el jovencito a la vez que abrazaba cariñoso a Natalia, la interrumpió:

—¿Sabes, tííta?, yo... quería pedirte permiso para organizar aquí, en tu hermosa y espaciosa casona, algunas reuniones de camaradas; porque en la mayoría de las de ellos no se respira tanta libertad. Mi amigo Luis siempre trata de huir de las tertulias de su familia que, según dice, más que tertulias, son un cónclave de clérigos y añosos aristócratas, enemigos del progreso y la libertad. Todos ellos con las mismas ideas anquilosadas de mi preceptor, que

solo sabe despotricar contra los cambios, contra los periodistas y contra todos los que quieren la Constitución. —Tras poner un gesto triste, mirándola con fingido desencanto, añadió—: Pero ahora, al comprobar de manera fehaciente que... también tú tienes ideas tan anticuadas, dudo de que me darás tu consentimiento —acabó, con otra pose teatral.

Natalia, a la vez que miraba a Ignacio muy seria, exclamó:

—Por favor; pero ¿qué dices? Yo no soy una mujer tan anticuada: al contrario. —Tras unos segundos de indecisión, mientras esbozaba una nerviosa sonrisa, le dijo—: Está bien, tienes mi permiso para hacer aquí tus reuniones; pero quedan totalmente prohibidas las groserías, hablar contra la iglesia y también las bebidas para adultos.

Ignacio, tras dar un alegre salto, a la vez que levantaba el brazo, exclamó:

—¡Toma ya! ¡Gracias, tía! Mis amigos se pondrán muy contentos. Y no te preocupes, solo beberemos limonada.

Gertrudis miró de soslayo a su hermano menor y, con risa burlona, rebatió:

—Sí, claro, limonada a la que, al primer descuido, le habréis echado un buen chorro de aguardiente, ¿verdad, hermanito?

—Tú, cállate, urraca amargada, que calladita estás mucho más guapa —replicó el jovencito mirándola como si deseara fulminarla.

La llegada en ese momento de doña Clemencia acabó con la incipiente disputa.

Ignacio, acercándose a ella con expresión intrigante, exclamó:

—¡Madre, con usted quería yo hablar! ¿Ha escuchado lo que se dice..., de ese tal don Mariano Renovales, aguerrido aventurero y luchador, de varias batallas contra los franceses? Es el mismo que realizó un sinfín de hazañas por tierras de Zaragoza. Pues este mismo guerrero ha sido destinado a mandar una expedición que ha de salir de Cádiz, para desembarcar en el norte. Aseguran que don Mariano es un hombre muy bravo, con esa bravura salvaje de nuestros grandes guerreros de antaño, de los que tanto habla la historia.

Natalia, con un gesto desdeñoso, replicó:

—Lo único que yo he escuchado decir de ese señor es que solo se trata de un chiflado con aires de guerrillero, con más valor que sentido común. Y una audacia desprovista de conocimientos militares, junto a los demás talentos que enaltecen, a un buen general. Y que nadie se explica por qué le han designado esa loca expedición.

—Sí, un auténtico «escupefuegos» —agregó doña Clemencia mientras se quitaba el sombrero.

Ignacio, plantándose frente a ellas, con el ceño fruncido, prorrumpió:

—¡Pues, al mando de ese chiflado guerrillero... «escupefuegos»!, ¡en esa loca expedición!, ¡está enrolado el hermano de uno de mis amigos, que aún no tiene dieciocho años!

Úrsula levantó la vista de su bordado. Tras fijar sus claros ojos en los de su hermano menor, en actitud reprobatoria meneó la cabeza.

Doña Clemencia, con una mezcla de enfado e ironía, exclamó:

—Ah, ya sé dónde quieres tú llegar. ¡Y no lo consentiré! Ya verás cómo muy pronto todo eso quedará en *agua de borrajas*. Es que no se puede confiar una empresa tan delicada a hombres populacheros que no tiene más cualidad que un valor ciego y frenético, de exaltado patriotismo. Esa expedición será un completo fracaso, ya lo verás tú. —A la vez que miraba ceñuda a su hijo menor, prorrumpió—: ¡Y ya no quiero escuchar una sola palabra más sobre este asunto! Si de mí depende, nunca permitiré que otro hijo mío se vaya a la guerra. —Seguido a eso, dando por terminada aquella conversación, dirigiéndose a su hermana y a sus hijas, con una sonrisa, agregó—: Acabo de estar con tía Carmen y nos ha invitado a cenar, así que ya podéis ir a vestiros. —Girándose hacia su hijo menor, le indicó—: Tú también corre ya a ponerte guapo, que allí habrá varias niñas muy bonitas, que seguro te gustarán. —Sin esperar respuesta, doña Clemencia tomó del brazo a su hermana, y ambas se dirigieron a las escaleras.

A pesar de toda aquella situación que se vivía, los ánimos de la esposa de don Pedro Ibáñez en esos días eran bastantes buenos, sobre todo al recibir,



cada veinte o treinta días, la visita del jefe de familia y de su hijo mayor.

La única que seguía mostrándose triste y desalentada era Gertrudis, que aún no sabía absolutamente nada de su prometido. Para peor, la familia de Wilbur, apenas comenzado el asedio a Cádiz, se había marchado a Londres y, en su casa, según lo que Diego le había contado, solo estaban el administrador y unos pocos sirvientes que tampoco tenían noticias de sus patrones.

Y por fin llegó el momento tan esperado por los gaditanos. Aquel veinticuatro de septiembre de 1810, a pesar de los rumores de que una nueva epidemia de fiebre amarilla volvía a sobrevolar el sur español. ¡Cádiz se vistió de fiesta!

Tres días antes, don Pedro y su hijo, luego de acabar los preparativos para la retrasada vendimia —y de repartir invitaciones de cortesía, para el gobernador militar francés, y todo su séquito—, tras dejar a don Sancho con los últimos detalles, ambos arribaron a casa de tía Natalia.

*Monsieur* Charpentier, mostrándose «muy comprensivo», les había dejado claro que podían quedarse allí el tiempo que desearan; pero que a su regreso esperaba que ambos les relataran todo lo acontecido durante la inauguración de las Cortes, a lo que padre e hijo aceptaron con su mejor sonrisa.

En los dos días previos a tan gran acontecimiento, Diego asistió a varias tertulias de amigos y demás conocidos, concertadas en el Café Apolo, y también en casas particulares, donde les transmitió toda la información que había obtenido de los galos en Jerez, a la vez que se mostraba muy afectado por sus fallidos intentos de llegar a descubrir los planes de los invasores sobre un posible bombardeo al centro urbano de la ciudad de Cádiz.

Pese a que sus contactos gaditanos se lo pidieron, el jerezano se negó a tener ninguna participación personal durante el día de la inauguración de La Primera Constitución Liberal Española. Y todos respetaron su decisión.

Esa noche previa a la fiesta de las Cortes, Diego se quedó a dormir en la casa de una de sus amantes gaditanas. Junto a ella pasó varias horas de loca

pasión, mientras intentaba sumergirse en la locura del extravío y de la irreflexión.

A la mañana siguiente, muy temprano, la familia Ibáñez, repartida en dos cabriolés, hicieron los ocho kilómetros que separaban La Real Villa de la Isla de León, con la ciudad de Cádiz. Por el camino se encontraron con enormes filas de gente en coches, mulas, caballos y también a pie.

A lo lejos tronaban los cañones de todos los navíos que fondeaban la bahía. Desde las periferias de la ciudad, cientos de campesinos marchaban con sus meriendas a la espalda. Los jóvenes de las riberas, así como los sabandijas de la playa de la Caleta y de la Viña —entre palabrotas y chillidos— emprendían el camino de la Isla de León, mientras los contrabandistas, matones, chulos, picadores, tahúres y chalanés, tras dejar todos sus duelos y querellas para otro momento, hacían lo mismo.

También los mendigos abandonaron sus habituales puestos para correr hacia la Cortadura, que se llenó de ciegos, llagados, sordomudos, mancos y cojos deseosos de recoger abundantes limosnas entre la gente de poder.

Cerca de las nueve de la mañana, Diego, tras desentenderse de su familia, que en ese momento entraba a misa —con el deseo de distraer la mente—, fue a visitar al padre Manuel, al que encontró muy repuesto de su maltrecha salud.

Al salir de allí, comenzó a caminar entre aquella dispar aglomeración de gente, y se topó con varios periodistas (algunos de ellos, extranjeros), que ya comenzaban a apuntar sus impresiones, junto a otros ilustrados y literatos, la mayoría exiliados madrileños, entre ellos muchos escritores, como José Quintana, amigo de su tío Benito, quien la noche anterior había cenado en casa de tía Natalia, junto a toda la familia.

Luego de aquel paseo, Diego, mezclado con la muchedumbre, se quedó a observar el desfile de las Cortes que en ese momento salían de misa. Cuando terminó de pasar la comitiva, el jerezano se unió a la multitud que la seguía.

Al llegar a las cercanías del Teatro Cómico, el jerezano divisó a su padre, que en esos instantes hablaba con don Sebastián Martínez, un afamado

comerciante de vinos gaditano.

Mientras Diego se detenía cerca de ellos, a pesar del estruendoso bullicio, escuchó que el gaditano le preguntaba a su progenitor:

—¿Y qué le parece a usted todo esto, don Pedro?

—¡Le seré sincero, aún no lo sé con certeza! ¡Pero ojalá sea para bien de la Nación! —prorrumpió el nombrado con gesto indeciso.

De pronto, cerca de ellos se escucharon fuertes e hilarantes carcajadas. Cuando don Pedro se volvió a mirar, observó a un grupo de personas burlándose de un hombre, flaco y alto, de aspecto desgarrado y largos bigotes canosos. Vestido con pantalones negros atados en las rodillas, debajo de su capa corta lucía un anticuado jubón austriaco y, sobre una peluca de lacios cabellos, un sombrero de plumas. Para completar aquel singular atuendo, de su cuello colgaba una gran cruz, lo cual le daba una apariencia de cómica ridiculez.

A don Pedro la figura de ese hombre le resultó familiar. No obstante, pese a observarlo con detenimiento, no pudo descubrir de quién se trataba. En ese momento —con gran sorpresa—, vio venir a su hijo menor corriendo con notable pavor. El jovencito llegó hasta él agitado y, tras escudarse detrás de él, exclamó por lo bajo:

—Ay, padre. Que la tierra me trague. ¿Ha visto de quien están burlándose...? Es mi maestro, don Sebastián Aguilar. Pero mire usted con las fachas con que va vestido, igual que en un Carnaval.

Don Pedro, con la boca abierta, observó cómo el ayo de Ignacio se enfrascaba en una acalorada discusión con varias personas, al tiempo que todos los demás continuaban riéndose de él.

Don Sebastián, completamente descontrolado, los increpaba, al grito de: «¡Inmundos liberales afrancesados! ¡Ateos, francmasones! ¡Vosotros sois los enemigos encubiertos, de España y de nuestra religión, mientras pretendéis pasar por verdaderos patriotas! ¿Os causa risa mi indumentaria?, ¡pues prefiero las modas antiguas, las mismas que los verdaderos hijos de esta tierra

venimos usando desde hace siglos, antes de que esos franchutes vinieran con sus encajes y corbatines. Sus ridículas y afeminadas pelucas rizadas... sus lunares postizos, sus polvos y coloretos que, junto con esas casacas, de cola de abadejo, y demás porquerías, le quitan al hombre su primitiva masculinidad y...!».

Parecía que nadie osaba interrumpirle. Hasta que alguien le gritó:

—¡Cállese ya, viejo ridículo y apollado!

—¡Servil absolutista! —prorrumpió otro—. ¿No le da vergüenza salir disfrazado, en un día como hoy, con las ropas de su tatarabuelo?

En medio de silbidos y sonoras carcajadas, se escucharon otras voces que expresaban:

—¡Las personas como usted son las únicas enemigas de España y de su progreso! ¡Las modas y los pensamientos cambian, señor cavernícola!

Ante aquel descomunal atropello, don Sebastián, rojo de rabia, miró en todas direcciones. Y, tras levantar el dedo y señalar al grupo de jóvenes que reían a carcajadas, continuó vociferante:

—¡Claro! ¡Y con ese progreso, y el *descoco*, el impudor, el atrevimiento... el robo y la mentira, hemos pasado de la filosofía cristiana al ateísmo y al democrátisimo! ¡Y a esto de..., la soberanía de la Nación, que ahora han sacado a relucir, para colmo de nuestras desgracias!

—¡Señor, controle sus ímpetus! —se escuchó decir a otro de los presentes, mientras trataba de calmarlo—. ¡Piense que, en un día como hoy, la disconformidad, la rabia y los males, hay que dejarlos en casa!

A esto el señor Aguilar, lleno de bríos, con ademán iracundo, replicó:

—¡Si todos fuéramos como ustedes, que se empeñan en combatir a los franceses, imitándolos en sus modas y costumbres, estaríamos listos!

Diego, desde su lugar, con expresión entre divertida y preocupada, observaba la escena. Al ver que su antiguo preceptor no parecía escuchar razones, se le acercó.

Cogiéndolo del brazo, con tono amable, le dijo bajito:

—Por favor, señor Aguilar; tranquilícese usted.

Este, al verlo lleno de nuevos bríos, volvió a prorrumpir colérico:

—¡Oh, don Diego!, ¡fíjese usted en estos inmundos afrancesados!, ¡tienen el tupé de burlarse de mi indumentaria! ¡Ellos tendrían que volver a la moda de sus ancestros!

—Con todo respeto, señor Aguilar —le susurró Diego—, recuerde que las costumbres van modificándose. Incluso los sabios aseguran que se puede luchar contra un gran ejército, pero contra las modas y las costumbres, hijas del tiempo, no es posible. —Se acercó más a él y cerca del oído, le dijo—: Por favor, no provoque más a esa turba de ignorantes liberales; podrían echársele contra usted y destrozarlo, sin que yo, ni nadie, pudiera hacer nada por evitarlo.

Ante aquellas palabras, pronunciadas con tan acertada serenidad por su exdiscípulo, el maestro asintió con la cabeza. Sin cambiar su furibunda expresión, paseó los ojos por aquellos que lo habían agredido verbalmente y replicó colérico:

—Es que... me enerva pensar que todos esos canallas de las Cortes van a echar a perder a España.

—Por favor, tranquilícese... —volvió a pedirle Diego en voz baja. Mirándolo un tanto preocupado, agregó—: Si acepta otro consejo de mi parte, le sugiero que, si se le ocurre entrar al salón de actos, no intente provocar a nadie más; recuerde que estará lleno de enemigos del viejo régimen.

Don Sebastián, aunque de mala gana, asintió. Luego de sofocar su dignidad ofendida, se despidió de Diego y se encaminó hacia el interior del teatro a la vez que era acompañado por numerosos silbidos de burla.

Con expresión pensativa, Diego lo siguió con la mirada. El vinatero, amigo de don Pedro, luego de soltar una carcajada, exclamó:

—Vaya ímpetus que tiene mi tocayo. Menos mal que su hijo Diego ha logrado que al fin entrara en razón. —Segundos después, girándose a mirarlo, agregó—: Bueno, don Pedro, apurémonos a ver si logramos entrar al Teatro, y

encontrar una buena ubicación en el salón de sesiones.

—De acuerdo, don Sebastián —repuso el señor Ibáñez. Dirigiéndose a su hijo menor, le pidió—: Ignacio, allí, junto a ese grupo de damas de la derecha, están tu madre y tus hermanas. Pregúntales si quieren entrar con nosotros a presenciar el acto.

El jovencito, abriéndose paso entre el gentío, echó a correr. Don Pedro, tras mirar a su acompañante, agregó:

—Enseguida estaré con usted. Espéreme unos instantes; voy a hablar con mi hijo.

Seguido a eso, se aproximó a Diego y, mientras contenía la risa, le preguntó:

—No se puede creer el escandaloso barullo que ha causado el señor Aguilar.

—La verdad, hasta llegué a sentir lástima por él —comentó Diego—. Cada vez está más perdido en el tiempo. No quiere darse cuenta de que los tiempos han cambiado y seguirán cambiando.

—Es un viejo muy apolillado, un absolutista rabioso —replicó su padre—. A veces, me pregunto si no sería mejor buscarle a tu hermano un preceptor más joven y con ideas más modernistas, porque he visto que Ignacio comienza a estar no solo cansado de él, sino también avergonzado. —Seguido a eso, sin esperar respuesta, mirándolo con gesto de intriga, inquirió—: Pero es que tú, ¿tú no vas a entrar? Pensé que estarías con los de la comitiva.

Diego, levantándose de hombros, replicó:

—No, ya les dejé en claro que yo no asistiría al acto. No me apetece estar encerrado en ese lugar, escuchando hablar a tantos «ilustrados»; prefiero dar un paseo...

En ese momento, doña Clemencia, acompañada de su hermana, y de Gertrudis, se acercaron a ellos.

Don Pedro, dirigiéndose a su esposa, le cuestionó:

—Clemen, ¿tampoco vosotras vais a entrar a ver el acto?

—No, Úrsula se ha marchado con las gemelas, y nosotras tres nos vamos a

pasear un rato en el coche de la prima Carmen; luego nos iremos a su casa, para hacerle compañía. Allí os esperaremos... —expresó doña Clemencia.

Ignacio, colgándose del brazo de su padre, exclamó:

—Yo sí entraré con usted, así podré enterarme de todo lo que trata esto de las Cortes. Ojala que mi preceptor no llegue a verme. De verdad no me gustaría tener que saludarlo ni hablar con él delante de todos.

La señora Ibáñez, poniéndole la mano sobre el brazo, le dijo:

—Caramba, Diego, ni siquiera te has dignado entrar a misa. —Mirándolo seria, agregó—: Bueno, ya que por lo visto has decidido que tampoco presenciarás el acto, ¿te vienes con nosotras?

—No, madre, gracias. Ahora me apetece más dar otro largo paseo por ahí, y así despejar la mente. Nos veremos en casa —se excusó, mientras le daba un beso.

Luego de saludarlos a todos, Diego se alejó del bullicio, internándose entre los arrabales hasta llegar a una taberna cercana al puerto, la misma que, antes de la guerra, solía frecuentar muy asiduamente.

El local, a pesar del estruendo de las Cortes, se hallaba bastante concurrido. La atmósfera, ante el vaho del alcohol y el humo del tabaco, se notaba densa. Diego eligió una mesa en el rincón más solitario, y tomó asiento. Cuando el mesero se acercó, pidió su consumición. Apenas el joven cantinero le trajo una jarra de vino aromatizado, Diego, mirándolo intrigado, le cuestionó:

—No veo al viejo Hilario, ¿se encuentra bien?

—No, señorito; hace ahora un año, después de sufrir una larga enfermedad, murió. Y su viuda traspasó la taberna a otro dueño.

—Oh, cuanto lo siento —repuso Diego—. No lo sabía; hace ya mucho tiempo que no vengo por aquí.

Media hora después, tras varias rondas de vino, al levantar de nuevo la cabeza, los ojos del jerezano se quedaron fijos en una hermosa joven que permanecía de pie cerca de la mesada. Y, al instante de mirarla, el corazón le

dio un vuelco; por unos segundos le pareció que ante él se hallaba la mujer de sus sueños: con aquellos ojos claros y con el pelo negro, con sueltos y brillantes rizos.

Tras un largo examen, con notable desencanto acabó diciéndose: «No, aunque se le parece, no es ella». En ese momento, los guitarristas comenzaron a preludiar en lánguidos rasgueos y, al instante; desde un rincón del local apareció otra bella mujer, envuelta en un negro mantón bordado.

Mientras la observaba, Diego esbozó una sutil sonrisa, a la vez que a su mente acudía, el lejano recuerdo de Soledad *la trianera*, su amante de la adolescencia, por la que casi se vuelve loco de amor.

Apenas el guitarrista acabó de preludiar unas notas, la guapa cantante *bailaora*, retorciéndose con sensual cadencia, empezó a entonar la letra de una lánguida copla. Diego volvió a mirar a la joven de ojos claros, que recogía vasos y botellas vacías de una mesa vecina. De pronto, el jerezano intuyó la presencia de alguien detrás de él. Al volverse, se tropezó con la fija mirada de un hombre, que le sonreía.

—¡Ah! ¡Estaba seguro de que era el señorito Diego!, ¡y no me equivocaba! —lo escuchó exclamar—. ¿Cómo te va, camarada? ¡Celebro verte! ¿No me recuerdas?, soy Julio Salgado, uno de tus viejos amiguitos de las marismas.

Diego lo miró indeciso, a la vez que procuraba hacer memoria.

—Vaya, hombre... —respondió devolviéndole la sonrisa—. Qué grata sorpresa; sí, aunque tengo muchas lagunas en mi cabeza, esa parte de mi vida la recuerdo muy bien. Ven, siéntate a beber conmigo.

Mientras Julio tomaba asiento, Diego ordenó al mesero que trajera más vino. Esforzándose por mostrarse distendido, le preguntó:

—¿Cómo están tus cosas? ¿Y tu familia?

—Por desgracia, no muy bien. Cuando todo este infierno comenzó, mis hermanos y yo decidimos unirnos a los garrochistas, para la defensa de Cádiz. Durante la batalla de Chiclana, los franceses mataron a mi hermano menor, frente a mí. Fue terrible. Pero qué te voy a decir que tú no sepas en tus propias



carnes. Ahora, desde hace una semana, estoy de licencia, en casa de mi suegra, donde viven mi mujer e hijos. Fui herido en el brazo. —Tras moverlo en todas direcciones, continuó—: pero, como ves, ya está casi curado del todo. — Luego de unos instantes de contemplación, con una sonrisa, añadió—: Me alegra ver que tú estás completamente restablecido; supe que te hirieron de gravedad en la batalla de Bailen.

—Sí, durante muchos meses, estuve muy mal; casi con un pie en el otro barrio. Por suerte, día a día voy mejorando. Pero, como te acabo de decir, aún tengo demasiadas lagunas en mi cabeza; recuerdo cosas de mucho tiempo atrás... pero de los últimos cuatro años, casi nada. Solo algunos acontecimientos, bastante borrosos de la batalla de Bailen, y de los momentos de caer herido, pero nada más...

El recién llegado, mirándolo con evidente pesar, murmuró:

—Vaya, lo siento. Ojalá con el tiempo logres recuperar del todo tu memoria. No sé si recuerdas a Ramón, Lorenzo, Ezequiel y a Batista..., son los que te asaltaron en alta mar mientras tú, junto a tu tripulación, llevaban a Francia, un cargamento de vino... —Sin esperar a que Diego le respondiera, Julio prosiguió—: Pues todos ellos, apenas estalló la guerra, dejaron el contrabando y la piratería, y se pusieron al servicio de la patria. Hace un poco más de un año, se unieron a los guerrilleros; la mayoría terminó sepultada en el pueblo de El Bosque y otros, en las sierras castellanas.

El jerezano, presa de un estremecimiento de pena, expresó:

—En mi familia también hubo varias tragedias: durante los fusilamientos de Madrid, los franceses ejecutaron a un hermano de mi padre y a sus dos hijos, todos militares. Y en Córdoba, en el asalto a la ciudad, mataron a otro primo mío. —concluyó, mientras volvía a mirar a la joven de ojos claros que, en ese momento, cortaba lonjas de tocino.

—Sí, me enteré de eso —prosiguió Julio—. Me imagino que ahora estarás exiliado aquí, ¿verdad? Porque Jerez, como todas las demás ciudades, está invadida de húsares franceses, sobre todo en el Puerto de Santa María, que los

cabrones han convertido en cuartel.

Mientras negaba con la cabeza, Diego replicó:

—En realidad, yo sigo allí con mi padre; incluso tengo a muchos galos viviendo en nuestra casa. Por suerte, las relaciones con todos ellos es, dentro de todo, bastante buena; hasta pude lograr que estos nos otorgaran salvoconductos para poder recorrer los caminos de España sin problemas. Las autoridades de Cádiz también nos dieron permisos para entrar a la ciudad, ya que mi madre y mis hermanos están aquí, en casa de mi tía Nati.

Julio, en medio de un notable sobrecogimiento, exclamó:

—¡Oh!, ¿de modo que vives en Jerez?, ¿y dices que te llevas bien con los franchutes?

—Bueno, al tenerlos dentro de mi casa, no nos ha quedado otro remedio. A un comienzo, al verlos pasearse por nuestra casa, y por nuestras bodegas, como amos y señores... mi padre y yo nos encolerizábamos mucho; pero con el tiempo hemos aprendido a soportarlos. Lo malo para mí es tener que ajustarme a sus exigencias; yo, que nunca quise estar sujeto a reglas ni normas. Los que no han tenido mucha suerte son nuestros vecinos ingleses, que no pudieron escapar a tiempo; ahora los galos no dejan de acosarlos sin cesar. La verdad es que vivir fuera de aquí en estos tiempos, es muy difícil, mejor dicho, caótico.

—Pero ahora, con las Cortes en Cádiz... —siguió Julio—, se habla de que estas nos traerán novedosos cambios, además de una nueva luz y...

Diego lo interrumpió:

—Eso no son más que fábulas. Las Cortes no podrán cambiar nada: en ella solo residirán algunas de las medidas revolucionarias, como el principio de la Soberanía Nacional, la división de Poderes y la inmunidad de los Diputados que, según creo, suman más de setecientos, entre ellos, varios de ultramar. Todos esos representantes van a reconocer a Fernando VII como único rey, y así quedarán separadas las tres potestades. —Con un visible gesto de desagrado, añadió—: Y ya lo ves tú: jurar lealtad a un rey que se ha

proclamado amigo de Francia y que nos dejó en manos de Napoleón, ¿qué se puede esperar de algo así?

Julio, con mirada abatida, musitó:

—Vaya, qué desilusionado me dejas. Creí que con esto de las Cortes, repletas de tantos ilustrados, debían de ser por el bien de la patria, y que incluso iban a ocuparse de demoler a la antigua España, para levantar una nueva. Yo estaba a punto de entrar al acto, pero al último momento, tras enterarme de que uno de mis enemigos personales con el que tengo muchos pleitos, al que a la postre le robé su novia, que ahora es mi esposa, estaba allí como vocal, decidí no asistir. A propósito, ¿por qué no estás tú en el salón de actos?

Luego de aspirar una bocanada de aire, Diego respondió:

—Porque me pareció mejor dar un largo paseo que escuchar hablar a tantos pregoneros quienes pretenden, justamente, que la gente crea ese cuento de beneficiosos cambios y una nueva luz. Pero estoy seguro de que ninguna de esas expectativas tendrá relevancia. Y, a partir de mañana, todo seguirá igual.

Julio, con evidente desencanto, replicó:

—Pero quizás te equivocas.

—Ojalá fuera así —musitó Diego, mientras volvía a mirar a la joven del mostrador que, en ese momento, también lo observaba con evidente interés.

Julio, tras beber de su copa, en un cambio de conversación, con alegre sonrisa, le pidió:

—Bueno, ahora cuéntame algo de tu azarosa vida. ¿Cuánto hace que no te bates en un duelo?, ¡aún recuerdo la madrugada aquella, cuando te enfrentaste a don Gonzalo García de la Fuente en tu primer duelo a pistolas, y lo heriste de un certero balazo. Según tengo entendido, al pobre hombre no se lo ha vuelto a ver por Cádiz; ni tampoco a su cuñada, doña Juana, por la que ambos os batisteis a muerte.

El jerezano apartó sus ojos de la joven y, posándolos en su vaso de vino, murmuró:

—Desde que me hirieron, no he vuelto a ser el mismo. Y mucho menos, como para protagonizar ningún duelo más. —De pronto, acercándose al oído del joven, le preguntó—: ¿conoces a esa mujer que está ahí, detrás del mesón?

Julio soltó una carcajada.

—Señorito Diego, veo que, a pesar de tu desmemoria, en esto de las mujeres sigues siendo el mismo de antes. —Inclinándose hacia él, en voz baja, respondió—: Sí, la conozco: se llama Carmiña. Y la que canta es su prima Lola; ambas son gitanas hasta los últimos pliegues de sus enaguas.

—Y muy guapas: sobre todo, Carmiña.

—Pues de ella he de advertirte que tengas mucho más cuidado; dicen que es de esas que saben usar muy bien el oráculo para engatusar a los hombres. Carmiña ahora es la protegida del nuevo dueño de la taberna que, por lo que me han contado, está muy enamorado de ella. Incluso hay veces en que, cuando ya los clientes se encuentran muy bebidos, no le permite atenderlos, y enseguida la manda adentro.

—Toda ella me recuerda a alguien... —musitó Diego como si hablara consigo mismo.

En ese momento la mujer del escenario cantaba una alegre copla mientras los parroquianos batían estridentes palmas.

*...Y dicen todos los gaditanos... ¡Lola, Lolita... la piconera!*

*¿Dónde vas tan bonita...? ¡Lola, Lolita... la piconera!*

*¡Que... a la vez que vas andando; vas derramando, la primavera...!*

Diego, sin apartar la mirada de la joven de ojos claros, observó que ella, con una sutil sonrisa, le brindaba un saludo con la cabeza.

Julio, tocándole el hombro, le previno:

—Amigo, si aprecias mi consejo, ten cuidado, no mires tanto a Carmiña, o tendrás problemas. —Se acercó más a él y, junto al oído, le susurró—: Observa con disimulo; cerca de la puerta que da al interior, está su dueño, al que llaman *el Garfio* por su formidable puño. Y dicen que ese tiene fama de

atacar primero y preguntar después.

Diego, con presteza, se volvió a mirar al corpulento hombre, que los observaba cejijunto.

—Sí, realmente tiene una mirada muy torva, poco fiable —murmuró a la vez que asentía con la cabeza.

Julio, con semblante un tanto temeroso, añadió:

—Ya lo ves, deberías de tener miedo. Si ambos continuáis con ese juego de miradas y sonrisas, el dueño de Carmiña se dará cuenta y... ¡Diablos!, demasiado tarde. El *Garfio* viene hacia nosotros —acabó de decir a la vez que tragaba saliva.

El hombretón, con expresión furibunda, se plantó delante de ellos.

Tras señalar a Diego con el dedo, le increpó:

—¡Maldito lechuguino afrancesado! ¿Me equivoco, o estás tratando de conquistar a mi mujer?

El jerezano, mirándolo muy serio, le respondió:

—Le aseguro que está usted equivocado.

—¡Sí claro! ¡Eso es lo que tú quieres que yo me crea! Veo que sigues siendo el mismo pillete aristócrata de siempre, acostumbrado a «llevarse al huerto» a todas las mujeres, sin importarte si ya tienen dueño! ¡Pero mira tú por dónde... esta vez te has equivocado! —Con furibunda expresión, mirándolo con asco, agregó—: ¡Soy hijo de un ex viñador de tu padre, y te conozco muy bien, señorito Diego Ibáñez! ¡Y te advierto que, con mi mujer, no vas a tener suerte; antes te romperé todos los huesos! —De pronto volviéndose hacia la joven que lo observaba con evidente miedo, le gritó—: ¡En cuanto a ti, márchate dentro!, ¡ya hablaremos luego!

Julio, con la mirada fija en su jarra de vino, permanecía muy quieto, sin atreverse a intervenir. Cuando el *Garfio* volvió a posar sus ojos en Diego, este, sosteniéndole la mirada, murmuró:

—Por favor, sosiéguese; puedo asegurarle que la dama no tiene culpa de nada. Soy yo quien ha estado mirándola de manera insistente. Le pido

disculpas; lo que sucede es que su mujer me recuerda a otra... que conocí hace tiempo.

El dueño de la taberna miró a Diego ceñudo. Con gesto desdeñoso, respondió:

—Qué cínico eres, ¿y me tengo que tragar esa ridícula disculpa? No me vengas con esas excusas, que aquí te conocemos todos muy bien, maldito embaucador. ¡Vamos, ponte ya de pie!

—Oye, *Garfio*, tranquilízate, que mi amigo, dice la verdad; incluso me lo comentó a mí hace un momento —intervino Julio levantándose de su silla.

El hombretón, dándole un empujón con su mano, le gritó:

—¡Tú no te metas!, ¡no es contigo con quien quiero ajustar cuentas!

En ese momento, mientras la cantante enmudecía, por todo el salón se formó un atropellado movimiento de mesas y sillas, de los parroquianos que, deseosos de no perderse ni una sola palabra de aquella disputa, iban rodeándolos.

Diego obedeció poniéndose de pie. Seguido a eso, tras mirar al dueño de la taberna, con tono conciliador, le dijo:

—Por favor, no voy armado. Lamento que tenga tan mala opinión de mí; pero no olvide que las personas cambiamos con los años. Y ahora lo que menos quiero son peleas sin motivos valederos. Si no cree en lo que le digo, tampoco me importa demasiado; pero vuelvo a repetirle que su mujer no tiene culpa de nada. Ahora me marcharé de aquí como he venido, sin provocar ningún escándalo. Y usted intente comportarse con ella como un verdadero hombre —acabó de decir. Seguido a eso, dirigiéndose hacia Julio, agregó—: ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos antes de que este energúmeno se nos eche encima —reflexionó su acompañante en voz baja.

Mientras Diego y Julio comenzaban a caminar, el *Garfio*, siguiéndolos con los puños cerrados, dirigiéndose al jerezano, le increpó:

—¿Tú... te atreves a darme consejos de cómo ser un verdadero hombre?

¡Pero habrase visto mayor caradura! ¡Cobarde robamujeres! ¡Claro, si yo fuera uno de esos pusilánimes maridos, como los que acostumbras a deshonrar, ya me hubieras «tirado el guante!» para un duelo de honor, ¿verdad? ¡Ahhh, no sabes las ganas que tengo de darte tu merecido y enseñarte a respetar a las mujeres ajenas...! —A la vez que señalaba al grupo de parroquianos, que los rodeaban, prorrumpió—: ¡Además, todos aquí sabemos que tienes tratos directos con los franceses en Jerez! ¡Y quién sabe si no eres un espía de ellos! —concluyó, mientras ponía la mano sobre el hombro del jerezano, incitándolo a defenderse.

La gente, con evidente signos de recreación, iba detrás de ellos. Sin volverse, Diego, con firme ademán, se zafó de la mano del Garfio y, abriéndose paso entre la multitud, seguido de Julio, caminó hacia la salida.

De pronto sintió un fuerte golpe en la cabeza... y, al instante, un manto de oscuridad se abatió sobre él, nublándole la vista, hasta hacerlo caer desplomado.

### *La mujer de sus sueños*

Diego miró con embeleso a la hermosa joven que yacía a su lado: ambos habían estado amándose con tanta vehemencia y con tanta pasión que hasta temió volverse loco. En medio de un estremecedor jadeo, rodeó con sus brazos el trémulo cuerpo de ella y la besó largamente en los labios, tal como si deseara prolongar el placer de aquel clímax arrollador.

No recordaba haber quedado nunca tan plenamente saciado, ni haber sentido una ternura semejante, mezcla de fuego, anhelos y adoración, después de hacerle el amor a una mujer..., ni de querer seguir abrazado a ella para siempre. En esos momentos a él le hubiera gustado tener la capacidad de fundirse en su persona y no soltarla nunca más.

Cuando al fin ambos dejaron el lecho, ella se dirigió a un mueble y cogió unas tijeras. Tras cortarse un largo mechón de pelo, lo miró a los ojos y se lo entregó. «Toma, guárdalo —le dijo con apenas un hilo de voz—. Es lo único

que puedo darte para que siempre... me recuerdes». Dominado por la emoción, él lo cogió; a la vez que aspiraba su perfume, murmuró extasiado: «Gracias, Bruny, lo conservaré siempre, como algo muy preciado para mí».

Entonces ella, con ademán expectante, le preguntó: «¿Me darías uno tuyo?, de esa manera también yo tendré un recuerdo... de estas horas de amor».

Diego inclinó la cabeza hacia ella, y le dijo: «Claro que sí. Córtalo tú misma».

—¡Oye, amigo, despierta! —Escuchó de pronto que alguien le gritaba, mientras lo sacudían por los hombros.

La escena de amor... lentamente fue desvaneciéndose por completo. Diego abrió los ojos con dificultad; se encontraba tumbado en el suelo, rodeado de gente. A su lado Julio intentaba reanimarlo. Presa de la desesperación, el jerezano volvió a cerrar los ojos; lo último que deseaba en ese momento era volver a la realidad.

En medio de su sobreexcitación, ante él, como intermitentes estallidos de luces, siguieron sucediéndose nuevas imágenes cada vez más nítidas... de aquella fría noche en Madrid, en la que Brunilda y él se habían amado sin reservas. Antes de despedirse, mientras ella lo acompañaba hacia a la puerta de salida, mirándolo a los ojos, le pidió: «No me olvides...».

«Eso, nunca. Siempre estarás en mi corazón», le respondió él. Con un nudo en la garganta, agregó: «Como acabo de decirte: Voy a sufrir un martirio de pensar que ya no volveré a verte». Brunilda, colgándose de su cuello, expresó: «Quizás... me veas en tus sueños».

Mientras la contemplaba con adoración, Diego le respondió: «Sí, de eso estoy seguro porque, como ya te dije, hace tiempo que sueño contigo. Y también es muy posible que mis ansias de volver a tenerte te persigan a ti... en los tuyos». La besó largamente en la boca y, sobre sus labios, añadió: «Y ten presente que, cada vez que te sueñe, te haré el amor con loca pasión. Y pondré tanto de mí en ello que, dondequiera que te encuentres, me sentirás dentro de ti...».



Ella, mirándolo con los ojos arrasados de lágrimas, respondió: «Entonces, si eso sucediera, tú también sentirás mis caricias y...». De pronto se apartó de él y, tapándose la cara con las manos, exclamó: «Vete, por favor. Vete ya... adiós».

Diego apretó los puños; seguido a eso, temblándole voz, prorrumpió: «¡No!, ¡me niego a decirte adiós! Te diré mejor: “Hasta cuando... volvamos a encontrarnos”». Y ese momento fue cuando ella, en medio de un incontrolado llanto, echó a correr hasta perderse en el interior de la casa y lo dejó allí solo, completamente deshecho.

En ese momento, Diego, abrumado y confuso ante la súbita y brutal recuperación de sus recuerdos, con voz extenuada, repitió:

—Hasta cuando... volvamos a encontrarnos. —Mientras se apretaba la cabeza entre las manos, exclamó—: ¡Ahora, lo recuerdo todo!, ¡Oh, Bruny! Entonces, ¿la mujer que irrumpe en mis sueños... eras tú?

—Pero ¿que dices amigo? No te entiendo. Creo que estás divagando, ¿deseas que busque ayuda? —le preguntó Julio, a la vez que lo sacudía.

La voz de su acompañante acabó por traerlo del todo a la realidad. Diego abrió los ojos. Pese a su conmoción, murmuró:

—No... estoy bien. No te preocupes. —Tocándose la parte de atrás de la cabeza, preguntó—: ¿Qué ha pasado?

—Ha sido el Garfio; el muy maldito te ha atacado por la espalda dándote un buen golpe en la cabeza con una silla. Pero enseguida, al verte caer sin sentido, se ha puesto muy nervioso y ha enviado a sus sirvientes para que me ayudaran a auxiliarte. ¡Caramba!, estás muy pálido; ¿de verdad te sientes bien? —inquirió Julio preocupado. Seguido a eso, acercándose a su oído, le susurró —: Si deseas tomar revancha, y vengarte por esta cobarde afrenta, tengo amigos que le pueden dar a ese mal nacido una buena golpiza. O, incluso, incendiarle el local, lo que a ti te parezca mejor.

Diego, hizo con su mano un movimiento de calma, y rebatió:

—No, nada de venganzas. Recuerda que... fui yo el que miraba su mujer.

Julio se levantó de hombros y exclamó por lo bajo:

—Como tú quieras, amigo. Pero esto... ha sido un golpe a traición que, a mi modo de ver, merece una reparación. Si cambias de opinión, búscame; estaré en casa de mi suegra hasta finales de mes.

—Gracias por tu ofrecimiento. Ahora ayúdame a ponerme de pie.

En medio de la gente, que se agolpaba alrededor de ellos, Diego, asistido por Julio, se incorporó. Luego, dejándose guiar por él, empezó a caminar en dirección opuesta a la taberna. Al poco rato ambos llegaron a la playa, frente al Caño de Sancti Petri, donde tantas veces habían jugado de niños.

Tras permanecer allí un largo rato, a la vez que recordaban con nostalgia los años de la infancia, Julio se despidió de él, deseándole mucha suerte.

Al quedarse solo, Diego siguió sentado en la arena; la cabeza le dolía terriblemente pero, gracias a ese inesperado golpe, toda esa parte de sus recuerdos —tanto tiempo dormidos— habían aflorado a su mente con extraordinaria nitidez. Sin esfuerzos, estos continuaron presentándole la visión de innumerables acontecimientos de los últimos cuatro años: su viaje a Londres, donde conoció a Janet y a su prima Brunilda... la misma que acabaría transformándose en el amor de su vida. El flirteo con ambas, el baile de gala en Jerez, la inesperada presencia allí de la prusiana... a la que descubrió en el jardín del Alcázar, mientras conspiraba con un periodista norteño. Tras eso el viaje a Madrid con su padre, el inesperado reencuentro con Brunilda. La muerte del francés a manos de ella, la huida de ambos... y la apasionada noche de amor.

—Bruny... —repitió su nombre mientras sentía una opresión en el pecho—. ¿Justo tenías que ser tú la mujer de mis sueños? —Completamente abatido, acabó preguntándose—: ¿Estará ya casada? ¿Pensará en mí?

A la vez que se sostenía la cabeza entre las manos, agregó:

—Lo único que me queda de ella es el recuerdo de esa noche de amor y el mechón de pelo que me regaló. La bruja Cassandra se equivocó al asegurarme

que la mujer de mis sueños me espera; porque ahora sé que eso... no podrá ser. Ella iba a casarse, aunque sin amor; estaba dispuesta a cumplir su palabra con el hombre que había ayudado a su familia y, con seguridad, ejecutó su promesa. Tengo que preguntarle a Carlos a ver si sabe algo de ella y quitarme esta espina; porque... si Bruny está casada, y ya en América, nunca podremos volver a estar juntos.

Cuando Diego llegó a casa, se encontró con sus padres y hermanos que, junto a tía Nati, acababan también de regresar.

—¡Hermanito!, ¡de lo que te has perdido! —exclamó Ignacio, mirándolo risueño.

Decidido a guardar silencio sobre lo ocurrido en la taberna, Diego, a la vez que enmascaraba su estado anímico, dándole un cariñoso toque en la barbilla, le preguntó:

—Vaya... entonces, ¿quiere decir que al final la ceremonia estuvo animada?

—Sí, estuvo bastante entretenida —replicó don Pedro—. ¡Pero qué largo resultó todo! Fue peor que al comienzo del *Te Deum*. Ah, pero lo que más me gustó fue escuchar al diputado de Extremadura, don Diego Muñoz Torrero, que dio un brillante discurso. Y, ¿sabes?, el Obispo de Orense se negó a jurar fidelidad a las Cortes...

—Y, aparte de todo eso, ¿de qué más me he perdido? —quiso saber Diego, esforzándose en permanecer tranquilo y animado.

Ignacio le contestó:

—De los disturbios que se produjeron luego, dentro del salón de actos, entre liberales y conservadores. Y de que un grupo de hombres casi mata a mi preceptor, que montó de nuevo allí la de San Quintín. Hasta que por último, entre varios, lo sacaron en andas y lo arrojaron a la calle.

Mientras Ignacio y los demás hablaban, la mente de Diego se perdía entre la vorágine de su recién recuperada memoria. Apenas don Pedro e Ignacio acabaron de relatar lo ocurrido en el salón de actos Natalia, dirigiéndose a

todos, exclamó:

—Bueno, ahora olvidémonos de las benditas Cortes y de todo lo que ha pasado allí, y vayamos a la capilla a rezar el rosario, antes de sentarnos a cenar.

Dos horas después, ya en su cuarto, Diego se encaminó directo a su arcón de viaje. Con ademanes nerviosos, buscó el mechón de pelo de Bruny, que recordaba haber guardado en uno de sus compartimientos. Enseguida lo encontró. Absorto y conmovido, observó los negros y brillantes rizos. Con ademán desanimado, aspiró su perfume, mientras seguía repitiéndose: «¿Tenías que ser tú... justamente tú, la mujer de mis sueños? La más lejana, la más inalcanzable. Siento que todo... todo está perdido para mí; porque ahora sé seguro que, si has partido hacia América, jamás podremos encontrarnos...».

Tras sentarse en la cama, durante largos instantes, permaneció en actitud desfallecida. A continuación, mientras se ponía de pie, como si intentara darse ánimos, murmuró: «Bueno, quién sabe; quizás no todo esté perdido. Puede que algún día, podamos volver a vernos. Porque yo, por más años que pasen, nunca lograré perder esa esperanza...». Abatido, se dejó caer de nuevo en el lecho.

Con los ojos cerrados visualizó el rostro de Brunilda al tiempo que volvía a recordar aquel frío atardecer de noviembre, cuando se amaron por primera vez. Después, dominado por el desconsuelo, pensó: «Apenas llegue a casa, iré a hablar con Carlos; quizás él sepa algo de ella en los últimos tiempos».

Al día siguiente, durante el trayecto a Jerez de la Frontera, Diego le confesó a su padre lo que le había ocurrido en la taberna y el resultado positivo de aquel suceso. Don Pedro lo abrazó con fuerzas, mientras exclamaba:

—¡Por todos los cielos! ¡Qué golpe más oportuno te ha dado ese malnacido! Oh, de verdad; a pesar de lo malo que eso pudo llegar a ser para tu integridad, por suerte, el resultado ha sido algo increíble, y a la vez maravilloso. Ahora sí que podemos decir que estás verdaderamente curado del todo, ¿verdad?

—Así es, padre; no quise contárselo aún a mi madre, ni a tía Nati ni tampoco a mis hermanos, para no tener que explicarles lo de esa pelea. Y también porque me parece que es mejor que sigan pensando que continúo afectado por mi desmemoria, sobre todo nuestros huéspedes; de ese modo, cuantos menos lo sepan, mejor será.

—Sí, en eso tienes razón. La situación tan delicada en la que vivimos nos obliga a seguir mintiendo, fingiendo... y escondiendo. Y además, pese a lo desagradable que eso nos resulta, a continuar mostrándonos amistosos con los que están usurpando todo lo nuestro. —Con un hondo y quejumbroso suspiro, agregó—: Pero te confieso que, para mí, la mayoría de las veces, me es muy difícil fingir cosas que no siento.

—Lo comprendo, padre; pero en la vida, al igual que en el teatro, muchas veces las personas tenemos que desempeñar un papel diferente al que nos gustaría... porque de eso depende nuestro supervivencia, y también el de nuestra familia.

Seguido a eso, ambos se pusieron de acuerdo para responder exactamente lo mismo durante el interrogatorio de los franceses.

Cuando don Pedro y su hijo entraron a la casa, Diego, luego de saludar a Pastora, y trasmitirle los cariños de su madre y hermanos, sin desempacar sus pertenencias, mandó buscar a Pepín. Apenas el jovencito se apersonó ante él, en la intimidad de su cuarto, le pidió:

—Por favor, toma el atajo de la huerta, que da a los olivares de los Temple y, de manera disimulada sin que los franceses que ocupan su casona te escuchen, dile a Carlos que necesito hablar con él urgentemente. Que esta noche sin falta lo espero en casa de Gustavo.

—De acuerdo, señorito —respondió Pepín, a la vez que asentía con la cabeza—. Pero tendrá que ser antes del Toque de Ánimas, ¿verdad?

—Sí, claro, apenas oscurezca. —Mientras salían de la habitación Diego, en medio de una incontrolable ansiedad, le pidió—: Ahora, en cuanto bajemos y yo me reúna con nuestros huéspedes (que seguro ya estarán esperándome), tú

corre a casa de Carlos y actúa con toda naturalidad.

—No se preocupe, señorito —respondió Pepín, con gesto serio.

Mientras ambos bajaban por las escaleras, Diego observó que el teniente Charpentier, junto a dos galos más, con sus morriones en las manos, ya lo esperaban. Tras saludarlos con distendido gesto, en medio de una despreocupada sonrisa, replicó:

—Imagino que querrán hacerme preguntas, ¿verdad?

—Claro, y esta vez tengo órdenes precisas del propio gobernador, que me obliga a hacerle a usted y a su padre, por separado, un riguroso interrogatorio... —exclamó *Monsieur Charpentier* en su idioma.

—¿Será aquí o en las bodegas? —inquirió Diego con tono afectivo.

—Aquí mismo, en la biblioteca —respondió el teniente. Seguido a eso, mientras establecía una pausa, sacó del bolsillo de su casaca una cajita esmaltada. Luego de abrirla, con la uña de su dedo meñique, extrajo una pequeña ración de rapé. Tras aspirarlo con fuerza, prosiguió—: Dos de mis hombres, que entienden algo mejor el español, están ahora con *Monsieur Ibáñez* en su despacho. Y, como ya lo sabe, las preguntas serán sobre... la inauguración de las dichosas Cortes.

El joven Ibáñez asintió con la cabeza.

Una vez en la biblioteca, Diego, luego de obsequiarles a los tres una copa de brandy, tras servirse otra para él, mirándolos con semblante distendido, exclamó:

—Antes de nada, lamento decepcionarlos, pero lamentablemente, aunque a ustedes les resulte incompresible creerlo, yo no estuve en dicha ceremonia.

—Vaya. De verdad, usted lleva razón; eso es muy difícil de creer —le rebatió el teniente Charpentier con un cierto sarcasmo.

Diego, sin dejar de sonreír, expresó:

—Pues créanlo; tienen que saber que, a mí, esto de las Cortes, al revés de la mayoría de todos los españoles, no me entusiasmaban en absoluto. Y he de decirles que, aunque mi padre asistió al acto, tampoco se enteró de nada

importante, solo de los discursos de algunos liberales... —agregó con indiferente actitud.

Tras unos minutos de silencio, mientras todos los galos lo observaban expectantes, Diego, con sonrisa socarrona, continuó:

—Tengo muchos testigos, incluso creo que... algún espía vuestro podrá aseverar que no miento. Es más, en una alejada taberna llamada *La Piconera*, cerca de las marismas de la Isla de León, donde me refugié para pasar unas horas de distracción, sin que yo lo deseara, tuve un sonado altercado... del que salí bastante maltrecho. —Agachándose ante *Monsieur* François Charpentier, le mostró el rojizo y abultado golpe en la cabeza, y añadió—: Me pegaron con una silla a traición, y el golpe me dejó algunos minutos sumido en la inconciencia —concluyó con una opresión en el pecho, al recordar esos sublimes momentos cuando, al despertar de su desvanecimiento, lo primero que vio ante él fue el hermoso rostro de la mujer de sus sueños.

—Oh, lo siento mucho —respondió el teniente, con jocosa sonrisa—. Sí, no hay duda; tiene usted un feo golpe en la cabeza.

En ese momento los demás galos soltaron una carcajada. Otro de ellos, tras dejar la copa sobre el escritorio, replicó:

—Ya nos advirtieron que la mayoría de sus amistades no son muy dignas que digamos. También nos han contado que desde muy joven siempre ha estado usted muy ligado a bandas de forajidos a los que, en repetidas veces, ayudó a escapar de la justicia.

Diego echándose a reír, con absoluta calma, respondió:

—Vaya, *Monsieur* Lasserre, pero cuántas cosas han descubierto ustedes sobre mis pasadas andanzas. —Sin esperar respuesta, añadió—: Bueno, de pequeño solía juntarme con muchos niños marginales, con los que acabé encariñándome. Por desgracia, muchos de ellos, con el paso de los años, han acabado transformados en bandoleros. Pero a estos que ahora me han golpeado a traición no los conocía de nada —acabó al tiempo que se tocaba la cabeza, con risueño gesto.

El teniente Lasserre, sin dejar de mirarlo, añadió:

—También sabemos que tiene usted ganada una muy buena fama de calavera conquistador. Y que, en muchas ocasiones, se ha batido en peligrosos duelos por defender el dudoso honor de alguna dama en apuros.

—Justamente, el golpe me lo propinó el marido de una mujer muy guapa, a la que me atreví a mirar de manera insistente. Y, dado que él tenía razón, no quise tomar represalias...

*Monsieur Charpentier*, luego de dar una chupada a su pipa y, mientras fijaba los ojos en Diego, exclamó:

—Todo eso habla muy bien de usted, definiéndolo como un caballero de honor... o como dicen ustedes, una persona bien nacida. —Luego de marcar una breve pausa, sin apartar la mirada del joven Ibáñez prosiguió—: Y ahora, volviendo a lo que realmente nos interesa, ¿de verdad quiere que me crea que durante estos días que permaneció en Cádiz no se enteró de ningún acontecimiento importante, ni nada sobre las Cortes? ¿Ni tampoco su padre?

—Sí, claro que me enteré de algunas cosas; era imposible no hacerlo. Pero estoy seguro de que son las mismas que vuestros espías les han contado ya. A mi modo de pensar, estas Cortes, tan festejadas, no sirven para nada... —Mirándolo fijamente, prosiguió—: Mi tío Benito, de Madrid, siempre solía repetirme: «Sin una revolución en los espíritus, para ayudarles a cambiar sus añosas ideas, nuestro país está condenado a seguir en el mismo atraso». De modo que, como se imaginará, a mí, asistir a ese acto no me entusiasmaba mucho. Ustedes ya saben que en España, aunque ahora muchos lo quieren esconder, Francia ha tenido siempre una gran influencia, sobre todo por vuestra Revolución, que para los liberales españoles fue nuestra inspiración. Y también sabrán que de manera insistente hemos deseado, sin lograrlo, impulsar en nuestra patria esos mismos ideales. —Tras otra breve pausa, con expresión entre seria e irónica, prosiguió—: Lamentablemente, en estos últimos tiempos, los que antaño éramos afrancesados estamos entre dos frentes: cercados en lo militar por vuestras tropas y, en lo ideológico, por los



defensores del absolutismo que, al igual que en la Castilla Medieval, huyen siempre de la herencia ilustrada francesa.

Mientras Diego hablaba, el teniente Charpentier, luego de volver a llenarse la copa de Brandy, mirándolo con un dejo de ironía, repuso:

—De verdad, nunca deja usted de sorprenderme. Mal que me pese, debo reconocer que, en muchas de sus apreciaciones, estoy de acuerdo con lo que acaba de expresar.

Luego de permanecer otra media hora más encerrado en la biblioteca junto a sus «huéspedes», Diego, a la vez que contenía la asfixiante ansiedad que lo dominaba —junto al desasosiego de su espíritu—, logró que al fin los franceses lo dejaran marchar.

Cerca de las siete y media de la tarde, Carlos se presentó en la vivienda de Gustavo, justo en el momento en que Diego también se apersonaba allí. Después de los saludos entre ellos y los dueños de casa, el joven Temple, dirigiéndose a Diego, le dijo:

—Bueno, cuéntame cómo está tu familia.

—Por suerte, todos muy bien. —Mirándolo risueño, adicionó—: Y, como sé que lo que más quieres es saber algo de Úrsula, te diré que está muy bien y muy guapa. Me ha contado que asiste mucho al teatro con nuestras primas, las gemelas, que aún tienen a sus maridos en el frente. Y cáete de espaldas: en este último viaje, mi hermana me ha preguntado por ti.

Carlos lo miró sorprendido.

—Estás gastándome una broma, ¿verdad?

Mientras Gustavo sonreía por lo bajo, Diego, con gesto serio, expresó:

—No, créeme que no estoy con ánimos de bromas...

—Vaya, me cuesta creerlo. —La voz de Carlos sonó perpleja—. Y tú, ¿qué le has dicho?

—Pues la verdad: que aún suspiras por ella y que también, cada día te encuentras más cabreado con todos los franchutes que están dejándote en la

ruina. Y antes que me preguntes qué ha respondido la necia de mi hermana, te lo diré: se quedó muy triste y pensativa, y no me hizo ninguna otra pregunta.

—Sí, claro, lo contrario sería algo muy extraño en Úrsula —prorrumpió Carlos con un desilusionado suspiro. A continuación, en medio de un brusco cambio de conversación, inquirió—: Bueno, ¿y qué?, ¿cómo están las cosas por Cádiz, con esto de las Cortes? De verdad, me hubiera gustado estar presente...

Diego, en una corta charla, les relató a ambos todo lo que había ocurrido en Cádiz durante ese acontecimiento. Cuando acabó, a la vez que intentaba esconder sus nervios, dirigiéndose a Carlos, le preguntó:

—¿Y de tus padres?, ¿sabes algo?

El recién llegado, mientras asentía con la cabeza, expresó:

—Sí, por suerte, hace unos días recibí una carta y, luego de que mis «carceleros» la leyeron primero, supe que ambos están muy bien, al menos de salud. Pero, muy preocupados por mí y por todo lo que suponen que estará pasando con nuestra hacienda. Ayer les respondí diciéndoles que se quedaran tranquilos; bueno, les mentí bastante sobre la real situación de las pérdidas tan grandes que tenemos en nuestros negocios. No quería darles más preocupaciones, ni tampoco motivos a los franceses para que estos, en caso de leerla, me tuvieran más entre ojos.

—Has hecho muy bien —repuso Gustavo con ademán pesaroso.

—Opino lo mismo —convino Diego. Seguido a eso, luego de mirar al dueño de casa, le pidió—: Por favor, me urge hablar a solas con Carlos.

—¿Pasa algo malo? —inquirió Gustavo con evidente preocupación.

—No. De verdad, no pasa nada malo. Es algo que... solo le concierne a él. Y, como ya lo sabes, en mi casa, ni en la suya, con tantos indiscretos «testigos» al lado, no podemos explayarnos con libertad.

—De acuerdo, Diego —aceptó Gustavo—. En nuestro despacho podéis hablar con toda tranquilidad, hasta que queráis. Pero luego me encantaría que ambos aceptarais cenar con nosotros.

—Estupendo. Por mí, encantado —expresó Diego, palmeándole la espalda.

—Por mi parte, también —aceptó el joven Temple con una entusiasta sonrisa —. Aunque yo, antes de las once de la noche, tendré que marcharme.

Apenas ambos jóvenes estuvieron a solas, Carlos, luego de mirar preocupado a su amigo, exclamó:

—¡Ay, Diego, qué intrigadito me tienes! Y, por tu aspecto tan descompuesto que intentas disimular, además de lo nervioso que te veo, presiento que algo malo te pasa. Por favor, despáchate ya; estoy en ascuas por escuchar lo que tienes que decirme. Espero que no habrás corrido ningún peligro, o tenido problemas en Cádiz.

—No. Nada de eso. Solo quiero hacerte una pregunta.

—Ah, pues entonces, adelante. No te cortes; soy todo oídos.

Sin emplear ningún circunloquios, a boca de jarro, Diego lo interpeló:

—¿Sabes algo de Brunilda?

Carlos, tras abrir los ojos asombrado, exclamo enfático:

—¡Vaya!, ¿la recuerdas? Entonces, ¿has recuperado del todo... la memoria? ¿Es así?

Diego asintió con la cabeza.

Mientras evitaba dar demasiadas explicaciones, alegó:

—Sí, lo recuerdo todo o, al menos, eso creo. Fue hace unos días, tras darme un fuerte golpe en la cabeza; caí desvanecido y, al despertar, de pronto todos... absolutamente todos los recuerdos volvieron a mí.

El joven Temple soltó una alegre carcajada y, dándole un abrazo, profirió:

—¡Oh!, ¡qué extraordinaria noticia! ¿De modo que ese segundo porrazo en la cabeza, ha curado el daño que te hizo el primero? ¡Esto es increíble! ¡Qué alegría me das!, te felicito, de verdad... me hacía falta recibir una buena noticia, ¡y no hay duda de que esta es magnífica! Eso quiere decir que vuelves a estar completamente curado. De ese modo, también recordarás a mi prima Janet, ¿verdad?

—Sí, también a ella. Pero ahora contesta a mi pregunta: ¿Sabes algo de...

Bruny?

Tras unos instantes de confusión, Carlos respondió:

—No mucho; mi familia de Londres cree que... debe estar ya por tierras americanas; según una carta de ella, dirigida a mi tía Margaret, su prometido iba a llegar a principios de 1808 para casarse. Y ten en cuenta que de eso ya hace más de dos años. Ah, y mi prima Janet, en otra carta aparte me contó que Matilde, a la que seguro también debes de recordar, antes de la guerra estuvo implicada en algunos problemas de espionaje en Madrid, contra los franceses, ¿te lo puedes creer? Y estoy seguro de que, en el baile de Jerez que, seguro también ahora recuerdas, ella y todo su grupo estuvieron conspirando. Yo, al enterarme de eso, me quedé de piedra: una mujer como Matilde, que parecía tan delicada y femenina, una mosquita muerta, metida de lleno en conspiraciones. Y claro, al ser descubierta de inmediato, puso pies en polvorosa y ahora debe de estar camuflada por ahí, de incógnito. Creo que en ese tiempo ya Bruny debía de estar con su esposo en las Indias.

Ante aquella noticia, el semblante de Diego se contrajo en un gesto descorazonado a la vez que un estremecimiento lo sacudía hasta erizarle la piel de todo su cuerpo.

Carlos, mirándolo perplejo, exclamó:

—¿Qué te pasa? Por tu expresión se diría que has escuchado una sentencia de muerte. Por favor, dime qué tienes: presiento que me ocultas cosas...

Diego, tras una honda inspiración, le dijo:

—Sí, amigo, te oculto muchas... muchas cosas. Y creo que ha llegado el momento de sincerarme contigo; de verdad, lo necesito. Pero con la condición de que nada de lo que voy a confesarte salga de tu boca.

Carlos, mirándolo intrigado, expresó:

—Tranquilo, sabes que en ese aspecto soy una tumba.

Con cierta indecisión, Diego comenzó su relato:

—Cuando en noviembre de 1807 viajé a Madrid con mi padre, una tarde, para mi sorpresa, me encontré allí con Brunilda, quien también cooperaba con

algunos espías...

Sin tomar en cuenta el gesto de estupor pintado en el rostro de Carlos, en una detallada descripción, a la vez que omitía la muerte del francés a manos de la prusiana, Diego le confesó a su amigo la noche de amor que ambos habían compartido.

Cuando acabó, la expresión de Carlos era de total asombro.

—¡No me lo puedo creer! —replicó perplejo—. ¿Así que tú y... la prima de mi prima acabaron siendo amantes? ¡Vaya, qué increíble! Entonces ella..., ¿sentía algo por ti? ¡Qué bien lo disimulaba! —Sin aguardar una respuesta, continuó—: Lo que más me asombra es pensar que tú sabías que ella estaba implicada también en asuntos de espionaje y lo mantuviste en secreto. Y yo, ignorándolo todo... ¿y no recordabas nada de eso?

Diego, con semblante abatido, negó con la cabeza.

—Nada de nada. Toda esa parte de mis recuerdos, no sé por qué extraña razón, se evaporaron de mi mente, hasta ahora... en que me han llegado todos de golpe, y dejado completamente abrumado, a la vez que desquiciado.

Carlos, a la vez que volvía a palmearle la espalda, agregó:

—Bueno, al menos ahora ya eres dueño de todas tus remembranzas... que son, y perdona que lo vuelva a repetir: ¡sorprendentes! ¡Impactantes! Por favor, cuéntame más detalles de esa historia tuya con Brunilda.

Diego levantó los ojos hacia él y, con mirada pesarosa, continuó:

—Esa noche, me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de Bruny. Pese a eso, luego de amarnos... me despedí de ella, sin intentar nada más; ni siquiera decirle que estaba dispuesto a dejar todo por su amor. Al día siguiente, sin haber logrado cerrar los ojos, regresé a su casa decidido a pedirle que anulara su compromiso con el indiano, y aceptara ser mi esposa. Pero ella... ya no estaba; me quedé deshecho. Luego, ya en a Jerez, intenté sofocar ese amor con Trinidad, para lograr olvidarla... pero fue inútil. En cada encuentro íntimo con ella, siempre ponía ante mis ojos la cara de Bruny. Hace unos meses, cuando fui recobrando algunos de mis recuerdos... justamente esa

parte tan importante de mi vida siguió velada. No obstante, tal como te lo confesé, Brunilda ha estado viniendo a mí; mejor dicho... continua haciéndolo en mis sueños. El día que al fin pude visitar a la pitonisa, que me salvó de morir, ella me aseguró que la mujer que veía en sueños existía y que, incluso, ya nos conocíamos; además me aseveró que, cuando menos lo esperara, volveríamos a reencontrarnos. Y, ante esa posibilidad, me quedé fatalmente ilusionado. Ahora veo que... nada de eso será realidad y que todo ha sido un sueño, una fantasía; porque lo único en lo que esa sibila sanadora acertó en toda magnitud fue decirme que ella existía y que ya habíamos estado juntos.

Carlos, mirándolo con la boca abierta en un claro signo de asombro, exclamó:

—¿De modo que esa mujer que «te visita» en sueños, es... Brunilda? ¿Pero a qué situaciones tan irreales estás sujeto? ¡Caramba, esto es increíble!, cuesta creerlo...! —Luego de exhalar todo el aire de sus pulmones, con semblante consternado miró a Diego y murmuró—: Gracias, amigo. Gracias por confiarme tus secretos más íntimos. Pero... si aceptas mi consejo, olvídate de Bruny y retoma tu vida con los dos pies en la tierra, sin más fantasías ni sueños fantasmagóricos. Ella está ahora muy lejos de ti. Y seguramente, a no ser que alguna vez regrese a España e intente buscarte, jamás volverás a verla.

Diego bajó la mirada. Sacudido por un estremecimiento, añadió:

—En estos momentos me encuentro inmerso entre una vorágine que incluso me impide dormir. Porque, ¿sabes una cosa?, durante estos dos días en que recuperé toda esa parte de mis recuerdos, no he podido evitar ilusionarme al pensar que ella... podría estar en el continente, o en Inglaterra, aún soltera. Y por eso no veía la hora de hablar contigo a ver si sabías algo. Bueno, como ya lo ves, soy un iluso soñador.

—Lamento ser yo quien te baje de las nubes. Pero, por favor, no desesperes; intenta mentalizarte que lo tuyo con la prusiana no fue más que... unas horas de loca pasión. El tiempo te ayudará a disipar las penas, y también la decepción que ahora te martiriza. De ese modo, dentro de un tiempo, todo eso solo será

el recuerdo fugaz de una noche de amor. Por favor, amigo, no permitas que la constante evocación de Brunilda arruine tu vida; recuerda que, para curar las fantasías, siempre hay que apelar a la realidad.

Diego negó con la cabeza.

—No, lo siento; pero... nada de lo que he vivido junto a Bruny, a pesar de lo efímero que fue, podrá ser recordado por mí como algo fugaz. Además, tampoco lo que siento por ella puede llamarse una fantasía.

—Entonces, intenta recordarlo como algo que pudo haber sido...y no fue. Algo que pasa muy a menudo con las historias trucas de amor. Quizás eso te ayudará a no sufrir, ni a lamentarte tanto por un amor perdido; tal como me pasa a mí con tu fría e insensible hermana —reflexionó Carlos, dándole otra palmada en el hombro. Seguido a eso, mirándolo intrigado, preguntó—: ¿Todavía sigues visitando a Eunice? —Al ver la cara de sorpresa de su amigo, echándose a reír, agregó—: Pero ¿acaso creías que tu romance con ella seguía siendo un secreto? Bueno, y también sé que últimamente frecuentas a otras dos más que viven por la calle Larga, cercana a la judería, y a otra por las huertas. Y estoy seguro de que en Cádiz también debes de tener tus continuas escapadas amorosas.

—Vaya, realmente todas mis relaciones son algo así como secretos a voces —bromeó Diego a la vez que esbozaba una sonrisa—. Sé que es muy difícil mantener encuentros amorosos ocultos durante mucho tiempo, sobre todo en una ciudad tan pequeña. —Señalándolo con el dedo, agregó—: Y has de saber que yo también me entero de casi todos tus encuentros con mujeres.

Carlos, echándose a reír, aclaró:

—Los míos solo son relaciones esporádicas; yo no me enredo sentimentalmente con ninguna más de dos veces. Y créeme que me gustaría poder hacerlo, y así quitarme de encima el maleficio de tu hermana...

Tras unos segundos de silencio, Diego, con apenas un hilo de voz, apostilló:

—Volviendo a lo de Eunice, he de decirte que desde hace más de dos meses no la he vuelto a ver. Un día, de casualidad, me enteré de que había un hombre,

un viudo de origen belga el cual, al poco de conocerla, se quedó prendado de ella. Y que incluso, tenía pensado pedirla en matrimonio. Y ante eso yo enseguida me aparté de su camino para que pudiera aceptarlo y encauzar su vida. Eunice sabía muy bien que yo no estaba enamorado de ella; pero realmente es una mujer de gran valía, llena de virtudes, y se merece lo mejor...

—Vaya, Diego, yo incluso llegué a pensar que quizás esa joven viuda, sin hijos, podría lograr hacer que volvieras a enamorarte.

—No creo que eso vuelva a sucederme. Y ahora mucho menos...

—Ay, amigo, ¡cada vez te veo más perdido! —exclamó Carlos, mientras movía la cabeza.

Diego no respondió, quedándose con los ojos fijos sobre un punto inexistente.

Los acontecimientos bélicos continuaban vigentes. Durante todo ese mes de septiembre, y comienzos de octubre, no dejaron de llegar noticias sobre los nuevos y mortíferos bombardeos a Cataluña. Ya eran muy pocos los edificios que se mantenían en pie.

En un diario de Gerona, se podía leer esta desgarradora crónica: «No hay ponderación que baste explicar el furor con que los franceses abaten estas murallas, y las del castillo de Montjuich».

En noviembre, la situación en Cataluña se tornó más complicada. Pese a la llegada de los intensos fríos, junto al turbulento y helado viento norteño —de la *Tramontana*—, que azotaba sin piedad, a la sitiada ciudad, además del hambre y de las bombas que seguían cayendo, sin cesar... nada de eso lograba amedrentar a sus valerosos defensores. A los soldados catalanes, que en noviembre apenas eran ochocientos, ya no se les podía exigir más.

Hasta que al fin, al llegar el gélido mes de diciembre, el ejército napoleónico, con su Estado Mayor, logró entrar victorioso en la ciudad catalana. En todas las gacetillas que llegaban a Andalucía se podían leer las siguientes crónicas: «La mayoría de los consumidos habitantes, dominados por



la impotencia, han preferido arrojar las armas al río, antes que entregarlas al enemigo. Y otros han optado por el suicidio».

Pese a esa victoria, para los imperiales, la triunfal entrada a Gerona más que un acto de orgullo, resultó una humillación; porque lo que el general francés Augereau y sus hombres presenciaron en la ciudad catalana los dejó mudos.

Cuando los soldados imperiales, vestidos con galas militares y montados en soberbios caballos vieron pasar ante sus ojos, en triste cortejo, a los vencidos defensores de aquella destruida ciudad, se quedaron helados, mirándose abochornados mientras se preguntaban cómo era posible que aquel grupo de destrozados hombres, que parecían un «desfile de espectros», le hubieran hecho una resistencia tan larga y tenaz.

La rendición de Gerona afectó drásticamente a todos los españoles, sin dejar por eso de admirar el valor y patriotismo de sus ciudadanos, a los que solo la sed, el hambre, la peste y el agotamiento lograron vencer.

Mientras tanto, el accionar de los guerrilleros —además de cientos de paisanos desbandados por doquier—, desgastaban al enemigo hasta llegar a desmoralizarlo, con fulgurantes ataques y fantasmales huidas, dispersándose entre montañas y bosques.

Y, junto a eso, en cada ciudad, pueblo, villa o aldea, mujeres, niños y ancianos, sin miedo a exponer sus vidas, llevaban a cabo su guerra secreta. Amparándose en las sombras entre diabólicos y astutos sabotajes, además de audaces asaltos y escaramuzas.

Ese mismo mes de diciembre, Diego, mientras participaba de una «fiesta» en compañía de sus huéspedes —a la vez que sentía cómo su corazón se paralizaba—, se enteró de que el casco urbano de la ciudad de Cádiz, tal como ya se sospechaba, podía llegar a ser bombardeado.

Al no poder viajar hacia allí en esos días, apenas Cayetano llegó a Jerez, Diego le pidió que llevara con urgencia un mensaje a sus contactos de Cádiz, poniéndolos sobreaviso de que, según lo que él había descubierto, los franceses iban a emplear unos nuevos cañones obuses, que llamaban

*Villanroys* y que tenían el alcance de unos cinco mil metros. Su arco de tiro podía alcanzar perfectamente el casco urbano. También le envió otro correo a su familia, previniéndoles del posible peligro al que, con toda seguridad, podrían estar expuestos. El exviñador, casi sin descansar, volvió a retomar el camino de regreso a Cádiz.

Y de pronto, unos días después, los temores de Diego se hicieron realidad. Los franceses empezaron a bombardear, sin misericordia, «la ciudad invencible». La primera de las bombas fue enviada desde el Trocadero; estalló junto a la Torre de Tavira, que servía de vigía de flotas y de galeones.

En un principio los gaditanos, entre burlonas coplas, y graciosas reverencias, observaban desde las murallas el vuelo de las municiones... sin darles demasiada importancia. Pero, cuando el estruendo de un cañonazo resonó en el centro mismo de la población, el pánico se apoderó de la ciudad. Y al instante se oyó gritar a un centinela que corría despavorido: «¡Alerta, ciudadanos! ¡Los franceses arrecian el bombardeo, al casco urbano de la única ciudad libre! ¡Nos atacan en nuestras propias casas!». Y, ante el retumbar de una nueva explosión, el miedo fue mayor.

Los vecinos, desde los balcones y miradores, comenzaron a gritarse unos a otros:

—¡Demonios!, ¡eso reventó muy cerca! ¿Será posible que se hayan atrevido a querer abatirnos del todo?.

—¡Claro que sí! ¡Y, si nos descuidamos, de un momento a otro, los tendremos dentro mismo de la ciudad!

Ante esa cruenta realidad, todos los ciudadanos, que se encontraban en la calle, corrieron a buscar refugio. A medida que las granadas y obuses franceses retumbaban sobre cúpulas y azoteas, el pueblo huía hacia la plaza del Mentidero, que se hallaba lejos del alcance de la metralla. Incluso muchos se quedaban a dormir allí, y también en la Caleta y en los campos del Sur, donde los ingleses, de inmediato, con el fin de defenderlos de los peligros de

las bombas francesas, les dieron alojamiento en tiendas de campaña.

El lanzamiento de obuses por parte de los galos eran contestados de inmediato por los españoles desde el Castillo de Puntales con baterías de morteros, además de las lanchas obuseras de la Aguada, junto a las cañoneras de la punta de la Cantera y las corbetas bombarderas inglesas.

Gracias a la ubicación de la finca de Natalia, las bombas no llegaban a representar ningún peligro. No obstante, el miedo hizo presa de toda la familia. En los siguientes días, la situación se tornó más trágica; los generales imperiales continuaban exigiéndoles a los gaditanos: «Rendición sin condiciones y la entrega de la escuadra combinada, hispanoinglesa», algo que los defensores seguían negándose de manera rotunda.

En todas las plazas y calles, los centinelas y los pregoneros arengaban a la población con enardecidas proclamas: «¡Ciudadanos, como ya lo sabéis... los franceses están en las puertas mismas de nuestra venerada ciudad! ¡Y pretenden clavar sus banderas, en este suelo de libres! ¡Pero, mientras quede un cañón con la mecha encendida, ninguno de ellos pondrá jamás un pie aquí!».

A todo esto, por numerosas partes de la ciudad, varios grupos de divertidos jóvenes se entretenían con graciosos cánticos:

*Al pie de aquellas murallas, dicen que está Napoleón...*

*Sin plumas, y cacareando, como el gallo de Morón.*

*Con las sonatas que tiran los fanfarrones...*

*Hacen lo gaditanos tiradores...*

*Y con las bombas que tira el mariscal Soul...*

*Hacen las gaditanas mantillas de tul.*

Días después, ante los continuos bombardeos, las autoridades de Cádiz designaron como atalaya —para observar el fuego enemigo, proveniente de la Cabezuela—, el campanario del convento de San Francisco. Desde allí, apenas se divisaba el resplandor del fognazo, el vigilante tocaba la campana

con el número de disparos. Como medida de precaución, se prohibieron otros tañidos, ya que ese aviso de bomba era repetido por las campanas de todos los barrios.

Durante esos peligrosos días, en la casa de tía Natalia, toda la familia se encontraba acuartelada y bastante nerviosa. Gertrudis e Ignacio se peleaban el día entero por cualquier motivo. El más joven de los hermanos era quien llevaba la peor parte ya que su madre, ante las amenazas del jovencito de enrolarse a algún ejército en un descuido de ella, lo obligaba a permanecer encerrado —sin siquiera dejarlo salir a la casa de algún amigo—, a la vez que lo mantenía vigilado incluso cuando este salía al jardín para charlar con los refugiados que aún pernoctaban en los patios y jardines de la casa de Natalia.

Además de eso, los portones de la calle estaban trancados bajo siete llaves. Y los criados tenían la orden de abrirlas solo a los conocidos siempre, y cuando estos llegaran a horas razonables. Cada día, cuando los sirvientes regresaban de dar su diario recorrido, repetían lo mismo: «Aunque el peligro continúa acechándonos, todo está en orden. Nuestros defensores siguen alertas a cualquier ataque».

Los nervios y la angustia estaban haciendo mella en el espíritu de doña Clemencia, su hermana y sus hijos.

Apenas comenzaron los bombardeos a Cádiz, el señor Ibáñez y su primogénito se sintieron aterrados de pensar que algún miembro de la familia pudiera sufrir un accidente a consecuencia de aquellos peligrosos proyectiles de tan largo alcance.

A pesar de que Diego y su padre deseaban viajar de inmediato hacia allí, no pudieron hacerlo; en esos mismos días, tras un sorpresivo ataque perpetrado por una partida de guerrilleros en combinación con un grupo de residentes jerezanos —en el que murieron unos diez franceses—, las autoridades de Jerez prohibieron la salida de cualquier ciudadano español fuera de los límites de la ciudad. Por suerte, gracias a Cayetano, quien seguía jugándose la

vida al traspasar a pie la distancia de Cádiz a Jerez, pudieron recibir las consoladoras noticias de que todos estaban bien.

Así llegaron las fiestas de fin de año. Aquella fue la primera vez que Diego y su padre pasaron esas emotivas festividades alejados de toda la demás familia. En enero se produjeron otros funestos enfrentamientos entre franceses y guerrilleros. Incluso se hablaba de que la hacienda de El Rosalejo, propiedad del marqués de Amarillas —que servía de refugio de numerosos guerrilleros de la sierra de Ronda—, acababa de ser incendiada. Según las noticias que llegaron a Jerez, los integrantes de esa guerrilla española prefirieron morir quemados antes que rendirse.

El dos de febrero de ese nuevo año de 1811, los franceses incautaron a los ciudadanos españoles todas sus armas: fusiles, pistolas, municiones, sables, machetes y puñales, a excepción de las espadas ceremoniales. Además de eso, se leyó una proclama que decía: «Todo individuo que sea encontrado con armas será arrestado y llevado al cadalso de inmediato». A los alcaldes y a los corregidores se les ordenó hacer registros casa por casa las veinticuatro horas, por lo que a Diego también acabaron confiscándole la colección de antiguas pistolas, herencia de su abuelo.

Ante los continuos y peligrosos bombardeos galos, las Cortes se trasladaron desde la Isla de León hasta la ciudad de Cádiz.

Seguidamente, de manera sorpresiva, el ejército napoleónico logró penetrar en Medina-Sidonia, donde se atrincheró. Ante eso, los gaditanos, muy nerviosos y expectantes ante la posibilidad de que la invasión llegara al centro de la ciudad, se mantenían en constante alerta.

En Jerez, sobre todo en casa de los Ibáñez, esas noticias se vivieron plenas de incertidumbre en medio del temor y la ansiedad. Por fin, el cinco de marzo, tras la batalla de Chiclana, la división angloportuguesa, luego de varios encarnizados combates, acabaron por derrotar a los franceses. Ante esa esperanzadora noticia, la ciudad de Cádiz se desbandó por las calles para festejar, con gran entusiasmo, aquella gran victoria.

No obstante esas alegrías, unos días más tarde, con la clara intención de resarcirse por la derrota de Chiclana, el mariscal Víctor mandó intensificar los bombardeos, dirigiéndolos directamente sobre el centro de Cádiz. Y, aunque no hubo víctimas, los obuses causaron serios destrozos en numerosos edificios. Llenos de frustración, al ver que no conseguían los efectos deseados, los galos tuvieron que conformarse con el deterioro moral entre la población civil.

En esa inquietante primavera, llegó el nuevo cumpleaños de Diego, que volvió a pasarlo en compañía de su padre, además de Carlos Temple y todos sus forzados huéspedes, en un almuerzo especial que las cocineras, guiadas por Pastora, les prepararon.

Por suerte, el tema de conversación, durante y después del agasajo solo recayó en temas de música, además de caballos y armas, en las que el teniente Charpentier era muy experto.

Por la noche Gustavo, Rosario y don Sancho homenajearon a Diego en su casa junto a Pastora y Pepín, con una sabrosa cena en medio de un clima distendido ante las graciosas travesuras del pequeño Demetrio.

La vida íntima de Diego en esos tiempos continuaba en medio de una cruenta apatía, incluso casi con indiferencia hacia todo. Para peor, desde que había descubierto la identidad de la mujer de sus sueños, esta había dejado de aparecerse ante él... de modo que ya ni siquiera tenía ahora ese bienhechor consuelo, el cual le proporcionaba una gran dosis de felicidad, a la vez que muchas ansias de vivir y la ilusión de que quizás, el día menos pensado, ambos pudieran reencontrarse. Mientras tanto, acuciado por sus fuegos internos, seguía haciéndoles frecuentes visitas a sus ocasionales amantes.

Al llegar el mes de abril, en Jerez se produjeron otros tristes y casi traumáticos sucesos. La policía represora francesa capturó a varios patriotas jerezanos —acusados de conspirar contra las tropas galas—, entre ellos a un gitano de nombre *José Pantoja*, con el que el primogénito de don Pedro tenía

una amistad de muchos años. Sin que nadie pudiera evitarlo, el día veinte de ese mes, todos fueron fusilados. Diego y su padre, llenos de furiosa impotencia, se quedaron devastados. Esas arbitrarias ejecuciones contribuyeron a crear una brecha aún más profunda entre los ciudadanos, considerados patriotas, y las tropas galas.

Justo a mitad del mes de agosto, don Pedro, y su hijo volvieron a obtener el esperado permiso de viajar a Cádiz. Al llegar allí, luego de las emotivas muestras de alegría, ante el cariñoso recibimiento de toda la familia, los recién llegados se encontraron también con una carta de tía Antonia, de la que hacía tiempo no sabían nada. Mientras descansaban en el salón de verano, a la vez que bebían fresca limonada, doña Clemencia, sin lograr esconder su alegría al tener de nuevo allí a su esposo y a su hijo mayor, desplegó ante ellos dos hojas de escritura. A continuación, con voz emocionada, comenzó a leer las palabras de la tía Antonia: «Querida familia, ojalá que cuando llegue esta carta, todos estéis muy bien. Os la mando a casa de Natalia por miedo a que en Jerez los franceses os la incauten y no podáis leerla. No sé cómo están las cosas por ahí, pero aquí, en Madrid, no os podéis hacer una idea de la miseria que se vive en estos últimos tiempos; la gente se muere en las calles sin que podamos hacer nada. El pan es prácticamente un lujo casi inaccesible. Y, según se anuncia, este año será aun peor, sobre todo por las enfermedades causadas por el hacinamiento y el hambre. Por suerte, nosotros, entre algunos otros pocos privilegiados más, al tener la huerta en Alcalá de Henares, aún podemos comer como Dios manda e incluso ayudar a muchas familias más desafortunadas. Pasando a otra cosa, os cuento que nuestra cuñada Elena aún no puede reponerse de su pena, y cada día está peor de ánimo. Menos mal que sus hijas, que son dos soles, y también sus nueras, la ayudan en todo lo que pueden», explicaba la hermana de don Pedro, entre otras muchas cosas más.

Seguido a eso, les hacía mención sobre lo que los ciudadanos de Madrid opinaban del rey impostor: «A don José Bonaparte todo está resultándole muy difícil. Y os aseguro que él, con el deseo de congraciarse con la gente, hace

todo lo posible por lograrlo. Para halagar los sentimientos religiosos de los madrileños, el rey asiste a pie a todas las procesiones; también ha intentado restaurar las corridas de toros, algo que él detesta, pero todo es en vano. Os juro que a mí me causa más pena que rechazo. Todo el mundo se burla de él, llamándolo “Pepe Botellas” cuando los que lo conocemos bien sabemos que es casi abstemio. Y también lo llaman “Pepe Plazuelas” por esa afición que tiene a construir... y construir plazas y más plazas. El pobre hombre ha estado esforzándose también en remediar las calamidades públicas producidas por la guerra; pero, como el dinero es necesario, justamente, para la guerra, él solo puede sacarlo de Madrid, donde hay muy poco. Y como además su reinado es nominal, en todo el reino de España, su caridad resulta contraproducente. De ese modo, tiene que subir los impuestos. Según dice Benito, y todos sus camaradas, lo mejor que tiene nuestro rey impostor es que está decidido a abolir del todo la Inquisición. Bueno, para mí... lo peor que tiene don José Bonaparte, y lo que más vergüenza me provoca es su vida íntima porque, no sé si lo saben, pero al hermano de Napoleón le gustan demasiado las mujeres y...».

Las descripciones, sobre la vida íntima del rey José, junto a los chismorreos de doña Antonia siguieron con todo detalle. Asimismo, con evidente tristeza, les informó de todo lo que pasaba en las Américas, especialmente del Sur, donde se hallaba su hijo Aníbal, que ya era padre de dos niños, a los que sus abuelos ansiaban conocer.

En aquel lejano continente, tras coincidir con la invasión francesa en España, había comenzado el descontento en sus colonias, avivadas por la masonería internacional. Argentina, Uruguay, Bolivia, Nueva Granada, Méjico, Chile, Venezuela y Perú comenzaban a dar señales de sus deseos de independencia. Y con las noticias que llegaban de la Madre Patria, cautiva de Napoleón, los sudamericanos clamaban por la libertad con más ímpetu. Por nada del mundo deseaban caer bajo el dominio de Francia, como había ocurrido en España. La hermana de don Pedro terminaba la carta



explicándoles: «Nosotros aquí, como ya les dije al comienzo, dentro de todo lo malo, hemos podido lograr mantenernos al margen de todas las conspiraciones contra el rey José... bueno, solo de manera aparente por otros manejos que hace Benito y que a mí me dan mucho miedo. Pero al menos conservamos nuestros bienes, y hasta logramos evitar que también los de Ramón, especialmente la librería, que con tanto sacrificio él y su esposa levantaron, fueran confiscados. Y, hablando de él y su familia, siento mucha preocupación, pues no sabemos nada de ninguno de ellos. Si vosotros sabéis algo, por favor mándenmelo a decir».

Doña Clemencia dejó sobre la mesita las cartas, concluyó:

—Como ya lo veis, por suerte, al menos sabemos que ellos dentro de todo, están bien.

Don Pedro asintió con la cabeza antes de contestar:

—Sí, realmente, esta carta ha calmado un poco mis nervios. Aunque también desearía saber algo de Ramón y su familia.

—Ten paciencia; ya verás cómo muy pronto sabremos algo de ellos —lo tranquilizó su esposa—. Y estoy segura de que serán noticias muy buenas. Gracias a Dios, también mi prima Pilar y toda su familia se encuentran a salvo. Y Amaranta, a pesar de su desgracia ante la pérdida de su hijo, según su última carta, ya se encuentra un poco más resignada —acotó con un hondo suspiro.

—Pues yo, si me encontrara fuera de Cádiz, no podría dormir tranquila, teniendo a esa endemoniada soldadesca tan cerca, mejor dicho, de vecinos — irrumpió Natalia, sacudida por un estremecimiento—. Y menos viéndolos caminar por las calles, como amos y señores, dando órdenes a los ciudadanos. ¡Ojala nunca lleguen a poner un pie aquí!

Don Pedro y su hijo mayor se quedaron en Cádiz solo dos días. Diego, luego de reunirse en secreto con sus contactos para entregarles toda la información que había logrado obtener de los franceses en Jerez, se marchó al cortijo. Cuando regresó de allí, se trajo con él una gran cantidad de frutas y legumbres

que dejó en la cocina de su tía. La finca de Natalia, como la de la mayoría de sus vecinos, aún seguía repleta de refugiados que pernoctaban por todos los espacios externos de la vivienda.

Durante todo ese verano y comienzos de otoño, las tropas españolas siguieron ocasionándoles a los franceses graves daños.

Por ese mismo tiempo, periódicamente doña Clemencia, junto a su hermana y la prima Carmen, acompañadas de otras numerosas damas, organizaban constantes donaciones; luego, todas ellas iban casa por casa como «mendigas voluntarias» —algo que también hacían numerosas mujeres en toda España—, para pedir ayuda en favor de los soldados y de los marineros. El dinero recaudado lo convertían en abrigo y uniformes para el ejército y la armada. Realmente a doña Clemencia —quien ya estaba familiarizada con las continuas bombas que caían sin cesar—, aquellas tertulias, y demás quehaceres solidarios, lograban rescatarla de la angustiada preocupación que día a día la acechaba en aquella larga y sufrida odisea, al tener que estar alejada de su marido y de su hijo mayor, lo que cada vez se le hacía más penoso sobrellevar.

En octubre de ese año 1811, se tuvo noticia de que en Barcelona, el antiquísimo monasterio de Montserrat, luego de varios fallidos intentos, acabó por ser saqueado e incendiado por los imperiales. Y junto a eso, el cinco de noviembre, las cercanías de Jerez volvieron a ser escenario de innumerables disturbios por las partidas de guerrilleros que operaban en el Bosque y en Ubrique.

1811 pasó entre victorias y derrotas... desánimos y optimismos. Por suerte, Diego y su padre pudieron recibir 1812 en Cádiz, junto a toda la familia.

A mediados de enero en Jerez, don Pedro recibió al fin la tan esperada carta de su hermano Ramón, traída por un comerciante de vinos granadino, amigo de la familia que, pese a que los franceses lo tuvieron retenido más de veinticuatro horas, al fin pudo entregársela. Luego de que el teniente

Charpentier leyera su contenido, permitió que el visitante —tras un largo interrogatorio, y de comprobar que solo se trataba de un pacífico comerciante— quedara libre. El mensajero, después de pasar dos días alojado en casa los Ibáñez, se marchó llevándose otra carta para el hermano de don Pedro, no sin antes haber pasado por la censura de los franceses.

A la semana siguiente, cuando Diego y su padre regresaron de nuevo a Cádiz, doña Clemencia, con visible emoción, sentada en el salón, leyó la carta a toda la familia. El hermano de don Pedro se explayaba explicándoles: «Antes que nada, quiero que sepáis que a pesar de que Granada está ocupada íntegramente por las tropas francesas, todos estamos muy bien. En los primeros días nuestra situación y la de toda la población fue un caos; la ciudad entera estuvo sacudida, y fatalmente conmovida, por las luchas entre españoles y franceses. Gracias a Dios, y a la cantidad de amigos afrancesados, ahora las cosas han comenzado a mejorar. Y, aunque el general imperial Horacio Sabastiani está cometiendo muchas arbitrariedades con la población, entre las que se cuenta la obligación que tenemos (sobre todo los comerciantes, así como todos nuestros vecinos) de pagar grandes sumas de dinero en impuestos, no nos ha quedado otra alternativa que la de bajar la cabeza y acatar las órdenes de ellos. De ese modo hemos entrado en un clima de tolerancia mutua, con la sola intención de salvar nuestras vidas y nuestros bienes. A mis hijos mayores nos les quedó otra opción que morderse la rabia y tragarse el odio... al comprender que toda rebelión es inútil. Lo bueno que están haciendo los franceses en esta hermosa ciudad es que han comenzado a limpiar de malezas las viejas reliquias musulmanas, y creo que hasta tienen intención de restaurar la Alhambra...».

Las noticias de Ramón dejaron a toda la familia de Cádiz un poco más tranquilos. Los días comenzaron a transcurrir sin mayores sucesos.

Diego continuaba con su tortuosa vida íntima mientras procuraba olvidar a su perdido gran amor. Por suerte, el trabajo en las bodegas y las tareas del campo, a más de tener que participar con sus huéspedes galos en largas

partidas de barajas y de billar junto a interminables charlas culturales, incluso numerosas fiestas, lo ayudaban a pasar las horas más entretenido y con la mente ocupada.

Hacía unas semanas había comenzado a hacerle frecuentes visitas a una aldeana llamada *Carmela* —a la que conocía desde sus épocas de adolescente— quien, tras haberse quedado viuda de guerra, aceptó volver a transformarse en su amante. Al no poder ausentarse por las noches, justo a la caída de la tarde, Diego se internaba en un lugar secreto de las huertas, donde ella ya lo esperaba.

Por las noches, cuando se refugiaba en la soledad de su cuarto, se quedaba largo rato pensativo, ensimismado en medio de su enrevesada situación personal. Aun cuando sabía que sus esperanzas de reencontrarse con Brunilda —tal como lo había profetizado la bruja Cassandra— eran nulas, no lograba abandonar del todo la idea de que un día u otro tendría noticias de ella. No obstante, al comprender lo lejos que Bruny estaba de él, siendo la esposa de otro hombre, bruscamente volvía a la realidad... una realidad que muchas veces se le hacía intolerable de soportar.

El diecinueve de marzo, tras cuatro largos años de cruenta guerra, iba a inaugurarse en Cádiz la ceremonia de la primera Constitución promulgada en España. Diego y su padre, con el «benévolo» permiso del teniente Charpentier de que incluso podían quedarse allí hasta pasada la Semana Santa, llegaron a Cádiz el día dieciséis. Doña Clemencia y toda la familia los recibieron pletóricos de felicidad.

La ciudad continuaba sumida entre los peligros de los continuos bombardeos, tanto de día como de noche, en los que ya superaban el medio millón de granadas con significativos destrozos urbanísticos y alguna que otra víctima.

Diego enseguida se vio inmerso en numerosas tertulias, junto a reuniones de amigos y demás contactos, a los que les entregó sus últimos apuntes de todo lo

que había oído y visto sobre la situación de los galos en Jerez.

Veinticuatro horas antes de inaugurarse la Constitución, se firmó el acta en la que se establecía el sufragio universal masculino indirecto, el reparto de tierras, junto a la soberanía nacional, la separación de poderes, además de la libertad de imprenta y de industrias.

Al día siguiente, tras la misa y el *Te Deum* de acción de gracias en la Iglesia de las Carmelitas, ubicada fuera del alcance del fuego enemigo, pese al fuerte viento y a la inoportuna lluvia, se congregó una gran comitiva de diputados y demás personalidades que, acompañados por innumerables ciudadanos, se dispusieron a festejar de manera estridente aquel esperado acontecimiento. El sonido de las campanas, que repicaban al unísono, se mezclaba con el estruendo de los cañones anclados en el puerto. Desde los balcones y azoteas, al tiempo que desafiaban al furioso vendaval, grupos de mujeres y niños arrojaban claveles a todos los que pasaban por las calles.

De pronto... entre la salva de festivos cañonazos de la bahía, se escuchó la respuesta de los franceses en una ráfaga de artillería, que de inmediato puso a los gaditanos en alerta. Por fortuna ese día, quizás ante el fuerte temporal que azotaba la ciudad, no hubo nuevos ataques de bombas.

Diego, junto a don Pedro y a Ignacio, al lado de muchos de sus camaradas, todos calados hasta los huesos, participó de aquel memorable acontecimiento hasta acabar contagiado del júbilo de la gente que, sin importarle el mal tiempo reinante, recorrieron las calles de todos los barrios, entre gritos y aplausos.

Doña Clemencia, además de Natalia y la prima Carmen, acompañadas de Gertrudis, Úrsula, y las gemelas Marilú y Marimar junto a sus hijos, se hallaban reunidas en casa de una de sus amigas que tenía sus balcones con vistas privilegiadas, ya que el viento, y la lluvia les habían impedido salir a festejar en la calle «tan glorioso día».

En ese momento desde el balcón escucharon que alguien gritaba: «¡Viva La Constitución!». Y al instante un coro de voces comenzó a repetir: «¡Que viva

nuestra Josefa!». «¡Sí!, ¡que viva! ¡Que viva la Pepa!».

Doña Carmen, extrañada, preguntó:

—Pero ¿qué es lo que grita la gente?

—Dicen: «Viva la Pepa» —explicó su hija Marilú.

Natalia, con semblante extrañado, rebatió:

—¿La Pepa?, ¿y quién es esa señora?, ¿alguna de vosotras lo sabéis?

Doña Clemencia, echándose a reír, exclamó:

—Pero claro, ¿es que acaso no recordáis que hoy es el día de San José?, por eso llaman «la Pepa» a la Constitución.

—Ah, claro, es verdad —recordó la dueña de casa, a la vez que se echaba a reír.

Marimar y Marilú, junto a sus primas, y las demás jovencitas reunidas allí, sin miedo a empaparse, salieron del todo al balcón y, acercándose a la reja, comenzaron a gritar a todo pulmón: «¡Que viva nuestra Josefa!». Enseguida se unieron a ella todas las demás mujeres de la casa que, entre bromas y risas, en correspondencia con los balcones vecinos, continuaron vivando a la nueva Constitución, bautizada con el mote de «La Pepa».

El veintitrés de ese mismo mes, tras la celebración del Domingo de Ramos, a pesar del continuo fuego enemigo, toda la ciudad participó de los tradicionales festejos. Natalia, ayudada por su hermana y por Úrsula, le preparó a su sobrino mayor una cena con motivo de su cumpleaños en la que estuvieron presentes, además de la tía Carmen y de toda su familia, varios amigos de Diego y de don Pedro, incluido el padre Manuel, que seguía alojado en casa de sus familiares en la Isla de León.

Aunque los ánimos de Gertrudis en esos días no eran muy buenos ya que seguía sin tener noticias de Wilbur, tras dejar de lado su abatimiento, se mostró animosa y hasta alegre con todos los invitados.

### *Un descubrimiento sorprendente*

El domingo siguiente, tras la misa por la Pascua de Resurrección, después de

comer con toda la familia Diego —apenas los franceses acabaron de arrojar sus bombas—, se dirigió a la Alameda, que se hallaba repleta de personas.

A pesar del riesgo ante la constante metralla enemiga, los gaditanos —y también los exiliados— continuaban sin privarse de salidas y festejos en un claro desafío a los peligros reinantes.

Dejándose envolver por la suave brisa del mar, Diego tomó asiento en uno de los pocos bancos que permanecían vacíos. Aquella tarde la primavera se notaba en toda su espléndida magnitud; incluso parecía que todas las golondrinas, apenas el humo de las bombas se disipaba, se daban cita allí en traviesos revoloteos.

Rato después, en el momento en que Diego se disponía a marcharse, escuchó que alguien lo llamaba por su nombre. Al levantar la vista, se encontró frente a una hermosa joven que le sonreía. El jerezano la observó sorprendido. Pese a que su rostro le resultó familiar, no supo precisar de quién se trataba.

—¿Cómo está usted, don Diego? Al fin lo encuentro, ¿me recuerda? —preguntó ella, mientras se le acercaba mirándolo un tanto inquieta.

Luego de quitarse los guantes, la joven alargó su brazo hacia él. Diego, tras besar su mano, levantó una ceja en ademán interrogativo. Mientras la contemplaba desconcertado, comentó:

—Sé que la conozco de alguna parte pero, en este momento, no acierto a saber quién es usted.

La bella dama, con voz cantarina, indicó:

—Es natural: solo nos vimos una vez, hace ya algunos años. Fue durante el baile de gala en el Alcázar, de Jerez. Soy Matilde, la cuñada de Brunilda.

Al escuchar esas palabras, el corazón de Diego pareció detenerse; quiso hablar, pero las palabras murieron en su garganta.

—Hace tiempo que intento comunicarme con usted —siguió ella.

—¡Matilde!, ¿es... posible?, ¡no lo puedo creer! —prorrumpió el jerezano llevándose las manos a la cabeza—. ¿Usted estaba buscándome? Oh, esto para mí es... algo inaudito; un descubrimiento sorprendente, que me ha dejado...

anonadado.

La joven, un tanto nerviosa, se echó a reír.

—Veo con gran satisfacción que mi presencia ante usted le ha causado un buen impacto, lo cual me alegra mucho. Sí, he estado buscándolo con bastante ansiedad: la primera vez que vine, me dijeron que lo habían herido en la batalla de Bailen y que estaba usted muy mal... casi al borde de la muerte, y me marché muy apesadumbrada. Un tiempo después supe que, por suerte, estaba fuera de peligro en su casa de Jerez. No obstante, me advirtieron que usted no recordaba nada de su pasado, algo que volvió a dejarme muy consternada. Pese a eso, intenté ir a visitarlo pero, por culpa de un problema de salud, me fue imposible trasladarme a su ciudad. Hace ahora unas semanas, como tenía que venir a Cádiz, a pesar de lo peligroso que eso podría ser para mí, hace dos días me decidí dirigirme primero a Jerez con un nombre falso. Y así me apersoné en casa de Carlos Temple, haciéndome pasar por la viuda de un soldado gallo. Por suerte, hablo muy bien ese idioma... ya que mi abuela era francesa. Carlos se sorprendió mucho de verme allí. —Echándose a reír, replicó—: Bueno, realmente parecía que no daba crédito; por suerte, a pesar de sus molestos «inquilinos», ambos pudimos hablar a solas y me contó que usted acababa de viajar hacia aquí. También me dejó claro que se hallaba restablecido del todo, incluso de su memoria. —Con una cariñosa sonrisa prosiguió—: Y no sabe usted lo contenta que me puso esa noticia. De ese modo, de inmediato me trasladé a Cádiz, en medio de un gran bombardeo... que me asustó mucho. No quise importunar a su familia, y tan solo me limité a preguntar por usted a uno de los tantos exiliados que, según me contaron, su tía acoge en su casa. Uno de ellos enseguida averiguó dónde podría encontrarlo. Llevo un largo rato buscándolo; pero... al fin he dado con usted.

Diego, a la vez que intentaba sonreír, con semblante aturdido, prorrumpió:

—¡Esto es... como un sueño! Mejor dicho: un milagro. —En un incontrolado impulso la tomó de los hombros—. ¿Usted sabe, algo de Bruny? ¿Se casó?, ¿está en América?, por favor, necesito saberlo...



La joven, antes de responder, negó con la cabeza:

—No. Ella no llegó a casarse.

Diego, en medio de su conmoción, cerró con fuerza los ojos, tal como si le costara asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Me lo dices de verdad? ¿Bruny... sigue soltera? ¿Dónde... dónde está? — balbuceó al borde de la impaciencia a la vez que dejaba caer los brazos en actitud desfallecida.

Ella permaneció unos instantes callada.

Seguido a eso, con ademán emocionado, continuó:

—Ah, no sabe cómo me alegra comprobar que esa noticia también le complace.

—¿Que me complace? —apostilló Diego casi sin voz—. Eso es poco, estoy temblando de la emoción; tengo ganas de saltar y gritar de gozo y de estupor. Por favor, dígame dónde está Bruny, cuénteme todo... todo sobre ella.

Mientras jugueteaba con sus guantes, la cuñada de Brunilda musitó:

—Realmente, me encantaría contárselo todo... —Con los ojos húmedos de lágrimas, agregó—: Pero hay cosas que no estoy autorizada a revelar. Iré directo al asunto que me trajo hasta usted: Brunilda necesita urgentemente su ayuda.

—¿Ayuda? —repitió mirándola sorprendido—. ¿Qué... le ha pasado?, ¿dónde se encuentra? Por favor, no me tenga en ascuas, dígame todo ya.

El rostro de Matilde se tornó pesaroso.

—Mi cuñada no solo... no se casó, sino que nunca salió de España. Desde hace más de dos años se halla en Madrid, sola, en poder de los franceses.

El rostro de Diego se contrajo en un gesto de estupor.

—¿En Madrid?, ¿en poder de los franceses? ¡Demonios!, no sé si alegrarme o echarme a llorar.

—A comienzos de enero de 1810... —prosiguió Matilde—, un hombre de nuestro entorno reconoció a Brunilda, señalándola como la asesina de *Monsieur Pierre Lafeuille d'Étaples*. Y, a raíz de eso, la encarcelaron.

Diego se quedó unos instantes en silencio. A continuación, con expresión demudada, preguntó:

—Pero ¿por qué no huyó de Madrid, tal como me lo prometió? ¿Por qué tuvo que exponerse a que la descubrieran? Antes de separarnos, Bruny me aseguró que, apenas usted llegara, de inmediato iban a marcharse. De hecho yo, al día siguiente de... haber estado con ella, regresé a buscarla, y la doncella me dijo que ambas habían partido esa misma mañana, muy temprano. —Al ver que Matilde, permanecía en silencio, sin esperar respuesta, con ademán impaciente, agregó—: Le prometo que... viajaré hasta allí de inmediato, y usaré todas mis influencias para liberarla. En Madrid tengo un tío que a su vez, tiene contacto con muchos de los súbditos del rey José...

Matilde lo miró a los ojos. Con visible ansiedad, expresó:

—Don Diego, no sabe cómo ansiaba poder confesarle todo esto, y también escuchar su promesa de que, al menos, intentará hacer algo por ella. Me sentía muy mal y tan desesperada de ver que no tenía a nadie más a quien recurrir ni en quien confiar... Durante muchos meses, al no poder dar con usted, no sabía qué hacer; no me atreví a contarle nada a Carlos... solo le confesé que Brunilda estaba detenida en Madrid, acusada de conspiración, pero no agregué nada más. Y Carlos, aunque se quedó muy sorprendido, no me hizo más preguntas; solo me pidió que de inmediato lo buscara a usted. —Mirándolo a los ojos, agregó—: Don Diego, si lo cree conveniente, usted puede contárselo todo a él...

—Sí, es lo que haré; Carlos se merece saber toda la verdad. Ahora cuénteme algo más de Bruny. Usted, sabe todo... lo nuestro, ¿verdad?, ¿ella me recuerda?

—Sí, lo sé todo. Y puedo decirle, con sinceridad absoluta, que mi cuñada nunca dejó de pensar en usted.

El corazón de Diego aceleró sus latidos.

—Oh, es increíble. Tanto desear saber algo de ella y, de manera inesperada, llega usted como un hada bienhechora, y me trae esta noticia que, aunque

preocupante, no deja de ser algo tan esperado por mí.

De pronto, desde el campanario del convento de San Francisco, el centinela volvió a tañer las campanas en señal de peligro. Mientras la gente corría a buscar refugio, Diego, luego de tomar del brazo a Matilde, tras tirar de ella, exclamó:

—¡Vamos... corra!

—¡Oh, por Dios! ¿Otra vez? —gritó la joven agarrándose de la mano de Diego.

—¡Vayamos a la plaza del Mentidero!, ¡allí estaremos más seguros! —agregó él mientras echaba a correr.

—Yo... acabo de venir de allí... —repuso ella nerviosa.

En ese momento se escuchó una sonora explosión que hizo retumbar el suelo.

—¡Ay, Virgen Santa! ¡Es... como si hubiera explotado aquí... al lado nuestro! —gritó Matilde con evidente pánico.

Cuando llegaron a la plaza, tras buscar un lugar alejado de la gente, que se apiñaba por todas partes, el jerezano, con voz agitada a la vez que le indicaba el tronco de un árbol, le pidió:

—Por favor, sentémonos ahí...

—Dios mío... qué susto... —balbuceó la joven llevándose las manos al pecho—. A pesar de que... no es la primera vez que escucho el estruendo de un bombardeo, durante estas horas aquí, me he sentido horrorizada... —Tras varias explosiones más, la joven, con apenas un hilo de voz, adicionó—: Por lo que me han contado, las bombas caen sobre Cádiz sin cesar. No sé cómo los pobladores soportan esto...

—Sí, a todas horas los franceses nos envían sus explosivos saludos. Y claro, al final la gente acaba por acostumbrarse —comentó Diego. Mientras señalaba en rededor, prosiguió—: Como ya lo verá usted, por lo general los gaditanos toman esta adversidad con bastante calma. Incluso no sería raro que enseguida muchos de ellos comiencen a entonar alguna graciosa copla, burlándose de las bombas, de los franceses... y hasta del mismísimo Napoleón. —Tras una corta

pausa, mirándola con ansiedad, le dijo—: Matilde, tengo que confesarle... que aún no puedo creer que usted haya estado buscándome. Pero lo más increíble para mí es pensar que Bruny, durante todos estos años, ha estado tan cerca, cuando yo la creía tan lejos. Es que... no salgo de mi estupor.

—Pues créalo, don Diego. Porque es la pura verdad —repuso ella, mientras se arreglaba el pelo y la ropa.

Diego, profundamente conmocionado, añadió:

—¿Sabe una cosa?, lo más increíble fue que durante mi larga convalecencia, estuve soñando con Bruny, sin recordar quién era. Apenas recuperé del todo la memoria, su rostro, que siempre se me aparecía velado, fue lo primero que vino a mi mente. Y allí me di cuenta de que se trataba de ella. Desde entonces, no he dejado de preguntarme: ¿dónde estará?, ¿se habrá casado? y, de ser así, ¿me recordará? —En medio de un gesto en el que se mezclaba la fascinación junto con la inquietud, murmuró—: Y sin imaginármelo siquiera, Brunilda se hallaba tan cerca de mí... sola y encarcelada, a merced del enemigo.

Matilde, luego de un hondo suspiro, manifestó:

—Según lo que me dijeron, ella está alojada en la celda de un antiguo convento; hasta donde sabemos, se encuentra bien, al menos de salud. Desgraciadamente, desde que la apresaron, yo no pude volver a verla. — Matilde abrió su bolsito de mano y sacó un papel; extendiéndoselo a Diego, con semblante serio, le explicó—: Aquí tengo todos los datos apuntados. Bueno... usted, una vez allí, seguro podrá averiguar más detalles.

Diego cogió la nota. Tras darle una ojeada, la guardó en uno de sus bolsillos. Luego levantó la vista hacia Matilde. Con ademán seguro, expresó:

—Quédese tranquila. Mañana mismo voy a regresar a Jerez y, sin pérdida de tiempo, organizaré mi viaje a Madrid. Le prometo que sacaré a Bruny de la prisión en que se encuentra... al precio que sea. Usted, ¿estaría dispuesta a acompañarme?

Matilde negó con la cabeza. Mirándolo apesadumbrada, contestó:

—Aunque quisiera, no podría hacerlo; no olvide que a mí también me buscan

en Madrid. Por eso, desde que encarcelaron a Brunilda, las únicas noticias que tengo de ella son por medio de algunos amigos que, aunque tampoco pueden visitarla, de vez en cuando consiguen enterarse de su estado. —En medio de una honda inspiración, con expresión seria, agregó—: Usted, ya sabe que ella y yo... junto a muchas otras personas, estuvimos trabajando como espías para un grupo de patriotas, ¿verdad?

Diego permaneció unos instantes en silencio. A continuación, expresó:

—Sí, durante aquel baile en Jerez, de forma involuntaria, escuché la conversación de Bruny con un periodista. Así descubrí que usted y ella, además de las personas que las acompañaban, nadaban en aguas muy peligrosas.

Matilde, con semblante mortificado, asintió con la cabeza.

—Sí, esa misma noche, cuando llegamos al Hotel, mi cuñada me contó nuestro encuentro en los jardines del Alcázar. —Tomándolo de las manos, a la vez que se las apretaba cariñosa, prosiguió—: Y ahora, que al fin lo tengo en frente, yo también quiero agradecerle que guardara silencio de todo lo que usted se enteró ahí.

—No tiene nada que agradecerme. Lo que jamás me hubiera imaginado es que Bruny, después de todo lo que pasó, siguiera en España ejerciendo aún su labor de espía —repuso Diego mientras movía la cabeza con prontitud.

—Luego de que Bruny dio muerte a ese... hombre, ambas nos mantuvimos un largo tiempo escondidas. Y, cuando ya las cosas se tranquilizaron, continuamos trabajando para los patriotas. —Allí Matilde estableció una pausa. Seguido a eso, con expresión azorada, prosiguió—: Son épocas muy difíciles y muy complicadas para nuestra patria. El año pasado en Valladolid encarcelaron a una colaboradora nuestra, llamada *Rosa Aguado*, a la que conocíamos como la Rosita; era la amante del general francés François Étienne Kellerman. Esa mujer fue muy valiente, jugándose la vida; ha estado varios años trabajando como espía en las sombras, dándonos mucha información que nosotros enviábamos a los guerrilleros. —Con gesto

apesadumbrado, agregó—: Realmente, su detención... me ha provocado mucha desazón, y también mucho miedo.

Diego, luego de unos instantes de silencio, mirándola a los ojos, le preguntó:  
—Como acabo de decirle, usted y Bruny han estado nadando en aguas muy profundas y muy peligrosas. Ahora quisiera saber: ¿por qué ella... no intentó buscarme?

—Porque... por nada del mundo quería ser la causante de una separación entre usted y la mujer con la que convivía —le confesó Matilde. Seguido a eso, con gesto cauteloso, añadió—: Ya me enteré por Carlos de que esa mujer murió... se suicidó. Me ha impactado mucho la noticia, pero Brunilda no lo sabe.

El jerezano, dando la impresión de no querer hablar de ese asunto, le pidió:  
—Cuénteme algo más de Bruny, por favor, todo... todo, desde el principio. Y también, ¿cómo, y de qué manera la descubrieron?

Matilde tras asentir con la cabeza, comenzó hablar:

—Al día siguiente después de que usted y ella se despidieron, Brunilda habló con la servidumbre y les pidió que, si alguien venía a buscarla, les dijera que las señoras de la casa habían partido hacia el extranjero. Unas horas después llegó la policía. Por suerte, Bruny se hallaba ya escondida en el mismo lugar... en el que usted y ella habían pasado la noche que, como ya lo sabe, es un escondite seguro e inaccesible. Nuestra doncella, que quiere mucho a mi cuñada, la protegió en todo momento y permaneció inmutable al asedio de la policía, que la interrogó por más de dos horas, a la vez que registraban toda la casa, sin dar con su paradero. Yo llegué de mi viaje por la tarde; antes de acercarme a la casa, ya mis sirvientes me advirtieron que tuviera cuidado. Y, al enterarme de todo, me quedé impactada. Luego, de manera precipitada, con la ayuda de varios de nuestros colaboradores, ya de madrugada escapamos a Aranjuez a una casona de las afueras, propiedad de unos amigos que nos protegieron, porque a mí también varios policías franceses me buscaban por espionaje. De allí nos marchamos a mi casa de

Portugal... —Al llegar a ese punto Matilde se quedó callada unos segundos. Seguido a eso, en medio de una gran turbación, que no pasó desapercibida para Diego, continuó—: Después, en marzo de 1809, en plena guerra y ante los avances del ejército francés en Portugal, Brunilda y yo... regresamos a Madrid y nos cambiamos de nombre. Ella se hizo pasar por la viuda de un militar francés; de ese modo logramos mezclarnos entre la florida sociedad de los afrancesados y con muchos galos de la corte del rey José I... del que, pese a ser hermano del maldito Napoleón, guardo muy buena opinión, sobre todo por su don de gente. Durante unos meses, todo fue bien; incluso podíamos enterarnos de las noticias que venían de Francia, que luego enviábamos a nuestros agentes para que estos se las transmitieran a los grupos guerrilleros. Pero, hace poco más de dos años... un amigo del asesino de mi esposo y de mi suegro, de nombre Gerald Lavigne, apenas vio a Brunilda, enseguida la reconoció. Claro, un rostro como el de mi cuñada es muy difícil de olvidar. De ese modo, enseguida supo que era la misma que esa tarde había engatusado a *Monsieur* Lafeuille en una taberna de la Plaza Mayor, en la que ella aceptó irse con él a la misma casa pública, donde apareció asesinado. En realidad, ese caballero nos tendió una trampa, haciéndonos creer a todos que en Francia pertenecía al partido de los girondinos, declarándose enemigo de Napoleón. Ambas, al verlo tan leal e incluso cooperador con nosotros, confiamos en él. Al poco tiempo ese sujeto se desenmascaró ante Brunilda y comenzó a chantajearla con la amenaza de que, si ella no accedía a ser su amante, él la denunciaría. Y como Bruny no aceptó... las cosas poco a poco comenzaron a torcerse, por lo que ambas nos vimos obligadas a huir de allí, y ocultarnos en casa de unos amigos italianos, que vivían en un pueblo cercano a Madrid. Pero, justo cuando íbamos a escapar de nuevo hacia Portugal, no sé cómo descubrieron nuestro paradero y allí, de manera irremediable, Bruny... fue hecha prisionera, acusada de la muerte de un ciudadano francés, súbdito del emperador. Al día siguiente vinieron a por mí; por suerte, pude huir a tiempo gracias a la ayuda de varios amigos y de un hombre al que ahora estoy unida

sentimentalmente... Gonzalo Valdez Rivera. Es un militar que ha estado luchando al lado de el Empecinado. Gonzalo, Brunilda y yo, ayudados por varias otras personas más, les pasábamos información a los ejércitos de patriotas. Gonzalo, que hace poco perdió una pierna, ahora está en Burgos esperándome y yo, esta tarde, salgo para allá.

—Comprendo —susurró Diego, con semblante preocupado.

Ambos se quedaron callados. Después él inquirió:

—Y cuando la apresaron, ¿ella tampoco pensó recurrir a mí? ¿No intentó buscarme?

—No, todo fue tan rápido que no hubo tiempo de programar nada; lo único que Brunilda pudo decirme, antes de que los franceses entraran en la casa a llevársela, fue: «¡Pronto, métete en el vestidor y escóndete dentro del armario del fondo!, y luego, apenas veas que todo se tranquiliza... huye. Ellos ahora solo vienen a por mí, y seguro no registrarán mucho. Por favor, aléjate de aquí cuanto antes». Lamentablemente, esa casa no tenía ningún lugar seguro para escondernos juntas, y yo no tuve más remedio que hacer lo que ella me decía. Antes de esconderme, como ya conocía vuestra historia, le pregunté: «¿No quieres que intente buscar a don Diego y le cuente todo lo que pasa? Quizás él pueda ayudarte». Brunilda, mirándome con tristeza, respondió: «Si logras dar con él, hazlo, pero no quiero que se involucre de nuevo en mis problemas. Además, recuerda que él está con otra mujer y con seguridad ya se habrá olvidado de mí. ¡Por favor, escóndete ya!». Eso fue lo último que ella me dijo, antes de ser apresada. Días después, yo regresé a Portugal y, unos meses más tarde, retorné de nuevo a España. Luego, de manera más discreta y controlada, Gonzalo y yo continuamos ayudando a nuestros soldados. Apenas pude, decidí venir a Cádiz a buscarlo a usted.

A pesar de su notable nerviosismo, el jerezano, con sonrisa complacida, le dijo:

—Nunca le estaré del todo agradecido.

Matilde, mirándolo emocionada, señaló:



—La agradecida soy yo. Y quiero que sepa que Brunilda está muy enamorada de usted.

Diego, con evidente conmoción, murmuró:

—Gracias, no sabe el bien que me hace escuchar sus palabras. Me parece un milagro, un verdadero regalo.

—Por favor, trate de sacarla de donde está... cuanto antes. Si lo logra; dígame que yo, estoy bien y... que todo..., todo lo suyo... —remarcó— está en buenas manos; donde ella ya lo sabe. No se olvide de esto último: es muy importante para Brunilda. Ahora debo marcharme: mi diligencia saldrá dentro de dos horas; espero que a los franceses no se les ocurra volver a reiniciar sus bombardeos, hasta que pueda alejarme de aquí.

Diego, mirándola muy serio, le dijo:

—Supongo que tendrá salvoconductos...

—Sí, no se preocupe; como ya le dije, también lo hago con otro nombre. Además, voy con un matrimonio que vivió algunos años en París y ahora se hacen pasar por afrancesados, leales a Napoleón. Ambos están ahora en casa de la marquesa de Pontejos, a la que conocimos en Madrid. Por favor, don Diego, cuídese mucho.

—Usted también; gracias por buscarme y recurrir a mí. Le prometo que sacaré a Bruny de allí, de la manera que sea.

—Entonces, si todo va bien, quizás nos veremos pronto. Brunilda le pedirá que la lleve a..., un sitio que ella sabe y al que debe llegar apenas esté libre.

Diego, observándola extrañado, le cuestionó:

—Presiento que me oculta muchas cosas, ¿no puede explicarme algo más?

Ella negó con la cabeza al decir:

—Como ya se lo dejé en claro, en esta historia hay cosas y situaciones que... no puedo, ni debo revelar. Solo ella puede hacerlo.

—De acuerdo, a pesar de que me deja usted en ascuas, respeto su decisión de callar.

—Don Diego, le aseguro que usted no tiene que preocuparse demasiado por

esos... digamos, secretos. Lo único malo que hay en la vida de Brunilda es que está a manos de los franceses acusada de asesinato. Cuando ella y usted vuelvan a estar juntos, que espero sea muy pronto, todos los misterios se revelarán.

—Gracias, Matilde.

Ella se llevó las manos al pecho y, tras un agónico suspiro, murmuró:

—Ojalá que Dios, y toda su Corte Celestial lo ayuden a lograr que mi cuñada sea liberada cuanto antes. —Con manos nerviosas sacó un pañuelo de su bolsito; luego de secar las lágrimas de sus ojos, en medio de una esperanzadora sonrisa, agregó—: Me hubiera gustado poder hablar un rato más con usted, pero me es imposible. Le deseo mucha suerte, don Diego. Y ojala logre usted hacer algo por Brunilda.

—De eso no le quepa duda —murmuró él en medio de una honda inspiración. Tras besarle la mano, añadió—: Buena suerte. Tenga cuidado durante su viaje hacia Burgos. Y de nuevo gracias por darme esta magnífica noticia.

—Ojalá hubiera podido hablar con usted hace dos años. No obstante, me voy muy contenta y esperanzada. Adiós, don Diego, espero que volvamos a vernos muy pronto.

—Adiós, yo también espero lo mismo —repuso Diego a la vez que soltaba su mano.

Al quedarse solo, presa de un estado de flojera, se dejó caer sobre el rugoso tronco y permaneció unos instantes con los ojos cerrados. Luego, mientras sacudía la cabeza repetidas veces comenzó a reír.

«¡No puedo creerlo! —exclamó en voz alta—. Luego, de tantas angustias y desesperanzas; de estar sumido en la ansiedad más absoluta, resulta que..., Bruny estaba tan cerca y en peligro. Y yo, ignorándolo todo; entonces, ¿Cassandra tenía razón?, ¿quizás ella ha estado esperándome todo este tiempo! Juro que la sacaré de donde está, aunque para eso tenga que matar a todos los franceses que intenten impedírmelo».

Y, sin darse un respiro, empezó a programar el viaje a Madrid a la vez que su mente elaboraba innumerables planes, algunos completamente disparatados, para raptar a Brunilda. Sabía que esa campaña representaría una verdadera locura. Pero estaba decidido a enfrentarse a cualquier peligro, con tal de salvar a la mujer que amaba, y rescatarla cuanto antes de esa cárcel de Madrid... de un Madrid repleto de imperiales que lo gobernaban todo, además de decidir quién vivía o quién moría.

De pronto, al volver a posesionarse en la realidad sobre su difícil situación actual, permaneció unos instantes meditabundo.

«Oh Dios, justo ahora —murmuró con semblante atormentado—. No me quedará más remedio que dejar a mi padre solo en Jerez. Pero ante eso, no puedo hacer nada. Bruny, me necesita, y yo tengo que ayudarla de la manera que sea».

Esa misma tarde, Diego, sin lograr apaciguar su estado de euforia —ni llegar a recuperar la calma, ni el sosiego—, se entrevistó con varios hombres, en sus propias casas, entre ellos con el joven político Tomas Istúriz y Montero, a los que pidió, a más de consejos, direcciones de personas influyentes de Madrid. Seguido a eso, luego de dejarles un mensaje para que fuera entregado a sus demás contactos del Ayuntamiento, en el que alegaba un inesperado problema personal que le impediría regresar de nuevo a Cádiz... en mucho tiempo, se despidió de todos ellos por tiempo indeterminado.

Después de cenar, Diego reunió a sus padres y su tía en la biblioteca y, mientras intentaba calmar la ansiedad que lo corroía por dentro, les comunicó su necesidad de viajar a Madrid. Todos se quedaron atónitos.

—Pero ¿qué tienes que hacer tú allí? —preguntó doña Clemencia mirándolo aterrada—. ¿No sabes, acaso, cómo están las cosas en Madrid?, ¿no recuerdas lo que decía la tía Antonia en su última carta?

A punto estuvo de decirles que el cabildo de Cádiz le ordenaba partir en una misión secreta, pero enseguida se dio cuenta de que su familia no tardaría en

descubrir su mentira.

—¿Les ha pasado algo a los tíos? ¿Qué nos ocultas? —preguntó don Pedro, con visible preocupación.

—No, padre, no es nada de eso. Es algo que... solo me incumbe a mí.

—¿Seguro?

—Sí, quédese tranquilo —aseguró visiblemente extenuado.

—Entonces, por favor... dínos qué pasa —suplicó Natalia.

—Lo siento; no puedo explicarles nada. Es un asunto privado del que es mejor que nadie se entere.

—Pero, hijo, como comprenderás, eso no nos tranquiliza —manifestó doña Clemencia casi a punto de llorar—. ¿Y si en el camino hacia Madrid te pasa algo y terminas apresado por los franceses?

Diego, tras esbozar una sonrisa, abrazándola cariñoso, la tranquilizó:

—Por eso no tenga miedo, madre. Además, antes de viajar, pediré a las autoridades galas de Jerez que me den una carta de seguridad, para poder llegar allí sin problemas. Y, en caso de encontrarme algún destacamento francés durante el viaje, les cantaré la *Marsellesa*; de ese modo, seguro que me dejarán seguir mi camino... —ironizó en un intento de bromear.

—Tú siempre tomándolo todo a chanza —se quejó don Pedro.

Doña Clemencia, con los ojos fijos en su hijo, en medio de un incontenible llanto, prorrumpió:

—Has de saber que yo ya estoy enterada de que nuestra casa está llena de franceses, paseándose por todos lados, usando nuestras cosas. Y que incluso desalojaron a Pastora de su vivienda, que los invasores han transformado en almacén de pólvora. Y ante esa situación; ¿vas a dejar a tu padre... allí solo, a merced de todos ellos?

Por unos instantes, el rostro de Diego se ensombreció. Con notable desánimo, rebatió tajante:

—Siento tener que marcharme en estos momentos. Pero no puedo hacer nada por evitarlo; además, mi padre, y casi todos nuestros forzados huéspedes

tienen muy buena relación, que yo espero que prosiga...

Don Pedro, luego de asentir con la cabeza, replicó:

—Eso es cierto, Clemen, por ese lado no tienes que preocuparte. — Girándose hacia Diego asiéndolo de los hombros, le increpó—. Hijo, realmente te noto muy raro. Presiento que algo malo ha ocurrido. Por favor, sincérate con nosotros.

—Por lo que más quieras, sobrino, no nos hagas sufrir más. Cuéntanos lo que realmente pasa —rogó Natalia, llena de ansiedad.

En medio de un ademán abatido, a la vez que procuraba controlar la desesperada impotencia que amenazaba tumbarlo, Diego, mirándolos con tristeza, balbuceó:

—No puedo revelarles nada. Solo tranquilizarlos de que no pasa nada malo y pedirles que respeten mi silencio. Tengo que hacer ese viaje sí o sí. — Estableció un intervalo y, con voz rota, añadió—: Solo les pido que no sufran por mí, ni se imaginen cosas malas. Quiero que todos os quedéis tranquilos.

—Lo dices como si eso fuera tan fácil —replicó don Pedro verdaderamente consternado. Acercándose más a él, cerca del oído, le susurró—: ¿Y tus compromisos con las autoridades de Cádiz?, ¿o acaso son ellos los que te ordenan partir?

A la vez que evitaba que nadie lo escuchara, Diego le dijo:

—Por favor, padre, no me haga más preguntas, que no puedo responder. Mañana me marcharé a Jerez y comenzaré a organizar bien mi traslado a Madrid. Por favor, le ruego que usted se quede unos días más aquí, junto a mi madre. Seguro que ella lo necesitará a su lado; yo hablaré con el teniente Charpentier. Partiré a caballo, así usted se quedará con el coche. Si precisara disponer de dinero, ya sabe dónde guardo gran parte de mi capital. Y, en caso de ponerse las cosas muy mal en Jerez, vengase a Cádiz de inmediato y vea la manera de traerse también con usted a Gustavo y su familia, y a Pastora. — Con mirada preocupada, adicionó pesaroso—: Lo siento; sé que todo esto para usted va a ser muy problemático, sobre todo al tener que quedarse solo,

con todos los enemigos en casa, pero contra esta situación no puedo hacer nada.

Don Pedro, luego de unos instantes de meditación, asintió:

—Sí, esto es lo peor que podía pasarme. Pero bueno, también comprendo tu situación. Aunque bien podrías confesarme qué ocurre realmente y a qué situación tendrás que enfrentarte a partir de ahora.

—Le repito que no puedo...

—¡Ay, Dios mío! —exclamó doña Clemencia con las manos en la cabeza, a la vez que se acercaba a ellos—. Estoy segura de que... tus amigos del Cabildo te han pedido hacer ese viaje, ¿verdad? —Al ver la cara de sorpresa de su esposo y su hijo, mirándolos ceñuda, agregó—: ¿Acaso creíais que no sabía que tú, cada vez que vienes, les traes a ellos todo lo que te enteras en Jerez? Pues sí, me enteré hace unos días de casualidad, y eso me hace sentir mucho más preocupada aún.

—Madre, quédese tranquila; mi viaje no representa ningún peligro.

—Entonces, dínos si es por eso que tienes que partir... —reclamó ella.

—Lo siento; ya he dejado bien claro que... no puedo revelar nada.

Abrazándolo por la cintura, doña Clemencia le pidió:

—Hijo... te lo ruego; sea lo que sea que estás a punto de hacer, cuídate mucho. No nos hagas sufrir más, que ya demasiado tuvimos durante tu larga convalecencia, de la que aún te quedan secuelas.

—No sufra, madre, todo irá bien —susurró Diego acariciándole el pelo. Levantándole el rostro con cariñoso gesto, agregó—: Le prometo que me cuidaré, y yo también le pido a usted que, por favor, no se desespere. Estaré perfectamente; apenas llegue, iré directo a casa de tía Antonia, y allí me quedaré el tiempo que sea necesario.

Esa misma noche, Diego, con sus hermanos mirándolo muy serios y afectados, a la vez que evitaba escuchar a su madre que, junto a Natalia, iban detrás de él rogándole que desistiera de ese peligroso viaje, acabó de

preparar su equipaje.

Seguido a eso, bajó a los sótanos donde tenía guardada buena parte de su dinero. Después de buscar las alforjas de viaje de su abuelo, con doble fondo, guardó allí una gran cantidad de reales y de doblones.

Al día siguiente, muy temprano, luego de despedirse de su madre, de su tía, y de sus hermanos además de los sirvientes, Diego, mientras las dos primeras se quedaban en la sala, sumidas en amargo llanto, le pidió a su padre que lo acompañara afuera.

Una vez allí, mirándolo con visible abatimiento, le comunicó:

—Cuando llegue a Jerez, voy a tener que decirles a nuestros «huéspedes» que mi tío de Madrid está muy enfermo, y que... por lo tanto, debo partir hacia allí de inmediato. Por favor, solo le pido que, cuando regrese allí, secunde mi mentira. También les diré que usted tuvo que quedarse aquí porque mi madre enfermó.

—De acuerdo, hijo, no te preocupes; yo te apoyaré en lo que sea. Pero ahora que estamos a solas, dime lo que realmente ocurre. Sé que algo grave pasa; porque después de tu salida de ayer tarde, llegaste a casa muy... pero muy alterado. ¿Te han encargado algún trabajo urgente, quizás de espía en Madrid?

—Padre, le repito: no puedo revelarles nada; confíe en mí, yo estaré bien. Me alojaré en casa de los tíos, y usted ya sabe que su cuñado tiene allí mucho peso entre la sociedad afrancesada.

—Por favor, hagas lo que hagas, hazlo bien... pero a la vez, cuídate mucho. ¿Cuándo crees que estarás de regreso?

—No lo sé, padre. Eso es lo más complicado de predecir. Pero, desde donde sea que me encuentre, os lo haré saber. Cuide de que mi madre no sufra demasiado, consuélala para que no desespere.

Apenas Diego llegó a su casa de Jerez, tras ser retenido, por casi una hora, en la entrada de la ciudad, luego de entregar el caballo a los mozos del establo, al ver que ninguno de sus «huéspedes» aparecían por ninguna parte, se

quedó extrañado.

En ese momento Pepín le salió al encuentro; con visible ansiedad, le explicó:

—Señorito, he de advertirle que tanto el teniente Lasserre y Charpentier... y todos los demás franchutes que viven aquí esta mañana han tenido que salir pitando hacia la Municipalidad. Según lo que pude escuchar, han aparecido muertos, mejor dicho despanzurrados, varios soldados franceses, y todos están muy nerviosos.

Ante las palabras del jovencito, Diego se quedó cortado. «Vaya, lo que faltaba. Y con seguridad yo tengo bastante que ver con esas muertes», se dijo mientras se mordía los labios a la vez que recordaba los últimos detalles que les había dado a sus contactos de Cádiz sobre las defensas más débiles de los galos en los caminos comarcales a Jerez.

—¡Vaya!, con razón al entrar a la ciudad, me retuvieron allí más de lo habitual haciéndome un sinfín de preguntas —expresó Diego con notable inquietud.

Mientras observaba al jovencito, le pidió:

—Por favor, Pepillo, corre a la hacienda de Carlos, y dile que se reúna conmigo, en casa de Gustavo, lo más pronto que pueda.

—De acuerdo, señorito. Ahora mismo voy.

Apenas Pepín se marchó, Diego, luego de saludar a Pastora, y charlar con ella unos minutos poniéndola al tanto de cómo se hallaban su madre y hermanos —a la vez que le advertía que su padre se quedaría allí unos días más—, se dirigió a casa del hijo del administrador de su padre.

Gustavo, al verlo llegar de improviso, le dio un abrazo.

—¡Diego, qué sorpresa!

—Buenos días, familia —saludó el recién llegado mientras se esmeraba en mostrarse alegre y distendido.

—¿Cómo están tu madre y tus hermanos? —inquirió Gustavo.

—Por suerte, pese a las bombas, muy bien; todos os mandan muchos cariños.



Después de obsequiarles otras cariñosas palabras a Rosario y al pequeño Demetrio, acercándose de nuevo a Gustavo, le preguntó:

—¿Podemos hablar a solas?

—Claro, vamos al despacho de mi padre. —Apenas entraron allí, Gustavo, girándose hacia Diego le cuestionó—: ¿Te has enterado ya de lo qué ha pasado en tu ausencia?

—Sí, me lo acaba de decir Pepín.

Con semblante preocupado, Gustavo añadió:

—Los franchutes están muy inquietos y, según lo que escuché, muy furiosos. Han estado investigando por todos los alrededores. Te confieso que he sentido mucho miedo de que entraran aquí y me vieran.

—No te preocupes; ellos ya saben dónde buscar a los culpables. Tú quédate tranquilo y, sobre todo, mantente sereno —le aconsejó Diego. Mirándolo con un cierto aire de tristeza, a bocajarro, le confesó—: Tengo que viajar... de inmediato, a Madrid.

Durante unos instantes, Gustavo se quedó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?, ¿de verdad lo dices, y justo ahora? ¿Pero, qué se te ha perdido a ti por allí? —rebató mirándolo sorprendido.

Con gran pesar, Diego tuvo que mentirle:

—Me voy... por asuntos del cabildo de Cádiz. Pero esto, es algo muy... pero muy secreto; de modo que no se lo cuentes a nadie... pero a nadie, ni siquiera a mi padre —le pidió sintiéndose pesaroso al tener que inventarse esa situación.

—Vaya, por Dios. Pero eso puede ser algo muy peligroso. Y, en el peor momento de nuestras vidas... —murmuró Gustavo con desanimado gesto.

—Lamentablemente, no tengo otra opción.

—¿Y tu padre?, ¿cómo lo ha tomado?

—Pues, ya te imaginarás. No muy bien, y mi madre aún mucho peor; por eso mi padre se quedará junto a ella dos o tres días más. Amigo, de verdad, lamento tener que marcharme, dejándolos a todos ustedes tan solos y desprotegidos.

—¿Y cuándo partirás?

—Tendría que hacerlo ya; me urge estar allí en muy corto tiempo —explicó Diego, con expresión mortificada—. Pero claro, antes debo hablar con las autoridades francesas, para que me den su permiso. Y quizás, un nuevo salvoconducto que me permita transitar con libertad lejos de Andalucía.

Gustavo, mirándolo a los ojos, expresó preocupado:

—¿No puedes contarme nada... más?

—No, amigo, cuanto menos sepas, mejor será para ti. Tú quédate tranquilo y sigue como hasta ahora. Cualquier cosa que pasara, sobre todo contigo, huye de inmediato a Cádiz, a casa de mi tía Nati por el camino que ya conoces. Por tu familia no sufras: a ellos no les pasará nada. Tu padre ha hecho amistad con la mayoría de los galos que habitan nuestra casa, y creo que todos le tienen mucho aprecio. En cuanto a mi padre, espero que todo le vaya bien. No quiero mentirte; estoy muy preocupado, pero es que... no puedo hacer nada por evitar darle este disgusto.

Casi a punto de echarse a llorar, Gustavo, abrazándolo con fuerzas, le dijo:

—Tú actúa con mucho cuidado. —Mirándolo compungido, agregó—: Te vamos a echar de menos.

—Yo también a vosotros. De eso no tengas dudas —repuso Diego mientras lo abrazaba. Seguido a eso, con voz quebrada, le advirtió—: He enviado a Pepín a casa de Carlos con un mensaje de que aguardo aquí. Espero que pueda venir enseguida; tengo que hablar en privado con él.

—De acuerdo, amigo. Apenas llegue, os dejaré a solas —asintió Gustavo.

Media hora después, apareció Carlos con evidentes signos de alteración.

Tras saludarlos, en medio de un gran nerviosismo, preguntó:

—¿Ya estáis enterados? Todo Jerez está convulsionado; no veáis cómo estaban mis alojados de furiosos. Esperemos que los que hicieron ese desastre no estén ya por aquí... mezclados con nosotros.

—No, yo creo que... los que se han expuesto a semejante acción ya deben de estar muy lejos de Jerez —expresó Diego con remarcada ansiedad.

—Y esperemos también que no haya represalias y que no tengamos que pagar justos por pecadores, como siempre pasa. Esa posibilidad es la que más miedo me da —se lamentó Gustavo.

Carlos, pasándole la mano por la espalda, agregó:

—No sufras: los galos ya están interrogando a los sospechosos habituales. Hace unos días escuché un debate de mis «huéspedes», sobre los problemas que están surgiendo entre los honrados ciudadanos que tenemos que soportar tantos atropellos y tanta atrocidades de parte de ellos, dándoles incluso todo lo que nos piden. Pero, bueno, yo no creo que lo franceses depongan su actitud. —Seguido a eso, mientras fijaba sus ojos en Diego, con expresión cómplice, a la vez que le guiñaba un ojo, adicionó—: Pepillo me ha dicho que tenías que hablar conmigo de urgencia. Pero primero cuéntame cómo está toda tu familia.

—A pesar de los nervios, todos muy bien... solo que mi madre ha tenido un bajón, y mi padre ha decidido quedarse allí unos días más. Bueno, y Úrsula sigue muy guapa y muy indiferente como siempre. No obstante, cuando llegamos, lo primero que me preguntó es cómo estabas tú.

—Bueno, aunque a veces tengo la sospecha de que esto me lo dices solo para alegrarme, haré de cuenta de que es verdad.

—Créelo, que yo en eso no te miento. Desde que se halla en Cádiz, mi hermana siempre me pregunta por ti.

—Gracias, amigo, ya sabes que esa posibilidad a mí me causa mucha felicidad. Bueno, y a todo esto, ¿cómo ha estado la ceremonia de la Constitución? ¡Diablos! ¿te das cuenta?, otro acontecimiento importante que me he perdido.

—La ceremonia de nuestra Constitución, pese al fuerte viento y el aguacero, estuvo muy bien... —Cuando Diego acabó de relatarles los acontecimientos más relevantes, sobre ese memorable día, Gustavo, dirigiéndose a la puerta, les dijo:

—Bueno, ahora os dejo a solas. Yo voy a ayudar a Rosario a recoger

hortalizas del huerto. Luego nos veremos.

Apenas el dueño de casa cerró la puerta, mientras tomaban asiento, Diego expresó:

—Tengo que contarte muchas cosas, la primera que...

—Sí, ya lo sé... —lo interrumpió Carlos, con una suspicaz sonrisa. Sin esperar respuesta, prosiguió—: No he querido decir nada delante de Gustavo, pero ya me imagino que has hablado con la cuñada de Brunilda, ¿verdad?

Diego asintió con la cabeza. Mientras exhalaba un hondo suspiro, confesó:

—Exacto, de forma inesperada; el domingo de Resurrección por la tarde, en medio de un continuo bombardeo, me encontré con la cuñada de Bruny que había estado buscándome en varias ocasiones. Ya te imaginarás mi sorpresa...

—Y no es para menos —reconoció Carlos echándose a reír—. Yo también me llevé un gran impacto al verla aparecer por mi casa. Fue algo impresionante; incluso mis «huéspedes» se quedaron atónitos. Estaba realmente hermosa, desplegando un majestuoso señorío. En un comienzo no la recocí: mi criado me dijo que una dama francesa de nombre... Patrice Bordeu, viuda de un teniente, de apellido Laforet, pedía hablar conmigo. Bueno, como ya sabes, luego de que los franceses aceptaran dejarnos a solas, pudimos hablar; te confieso que esa fue la primera vez que esos franchutes del demonio, que tengo metidos en mi casa, me permitieran hablar en privado con alguien.

—Vaya, por lo menos tuvieron esa gentileza —apostilló Diego.

—Oh, y no veas lo que me ha beneficiado la visita de Matilde; desde ese día todos mis «huéspedes», me miran de manera mucho más cordial; porque claro... que una dama francesa, viuda de un teniente imperial, muerto en combate contra los españoles, visite a un ciudadano de raíces inglesas es muy significativo, ¿no crees? —ironizó en medio de una carcajada. Tras una corta pausa, siguió—: Entonces, ¿ya lo sabes todo? No puedo creer que esa niña se haya metido en semejantes problemas: ¡para terminar en la cárcel! Y yo, que estaba tan convencido de que se hallaba en América, casada con su prometido indiano. ¡Caramba!, al final esa bruja, que te salvó de morir, ¡tenía

razón! Bueno, y tú también al imaginártela tan cerca. Y lo más sorprendente, soñándola todos los días. Lástima que esté privada de libertad, nada menos que acusada de conspirar contra los franceses. Me imagino la angustia e impotencia que tendrás.

Diego lo miró muy serio. Con voz apenas audible, le dijo:

—No solo está acusada de conspiradora..., sino también de acabar con la vida de un agente de Napoleón, el mismo que mató a su padre y a su hermano. —Al ver la cara de asombro de Carlos, estableció una corta pausa. Seguido a eso, con semblante atormentado, confesó—: Y... esa tarde, yo estaba con ella en Madrid. El día que te relaté mi historia de amor con Bruny, no quise contarte esa parte; pero creo que ahora ha llegado el momento de que lo sepas todo.

—Vaya, por Dios. ¿Tú fuiste cómplice de... un asesinato a manos de ella? —balbuceó Carlos con visible impresión. Sin cambiar de gesto, silabeó—: No... me... lo puedo creer. Por algo yo ese día... percibí claramente que tú aún tenías más secretos guardados.

Mirándolo con expresión atormentada, Diego agregó:

—¿Recuerdas aquella noche en que obligué a Esteban Serrano a batirse conmigo en el Centro de Caballistas? —Sin esperar respuesta, mientras Carlos lo contemplaba impactado, prosiguió—: Eso pasó porque yo vine de Madrid muy mal. Fuera de mí, completamente ofuscado y lleno de impotencia. Sumido en una vorágine que me impedía razonar con lógica. —A la vez que se pasaba la mano por el pelo, con gesto ansioso, agregó—: Bueno, ahora te contaré cómo pasó todo esa tarde en Madrid.

Sin omitir detalle, Diego empezó con su relato.

Carlos, pese a lo impactado que se sentía, lo escuchó sin interrumpirlo. Cuando su amigo acabó, a la vez que movía incrédulo la cabeza, exclamó:

—¿De modo que, luego de que ella dio muerte al asesino de su familia y de que tú la ayudarás a escapar, ambos os amasteis locamente? ¿Y durante más de tres años no recordabas absolutamente nada de eso? Es increíble.

—Sí, todo esto ha sido increíble; tú lo has dicho. Y ahora, como ya lo comprenderás, necesito ir a Madrid e intentar sacarla de prisión.

Llevándose las manos a la cabeza, Carlos prorrumpió:

—¿Qué? ¿Estás loco! Pero ¿cómo piensas llevar a cabo semejante disparate? —Mirándolo aún más asombrado, agregó—. Aunque, conociéndote como te conozco, no sé por qué me sorprende tanto.

Diego, tal como si hablara consigo mismo, murmuró:

—Intentaré sacarla de manera legal, aunque para eso tenga que sobornar al mismo rey José y a todos sus súbditos; mi tío Benito tiene tratos favorables con los franceses, y también con muchos aristócratas de la Corte. —Tras establecer una corta pausa, prosiguió—: Bueno, ahora, apenas mis «huéspedes» regresen a casa, hablaré con ellos y les pediré un permiso especial.

—¿Y tú crees que te dejarán marchar? —preguntó Carlos con gesto intrigado.

—Yo creo que sí. Y si no lo hacen, me escaparé; tengo en mi poder varias cartas de algunos hombres influyentes de Cádiz, que, a su vez, tienen contactos importantes en Madrid y, llegado el momento, podrán ayudarme mucho para intentar rescatar a Bruny.

Carlos, mirándolo intrigado le preguntó:

—Defíneme lo que tú entiendes... por rescatar.

—Sacarla de donde la tienen encerrada: como acabo de decirte, primero lo intentaré de manera legal y, si no puedo por esos medios, lo haré por la fuerza. Pero yo la sacaré de la prisión de la manera que sea. Y luego, huiremos a Inglaterra... o a donde ella quiera.

—Tú no cambiarás nunca —lo amonestó Carlos ofuscado—. Siempre corriendo riesgos por alguna mujer en apuros, sin pensar en las consecuencias. Pero lo que te propones hacer ahora es algo descabellado... y sumamente peligroso. —Tras una honda inspiración, a la vez que movía la cabeza, agregó—: Claro que al mismo tiempo te comprendo; quizás yo también haría lo

mismo... con una gran diferencia: Yo amo, desde hace años a la misma mujer y, aunque de vez en cuando tengo por ahí alguna aventurilla, siempre he sido fiel a su recuerdo, considerándola la única mujer de mi vida. En cambio tú... tú te enamoras de manera muy reiterativa, y siempre estás dispuesto a morir por todas.

Durante unos segundos Diego dejó vagar la mirada en rededor. Seguido a eso, replicó:

—De verdad, Carlos; y necesito que me creas: es la primera vez en mi vida que siento algo tan profundo, y tan auténtico por una mujer. ¡La quiero!, ¡estoy loco de amor por Bruny! Y no pienso perderla; sobre todo ahora que sé que ella me necesita... y que, con toda seguridad, ha estado esperándome durante más de dos años. —Enseguida, tras poner la mano sobre el hombro de su amigo, añadió—: Gracias por escucharme; de verdad, necesitaba confesártelo todo porque me sentía en deuda contigo. Y quiero que sepas que eres el único al que he le hablado de todo esto; no obstante, pase lo que pase, tú no sabes nada, ¿de acuerdo? Bueno, me marcho a preparar mi viaje; apenas los malditos franceses me lo autoricen, saldré hacia Madrid. Hasta la vista, amigo, cuídate mucho y espero que, cuando esta guerra acabe, volvamos a vernos —lo saludó, mientras le daba un abrazo.

Carlos lo cogió del brazo y, con un hilo de voz, señaló:

—Espera, te acompañaré.

—¿Me acompañas? ¿Adónde, a mi casa? —inquirió Diego mirándolo intrigado.

—No. Te acompañaré a Madrid.

Diego se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?, ¿lo dices en serio?

—Sí, cuenta conmigo para esa locura.

—¿Pero qué dices? Yo no quiero arrastrarte conmigo a una incierta aventura.

—Pues... mira tú por dónde; eso es justamente lo que más necesitaría vivir ahora. Sabes muy bien que yo estoy completamente agobiado con tanta rutina.

Sobre todo, cansado de permanecer en mi finca tan solo, sin mis padres, y con todos esos franchutes que observan los pasos que doy. Y sin siquiera poder recibir visitas, ni hablar en privado con nadie... a la vez que veo cómo, día a día, pese a que mis padres se llevaron la mayoría de cosas de valor monetario que teníamos, entre joyas, doblones y reales, los negocios de nuestra hacienda se van al demonio. Y, apenas me descuide, estaré en la ruina; sin ganado, sin granos... y quizás, sin aceite para continuar dándoles a los invasores, que no dejan de exigirme más y más. —En medio de una gran agitación, se quedó callado. Seguido a eso, con un hondo suspiro, añadió—: Tampoco puedo negarte que íntimamente me siento lleno de desesperación y de tristeza... por tu hermana; porque ahora, desde su alejamiento de Jerez, estoy mucho peor. Al menos antes podía verla casi todos los días; incluso estar cerca de ella, y eso para mí ya era un aliciente, un bálsamo para mi espíritu. —Luego de establecer otra breve pausa, en medio de un bufido, prorrumpió—: ¡Y qué Diablos! Con tanto agobio necesito vivir una aventura, ¿y qué mejor ocasión, que la de acompañar a un loco amigo, para ayudarlo a raptar... a su princesa cautiva?

Diego, mientras movía negativamente la cabeza, exclamó:

—Carlos, agradezco tu gesto y tu decisión; pero no quiero que por mi culpa tengas que abandonar la comodidad de tu casa...

—Pero ¿de qué comodidad me hablas? —lo cortó Carlos—. ¿No acabo de decirte que allí estoy muy incómodo y lleno de desasosiego?

—Es que no puedo permitir que te involucres en una peligrosa aventura de la que ni siquiera yo sé cómo acabará, además...

—Por favor, no sigas... —rebatía Carlos—. No te dejaré lidiar solo a ese enorme «toro» al que vas a enfrentarte. Porque realmente, eso que tienes en mente hacer, y yo te secundaré, bueno... eso si los franceses me permiten acompañarte; será una empresa muy complicada.

—Por eso mismo: yo no debería aceptar que te involucres en ella...

Plantándose frente a Diego, el joven Temple exclamó imperioso:



—Ya está decidido y, por favor, no te esfuerces en hacerme cambiar de idea. —Tras esbozar una sonrisa, agregó—: Sabes muy bien que no es conveniente que viajes solo, y para eso estamos los amigos. Además, tú ahora no te das cuenta, pero necesitarás a tu lado a una persona provista de cordura que te contenga, te aplaque en todos tus arranques insensatos, haciéndote entrar en razón. ¿Y quién mejor que yo, que te conozco tanto? Marcharemos juntos a esa grande y loca aventura... y que sea lo que Dios disponga. Eso sí, tendrás que pedirme un salvoconducto para mí también; espero que tú puedas conseguirlo porque, a pesar de que me cansé de solicitarlo, a mí no quisieron otorgármelo.

—Pero ¿de verdad vas a dejar tu casa y tus negocios, solo en manos de tu administrador?

—Claro que sí. Ya sabes que Cameron es mi mano derecha. Bueno, a decir verdad, no creo que a él le haga mucha gracia quedarse solo en medio de tantos franceses, con los que apenas puede disimular el odio que le inspiran. Pero, como es un hombre muy educado, además de discreto y sensato y que, además, nos aprecia mucho, no creo que tenga ningún problema en aceptar mi decisión; además, cuando toda esta pesadilla acabe, que ojala sea pronto y con una estrepitosa victoria nuestra, tengo pensado gratificarlo muy bien.

—Muchas gracias, Carlos —musitó Diego emocionado—. Eres el mejor y más fiel amigo que un hombre puede encontrar.

—Tú también eres todo eso para mí. No lo dudes nunca —repuso Carlos.

Diego, con expresión atormentada, agregó:

—Ahora, apenas pase por el interrogatorio de mis huéspedes, que espero sea corto, le pediré al teniente Charpentier los papeles para salir cuanto antes; alegraré que mi tío Benito está muy enfermo. Ya lo hablé con mi padre. Ah, se me olvidaba; a Gustavo le he dicho que me voy por asuntos del Cabildo de Cádiz. De modo que tendrás que secundarme también en esta mentira. —En medio de un desfallecido gesto, agregó—: Te soy sincero, cada vez me cuesta más continuar fabulando tantos embustes, pero es que quiero irme con la seguridad de que todos mis seres queridos no se quedarán tan preocupados;

porque sé que... si supieran la verdad...

Palmeándole la espalda, Carlos lo interrumpió:

—No te preocupes por esas mentirijillas, ni tampoco te sientas mal. Ya sabes el dicho: en la guerra y en el amor, todo es válido.

Unos minutos después, cuando salieron del despacho, Diego, dirigiéndose a Gustavo, con cariñosa sonrisa a la vez que señalaba a Carlos, le comunicó:

—¿Qué te parece? Nuestro amigo acaba de decidir que me acompañará a Madrid.

Ante la mirada sorprendida del dueño de casa, el joven Temple, con aire despreocupado, añadió:

—Sí, realmente necesito vivir emociones fuertes, y protagonizar alguna que otra locura.

Gustavo, mientras movía la cabeza, entre risueño y mordaz, exclamó:

—Todos sabemos que Diego, desde que nació, ha estado un poco loco; pero tú, que siempre has demostrado ser tan sensato, ¿vas a acabar por contagiarte?

—Como bien dice siempre él: un poco de locura nunca viene mal —repuso Carlos con una carcajada. Poniéndose serio, adicionó—. Pero no temas: cuidaré de nuestro gran amigo. Ojalá los franceses me permitan partir, porque de verdad, Gustavo, necesito salir de mi casa por un largo... largo tiempo.

El nombrado le puso una mano sobre el hombro y, mirándolo afectuoso, manifestó:

—Yo también espero que puedas acompañarlo; para mí será un alivio saber que Diego no estará solo en esa misteriosa misión que le han encargado y, de la que espero, salga muy bien en todo sentido. Os deseo a ambos toda la suerte del mundo. Por favor, cuidaos mucho, sobre todo durante el camino —acabó de decir con notable aflicción.

—Carlos y yo nos haremos pasar por dos comerciantes afrancesados y, con toda seguridad, no tendremos problemas. Y ya lo sabes; esto que te he confiado no se lo cuentes a nadie, ni siquiera a tu padre.

—No te preocupes: de mi parte nadie sabrá nada.

Diego, tras dirigirse a la puerta, exclamó:

—Bueno, ahora me marcho a ver si mis huéspedes ya han regresado.

—Yo también me marcho —comentó Carlos. Plantándose frente a Diego, agregó—: Apenas tengas los permisos y todo lo demás, me lo haces saber. Espero que no te pongan inconvenientes.

A las cinco de la tarde, después de una nerviosa espera, al fin Diego pudo reunirse con sus «pensionistas». Mientras los demás franceses, subían las escaleras de manera apresurada, el teniente Charpentier, con su morrión en la mano, se le acercó. Tras un alicaído saludo, en un tono de voz destemplada, le preguntó:

—¿Ya está al corriente de todo... lo que ha pasado en su ausencia?

El joven Ibáñez asintió con la cabeza.

—Sí, apenas llegué me lo contaron. De verdad, lo siento mucho —expresó con gravedad.

El francés hizo una mueca de desagrado.

—No es necesario que finja —le rebatió irónico—. Sé muy bien que, tanto para usted como para todos sus compatriotas, la masacre de nuestros hombres... a manos de esos bandoleros, tiene que ser motivo de satisfacción.

—¡Pues ahí se equivoca usted! —exclamó Diego secamente. Sin importarle la reacción del francés, que lo miraba con visible alteración, agregó—: A mí, la muerte de una persona, en este caso de varias, siempre me afecta; incluso aunque se trate de un enemigo. Cuando le digo que lo siento, es verdad.

De pronto se dio cuenta de que no podía dejar que los nervios hicieran mella en él, justamente en ese momento. Por su parte, el teniente Charpentier, mirándolo con un gesto indeciso, acabó por decir:

—Le creo, y agradezco sus palabras.

—Gracias —repuso Diego, mientras agregaba—: Le ruego perdone mi actitud intempestiva de hace un instante.

—No se preocupe; de una manera o de otra, todos estamos igual de

nerviosos.

Diego se acercó a una bandeja, donde reposaban varias botellas de brandy y, en silencio, llenó dos copas.

—Vamos a tranquilizarnos —musitó con amable gesto—. Solo espero que esta situación tan penosa no afecte a nuestro mutuo y cordial entendimiento.

Luego de sorber un largo trago, *Monsieur Charpentier* aclaró:

—Por mi parte, eso no sucederá. Y ahora, que estamos solos, quiero que sepa que en estos últimos tiempos, en los que he llegado a conocerlo más a fondo, a pesar de que soy consciente de que dentro de usted debe tener sentimientos adversos respecto a todos nosotros, que, por otro lado, comprendo y acepto, sé que su humanidad y benevolencia son innegables.

Diego, tras esbozar una apagada sonrisa, alegó:

—Gracias; sus palabras me reconfortan. Yo también he llegado a descubrir muchas loables cualidades en usted. Estoy seguro de que, en otras circunstancias de la vida, ambos hubiéramos podido llegar a ser muy buenos amigos.

—Sí, eso no lo dude —respondió el francés con aire agotado. Seguido a eso, dejándose caer en uno de los sillones, inquirió—: ¿Y su padre?

Diego tardó unos instantes en responder.

—Ha tenido que quedarse en Cádiz. Mi madre... no se sentía muy bien... —murmuró en medio de una profunda exhalación.

—Oh, espero que no sea nada grave.

—Según el médico, solo se trata de... un problema nervioso —explicó Diego mientras bebía de su copa.

El teniente francés, luego de asentir con la cabeza, expresó:

—Bueno, ahora, mientras nos relajamos, procederé a hacerle algunas preguntas sobre su estancia en Cádiz durante estos últimos días. No obstante, sabemos todo... pero todo, lo que ha pasado allí, de modo que no lo entretendrá mucho.

—De acuerdo, *Monsieur Charpentier* —aceptó Diego sin decidirse aún a

revelarle su imperiosa necesidad de viajar a Madrid. Aparentando serenidad en la voz, prosiguió—: Con respecto a mis impresiones sobre la nueva Constitución, lo que más me entusiasmó fue la posibilidad de que al fin se limitará el poder de la monarquía, además de la abolición del feudalismo, lo que dará paso a la igualdad entre peninsulares y americanos. Y sobre todo, quizás se ponga fin a la Inquisición, de la que ya estamos bastante cansados...

El teniente francés, a la vez que bebía de su copa, levantó el brazo y lo interrumpió:

—No olvide usted que, de llegar el fin de la Inquisición aquí, será gracias a nosotros.

—Es verdad; no es un secreto que el rey José está empeñado en abolirla —reconoció Diego. A pesar de sentir que sus nervios y su ansiedad cada vez se tensionaban más, con semblante sereno continuó con su relato—: Siguiendo con mis apreciaciones sobre ese día, hubo muchas propuestas americanas, encaminadas a abolir también el entramado colonial, con la disminución de aranceles a los productos de ultramar y una apertura de más puertos coloniales para el comercio. —Tras una breve pausa, mientras buscaba el momento oportuno de confesarle su necesidad de viajar hacia Madrid, mirándolo con extremada fijeza, añadió—: Ahora, que todo eso llegue a cumplirse, algo que dudo mucho, ya es otra cosa...

El teniente Charpentier fijó sus ojos en Diego y, con ademán alicaído, preguntó:

—Por favor, a modo de una confidencia: ¿Podría usted relatarme concienzudamente cómo está realmente la ciudad de Cádiz en estos últimos tiempos? A nosotros nos vienen muchas versiones; algunas de ellas sugieren que allí está viviéndose un infierno, y que, muy pronto, acabarán por rendirse a nosotros. Pero yo tengo mis dudas; por eso desearía que usted me diera su opinión, con toda franqueza.

Luego de paladear los últimos sorbos del dorado líquido de su copa, Diego, tras unos segundos de titubeo, respondió:

—*Monsieur* Charpentier; si... bien es cierto que, en estos últimos tiempos, Cádiz es una ciudad asediada, bombardeada y superpoblada con refugiados de toda España, incluso extranjeros hacinados allí (sin contar con la amenaza de una epidemia de fiebre amarilla, que aún ronda por casi toda Andalucía), para serle sincero, no creo que alguna vez esa ciudad puedan ustedes tomarla. Para eso tendrían que acabar con la vida de todos sus ciudadanos y también lograr derribar sus murallas, tanto las de piedra como las de su gente...

Tras unos instantes de silencio, luego de exhalar una bocanada de aire a la vez que en su rostro se marcaba un significativo gesto de impotencia, el teniente francés respondió:

—Es lo mismo que yo pienso. —Marcó de nuevo una pausa y, con un tono de voz entre ansioso e implorante, le pidió—: *Monsieur* Ibáñez; usted que tiene amistad con muchos marginados que ahora pertenecen a esas bandas de facinerosos, a las que ustedes llaman guerrilleros, ¿en estos más de diez días que usted y su padre han estado en Cádiz, no escuchó nada relacionado con estas últimas emboscadas a nuestros soldados?

Diego, mirándolo a los ojos, a la vez que negaba con la cabeza, expresó rotundo:

—No. Le aseguro que no escuché nada. Para mí también ha sido una sorpresa.

—Todos creemos que esa partida de bandoleros... —siguió el francés— están apostados muy cerca de aquí. Pero, a pesar de que hemos hecho varias batidas por casi toda las sierras, no logramos dar con ellos. Nuestros hombres también están inspeccionando, de manera exhaustiva, montes, sierras y bosques de... más allá de las sierras, a ver si descubren algo.

Diego, levantándose de hombros, murmuró:

—De verdad se lo digo; dada la perfecta vigilancia de vuestros soldados, apostados en todos los puntos de la ciudad, no me explicó cómo ha podido pasar algo así.

—Nosotros tampoco —respondió el francés con ademán apático—. Las

autoridades han encarcelado a muchos sospechosos, que en definitiva son los mismos de siempre. Pero todos ellos tienen excelentes coartadas por lo que, hasta ahora, no tenemos la seguridad de quién, o quiénes, pudieron causar semejante barbarie. —Mientras se ponía de pie, añadió—: Bueno, ahora voy dejarlo. Aún tengo que hacer muchos trámites. Esta noche nos veremos en la cena...

—*Monsieur* Charpenter... —lo interrumpió el español, a la vez que también se ponía de pie. Con expresión preocupada, tras hacer acopio de fuerzas, le confesó—: Tengo que... pedirle un favor...

—De acuerdo. Lo escucho.

—Necesito... permiso para viajar hasta Madrid, de manera urgente.

El francés lo miró sorprendido.

—¿A Madrid? Pero ¿por qué? ¿Qué tiene usted que hacer allí?

Diego, con ademán preocupado, le explicó:

—Hace... unos días en Cádiz, recibimos una carta de... mi tía Antonia; la hermana de mi padre que vive en Madrid, en la que nos dice que su esposo está muy enfermo. Por lo que yo, luego de meditarlo muy bien, decidí ir a ver qué puedo hacer para ayudarlos.

—Ah, ¿se trata de ese tío suyo tan afrancesado del que me habló?

—Exacto; se trata de mi tío Benito Alvear de Salinas.

—Oh, de verdad, lo siento mucho —repuso el francés con apesadumbrado gesto—. Espero que no sea nada serio.

—Gracias, eso espero yo también —añadió Diego. Tras morderse nervioso los labios, añadió—: Y a decir verdad... mi padre decidió quedarse dos o tres días más en Cádiz, justamente para intentar tranquilizar a mi madre ya que ella, al enterarse de mi decisión de marcharme a Madrid, se puso aún peor. — Sin esperar a que el francés le respondiera, prosiguió—: Como mi primo Aníbal, el único hijo de mis tíos, vive en América del Sur, mi tía se encuentra muy sola y... muy desesperada. Por eso he decidido echarles una mano; sobre todo para vigilar el trabajo de los pocos labradores que mi tío tiene en su

finca de Alcalá de Henares, con la que abastece a muchos franceses.

—De verdad, esa actitud suya para con su tío le honra.

—Gracias. Espero que usted no tendrá inconvenientes en facilitarme, cuanto antes, otros dos salvoconductos.

—¿Necesita dos? —Preguntó el francés, mirándolo expectante.

—Sí, el otro es para... mi amigo de la infancia, don Carlos Temple. Esta mañana, al verme tan mal, se ofreció a acompañarme para que no hiciera solo un viaje tan largo.

Luego de unos instantes de silencio, el teniente exclamó:

—¿Cuándo tienen pensado viajar?

—Si puedo, mañana mismo.

—De acuerdo, don Diego, a la hora de la cena tendré listo los papeles. También le daré la dirección de un buen amigo que tengo allí, que pertenece a la policía francesa. Se llama Gonzalo Quesada Berdejo; está casado con una prima hermana mía y, aunque es español de nacimiento, ha vivido muchos años en París.

—Gracias, *Monsieur* Charpentier.

—No tiene nada que agradecerme. Espero que lo de su tío no sea nada malo y que pueda usted regresar enseguida; de verdad, lo voy a extrañar. Bueno, ahora lo dejo; esta noche nos veremos... —replicó el teniente. Mientras se calaba su *chapeau* emplumado, adicionó—: Por favor, dígame a la cocinera que nos tenga la cena lista antes de las ocho y que esta sea muy abundante y opípara. Mis hombres y yo llevamos casi todo el día sin probar bocado, y realmente tenemos mucha hambre.

Apenas Diego se quedó solo, corrió hasta el despacho de su padre.

Tras tomar pluma y papel, escribió un mensaje a Carlos: «Querido amigo; todo ha salido bien. Esta noche tendré los permisos. Si nada lo impide, mañana al mediodía partimos con destino a Madrid. No lleses mucho equipaje; pero no olvides el capote para la lluvia, además de tu mosquete y el cuchillo de monte. Tráete un caballo que sea veloz. Te espero mañana antes de



las once en mi casa. Un abrazo, Diego».

A continuación llamó a Pepín.

Cuando el jovencito estuvo frente a él, entregándole la misiva, le pidió:

—Toma, por favor llévaselo a Carlos. —Mirándolo cariñoso, agregó—: Como ya creo que lo sabes, Carlos y yo partiremos mañana a Madrid; por eso aprovecho ahora a pedirte que, mientras yo esté de viaje, me cuides mucho a Viriato.

El hijo del cochero, mirándolo sorprendido, exclamó:

—¿No irá montado en él?

—No. Como tendremos que hacer varios recambios de caballos en las postas que encontremos, se me perdería. Y ya sabes el cariño tan grande que le tengo. Así que confío en que tú cuidarás muy bien de él. A tu padre también le pedí lo mismo.

—Quédese tranquilo; nosotros cuidaremos muy bien de Viriato; de eso no le quepa dudas. —Prometió Pepín con expresión solemne y la mano en alto.

—Gracias, compañero. Y ahora ve a llevar ese mensaje a Carlos, ¡rápido!

—Enseguida, señorito.

En medio de un estado pleno de nerviosismo, Diego fue a hablar con Pastora.

Una hora después la vieja criada, entre sollozos, ordenó a las criadas que prepararan varias mudas de ropa para su niño.

Esa noche, después de la cena, el teniente Charpentier le entregó a Diego los papeles y la dirección de su primo político de Madrid. A la vez que señalaba la misiva, mirándolo con fijeza, le dijo:

—Cualquier cosa que necesite allí, puede recurrir a *Monsieur* Quesada Berdejo; ya verá que él, apenas sepa que va de parte mía, se pondrá de inmediato a su disposición. Seguramente le hará muchas preguntas de cómo estoy yo... bueno, de mi situación aquí. Si usted llega a verlo, dígame que, dentro de todo, me encuentro bien y con muchas ganas de que todo este infierno acabe de una vez, y así poder regresar a casa. *Monsieur* Ibáñez, de

verdad: si llegara a necesitar ayuda, puede confiar plenamente en Gonzalo.

—Gracias, teniente; aunque espero no tener que necesitar ningún tipo de ayuda, es bueno saber que, en caso contrario, puedo contar con una persona que me eche una mano.

—Espero que no tarde en regresar; de verdad se lo digo, voy a extrañarlo mucho, sobre todo en nuestras reñidas partidas de billar —confesó el francés tendiéndole la mano.

Diego, a la vez que se la estrechaba, murmuró:

—Yo también voy a extrañarlo. Solo espero que a mi regreso encuentre todo bien, o al menos igual.

Con expresión de franca simpatía, el francés alegó:

—Mientras yo y mis hombres sigamos en su casa, todo lo que hay aquí será respetado por nosotros. Y su padre, junto a todos los sirvientes, seguirán teniendo un trato especial. Mucha suerte, *Monsieur* Ibáñez, y que su tío se reponga enseguida.

—Gracias, espero que así sea —repuso el jerezano. Seguido a eso, sin dejar de sonreír, dirigiéndose a la puerta, agregó—: Con su permiso, antes de subir a mi cuarto, voy a saludar a sus hombres y despedirme de ellos.

Al día siguiente, Diego fue a despedirse de don Sancho y su hijo.

Mientras los abrazaba, les pidió:

—Cuidaos mucho: en un día o dos mi padre, junto a José, estará de regreso... —a la vez que los miraba pesaroso, prosiguió—: Con toda seguridad, se hallará muy desalentado ante mi ausencia. Por favor, procuren darle ánimos...

Gustavo, sin lograr esconder su tristeza, musitó:

—No te preocupes; don Pedro estará siempre muy arropado por nosotros. Y... tú también, cuídate mucho. Rosario, Pastora y yo rezaremos por ti.

—Gracias, compañero —murmuró Diego.

Don Sancho lo abrazó palmeándole la espalda; le dijo:

—Te deseo la mejor de las suertes. Ojalá mi hijo y yo podamos también ayudar a don Pedro para que vuestros negocio no acaben como el de la mayoría de los vinateros.

Diego, poniéndole la mano sobre el hombro, replicó:

—No se preocupe por eso. Lamentablemente, tal como pinta todo nuestro panorama, las pérdidas seguirán siendo irremediabiles. Y contra eso nada podemos hacer: solo seguir soportando sin desmayar. Por suerte, el teniente Charpentier me ha prometido que, mientras él continué aquí, nuestra finca y todos sus habitantes serán respetados.

—Como siempre digo, no podemos quejarnos de ese franchute ni de sus hombres. —arguyó don Sancho con aire abatido—. Dentro de todo lo malo,

nos ha tocado convivir con unos invasores bastante humanitarios y, en su mayoría, muy bien educados.

Gustavo, mientras movía la cabeza con ademán fatalista, expresó:

—Pues yo daría lo que no tengo, para que todos... todos ellos se marcharan de aquí de inmediato.

Tras unos instantes de silencio, Diego anunció:

—Bueno, os dejo. Con seguridad, Carlos estará ya esperándome en casa.

Gustavo, luego de volver a darle otro abrazo, adicionó:

—Me reconforta pensar que, al menos, no estarás solo. Ojalá no tardéis en regresar.

—Sí, la compañía de Carlos me será de mucha ayuda. Os prometo que cada vez que pueda, intentaré enviar noticias... —expresó Diego a la vez que, con un nudo en el estómago, reconocía no tener la más mínima sospecha de cuándo podría regresar... si es que algún día lograba hacerlo. Mientras procuraba recobrar la serenidad, con un dejo de inquietud en la voz, añadió—: ¡Adiós!

### *Ansiedad, angustia... y desesperación*

El largo viaje hacia Madrid, a pesar de varios encuentros con soldados imperiales —en los que Carlos y Diego pudieron pasar sin problemas como dos comerciantes afrancesados— resultó relativamente tranquilo.

En aquel fatigoso trayecto, los jerezanos cabalgaban de ocho a diez horas por día, con caballos de refresco que, pese a su escasez, lograban cambiar en las Casas de Postas. Al llegar la noche, ambos amigos pernotaban en las posadas, que encontraban en el camino, y también al raso, amparados en lugares seguros.

Al despuntar el alba, los viajeros volvían a emprender la travesía.

A pesar de que Diego no casi dormía, aun con sus nervios y su desvelo a cuestas, intentaba mostrarse animado. No obstante, con el paso de los días —luego de largas horas de cabalgar sin descanso—, ante la incertidumbre de no saber a lo que tendría que enfrentarse para tratar de rescatar a Bruny, sufría

una gran inquietud, mezcla de angustia y ansiedad. Por suerte a Carlos no le faltaban sus continuos destellos de buen humor y, en medio de graciosas anécdotas —que incluían recuerdos de la niñez de ambos—, siempre acababan por hacer reír a Diego, alejándolo, al menos por un rato, de sus preocupaciones.

Durante aquel prolongado trayecto, los viajeros observaban a lo lejos, con ojos apenados, la visión de aquellos pueblos tristes y melancólicos ya moribundos... que intentaban aferrarse en vano a los ecos de una existencia anterior a la guerra.

Tras casi seis días de agotadora cabalgata, al fin llegaron a destino. Aunque tanto Carlos como Diego ya estaban alertados de la situación que se vivía en la metrópoli en esos aciagos días, lo que sus ojos contemplaron al entrar los dejó mudos. Aquel Madrid de antaño... animado, alegre y bullanguero, ahora se les aparecía como una ciudad fantasmal, abandonada de la providencia divina.

En ese momento los viajeros, con visible consternación, se detuvieron a mirar un carro tirado por una famélica mula mientras cuatro hombres levantaban los cadáveres de dos personas, que apilaron en la parte de atrás, junto a otros cuerpos. Seguido a eso, en silencioso y fúnebre cortejo, reanudaron su camino por las sucias y fangosas calles.

Realmente, por donde se mirara... se respiraba muerte y desolación.

Cuando llegaron a la casona de los tíos de Diego —después de entregar los caballos a un mozo de cuadra—, se dirigieron por la misma entrada de carruajes hasta el interior de la vivienda donde doña Antonia, seguida de su esposo —ambos con semblantes sorprendidos, tras ser alertados por los criados—, ya los aguardaban.

Luego de los abrazos y muestras de fraternal cariño, la tía de Diego, con emocionada voz, exclamó:

—¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! ¡Mi querido sobrino, en compañía de su inseparable amigo Carlos; aquí! ¡En nuestra casa! —Tras fijar los ojos en el

primero de ellos, con expresión alarmada, prorrumpió—: ¿Os habéis escapado de Jerez?

—No, tía, por suerte hemos viajado con nuestros salvoconductos y en completa libertad —respondió Diego tranquilizándola.

—Ah, me alegro mucho, porque tal como están ahora las cosas... —mirándolo de arriba abajo, añadió—: ¡Cuánto tiempo sin verte! Oh, ese cambio de peinado te favorece mucho. De verdad, a pesar de esa descuidada barba, te veo muy bien; realmente no parece que hubieras estado tan mal herido, casi a punto de morir.

—Gracias, tía. Sí, por suerte me siento ya completamente restablecido. Y también muy contento de volver a verlos —manifestó con expresión desfallecida.

Mientras doña Antonia daba órdenes de que sirvieran algo de comer y beber a los recién llegados, don Benito, acercándose a Diego, tras darle un nuevo abrazo, agregó:

—Es verdad, muchacho; nadie diría que hace tan solo dos años atrás te debatías entre la vida y la muerte. —Girándose hacia Carlos, al tiempo que le palmeaba la espalda en actitud cariñosa, agregó—: ¡Bienvenido! Es un verdadero honor tenerte aquí, con nosotros.

—Gracias, señor Alvear. Para mí también es un placer volver a verlos, después de tantos años —respondió el joven Temple.

Doña Antonia, mientras tomaba del brazo a los dos jóvenes, comentó:

—Me imagino que estaréis hambrientos y con ganas de daros un buen baño. Pero, antes que nada... —Tras mirar a su sobrino con ansiedad, le pidió—: queremos saber cómo está toda la familia; sabemos que Jerez, bueno... como en casi toda España, se halla totalmente en poder de los franceses y tu tío y yo hemos estado muy inquietos pensando en vosotros, y también en la familia de Granada.

Diego asintió con la cabeza.

—Hasta el momento de partir, todos se hallaban bien. Mis padres les envían

muchos cariños —expresó con una sonrisa—. Por suerte, mi madre y mis hermanos, antes de que los imperiales entraran a nuestra ciudad, se trasladaron a casa de tía Nati. En cuanto al tío Ramón, hace tiempo recibimos una carta de él en la que aseguraba que, dentro de todo, estaban bien, al igual que los tíos de Sevilla. Y tía Amaranta, a pesar de todo lo que ha pasado, según una carta que recibió mi madre, sigue intentando sobreponerse.—Luego de una breve pausa, a la vez que dominaba su ansiedad, girándose hacia su amigo, agregó —: Los padres de Carlos, por suerte también lograron refugiarse en Londres. Y mi padre y yo..., en los últimos tiempos, hemos estado a caballo, entre Jerez y Cádiz.

Doña Antonia, mirándolos sorprendido, preguntó:

—¿Podíais hacer eso?, ¿los franceses os lo permitían...?

—Sí, unos tres meses después de la invasión a nuestra ciudad, los galos nos facilitaron salvoconductos para poder desplazarnos sin problemas. Y en Cádiz también nos otorgaron otros con los que poder entrar allí; claro que, siempre con muchos registros y averiguaciones —explicó Diego. Seguido a eso, agregó —: Desde el mismo día de la invasión, las casas grandes junto a sus haciendas, al igual que en toda España, han sido confiscadas por los franceses. No obstante, pese a todas esas arbitrariedades, y demás desastres, los franceses que han usurpado nuestra casa son bastante humanitarios...

Carlos, con malquistado semblante, replicó:

—Pues, como bien lo sabe Diego, conmigo no ha pasado lo mismo; no sé si por nuestra descendencia inglesa o porque nos tocaron militares muy soberbios, pero yo he acabado harto de ellos. Y ahora, al frente de mi hacienda, que prácticamente se ha quedado asolada, solo se encuentra mi administrador.

—Qué pena, muchacho —observó don Benito, palmeándole la espalda—. Ojalá que, cuando todo esta pesadilla acabe, puedas volver a levantar tu hacienda.

—Y, ¿cómo está Clemen..., Natalia? ¿Y tus hermanos? —Preguntó doña

Antonia.

Diego volvió a asentir con la cabeza.

—Dentro de todo, bien; solo que Gertrudis, al no tener noticias de su prometido, está muy apagada y, justamente Úrsula es su gran apoyo.

—Pobre niña, con lo ilusionada que estaba con su próxima boda...

Diego, tras mirar a su tía con gesto entre intrigado y triste, le preguntó:

—¿Cómo están tía Elena y las primas Begoña y Micaela? ¿Sabéis algo de ellas?, ¿y también de las viudas de David y Sergio, además de los niños?

—¡Oh!, Elena está fatal —replicó doña Antonia con expresión triste—. Menos mal que sus hijas no la abandonan un solo instante. Hace más de un año, las tres se trasladaron a Segovia y ahora viven allí, junto a la familia de ella. Por suerte las viudas de tus primos también viven en un pueblo cercano a Segovia, y Elena tiene el consuelo de estar cerca de sus nietos.

—Qué penoso todo lo que ha pasado en nuestra familia... —murmuró Diego.

En ese momento entró una criada con una bandeja repleta de rosquillas, rociadas de miel y una humeante jícara de chocolate.

Doña Antonia, a la vez que miraba a sus visitantes, con una cariñosa sonrisa, les dijo:

—Bueno, ahora a merendar. Por suerte aún podemos ofrecerlos este rico manjar. Gracias a Dios, en nuestras despensas y alacenas, hay bastantes reservas de víveres. Pero, de seguir esta maldita guerra, no sé lo que pasará. Porque, como ya habréis visto al entrar a nuestra castigada ciudad, el hambre y la miseria se han adueñado de ella. Realmente da mucha pena caminar por sus calles y ver tantos y tantos famélicos menesterosos.

Diego, con expresión atormentada, musitó:

—Sí, Carlos y yo nos quedamos muy impresionados y casi al borde de las lágrimas al ver el terrible estado en que se encuentra Madrid, con la gente que deambula de un sitio a otro, como almas en pena —Luego de un corto intervalo, agregó—: Por favor, tía, por nosotros no te preocupes por la comida.



—Opino lo mismo, doña Antonia —se apresuró a añadir Carlos—. Comprendemos la situación que se vive hoy por hoy en Madrid, de la que ya teníamos constancia; aunque ahora, verlo con los propios ojos..., tal como ha dicho Diego, nos ha dejado sin habla.

Don Benito, con gesto serio, murmuró:

—Desde el año pasado estamos viviendo una situación muy... pero muy lamentable, que día a día va agudizándose. Todo escasea, y lo poco que hay vale un dineral.

—Se cuenta que incluso mucha gente tuvo que cambiar joyas, de gran valor, por algo de comida. ¡Ay!, y lo peor es que... la gente se muere en las calles —añadió su esposa en medio de un sollozo—. Muchos fallecen por el hambre, de la manera más ignominiosa; y otros, envenenados por alimentos en mal estado...

Don Benito, tras hacer un gesto de incompreensión con la mano, rebatió:

—Sí, y también hay que decir que infinidad de ellos se mueren... por no perder el orgullo, ni la dignidad. Una dignidad, a mi parecer, mal entendida; puesto que todos ellos se niegan a aceptar recibir la ayuda de las tropas francesas... que, también hay que decirlo, se muestran muy impresionados e impotentes ante tantas desgracias.

Doña Antonia, a la vez que secaba sus lágrimas, agregó:

—Eso es verdad; la mayoría de los ciudadanos rechazan, de manera absoluta, el socorro que viene de las manos francesas. Y prefieren morirse a recibir nada de ellos. Todas las mañanas, y a veces también por las tardes, yo, junto a un grupo de mujeres y hombres voluntarios, además de las autoridades municipales españolas, vamos casa por casa de las familias que sabemos pueden ayudarnos, con el fin de recoger todo el socorro que podemos, para dárselas a los más desfavorecidos. Incluso, sin que nadie se entere, les llevamos dinero proveniente de los enemigos.

El dueño de casa, dirigiéndose a los visitantes, con expresión demudada, expresó:

—Los gobernantes franceses también intentan paliar estas catástrofes, y para eso obligan a los ciudadanos más pudientes a pagar impuestos altísimos. Además, el rey José, que es muy sensible y con mucha humanidad, se muestra tan afligido que, de manera reservada, siempre presta ayuda a la población con subvenciones y limosnas, que canaliza por medio de las iglesias, la municipalidad y las diputaciones de barrios. Pero, claro, esas ayudas no bastan: son como una gota de agua en medio del océano.

—Todo es tan horroroso... —murmuró Carlos con visible consternación.

Diego, en medio de un hondo suspiro, comentó:

—Las calles están irreconocibles...

—Se han derribado infinidad de edificios —explicó don Benito—. Entre ellos, los Mostenses, Santa Clara, Santa Ana, San Juan... junto a muchos otros, además de innumerables casas antiguas, lo que da a Madrid el aspecto de una ciudad bombardeada. —Luego de marcar una pausa, don Benito, continuó—: En cuanto a la seguridad de la ciudad, desde 1809 el Gobierno de José I ha creado un centro de inteligencia y espionaje, bajo el nombre de Ministerio de Policía, para el orden público, y la circulación de salvoconductos. También están los regimientos de «jurados», compuestos de españoles que han firmado fidelidad al rey José, y que son los que más temor causan a los ciudadanos.

Doña Antonia, con los ojos desbordados de lágrimas, rebatió:

—Es como dicen por ahí: lo que ha ocurrido en esta hermosa Villa del Oso y del Madroño es una verdadera calamidad; una guerra de exterminio que está llegando a amenazar la existencia de la vida.

Don Benito, pesaroso, resaltó:

—Lamentablemente, desde el año pasado los subsidios mensuales han tenido que ser reducidos. —A continuación, a la vez que cogía de la bandeja una crujiente masa, dirigiéndose a los recién llegados, agregó—: Bueno, apenas acabéis de tomar el chocolate y probar estas sabrosas rosquillas (que nuestra cocinera, la querida Rosita, nos hornea todos las tardes), podréis contarnos, sin omitir nada, todo lo que pasó en Jerez en estos últimos dos años. Y,

también las razones de vuestra visita.

—De acuerdo, tío —repuso Diego.

Un hora después, en un rápido relato, los jerezanos acabaron por contarles los episodios más significativos de la invasión a Andalucía.

Don Benito se mostró muy interesado en conocer la brutal e injusta muerte del gobernador de Cádiz, en manos de los ciudadanos antes de la guerra. Seguido a eso, el dueño de casa, tras una breve pausa, a la vez que miraba muy serio a su sobrino, acotó:

—Ahora explícanos las reales causas por las que estáis aquí. Te confieso que, por más que lo intento, no puedo responderme. Por favor, no nos ocultes nada...

Ante la directa interrogación de su tío, Diego esbozó una nerviosa sonrisa.

Con voz un tanto insegura, respondió:

—Carlos y yo... estamos en Madrid, por asuntos... digamos, un tanto secretos. —Con un disimulado ademán, en su deseo de mostrarse distendido, siguió—: No sé si estáis enterados de que... desde hace un tiempo, mantengo contacto directo con... el cabildo de Cádiz.

Ante esa confesión don Benito y su esposa se miraron sorprendidos.

—Vaya... —musitó doña Antonia—. ¿De verdad lo dices? Entonces, ¿estáis aquí por una misión de espionaje? —De pronto, contemplándolos con una expresión demudada, añadió—: ¡Ay, Dios mío!, espero que no sea nada peligroso.

—No se preocupe, tía... —repuso Diego con sonrisa flemática—. Nuestra misión no reviste ningún peligro.

—Bueno, aunque eso no alivia mi preocupación, me alegra saberlo —prorrumpió doña Antonia—. Por favor; hagáis lo que hagáis, ambos tienen que tener mucho cuidado. En Madrid la policía francesa encarcela a la gente sospechosa, casi por nada y sin ninguna contemplación, incluso a pacíficos vecinos —acabó con exagerados ademanes.

Don Benito, arrellanándose en su asiento, sin apartar los ojos de su sobrino,

mirándolo serio, se reafirmó:

—Tu tía tiene razón. Aquí ya no tenemos libertad para nada; incluso a las personas en las calles les está prohibido permanecer en grupos. Ni siquiera pueden pararse a mirar los escaparates de las tiendas, porque la policía francesa multa a los dueños con unos doscientos ducados. De ese modo los pobres tenderos, y también los hortelanos, tienen que salir a dispersar a sus clientes para que estos no permanezcan junto a sus puertas o vidrieras.

Doña Antonia, con visible inquietud, apostilló:

—Como ya lo veis, lo que se está viviendo en nuestro querido Madrid, antaño alegre y bullicioso, es terrible y desconsolador.

Tras un largo rato más de charla, la dueña de casa, en un brusco cambio de tema comenzó a relatarles a los recién llegados las últimas noticias que tenía de su hijo Aníbal, a la vez que les mostraba la última carta, que acababa de recibir de este, desde la lejana Buenos Aires.

Dos horas después, luego de tomar un relajante baño caliente, los viajeros volvieron a reunirse con los dueños de casa. Luego de la cena, apenas don Benito logró rescatar a los dos jerezanos y llevárselos a su despacho, les ofreció un exquisito vino francés. A continuación, tras encender su pipa, miró fijamente a su sobrino. Con aire preocupado, le increpó:

—Ahora, vamos al meollo de la cuestión: a pesar de lo que le dijiste a tu tía, de que no nos preocupáramos y de que todo estaba bien, intuyo que no nos has dicho toda la verdad. Por favor, sincérate conmigo y cuéntame lo que realmente pasa. ¿Qué clase de misión, por orden del Cabildo de Cádiz, tenéis que realizar justo aquí... en una ciudad aislada, como está ahora Madrid, tomada completamente por las tropas francesas?

Ante aquel interrogatorio, los jerezanos se miraron entre sí.

—En realidad, ni Carlos ni yo tenemos que realizar ninguna misión — confesó Diego.

Don Benito, mirándolos intrigado, replicó:

—Entonces... ¿se trata de algún problema familiar? —Tras mirar a su sobrino con fijeza, inquirió—: ¿De verdad todo está bien por Jerez y Cádiz, incluso por Sevilla, Granada... o Córdoba, donde está la demás familia?

Diego levantó el brazo en alto y lo tranquilizó:

—Sí tío, tal como os conté, hasta el momento de partir hacia aquí, todo estaba bien; Carlos puede atestiguar lo que digo. —Tras permanecer unos instantes pensativo, agregó—: Pero he de confesarle que... mi precipitado viaje a Madrid, al que Carlos se ofreció a acompañarme, se debe únicamente a motivos personales que, ante la presencia de tía Antonia, no quise mencionar. —Mirándolo con fijeza, exclamó—: Tío, necesito su ayuda.

Don Benito aspiró de su pipa; luego de asentir con la cabeza, ironizó:

—Estaba seguro de que algo te ocurría. Habla sin reparos, te escucho.

Carlos se puso de pie y, discretamente apartado, comenzó a observar los estantes repletos de libros.

A Diego le costó empezar con su relato.

—Bueno, he venido hasta aquí... —manifestó al fin, en medio de una nerviosa exhalación. Tras volver a aspirar una bocanada de aire, sin circunloquios, acabó por confesar—: Porque tengo que sacar de la cárcel a una mujer. Y necesito de todas sus influencias.

Ante esa confesión, don Benito, atragantándose con el humo de su pipa, dio un respingo. Cuando se repuso de la impresión, prorrumpió:

—¡Vaya por Dios! ¿Sacar de la cárcel a... a una mujer? Vaya, no es que me sorprenda demasiado, sobre todo viniendo de ti. Pero, a ver, ¿qué historia es esa? ¿Quién es esa dama en apuros?, ¿y por qué está privada de su libertad? Acláramelo.

Tras un fugaz titubeo, Diego se soltó del todo:

—Se trata de..., la misma joven mujer a la que ayudé a escapar aquí..., en Madrid, antes de la guerra. Y a su vez usted me ayudó a quedar libre de sospechas...

Don Benito, con expresión anonadada, barbotó:

—¿La que estaba acusada... del asesinato de un francés?

—La misma —admitió Diego quedándose luego muy quieto.

—¡Ay, la Virgen! Y... ¿quieres sacarla de la prisión? —profirió don Benito pasmado—. ¿Nada menos que... de una prisión francesa? ¿Has hecho un viaje tan largo para eso? ¡Es la máxima locura que he escuchado en mi vida! Si lo piensas, y lo meditas bien, verás que es un proyecto totalmente descabellado.

Con el semblante pálido, Diego replicó:

—Ya lo sé, tío, pero no puedo renunciar a intentarlo. Ella es... la mujer que amo.

—¡Ah, pero qué novedad! Ya sabemos que tú amas a todas. Y que por todas estás dispuesto a los disparates más absurdos; incluso hasta de enfrentarte a un pelotón de fusilamiento, o a la horca.

—Tío, esta vez es diferente —repuso Diego con expresión impasible.

—Sí, claro, siempre es diferente. Mira, sobrino, voy a darte un consejo: abandona de inmediato esa idea tan descabellada; estamos en guerra y, yo mismo me encuentro en peligro. Hasta hace muy poco he estado siendo vigilado por los franceses. Creo que, a pesar de mi legendaria fama de afrancesado, hay muchos que desconfían de mí, sobre todo de algunas de mis actividades. Por favor te lo pido, recapacita. —Mirándolos un tanto nervioso, apostilló—: Ya que ambos estáis aquí, podéis pasar unos días de descanso con nosotros, y luego os regresáis a Cádiz, sin intentar ningún desatino. Por favor, olvídate de tus locos propósitos que, incluso, pondrían en riesgo a toda la familia.

—No. No puedo hacer eso... —musitó el reprendido con indecible terquedad.

—¿Cómo qué no puedes? Di mejor que no quieres. Porque, si lo analizas bien, usando tu sensatez, si es que aún te queda algo de ella, es lo más razonable que podrías hacer. Por lo que más quieras, olvídate de esa mujer que solo te acarreará muchos más problemas. Sácatela de la cabeza de la manera que sea...

Diego, mirándolo obstinado, le rebatió:

—Eso sería como pedirle al río; que... regrese a la montaña. ¡Totalmente imposible!

La respuesta de su sobrino dejó a don Benito con la boca abierta.

Por su parte, Carlos, con ademán disimulado, se echó a reír.

—¡Vaya!, esa especie de metáfora, ¡no veas lo que me ha impresionado! — Gruñó don Benito ceñudo. Sin cambiar de gesto, añadió—: No cabe duda de que, aparte de tu insensatez, eres un dramático comediante.

—Con todo respeto, tío, estoy locamente enamorado de esa mujer; de una manera que muero de amor por ella. Desde que supe que está en Madrid, a merced de los franceses, no puedo casi vivir. Me siento muy mal caminando a ciegas entre la ansiedad, la angustia y la desesperación. —Después de establecer una breve pausa, un tanto balbuceante, prosiguió—: No... puedo abandonarla..., desde hace más de dos años está encarcelada... y me necesita. —Mirándolo angustiado, con actitud tozuda, añadió—: Créame, tío, que... para salvar a Brunilda, sería capaz de enfrentarme al mismo demonio, si fuera necesario—. Mientras Diego exponía sus argumentos, don Benito lo observaba furibundo. Carlos, desde una prudente distancia, los contemplaba sin atreverse a intervenir—. Siento darle este disgusto —prosiguió Diego, con semblante alterado—. Pero no tenía a quién recurrir. Y, como sé que usted tiene influencias hasta en la Corte, pensé que podría ayudarme a sacar de la cárcel a la mujer que deseo hacer mi esposa... —Mientras su tío continuaba observándolo colérico, agregó—: Permítame decirle que de verdad, no estoy loco. Desde que ella está en mi vida, he comenzado a sentirme realmente cuerdo. Por favor, al menos, déjeme contarle mi historia con Brunilda, y Carlos atestiguará lo que le digo.

Don Benito, tras una honda inspiración, se bebió de golpe el resto de su copa. Seguido a eso, encendió de nuevo su pipa y, repantigándose en el mullido sofá, ordenó:

—Adelante, te escucho.

Carlos, luego de servir otra ronda de vino, tomó asiento frente a ellos.

Segundos después, Diego inició su relato:

—Todo comenzó a principios de 1807, durante un viaje que Carlos y yo hicimos a Londres, a casa de sus tíos... —Con voz ansiosa, le confesó su inmediata atracción por la joven prusiana, hasta acabar rendido ante sus encantos. Seguido a eso, le explicó el reencuentro de ambos en el baile de Jerez, y luego en Madrid, además de los reales motivos sobre el asesinato del francés, a manos de ella. Luego, un tanto abochornado, le relató el apasionado amor que los había unido esa misma noche. También se explayó en sus continuos sueños con Brunilda, durante su convalecencia (sin siquiera saber de quién se trataba), hasta el momento de recuperar todos sus recuerdos. Por último le habló de la llegada de su cuñada Matilde a Cádiz, donde le confesó que Bruny se hallaba cautiva de los franceses. Al acabar, visiblemente apesadumbrado, añadió—: Esa es casi toda mi historia con ella. Espero que ahora me comprenda un poco mejor. Como ya lo ve, Brunilda no es una vulgar asesina; ha sufrido mucho. Por último, tío, quiero que sepa que sepa que... por nada del mundo renunciaré a ella. Haré todo lo que esté a mi alcance para sacarla de donde está; aunque en eso se me vaya la vida. Si usted no puede ayudarme, buscaré apoyo en otras personas.

—Comprendo tus sentimientos, incluso puedo llegar a entenderte. Pero ¿no te das cuenta de que esa posibilidad, tal como están las cosas en Madrid, desde todo punto de vista es... algo imposible? ¡Ella no solo está acusada de dar muerte a un agente de Napoleón, sino también de espionaje contra Francia! —exclamó don Benito, mientras movía la cabeza con aire preocupado.

Tras unos segundos de indecisión, Diego replicó:

—Lo siento, tío, pero no me quedaré de brazos cruzados. Como ya lo he dejado claro, si no puedo hacerlo de manera legal, idearé un plan.

El señor Alvear, después de exhalar el aire de sus pulmones, inquirió:

—Y para rescatar a tu amada, con un descabellado proyecto que tu calenturienta mente está fantaseando, ¿ni siquiera te importa poner a tu mejor



amigo a los pies de los caballos? Porque él, al seguirte en toda esa odisea, se verá arrastrado en una loca aventura llena de peligros, incluso poniendo en riesgo su vida, ¿no crees?

Carlos, miró de frente al tío de su amigo. Con el brazo en alto, exclamó:

—No, don Benito, Diego no me pidió venir con él: fui yo quien insistió en acompañarlo, a pesar de que él se negaba.

El dueño de casa, en silencio dejó la pipa sobre una mesita.

Luego de mirar largamente a su sobrino, murmuró:

—Muy bien, intentaré ayudarte. Mañana, a eso de las once, iremos a ver al gobernador francés, Joseph Nicolás Lafon-Blaniac, que me debe algunos favores personales. —Mientras fijaba sus tormentosos ojos en los de Diego, expresó—: Has tenido suerte: hace muy poco que este ha sustituido al general Belliard, con el que yo no tenía muy buena relación. Quizás Lafon-Blaniac pueda echarnos una mano y ponerme en contacto con alguien que nos ayude; al menos, para facilitarte un encuentro con ella. Pero no puedo prometerte nada más, solo advertirte que sacarla de donde está... será una empresa muy difícil, por no decir imposible.

—Gracias, tío —expresó Diego llevándose las manos al pecho al tiempo que suspiraba aliviado—. Gracias por su ayuda, y por su comprensión. Y quiero que sepa que no es mi deseo que usted se involucre demasiado en este asunto. Solo le pido que me ponga en contacto con las personas adecuadas, y yo haré el resto usando un nombre falso. Como ya lo ve, ahora uso otro peinado y, desde antes de salir de Jerez, he estado dejándome crecer la barba; creo que de ese modo podré evitar que me recuerde alguien perteneciente a la policía que me arrestó aquel día.

—Sí, tu cambio de aspecto puede ayudarte un poco a no ser reconocido al menos de inmediato —reflexionó don Benito. Mirándolos con gesto serio, añadió—: Y, por favor, ten mucho cuidado.

—Se lo prometo —aseguró Diego con la mano levantada—. Y, además, evitaré poner en riesgo nuestra integridad.

Con expresión grave, el señor Alvear agregó:

—Y también procura que tu tía no se entere de nada.

Al día siguiente, a la hora indicada, mientras don Benito hablaba con el gobernador francés, los jerezanos —sentados dentro del coche, aparcado en una plaza—aguardaban ansiosos. Diego, quien había pasado otra noche casi de vigilia, bajo la serena mirada de Carlos, sentía que los nervios estaban martirizándolo.

Luego de un rato de trivial charla, el primero de ellos, con ademán cansado, sacó un papel del bolsillo de su *marsellés*; extendiéndosela a Carlos, apostilló:

—Es la dirección de un amigo del teniente Charpentier, que se encuentra aquí, en Madrid, en el Ministerio de Policía. Me la ofreció por si necesitaba ayuda. Incluso me aseguró que, si tuviera necesidad de recurrir a él, no lo dudara. Y, la verdad, no sé qué hacer.

Carlos, tras unos segundos de meditación, replicó:

—Ufff; pues yo que tú no me arriesgaría a presentarme ante él. Es más, creo que eso podría ser muy peligroso dada nuestra misión.

—Sí, yo también pienso lo mismo. En fin, ya veré lo que hago.

En ese momento don Benito abrió la puerta del carruaje.

Mostrándole a su sobrino un papel sellado, le comunicó:

—Ya está. Ahora, dentro de unos minutos tengo que presentarme en el despacho del jefe del Ministerio de Policía, para hablar con él en privado. Hasta el año pasado ocupaba ese mismo puesto uno de mis amigos de juventud, que ejercía de fiscal de la Sala de Alcaldes de la Casa y Corte. Pero, por lo que me ha dicho el gobernador, el ministro que ahora está temporalmente en su puesto también es un viejo conocido mío. —A la vez que le daba a su cochero instrucciones, dirigiéndose a los jerezanos, agregó—: Vamos ya, vosotros me esperaréis en la antesala. Si todo sale bien, os mandaré llamar.

En silencio los tres se dirigieron al Ministerio de Policía. Mientras don Benito pedía ser conducido ante la presencia de la máxima autoridad allí, Carlos y Diego tomaron asiento en un banco de madera. Media hora después, un guardia los invitó a pasar. Una vez dentro, los jóvenes fueron recibidos por un hombre con grandes patillas y sonrisa afable. Don Benito, con ademán serio, hizo las presentaciones. El anfitrión, luego de estrecharles las manos, expresó:

—Encantado de saludarlos, soy el ministro Simón Valverde Casanova. Tomen asiento, por favor. —Seguido a eso, dirigiéndose a Diego, agregó—: Su tío, al que me une una larga amistad de muchos años, me ha expuesto los motivos que lo traen por aquí. Y, por lo que he entendido, son asuntos..., aunque muy graves, puramente románticos. —Tras echarse a reír, comprensivo, siguió—: Pero, permítame decirle, sin ánimo de ofenderlo, que está usted interesado en una mujer muy... pero muy peligrosa, acusada del asesinato de un agente francés. La misma que usted, y eso no me lo negará, ayudó a escapar el día del crimen. —Mirándolo con fijeza, en voz baja, acotó—: Se preguntará si es por su tío que estoy al tanto de todo esto, ¿verdad? Pues no, y enseguida se lo aclararé: el día que a usted lo apresaron, luego del asesinato del francés, yo era secretario del abogado de su tío, el mismo que logró que usted quedara libre y que, dicho sea de paso, fue algo que me alegró mucho. —Marcó una pausa para leer uno de los papeles que tenía sobre el escritorio y, con impresionada expresión, prosiguió—: Esa dama, también está imputada de conspiración y espionaje, junto con su cuñada y, un grupo más de personas, muchos de ellos prófugos. —Después de atusarse el bigote, adicionó—: Una cosa quiero que sepa: Aunque nadie cree en la inocencia de esa joven, estoy al corriente de los motivos que la llevaron a matar a ese sujeto y no dejo de comprenderla y también de sentir compasión por ella. —Seguido a eso, tras volver a mirar a Diego con semblante apesadumbrado, agregó—: Lamentablemente, tengo para usted malas noticias: su dama está a punto de ser trasladada a París, para ser juzgada allí, bajo la ley marcial francesa.

El impacto de esa revelación fue demoledora para el jerezano. “¿Podrá eso significar la sentencia de muerte para Bruny?”, se preguntó abrumado, mientras sentía que su corazón aceleraba sus latidos. Luego de unos instantes de silencio, secándose el sudor de la frente, con apenas un hilo de voz, Diego expresó:

—Debo verla antes de que..., sea trasladada. Por favor, ¿puede usted ayudarme?

—¡Ah, el amor!, ¡el amor! —replicó el ministro a la vez que volvía a sonreír. Sin cambiar de gesto, replicó—: Tiene suerte de que yo, a pesar de mi profesión... y de las complicadas circunstancias, en que me encuentro ahora, sea un romántico incurable. —Tras una pausa, con sonrisa benévola, apostilló —: Regrese mañana por la mañana; ahora mismo moveré mis contactos para informarme dónde se encuentra *Mademoiselle Cavaglione*.

Diego sacó de su bolsillo un papel. Extendiéndoselo al señor Valverde, le dijo:

—Aquí tengo apuntada la dirección donde la llevaron el día de su arresto y...

Sin dejar que el joven acabara de hablar, don Simón se lo arrebató; luego de leerlo, con sonrisa esperanzadora, exclamó:

—¡Perfecto!, veremos si aún está allí. De ser así, haré lo posible para que ambos tengan unos minutos a solas. Lamentablemente, no le puedo prometer nada más; las cosas pintan muy mal para ella.

—Gracias, mañana por la mañana, me tendrá usted de nuevo aquí —respondió Diego.

El ministro, acercándose más a él, le susurró:

—Permítame advertirle que, si se descubre su identidad, usted también puede ser apresado. Y, aunque yo lo veo muy cambiado (incluso, de no haber venido usted en compañía de su tío, no lo hubiera reconocido), no obstante, sería mejor que cambiara de nombre.

—Ya lo había pensado —respondió Diego—. Me haré pasar por un ciudadano francés, de nombre Paul Lescot.

—¿Podrá usted fingir eso? —inquirió el señor Valverde mirándolo intrigado.  
—Sin problemas: domino a la perfección la lengua gala.  
—Ah, estupendo, *monsieur* Lescot. Eso le facilitará bastante las cosas.  
Espero que no se olvide de su nuevo nombre —bromeó don Simón.

Media hora después don Benito, ya en el coche, a la vez que miraba preocupado a su sobrino, dijo:

—La situación actual de... esa mujer cambia mucho las cosas.  
—Sí, realmente, esta noticia ha causado en mi ánimo un gran quebranto —  
murmuró Diego mordiéndose los labios.  
—Te comprendo —Añadió Carlos, palmeándole la espalda compasivo.  
—Si a ella la trasladan a París para ser juzgada allí —reflexionó don  
Benito, en actitud nerviosa—, nada se podrá hacer. —Con los ojos fijos en su  
sobrino, añadió—: De modo que tus intenciones de sacarla de prisión se han  
ido al traste...

—O... no —rebatió Diego, a la vez que sacudía la cabeza.  
Por unos instantes Carlos y el señor Alvear lo miraron en silencio.  
—Pues yo, por más improvisaciones que hago, no logro darme cuenta de qué  
manera piensas intentar liberarla —admitió el más viejo con notable aflicción.  
Diego, en medio de un gesto atormentado, masculló:  
—En estos momentos mi cabeza es un caos, donde no paran de pasar y  
reparar ideas.

—¡Ay!, qué miedo me das —expresó don Benito pesaroso.  
Carlos, volviéndole a poner la mano sobre el hombro de su amigo, lo  
tranquilizó:

—Por favor, cálmate; no te adelantes a los acontecimientos. Estoy seguro de  
que, luego de hablar con ella, tendrás más información sobre ese posible  
traslado. Y, quizás, también podrás enterarte del día que este se llevará a cabo.  
A partir de ahí veremos cómo pintan las cosas y qué podremos hacer.

Diego, con apenas un hilo de voz, respondió:

—Gracias, amigo; eso es lo que haré. Ahora, lo más importante para mí es volver a ver a Bruny; saber cómo está y, sobre todo... que ella sepa todo lo que significa para mí. Y también averiguar sobre su traslado a París.

Ese atardecer, mientras don Benito hablaba con Carlos, Diego, preso de la ansiedad a la vez que no dejaba de repetirse las palabras del ministro Valverde: «Su dama está a punto de ser trasladada a París para ser juzgada allí, bajo la ley marcial francesa», tuvo que soportar la ininterrumpida charla de su tía Antonia que a cada instante se lamentaba de tener a su único hijo tan lejos.

—¿Te imaginas cómo me siento? —prorrumpió de golpe echándose a llorar—. Tengo tres nietos; quizás ahora ya cuatro, a los que quizás nunca conoceré.

—Tía, ya verá usted que, apenas termine la guerra, Aníbal regresará acompañado de su familia —la consoló Diego con lenta elocuencia—. Usted sabe que, si no lo ha hecho aún, es también porque, desde hace ya mucho tiempo, en Buenos Aires las cosas tampoco están muy serenas.

Esa noche, antes de acostarse, Diego, ayudado por Agustín —el amable mayordomo negro de la casa de sus tíos—, se dio un placentero baño caliente. Luego de eso, se dedicó al arreglo de su barba y bigotes, recortándolos de manera pulcra y elegante.

Al día siguiente, el ministro don Simón Valverde Casanova los recibió de nuevo.

Tras los saludos, dirigiéndose a Diego con semblante risueño, le comunicó:

—Tengo buenas noticias: La dirección era la misma que usted nos dio. Y esta tarde, a eso de las cuatro, podrá ver a su damita y hablar con ella unos minutos. —Le extendió un sobre lacrado, además de un papel, y agregó—: Aquí tiene este documento que lo acreditará para poder verla sin inconvenientes. Y este otro también para desplazarse por la ciudad sin ser molestado. Apenas llegue al convento, pida hablar con don Antonio Muñoz Rivert: es mitad español y mitad francés. En estos días, está en reemplazo del

jefe del presidio. Él le facilitará el encuentro con su dama. A ella la atienden dos mujeres y, por lo que me han dicho, al ser una convicta modelo, con un comportamiento ejemplar, le tienen mucho aprecio. Bueno, ante todo, recuerde dar su nombre falso; allí esperan recibir a un caballero francés recién llegado del extranjero, que desea visitar a *mademoiselle* Cavaglione y que está muy relacionado con la familia de la reclusa. —Luego de establecer un intervalo, le recomendó—: Y, por lo que más quiera, no cometa ninguna imprudencia; los alrededores del convento están muy vigilados. Como ya debe saber, están prohibidas las reuniones en las calles de modo que intente, todo lo que pueda, no llamar demasiado la atención de nadie. —Girándose hacia don Benito, agregó—: Es todo lo que puedo hacer en este asunto; lo demás depende de vosotros.

—Gracias, Simón. Has hecho bastante más de lo que esperaba —reconoció don Benito dándole un cariñoso abrazo.

—No me des las gracias; sabes que yo a ti te debo mucho más —rebatió el comisario. Tras eso, dirigiéndose a Diego, le dio la mano. Con una cómplice sonrisa, lo saludó—: Bueno, *Monsieur* Lescot, le deseo mucha suerte.

—Muchas gracias, señor Valverde. Y no tema: le aseguro que no pienso arriesgarme, y mucho menos cometer errores —respondió Diego, devolviéndole el gesto.

Luego de comer frugalmente en casa de sus tíos, Diego, quince minutos antes de las cuatro de la tarde, acompañado de Carlos y de don Benito, llegaron hasta las cercanías del antiguo convento, donde Brunilda se hallaba privada de libertad.

El señor Alvear, antes de que su sobrino bajara del carruaje, le puso la mano sobre el hombro y, con semblante pétreo, le dijo:

—Ahí tienes la prisión donde está tu amada. De aquí, en adelante, tendrás que arreglártelas solo. Mucha suerte y ojalá que todo salga bien; Carlos me acompañará a hacer unos trámites y, luego de asistir a una reunión, ambos

regresaremos a casa. Cuando salgas, si no consigues coger un coche de alquiler, cosa que es lo más probable, regresa por las calles que ya te señalé: son las menos peligrosas. Ante cualquier problema que tengas, no discutas con nadie. Y, si te tropiezas con la policía francesa, háblales en su idioma. Muéstrales el papel que te dio el señor Valverde, y nada más. Y por favor, ten cautela con lo que dices y haces.

—No tema, tío. Y gracias por todo —murmuró Diego.

—Ah, se me olvidaba recordártelo —añadió don Benito—: Como ya te lo dijo tu tía durante el almuerzo, esta noche, en casa tendremos visitas; la mayoría son amigos con los que nos reunimos para programar las ayudas diarias a los más necesitados. Y yo creo que... sería mejor que ninguno de ellos reparara en ti.

—De acuerdo, no se preocupe, entraré por la puerta de atrás —repuso Diego mientras asentía con la cabeza.

Carlos, acercándose a su amigo, le dijo:

—Mucha suerte. Y, preséntale mis respetos a Brunilda.

—Gracias, así lo haré. ¡Demonios!, estoy tan nervioso que apenas puedo mantenerme en pie. De verdad, la ansiedad y la angustia, a más de la desesperación, están matándome.

—Te comprendo; cualquiera en tu lugar estaría igual. Pero ahora, procura calmarte. En estos momentos lo más importante para ti es mantener la serenidad, cueste lo que cueste. Y... ya lo verás, todo saldrá bien.

—Ojalá así sea. No te preocupes: intentaré seguir tu consejo. Hasta luego, amigo —respondió Diego, dándole la espalda.

Apenas traspuso las escaleras del convento, le salieron al paso varios soldados y lo rodearon. Con ademanes, en apariencia, tranquilos, Diego se presentó ante ellos, mostrándoles los documentos que el ministro Valverde le había facilitado.

Enseguida fue conducido a una sala. Tras varios minutos de espera, un guarda lo acompañó hasta un despacho a la vez que un hombre, de unos



cuarenta años, le tendió la mano al tiempo que exclamaba en francés:

—*Monsieur* Lescot, por favor tome asiento. —Tras ocupar un sofá detrás del escritorio, agregó—: Soy Antonio Muñoz Rivert, jefe suplente de esta prisión, y tengo órdenes del gobernador francés, Lafon-Blaniac y del jefe del Ministerio de Policía de dejarlo hablar con la convicta *mademoiselle* Cavaglione...; ¿estoy en lo cierto?

—Está usted en lo cierto —confirmó Diego a la vez que procuraba aplacar sus nervios.

—¿Qué clase de relación lo une a la reclusa? —inquirió el jefe mirándolo fijamente.

—Soy amigo personal de ella... y también de sus familiares de Inglaterra y de Italia.

—¿Usted está al tanto de todos los delitos que pesan sobre *Mademoiselle* Cavaglione, aparte de el de espionaje?

—Por lo que me han contado..., dio muerte al asesino de... su padre y de su hermano —manifestó Diego un tanto evasivo.

—¡Ah!, eso es lo que ella alega —replicó *Monsieur* Rivert con una carcajada—. Pero nadie se cree ese cuento; lo que sí se sabe, seguro, es que es una intrigante que, valiéndose de su gran belleza y su innegable señorío, por dos años estuvo conspirando contra el emperador Bonaparte y su hermano, el rey José. En cuanto al asesinato de *Monsieur* Pierre Lafeille d'Étaples, se dice que fue él quien la descubrió. Y que, cuando la apresó, en un descuido de él, ella, fríamente, y sin ninguna contemplación, le clavó un puñal en la garganta —concluyó el policía. A continuación, sin esperar a que el visitante respondiera, llamó a un guardia. Apenas este se presentó, *Monsieur* Rivert, volviéndose de nuevo a Diego, le dijo:

—Solo puedo darle quince minutos que podrían alargarse en dos o tres más, que comenzarán a contarse desde el momento en que usted y la reclusa estén frente a frente. —Mirándolo irónico, le advirtió—: Aunque usted dice conocerla, permítame darle un consejo: tenga mucho cuidado con ella. Todos

aseguran que es una manipuladora muy peligrosa, acostumbrada a seducir y deslumbrar con su belleza.

Diego asintió con la cabeza. Con sonrisa entre cómplice y distendida, respondió:

—Muchas gracias. En realidad, hace ya muchos años que no la veo. Y, de verdad, el retrato que me acaba usted de hacer de ella ahora me sorprende mucho. Pero procuraré tener cuidado para no caer bajo sus encantos.

—Bueno, ya sabe usted que, con los años, las personas podemos cambiar mucho; algunos, para bien, y otros, para mal —aseveró *Monsieur Rivert*.

Unos minutos después, luego de atravesar un salón, mientras seguía al guarda, Diego fue conducido a un claustro iluminado apenas por la luz que entraba de una alta claraboya. Y, por único mobiliario, había un alto y vetusto armario.

—Espere aquí unos momentos —le ordenó el guardián antes de salir del recinto.

### *El soñado reencuentro*

Diego se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la entrada. Los minutos comenzaron a pasar; mientras, su nerviosismo y su inquietud se hacían cada vez más evidentes. De pronto recordó el día en que su hermana Gertrudis le había preguntado: «Cuando ves a Trini, ¿sientes mariposas en el estomago?».

Sumido en la ansiedad —a la vez que reconocía que, en ese momento, dentro de su pecho, a más de mariposas en el estómago, experimentaba la agónica sensación de tener un potro desbocado—, esbozó una sonrisa.

Por fin se abrió la puerta; el corazón de Diego se aceleró. Y, mientras el carcelero se quedaba junto a la entrada, la vio aparecer. Para él fue como verla surgir en sus sueños. A duras penas, mientras apelaba a su sensatez, contuvo el deseo de correr hacia ella, levantarla en brazos y besarla, hasta quedar sin aliento.

Con el alma en suspenso, permaneció unos instantes inmóvil, mirándola

fijamente. ¡Estaba tan delgada y tan pálida pero, al mismo tiempo, tan hermosa y tan deseable! Brunilda dio unos pasos indecisos hacia él y, de pronto, al mirarlo con más detenimiento, se detuvo. Llevándose las manos al pecho, dejó escapar una exclamación.

Sin darle tiempo a nada, en dos zancadas Diego estuvo a su lado y le tomó de la mano. Antes de besársela, le susurró:

—Disimula, no me nombres.

A continuación, al ver que el guarda les daba la espalda, Diego le rodeó la cintura y, llevándola detrás del alto armario, la besó largamente en los labios. Por espacio de varios segundos, la magia de esos momentos los mantuvo inmóviles, recreándose el uno en el otro, sin pensar en nada... solo en ellos dos.

Aquel primer contacto con Bruny después de tanto tiempo a Diego le causó una sensación de dulce placer que lo dejó casi al borde del colapso. Realmente, eran muchas emociones juntas para poder asimilarlas de golpe.

—Amor mío, pensé que... jamás volvería a verte —musitó sobre los labios de ella, en medio de un hondo suspiro, mezcla de ansias y anhelos. — Brunilda, entregada a la intensidad de su emoción, se colgó de su cuello, cerró los ojos y empezó a llorar. Él, apretándola contra su pecho, volvió a besarla con delirante exaltación. Seguido a eso, a la vez que le acariciaba la espalda, musitó conmovido—: No, por favor... no llores. ¡Oh!, me parece un sueño poder abrazarte de nuevo, volver a besarte. ¿Recuerdas el momento en que nos despedimos?, ¿cuando tú me dijiste: «Adiós»... y yo te respondí: «No. Me niego a decirte adiós; te diré mejor: Hasta cuando... volvamos a encontrarnos»? Como ya lo ves... yo estaba en lo cierto.

Ella, levantó los ojos hacia él y balbuceó:

—¿De verdad... eres tú, detrás de esa... barba? No puedo creer que estés aquí; me dijeron que... un caballero francés, Paúl Lescot, me buscaba, y... tuve mucho miedo. Y, al descubrirte, casi me desmayo; te creía perdido. Entonces, ¿eso quiere decir que Matilde habló... contigo?, ¿cómo... cómo está ella?

Diego estrechó su brazo sobre la cintura de ella y respondió:

—Muy bien. —Sin dejar de acariciarla, prosiguió—: Me dijo que había estado en Cádiz varias veces, buscándome. Por desgracia, nuestros primeros encuentros no pudieron realizarse porque yo estuve muy mal luego de caer herido...

—¿Te hirieron? ¿Dónde? —preguntó, mirándolo con ansiedad.

—Aquí —señaló Diego. Y, tomándole la mano, se la colocó en su pecho, justo sobre la cicatriz de la herida. Enseguida añadió—: Fue durante la batalla de Bailen.

—Oh, Dios mío. Suerte que no te pasó nada irreparable —susurró ella apretándose más contra él.

Diego le tomó la cara entre sus manos y siguió diciéndole:

—Ese mismo día sufrí un fuerte golpe en la cabeza, que afectó algunas de mis facultades, impidiéndome hablar ni recordar casi nada de mi pasado. —Separándola un poco de su lado, la miró a los ojos; con un dejo de tristeza, continuó—: Ni siquiera te recordaba a ti, ni nada de lo nuestro. No obstante, tenía continuos sueños con una mujer que me obsesionaba. Hace unos meses, tras recibir un nuevo y fortuito golpe en la cabeza, recuperé esa parte de mi memoria, que permanecía en tinieblas. Y lo primero que vino a mi mente fue la noche en que tú y... yo nos amamos en Madrid. No obstante, aquello para mí resultó devastador... porque ahí me di cuenta de que la mujer de mis sueños estaba perdida para mí. Tenía el convencimiento de que te habías casado y de que ya estarías viviendo junto a tu esposo... en América. Por muchos meses sufrí en silencio un calvario, a la vez que intentaba inútilmente olvidarme de ti. Solo me quedaba un mechón de tu pelo... en recuerdo de aquella noche de amor. —La miró extasiado y, después de volver a besar sus labios con deleite, apretándola contra su pecho, le preguntó—: ¿Por qué, si no pensabas casarte, no recurriste enseguida a mí? Ese día regresé a buscarte, pero tú ya no estabas...

—Cuando esa madrugada te marchaste, yo, luego de hablar con Carmela, una

de las doncellas de mi cuñada, me quedé encerrada dentro de ese mismo cuarto, donde tú y yo nos amamos. Tenía la seguridad de que la policía intentaría dar conmigo. Y no estaba equivocada: esa misma mañana fueron a por mí; pero, por más que buscaron y buscaron, no pudieron hallarme.

—Sí, eso lo sé... porque fue allí mismo, mientras yo me retiraba de la casa, cuando la policía llegó y me detuvieron, acusándome de cómplice de asesinato.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y qué pasó luego?

—Mi tío, el mismo que me ha ayudado ahora a lograr estar hoy aquí, junto a ti, sin pérdida de tiempo, me consiguió un buen abogado, que enseguida logró que me dejaran libre. —Acariciándole el pelo, con apasionado deleite, le pidió—: Ahora no perdamos tiempo hablando de mí. Por favor, continúa contándome qué pasó ese día.

Bruny, luego de un hondo suspiro, prosiguió con su relato:

—Cuando la policía al fin se marchó, la misma Carmela me dijo que, unos minutos antes, un hombre muy guapo había preguntado por mí; tuve la sospecha de que eras tú, pero ya no podía hacer nada. Apenas llegó Matilde, se lo conté todo, incluso lo nuestro, y ese mismo amanecer escapamos juntas. Lo de mi boda con Víctor... bueno, luego de haber sido tuya, de haber estado entre tus brazos, comprendí que no podía aceptarlo ni siquiera por agradecimiento. Además, esa noche... supe que te amaba con toda mi alma, y me juré que jamás sería de otro hombre.

Diego, transido de emoción, se mordió los labios. Aquello era más de lo que él necesitaba saber para sentirse en la gloria.

—Mi adorada Bruny; me parece mentira escucharte decir estas palabras.

—Sí, te amo. Te amo con locura. Y creo que... aunque no me daba cuenta, te amé desde el primer día que te conocí en Londres. —De pronto ella, con ademán desesperado se llevó las manos a la cara, y agregó—: Oh, tengo que confesarte tantas cosas... cosas muy importantes...

—Espera... ten calma; ya sabes que todo tiene su momento —la interrumpió

él, apretándola con más fuerzas contra su pecho. A continuación, junto a su oído le susurró—: Ya tendremos tiempo de hablar de todas nuestras cosas; ahora no podemos perder tiempo... —Tras cerciorarse de que el guarda no podía verlos, ni tampoco escucharlos, sin aflojar el cerco de sus brazos, continuó susurrante—: Nunca sabrás la alegría que tuve al saber que no te habías casado y que, por el contrario, estabas tan cerca de mí; me parecía un sueño. No obstante, al enterarme de tu situación, comencé a sentirme desesperado.

Brunilda, mirándolo a los ojos, con voz temblorosa lo interrogó:

—¿Matilde, no te pidió que... me transmitieras un mensaje?

—Sí, me dijo que todo lo tuyo estaba en buenas manos, donde tú ya sabes.

—Al verla sonreír, al tiempo que la observaba intrigado, adicionó—: Veo que eso tiene algún significado bueno para ti, ¿verdad?

Mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, ella expresó:

—Oh, mucho... mucho. Y créeme: ahora el sol vuelve a brillar, de manera completa, en mi vida, rescatándome de tantos meses de ansiedad y sufrimientos —acabó de decir mientras se secaba las lágrimas.

—Percibo que hay muchas cosas que ignoro, ¿verdad? —inquirió Diego intrigado.

—Sí, tal como acabo de decirte, hay muchas cosas que deberías saber —expresó ella, con apenas un hilo de voz—. De verdad, tenemos hablar...

Al sentir los pasos del centinela, Diego, un tanto nervioso, exclamó:

—¡Creo que ambos tenemos mucho de que hablar! Quizás mañana podamos tener un poco más de tiempo. —La miró a los ojos y, con seria expresión, añadió—: Pero ahora no será posible: solo disponemos de unos pocos minutos. Cuando todo esto pase, podremos hacerlo con tranquilidad, durante horas y horas. Claro que eso será... luego de volver a amarnos como la primera vez; porque, ante todo, quiero recuperar esa otra mitad mía que se quedó contigo aquella mágica noche en Madrid.

A la vez que sus mejillas se teñían de rojo, Bruny bajó la mirada. Diego le

puso un dedo en el mentón. Tras levantarle el rostro, le preguntó:

—Tú también deseas lo mismo, ¿verdad que sí?

—Sí, claro que lo deseo; el recuerdo de esa noche en Maison: Olimpia Gouges es lo que me ayudó a soportar todo mi calvario de estos últimos tiempos. —Mirándolo con visible preocupación, le preguntó—: ¿Tú crees que... llegará ese día?

—Claro que lo creo: pronto estaremos juntos, para no separarnos nunca más. Recuerda que tú y yo aún tenemos una historia inconclusa.

Bruny lo miró en silencio; después, con voz queda inquirió:

—¿Pero cómo? Ya sabes los cargos que pesan sobre mí. Además, nadie cree que maté a ese malvado hombre en defensa propia, ni que él era el asesino de mi familia.

Diego, apretándola contra su pecho, le pidió:

—No te preocupes por nada, ni tampoco pienses en eso ahora.

Brunilda le sostuvo la mirada. Con notable ansiedad, le cuestionó:

—Y... ¿la mujer que vive contigo... sabe que has venido a verme?

Diego negó con la cabeza.

—Ella hace tiempo que murió —musitó cabizbajo.

—Oh, lo siento, ¿cómo fue...?

—Ya te lo contaré —expresó acariciándole la cara—. Bueno, ahora aprovechemos los pocos minutos que nos quedan para nosotros antes de que el guarda regrese. —Después de volver a besarla, sin apartar sus labios de los suyos, le aseguró—: Voy a rescatarte, y para eso debemos tener un plan.

Brunilda, con ademán nervioso, sacudió la cabeza, al tiempo que repetía:

—¿Rescatarme?, pero... ¿cómo? No. No, quiero que te arriesgues de nuevo por mí; te lo pido por favor, no cometas ninguna torpeza que ponga en peligro tu vida.

—No me quedaré de brazos cruzados. Si vuelvo a perderte, para mí, la vida ya no tendrá sentido —rebató él, acariciándole el pelo.

Bruny se abrazó a su cintura y permaneció muy quieta. Al cabo de unos

instantes Diego, separándose un poco de ella, agregó:

—He pasado la noche en vela pensando en ti. Ayer me comunicaron que vas a ser trasladada a París y, en medio de mi desvelo, he llegado a la conclusión de que, si eso es verdad, tendré que llevar a cabo un plan bien programado para rescatarte. Pero, para comenzar, necesito saber el día...

Brunilda lo miró asombrada.

—¡Oh!, ¿dices que... van a trasladarme a París?, ¿cuándo?

—No lo sé, creí que tú sabrías algo.

—¡Dios mío! No, no sabía nada, ¿y qué piensas hacer?

Luego de unos instantes de silencio, Diego respondió:

—Aún no lo tengo claro; lo único que sé es que voy a liberarte como sea. No te preocupes: ya lo averiguaré todo. Tú solo confía en mí.

—Confío en ti, pero no podré dejar de preocuparme; no me perdonaría que por mi culpa te pasara algo malo. —Después de una breve pausa, susurró—: Dios mío, tanto soñar con este momento...

—Yo también he soñado con lo mismo infinidad de veces —afirmó besándola de nuevo en los labios.

De pronto Bruny, zafándose de sus brazos, lo miró a los ojos y, con semblante nervioso, le dijo:

—Hay algo que... que sí es menester advertirte. Algo que quizás no sabes: hay un hombre, un soldado francés, con mucho peso en la policía francesa de Madrid, que... está encaprichado conmigo; se llama *Monsieur Gérard Lavigne*; fue él que descubrió quién era yo. Desde un comienzo me dijo que, si aceptaba ser su amante, no me denunciaría y, al negarme tantas veces, se enfureció, y así acabé confinada a este lugar.

Diego asintió con la cabeza. Con los dientes apretados, en un ademán contrariado, expresó:

—Sí, Matilde me lo contó...

Ella lo miró fijamente y agregó:

—Pero ella tampoco sabe que ahora él está aquí, en calidad de jefe de



prisión.

—¿Aquí? —inquirió el jerezano mirándola asombrado.

Brunilda, tras asentir con la cabeza, añadió:

—Según lo que escuché decir, hace unos días tuvo que salir de Madrid. Te aseguro que su ausencia, que ya dura dos semanas, para mí fue un descanso. Pero no creo que tarde en regresar, y tengo miedo. Como acabo de decirte, me prometió que, si yo era complaciente con él, jamás le contaría a nadie quién era realmente yo. Tenía pensado divorciarse de su esposa y luego trasladarnos juntos a Bayona como marido y mujer. Continué negándome a sus proposiciones; incluso llegué a abofetearlo... hasta que acabó por perder la paciencia, y me encarceló, acusada del asesinato de un ciudadano francés, y también bajo el cargo de conspiración. Dos veces a la semana... o, a veces tres, me visita con el mismo propósito; incluso creo que intenta desmoralizarme. Y, si voy a ser trasladada a París, quizás... intente obligarme... a vivir con él —concluyó balbuceante, en medio de un gesto desesperado.

Diego la escuchaba silencioso mientras miles de pensamientos, la mayoría descabellados, cruzaban su mente a modo de relámpagos. En ese momento la voz del carcelero los interrumpió para advertirles que ya era la hora de dar por finalizada la visita.

—No te preocupes; mañana regresaré y seguiremos hablando —la tranquilizó, al tiempo que intentaba dominar sus propios nervios. Seguido a eso, ocultos detrás del amplio armario, la abrazó lleno de ansias; después murmuró—: Procura mostrarte serena. Yo averiguaré todos los planes de ese hombre y, sobre todo, el día tu traslado. —Acariciándole los labios, con los suyos, en medio de un suspiro, le susurró—: Recuerda que te quiero; que te quiero con locura, con toda mi alma. No lo olvides, por favor. —Tras eso, la besó de nuevo, avasallándola con su lengua hasta arrancar de ella un prolongado suspiro, mezcla de dolor y placer. Cuando sus bocas se apartaron, Brunilda, en medio de un sollozo, musitó:

—No lo olvidaré... y tú tampoco olvides que también te quiero. En estos últimos años, he estado sumida en la desesperación de pensar que ya jamás volvería a verte. Esta ha sido... para mí, una tarde mágica.

—Cuánto me alegra escucharte decir eso —le susurró él junto al oído—. Para mí también ha sido mágica, perfecta, y espero que mañana se repita. No sabes lo mucho que deseaba volver a tocarte, acariciarte y besar de nuevo tus labios.

—Ten mucho cuidado; si ese hombre descubre quién eres y lo que realmente significas para mí, de alguna manera procurará separarnos. Incluso puede intentar también dañarte a ti... y eso sería terrible.

—Quédate tranquila y, por favor, te lo pido; pase lo que pase, tú mantente serena y piensa solo en nuestro amor y en nuestra futura vida juntos amándonos sin miedos, en completa libertad —aseguró mientras le rodeaba el talle, atrayéndola más contra su pecho, tal como si deseara fundirse en ella. A continuación sus labios volvieron a encontrarse en medio de un estallido de pasión, que los traspasó por igual.

La imperiosa voz del carcelero volvió a interrumpirlos. Diego, agitado, se separó de ella y dio un paso atrás. Luego de permanecer unos instantes en silencio, ambos caminaron hacia el centro del cuarto. Allí él le tomó la mano y, ante la mirada del guarda, se la besó. Con semblante desanimado, murmuró:

—Mañana vendré de nuevo a verte...

—Te esperaré con ansias —musitó ella, con los ojos llenos de lágrimas. Además, nerviosa, en voz baja agregó—: Ojalá nada se interponga, y podamos volver a vernos. Aunque, no me extrañaría que *Monsieur* Lavigne, cuando se entere, te impida visitarme. Si eso sucede, por favor, cuídate mucho. Y, por lo que más quieras, no arriesgues tu vida. Recuerda que, si te pasara algo, yo no podría resistirlo.

—Me cuidaré. Tú no te dejes amedrentar por nadie, y menos por ese maldito francés. Y ante todo... confía en mí.

Bruny, acercándose más a Diego, le dijo en voz baja:

—Quiero que me prometas una cosa: Si... por alguna razón tú y yo no volvemos a vernos, busca a Matilde, ella te...

Él, con ademán alterado, le puso un dedo en los labios acallándole la voz.

—Sssshhh, no quiero que pienses en nada malo —le pidió.

Ante la cercana presencia del guardia que se aproximaba a ellos, ambos volvieron a separarse. Diego, a la vez que la abarcaba con una mirada —en la que iba impresa todo el amor que sentía por ella—, le dijo:

—Quédate tranquila, todo irá bien.

—Adiós —se despidió ella mientras dejaba correr las lágrimas por sus mejillas. En el momento en que el guarda la conducía a la salida, Bruny se giró de nuevo a mirarlo y, con ojos implorantes, le pidió—: Pero..., si no logras regresar, pase lo que pase... busca a Matilde; es muy importante que lo hagas, ¡no lo olvides!

Diego asintió con la cabeza. Después, con visible preocupación, la vio alejarse custodiada por el carcelero, quien enseguida la entregó a una dama que aguardaba sentada en un banco; enseguida la tomó por el brazo. Antes de desaparecer de su vista, Brunilda se volvió a mirarlo.

Mientras caminaba hacia la salida, Diego iba diciéndose: «Tengo que comenzar a idear un plan de inmediato. Y, sobre todo, averiguar el día de su traslado a París. Ahora mismo me iré a contactar con las únicas personas que, seguramente, podrán ayudarme. Espero tener suerte».

Al llegar a la acera, se cruzó con un soldado francés, de regio porte y ojos acerados, que acababa de apearse de un carruaje. Por unos segundos, ambos se observaron en silencio hasta que el primero, tras una fría mirada, le dio la espalda y penetró en el convento.

De pronto, Diego, mientras lo miraba, tuvo la sensación de que aquel hombre era el que había traicionado a Bruny, el mismo que pretendía convertirla en su amante. Sin pensarlo dos veces, se acercó a uno de los guardas, que custodiaban el portal, y le preguntó en francés:

—¿Sabe usted el nombre del caballero que acaba de entrar?

—Sí, *monsieur*, es el teniente Gérard Lavigne... —respondió el gendarme en el mismo idioma. Al escuchar ese nombre, un ciego furor se apoderó del jerezano.

«Maldito», masculló con los dientes apretados.

Minutos después, tras aprovechar el mismo carruaje del teniente galo, Diego le pidió al cochero que lo llevara a la Carrera de San Jerónimo. Al llegar, se dirigió a una vieja casona; tras darle al portero una clave secreta, fue conducido a un sótano. Una vez allí, después hacer algunas averiguaciones, pidió reunirse con dos caballeros vinculados con varios de sus conocidos de Cádiz.

Cuando Diego regresó a casa de sus tíos, antes de entrar al salón, se detuvo: dentro se escuchaban voces. En ese momento, al ver que el mayordomo cruzaba la puerta, lo llamó:

—Hola, Agustín. ¿Está todo bien?

—Oh, sí, señorito. Las visitas de sus tíos están comenzando a llegar.

—¿Puedes llamar a Carlos? Me urge hablar con él en privado. Prefiero que nadie me vea; confío en tu discreción.

—Enseguida, señorito. Y no se preocupe; puede confiar en mí, como siempre.

Mientras el criado regresaba dentro, Diego permaneció unos instantes pensativo; había un extraño destello en sus ojos. Una arruga le partía la frente.

A los pocos instantes apareció Carlos. Mirándolo intrigado, le preguntó:

—Hola. Vaya, cuánto has tardado; ya estaba preocupado. ¿Todo bien?

Diego, visiblemente ansioso, respondió:

—Muy bien...

—Entonces, ¿has podido ver a Brunilda... sin problema? —indagó Carlos.

—Sí, la he visto y, realmente; aún estoy en las nubes. No sabes lo duro que ha sido tener que volver a separarme de ella. Luego te lo contaré todo; solo te adelanto que las cosas no pintan muy bien. Ella no sabía que va a ser

trasladada a París y mucho me temo que... quizás tendré que organizar un plan de raptó. Amigo, no voy a mentirte, aunque no he tenido tiempo de insinuártelo, yo ya lo había previsto e incluso estudiado esta posibilidad. —A pesar del impacto que esas palabras le provocaron, Carlos, con semblante sereno, asintió con la cabeza. Tras un corto intervalo, Diego continuó—: Ya he comenzado a buscar ayuda. Antes de una hora, tengo una cita muy importante y he venido a ver si deseas acompañarme. Afuera un coche nos espera. —Lo miró fijamente a los ojos. Seguido a eso, con semblante triste, inquirió—: ¿Aún estás decidido a ayudarme?, porque... si no es así, lo comprenderé.

—¿Y para qué crees que te he seguido hasta aquí? —replicó el joven Temple, mirándolo ceñudo—. ¿Solo para asistir a las reuniones benéficas de tus tíos, junto a sus amigos afrancesados? Prometí ayudarte, y así lo haré. Voy a buscar mi *marsellés*, y enseguida estoy contigo.

—Gracias, amigo. Habla con mi tío en privado y dile que vamos a asistir a una reunión, en casa de unos contactos míos. Y que no se preocupe por nada, ni tan siquiera si tardamos en regresar.

—De acuerdo, Diego —aceptó Carlos, sin hacer más preguntas.

Minutos después, sentados dentro del carruaje, Diego le contó todos los detalles de su reencuentro con Brunilda. Luego lo puso al tanto de su secreta reunión con un grupo de masones.

—Uno de ellos es don Manuel Peralta, natural de Cádiz, al que he contactado a través de sus antiguos amigos, entre ellos el regidor Tomás de Istúriz, y muchos otros del Cabildo. Ellos mismos me aconsejaron que, ante cualquier problema que tuviera en Madrid, recurriera a él. Don Manuel me aseguró que a las ocho y media me esperaría con unos hombres de su entera confianza, para tratar con ellos en persona e intentar organizar desde ya... el posible raptó de Bruny. Iba a ir solo, pero a último momento, como aún tenía tiempo de sobra, decidí venir en tu busca y ponerte al tanto de todo lo ocurrido —añadió Diego, arreglándose el pelo con ademanes nerviosos.

Carlos, con semblante serio, expresó:

—Por favor, no olvides que en esto tú y yo vamos por el mismo camino. Minutos después el cochero los dejó en la Calle del Desengaño.

De pronto Carlos, visiblemente intrigado, objetó:

—Diego, necesito que me aclares mejor todo esto: ¿tú estás seguro de que, tal como están las cosas en Madrid, hallaremos enseguida a suficientes hombres dispuestos a ejecutar un rapto... e incluso quizás, llegar a tener que enfrentarse a un retén de soldados franceses?

Diego aspiró una bocanada de aire. Luego de exhalarlo, con expresión grave respondió:

—Espero que sí; ya sabes que, en casos como este, el dinero ayuda bastante. Y no pienso escatimar nada, para convencer para seguirme en mi proyecto a todos los hombres que se muestren deseosos de aventuras.

En ese momento, de pronto se toparon con un grupo de personas, de ambos sexos, apostados ante la puerta de un caserón. La mayoría de ellos estaban embozados, tal como si desearan pasar inadvertidos.

—¿Qué habrá ahí?, por lo que se ve, no parecen menesterosos. Tampoco esa casona tiene pinta de ser una mancebía —comentó Carlos, con notable curiosidad.

—Ahí vive un famoso alquimista francés —explicó Diego— que, según tengo entendido, prepara drogas muy poderosas. Siempre tiene una gran clientela que, al parecer, ni siquiera en estos difíciles tiempos lo abandonan.

Carlos, echándose a reír, con expresión jocosa murmuró:

—Vaya, pues creo que ahora a mí me vendría bien una buena dosis de algo muy fuerte, que me ayudara a aplacar un poco la ansiedad que siento. Y también a sentirme mucho menos cuerdo.

A continuación, al cruzar hacia otra calle, los jerezanos se detuvieron junto a un grupo de menesterosos apostados en los portales, que pedían limosnas. Luego de ofrecerles algunos reales, por la misma acera llegaron a un inmenso portalón claveteado.

Diego tomó el pesado aldabón y dio tres golpes. Al cabo de unos instantes,

se abrió la pequeña hoja de una mirilla enrejada.

—¿A quién busca? —Se escuchó preguntar desde dentro.

Luego de unas palabras en clave, Diego agregó:

—El señor don Manuel Peralta me espera.

Tras un fuerte chirrido, la pesada puerta se abrió.

Los dos jerezanos, en completo silencio, siguieron al sirviente por la amplia entrada de carruajes, hasta llegar a una sala, donde ya los esperaba un caballero entrado en años, de aspecto frágil, acompañado de varios hombres más.

Después de saludar al dueño de la casa y de presentarle a Carlos, Diego paseó la mirada por todos los presentes que, a su vez, lo observaban con inusitado interés.

—Bueno, señor Ibáñez —exclamó el dueño de casa—. Tal como le prometí, a pesar del corto tiempo del que disponía, he conseguido reunir a cuatro hombres de mi entera confianza. Ya sabe que, en estos tiempos, no hay muchos disponibles. Solo puedo darle mi palabra que son de fiar... eso sí, todo lo harán por dinero.

—Gracias, don Manuel, y no se preocupe por esto último —respondió Diego. Luego, tras volver a observar detenidamente al grupo, con aire solemne añadió—: veo que dos de ellos tienen mutilaciones, ¿son heridas de guerra?

—Sí, pero eso no les impide montar a caballo y manejar armas —arguyó el señor Peralta. A continuación, prosiguió—: ¿Ha oído usted hablar de Saturnino Abuin, al que apodan «El manco»? Es un guerrillero con fama de causar el terror en las filas franceses. Dicen que utiliza su única mano izquierda para disparar su trabuco, con tanta rapidez que nadie lo puede igualar.

—No me caben dudas —repuso Diego acercándose a los hombres.

Saludándolos a todos, con respetuoso ademán, les dijo:

—Es un gusto conocerlos. Como ya nuestro anfitrión les habrá comunicado, estoy buscando ayuda porque es muy posible que... me vea obligado a formar

una pequeña cuadrilla... —Diego dejó la frase en el aire.

Uno de aquellos hombres —de vivarachos ojos azules, y semblante recio—, al que le faltaba uno de sus brazos, exclamó:

—Un gusto conocerlo, señor Ibáñez, estoy seguro de que para mí será un placer servirle. No obstante, me gustaría... y creo que a mis compañeros también, saber a quién tendremos que enfrentarnos. Don Manuel Peralta no nos ha dicho aún nada sobre eso.

Después de unos minutos de silencio, Diego, tras una honda inspiración, como si buscara dar forma a un pensamiento descabellado, replicó:

—Pues, con toda seguridad, tendremos que efectuar el rapto de... una dama. Y... aquí viene lo peor: nos veremos forzados a tener, con toda seguridad, que enfrentarnos a un destacamento de soldados franceses, que custodiarían la caravana.

Los hombres, entre un rumor de evidente sorpresa, se miraron entre sí.

—¿Podría decirnos quién es esa dama... y qué es lo que ha hecho? —preguntó intrigado otro de los hombres.

—Es... mi prometida —repuso Diego con seria expresión—. Se llama Brunilda Cavaglione Sullivan; aunque nació en Prusia, es de madre inglesa y padre italiano. Está acusada de dar muerte a un agente francés...

—¡Vaya asunto! —expresó el manco con visible impresión. Después de esbozar una amplia sonrisa, prosiguió—: Bueno, no sé lo que dirán mis compañeros pero, por lo que a mí respecta, acepto encantado: esa dama se merece todo mi respeto. —Extendiéndole su única extremidad, agregó—: Me llamo Miguel Salvatierra Ortega, nací en Burgos pero hace ya casi veinte años que resido en Madrid; antes de la guerra era agricultor. Luego de los fusilamientos de mayo, de hace cuatro años, de manera clandestina, me uní a un grupo de saboteadores. Desde 1810, hasta hace un año, cuando caí gravemente herido y perdí mi brazo, estuve al servicio del famoso guerrillero Francisco Espoz y Mina, por tierras de Navarra. Y, a pesar de que me falta la mitad del brazo, soy muy hábil con el otro y puedo empuñar el cuchillo, la



espada, e incluso la bayoneta, igual que ese guerrillero al que don Manuel Peralta hizo mención. Además de eso, soy experto en acechos y asaltos; incluso llegué a ser el mejor en idear emboscadas a los franceses.

—¡Vaya! De verdad, me ha dejado usted muy impresionado —murmuró Diego estrechándole fuertemente la mano.

Uno a uno, los demás hombres fueron acercándose al joven Ibáñez.

—Evaristo Jiménez Valdés, excomerciante, para servirle a usted. —se presentó otro de ellos, que llevaba un parche en el ojo—. Al igual que don Miguel, también pertenezco a la cuadrilla de Espoz y Mina, y estaré complacido en prestarle a usted la mejor ayuda que pueda.

—Mi nombre es Emilio Durán Cortez —intervino el tercero, un hombre de mediana edad y de aspecto tunante—. Antes de la guerra, mi oficio era el de cabrero; durante dos años he estado luchando contra los franceses, en las afueras de Madrid; al igual que mis compañeros, estoy dispuesto a servirle a usted en lo que sea.

Diego, con sonrisa agradecida, les dijo:

—Muchas gracias a todos; intentaré que ninguno de vosotros se arrepienta. —Luego de observar intrigado al último de ellos (un joven alto, rubio, de ojos claros y apariencia distinguida que aún permanecía en silencio, apostado cerca de Carlos), sin apartar su mirada de él, agregó—: Bueno, señor Peralta: Solo tengo a tres de sus hombres decididos a trabajar para mí. Porque el cuarto de ellos, al parecer, no está muy convencido.

Al escuchar esas palabras, el joven aludido dio un paso al frente. Extendiéndole la mano, le dijo:

—Señor Ibáñez, perdón por mi aparente renuencia; soy Jaime Matisse Marín y, al revés de mis compañeros, no soy experto en armas, ni en peleas... y tampoco estoy seguro de poder serle útil, pero lo intentaré.

—Agradezco su sinceridad —dijo Diego con una ancha sonrisa—. Su primer apellido es francés, ¿verdad?

—Sí, nací en Burdeos; mi padre era galo y mi madre, española. Ella se

quedó viuda muy joven y, cuando yo tenía siete años, nos vinimos a vivir con mis abuelos maternos aquí. Antes de la guerra estudiaba medicina; mi única ambición era ser un buen médico, como mi padre.

El señor Peralta, acercándose a ellos, replicó:

—Al pobre Jaime, en mayo de 1808, los franceses le mataron a su hermano mayor; lo fusilaron junto a un montón más de patriotas, en la montaña del Príncipe Pío.

Diego miró al joven Matisse Marín con tristeza. Tras un hondo suspiro, le comentó:

—En mi familia, durante esas mismas fechas, también hubo muchas muertes injustas, igual a la de su hermano.

El dueño de casa agregó:

—A mí me asesinaron a un sobrino. Por suerte, mi único hijo vive muy lejos de aquí, en el Alto Perú; aunque, a decir verdad, tampoco dejo de preocuparme ya que por allí las cosas tampoco están muy bien que digamos.

Seguido a eso, don Miguel Salvatierra, con semblante mortificado, confesó:

—El tres de mayo de 1808, los malditos *franchutes* también mataron a un hermano mío, y solo porque el pobre intentó defender a un amigo, al que un grupo de *mamelucos* lo sorprendieron con un garrote en la mano. Allí los masacraron a los dos.

—Yo también perdí a un primo y a varios amigos —adicionó don Evaristo Jiménez.

El señor Peralta, tras una corta pausa, exclamó:

—Creo que todos los españoles, en esta maldita guerra, de una manera u otra hemos sufrido pérdidas irreparables. —Tras fijar su mirada en el joven Matisse, manifestó—: Señor Ibáñez, volviendo a lo nuestro, Jaime habla muy bien la lengua de los galos.

—Eso nos puede ser de mucha ayuda —reflexionó Diego. Luego de establecer una pausa, con ademán serio, añadió—: Mi prometida mató a ese francés en defensa propia. Pero será mejor que os explique, con todo detalles,

los motivos que nos llevarán a tener que... con toda seguridad, enfrentarnos a los franceses para rescatar a mi prometida—. Sin interrupción, los puso al corriente de la peligrosa y delicada situación de Brunilda y de todos los cargos que pesaban sobre ella. Al acabar su relato, observó que, en los semblantes de todos aquellos hombres, había sonrisas de complicidad. En medio de un gesto atormentado, Diego agregó—: Tengo que confesar que, cuando llegué a Madrid, aunque también se me pasó por la cabeza, no pensé que tendría que recurrir a la organización de un eventual grupo de rescate que, por otro lado, no dejó de comprender que será, a más de complicado, muy peligroso en todos los sentidos. Mi idea era resolver las cosas de manera legal y que ella tuviera un juicio justo, aquí en Madrid. —Después de signar una pausa, meciéndose el pelo con la mano en actitud nerviosa, prosiguió—: Pero, al enterarme de que va a ser trasladada a París y de que además... hay un teniente, con mucho peso en la policía que resultó ser el mismo que la denunció y que, según me contó ella misma ayer cuando la visité, no deja de acosarla, lo ha complicado todo. Por eso, estoy adelantándome a los posibles acontecimientos.

—¡Pues, llegado ese momento, cuente con nosotros para intentar rescatar a su amada del yugo de esos condenados *franchutes*! —exclamó don Miguel Salvatierra, con sonrisa cómplice, a la vez que levantaba su único brazo.

Diego, mirándolos desalentado, confesó:

—Por desgracia, todavía no he logrado averiguar la fecha prevista para esa eventual partida de condenados a París.

Don Miguel, con expresión entusiasta, apostilló:

—Le prometo que haré todo lo posible para descubrir cuándo piensan trasladarla, y ahí estaremos nosotros, para impedirlo.

Don Evaristo Jiménez, replicó:

—Tengo unos amigos que a su vez, de forma clandestina, tienen contacto entre policías afrancesados; quizás alguno de ellos podrá darme alguna información sobre el próximo convoy con prisioneros a París —acabó de

decir, mientras daba un dificultoso paso adelante denunciando que, además de tuerto, también era cojo.

—¡Oh!, eso sería estupendo —exclamó Diego—. Justamente eso es ahora, lo más importante para mí: saber el día exacto, incluso la hora... —De pronto se quedó callado. Con semblante preocupado, miró a todo el grupo y, agregó—: por favor, les pido mucha discreción con este tema; de ser posible, hay que mantenerlo en el mayor de los secretos.

—Descuide, don Diego, con nosotros tendrá usted unos aliados muy..., pero muy leales y discretos —replicó don Miguel Salvatierra.

—Muchas gracias; la lealtad es lo que más admiro en las personas —confesó Diego, con sonrisa amistosa—. De más está decir que todos ustedes serán muy bien recompensados —estableció otra breve pausa; luego, con gesto meditabundo, agregó—: Y ahora escuchadme con atención: como vamos a tener que vernos muy a menudo, hasta que veamos si llevamos... o no a cabo, «nuestra hazaña», voy a decirlos dónde podremos reunirnos todos los días a una hora determinada; tengo un amigo que vive en la calle de Bordadores, y mañana iré a verlo para...

El señor Peralta, con firme ademán, interrumpió a Diego, a la vez que objetó:

—¡Eso ni pensarlo! No se lo permitiré; yo les ofrezco mi casa el tiempo que sea necesario. Aquí todos vosotros estaréis a salvo de miradas indiscretas. Como bien pueden ver, por todos lados hay salidas y *poternas* perfectamente camufladas, que facilitan el escondite, o la entrada y salida de las personas que no desean ser vistas.

Diego, poniéndole la mano sobre el hombro, con gesto agradecido, expresó:

—Don Manuel, de verdad, no quería abusar de su gentileza; no obstante, le doy las gracias por su hospitalidad y por su desinteresada ayuda. Y tiene usted razón: su casa es perfecta para pasar desapercibidos.

—No tiene que darme las gracias. Para mí ha sido un gran placer conocerlo y prestarle mi ayuda, sin contar la alegría que he tenido al saber que, a pesar

de los años transcurridos desde que abandoné Cádiz, muchos gaditanos aún recuerdan con cariño mis años de juventud en esa hermosa ciudad y que incluso rememoran nuestras andanzas de principiantes libertarios. Además, con solo saber que usted es un hombre de honor, para mí ya es suficiente.

Carlos, que continuaba apartado del grupo, escuchaba en silencio los descabellados proyectos de su temerario amigo que, con ayuda de esos entusiastas aventureros —que nada tenían que perder—, programaban llevar a cabo. En ese momento, Diego se acercó a él. Tomándolo del brazo, a la vez que se dirigía todo el grupo, les explicó:

—Este joven tan guapo, que permanece observándonos en completo mutismo, es mi amigo Carlos Temple; mitad español, mitad inglés. Nos conocemos desde niños; para mí es casi un hermano. Sin importarle dejar su tranquila vida, se ha ofrecido a acompañarme en esta loca aventura.

Al instante, todos se acercaron a Carlos para estrecharle la mano. Minutos después, el dueño de casa los interrumpió para comunicarles:

—Bueno... y ahora, para sellar nuestra amistad, os invito a una improvisada cena que, aunque no será demasiado abundante dadas las penosas circunstancias que vivimos los madrileños en estos últimos tiempos, mi esposa ya nos ha hecho servir, en el salón de al lado. Y como bien se dice: en la mesa es donde mejor se conocen las personas. Y os garantizo que nuestra cocinera es una de las mejores de Madrid; sabe guisar el arroz, aun con escasos ingredientes, de una manera que nadie puede imitarla.

—Muchas gracias, señor Peralta —expresó Diego, palmeándole la espalda—. Estaremos encantados de hacer honor a su invitación.

Todos los demás hombres, incluido Carlos, con semblantes encantados, reafirmaron en lo mismo. Cuando los jerezanos se despidieron del grupo, eran ya pasadas las once y media.

Mientras caminaban por las lúgubres calles de Madrid, repleta de menesterosos —que dormían en las aceras y bancos de las plazas— en aquella

noche de primavera, el joven Temple, luego de mirar a Diego con semblante parco, apostilló:

—Aunque no me lo has preguntado, igual te daré mi opinión: cuanto más lo pienso, más inquieto me siento. Creo que este plan, al que estás dándole forma junto a ese grupo de aventureros que nada tienen que perder, es descabellado y muy peligroso...

—Eso... eso, tú anímame más —replicó Diego en medio de un resoplido.

—Es que es la verdad. Ojalá este asunto se pudiera resolver de otra forma, ya sabes... de manera legal, como pensabas hacerlo a un comienzo. Quizás deberías haber seguido intentándolo.

A la vez que movía la cabeza con pesar, Diego le respondió:

—Tal como están las cosas en Madrid, sumado a que nadie cree que Bruny actuó en defensa propia, no creo que podamos hacer ya nada a ese respecto. Y menos ante una acusación de asesinato y conspiración.

Carlos exhaló un hondo suspiro, y exclamó:

—Bueno, de llegar a tener que vernos inmersos en esa arriesgada situación (me refiero a la locura de efectuar ese rapto en un convoy de reclusos, custodiado por militares franceses), solo nos quedará rogar a Dios para que nos ayude y que todo salga bien.

Diego, con ademán pensativo, replicó:

—Sé muy bien que en este complicado... y loco asunto, hay muchas más sombras que luces. No obstante, tengo la sensación de que lograremos tener éxito. No olvides que las grandes gestas siempre han tenido grandes dosis de locura.

Carlos detuvo sus pasos. Mirándolo ofuscado, rebatió:

—No compares este desatino que estás ideando llevar a cabo con una gran gesta. —Rascándose la cabeza, con tono burlón, agregó—: Pero bueno, creo que a veces las cosas más complicadas resultan las más fáciles de resolver. Ojalá la suerte esté de nuestra parte. Y ahora hay algo que me gustaría saber: si llegáramos a tener éxito, ¿a dónde huiríamos?, ¿ya has pensado en eso?

Ante la pregunta de Carlos, Diego lo miró pensativo.

—Sí, claro que también he pensado en eso. Si el secuestro sale bien... aunque sé que eso sería muy temerario, me gustaría regresar de inmediato a Cádiz con Bruny. Porque solo allí ella estaría a salvo de todo. Pero bueno, si lo pienso mejor, creo que lo más sensato sería marchar hacia el norte, hasta llegar a algún puerto y zarpar con destino a Inglaterra y quedarnos allí hasta que la guerra acabe. Y yo incluso he pensado que, como tus padres están en Londres, a ti no te importaría seguirme, ¿verdad?

Tras un tenso silencio, Carlos, en medio de un hondo suspiro, expresó:

—No, claro. Total, ahora ya... que más da.

—Gracias, amigo —musitó Diego con desanimado acento. A continuación, tras un hondo suspiro, añadió—: Te confieso que siento una pena muy honda y mucha ansiedad de pensar en toda mi familia, a la que he tenido que dejar tan desvalida a merced del enemigo. Solo espero que, a mi padre, las cosas en Jerez no se le pongan más difíciles.

—Confíemos en que todo estará bien y que los malditos franceses no logren afianzarse del todo en nuestra patria. Aunque creo que aún vamos a tardar mucho tiempo para vernos libres de ellos... si es que algún día lo logramos —meditó Carlos con visible abatimiento. Luego de una corta pausa, repuso—: Cambiando de tema, he estado observando a esos hombres que has contratado tan entusiastas y sin ningún rastro de temor ni tampoco dados a la reflexión, y no sé qué opinar de ellos.

—Es un riesgo que tendremos que correr. El señor Peralta los conoce a todos bastante bien, y eso, por lo que a mí respecta, ya es una garantía. Además, recuerda que para ellos será un trabajo que yo pagaré.

—Bueno, no creo que sea solo un trabajo —rebató Carlos. Seguido a eso, con expresión pensativa, afirmó—: Creo que, para ese grupo de hombres, más bien será una aventura... un escape, que incluso los ayudará a seguir con su vida en estos tiempos tan nefastos.

Cuando Diego y Carlos llegaron a la casa de los tíos, aún quedaban algunos

invitados, por lo que ambos jóvenes —con la complicidad del mayordomo— se escabulleron hacia la biblioteca.

Apenas don Benito acabó de despedir a sus visitas, se reunió con ellos. Luego de tomar asiento, miró intrigado a su sobrino.

—Bueno, ¿y qué? ¿Cómo ha ido todo?, ¿has podido ver a... tu dama? —le preguntó.

—Sí, aunque por muy poco tiempo; pudimos estar juntos unos momentos. A pesar de hallarse muy delgada y muy frágil, está más hermosa de lo que la recordaba —admitió con los ojos entrecerrados. En medio de un hondo suspiro, continuó—: Realmente ha sido maravilloso volver a verla y tocarla. Lástima que, cuando nos dimos cuenta, ya se nos había acabado el tiempo. — Con notable preocupación, añadió—: Ella no sabía que va a ser trasladada París.

Don Benito, tras un gesto de temor, expresó:

—¡Ufff! Bueno, y tú, ¿qué piensas hacer al respecto?, ¿impedir que se la lleven?

Diego, sin perder la compostura, asintió tajante:

—Por supuesto que lo impediré. De eso no le quepa duda. Después de despedirme de Bruny, estuve en casa de un caballero que, a su vez, es muy amigo de varios diputados de Cádiz. —Tras mirar fijamente a su tío, con voz ansiosa, le confesó—: Se trata de don Manuel Peralta al que, si no me equivoco, usted también conoce, ya que es miembro de la Logia Matritense la misma, donde esta tarde fui a buscarlo. Ese caballero también tiene a su único hijo en América, en el Alto Perú. Él me consiguió a varios hombres, la mayoría de ellos asiduos visitantes de esa sociedad masónica, y ya los he contratado. Y, llegado el momento y... previo pago, me ayudarán a rescatar a Bruny. Carlos está decidido a acompañarme.

Don Benito, con gesto alarmado, se tomó la cabeza con las manos. Seguidamente, miró al amigo de su sobrino y exclamó:

—¡Virgen Santa! Carlos, tú, que siempre has demostrado ser un joven tan



sensato y equilibrado, ¿vas a secundar a este loco... y a ese otro grupo de intrépidos masones en ese... aún más loco disparate?

El aludido, levantándose de hombros, murmuró:

—¿Y usted qué haría en mi lugar? Es mi amigo y, como tal, pienso apoyarlo.

El dueño de casa dio un golpe en el reposabrazos del sofá y prorrumpió:

—Pero esto que proyectáis hacer es... totalmente descabellado. Incluso estaréis en peligro de muerte. —Se volvió a mirar a su sobrino; con gesto mortificado, continuó—: ¿Te olvidas de que estamos en guerra con los franceses? Ya ves cómo está todo Madrid, con gente que se muere de hambre por las calles... y las cárceles repletas de presuntos culpables; a la vez, en los patíbulos, se siguen colgando sospechosos. Y ya te habrás dado cuenta de que aquí solo unos pocos privilegiados podemos comer todos los días y seguir con nuestra vida... casi regalada; como si no pasara nada. —Sin cambiar de actitud, inquirió—: ¿Y cómo pensáis llevar a cabo semejante insensatez?

Diego, sin inmutarse, le dijo:

—Aún no hemos podido planear nada. Pero, llegado el momento, prepararemos una muy buena confabulación. Lo más seguro es que, apenas sepamos el día exacto en que el convoy vaya a salir con prisioneros hacia París, nosotros nos adelantaremos. Y allí, lo más lejos posible de Madrid, los detendremos... de la manera que sea. —Al observar la mirada de don Benito, Diego, tras bajar los ojos, con alicaído ánimo, añadió—: Tío, usted bien sabe que mis primeros propósitos fueron los de solucionar todo de manera legal, pero no ha sido posible.

—Eso ya lo sabías de antemano; esa mujer está acusada del asesinato de un agente francés, y también de conspiración. ¿Qué defensas pensabas argumentar para sacarla de prisión? —cuestionó don Benito ceñudo. Sin esperar a que su sobrino respondiera, agregó—: Diego, vuelvo a repetírtelo: Estamos en peligro. Como acabo de señalarte, todos los días hay ejecuciones de muchos madrileños, e incluso de franceses acusados de traidores. ¿Recuerdas lo que te dije el día que llegaste?, hasta hace muy poco tiempo han estado

investigándome; por suerte, mantengo una estrecha amistad con varios galos, además de muchos españoles afrancesados, incluso en la Corte, como los que tu tía y yo acabamos de agasajar, con una cena, mientras proyectamos obtener ayuda para solventar los problemas de los ciudadanos más desprotegidos. Pero imagínate si alguno de ellos se entera de quién eres tú, del parentesco que nos une... y de lo que intentas llevar a cabo.

Por unos instantes, Diego permaneció con la mirada perdida en un gesto de total desolación.

—Comprendo su inquietud, tío, pero es que... las cosas se han presentado así, y contra eso no puedo hacer nada —expresó en medio de un hondo suspiro—. Solo puedo asegurarle que estoy tomando las debidas precauciones para que nadie me reconozca; así que..., por ese lado, no se preocupe, no creo que se descubra mi identidad.

—No te confíes demasiado —aseveró el dueño de casa—. No olvides que en Madrid hay mucha gente que te conoce muy bien, sobre todo por tu vinculación con el asesinato de ese agente francés. A pesar de tu barba y del cambio de peinado, si alguien comienza a investigar, no tardará en descubrirlo todo.

—Sé que existe esa posibilidad, por eso... evito exponerme a las miradas de la gente. Y siempre, adonde sea que voy, me desplazo por las calles embozado y con mucha discreción. —Con semblante agotado, miró a su tío y añadió—: Ojalá pudiera evitar darle estos quebraderos de cabeza, pero no puedo. Compréndame, tío, estoy seguro de que usted, en mi lugar, haría lo mismo por la mujer amada. Desde mañana, nos reuniremos en casa del señor Peralta todos los días, a las ocho de la tarde. Solo le pido un último favor: llegado el momento, necesitaré unos salvoconductos, todos los que usted pueda conseguirme.

Don Benito, tras un molesto resoplido, refutó:

—Lo intentaré. —Luego de mirar muy serio a su sobrino, añadió—: Yo también te pediré un favor: intenta recapacitar; aún estás a tiempo. Lo que

tramas hacer es muy peligroso. ¿No tienes miedo a las consecuencias? Vas a exponer a tu amigo, y a todos esos hombres que has contratado, a un inminente peligro, como el que supone enfrentaros a un retén de soldados armados, en un complicado rapto..., eso si no os matan antes. Sin olvidar que puedes dañar a tu propia familia, incluidos tu tía y yo.

Diego se quedó silencioso, tal como si se extraviara entre sus pensamientos. Después, con notable esfuerzo, a la vez que intentaba disipar la inquietud de su mente, murmuró:

—¡Claro que tengo miedo! ¡Y también mucha desesperación, sobre todo de pensar en mi familia, de la que vosotros formáis parte! Pero no tengo otra salida; debo salvar a Bruny de la manera que sea... porque, si es trasladada a París y, aunque yo no quiero ni pensarlo, puede ser condenada a muerte. De modo que para mí no hay otra salida que la de rescatarla, sea como sea; aun a riesgo de perecer en el intento. —Con expresión desarmada, miró a su tío y añadió—: Solo le pido unos días más de paciencia y, una vez que sepamos la fecha exacta del traslado de prisioneros hacia París, saldré de su casa... y quizás ya no volveremos a vernos en mucho tiempo. Si todo sale bien, intentaremos embarcar rumbo a Inglaterra, y Carlos se vendrá con nosotros. Solo me queda darle las gracias y pedirle perdón por todos estos quebraderos de cabeza que le ha ocasionado mi llegada a su casa. —Signó una pausa y, poniéndose de pie, agregó—: Ahora me retiro: estoy demasiado cansado para seguir ideando respuestas convincentes, y, también, sintiéndome culpable de tantas conjeturas. Este día ha sido demasiado largo y fatigoso para mí. Lo único que me consuela es pensar que al menos he logrado estar junto a Bruny y que mañana volveremos a estar juntos, aunque sea unos minutos. Y luego de eso ya veré lo que sucede. Espero que la suerte esté de mi lado...

Don Benito, en medio de un ahogado sofoco, barbotó con pesar:

—Y yo espero que ni tus padres, ni nosotros, suframos las consecuencias de tu irresponsable y necia terquedad. ¡Ah, la juventud!, qué sorda y ciega es.

Al día siguiente por la tarde, acompañado de Carlos, Diego regresó al convento-prisión para visitar a Brunilda. Antes de despedirse el joven Temple, a la vez que señalaba una taberna, le dijo:

—Mientras tanto, yo aprovecharé a tomarme algo ahí dentro.

—De acuerdo. Espera al menos media hora y, luego, espérame aquí mismo. Ojala hoy pueda pasar un poco más de tiempo con ella —deseó Diego mientras se dirigía hacia el antiguo monasterio.

Apenas subió la escalerilla y mostró sus papeles a los guardas, de manera sorpresiva uno de ellos lo encañonó con su arma al tiempo que le gritaba:

—¡Alto ahí!, ¡las manos arriba!

Seguido a eso, dos centinelas lo cogieron por el brazo.

—Pero... ¿por qué?, ¿qué es lo que pasa? —inquirió sorprendido—. Tengo toda mi documentación en regla; ayer estuve aquí, y me dejaron entrar sin problemas.

El guarda, sin cambiar de actitud, respondió:

—Yo solo obedezco órdenes. Y estas son, en caso de su comparecencia aquí, las de llevarlo ante el teniente Lavigne. Por favor, acompáñeme.

Al escuchar ese apellido, Diego apretó con fuerza la mandíbula. Sin poner resistencia, custodiado por los guardias, fue conducido ante un pequeño salón, donde le ordenaron esperar. Minutos después, se abrió la puerta, y apareció la recia figura de *Monsieur* Gérard Lavigne. Durante unos segundos que parecieron durar una eternidad, ambos se miraron en silencio. Seguido a eso, tras un seco saludo, el francés le ordenó que lo siguiera. Una vez dentro del despacho, el galo tomó asiento detrás del escritorio; desde su postura, con aire mordaz, permaneció unos instantes con los ojos fijos en Diego. A continuación, sin cambiar de gesto, en un tono molesto, le preguntó en francés:

—*Monsieur* Lescot... ayer estuvo aquí, ¿verdad? Y hoy de nuevo ha venido usted a visitar a *mademoiselle* Brunilda Cavaglione Sullivan, acusada de espionaje y del asesinato de *Monsieur* Pierre Lafeuille d’Etaples, en noviembre de 1807 —Midiéndolo con una fría mirada, adicionó—: ¿No ha

tenido suficiente con su visita de ayer? Por lo que percibo, está usted muy... pero muy interesado en ella.

Diego, sin dejarse amedrentar, en su mismo idioma e idéntica actitud, le respondió:

—Interesado... no es la palabra exacta. Diría mejor: preocupado.

El teniente soltó una burlona carcajada y profirió:

—Ah, ¿ahora me quiere dar a entender que, de verdad, no está interesado en ella, que solo está preocupado? Pues, por lo que me han contado, vuestro encuentro de ayer ha sido... muy efusivo, incluso demasiado apasionado.

Ante las palabras del francés, Diego permaneció impasible.

—Solo fue la emoción de volver a verla después de tantos años —repuso con tranquilidad—. Ambos nos conocemos de niños... —mintió con idéntica expresión—. Mi familia y la de ella son amigos desde hace muchos años. Y sé que, si Bruny dio muerte a ese... hombre, debe de haber tenido sus motivos; de hecho, sé muy bien que los tenía —acabó, dándoles a sus palabras un énfasis fatídico.

*Monsieur* Lavigne continuaba observándolo con detenimiento.

—Usted asegura que es francés —expresó inquisitivo—. Y de verdad habla muy bien mi lengua. Pero ¿sabe una cosa? Según me contaron, cuando la rea cometió el crimen...

—Por favor... —lo interrumpió Diego— le rogaría que no usara esos términos, tan despectivos, para nombrar a *mademoiselle* Cavaglione.

—Hablaré como me dé la gana —rebatía el francés molesto—. A lo que iba: según muchos testigos, la rea, después de asesinar a *Monsieur* Lafeuille de una certera puñalada en el cuello luego de que este la descubriera conspirando, la acompañaba un sujeto... —se agachó a leer un papel, y luego agregó—: llamado Diego Ibáñez Cisneros Wesley que, de acuerdo a los detalles físicos, que están aquí apuntados, son muy parecidos a los de usted; diría que, quitándole la barba y el estilo de peinado, son casi exactos.

Pese al impacto de aquellas palabras, Diego, con aire indiferente, añadió:

—Por favor, déjese de ridículas suposiciones. Cuando eso sucedió... yo no estaba en España. Y ahora, por favor, dígame por qué no se me permite volver a visitarla.

—*Mademoiselle* Cavaglione tiene prohibidas las visitas, sobre todo de hombres. Ayer, luego de unos días de ausencia, lo primero de lo que me entero al regresar fue que se le permitió estar, junto a usted, más de veinte minutos a solas. No sé cómo obtuvo usted el permiso para entrar a verla. Voy a averiguarlo y amonestaré a los responsables.

Diego, que seguía de pie, apretó los puños con tanta fuerza que la sangre desapareció de sus nudillos. Tras una corta inspiración, a la vez que lograba controlarse, esbozó una sonrisa. Con aire retador, replicó:

—La autorización me la dio un superior suyo, con el que me une una gran amistad que, a su vez, la obtuvo del propio gobernador francés. Hace poco llegué de América del Sur... —volvió a mentir, sin que ningún gesto lo delatara—. Y me encontré con que *Mademoiselle* Cavaglione, mi entrañable amiga de la infancia, estaba privada de libertad acusada de asesinato; me costó creerlo. Y también me dijeron que piensan trasladarla a París, ¿es eso verdad?

El teniente Lavigne, con indudable nerviosismo, se mordió los labios. Enseguida, tras recomponer su semblante, irguiéndose en su asiento, refutó:

—Por lo que veo, está usted muy enterado de todo. Sí, será trasladada allí para un juicio justo y ejemplarizante: la familia de *Monsieur* Lafeuille pide su presencia en París, y el rey José Bonaparte ha dado su apoyo a ese traslado, junto a otros reos más, acusados de alta traición.

—¿Puedo saber cuándo será ese traslado? —se atrevió a preguntar el español.

El francés, con risa burlona, exclamó:

—Eso a usted no le concierne.

La rabia de Diego llegó a un punto álgido. De pronto, el deseo de matar a ese hombre con sus propias manos se hizo fuerte en su mente. Y, sin que

podiera evitarlo, comenzó a idear la manera de lograrlo...; incluso, se vio agarrándolo por la garganta a la vez que apretaba sus dedos con todas sus fuerzas.

Esa fantasiosa perspectiva, por un momento, le produjo un cierto consuelo. Tragándose su furia, a la vez que cambiaba su gesto adusto, agregó:

—Por favor, permítame hablar con ella solo unos minutos. O al menos... hágale saber que he venido.

El gallo francés, midiéndolo con la mirada, soltó una carcajada y replicó:

—Vaya, además de insolente, es usted muy atrevido al pretender que sea yo su mensajero. *Monsieur* Lescot, le voy a pedir, con toda educación que no insista en su osadía. No me obligue a tomar otras medidas: incluso, la de tener que empezar una investigación, bien detallada, de su vida. A lo mejor nos llevamos una gran sorpresa, tanto que hasta podría interesar al gobernador, y también al rey José Bonaparte.

Sintiéndose impotente, Diego apretó con fuerza la mandíbula. Seguido a eso, en medio de su desesperación, se dio cuenta de que, si se dejaba arrastrar por la ira, tenía mucho que perder. Tras lograr relajarse, volvió a optar por el sarcasmo.

—Puede usted investigar lo que le parezca —replicó en medio de una distendida sonrisa—. Tengo todos mis papeles en regla, incluso los del barco en que hice la travesía desde América —mintió de nuevo. A continuación, levantándose de hombros, prosiguió—: pero, como no quiero perjudicar a mi amiga y que usted tome represalias contra ella, no insistiré; con su permiso, me retiro. —Tras ejecutar una burlona reverencia, lo miró directo a los ojos—. Quizás muy pronto volveremos a vernos —Añadió mientras sentía que el abatimiento amenazaba nublarle la mente.

El francés, recorriéndolo de arriba abajo, replicó mordaz:

—Esa idea a mí no me ilusiona demasiado.

—Créame que a mí tampoco; pero... lamentablemente, presiento que nuestros caminos, tarde o temprano, volverán a cruzarse. Incluso puede que

coincidamos en algún lugar donde... ni usted ni yo quisiéramos estar.

—Por el bien de *Mademoiselle* Cavaglione, y también del suyo propio, le aconsejo que no se acerque más por aquí —amenazó el teniente a la vez que daba órdenes al guarda de que lo custodiara hasta la salida.

Ya en la calle, Diego, ciego de cólera, se mordió los labios. Mientras apretaba con fuerza los puños, comprendió que todo lo que iba mal acababa de empeorar. Tras una honda inspiración, se cubrió la cara con el ala de su sombrero y echó a andar en dirección a la taberna donde Carlos había entrado. En ese momento, al ver que pasaba un carruaje, lo hizo detener. Tras darle al cochero una propina, le pidió que esperara. Al cabo de unos quince minutos, Carlos salió del local. Diego, desde el interior del coche, lo llamó. Con visible sorpresa, el joven Temple tomó asiento a su lado.

—¡Oh!, ¿ya estás aquí? Pensé que sería yo el que tendría que esperarte. —Al ver la descompuesta expresión de su amigo, inquirió—: ¿Qué te pasa?

Tras pedirle al auriga que los llevara a dar una vuelta, en medio de un incontrolable nerviosismo, Diego le contó su malograda visita a Bruny, además del encontronazo con el teniente francés. Carlos lo miró preocupado.

—¡Demonios!, esto se pone cada vez más feo. De modo que ese hombre... el mismo que hizo encarcelar a Brunilda y que ha estado intentando enamorarla, ¿sospecha que... eras tú el que la ayudó a escapar?

Diego, completamente abatido, se tomó la cabeza con las manos y exclamó:

—¡El muy canalla!, no sé cómo he podido contenerme para no saltarle al cuello. Siento que voy a explotar. La rabia y la desesperación de no poder hacer nada, sumadas a la dolorosa frustración por no haber logrado volver a verla, están matándome. Ella habrá esperado hoy mi visita...

El joven Temple, tomándolo por los hombros, le pidió:

—Por favor, ante todo procura no perder la calma. Piensa que, si la pierdes, todos nos perderemos contigo. —A la vez que respetaba el estado anímico de su amigo, por unos minutos permaneció en silencio. Luego, con animosa expresión, le sugirió—: Como aún es temprano, ¿qué te parece si antes de ir a



la casa de don Manuel Peralta, a reunirnos con la pandilla, nos dirigirnos a la calle de Cuchilleros y nos metemos en la Hostería de Botín y nos bebemos algo? Quizás así empezarás a relajarte y a pensar en positivo, ¿Qué dices a eso?

—No, alguien podría reconocerme —repuso Diego a la vez que movía la cabeza—. Ya escuchaste lo que dijo mi tío; hay muchos policías franceses por las calles. Además, tal como me encuentro ahora, tampoco podría tragar nada.

—Claro, en eso tienes razón; por un momento me olvidé de ese latente peligro. Entonces, hasta la hora de nuestra cita, daremos un paseo por algún lugar tranquilo.

Sin agregar nada más, Carlos le pidió al cochero que se dirigiera hacia los alrededores de la casa de campo.

Dos horas más tarde, llegaron al domicilio del señor Peralta, que ya los esperaba junto a los demás hombres. Con el ánimo alicaído, Diego, luego de permanecer un largo rato en silencio —mientras recuperaba la calma—, tuvo que explicarles a todos su funesto encuentro con el teniente francés... el carcelero de la mujer que amaba.

Don Manuel Peralta, rascándose la calva con expresión preocupada, murmuró:

—Esto sí que es una contrariedad. Porque, si ese hombre está encaprichado con su *miss*, entonces ella, para él, no es solo una acusada: es una mujer a la que pretende doblegar como sea...

—Así es. Ha dado usted en el clavo —alegó Diego con apenas un hilo de voz.

—Vaya sinvergüenza mal nacido. El muy canalla... —replicó don Miguel mientras, todos los demás comenzaban a dar sus opiniones de repulsa hacia el teniente Lavigne.

De pronto, Diego, tal como si hablara consigo mismo, con rabiosa expresión, estalló:

—¡Ah! Pero, aunque tenga que matarlo con mis propias manos, yo rescataré a Bruny de la manera que sea.

—¡Ahí!, ¡ahí! ¡Con dos cojones! —prorrumpió don Emilio Durán Cortez, a la vez que señalaba a Diego con el dedo.

Aquel exabrupto, dicho con tanta gracia por el exguerrillero, provocó en los presentes sonrisas de complicidad.

Minutos después, Carlos, acercándose al grupo, señaló:

—Ahora, lo más importante es lograr que mi amigo se tranquilice del todo. Y luego de eso, averiguar cuándo se hará ese traslado de convictos a Francia.

Don Evaristo Jiménez, tras enderezar el parche que tapaba su ojo vacío, expuso:

—Varios de mis amigos han prometido darme, dentro de unos días, alguna noticia sobre eso. Pero yo, además, le he pedido ayuda a mi hermana. Creo que ella, mejor que nadie, podría averiguar algo enseguida; Pilar baila en un tablao, al que van muchos franceses.

—No solo baila, también se acuesta con varios de ellos, ¿verdad?, eso no lo negarás —replicó Emilio Duran, con un despectivo ademán.

Evaristo, mirándolo con semblante crispado, exclamó:

—No te permito que hables así de ella; demasiado ha sufrido la pobre cuando le mataron a su marido, con el que aún no tenía un año de casada. Y, aunque a ninguno de nosotros nos gusta lo que hace, sabemos que la mayoría de esos franceses la ayudan a comer. Y no solo a ella, sino también a muchos miembros más de mi familia.

El joven Jaime Matisse, encarándose a Emilio con malquistado gesto, le dijo:

—A veces eres tan imbécil que, si no fuera porque te tengo algo de aprecio y porque sé que, a pesar de tu viperina lengua, eres una buena persona, te partía la cara.

—Perdón, realmente... no quise ofender a nadie, lo dije sin pensar —murmuró el reprendido mostrándose avergonzado.

—Pues, antes de hablar, hay que pensar muy bien en lo que se dice — apostilló don Miguel con el ceño fruncido. Sin cambiar de gesto, añadió—: Además, cada uno es dueño de hacer de «su capa un sayo», ¿no?

El señor Jiménez replicó:

—Sé que mi hermana, astutamente, se aprovecha de su situación; porque en estas épocas hay que ser muy inteligente y, sobre todo, muy valiente para sobrevivir. Y no olvidéis que ha sido ella quien ha estado enviando información a varios espías españoles para que estos la reenvían a los guerrilleros del norte. Bueno, a lo que íbamos; quizás uno de esos *franchutes* a los que Pilar frecuenta pueda saber algo. —Dirigiéndose a Diego, agregó—: Ella así me lo ha prometido. Y, si puede, no le quepa a usted ninguna duda, que lo hará.

—Gracias, Evaristo —contestó Diego sonriéndole agradecido—. Sería estupendo que tu hermana lograra averiguar algo pronto. Dile que será bien gratificada, pero que tenga mucho cuidado de no ponerse en peligro. —A continuación, luego de observar detenidamente a cada uno de ellos, agregó—: Mañana mismo tengo previsto daros a todos la mitad del pago que acordamos. Y, luego de nuestro intento de asalto al convoy francés, salga como salga todo, os daré el resto.

—Perfecto, señor Ibáñez —aceptó don Miguel con una sonrisa—. Aunque ahora ni siquiera con dinero se pueden conseguir víveres y menos tranquilidad, los que tenemos familia podremos dejarlas mejor aseguradas; sobre todo, para que no pasen demasiadas calamidades. —Luego de marcar una pausa, el señor Salvatierra, sin apartar los ojos de Diego, un tanto preocupado, adicionó—: Hay algo que no hemos tocado, y creo que es muy importante: la mayoría de nosotros no tenemos caballos...

Por largos instantes, Diego se quedó pensativo. Al tiempo que aspiraba una bocanada de aire, inquirió:

—¿Hay alguna posibilidad de comprar alguno?

—Creo que sí —informó don Miguel—. Aunque en estos tiempos escasean,

podemos buscar a alguien que sepa dónde encontrarlos.

El joven Jaime Matisse, acercándose a ellos, exclamó:

—Yo conozco a un hombre que puede ayudarnos. Esta noche misma me podría contactar con él. Pero necesitaría saber de cuántos animales hablamos.

Diego, dirigiéndose a sus hombres, les preguntó:

—¿Cuántos de vosotros disponéis de un caballo? Carlos y yo tenemos los nuestros...

El grupo de hombres se miró entre sí.

—Yo también tengo el mío —respondió Jaime.

—Yo no... —agregó don Emilio Durán Cortez, con el brazo levantado.

—El mío, el que yo que quería mucho, hace unos meses me desapareció... —comentó don Miguel Salvatierra.

El dueño de casa, con visible consternación, murmuró:

—Si tuviera alguno de sobra, os lo ofrecería. Pero, lamentablemente, de los cuatro hermosos caballos que tenía antaño, solo me queda mi viejo Lucero, que aún logra tirar de mi carruaje. Y de más está decirles que los animales que compréis pueden guardarlos en mi establo; allí estarán a buen recaudo.

—Gracias, señor Peralta —apreció Diego, con una apagada sonrisa. Seguido a eso, girándose hacia Jaime, añadió—: Entonces, necesitaríamos al menos tres, o cuatro caballos más: es mejor que sobren.

—De acuerdo. Mañana me pondré en campaña para ver la manera de conseguirlos —aseguró Jaime.

Durante el tiempo que duró la reunión, el grupo se dedicó a cambiar opiniones, además de estudiar mapas y ensayar estrategias para, llegado el momento, lograr liberar a Brunilda de sus captores.

Al día siguiente, apenas volvieron a reunirse, el joven Matisse, dirigiéndose a los jerezanos, les comunicó:

—Lo de los caballos ya está resuelto. Al menos hay cinco disponibles, y a un buen precio.

—Perfecto —aprobó Diego—. Apenas salgamos de aquí, iremos a verlos, y

así ver en qué condiciones están.

—Sí, lo importante es que se encuentren sanos y que no sean demasiado viejos —recomendó don Miguel.

—Por lo que me dijo el dueño —agregó Jaime—, a pesar de que a los pobres los tienen ocultos dentro de un establo desde hace ya varios meses por miedo a que se los roben, todos se hallan en perfectas condiciones de salud. Lo que no sé es si son jóvenes o ya muy viejos.

Tres días después, en los que Diego temió perder la compostura y el sosiego, el señor Jiménez al fin les comunicó que, según las averiguaciones de su hermana, en unos pocos días iban a trasladar a París a una mujer extranjera —acusada del asesinato y conspiración—, junto a tres ciudadanos más: dos españoles y un francés imputados de alta traición. Al instante, con semblante intrigado, don Evaristo, dirigiéndose a los dos jerezanos, les comunicó:

—Pero... por otro lado, Pilar me ha dicho que uno de los soldados que ella frecuenta más íntimamente le confesó que... —mientras centraba la mirada en Diego, añadió—: la mujer, al parecer, va a ser trasladada a Bayona...

Esa noticia dejó a Diego anonadado.

—¿Ha dicho Bayona?, ¿estás seguro? —inquirió con visible indignación.

—Es lo que me ha contado Pilar. Saldrán de aquí custodiados por un retén de unos diez o doce guardias armados, capitaneados por un teniente de apellido Lavigne. Creo que se pronuncia así. —Con los ojos fijos en Diego, prosiguió—: Y, si no me equivoco, es el mismo que usted mencionó aquel día que no pudo visitar a su... enamorada, ¿verdad?

—Sí... exacto —respondió el jerezano a la vez que apretaba dientes.

Luego de una breve pausa, el señor Jiménez adicionó:

—Pilar me ha prometido también que intentará descubrir el día y hora en que saldrán de Madrid. —Sin apartar sus ojos de Diego, prosiguió—: Hay otra cosa que usted debe saber: según los rumores de los allegados de ese teniente, estos afirman que... está medio loco; dicen que sufre los embates de un amor

no correspondido. Y, tal como usted nos lo comunicó, justamente se trata de la joven extranjera, acusada del asesinato de un agente del mismísimo Napoleón. Además de eso, todos aseguran que, en los últimos tiempos, ese teniente francés se halla con los ánimos muy alterados y que incluso ha protagonizado varios desencuentros con muchos de sus más cercanos, hasta con varios de sus superiores. Al escuchar esas palabras, la faz de Diego se contrajo en un rictus de furiosa impotencia.

—¡Maldito canalla! —masculló con los dientes apretados.

—Sí, no cabe dudas; ese *franchute* ha perdido la cabeza por la joven, de una manera que incluso asusta a todo sus allegados —comentó don Miguel, dirigiéndose a los jerezanos.

Carlos, a la vez que miraba a Diego con gesto apaciguador, le pidió:

—Bueno, ahora vamos a tranquilizarnos. —Seguido a eso, luego de observar a todo el grupo, añadió—: Comencemos cuanto antes a programar las estrategias que aún nos faltan y también a repasar los demás planes que ya hemos estudiado, memorizándolos muy bien para intentar no cometer errores.

—Eso es lo que haremos —reafirmó Diego mientras daba un resoplido. Con ademán colérico, agregó—: ¿De modo que... en vez de ser trasladada a París será a Bayona? Diablos, tanto esperar esta noticia, y ahora esta me ha dejado exhausto y completamente anonadado.

—Yo también estoy muy intrigado —expresó Carlos—. ¿Por qué va a ser trasladada a Bayona? Quizás, a lo mejor, hacen allí una parada.

—No lo creo —rebató Diego, pensativo—. Bruny me contó que ese mal nacido, cuando intentaba persuadirla de que aceptara ser su amante, le propuso llevarla a Bayona, para vivir allí como marido y mujer.

—Entonces, lo que menos piensa ese militar es llevarla ante un tribunal para ser juzgada —reflexionó Carlos, cada vez más perplejo.

Diego masculló furioso:

—Sí, creo que las reales intenciones de *Monsieur* Lavigne no son precisamente las de juzgarla en París. ¡Mierda!, enterarme de esto así de golpe

me ha dejado aún mucho peor.

—Tranquilízate —le pidió Carlos—. Continuemos con los detalles de nuestro plan de rescate, con la cabeza bien fría. Libre de emotividades y de malos presagios.

—Opino como el señor Temple —alegó don Miguel. Sin dejar de mirar a Carlos con semblante pétreo, añadió—: He estado pensando que podríamos... intentar dar el golpe antes de llegar a Burgos.

Diego, con la impaciencia impresa en su rostro, se agachó ante un mapa que tenían desplegado sobre la mesa. Tras señalar con el dedo, expresó:

—¿Tan lejos?, yo había pensado sorprenderlos por las sierras de Guadarrama.

—No, don Miguel tiene razón —contrapuso Carlos—. Hay que intentar rescatarla mucho más lejos de Madrid, tal como lo pensamos a un comienzo. Y luego de eso, internarnos en las montañas en dirección norte. Y, para que el plan resulte un éxito, lo más importante es no dejar ningún cabo suelto.

Diego volvió a inclinarse sobre el mapa. Evaristo, señalándole un punto con el dedo, le dijo:

—Ahí, en el Espinar, cerca de Somosierra, conozco un lugar donde hay suficiente agua para los caballos y para nosotros. Allí podríamos acampar y luego seguir hasta Aranda del Duero; una vez allí, apostados en algún lugar seguro, podremos observar cuando los franceses se acerquen. —Tras pasar la mano sobre el parche de su ojo, adicionó—: Desde ahí los seguiríamos con mucha cautela, sin que se den cuenta.

Don Miguel, a la vez que tomaba de nuevo la palabra, dirigiéndose a Evaristo, exclamó:

—¡Me gusta tu plan! De ese modo, antes de llegar a Burgos, en cuanto la oportunidad se nos presente, podremos intentar asaltarlos por sorpresa. —Tras mirar a Diego con una sonrisa optimista, añadió—: Estoy seguro de que, si lo planificamos todo muy bien, tal como opina el señor Temple, tendremos éxito en nuestro objetivo.

—Pero, como bien se dice siempre... —discurrió Carlos—, del dicho al hecho, hay un gran trecho; hablando, todo parece más fácil de llevar a cabo.

Diego permanecía callado; en su semblante se reflejaba un gesto de completa aspereza.

Don Miguel Salvatierra, en medio de un gesto serio, murmuró:

—Como ya lo he dicho, a mí, la idea de Evaristo me parece muy buena para tener en cuenta.

—Hay algo que me tiene preocupado —confesó don Emilio—. Tenemos que ser realistas: llegado el momento de actuar, nos enfrentaremos a un grupo más numeroso que nosotros y mejor equipados... y con muchas más armas.

El señor Salvatierra alzó su único brazo, y exclamó:

—Es verdad, hace días que pienso lo mismo. —Dirigiéndose a Diego, prosiguió—: Señor Ibáñez, conozco a otros tres, quizás cuatro hombres más de confianza; creo que estarán encantados de ayudarnos. Claro, siempre bajo previo pago. Todos ellos poseen armas propias y, salvo uno, los demás tienen caballos.

—Que mañana mismo se presenten aquí —manifestó Diego, en medio de un gesto de ansiedad.

A la tarde siguiente, don Miguel llegó acompañado de los hombres que había prometido llevar. Luego de los saludos, dirigiéndose a Diego, le comunicó:

—Bueno, señor Ibáñez, estos son los compañeros de los que le hablé ayer. Los cuatro son de la ciudad de Valladolid, vecinos de Pintia. Antes de la guerra trabajaban de arrieros en la hacienda de un marqués. Todos ellos están al tanto de la misión que intentaremos llevar a cabo y han aceptado acompañarnos, sin hacer ninguna objeción. —Mientras los señalaba, prosiguió—: Aquí, don Alonzo García Maldonado, apodado «el Zurdo», y estos tres son don Julián Montesinos Suárez, don Jacobo Rueda Alarcón, y don Jerónimo Gonzáles Sacristán, y son amigos desde que nacieron. Como los nombres de estos últimos comienzan por la misma letra, en su pueblo se los conocía por



*los Tres Jotas* —acabó de decir con una carcajada.

—Un gusto conocerlos —saludó Diego mientras iba dándoles la mano. Luego de presentarles a Carlos, con aire cansado, agregó—: Como ya el señor Salvatierra les habrá contado, lo único que exijo de todos vosotros es lealtad y, sobre todo, franqueza.

—Intentaremos no defraudarlo —aseguró uno de ellos, a la vez que todos los demás repetían lo mismo.

En los días que siguieron, los nervios y la ansiedad no dejaron de causar estragos en el ánimo de Diego. Le costaba dormir y casi no podía comer; incluso sus sienes habían comenzado blanquear. Abatido por el desasosiego de su espíritu que desde hacía ya mucho tiempo gravitaba sobre él —sumado a su terca resolución de aguantar a solas las erosiones de tantas dificultades—, se mostraba taciturno, con el semblante abstraído. Y ni siquiera Carlos lograba sacarlo de su calamitoso estado.

Durante los almuerzos, ante la incesante charla de su tía Antonia, Diego trataba de disimular lo mejor que podía. No obstante, le costaba un gran esfuerzo concentrarse en lo que ella le contaba.

Por su parte, don Benito, aunque la curiosidad le picaba por dentro, tal como si prefiriera mantenerse al margen de aquella locura que estaba decidido a llevar a cabo su sobrino, junto a un grupo de aventureros que nada tenían que perder; no se atrevía a preguntar nada. Y solo se limitaba a mirarlos en silencio.

Veinte días después, las investigaciones de la hermana de Evaristo, al fin... dieron sus frutos. Esa tarde los jerezanos se enteraron de la fecha y hora de la partida hacia París (con una parada en Bayona) de un convoy de doce hombres, para custodiar a cuatro presos...; entre ellos, una joven mujer de origen extranjero acusada, a más de dar muerte a un agente francés, de conspiración contra Napoleón Bonaparte y su hermano, el rey José I.

Diego, tras un primer gesto de exaltación, se quedó quieto, en un estado de

completa laxitud, en el que se notaba la evidente fractura e inquietud de su alma. Unos días después, tras más de un mes y medio de haber salido desde Jerez de la frontera, llegó el deseado y... a la vez temido momento para los jerezanos.

Esa noche previa a la partida, Carlos y Diego prepararon su equipaje. Para que este fuera lo más liviano posible, a más de sus armas, solo cargaron una manta para cada uno y algunas prendas de ropa, entre estas, dos gruesos capotes de lluvia. Y, también, una gran cantidad de alimentos imperecederos, como frutos secos y fiambres, que compraron en una famosa tahonera de la que don Benito era cliente. Diego llevaba escondida, en sus alforjas de doble fondo, la pesada bolsa de doblones.

Luego de la cena, doña Antonia, con el rostro muy serio —en el que se traslucía un estado de inquietud y de alarma—, se abrazó a Diego.

Sin lograr contener las lágrimas, le dijo:

—Mi querido sobrino, Benito me ha contado que ambos vais a ejecutar un trabajo de espionaje y... aunque me ha dicho que no reviste peligro... ¡tengo mucho miedo! —Mientras secaba sus ojos, con un pañuelo, agregó—: Yo ya lo sospechaba, sobre todo al observar vuestro comportamiento tan extraño y tan lleno de ansiedad de estos últimos días, en los que salíais y regresabais con los rostros preocupados. —Tras acercar su brazo hacia Carlos, abrazándolos a ambos, les pidió—: Por favor... ya sé que son deberes... que tenéis que cumplir, sí o sí. Solo os pido que ambos os cuidéis mucho, y no cometáis imprudencias, ni actos de necio valor. ¡Prométanmelo!

—Se lo prometemos, tía —expresó Diego a la vez que asentía con la cabeza.

—No se preocupe, doña Antonia: tendremos mucho cuidado —apostilló Carlos. Y sonriéndole cariñoso, añadió—: Usted, quédese tranquila... y rece por nosotros.

—Eso no tenéis que recordármelo. Todos los días rezaré por vosotros pidiéndole, a Dios y su Santa Madre, que os protejan y que, sobre todo, regreséis sanos y salvos. Y también continuaré pidiéndole que muy pronto esta

maldita y cruel guerra acabe de una vez por todas.

Un rato después, don Benito se reunió con los dos jóvenes en la biblioteca. Con gesto serio y taciturno, luego de darles un sinfín de consejos, les hizo entrega de cuatro salvoconductos.

—No he podido conseguir ninguno más; tienen los nombres acerca de los que me dijiste que eran los más necesarios.

—Gracias, tío, y no se preocupe. Con esto nos arreglaremos muy bien. — Mirándolo con una mezcla de tristeza y preocupación, agregó—: le he dejado a Fermín tres cartas para ser enviadas mañana mismo: una, a mi madre en Cádiz, y las otras dos, a Jerez, dirigidas a mi padre y al teniente Charpenter. Espero que puedan llegar sin problemas.

—Las comunicaciones de Madrid con el resto de España están muy mal; no olvides que estamos incomunicados. No obstante, aunque con mucha tardanza, seguro que llegarán —manifestó don Benito.

Seguido a eso, después de desearles buena suerte, a la vez que mostraba en su semblante un gesto preocupado, se despidió de ellos dándoles un fuerte abrazo.

Cerca de la medianoche, Carlos y Diego, de manera furtiva —tras recoger sus armas y demás pertenencias—, montados a caballo, partieron hacia la casa de don Manuel Peralta.

Ese mismo amanecer, catorce horas antes de que, según tenían constancia, saliera el convoy francés —después de tomar las debidas precauciones—, los dos jerezanos, junto a todos sus hombres, armados de fusiles, mosquetes y cananas repletas de municiones (además de cuchillos y víveres), amparados por la serranía, tomaron rumbo norte.

Más de cuatro horas después, el grupo, tras seguir la márgenes del río Duratón, se internaron entre el desolado y montañoso paraje de Somosierra. Desde allí bordeaban la ruta que los viajeros usaban para marchar a Bayona. Por la tarde, ocultos entre la arboleda y enormes peñascos, acamparon en

medio del monte, muy cerca de un arroyo, a sabiendas de que, si una patrulla francesa los sorprendiera, pese a los salvoconductos que la mayoría de ellos llevaban, se verían en graves dificultades.

Al día siguiente, Diego, después de pasar una larga noche de vigilia, mientras escuchaba a lo lejos el constante aullar de los lobos —y de los demás animales nocturnos—, con el catalejo en las manos se apostó a la orilla del camino dispuesto a ser el primero en divisar el paso del convoy de prisioneros, junto a sus carceleros cuando estos pasaran por allí.

Cerca del mediodía, Carlos, al notar el desasosiego de su amigo, trató de darle ánimos.

—Por favor, no te desesperes; recuerda que nosotros salimos con muchas horas de antelación, y ellos van un poco más lentos. Ahora escucha lo que voy a decirte: tanto yo como don Miguel creemos que sería mejor seguir viaje unos kilómetros más.

A pesar de que en un principio Diego se mostró reticente a continuar la marcha, al fin lograron convencerlo. Seguido a eso, luego de compartir todos un frugal almuerzo, reanudaron la marcha. Después de otras casi cuatro horas de camino, atravesando las periferias de pueblos y aldeas escondidos entre las sierras, al atardecer llegaron a las cercanías de Maderuelo.

Apenas encontraron un lugar apto, junto a otro afluente de agua —en las márgenes del Camino Real, hacia Burgos—, acamparon. Diego, tras otra nueva noche de desvelo, a la mañana siguiente, él y su grupo se mantuvieron a la espera de divisar el convoy francés.

Carlos, al observar a su amigo, que parecía estar cada vez más afectado por la ansiedad, procuraba apaciguarlo.

—Sosiégate; vuelvo a repetírtelo: no olvides que ellos van más despacio y que, con toda seguridad, han dormido en alguna posada. Y recién ahora estarán a punto de proseguir la marcha.

—Y, eso es justamente, lo que más nervioso me tiene —rumoreó Diego con la mandíbula apretada—. Saber que ella está a merced de ese arrogante

francés quien, con toda seguridad, intentará aprovecharse de su flaqueza y de su vulnerabilidad para dominarla, me pone enfermo.

—Por lo que más quieras, quítate esos negros pensamientos de la cabeza; no dejes que estos se apoderen de ti —le pidió Carlos en un esfuerzo de usar su influencia con él.

Por fin... cerca de las cuatro de la tarde, Diego, al otear el horizonte con su catalejo, divisó una nube de polvo. Y el corazón pareció que dejaba de latirle.

—¡Ahí vienen! ¡Sí, con seguridad son ellos!

El señor Salvatierra, tras hacer algunos movimientos con su único brazo, dirigiéndose a sus hombres, exclamó:

—¡Esconded de prisa los caballos, ahí... detrás de aquellas rocas!

De pronto Diego, tal como si no lo hubiera escuchado, en medio de una sucesión de ademanes acelerados, prorrumpió:

—¡Rápido! ¡Ahora! ¡Preparémonos todos para... interceptarlos! Porque, si lo analizamos bien, este paraje, tan solitario, es el ideal para llevar a cabo nuestros planes... —acabó a la vez que volvía a impartir órdenes de manera precipitada.

Carlos, con evidente ofuscación, plantándose frente a él, le gritó:

—¿Te has vuelto loco? ¿Quieres caerles aquí..., ahora... así, de repente? Aún estamos en territorio muy peligroso.

Con gesto serio, Don Miguel expresó:

—¡El señor Temple tiene razón; esto no es lo que acordamos! Por favor, no nos ponga usted en riesgo. —Mirándolo ceñudo, adicionó—: Permítame decirle que, tal como está usted de nervioso y alterado, puede echar por tierra todo lo que hemos proyectado para liberar a su dama.

Diego, entre ademanes obstinados, en medio de un convulso jadeo, rebatió:

—Insisto... creo que no deberíamos perder tanto tiempo. Quizás ya no volvamos a tener otra oportunidad como esta... —Dirigiéndose a Carlos, justificó su intención—: Y el peligro será igual aquí que unos kilómetros más

lejos.

Don Miguel, con un nervioso resoplido, mirándolo ceñudo, volvió a pedirle: —¡Por favor, señor Ibáñez... le pido que se controle y actúe con sensatez! ¡Muy cerca de aquí hay muchos pueblos repletos de franceses! No ponga en peligro todo lo que programamos. Creo que sería mejor que me dejara a mí la capitania de poder decidir el lugar y momento adecuados para caer sobre ellos. Mi recomendación es esperar unas horas más..., quizás un día o incluso dos. En este peligroso proyecto que vamos a ejecutar, solo podremos tener éxito armándonos de paciencia y buen tino. Tenemos mucho tiempo por delante; esperaremos a que ellos se encuentren más desprevenidos. Y allí, apenas se nos presente la oportunidad, nos jugaremos el todo por el todo. Ahora solo nos limitaremos a seguirlos sin que ellos nos descubran.

Diego, a la vez que sacudía la cabeza, con evidente ansiedad, le rebatió:

—Don Miguel, comprendo sus temores... y sus precauciones; incluso admiro su sensatez. Pero creo que esta parte tan desolada del camino es la más ventajosa para nosotros. Quizás, ya no tengamos otra ocasión igual porque..., tal como se ha dicho siempre, las oportunidades, muy pocas veces vuelven a presentarse. Y, en cuanto a mi control y sensatez, créame, por mi propia experiencia se lo digo: muchas veces, la falta de prudencia es la clave de que un plan tan peligroso como el nuestro tenga éxito. Por eso, con todo mi respeto... creo que, si no aprovechamos ahora...

Carlos, acercándose a su irreflexivo amigo, mientras lo tomaba de los hombros, comenzó a sacudirlo. Con expresión iracunda, barbotó:

—¡Eh, tú! ¿Alguna vez escucharás cuando alguien te habla e intenta hacerte entrar en razón? Por favor, reflexiona; obedécenos y ya, ¡tranquilízate! Todos comprendemos tu situación. Pero, si continúas así, nos pondrás a todos en peligro, ¡incluso a Bruny! —Acabó, como sacado de quicio.

Diego exhaló una bocanada de aire y se quedó unos minutos meditabundo. Después, tal como si se desinflara, se dirigió a don Miguel y, con semblante exhausto, repuso:

—De acuerdo, se hará como usted... lo crea conveniente —A continuación, luego de mirar al grupo, agregó extenuado—: Les pido disculpas a todos; realmente, estoy muy nervioso y me cuesta controlarme. —Tras volver a posar los ojos sobre el señor Salvatierra, añadió—: De ahora en adelante, usted será el jefe...

—Gracias, don Diego. Ya verá cómo no se arrepentirá. —respondió don Miguel y, tras un rápido movimiento de su brazo, prorrumpió—: ¡Rápido! ¡Llevad los caballos hacia las rocas! ¡Y... todos al suelo!

En ese momento, la voz de uno de los hombres los alertó:

—¡El carruaje ya está muy cerca! Lo custodian varios hombres a caballo.

Emilio, apostado en la orilla del camino, se reafirmó:

—¡Sí... son ellos! ¡Cuidado!, ¡ya se acercan!

A continuación, todos se quedaron agazapados entre el rugoso suelo, parapetados detrás de los arbustos y las piedras.

Desde su incómoda postura, Diego tomó su catalejo y, apenas el carruaje pasó frente a ellos, pudo divisar, a pesar de la distancia —por una de las ventanillas que tenía las cortinas corridas—, el pomposo perfil de un hombre. Y no tuvo dudas en asegurar que se trataba de *Monsieur* Lavigne. «¡Maldito arrogante!», masculló con los dientes apretados. Carlos, agazapado junto a él, le preguntó:

—¿Has podido ver algo?

—No lo sé con exactitud. Pero... creo que al carcelero de Bruny: ¡Ah! ¡Qué ganas tengo de rescatarla y apartarla de las zarpas de ese mal nacido! —barbotó Diego furioso.

Carlos, hundiéndole el índice en el hombro, lo increpó:

—Métete bien en esa cabeza tan dura que tienes que, para lograr eso, tendrás que permanecer con la mente muy fría. —Mientras lo miraba analítico, remató—: Diego, estas irreconocible; aunque siempre has sido un atolondrado e irreflexivo en tus acciones, por lo general lograbas mantener la calma, a veces, incluso de manera exasperante.

—Tienes razón; ni yo mismo me reconozco —confesó Diego con alicaído animo—. El desgaste anímico ha podido conmigo.

—Pues... tendrás que volver a recuperar tu aplomo y sensatez. De eso depende que todo esto que intentamos hacer para liberar a Bruny no acabe en tragedia. Porque luego será tarde para las lamentaciones.

Instantes después, el grupo se preparó para iniciar el seguimiento al convoy que, entre una densa polvareda, se alejaba raudo por el camino.

Durante unas horas, Diego y su grupo, capitaneados por don Miguel, continuaron sin perder de vista el carruaje. Al atardecer, cuando ya el reflejo solar se desvanecía en el horizonte, llegaron a las afueras de Aranda del Duero.

Escondidos entre la maleza de la serranía, Diego, y sus hombres observaron que el convoy se detenía frente a un edificio, junto a otros dos carruajes aparcados allí.

—Creo que han decidido pasar la noche en esa posada. Debemos tener mucho cuidado; al parecer, hay más viajeros... y, con toda seguridad, todos serán franceses —comentó don Miguel mientras miraba con el catalejo. Diego, acercándose a Carlos, a la vez que se mordía los labios, murmuró:

—No quiero ni pensar en que... el maldito Lavigne intente ahora aprovecharse de Brunilda, si es que... no lo ha hecho ya... porque...

En medio de un bufido, Carlos lo interrumpió:

—¡Ya no sé cuántas veces te he dicho lo mismo! No dejes que tu mente se llene de falsas suposiciones. Recuerda que ella, a pesar de su delito, es una dama y... el *Monsieur* ese, por lo que sabemos, un caballero.

—¿Caballero?, ese solo es un déspota arrogante que está encaprichado en una mujer que, para él, es una presa vulnerable. No sé si podré soportar quedarme de brazos cruzados... —acabó con los puños apretados.

Al ver la dura y reprobadora mirada de Carlos, tras un hondo resoplido, se disculpó:



—Perdona. De acuerdo, lo intentaré.

En ese momento don Miguel, dirigiéndose a todos, les pidió:

—Necesito que alguien se ocupe de los caballos, con cuidado de no hacer ruido, para no llamar la atención de nadie. —A la vez que señalaba una honda bajada, agregó—: Quizás allí, detrás de aquellos tupidos árboles, encontréis agua y algo de heno para que los animales puedan pastar. Nosotros acamparemos detrás de las rocas y nos turnaremos para vigilar. Apenas amanezca, comenzaremos a prepararnos para estar listos justo en el momento en que los *franchutes* se pongan en marcha. Ojalá que nadie nos descubra...

Carlos, con la mano levantada, exclamó:

—Si eso sucediera, intentaremos manejar la situación de la mejor manera. Por suerte, la mayoría de nosotros tenemos salvoconductos... —dirigiéndose a Diego, quien permanecía en completo silencio, añadió—: En cuanto a ti, si llegáramos a toparnos con algún galo, procura mantenerte alejado y, de ser posible, que no te vean la cara. Lo digo por si *Monsieur* Lavigne en persona nos pasara inspección y te reconociera. Porque no debemos olvidar que, quizás, ese teniente tenga la sensación... incluso la seguridad, de que tú intentarás rescatar a Brunilda. Y, si eso llegara a ser cierto, estará muy nervioso y atento a cualquier anómala situación.

—Es verdad; no podemos descartar esa posibilidad —concordó don Miguel—. Si nos descubren, con toda seguridad, todos seremos interrogados.

Carlos, al notar que Diego continuaba sumido en medio de un extraño ostracismo, sugirió:

—Bueno, ahora vamos a relajarnos.

Una hora después, luego de repartirse una ración de víveres cada uno, el grupo se tiró sobre sus mantas y se dispuso a descansar. Apenas aclaró un poco el día, después de pasar una nueva noche de intranquilidad, llena de espantosas imágenes de Bruny y Gérard Lavigne, Diego, en compañía de Carlos y de todos los demás hombres, desayunaron un puñado de frutos secos, además de pan duro y algo de queso. Seguido a eso, en completo silencio el

grupo ensilló los caballos y se preparó para reanudar la persecución.

Mientras se cuidaba de no ser visto, Diego, agazapado, luego de bajar, se apostó muy cerca del camino desde donde se podía ver la posada del pueblo. Aunque la visibilidad aún era bastante difusa, pudo observar el coche de los franceses detenido en la acera, junto a otras calesas más. En el momento que los mozos de cuadra salieron con los caballos para preparar el carruaje el jerezano, en cuclillas, volvió a subir la empinada loma.

—Creo que ya no tardarán en seguir viaje —anunció con visible ansiedad.

Don Miguel, que acababa de preparar su caballo, exclamó:

—Todos estamos listos ya. Los seguiremos muy despacio, dándoles tiempo de alejarse. —Seguido a eso, mientras intentaba mirar un mapa, agregó—: Muy cerca de aquí, a unos quince kilómetros, hay un pueblo llamado Gumiel de Izán, situado entre dos valles. A partir de ahora, en cuanto pasemos ese paraje, apenas se nos presente una buena oportunidad, podremos dar el golpe decisivo... y que sea lo que Dios quiera.

—Sí, que Dios reparta suerte —anunciaron los demás.

Carlos, a la vez que miraba a Diego, con gesto parsimonioso murmuró:

—Ya falta menos. Por favor, hasta donde puedas, mantén la sangre fría; de ese modo tu cabeza razonará con mayor templanza, y podrás rescatar a tu amada sin demasiados riesgos.

—No te preocupes, estoy tranquilo.

Mirándolo chancero, Carlos rebatió:

—¿Te burlas de mí?, pero si ni siquiera puedes comer, ni dormir. La ansiedad está consumiéndote. —Con expresión seria, añadió—: Y, por lo que más quieras, deja que sea don Miguel quien decida el momento justo del asalto. Recuerda que tú mismo le diste el mando; él tiene más experiencia en circunstancias como estas.

En ese momento, uno de los centinelas se aproximó a ellos. A la vez que levantaba los brazos nervioso, en señal de alerta, masculló:

—¡Cuidado!, ¡escondeos bien!, varios franceses están recorriendo las

cercanías.

—¡Mierda! —prorrumpió Carlos mientras miraba a Diego.

De manera precipitada, el grupo, luego de sujetar sus caballos al tiempo que procuraban que estos se mantuvieran silenciosos, se parapetó detrás de los altos peñascos, y allí permanecieron muy quietos. Media hora después, apenas los vigilantes franceses comprobaron que no había merodeadores, regresaron a la posada.

—Ufff, por poco —expresó don Miguel, en medio de un hondo suspiro.

—Diablos, estoy agarrotado. De verdad, creo que el miedo me ha paralizado —comentó Carlos con evidente nerviosismo—. Si hubieran subido un poco más, habrían descubierto a los caballos... y, detrás de ellos, a nosotros.

Diego, pegado contra las piedras y con las riendas de su cabalgadura enrolladas en la mano, a la vez que asentía con la cabeza, confesó:

—Yo también he llegado a sentir mucho miedo. Por suerte, incluso los animales han estado de nuestra parte.

Minutos más tarde, apenas el convoy de franceses se ponía en marcha, el «jefe», dirigiéndose al grupo, exclamó:

—Ahora que ellos estarán más relajados, y mucho más vulnerables, en cuanto pasemos Gumiel de Izán, antes de llegar a Burgos, podremos sorprenderlos con garantías de triunfo. —Tras mirar a los jerezanos, con una señal de victoria, siguió—: No sé por qué tengo el pálpito de que, muy pronto, el señor Ibáñez estará de nuevo junto a su dama.

—Ojalá tenga usted razón —deseó Diego con expresión atormentada.

Sin agregar nada más, don Miguel espoleó a su caballo. Tras sortear los pedruscos y densos matorrales que obstaculizaban el escabroso sendero, el grupo lo imitó.

Desde esa distancia pudieron ver cuando el carruaje, junto a la custodia, cogía mayor velocidad en medio de una nube de denso polvo. Luego de cabalgar durante casi tres horas a ritmo moderado —dadas las malas condiciones del camino serrano—, a los pocos kilómetros de pasar el citado

pueblo, justo en las cercanías de un amplio valle, Diego y sus hombres observaron que los franceses se disponían a acampar a la sombra de unos tupidos árboles.

—Creo que tienen problemas con el eje de una de las ruedas —comentó Emilio acercándose a don Miguel. Este último, con una sonrisa de complacencia, a la vez que escrutaba el panorama, miró a los jerezanos.

Luego de un significativo movimiento de cabeza, sin dejar de reír, exclamó:

—¡Justamente... esto era lo que yo esperaba! —Mientras observaba con su catalejo, añadió—: No puedo ver bien el carruaje pero, al parecer, varios de ellos lo están examinando... y ahora, ¡oh, vaya suerte! El grupo entero se dispone a comer algo... —Seguido a eso, dirigiéndose a todos, añadió—: Ahora sí podremos actuar con entera libertad. —Luego de recorrer con la mirada a todos sus compañeros, agregó—: ¡Bueno, camaradas, se acerca el momento de la verdad, de la hora decisiva! ¡Intentaremos llevar a cabo el asalto... tal como lo planeamos!

Diego, con un nudo en la garganta, murmuró:

—De acuerdo, esperaremos sus órdenes.

Después de unos instantes de meditación, don Miguel fijó la mirada en los jerezanos y, con un tono de nerviosa expectación, les pidió:

—Usted, señor Ibáñez, concéntrese solo en el carruaje, donde suponemos que estará la *miss*, junto a los demás reclusos. Si... por algún motivo ve que ella sale del coche, intente actuar con toda la astucia de la que sea capaz; recuerde que nosotros no podremos ayudarlo porque estaremos muy ocupados en reducir a todos los custodios, y también a su jefe. De modo que, por favor, ahora sí mantenga sus nervios bien atados y aproveche al máximo todas las oportunidades que se le presenten, sin desperdiciar ninguna. No olvide que, a pesar de nuestros planes... que tan bien elaborados nos parecían, en el momento de actuar las cosas pueden torcerse. —Dirigiéndose a Carlos, agregó—: Al señor Temple le sugiero que permanezca unos metros detrás de don Diego por algún problema que pueda surgir. Y ojalá la suerte nos acompañe a

todos. —Sin esperar respuesta, dirigiéndose a los demás, con evidente nerviosismo, adicionó—: Compañeros, deberemos ir con mucho cuidado. Tenemos que ser nosotros los que los sorprendamos a ellos; de lo contrario, se nos echarán encima, sin contemplaciones. Como ya lo hemos hablado, no hay que obviar que... quizás, habrá muertes, incluso entre nosotros...

—Sí, eso es lo más probable —aseveró don Evaristo Jiménez, mientras se acomodaba bien el parche de su ojo.

—Espero que... eso no suceda. De verdad, no quiero tener muertes en mi conciencia —replicó Diego.

—¡Todo saldrá bien! —exclamó Emilio con un signo victorioso.

—Yo también espero lo mismo. Y... no sé por qué, siento que así será. —alegó don Miguel mientras sonreía optimista—. Dejaremos los caballos atados aquí arriba. —Seguido a eso, tal como si se desinflara, con un cierto aire de preocupación, confesó—: No voy a negarles que también estoy muy nervioso por lo que pueda pasarnos. De modo que, a partir de ahora... y, como bien se dice: «Que cada palo, aguante su vela», a lo que yo añado: y que cada cual cuide sus espaldas.

Minutos después, Diego, tras bajar la empinada cuesta, con el mentón fuertemente apretado, tomó el catalejo y miró hacia los alrededores del carruaje.

Por allí no se veía ningún movimiento. Lentamente giró la cabeza para abarcar todo el panorama, formado por el grupo de franceses. A pesar de que no había sido una larga cabalgata, la mayoría de ellos parecían exhaustos. Todos ellos se hallaban sentados, unos en el suelo y otros sobre las piedras, debajo de los árboles, disponiéndose a comer de su vianda a la vez que se pasaban, unos a otros, la cantimplora de agua. Solo dos de ellos permanecían en actitud vigilante. El sonido del fuerte viento era ensordecedor.

Por más que miró y miró en rededor con sus catalejos, Diego no pudo distinguir a *Monsieur* Lavigne, ni tampoco a Bruny, ante lo cual se quedó extrañado.

En ese momento, don Miguel, tras hacer con su único brazo, un enérgico y cauteloso gesto, comentó:

—Por suerte los *franchutes* tienen el viento en contra, de modo que les costará bastante oírnos llegar. ¡Camaradas!, ¡mucho cuidado! —Luego de impartir las últimas indicaciones con la mano, entre un sofocado grito, arengó —: ¡Ahora!

### *El rapto de la cautiva*

Agazapados entre los arbustos, Diego y sus hombres, en silencioso cortejo, bajaron la empinada cuesta, dispersándose en rededor. Y... de forma inesperada, al grito de: «¡Todos de pie! ¡Y que nadie se mueva! ¡El que lo haga es hombre muerto!», en medio de una polvareda, el grupo de españoles cayó como una tromba sobre los desprevenidos soldados imperiales que, tomados de sorpresa —ante la ferocidad de aquellos diez hombres armados—, se quedaron inmóviles, con las manos en alto. Tras eso, de manera torpe y precipitada, algunos, atragantándose con sus alimentos, se pusieron de pie.

Diego, sin pérdida de tiempo, con su fusil en alto, seguido a una prudencial distancia de Carlos —que avanzaba agazapado entre los arbustos—, llegó hasta el carruaje.

Mientras contenía la respiración, se detuvo junto a una de las puertas y, de golpe la abrió... Encontró a tres hombres maniatados, que lo miraron con una mezcla de miedo y asombro. Sorprendido de no ver entre ellos a Bruny ni a *Monsieur* Lavigne, se quedó momentáneamente paralizado. En ese momento, uno de los reos le hizo un significativo gesto con los ojos. Diego iba a decir algo cuando... de pronto, detrás de él escuchó un ruido; al volver la cabeza, se encontró de frente con el teniente francés que, apuntaba con una pistola a Brunilda en la cabeza. Diego, con el pulso acelerado, bajó el arma. El galo, mirándolo colérico, exclamó:

—¡Vaya alarde de bravura y de estúpida osadía! ¡Desde que salimos de Madrid estaba seguro de que usted intentaría cometer una imprudencia como

esta! ¡Y no estaba equivocado! Se creía más listo que yo, ¿verdad? Gracias a mi intuición... que un rayo de sol resplandeció sobre su arma, he logrado sorprenderlo. —Mirándolo con notable repulsión, le ordenó—: ¡Tire hacia aquí su mosquete! ¡Y también el cinturón con la pistola y el cuchillo! ¡Le aconsejo que tranquilice a todos sus hombres y les ordene entregar las armas; de lo contrario no tendré más opción que disparar a *Mademoiselle*...!

Mientras Diego obedecía las órdenes del teniente, Brunilda, con el rostro pálido, dirigiéndose a su carcelero, le pidió:

—Por favor... *Monsieur* Lavigne, déjeme ir con el caballero...

Ante el pedido de ella, el rostro del francés enrojeció de furia.

—¡Ah, claro! ¡Quieres escaparte con él! ¡Ya una vez te salvó!, ¿verdad? —Tras mirarla con una mezcla de despecho y desalmada felonía, rebatió—: Por tu bien te lo digo... en tu mano está evitar que haya muertes. ¡Convéncelo de que renuncie a ti y se marche por donde han venido, con todos esos bandoleros que lo acompañan!

—Qué valiente es usted, escudándose detrás de una mujer indefensa —profirió Diego mirándolo con asco.

Ante las palabras del español, el teniente Lavigne soltó una nerviosa carcajada.

Con los ojos fijos en él, le increpó:

—¿Indefensa una mujer que ha dado muerte a un hombre corpulento y precavido como era *Monsieur* Pierre d'Étaples? —Sin dejar de apuntar a la cabeza de Brunilda, con su ornamentada pistola «de chispa», tras coger el mosquete con la otra mano, dirigió el caño hacia Diego, y añadió—: ¡Tengo órdenes de trasladarla a París junto a los demás reclusos! Y desde el momento mismo de partir, me hice la firme promesa de cumplir con mi palabra, sobre todo, con la asesina de ese agente francés, que era mi amigo. ¡Y, aunque sea su cadáver el que tenga que transportar, lo cumpliré!

Diego, con las manos en alto mirándolo sarcástico, exclamó:

—¡Oh, no vea lo que me asombra la admirable obediencia que demuestra

por su rey!, ¡pero ambos sabemos que sus verdaderas intenciones, con respecto a *Mademoiselle* Cavaglione Sullivan, no son las de llevarla a París, ni tampoco las de matarla! ¡Lo que realmente quiere..., es tenerla para usted solo!, ¿verdad? ¡Obligándola a sucumbir hasta transformarla en su amante!

—¡A usted, mis reales intenciones respecto de la rea no le conciernen! — prorrumpió el francés como sacado de quicio. Después de una corta pausa, mientras hacía un sinfín de extraños movimientos con la pistola, en tono más bajo, añadió—: Ahora, lo único que hay claro es que usted y *Mademoiselle* están a mi merced... ¡de modo que espero que sus facinerosos actúen con inteligencia, y depongan su envalentonada actitud! —advirtió sin dejar de empuñar las armas contra ellos. A la vez que miraba alrededor, en medio de un rabioso gruñido, agregó—: ¡En caso contrario, tal como están ahora las cosas, seremos muchos los que moriremos hoy! ¡Porque yo no pienso irme solo de este mundo! ¡Estoy dispuesto a vender muy cara mi vida!

Al escuchar las palabras de *Monsieur* Lavigne, pronunciadas con una inequívoca actitud demencial, el semblante de Diego se ensombreció. De una ojeada divisó a Carlos, apostado detrás de unas rocas —justo desde un ángulo que solo favorecía al alterado teniente—. Y allí comprendió que, de verdad, Bruny y él estaban bajo el entero dominio del francés.

Unos metros más arriba, don Miguel y sus hombres, sin dejar de observarlos, mantenían encañonados a los soldados galos, en actitud amenazante. En ese momento, Diego, mientras procuraba suavizar un poco la situación, luego de mirar a *Monsieur* Lavigne con expresión meditabunda, le pidió:

—Por favor, cálmese. ¡Reflexione! ¡No llevemos esta situación a un punto sin retorno! ¡Entréguenos a *Mademoseille* Cavaglione y, de esa manera todos nosotros nos iremos sin disparar un solo tiro!, ¡y nadie saldrá de aquí muerto o malherido! ¿No le parece que ese sería un civilizado trato de... caballeros de honor?

Mientras Diego intentaba calmar los ánimos del galo, todos los observaban expectantes. De pronto, con otro exaltado chillido, el teniente prorrumpió:



—¡Qué ridículo insensato es usted! ¿Un trato de caballeros... de honor? ¿Justamente es usted quien habla de honor? —acabó con un gesto de desprecio. A punto ya de perder del todo el aplomo, *Monsieur Lavigne* comenzó a hacer otros extraños movimientos, con su cabeza a la vez que, con ademán amenazante, movía las manos sin dejar de empuñar las armas. A continuación, dirigiéndose a Diego, volvió a gritar furioso—: ¡No quiero seguir debatiendo nada más con usted! ¡Aquí va mi última advertencia! ¡Retire a sus hombres de inmediato... y márchese! ¡Ya! ¡Ahora!, ¡antes de que se me acabe la paciencia! ¡Y créame que ya no me queda mucha!

Diego se dio cuenta de que, realmente, el francés parecía estar al borde de un ataque de enajenación. Sin saber muy bien qué actitud tomar, volvió a pedirle:

—Creo que lo peor que podría hacer usted ahora es perder la calma. ¡Piense en sus hombres que, por lo que veo, están todos muy asustados!

En medio de un notable temblor, el teniente chilló en francés:

—¡Entonces!, ¡obedezca! ¡Ordene, a los inmundos forajidos que lo acompañan, que depongan su actitud y entreguen las armas!

—¡Sabe de sobra que no podemos hacer eso! —le rebatió Diego, en el mismo idioma. Sin dejar de observarlo caviloso, le sugirió—: Y como este asunto es, más que nada, una cuestión sentimental que solo nos concierne a usted y a mí, ¿qué le parece si ambos lo solucionamos... batiéndonos en un duelo y...?

La estruendosa carcajada del galo interrumpió a Diego.

—Y el que gane se queda con la dama, ¿verdad? ¡Qué bonita escena, digna de una memorable obra teatral, con un final feliz para los enamorados, y el tercero en discordia muerto! —vociferó el teniente—. ¡Por favor, deje ya las bromas a un lado! ¡Se lo digo por última vez!, ¡haga que todo su grupo de bandoleros se retire de aquí! —exigió a la vez que apretaba más la pistola contra la cabeza de Bruny, sin dejar de apuntarlo con el mosquete. Con voz ronca e imperiosa, agregó—: ¡Obedezca! ¡O dispararé a *Mademoiselle* y a

continuación a usted!

—¿Y qué hará luego... de eso? ¿Enfrentarse a todos los demás? —reflexionó el español, cada vez más temeroso ante el dudoso estado mental del teniente francés. Con voz, un tanto suave, añadió—: Sabe que, en el momento de dispararnos a *Mademoiselle* y a mí, usted no saldrá con vida de aquí. Le aconsejo que recapacite y proceda con los atributos de un buen militar. Hay que saber perder, como un hombre de bien.

El francés se echó a reír iracundo. Tras eso, con una sarcástica mueca, inquirió:

—¿Es que... usted aún no se ha dado cuenta de que a mí no me importa morir? ¡Pero tenga por seguro que lo haré, llevándome al otro mundo a ella... y a usted también!

Brunilda, al tiempo que miraba suplicante al teniente galo, le pidió:

—Por favor, *Monsieur* Gerald... deponga su actitud; déjeme marchar...

De pronto, desde el otro lado donde estaba el grupo de españoles que mantenían encañonados a los franceses, se escucharon gritos junto a un disparo, seguido de otro.

Diego y el teniente francés, visiblemente sorprendidos, se giraron a mirar.

En ese momento, se oyó la voz de don Miguel, que exclamaba:

—¡Tranquilo, señor Ibáñez! ¡Había otro franchute meando en el monte, y el muy cabrón ha intentado sorprendernos! ¡Ha herido en el brazo a don Emilio Durán Cortés... y lo hemos tenido que abatir! ¡Usted siga con sus negociaciones con ese «Romeo enamorado», a ver si logra hacerle entrar en razón de una vez por todas, antes de que las cosas se tuerzan de manera irreversible!

Carlos, sin que el teniente francés lo sospechara, seguía oculto entre los árboles atento a todos sus movimientos, en espera de un buen ángulo para disparar. De manera inesperada, *Monsieur* Lavigne, tras dejar de apuntar con su pistola a la cabeza de Brunilda, de un salto se puso frente a Diego.

—Esto está mejor... —exclamó el jerezano al ver que el francés al fin había

soltado a Bruny.

Sin apartar de Diego el caño del mosquete, el galo, entre gestos amenazantes, mientras retrocedía unos pasos, rebatió agitado:

—¡Pues creo que para usted, no va a ser mejor, al contrario! —Con una actitud cada vez más perturbada, masculló—: ¡Como ya lo ve, puedo matarlo aquí mismo... en el acto! ¡Y no sabe las ganas que tengo de cargármelo! —Tras reír estrepitosamente, con gestos nerviosos, prosiguió—: ¡Ya sabía yo que usted era ese tal don Diego Ibáñez, el valeroso defensor de *Mademoiselle Cavaglione*!

A la vez que trataba de reordenar sus ideas y actuar con lógica, Diego le dijo:

—No puedo creer que no le importe provocar una carnicería. ¡*Monsieur Lavigne*, en la vida no siempre se gana! ¡Mis hombres y yo solo queremos liberar a *Mademoiselle Brunilda Cavaglione*! ¡Solo eso!, ¡después nos iremos y jamás volverá a saber de nosotros!

—¡Eso se hará sobre mi cadáver! —profirió el teniente tal como si mordiera las palabras.

Diego, tras secarse el sudor que perlaba su frente, centró los ojos en el galo. Con malquistado gesto, le rebatió:

—¿Me cree tan estúpido? ¡Usted nunca nos dejaría marchar!, ¡apenas nosotros entreguemos nuestras armas, ordenará a sus soldados dispararnos!

En ese momento, Brunilda, dirigiéndose a Diego, en medio de un agónico llanto, le imploró:

—¡Por favor... haz lo que él te pide! ¡No te expongas más, ni expongas a tus hombres! Huye; ponte a salvo, por lo que más quieras... —acabó casi sin voz.

Mientras soltaba una breve risa, entre sarcástica y furiosa, el francés exclamó:

—¡Ya ha escuchado a la dama...! ¡Creo que sería bueno que siguiera sus consejos! —Seguido a eso, tras hacer con la cabeza una nueva sucesión de extraños movimientos, prosiguió—: Le confieso que me impresiona mucho la

manera en que ella se preocupa por usted. —En medio de un repentino espasmo nervioso, gritó fuera de sí—: ¡Obedezca ya! ¡Maldito hijo de puta! ¡Retire a todos sus bandoleros de aquí... y desaparezcan de inmediato!

Diego, sin dejarse amedrentar, volvió a rebatirle:

—¡Repetiré sus propias palabras! ¡Solo sobre mi cadáver! ¡Así que ya puede usted dispararme!

Brunilda, echándose a llorar, le imploró:

—¡No! ¡Por favor, Diego, no te arriesgues! ¡Toma a... tus hombres y huye con ellos!

—¡Lo siento, cariño! —expresó el jerezano mirándola con adoración—. ¡No puedo hacer eso!, hemos venido a liberarte y no me iré sin ti, aunque en eso se me vaya la vida.

—¡Entonces, le daré el gusto! Estoy seguro de que, si usted muere, todos sus hombres huirán de aquí de inmediato. No creo que ninguno de ellos sienta la necesidad de enfrentarse a nosotros —rebatió el galo en voz baja, con perturbada sonrisa sin dejar mover las armas con peligrosa actitud.

Allí Diego comprendió que este, de verdad, parecía haber perdido el norte. En medio de una retahíla de palabras cargadas de reflexión y calma intentó hacerlo entrar en razón.

El teniente, con semblante demudado, a la vez que movía repetidamente la cabeza, prorrumpió:

—¡Cállese ya! —De repente, mientras hacía otros extraños movimientos con la mano con que llevaba la pistola, tras extender el brazo hacia el jerezano, en medio de un irascible gesto demencial, gritó—: ¡Toma, maldito! ¡Muérete de una vez!

En ese instante, justo cuando el francés apretaba el gatillo, en medio de un desgarrador grito, Brunilda, de un salto, se puso delante de Diego.

Todo pasó tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Después de la estampida del disparo, el jerezano, con los ojos desorbitados vio cómo Bruny, llevándose la mano a la boca, por donde comenzaba a manar abundante sangre,

caía pesadamente al suelo.

Mientras daba un alarido horrorizado, Diego corrió hacia ella. Tirándose a su lado, volvió a gritar:

—¡No! ¡Nooo! —Acariciándole la cabeza, murmuró—: Cariño, ¿por qué lo has hecho?, ¿esa bala era... para mí...!

El francés, con expresión atónita, dejó escapar un juramento. Desde su lugar de observación, Carlos, al darse cuenta de que en ese momento allí se masticaba la tragedia, bajó la cabeza hacia el pecho y exclamó:

—¡Dios mío! ¡No... puede ser...!

A todo esto el teniente francés, con semblante lívido y una expresión doblemente enajenada, luego de tirar la pistola al suelo, levantó el mosquete y apuntó de nuevo a Diego, que aún permanecía en el suelo, abrazado al cuerpo de Bruny.

Entonces Carlos, al comprobar que en ese momento disponía de un mejor margen de maniobra para dar en el blanco, se adelantó al galo y, sin pensárselo demasiado, disparó su arma.

Al instante, una brillante mancha roja fue agrandándose en el pecho del francés... y, a continuación, acabó desplomado sobre la tierra, al tiempo que Carlos corría hacia ellos.

Diego, con el exangüe cuerpo de Bruny, bañado de sangre en sus brazos, se sacudía entre sollozos a la vez que gritaba:

—¡No! ¡No! ¡No!

Después, con mirada extraviada, a la vez que dejaba a Brunilda en brazos de Carlos, se aproximó a *Monsieur* Lavigne, que agonizaba en el suelo; de manera repentina, señalándolo con el dedo, sentenció:

—¡La has matado!, ¡canalla hijo, del demonio! ¡Ella ha dado su vida por mí! Pero ya ves, hasta sus últimos instantes me ha gritado su amor... sacrificándose por mí... —Su voz se quebró sofocada por el llanto—. ¡Maldito... arrogante! ¡La... has matado! —volvió a gritar como un poseído—. ¡Pero estoy seguro de que, ni siquiera en tu viaje al otro mundo, podrás verla!, ¡porque tú irás

directo al Infierno... y allí, en el caldero de Satán arderás por toda la eternidad! —Al comprobar que el francés aún seguía con vida, sin cambiar de expresión, agachándose hacia él, prosiguió—: ¡Me adelantaré a la parca, antes de que esta llegue a buscarte y te mataré con mis propias manos!

Tirándose sobre su cuerpo, lo cogió por el cuello. Y, tal como tantas veces lo había visualizado en su mente, comenzó a apretar. En ese momento, don Miguel llegó hasta él.

—¡Deténgase, don Diego! —le gritó con visible preocupación—. ¡No vale la pena!, ya tiene su merecido. Déjelo morir en paz y que sea el Supremo quien lo juzgue.

Diego, con la ropa manchada de sangre, rodó de espaldas sobre la tierra. Sacudido por los espasmos del llanto, se tapó la cara con las manos. En ese momento, uno de los hombres, a la vez que mostraba en su rostro una expresión de incredulidad, acercándose a ellos, comenzó a gritar:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡La señorita está viva! ¡Al parecer, la herida... no ha sido mortal!

Al darse cuenta de lo que eso significaba, Diego, de un salto, se puso de pie y, seguido de don Miguel, corrió hacia donde estaba Carlos quien, junto a Jaime Matisse Marín, intentaban detener la hemorragia de la herida de Brunilda mientras esta, que yacía boca abajo, en medio de continuos ahogos, seguía esputando abundante sangre de la boca.

Carlos, con una cantimplora de agua en la mano, al ver a Diego mirándolo estupefacto, le comunicó:

—Esto es... algo increíble, y tan alucinante que... cuesta asimilarlo. Según Jaime, que sabe algo de medicina, al parecer, la bala de la pistola que ha entrado por el carrillo derecho, en su recorrido no ha tocado ningún órgano vital. Acabamos de lavarla un poco... ¡Diablos!, por suerte, ese demente no intentó dispararte con el mosquete.

El joven Matisse, desde su posición, levantó los ojos hacia Diego. Con

notable conmoción en la voz, le informó:

—Como acaba de decir el señor Temple, más allá de toda lógica, creo que aquí... acaba de darse cita lo imposible. Según mi criterio, el plomo ha pasado por debajo de la lengua y ha salido limpiamente por la mejilla izquierda, de la parte de atrás, sin causar demasiados daños; al menos, a mi parecer. No obstante creo que tiene rota la parte de arriba del maxilar derecho, y también ha perdido dos muelas, que ya he podido extraer junto a algunos pequeños fragmentos óseos. Ahora estoy dándole ventilación, para evitar que se ahogue. Me he tomado la libertad de romper su enagua, para taponar la herida y hacer presión, a ver si así consigo detener un poco la hemorragia. Por eso la he colocado boca abajo para evitar que la sangre la ahogue. —En medio de un agitado gesto, a la vez que volvía a mirar a Diego, prosiguió—: Durante los próximos días habrá que vigilar que no le haya quedado ninguna astilla ósea que pueda infectarse. Pero debo reconocer que esto... a mi parecer, es un verdadero milagro. Nunca, ni siquiera de parte de mi padre, que muchas veces me contaba innumerables experiencias sobre diversas heridas, ni tampoco yo mientras estudiaba medicina, tuve noticias de un caso así; estoy asombrado.

Diego, incapacitado de hablar, se llevó las manos a la cara y permaneció unos minutos inmóvil. Carlos, tocándole el hombro, murmuró:

—Realmente, recibir un tiro en la cara y seguir con vida es ya de por sí un verdadero milagro —expresó tal como si también le costara creerlo.

Agitado y casi convulso, aunque al mismo tiempo aliviado, Diego miró a Brunilda que, a pesar de su delicado estado, seguía consciente, incluso ayudando a Jaime a apretar un pedazo de su enagua contra el orificio de salida de la bala para que esta dejara de sangrar.

Unos minutos después, el joven Matisse se puso de pie. Mientras movía la cabeza, con visible conmoción, apostilló:

—Creo que el flujo de sangre de la entrada y salida del proyectil ha menguado bastante. Pero dentro de la boca... desde la parte lesionada de la lengua, sigue sangrando bastante. No obstante eso, me atrevería a asegurar que

*Mademoiselle*, aunque tardará mucho en lograrlo, saldrá indemne de esto.

Diego, con voz quebrada, murmuró:

—¡Dios mío! Había tanta sangre que... pensé que... estaba muerta.

—Todos lo pensamos —concordó Carlos.

Tendiéndose en el suelo, al lado de ella, Diego se abrazó a su cintura.

—Bruny, amor mío... creí que te perdía —susurró mientras besaba, repetidas veces, su frente—. Has expuesto tu vida para salvarme, y ese infame loco casi te mata. Prometo llevarte a un lugar seguro... y allí cuidaré de ti hasta que te restablezcas del todo.

Don Miguel Salvatierra quien, junto a los demás hombres, continuaban apuntando a los soldados, integrantes del convoy francés, se acercó al grupo formado por Diego, Carlos y Jaime. Mirándolos serio, objetó:

—Siento tener que interrumpirlos en este momento tan penoso y tan preocupante... en el que aprovecho para darle mi enhorabuena a la señorita de que su herida, a pesar del susto, no haya sido de tanta gravedad, como nos imaginamos a un principio. Pero creo que será mejor que ahora salgamos de aquí lo más pronto posible; no olviden que existe el riesgo de que llegue alguien y nos sorprenda a todos en esta complicada situación.

Carlos miró a Diego, que parecía seguir bajo los efectos de un notable atontamiento y, tocándole el hombro, repitió:

—Opino como don Miguel: aquí estamos en peligro.

—Podríamos intentar ver si logramos enderezar el eje de la rueda del carruaje y transportar en él a la señorita... —sugirió Evaristo.

El señor Salvatierra lo contradijo:

—No me parece buena idea; con esa carroza nos veríamos obligados a tener que marchar por la carretera y, de esa manera, estaremos más indefensos... sobre todo si nos topamos con algún otro grupo de franceses por las cercanías.

—Y, ¿qué sugiere usted? —preguntó Carlos.

—Que... nos marchemos en dirección a las sierras, montados en nuestros caballos.



—¿Y cómo viajará la joven en su estado? —inquirió don Evaristo.

Diego, como si regresara desde muy lejos, razonó:

—No se preocupen: yo la llevaré en mi grupa. Le mantendré la cabeza hacia abajo, para evitar que se ahogue con su sangre... y no dejaré de vigilarla.

—De acuerdo. Ahora lo importante es salir de aquí enseguida —repuso don Miguel con evidente ansiedad.

Carlos, con un gesto de notable preocupación, añadió:

—Ojalá Brunilda soporte el trayecto sin problemas.

Jaime Matisse, acercándose a los jerezanos, los tranquilizó:

—Creo que, si tomamos las debidas precauciones, podrá viajar en su grupa sin problemas. No obstante, hay que tener mucho cuidado; a pesar de que las heridas de *Mademoiselle*, salvo que esté yo muy equivocado, no revisten la gravedad que pensábamos, como aún no sabemos bien los daños que la bala puede haber causado dentro, en su camino de salida, habrá que estar atento por si volviera a sufrir otras fuertes hemorragias.

—Gracias, Jaime; tendré mucho cuidado, y no dejaré de vigilarla —aseguró Diego. A continuación, a la vez que miraba detenidamente a Carlos, le dijo—: Gracias, amigo; gracias por abatir a ese enajenado hijo del demonio; de no ser por ti, quizás estaría muerto.

—No tienes que darme las gracias de nada; tú también hubieras hecho lo mismo. Además, antes de mí, te salvó la vida Bruny... que por poco pierde la suya. Realmente, hoy has tenido mucha suerte.

—Es verdad, os debo la vida a los dos —asintió Diego, abrazándose a ella.

En ese momento don Emilio Durán Cortés, mientras Jaime le curaba la herida de su brazo, con gesto intrigado, preguntó:

—¿Y qué haremos con los soldados *franchutes*?

—¡Matarlos a todos! —se escuchó decir a otro de ellos.

Diego, en un ademán nervioso, levantó el brazo. Con gesto rotundo, replicó:

—¡No!, ¡los dejaremos aquí; sin caballos y sin armas!, ¡pero vivos! No quiero más muertes innecesarias en mi conciencia.

—¡Pues yo opino también que deberíamos matarlos a todos! ¡Estoy seguro de que ellos, en nuestro lugar, nos despacharían sin miramientos! —prorrumpió Emilio.

—¡Entonces, demostrémosles que somos mejores que ellos! —le rebatió Diego secamente. Poniéndose de pie con Brunilda en sus brazos, observó al grupo de asustados franceses que, con el miedo marcado en sus semblantes, permanecían inmóviles, en una actitud de completa rendición, y agregó—: ¡Esos hombres solo cumplían órdenes...!

—¡Opino como don Diego! —aprobó el señor Salvatierra—. Tres de ellos son españoles y acaban de contarme que todos estaban muy intimidados por *Monsieur Lavigne* y que, desde hace tiempo, mostraba síntomas de no estar bien de la cabeza —concluyó un tanto ansioso. Seguido a eso, luego de señalar el carruaje, adicionó—: Ya hemos dejado en libertad a los tres condenados que acompañaban a la señorita; hay un madrileño, y los otros dos son franceses; según nos ha confesado uno de estos últimos, se enamoró de la hermana del primero, e incluso llegó a participar junto a un grupo de patriotas en numerosos actos de conspiración contra Napoleón, hasta que fueron descubiertos. El otro tuvo una discusión con un superior y acabó matándolo, según afirma, de manera accidental. Los tres, que fueron condenados por alta traición, me han pedido encarecidamente que los dejemos marchar. Tienen pensado llegar al primer puerto que encuentren y zarpar hacia las Indias. Solo regresarán el día que se enteren de que los galos han sido expulsados de España.

—De acuerdo —aceptó Diego—. Que les entreguen tres caballos y una bayoneta a cada uno y también el mismo número de botas de agua. Sugiereles que pueden marchar hacia el norte, hacia Galicia, Asturias o Cantabria donde, con toda seguridad, no tardarán en encontrar algún barco con destino a América —acabó de decir, sin dejar de mirar a Brunilda, que continuaba echando sangre por la boca.

Mientras mantenía a Bruny boca abajo, Diego tomó asiento sobre una roca.

—Aguanta, cariño, enseguida te sacaremos de aquí —le susurró junto al oído—. Buscaremos un lugar seguro... y, una vez allí, esperaremos a que te recuperes del todo.

Ella, con gesto exangüe, asintió con la cabeza.

Al cabo de unos minutos, don Miguel, volviéndose a plantar ante Diego, aseveró:

—Aún hay algo más que debo hablar con usted...

—De acuerdo, señor Salvatierra, lo escucho.

—En el carruaje... junto a las pertenencias del difunto teniente francés, encontramos un gran cofre... repleto de doblones de oro y plata.

Diego permaneció unos segundos meditabundo.

Luego de aspirar una bocanada de aire, expresó:

—Oh, vaya. Pues bien, démosle a ese valioso tesoro un buen destino. Sugiero que lo reparta usted entre todos, incluyendo a los franceses.

Ante las palabras de Diego, todos lo miraron sorprendidos. Emilio, a la vez que daba un paso adelante, exclamó indignado:

—¿Cómo? ¿Sugiere usted que también les demos dinero a esos *franchutes*, hijos de puta?, ¿después de todo lo que nos han hecho? —Tocándose la herida de su brazo, con una mueca de grima, adicionó tajante—: ¡Una bala en la cabeza es lo que les daría yo!

Diego, mirándolo ceñudo, le rebatió:

—Señor Durán Cortez, con todo respeto, tiene usted que sentir más empatía con las personas, incluso con sus enemigos. Ya he dejado en claro cuál es mi postura; ellos no son culpables: solo cumplían órdenes.

—¡Pues yo no estoy de acuerdo en eso! ¡Y me niego rotundamente! —reafirmó Emilio con evidente repulsa.

Tras un tenso silencio, Diego lo miró fijamente.

—Por casualidad, ¿estás echándome un pulso? —lo increpó Diego exasperado—. ¿Justo ahora? Porque, si es así, creo que vas a perder. De modo que déjate ya de polemizar. Aparte de las órdenes que acabo de dar y, como no

quiero que haya aquí resentimientos, ni injusticias, dejaremos a todos los soldados desatados, con algunas botas de agua... a más de un real de plata a cada uno. También les daremos la misma cantidad, pero en oro, a los tres exconvictos para que puedan comprar sus pasajes al Nuevo Mundo. Luego, esa fabulosa fortuna pasará, en partes iguales, a todos vosotros; yo no quiero nada.

—Ni yo tampoco —replicó Carlos rotundo.

En ese momento don Miguel, interponiéndose entre Diego y Emilio, mientras fijaba sus ojos en este último, con notable contrariedad, exclamó:

—¡Creo que te has pasado de la raya! ¡Deberías avergonzarte! El señor Ibáñez nos acaba de dar a todos una lección de generosidad y altruismo de persona bien nacida que jamás deberíamos olvidar. —Tras contemplarlos con gesto serio, prosiguió con su discurso—: ¡No sé qué opináis los demás pero, si de mí depende, todo se hará tal como don Diego lo ha ordenado...!

Luego de unos instantes de silencio, se escuchó una salva de aplausos. El señor Salvatierra, mirándolos a todos con una sonrisa cómplice, exclamó:

—¡Gracias! No esperaba menos de vosotros.

Carlos, dirigiéndose al señor Durán, añadió:

—¡Todos estamos muy nerviosos y actuamos sin pensar!, ¡pero yo también creo que ahora tu deber sería pedir disculpas!

Don Emilio, mostrándose avergonzado, dio un paso al frente y miró a Diego.

—Me disculpo ante usted —acabó por retractarse.

El jerezano levantó los ojos hacia él.

—Quedas disculpado... —respondió, a la vez que asentía con la cabeza.

En ese momento, don Miguel, tras volver a tomar la palabras, exclamó:

—Por favor, ahora no perdamos más tiempo, estamos en peligro. ¡Tenemos que ponernos en marcha enseguida cuanto antes y ver hacia qué dirección iremos!

—Si me permiten una sugerencia —interrumpió don Alonzo, otro de los hombres al que apodaban «el Zurdo»—, aunque estamos a unos treinta kilómetros, creo que lo más acertado sería dirigirnos directo hacia las afueras

de Lerma.

—¿Lerma? Por allí está todo plagado de franceses —rebatió don Miguel, a la vez que miraba ceñudo a Alonzo.

—Pero también es el centro de operaciones de guerrilleros que... estoy seguro, nos ayudarán sin poner reparos, incluso a socorrer a la señorita herida. Podemos hacer noche en la serranía y mañana seguir viaje —retrucó el Zurdo. Con una alentadora sonrisa, añadió—: Si me lo permiten, yo los guiaré hacia el campamento de los guerrilleros por un camino que muy pocos conocen, y en el que nos ahorraremos varios kilómetros.

El señor Salvatierra, luego de unos instantes de meditación, exclamó:

—¡Entonces, vamos hacia allí sin pérdida de tiempo! ¡Traigan el caballo del señor Ibáñez! ¡Y que Evaristo y Jaime lo ayuden a subir a la señorita hasta su montura!

Cuando lograron acomodar a Bruny sobre la grupa de Diego, este, con gesto amoroso, la rodeó con sus brazos.

En ese momento don Miguel, dirigiéndose al grupo de prisioneros, les notificó:

—¡Atención, todos! ¡Como no tenemos palas para cavar, hemos escondido entre la maleza los cuerpos de vuestro compañero muerto, y también del teniente!, incluso hemos rezado una plegaria por sus almas. Nosotros nos llevamos todos los caballos, de modo que, tras nuestra partida, luego de un largo rato, podéis marcharos hasta encontrar algún pueblo cercano, o bien esperar a ver si pasa alguien que os auxilie.

A continuación, tras cortarles las ligaduras y darles un doblón de plata a cada uno, junto a varias botas de agua —lo que dejó a todos los prisioneros gratamente sorprendidos—, los españoles recogieron las armas y las pertenencias de Brunilda. Tras eso, luego de secuestrar todos los caballos, incluidos los del carruaje, y volver a advertir a los galos que permanecieran en silencio, sin hacer ningún movimiento sospechoso, la cuadrilla de Diego se dispuso a huir de allí a toda prisa.

Una vez arriba, al amparo de las rocas y de los matorrales, don Miguel repartió, entre sus hombres, los doblones de oro y de plata.

—Todos tenéis la misma cantidad; ni un céntimo más, ni un céntimo menos. Os sugiero que los cuidéis muy bien —les recomendó a todos—. Lo mejor sería esconderlos dentro de vuestra propia ropa; de ese modo, estarán más seguros de posibles imprevistos. Y que Dios y su Santa Madre nos ampare —concluyó por lo bajo, como en una oración.

Por su parte Carlos se ocupó de ofrecerles, a los compañeros de infortunio de Brunilda, un caballo y una bota de agua a cada uno, además de un real de oro.

Los tres exreclusos, visiblemente emocionados, le dieron las gracias. Mirándolos con animoso gesto, Carlos les sugirió:

—Si aceptan mis consejos, como nosotros, al tener que llevar a la joven herida a más de todos los caballos, cabalgaremos muy despacio, sería mejor que vosotros os pusierais ya en marcha. Ocultos entre la serranía, en muy pocos días llegaréis a destino. —A la vez que levantaba su brazo a modo de saludo, les gritó—: ¡Buen viaje a los tres! ¡Y que Dios reparta bendiciones!

Después de darles las gracias y desearles mucha suerte, los liberados partieron en dirección noroeste.

Mientras se preparaban para iniciar la marcha Diego, al ver que Bruny se removía inquieta entre sus brazos respirando con dificultad, luego de limpiarle la sangre de su boca, le dijo:

—Ahora, emprenderemos la marcha para encontrar un lugar seguro, hasta que te recuperes. Solo espero que puedas soportar la travesía; por favor, cariño, si sientes dolor o incomodidad, házmelo saber.

Ella entreabrió los ojos y asintió con la cabeza. Minutos más tarde, el grupo, capitaneado por don Miguel y el Zurdo, se puso en marcha.

## Tercera parte

### *La guarida del Lobo*

Dado el preocupante estado de Brunilda —que continuaba sangrando por la boca de manera escandalosa después de tres horas de trayecto—, la cuadrilla se detuvo para hacer noche en medio de la serranía.

Por todo aquel paraje, el viento soplaba con fuerzas en medio de un discordante sonido, que se mezclaba con el lejano aullido de lobos al acecho. Al despuntar la madrugada, tras pasar una atroz velada, en la que los jerezanos, ayudados por Jaime, permanecieron en constante vigilia sin dejar de observar el inquieto y quejumbroso sueño de Bruny —a la vez que la auxiliaban en sus continuos ahogos—, apenas acabaron de comer una ración de fiambres y queso, además de un puñado de frutos secos, el grupo comenzó a levantar sus pertenencias.

A continuación, luego de volver a subir a Brunilda en la grupa de Diego, guiados por el Zurdo, siguieron viaje. El camino estaba lleno de rocas y zarzales, que impedían una marcha rápida. Durante aquel complicado trayecto, Bruny estaba sumida en una gran agitación, a más de las sucesivas hemorragias, lo que provocaba en el ánimo de Diego continuos sobresaltos. Al atardecer, después de atravesar las altas y escarpadas sierras, se escuchó el sonido de un tiro de fusil y una voz que gritaba:

—¡Alto! ¡Alto, o disparo a matar!

Diego, mientras sostenía con fuerzas el exangüe cuerpo de Bruny, sofrenó a

su cabalgadura. Uno de sus hombres, adelantándose a todos los demás, con las manos en alto y una notable agitación, les gritó:

—¡Soy Alonzo García Maldonado, el Zurdo, primo de Francisco Albarracín Maldonado, al que llamaban «el Maño», el mismo que murió en la batalla de Gamonal, al salvar la vida de don José Benítez Escudero, apodado «el Lobo»! ¡Estamos en problemas, y nos urge llegar hasta su guarida! ¡Llevamos con nosotros a una joven mujer, muy mal herida!

—¿Y por qué lleváis tantos caballos... sin jinetes? —preguntó otro de aquellos hombres, con evidente desconfianza.

—¡Se los quitamos a un grupo de franceses...! —gritó el Zurdo. Al ver que todos ellos los miraban con evidente estupor, a la vez que señalaba a Diego, con Bruny en sus brazos, les explicó—: ¡Ayer liberamos a esta mujer, acusada de asesinar a un agente de Napoleón, a la que llevaban a París, para ser juzgada allí! ¡Lamentablemente, uno de sus captores le disparó un tiro en la cara... que, por poco, la mata!

Al instante, detrás de las rocas comenzaron a salir otros hombres más con las armas en alto. Seguido a eso, tras asegurarse de que los viajeros decían la verdad, uno de ellos, con voz seca, les ordenó:

—¡Seguidnos!, ¡os llevaremos hasta la madriguera del Lobo! ¡Seguro que allí habrá lugar para todos vosotros!

Don Miguel levantó su único brazo y exclamó:

—¡Muchas gracias! ¡De verdad, estamos exhaustos, y necesitamos descansar!

Seguido a eso, en silencioso desfile, todos se pusieron en marcha. Después de un largo trecho de camino, descendieron la escarpada pendiente del cerro, en repetidas vueltas.

Una hora después, llegaron a un pequeño valle, para luego volver a subir otras colinas rocosas en medio de un intrincado sendero.

Y allí de golpe, se encontraron de frente a una enorme prominencia rocosa, en la que un grupo de mujeres, vestidas de negro —amparadas dentro de las



altas rocas—, aventaban el fuego, sobre el que se veían dos grandes peroles, que esparcían un apetitoso olor a especias. Otra de ellas golpeaba sin cesar la maza de un gran mortero de piedra.

Diego y sus hombres de inmediato fueron rodeados por numerosas personas de ambos sexos, incluso de varios niños, quienes los contemplaban con notable curiosidad. Los centinelas, tras darles secamente la bienvenida, los condujeron hacia la entrada de un «campamento», engullido entre las rocas, que formaban una inmensa cueva, repleta de pasadizos y ocultas galerías, de origen primitivo. Al ver el estado de Brunilda, varias mujeres se acercaron al caballo de Diego.

—¡Virgen Santa! ¿Qué le ha pasado a la joven? —le preguntó una de ellas.

—Una bala francesa le atravesó el rostro y ha perdido mucha sangre —respondió don Miguel con expresión desanimada.

—¡Oh, Dios mío, arde de fiebre! ¡Pobre niña! Llévala pronto dentro; enseguida le curaremos su herida —agregó la mujer y, dirigiéndose a su compañera, expresó—: Hay que llamar a Estrella; ella sabrá qué emplastes ponerle para que no le quede demasiada cicatriz y también para bajarle la fiebre. La pobre niña se ve muy mal...

Jaime, aproximándose a ellas, un tanto intimidado, les explicó:

—En su recorrido... la bala le ha pasado por debajo de la lengua y, lamentablemente, la tiene muy inflamada, por lo que casi no casi puede tragar. Creo que sería bueno intentar limpiarle la herida con vino caliente. Y luego con abluciones de agua de tomillo, que seguro le vendrían muy bien. —Al notar que las mujeres lo miraban con seria fijeza, tras sonreír tímidamente, les aclaró—: Antes de la guerra, estudiaba para médico...

—No se preocupe, señorito —repuso una de ellas, devolviéndole la sonrisa—: procuraremos hacerle todas las curaciones que la joven necesita; por suerte, tenemos aquí a una vieja curandera, muy buena.

—Oh, me alegra saberlo. No obstante, si me lo permiten, yo seguiré observando su herida —respondió Jaime, con una sonrisa de complicidad.

Seguido a eso, Brunilda fue recostada sobre un camastro. Diego les entregó a las mujeres el saco con su ropa para que la cambiaran.

Justo en ese momento apareció una anciana acompañada de otras dos mujeres. Estas últimas, a la vez que tomaban del brazo a Diego y a Jaime, les pidieron:

—Por favor, ahora ustedes salgan afuera. Nosotras la lavaremos, y luego comenzaremos a curar sus heridas.

Con un movimiento de cabeza, ambos obedecieron.

En el momento en que Diego y Jaime se reunían con Carlos y con los demás compañeros, de manera repentina, como salidos de la nada, se hizo presente otro grupo de hombres, uno de ellos enfundado en una negra sotana. Don Miguel, a la vez que le daba un codazo a Diego, le susurró:

—Vaya, ¿también tenemos aquí a «un perdonaalmas»?

El hombre del hábito, con sonrisa amable, se acercó a ellos. Mientras juntaba sus manos sobre el pecho, como si fuera a rezar, los saludó:

—Bienvenidos, soy el padre Matías Almansa, para servirles en lo que sea.  
—Mirándolos uno a uno, con gesto irónico, adicionó—: Lamentablemente, como ya lo veis, ante las penosas circunstancias que vivimos, muchos sacerdotes hemos tenido que echar la llave a las parroquias y coger mosquetes, cuchillos, sables y machetes... para defendernos de los invasores. Aquí os voy a presentar a los demás compañeros.

La cuadrilla de Diego saludó a los restantes hombres, que entre todos sumaban diez, la mayoría con el pelo sujeto por pañuelos y fundas de red; vestidos con casacas gastadas, ceñidores en las cinturas y mantas en los hombros. Tres de ellos lucían indumentarias de soldados franceses —con seguridad abatidos por ellos mismos—, entre uniformes y pantalones de diferentes colores, según la graduación de sus antiguos dueños, además de emplumados morriones.

De pronto, se escucharon otras voces mezcladas con risueñas

exclamaciones, que venían desde afuera. Seguido a eso, en la espaciosa cueva penetró otro grupo más de hombres, armados con mosquetes, bayonetas y cuchillos.

Uno de los recién llegados, alto y delgado de aspecto serio y cejijunto —con un *chirlo* violáceo que le atravesaba la mejilla—, se acercó al grupo de Diego. Tras fundirse en un afectuoso abrazo con Alonzo García Maldonado («el Zurdo») y hablar con él unos minutos, el hombre de la cicatriz en el rostro exclamó:

—¡Muy buenas tardes tengan todos! Me llamo José Benítez Escudero, pero todos por aquí me conocen como «el Lobo». Acaban de contarme vuestra situación, y solo me resta darles la bienvenida, y felicitarlos por haber logrado vencer a una partida de malditos *franchutes*. Para nosotros será un placer tenerlos aquí el tiempo que sea necesario. —Mirándolos, con notable preocupación, siguió—: aunque he de informaros que también tendréis que soportar algunas incomodidades y comer lo que se encuentra a mano. Gracias a Dios, hoy ha habido suerte y acabamos de dejarles, a nuestras mujeres, mucha carne de caza.

El padre Almanza, tras tomar la palabra, añadió:

—Y, como ya irán viéndolo, a pesar de que ahora la mayoría están ausentes, pernoctamos hombres de toda clase: labradores, arrieros, pastores, cabreros... integrantes de la Tuna, comerciantes, toreros, carpinteros, maestros..., estudiantes e incluso contrabandistas, salteadores de caminos y...

A la vez que soltaba una alegre carcajada, el Lobo lo interrumpió:

—¡Ah! ¡Y también un santo padre! —Enseguida, poniéndose serio, adicionó—: Apenas iniciado el asedio francés a nuestra ciudad, la mayoría de todos nosotros, hermanados ante la triste situación de la patria, nos vimos obligados a huir de nuestras casas; algunos, incluso, con mujeres e hijos a cuestas. Y así nos echamos al monte, para hacer nuestra propia guerra al invasor. Ahora todos somos como una gran familia en movimiento; de más está decirles que esta vida que llevamos es muy activa y peligrosa, por lo que casi no tenemos

descanso. Vivimos siempre alertas a cualquier novedad y, apenas recibimos alguna orden, nos desplazamos a luchar junto a los demás guerrilleros de toda Castilla. —Estableció una pausa. Luego, con mirada cansada, agregó—: Tengo también que advertirles que las cosas en Burgos están muy mal; lo peor es que, en estos últimos tiempos, tampoco aquí estamos del todo a salvo. Muy cerca tenemos a los franceses en constante vigilancia y, por lo que oímos decir, muy interesados en descubrir nuestro campamento. Incluso para eso han llegado a torturar a muchos pobladores, a los querían obligar a delatarnos. Por suerte, hasta ahora, ninguno de ellos lo ha hecho; incluso sabemos de muchos que han preferido morir antes que traicionarnos. Al escuchar esas palabras, Diego y todo su grupo se miraron con evidente desasosiego. El Lobo, tras un gesto de serenidad, les dijo—: Pero no os preocupéis. Tenemos centinelas en todas partes para proteger a todos los que están a nuestro cuidado, como ahora lo estaréis vosotros. Además, estas cuevas tienen una secreta salida hacia el otro lado, que da a un valle boscoso, donde incluso tenemos un lago y árboles frutales. —Luego de establecer una pausa, con semblante pensativo, prosiguió—: Como les decía, ante la constante zozobra que vivimos, a pesar de la tenaz vigilancia de los centinelas, la mayoría de las veces solo logramos descabezar un corto sueño; con un ojo cerrado y con el otro atento y vigilante, a más del dedo puesto en el gatillo.

El sacerdote, en medio de un pesaroso suspiro, agregó:

—Como os acaba de decir José, a un comienzo solo éramos un pequeño grupo, que escapamos en el momento en que los franceses quemaron nuestro pueblo, donde yo era el párroco. Y por largos meses nos mantuvimos escondidos, sin que ninguno de nosotros supiéramos lo que era dormir.

El Lobo, con expresión nostálgica, volvió a tomar la palabra:

—Yo era comerciante y esos hijos del demonio, apenas asaltaron nuestro pueblo, mataron... a mi mujer, a mi hijo de veinte años y a mi hermano menor. —Tras quedarse un momento pensativo, mientras señalaba al Zurdo, en medio de un suspiro, prosiguió—: Durante la batalla de Gamonal, el primo de este

joven entregó su vida para salvar la mía, cuando un soldado imperial iba a ultimarme con su bayoneta en el cuello. Allí fue donde el Maño, con toda su valentía, se interpuso y acabó en el suelo con el pecho... atravesado. Mientras yo, a pesar de que no podía casi ver por la sangre que manaba de la herida de mi cara y de mi frente, pude acabar con el francés y vengar la muerte de mi amigo.

Mientras el Lobo les relataba los pormenores de sus aventuras y desventuras, Diego lo observaba con atención; a pesar de su aspecto un tanto hosco, parecía ser un hombre de buen corazón, instruido y educado. Con el espíritu indomable de los antiguos castellanos duros y sobrios, dispuestos a la lucha sin cuartel, sobre todo en los trances en que la dignidad, el honor y el orgullo son masacrados.

Adelantándose unos pasos al grupo, Diego le alargó su mano; con gesto cordial, manifestó:

—Señor Benítez Escudero, es un honor conocerlo. Me llamo Diego Ibáñez.  
—A continuación, se acercó a Carlos y a los demás compañeros y uno por uno los presentó. Luego, dirigiéndose a los moradores de aquel campamento, a modo de un corto relato, les contó todo por lo que acababan de pasar, hasta el momento de encontrarlos a ellos. Seguido a eso, tras mirar al jefe con simpatía, agregó—: Gracias por su gentil hospitalidad y le pido que no se preocupe por las comodidades; con tal de tener un lugar donde refugiarnos hasta que mi prometida se cure, para nosotros es suficiente. Mientras estemos aquí, también podemos colaborar con lo que ustedes necesiten; al menos yo me pongo a vuestra disposición. Si necesitan caballos y armas, pueden tomar las que dejamos afuera. Se las quitamos a los franceses...

—Sí, ya los he visto —proclamó el Lobo, mirándolo sonriente—. Los animales son hermosos; tengo que confesar que, para nosotros, todo eso es un tesoro muy apreciado. No les quepan dudas de que daremos buen uso de esos magníficos caballos, y también de las armas. —Sin apartar los ojos de Diego, agregó—: Lamento mucho lo que le ha pasado a su prometida. Pero no tema:

aquí hay muchas mujeres especializadas en curar heridas, de modo que ella estará bien atendida en todo momento. —Tras una corta pausa, mirándolos con simpatía, agregó—: Ahora, dentro de un rato, apenas nuestras mujeres acaben de cocinar, cenaremos un buen plato de carne, con abundantes habichuelas, adobadas con hierbas del monte. —Mientras señalaba al padre Almanza, acabó—: ¡Y como ya lo ven; incluso tenemos quien bendiga nuestros alimentos!

El sacerdote, echándose a reír, exclamó:  
—Ah, eso ante todo.

Antes de la cena, Diego se acercó a Brunilda, que descansaba limpia, a medias recostada sobre el jergón y con un trapo mojado en la frente. En ese momento, una mujer, con sumo cuidado, le hacía beber un poco de caldo de hortalizas, machacadas, mientras ella, a pesar de su calamitoso estado, intentaba tragar.

Apenas Diego se quedó a solas con ella, luego de remojar el trapo en una palangana con agua, que había en el suelo, volvió a ponérselo en la frente. Tras eso, presa de un hondo recogimiento, le tomó una mano y comenzó a besarla.

Ella entreabrió los ojos, para enseguida volver a cerrarlos, quedándose muy quieta. En ese momento Carlos, tocándole el hombro, le dijo:

—¿Cómo está?

—Ahora creo que ha vuelto a dormirse. Una de las mujeres le ha dado de beber un poco de caldo. Tiene la cara muy hinchada, y lo peor es que no puede tragar casi nada. No obstante, a pesar de eso y de que arde de fiebre, yo la veo mejor. Poco a poco irá recuperándose. Por suerte, al menos por ahora, estamos a salvo y, lo más importante es que la herida de Bruny no reviste demasiada gravedad.

—Hasta que no la vea del todo fuera de peligro, no podré relajarme ni pensar en positivo —murmuró Diego. Con una angustiada mueca, añadió—:

Estaba pensando en lo difícil y complicado que nos será lograr llegar a Cádiz, con ella así; realmente, eso también me preocupa mucho.

Carlos, mirándolo ceñudo, exclamó:

—Pensar ahora en esa disyuntiva es, desde todo punto de vista, completamente inútil; incluso estúpido. —Tomándolo de los hombros, a la vez que lo miraba a los ojos, argumentó—: Diego, no te devanes los sesos en cosas que en este momento, no puedes solucionar. Cuando ella mejore, podremos planificar la manera de cómo regresar. Ahora solo podemos dar gracias a Dios por la suerte que hemos tenido, al encontrarnos con estas personas, sobre todo con esas mujeres que de inmediato se han desvivido por atender a Bruny. —Sonriéndole alentador, agregó—: Intenta relajarte y descansar; yo estoy tan destrozado y tan magullado física y moralmente que, después de llenar mi estómago, dormiré sin pensar dónde me encuentro.

Diego, mirándolo apenado, exclamó:

—Y todo por seguirme. Amigo, nunca podré agradecer tu desinteresada ayuda, a más de haberme salvado la vida.

—No te preocupes; como ya te lo dije, estaba haciéndome falta correr una arriesgada aventura. —Echándose a reír con aire divertido, confesó—: Pero creo que con esta ya tengo suficiente para el resto de mis días. —Palmeándole cariñoso la espalda, añadió—: Hazme caso, relájate; cuando Bruny se ponga buena, programaremos, con todo detalle el regreso a casa. Ahora vayamos a saborear esa cena que, seguro, a todos nosotros nos parecerán apetitosos majares. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

Más de una hora después, tras la bendición de la mesa, en medio de un clima de sorprendente cordialidad —entre el parloteo de las mujeres y de los niños—, todos hicieron honor a la opípara cena.

Luego de eso, mientras degustaban algunas frutas, los hombres se enzarzaron en una amena charla, a la vez que recordaban las andanzas y éxitos bélicos de algunos famosos guerrilleros, entre ellos, De Espoz y Mina, Juan Martín Diez «el Empecinado», el cura Merino, además del Charro y del Chaleco. De todos

ellos destacó la valentía, el entusiasmo y la manera como se las arreglaban para volver locos a los regimientos imperiales.

En ese momento, al tiempo que el Lobo hacía mención a la situación de Burgos, dirigiéndose al grupo de visitantes, les manifestó:

—Las cosas allí, sobre todo de sus ciudadanos, es muy mala..., por no decir espantosa. Apenas comenzó el dominio de las tropas invasoras, la Junta de Defensa ya no pudo volver a constituirse. El día 13 de junio de 1809 (nunca olvidaré esa fecha), bajo la presidencia del marqués de Barriolucio, este organizó por su cuenta una partida llamada «Voluntarios de Burgos», que constaba de dos batallones de infantería y de dos escuadrones de caballería en las que figuraban jóvenes de familias distinguidas. Y, como las vicisitudes de la campaña y lo azaroso de los tiempos tan difíciles para el país impedían a la Junta tener una residencia fija, esta anduvo errante sin dejar de prestar grandes servicios, a la vez que era constantemente blanco del odio de los enemigos, que la perseguían por todos los medios imaginables, sin lograr dismantelarla. Hasta que la cruel felonía de un mal español, un maldito renegado de su tierra que se puso al servicio de los franceses, con su traidora acción hizo que cayeran, en poder de ellos, los cuatro vocales, que pagaron con su vida su amor a la independencia de su patria —El Lobo marcó una breve pausa en la que aprovechó para exhalar una bocanada de aire. A continuación, con semblante atormentado, siguió—: En marzo de este año, la Junta se hallaba en el pueblo de Grado, provincia de Segovia y, apenas los franceses fueron alertados de eso, enviaron allí una columna de caballería que, guiada por el mismo traidor, el día 20 salió sigilosamente de Aranda. Y, tras una forzada marcha llegó a Grado, la madrugada del 21 donde, antes de que los españoles se dieran cuenta del peligro que corrían, cercaron el pueblo. Según hemos sabido, fueron apresados el vicepresidente y dos vocales de la Junta, y también el intendente, además de otros dos empleados, junto a veinte militares de la escolta. Solo pudieron escapar tres vocales. Hace ya unas tres semanas nos enteramos de que todos los prisioneros, después de ser objeto de insultos



y penosos tratamientos, fueron conducidos a pie sin comer ni beber y, casi desnudos, en medio de un gran sufrimiento en el que, muchos de ellos, vencidos y exhaustos por el cansancio, tuvieron que asirse a las colas de los caballos para continuar andando. Luego de pernoctar en Ayllón, llegaron al siguiente día a Aranda y, después de ser arrojados a un carro, cargados de grilletes, continuaron su triste viaje a Soria. Allí, un tribunal militar francés, con la precipitación que en tiempos de guerra se acostumbra a hacer, los condenó a muerte. La cruel sentencia se ejecutó el 2 de abril. Todos esos buenos patriotas, admirados vecinos, personas de honor a los que yo conocía personalmente, fueron ahorcados... y sus cadáveres se quedaron un día entero pendiendo de la horca. Luego de concederse el permiso para su inhumación, fueron llevados a enterrar a la iglesia del Salvador. Dicen que al acto concurrió toda la nobleza y las cofradías, además de la mayoría de los ciudadanos de Soria; incluso muchos que antaño se declaraban afrancesados ahora deseaban rendirles honor a los inmolados de la Patria. Pero, y aquí viene lo más triste, al parecer, esa improvisada manifestación de homenaje a los mártires disgustó mucho a las autoridades galas. Y, antes de que terminase la ceremonia, esta fue interrumpida en la misma iglesia por una tropa francesa que, con descomunal fuerza, obligó a los celebrantes a cargar con los cadáveres y llevarlos de nuevo al lugar de la ejecución... para volver a colgarlos de la horca... —Mirándolos a todos con visible consternación, prosiguió—: ¿Os podéis creer tamaña felonía y falta de humanidad? A mí, ante tanta innecesaria crueldad, se me abrieron las carnes de impotencia y de rabia. Según nos han contado, los cadáveres permanecieron durante muchos días al alcance de las aves carroñeras que los devoraron en parte, hasta que se rompieron las cuerdas y los despojos cayeron al suelo. Por fin, aunque sin ceremonias, fueron enterrados en el mismo sitio del suplicio. Perdón por la sobremesa que acabo de darles... —concluyó el Lobo, con un remarcado gesto de tristeza.

Durante unos segundos, todos los presentes permanecieron mudos, casi

estáticos, sublimados por la emoción de aquella triste crónica.

De pronto, don Emilio, tras levantar furioso el puño, prorrumpió:

—¡Malditos *franchutes*! ¡Cobardes, asesinos! ¡Habría que matarlos a todos!  
—Seguido a eso, dirigiéndose a Diego, con gesto colérico, prosiguió—: ¡Ahí tiene usted la prueba de lo que esos hijos de Satanás son capaces de hacer! — Señalándolo con el dedo, añadió ceñudo—: ¡Y usted aun tuvo la debilidad de dejarlos vivos y sin ligaduras! —Sin cambiar de actitud, le gritó—: ¿No siente asco de usted mismo?

Ante las palabras del señor Jiménez y la forma de dirigirse al hombre que lo había contratado para liberar a su prometida, todos se quedaron en silencio, mirándolos expectantes. Por su parte, Diego, con notable irritación, se puso de pie. Tras mirarlo unos instantes con indudable desdén, enfatizó:

—¡Usted es consciente de lo que yo me refería con respecto a ese grupo de asustados soldados que custodiaban la caravana de convictos, a los que usted... y otros más queríais matar sin contemplaciones...! Y ahora, ¿solo por mi acto de humanidad, por lo mismo que nuestro anfitrión ha repudiado, insistes en seguir echándome un pulso? ¡Os dije, y continúo sosteniéndolo, que no quería más muertes innecesarias! Y, por si no lo sabes, la maldad, la ambición, la crueldad y el despotismo no tienen nacionalidad! ¡Todas las personas, de este maldito mundo las padecemos!

Carlos, en medio de un gesto apaciguador, puso su mano sobre el hombro de Diego y, expresó:

—¡Mi amigo, al que conozco desde niño, es una persona noble y generosa!  
¡Pero también es muy valiente y justiciero! ¡Y jamás le he visto hacer diferencias con nadie! ¡Ni mucho menos tomar venganzas!

El padre Almanza, poniéndose de pie, exclamó:

—¡A mí, la actitud de don Diego con esos prisioneros me ha maravillado!  
¡Ojalá todos los hombres de este mundo, incluso en tiempos de guerra, pusieran por delante su humanidad y don de gente, y no la crueldad con sus enemigos o con sus prisioneros!

Don Miguel, al tiempo que miraba ceñudo al señor Jiménez, alegó:

—¡Demonios, Emilio! ¡Es que no tienes arreglo! Ya te dejé claro que la benévola actitud de don Diego con los prisioneros es para todos un ejemplo de lo que significa ser una persona de bien.

El Lobo, a la vez que asentía con la cabeza, manifestó:

—¡Aunque a veces es muy difícil, creo que nunca deberíamos imitar las atrocidades de nuestros enemigos, porque de ese modo nos ponemos a su altura!

Por último, Emilio, tras permanecer otros instantes con la vista baja, muy despacio se puso de pie y salió de la cueva. Rato después, todos los visitantes comenzaron a buscar un sitio donde pasar la noche. Diego se acurrucó al lado de Brunilda mientras esta, sumida entre inquietos y agitados gemidos, no dejaba de moverse. Carlos y Jaime optaron por permanecer cerca de ellos.

Despertar abrazado a Bruny, a pesar de su estado, resultó para Diego una sensación maravillosa, algo que deseaba repetir durante todo lo que le quedara de vida. Las primeras horas de esa noche las había pasado muy intranquilo, sin dejar de observarla hasta que, gracias al brebaje que la anciana herbolaria le había hecho beber, logró quedarse sumida en un profundo sopor. Unos minutos después, ya un poco más calmados todos, acabaron por quedarse profundamente dormidos.

En ese momento, Diego, a la vez que le acariciaba una de sus mejillas, observó la rojiza e hinchada herida, recubierta de un emplaste blanquecino y, pese a su luctuoso aspecto, a él le pareció tan hermosa... a la vez que tan vulnerable...

Enseguida comenzaron a despertarse los demás moradores de aquella enorme cueva, entre ellos Carlos y Jaime. Estos, de inmediato, tras interesarse por Brunilda, por medio de señas, le pidieron a Diego salir con ellos.

Unos minutos después, los tres se reunieron con don Miguel y sus hombres, hasta formarse, alrededor del fuego, un enorme grupo. Con una sonrisa de

gratitud, el jerezano recibió un jarro de leche fresca de cabra que una de la mujeres le ofrecía, y se lo bebió.

Luego del desayuno Emilio, con semblante avergonzado, volvió a pedirle disculpas a Diego por su deplorable actitud durante la cena. El jerezano, sin hacer ningún comentario desagradable, le dio la mano, apretándosela con gentil cortesía.

De pronto, con un discordante murmullo de voces y risas, se hicieron presentes allí varios hombres más, todos sucios y sudorosos. En medio de aquella algarabía de hombres, mujeres y niños que los abrazaban entre alegres y emocionadas exclamaciones, Diego y su grupo se enteraron de que esos hombres, tras más de un mes de ausencia, regresaban al lado de sus familias y compañeros.

Los recién llegados, luego de ser presentados a Diego y a toda su cuadrilla, comenzaron a relatar las últimas novedades de la guerra. Así se enteraron de que Napoleón Bonaparte continuaba ocupado en retirar las tropas de la Península para integrarlas a otro gigantesco ejército con el que pensaba invadir Rusia. Por otro lado, según los comentarios que circulaban, el general inglés Arthur Wellesley —al que ahora muchos comenzaban a llamar «duque de Wellington»—, enterado de esas noticias, planeaba una audaz estratégica ofensiva; mientras las demás avanzadillas españolas, ayudadas por los propios pobladores, seguían decididas a hostigar sin tregua a los soldados franceses.

En medio de la charla, uno de los guerrilleros tomó la palabra:

—Hace dos días nos contaron que el general francés Marmont, junto con sus huestes, han destruido en Salamanca una gran cantidad de edificios para construir nuevas fortificaciones. Ante esa posibilidad, la mayoría de nuestros hombres más jóvenes ya están en camino para incorporarse a las filas del ejército angloespañol. Y les aseguro que valor y arresto no les falta a ninguno de ellos para lograr acabar, de una vez por todas, con el enemigo... sea al precio que sea.

—Espero que muy pronto el general Wellesley pueda caer sobre los franceses y acabar de derrotarlos a todos —replicó el Zurdo mientras hacía, con los brazos extendidos, un movimiento circular.

Uno de los guerrilleros, con aire pensativo, añadió:

—No sé si sabrán que el año pasado, en la batalla de Fuentes de Oñoro, *Monsieur* Andrés Masséna, que comandaba un ejército de cuatro cuerpos, al intentar recuperar Portugal, fueron completamente derrotados por ese mismo general inglés, Wellesley.

Don Evaristo, con malquistado semblante, prorrumpió:

—Pero tampoco os fieis mucho de los ingleses: no creáis que son mejores que los franceses. Recordad lo que ocurrió en diciembre cuando ese general... cuyo nombre nadie sabe pronunciar bien, tras una larga y sangrienta lucha, logró tomar Badajoz... y, allí sus flemáticas tropas, cometieron toda clase de crímenes y violaciones contra los habitantes.

—Por desgracia, tal como están las cosas en España, no podemos evitar tener tratos con ellos —reflexionó don Miguel.

Diego, con seria expresión, señaló:

—En las guerras, no hay éticas, ni normas; a lo largo de toda la historia de este mundo, la violencia y la crueldad, por ambos bandos, han sido su característica.

Durante más de una hora, el numeroso grupo de hombres continuó inmerso en aquella conversación, a la vez que cada uno daba su opinión.

Cerca del mediodía, cuando Bruny despertó, Diego le ofreció el cuenco de leche de cabra. Aunque con mucha dificultad, ella logró sorber algunos tragos del blanco líquido. Diego, sonriéndole extasiado, murmuró:

—Has podido beber bastante, estoy muy contento. ¿Te sientes mejor? Creo que ya no tienes tanta fiebre. —Al ver que ella intentaba mover los labios, le pidió—: Por favor, no intentes hablar; lo que quieras dímelo por señas. No olvides que tienes una fractura leve en el maxilar y la lengua muy hinchada.

Brunilda asintió con la cabeza. Abrazándola con ternura, él le acarició el pelo. «Por poco la pierdo —caviló conmovido—. Si el plomo hubiera tocado unos centímetros más arriba, Bruny estaría muerta. Y si ella no se hubiera interpuesto, entre... ese perturbado francés, quizás hubiera sido yo quien muriera». En medio de un escalofrío, la apretó con más fuerza contra él.

Seguido a eso, cerca de su oído, le susurró:

—Estoy seguro de que pronto te pondrás bien. —La besó en la frente y, tomándole las manos, con voz temblorosa, prosiguió—: Nunca podrás saber el miedo que sentí cuando caíste al suelo luego de recibir el disparo; fue terrible. Ha sido un milagro que esa bala destinada a mí no te haya matado. Te quiero, Bruny; de ahora en adelante dedicaré mi vida a cuidarte. Eres la mujer de mi vida y de mis sueños. Tengo tantas ganas de ti... tantas ganas de comerte a besos que casi no me aguanto.

Ella, con los ojos arrasados de lágrimas, levantó la mano y le acarició el rostro. Entonces, Diego, rodeándola por la cintura, la atrajo hacia él.

—No llores, cariño. Ya todo ha pasado y, según opina Jaime, que antes de la guerra estudiaba para médico, no te quedarán casi secuelas. También asegura que, apenas la lengua se desinflame del todo, podrás hablar y comer con naturalidad; las mujeres que viven aquí, sobre todo la más anciana, aseguraron lo mismo. Y yo sé que, a pesar de que aún tardarás en recuperarte, poco a poco, de la pesadilla que has vivido, quedará relegada al olvido. —Sonriéndole afectuoso, al tiempo que volvía a besarla en la frente, musitó—: Te quiero... te quiero...

Bruny, tras un hondo suspiro, llevándose la mano al pecho, le hizo un amoroso gesto como diciéndole: «Mi corazón es tuyo» mientras él, con semblante emocionado, sepultó la cara entre el hueco de su cuello.

Tres días después, Diego y sus hombres ya habían confraternizado con todos los habitantes de ese improvisado campamento escondido en el interior de las sierras.

Aquellos valientes guerrilleros —la mayoría de ellos con sus familias a cuestas—, se dedicaban a hacer su propia guerra de guerrillas a los ejércitos napoleónicos, con el arte de la improvisación, entre inesperados ataques y súbitas desapariciones que, incluso, llegaban a causar sorpresa y temor al enemigo.

Diego y algunos de los hombres más diestros de su grupo les enseñaban a los jóvenes el manejo correcto de las armas, en especial de las bayonetas y los sables, ya que todos ellos, aún los más jovencitos, estaban decididos a incorporarse al ejército del famoso guerrillero Juan Martín Díez, apodado «el Empecinado», que era ya el terror de los franceses.

Por su parte, Carlos y Jaime se dedicaban a divertir a los niños más pequeños, entre amenos juegos y cuentos. Todos aquellos hombres, habitantes de aquella cueva, en sus ratos libres organizaban luchas entre ellos, además de pulseadas, para medir sus fuerzas.

Brunilda pasaba los días recostada en su jergón, sumida en una constante duermevela, mientras las mujeres del lugar continuaban cuidándola en todas sus necesidades, incluso las más íntimas, a la vez que no dejaban de vigilar sus heridas, untándole mañana, tarde y noche, sus potingues de fórmulas secretas. Todas ellas aseguraban que no le quedaría cicatriz demasiado visible y que, por sobre todo, muy pronto estaría completamente curada. Al mismo tiempo, Jaime también le revisaba las heridas internas, asegurándose de que no hubieran quedado pequeños fragmentos óseos adheridos a los orificios de entrada y salida del proyectil.

No obstante aquellos pronósticos favorables, a Diego le preocupaba la gran debilidad de Bruny; Jaime lo tranquilizaba:

—No olvide que, al instante de ser herida, la joven ha perdido mucha sangre que, sumada a la alta fiebre y a la falta de alimentos, ha dejado su cuerpo casi sin reservas. Ahora solo hay que tener paciencia y dejar que la naturaleza poco a poco haga su trabajo.

Dos días más tarde, Jaime se acercó a Diego; con una alentadora sonrisa, le

comentó:

—Es increíble; los cuidados que esas nobles mujeres le prodigan a *Mademoiselle* son muy beneficiosos. Además de eso, ayer observé que la pequeña fractura del maxilar al parecer está casi sellada. Y la lengua, que era lo que a mí más me preocupaba, ha reduciendo considerablemente su volumen; incluso el color es ya más normal. De modo que, aunque aún tardará en poder hablar, todo va por muy buen camino —concluyó dándole una gentil palmada en la espalda.

Diez días después, los jerezanos y su grupo comenzaron a prepararse para regresar; Diego, Carlos y Brunilda, con destino a Cádiz, y los demás, a sus hogares en Madrid. Varios de los guerrilleros más avezados iban señalándoles, en un viejo mapa, diferentes caminos por donde era más seguro transitar sin toparse con la soldadesca gala.

Aunque Brunilda aún seguía exangüe y muy delgada —además de que aún no podía hablar—, ante la ausencia de la fiebre, cada día era más evidente su mejoría, pese a que solo se alimentaba con papillas de frutas y con algunas verduras. Incluso ya había comenzado a dar algunos paseos por los alrededores, acompañada todas las mujeres y niños del lugar, y también junto a Diego.

Muy cerca de allí, al final de aquella inmensa gruta natural, había un pequeño valle y, en medio de este, un arroyo de frías y cristalinas aguas, además de un bosque repleto de antiquísimas sabinas de gruesos y retorcidos troncos. Para Bruny, los paseos en aquella arboleda, además de sus continuas inmersiones en el arroyuelo, resultaron beneficiosas para su estado de ánimo, lo que contribuyó a inyectarle un poco más de vitalidad.

Esa noche, mientras Diego se preparaba para acostarse a su lado, ella, mirándolo a los ojos, con semblante ansioso, intentó hablarle:

—Cariño, por favor, no continúes esforzándote —le pidió él abrazándola—. Cuando te pongas bien del todo, podrás hablar y decirme lo que deseas. Ya pronto emprendemos la marcha a Cádiz; primero había pensado que



podríamos marcharnos a Londres, pero creo que no habrá problemas en dirigirnos a casa de mi tía, y así nos evitaremos el viaje por mar. Y, aunque será un trayecto muy largo y muy penoso, lo haremos por los caminos menos peligrosos. Además, como yo aún tengo en mi poder los salvoconductos que las autoridades galas me facilitaron en Jerez, nos será fácil desplazarnos hasta allí. Tú y yo fingiremos ser un matrimonio de afrancesados, y Carlos se hará pasar por mi socio en los negocios vitivinícolas. Cuando lleguemos a Cádiz, te dejaré al cuidado de mi madre, de mis hermanas y de mi tía que, estoy seguro, te acogerán con mucho mimo. —Mirándola con aire triste, agregó—: Yo, lamentablemente, tendré que regresar a Jerez con mi padre. Pero no temas: de vez en cuando podré ir a verte para pasar juntos el mayor tiempo posible. —Dándole un beso junto a los labios, agregó—: Ahora, duérmete y descansa, recuerda que necesitas reponer más fuerzas.

Ella, con ansioso ademán, lo cogió del cuello de la casaca. Seguido a eso, en medio de un sobrehumano esfuerzo, silabeó:

—No... no. De...bemos... ir... a Por...tugal...

Diego la miró asombrado. Abrazándola con fuerzas, exclamó riendo:

—¡Oh, has hablado! De verdad, qué alegría siento de escuchar de nuevo tu voz, aunque solo sea un balbuceo; pero por favor, intenta no esforzarte más...

—De pronto, tras componer un gesto de extrañeza, preguntó—: ¿Has dicho..., Portugal?

En ese momento Diego recordó las palabras de Matilde cuando esta, durante su conversación en Cádiz, le confesó: «Hay cosas que no estoy autorizada a develar...». La agónica voz de Bruny los sacó de sus pensamientos.

—Sí... Ma... tilde, vive... en... Bra... gan... za. En... la... aldea de Mon...te... sinho. —Con otro gran esfuerzo, volvió a chapurrear—: Debe... mos ir... allí, es... muy... impor... tante...

Diego se quedó unos segundos pensativo.

—De acuerdo, no te esfuerces más —le dijo, sin intentar indagar demasiado en esa decisión—. Si tú así lo quieres, iremos allí; realmente, no me parece

una mala idea; incluso creo que esa ciudad está mucho más cerca. En casa de Matilde te podrás reponer del todo y, después, con tranquilidad, podremos programar la marcha a Cádiz.

Ella, en medio de una intensa agitación, musitó:

—Hay... al...algo más... si yo... mu...riera... tú, igual... debe ir... a... casa... de Ma... tilde... en Monte... sinho...

Diego, poniéndole la mano en la boca, le pidió:

—Calla, ¿pero... qué dices?, por favor, no quiero oírte decir eso.

—Pro...mé...temelo. —Le rogó ella, con gesto ansioso.

—Te lo prometo —respondió Diego, abrazándola—. Pero tú no te morirás; tu vida, por suerte, no corre ningún peligro. Pese a tu delgadez, cada día estás mucho mejor; incluso ya puedes hablar un poco. —Tomándola de la cintura, a la vez que la apretaba contra él, con voz queda le susurró—: Tengo tantas ganas de poder besarte y que al fin podamos amarnos en completa libertad... —acabó aquella frase mirándola con arrebatadora intensidad. Sin cambiar de expresión, junto a su oído inquirió—: Tú deseas lo mismo, ¿verdad?

Ella, apretándose contra su pecho, asintió con la cabeza.

A la mañana siguiente, Diego le comunicó a Carlos su decisión de partir hacia Portugal, para cumplir con el imperioso ruego de Brunilda. El joven Temple, a pesar de su sorpresa ante aquella impensada decisión, sin objetar nada, aceptó acompañarlos.

—Ya sabes que yo voy adonde vayáis vosotros. A decir verdad, con mis padres en Londres y con mi casa, además de mi hacienda en poder de los franceses, lo que menos me apetece ahora es regresar a Jerez. Fíjate en que, a pesar de que con eso ponía entre Úrsula y yo una distancia mucho más larga, también me atraía la idea de marcharnos a Londres —expresó con alicaído ánimo.

Seguido a eso, Diego le informó a su grupo el cambio de planes. Aunque no hubo ningún comentario por parte de don Miguel ni de los demás hombres,

Diego percibió en varios de ellos una cierta contrariedad.

Mirándolos muy serio, les dijo:

—Por nada del mundo quiero que os sintáis obligados a seguirme; vuestro trabajo conmigo ha concluido. Y muy bien por cierto; si estáis conformes, partiremos juntos hasta Zamora y, una vez allí, podréis decidir qué hacer, ¿estáis de acuerdo?

Todos respondieron afirmativamente.

Mientras se preparaban para partir, los guerrilleros obsequiaron a los jerezanos, a más de innumerables consejos para el viaje, un nuevo mapa para llegar a Braganza. Las mujeres, por su parte, les prepararon una considerable cantidad de víveres para la travesía, entre frutas silvestres, además de nueces, almendras y avellanas que previamente habían molido en el mortero, para que Bruny pudiera engullirlos sin demasiada dificultad. Y junto a eso algunas hogazas de pan negro y queso de cabra que los lugareños les traían desde las aldeas vecinas.

Esa tarde, un día antes de la partida, el Lobo, acompañado de don Matías, el sacerdote, tras saludarlos uno por uno, les dijo:

—El padre Almansa y yo queremos desearles mucha suerte y también decirles que nos apena mucho que tengáis que marcharos. —Mientras fijaba los ojos en Diego, agregó—: Ya lo saben; sigan por el camino que les hemos marcado en el mapa: es el más seguro. No obstante, tengan mucho cuidado, hay demasiados *franchutes* desparramados por todas partes, incluso en el territorio portugués. Nosotros muy pronto saldremos hacia tierras salamantinas.

Con notable emoción en la voz, Diego apostilló:

—Ojalá esta pesadilla acabe pronto y todos vosotros podáis volver a vuestros hogares y vivir tal como os merecáis. —Mirándolos a todos, con expresión agradecida, prosiguió—: Muchas gracias por todo; para nosotros también ha sido un gran placer haber podido compartir estas más de dos semanas con ustedes, junto a todos sus valerosos hombres, mujeres y niños.

Siempre os recordaremos con gratitud, cariño y admiración. —Luego de establecer una corta pausa, Diego, dirigiéndose al señor Benítez Escudero, le pidió—: Desearía saber si, con su permiso, podría elegir, de entre todos los caballos que les hemos dejado, uno para mi prometida.

Mientras le daba un afectuoso toque en el hombro, el Lobo exclamó:

—No tiene por qué pedirme permiso. Elija el que usted vea que es el mejor para la señorita.

—Gracias —respondió Diego con una sonrisa.

El padre Matías, luego de hacerles la señal de la cruz, les dijo:

—Antes de cenar os ofreceré una misa, para pedirle a Dios y su Santa Madre que los proteja a todos.

—Gracias, padre Almanza —respondió Carlos, seguido de un coro de voces que repetían lo mismo.

Esa noche, después de la improvisada misa, el campamento entero compartió la última cena con los viajeros.

A la mañana siguiente Brunilda, en medio de señas y cariñosos ademanes, demostrándoles su agradecimiento, se despidió de todas aquellas personas. A continuación, con lágrimas en los ojos, abrazó a las mujeres que, con tanta dedicación y de manera tan desinteresada, la habían ayudado a superar su tragedia. Todas ellas a su vez le desearon mucha suerte y una pronta recuperación, además de buenos augurios en su próximo matrimonio. Por último le entregaron a Diego los ungüentos para que él siguiera curándole la herida, además de toda su ropa limpia y ordenada.

Desde un comienzo, el viaje hacia Zamora resultó difícil y agotador. Mientras cabalgaban por aquellos inhóspitos parajes, Diego, ante el temor de que Bruny pudiera sufrir una caída y, aunque ella (en medio de señas y entrecortadas palabras) se lo pedía, no dejaba de vigilarla. Hasta que, unas horas después, al verla flaquear varias veces, decidió llevarla en su grupa, por lo que la marcha resultó aún mucho más lenta.

Apenas anochecía, luego de buscar un buen lugar donde los caballos pudieran pastar, y beber agua, el grupo pernotaba en el monte, al cobijo de los árboles y de las rocas.

Una vez ya acampados, Diego, tras vigilar que Bruny lograra engullir una ligera cena, compuesta de nueces molidas, remojadas con el zumo de alguna fruta, la ayudaba a recostarse sobre una manta para que descansara, momento en que aprovechaba a curarle las heridas esparciéndole el ungüento con suavidad.

A continuación los jerezanos, tras compartir los alimentos con todo el grupo, a más de una amena charla, cada uno se tiraba sobre sus frazadas y se dormían en el acto.

Diego, tumbado al lado de Brunilda, luego de besarla en la mejilla, se quedaba abrazado a su cuerpo, hasta que el sueño lo vencía. Lo primero que hacía al despertar era observarla con detenimiento. Su deterioro físico, ante la falta de una buena alimentación, era alarmante. Además de eso, tanto la herida por donde la bala había entrado como la de salida, aún estaban bastante hinchadas y de un feo color amoratado.

Pero aun así... ¡él continuaba viéndola tan hermosa...!

Al tercer día por la tarde, el centinela del grupo, al mirar hacia la carretera divisó a una patrulla francesa que venía en sentido contrario a ellos, y rápido dio la voz de alarma.

Diego palideció... consciente de que, si los descubrían, a pesar los salvoconductos, para todos ellos podría ser algo muy peligroso. Sin pérdida de tiempo don Miguel, en medio de señas, les pidió que descabalgaran en silencio mientras, con su única mano, comenzó a impartirle otras apresuradas órdenes.

Diego, luego de entregar las riendas de su cabalgadura a Carlos, tras rodear a Bruny con sus brazos, buscó refugio en medio de una hendidura abierta entre dos enormes rocas. Y allí, sentados en el suelo, ambos permanecieron muy quietos. Por su parte, todos los demás hombres, sin soltar a los caballos, se

escondieron entre los matorrales y pedruscos, hasta que pasó el peligro. Media hora más tarde, luego de tomar las debidas precauciones, el grupo reanudó la marcha con sigilo, internándose entre las sierras.

Un día y medio después, en el momento en que subían una empinada cuesta, de pronto se vieron rodeados por varios hombres armados que, entre gritos y amenazas, les ordenaron levantar las manos. Al notar el sobresalto de Diego, Bruny, que dormitaba sobre su pecho, entreabrió los ojos.

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó—. Continúa durmiendo.

Don Miguel, sin perder la calma, afirmó:

—Me parece que son guerrilleros.

—Yo también creo lo mismo —asintió el Zurdo.

El señor Salvatierra, a la vez que les pedía calma, añadió:

—No os mováis, intentaré hablar con ellos.

Bajo la torva mirada de aquel grupo de hombres, con aspecto de bandoleros, levantó su único brazo. Tras espolear a su caballo, se aproximó a ellos.

Después de un intenso intercambio de palabras, don Miguel regresó con los suyos. A la vez que esbozaba una alentadora sonrisa, les comunicó:

—¡Tenemos suerte! ¡Tal como el Zurdo y yo suponíamos, es una cuadrilla de guerrilleros castellanos que también tienen su guarida en las sierras! ¡Y nos permitirán pernoctar con ellos esta noche!

A continuación, el grupo se puso en marcha mientras comenzaban a subir una elevada cuesta. A esa hora, el sol, como un disco de fuego, iba recortándose a lo lejos, entre las negras siluetas de los montes.

Los pájaros cruzaban veloces el cielo, en busca de sus nidos. Diego, con las riendas de su caballo flojas, sostenía entre los brazos a Brunilda a la vez que, un tanto abatido, contemplaba el rojo horizonte.

Cerca del anochecer, en medio de una bandada de murciélagos que danzaban frente a ellos en complicados círculos, a más del lejano e inquietante aullidos de lobos, llegaron a otra caverna escondida entre las rocas. Tras saltar de sus

cabalgaduras, los recién llegados se agruparon a la entrada de aquel improvisado habitáculo.

Diego, ayudado por Carlos, bajó a Bruny del caballo y, con ella en sus brazos, precedido de todos los demás, penetró en la cueva. Dentro, se encontraron con tres hombres más que, ante la difusa luz de una candela puesta sobre la base de una roca a modo de mesa, jugaban una partida de naipes.

Al verlos llegar, todos se pusieron precipitadamente de pie, mientras los demás iban explicándoles quiénes eran los sorprendidos visitantes. El más viejo de ellos, al observar a Diego con Brunilda en sus brazos, sin palabras lo guió hacia una galería abierta en interior de la caverna; allí le señaló un camastro hecho de forraje, dentro de una especie de pequeña madriguera. Muy despacio Diego depositó a Bruny sobre aquel duro colchón de paja. En ese momento ella, con los ojos entreabiertos, miró alrededor.

Acariciándole el rostro, él le comunicó:

—No temas, estamos a salvo entre gente amiga. Continúa descansando mientras te hago las curaciones. Luego te traeré agua y, con las frutas que nos quedaron, voy a prepararte una papilla.

Bruny asintió con la cabeza y cerró los ojos. Lleno de preocupación, Diego observó a Bruny que, exhausta, permanecía en completo abandono. Cuando acabó de esparcir el unguento sobre la superficie de las heridas, se recostó junto a ella; era tanto el cansancio que sentía que, pese al hambre y a la incesante charla de los demás hombres, incluido Carlos —sin acordarse siquiera en preparar el puré de frutas para Bruny—, cuando menos se dio cuenta acabó dormido, abrazado a su cuerpo.

Al despertar se encontró con los ojos de ella mirándolo con fijeza.

—¡Demonios! —prorrumpió sentándose de golpe—. Anoche, me dormí sin darme cuenta, y no te preparé la cena, ¿cómo estás? ¿Has descansado bien?

Ella asintió con la cabeza; luego apoyó la cara en su pecho.

Mientras le acariciaba el pelo, le dijo:

—Enseguida te traeré el desayuno —Rodeándola con sus brazos, en medio

de un hondo suspiró le dijo—: Aunque siempre estoy repitiéndote lo mismo, volveré a decírtelo: tengo tantas ganas de que te recuperes del todo, para poder besarte con ansias en la boca, y también de volver a tenerte desnuda entre mis brazos...

Ella, sonrojada, sepultó la cara en el pecho de Diego. Seguido a eso, mirándolo con inusitada intensidad, balbuceó:

—Te... qui...ero...

—Oh, no sabes el placer que siento de volver a escuchar, de tus labios, esas mágicas palabras. ¿Sabes?, en estos últimos tiempos, cada vez que miro hacia atrás en mi vida, al recordar el momento en que ambos nos amamos... en aquella fría noche, pese a nuestra abrupta separación, he estado preguntándome: ¿qué fue lo que hice para merecer el regalo de tu amor?

Ante esa pregunta, Bruny estalló en sollozos.

—No, por favor... no llores —le pidió él, abrazándola.

Tras otro esfuerzo, Brunilda balbuceó:

—Tu... a...mor.. ha... sido... para... mí... el... me... jor rega... lo. —Sin darle tiempo a que él le respondiera, en medio de un nuevo impulso, agregó—: Ten...go que... contarte al... algo impor... tan... te...

Diego, al notar su convulsa respiración, a la vez que le ponía un dedo cerca de los labios, la interrumpió:

—Calla, no te esfuerces por hablar; estás muy agitada, y eso puede hacerte daño. Recuerda que a las heridas internas de tu boca aún les falta cicatrizar. Ya tendrás tiempo de contarme cosas; ambos lo haremos. —Acariciándole el rostro, la besó suavemente junto a los labios y agregó—: Voy a traerte algo de comer...

En ese momento Carlos, con un cuenco en la mano, se acercó a ellos.

—Buenos días —los saludó risueño—. ¿Cómo habéis dormido?, ¿cómo está Bruny?

—Bastante mejor, a pesar de su debilidad —respondió Diego, devolviéndole la sonrisa—. Al menos, ha podido descansar. Y, sin darme casi



cuenta, yo también me quedé dormido como un lirón. Ni siquiera recordé prepararle a ella algo de comer.

—Sí, yo vine a verte y, al ver que ambos estabais tan dormidos, no quise llamarte. Aquí le traigo a ella esta escudilla con leche de cabra y un trozo de pan para remojarlo, que uno de esos gentiles hombres me ha dado. — Acercándose más a Diego, le informó—: Enseguida, todos comeremos algo también; dos mujeres de la aldea vecina acaban de traer pan y fiambres..., de modo que, al menos, podremos llenar un poco los estómagos. Y ya sabes el dicho: con el estómago lleno, las penas son más llevaderas. Ojalá alcance para todos. Me voy, te espero junto al fogón.

Luego de ayudar a Bruny a engullir un poco de pan remojado en leche, Diego le hizo las curaciones. Seguido a eso, mientras ella volvía a recostarse, se reunió con Carlos y con todos los demás hombres que, en animado murmullo, conversaban alrededor de la enorme piedra —que servía de mesa—, en la que se veían algunos trozos de pan negro y fiambres.

Una hora después, Jaime se acercó a los jerezanos; tras señalar la entrada de la caverna, les comunicó:

—Don Miguel desea hablar con ustedes en privado. Está esperándolos afuera.

—De acuerdo, vamos —respondió Diego poniéndole la mano sobre el hombro.

Diego y Carlos, acompañados de Jaime, se reunieron con el señor Salvatierra, quien, en esos instantes, cambiaba impresiones con otro grupo de hombres que acababan de apersonarse allí. Todos ellos, con aspecto desaliñado y evidentes muestras de cansancio, tras saludarlos, entraron a la cueva.

Don Miguel, a la vez que observaba a los jerezanos, con un cierto aire de tristeza, les comunicó:

—Anoche, luego de meditarlo mucho, todos nosotros hemos decidido que

hoy, es decir, dentro de un rato, iniciaremos el regreso a Madrid. De verdad, lo siento. —Mientras fijaba los ojos en Diego, prosiguió—: Como usted mismo lo dejó en claro, nuestro trabajo ha concluido.

—Exacto. Y como ya les dije, muy bien. De verdad, les estoy muy agradecido. —expresó Diego. Con una comprensiva sonrisa, añadió—: Por favor, don Miguel, no se preocupe por nada; ustedes han hecho ya más de lo que debían.

—Muchas gracias, señor Ibáñez.

—Es la verdad; tanto Carlos como yo estamos muy satisfechos por vuestros servicios. Y esto va también por los tres Jotas y, sobre todo por el Zurdo, a los que usted tan acertadamente escogió en el último momento para acompañarnos en esta arriesgada aventura. —Tras establecer una corta pausa, prosiguió—: Enseguida les haré entrega de unos salvoconductos, por si los necesitaran. Y, en cuanto lo crean conveniente, pueden tomar el camino a la Metrópoli, mientras nosotros emprenderemos la marcha hacia Braganza.

—De nuevo, muchas gracias don Diego. Todos estamos muy contentos y agradecidos por el dinero extra que nos dio, aparte de los pactado. Bueno, ahora, apenas comamos algo, nos marcharemos. Esos hombres que acaban de llegar, tal como aseguraron los demás guerrilleros que acompañaban al Lobo, nos han comunicado que el general inglés Wellesley está formando un gran ejército para una posible batalla en tierras de Salamanca. Y nosotros, luego de descansar unos días en compañía de nuestras familias, pensamos incorporarnos a ese batallón para luchar contra los franceses...; hasta acabar por vencer... o por morir. Esperamos que todo lo suyo vaya bien y que la señorita Brunilda no tarde en reponerse del todo. —Tras un corto intervalo, añadió—: Ha sido un placer trabajar para usted; si algún día vuelve a necesitar nuestros servicios, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Dándole un afectuoso abrazo, Diego respondió:

—Si llegara ese momento, tenga por seguro que lo haría sin dudar. —Girándose hacia Jaime, a la vez que le palmeaba la espalda, agregó—: Te doy

las gracias por todo... de verdad, siempre te llevaré en mi corazón. Ojalá que, apenas esta maldita guerra acabe, puedas continuar con tus estudios de medicina, hasta transformarte en un prestigioso médico, como lo era tu padre.

—Gracias, don Diego. Y que usted lo pueda llegar a ver.

—Seguro que así será —afirmó Diego.

El joven Mattise, tras esbozar una sonrisa alentadora, se reafirmó:

—Y quédese tranquilo: *Mademoiselle* Brunilda, aunque aún tardará un tiempo, apenas pueda alimentarse mejor, irá recuperándose del todo.

—Sí, yo también lo creo —asintió el jerezano con una sonrisa.

En ese momento Carlos, mientras se dirigía a don Miguel y a Jaime, a la vez que les estrechaba las manos, apostilló:

—Al igual que Diego, para mí también ha sido un gran placer conocerlos a todos. De verdad: de cada uno de ustedes he aprendido infinidad de cosas y valores que nunca olvidaré. Les deseo mucha suerte a todos. Y, si vais a esa batalla, cuidaos mucho. Ojalá logremos acabar, de una buena vez, con esta maldita guerra.

Luego de las despedidas, Diego, tras dirigirse de nuevo a don Miguel, le dijo:

—Quisiera pedirle un último favor; he pensado que usted, una vez en Madrid podría hacerle llegar a mi tío Benito un mensaje.

—Claro, don Diego, encantado.

—Gracias, como no tengo pluma, ni tinta, ni tampoco papel para escribir, usted tendrá que ir personalmente a su casa y comunicarle que tanto Carlos como yo estamos bien y que vamos camino a Portugal, pero que no se preocupen. El señor Peralta le dará la dirección de mi tío. Evite en lo posible contarle los acontecimientos penosos por los que hemos pasado; solo hágale saber que todo ha salido bien. Pídale también que, por favor, envíe un mensaje a Cádiz, para que mis padres se tranquilicen. Y que, apenas la situación del país mejore, regresaremos.

Don Miguel, estrechándole la mano, aseguró:

—De acuerdo, don Diego; en cuanto lleguemos, me pondré en contacto con su tío y le transmitiré su mensaje, tal como usted me lo pide.

Media hora después, luego de un ligero desayuno —que los guerrilleros compartieron con todo el grupo de visitantes—, don Miguel y su cuadrilla se prepararon para emprender el regreso a Madrid.

Aunque las heridas de Brunilda habían comenzado a mostrar los signos de una completa cicatrización, al verla tan débil, Diego y Carlos decidieron aceptar la gentil invitación de los hospitalarios guerrilleros de permanecer un tiempo más allí, hasta que ella estuviera más fuerte para montar a caballo.

Al amanecer del cuarto día, ante la creciente ansiedad de Brunilda por llegar a casa de su excuñada, los jerezanos comenzaron a prepararse para reanudar la marcha y pasar a Portugal. Después de desayunar, Carlos, Diego y Bruny se despidieron de aquel grupo de nobles castellanos, dándoles a todos las gracias por su desinteresado cobijo. Seguido a eso, luego de ayudar a Bruny a subir a su caballo, los tres se pusieron en marcha.

Tras unas horas de camino, a la vez que traspasaban los altos y boscosos montes de la serranía castellana, llegaron a las márgenes del río Duero y siguieron en dirección a Zamora. Al atardecer, los viajeros, luego de atender a los caballos y cenar lo que tenían a mano, muertos de cansancio, ocultos entre la vegetación se echaron sobre sus mantas. Diego, abrazado a Bruny, se quedó dormido en el acto.

A la mañana siguiente, después de un ligero desayuno (compuesto de fiambre y pan negro, de aspecto mohoso y algunas frutas machacadas para Brunilda), siguieron viaje. Aunque ella intentaba mostrarse fuerte, había momentos en los que parecía estar al borde de la extenuación. Diego, con semblante preocupado —ante el temor de que se cayera del caballo—, no dejaba de observarla, atento a todos sus movimientos.

Dos días más tarde, cerca del mediodía, los viajeros, al ver que el cielo se

cubría de negros nubarrones, tras buscar refugio entre las rocas, decidieron pernoctar allí hasta que el peligro pasara.

Luego de comer una parte de lo que les quedaba, Brunilda se recostó sobre la manta que Diego le había extendido dentro de la enorme gruta. Seguido a eso, los jerezanos se alejaron para tomar asiento sobre las piedras. En ese momento Carlos, a la vez que miraba afectuoso a Diego, exclamó:

—¡Diablos! Quién te ha visto y quién te ve. De ser un aventurero libertino... un renombrado burlador, incluso cuando tenías esa extraña relación con Trinidad Morales, has pasado a ser un embobado... mejor dicho, un romántico Romeo. Realmente, has acabado rendido por completo a Bruny. Y, de verdad, ahora recién me doy cuenta de cuánto... y de qué manera la quieres.

—¿Es que lo dudabas?

—Bueno, sabía que sentías por ella una atracción muy fuerte, pero no imaginaba que estuvieras tan enamorado, dispuesto a todos los sacrificios por ella. —Con sonrisa, entre condescendiente y cariñosa, apostilló—: Durante estos últimos días he estado observándote y no he podido dejar sentir mucha ternura, a la vez que admiración, del modo en como la atiendes, como la miras, como la ayudas a vestirse, como la peinas. Incluso en la forma como la abrazas y la acaricias, con tanta delicadeza..., y lo más sorprendente: una delicadeza carente de vicio y de deseos impuros. —Tras soltar una risa socarrona, agregó—: Y no es que yo no me dé cuenta de la manera tan intensa y arrolladora en que la deseas; todo lo contrario: cuando te acercas a ella, a pesar de que lo disimulas, tus voluptuosas erecciones no pasan desapercibidas.

—Vaya, no pensé que fueras tan observador, ni yo tan obvio —repuso Diego, con alicaído ánimo. De pronto, a la vez que se tomaba las cara con las manos, expresó—: Sí, amigo; la quiero, la adoro... la deseo ¡Oh!, no sabes de qué manera la deseo...

—Sí que lo sé. —respondió Carlos, palmeándole la espalda.

—No obstante eso, te aseguro que con solo mirarla, besarla... estrecharla

entre mis brazos, ya me siento feliz. El día que la vi caer herida de muerte (porque, al ver la cantidad de sangre que salía de su boca creí que, ese mal nacido, la había matado), no puedo expresar con palabras lo que sentí. Para mí fue como si el mundo se detuviera. —Mirándolo preocupado, confesó—: Y ahora, también sufro al verla de nuevo tan débil, y tan vulnerable. Aún le cuesta comer y temo que su salud empeore.

—No pienses eso; aunque se la ve muy frágil, ella ha mejorado mucho. Además, después de todo lo que ha pasado, es natural que esté así. Lo único que podemos hacer ahora es evitar que se esfuerce demasiado y, sobre todo, conseguirle alimentos que pueda tragar.

Diego, con expresión desanimada, asintió:

—Justamente esa disyuntiva es la que más me aflige porque lo único que puede ingerir, aparte de agua, son frutas muy maduras machacadas, y ya no le queda ninguna, salvo las zarzamoras que recogimos por el camino.

Tras unos instantes de silencio, a la vez que se ponía de pie, Carlos exclamó:

—De eso quería yo hablar contigo porque... no se si te habrás dado cuenta de que nuestros víveres también se nos acaban; solo tenemos para esta noche.

—Es verdad —admitió Diego casi sin voz.

—Y piensa que, si nosotros también nos debilitamos, todo irá peor —reflexionó Carlos. Luego de una corta pausa, con semblante serio, agregó—: Si al menos tuviéramos una piedra de chispa para poder encender fuego, yo podría cazar alguna liebre o lo que fuera. —De pronto, sin esperar a que su amigo le respondiera, dándole a su rostro un gesto decidido, Carlos exclamó —: Voy a bajar hasta la aldea vecina; estoy seguro de que allí habrá gente que quiera venderme algo. Cuando llegamos, mientras buscaba un lugar donde atar a los caballos, descubrí una bajada bastante accesible hasta el caserío, de modo que no tendré problemas en llegar.

—Pero ¿has visto como está el tiempo? —rebatía Diego, un tanto inquieto a la vez que también se ponía de pie—. El viento cada vez es más fuerte y el relente es casi insoportable. Déjalo para mañana: creo que, de un momento a

otro, comenzará a llover.

—No, ya está decidido: iré ahora. Quédate tranquilo; tú vigila a los caballos que no se asusten por si hubiera truenos; recuerda que el mío es muy nervioso. Los he dejado atados a unos árboles del valle de atrás, junto a la cascada de agua.

—Pero tú... ¿bajarás a pie?

—Sí, creo que será lo mejor; si voy a caballo, el rodeo será muy largo, y la pendiente es muy pronunciada; andando, me deslizaré con mayor seguridad — explicó mientras recogía la escopeta y su capote—. Bueno, me voy antes de que arrecie más el viento y de que comience a llover.

—Por favor, Carlos... cuídate —le pidió Diego con ademán ansioso—. Hasta que no regreses, no podré estar tranquilo.

—No sufras, que yo también sé cuidarme solo —le dijo, mientras se calaba el sombrero. Luego de ponerse la capa, añadió—: Si llegara a llover mucho, me quedaré al resguardo hasta que aminore.

—Ten cuidado, sobre todo al bajar la colina. Bueno, y allí, cuando llegues a esa aldea, mira bien con quién te cruzas —le recomendó Diego mientras dejaba traslucir la ansiedad que lo dominaba.

—Tranquilo. ¡Hasta la vista! —replicó Carlos. Seguido a eso, con el arma en la mano, a modo de cayado, comenzó a descender la montaña, hasta perderse de vista. Diego se quedó allí solo con la vista fija en la oscurecida lejanía.

Rato después, el viento intensificó su fuerza, hasta hacer gemir las ramas de los arbustos. El jerezano, al contemplar las negras y amenazadoras nubes que cubrían toda esa parte de la montaña, luego de comprobar que Brunilda dormía profundamente, se animó a bajar hasta la fértil hondonada donde los caballos pastaban con aparente tranquilidad. Tras cerciorarse de que estos se hallaban bien atados a los árboles, regresó junto a Bruny. Sin hacer ruido, sacó su capote de lluvia y se recostó a su lado quedándose pegado a su cuerpo. Con

expresión melancólica, mientras sentía un desgarró en su interior, permaneció ensimismado en sus pensamientos.

De pronto... ante el ensordecedor sonido de un trueno, pareció que la montaña se partía en dos. Brunilda, como repelida por un resorte, dio un salto y se abrazó a él.

—No temas... aquí estamos a salvo. Quizás nos mojemos un poco, pero nada más —la tranquilizó mientras le acariciaba el pelo.

Unos minutos después, en medio de otro estruendoso estallido, tal como si se abrieran los cielos, comenzó a caer un aguacero. Bruny, abrazada a Diego, se quedó muy quieta.

—Intenta volver a dormirte; yo velaré tu sueño... —le susurró él junto al oído. Al observar que ella, tras levantar la cabeza, se quedaba mirándolo con fijeza, esbozó una sonrisa y le preguntó—: ¿Estás bien?

Ella asintió y, en medio de un balbuceo, preguntó:

—¿Y... Car... los?

—Ha bajado al pueblo en busca de víveres. Ya casi no nos queda nada; se marchó antes de que comenzara la tormenta. Pero no te preocupes: él sabe cuidarse muy bien. Apenas pase la tempestad, regresará. —Al acabar la frase, permaneció unos instantes envuelto en medio de una sensación de miedo y desesperación.

Mientras intentaba espantar los agoreros pensamientos que acudían a su mente, a la vez que cavilaba en todos los peligros a los que en ese momento podría enfrentarse Carlos, se abrazó con más fuerza a Bruny. Ella levantó la mano y, tras acariciarle la cara, volvió a quedarse quieta junto a su pecho; entonces, Diego le tomó el rostro y lo atrajo hacia él. Seguido a eso, su boca, como en una caricia, tocó suavemente la de ella.

—Te quiero —musitó sobre sus labios—. Descansa...

Ella volvió a asentir con la cabeza y cerró los ojos. La lluvia seguía azotando con furia, a la vez que un desfile de negras nubes aumentaba la creciente oscuridad de la tarde.



El vendaval soplaba en fuertes ráfagas. A lo lejos, en medio del retumbante sonido de los truenos, se escuchaba el asustado relincho de los caballos, lo que aumentaba la nerviosa ansiedad de Diego, hasta provocarle sucesivos estremecimientos.

Por fin, tras más de una hora de intenso aguacero, el viento comenzó a llevarse los oscuros nubarrones, y la tempestad poco a poco remitió. Minutos después, luego de apartarse de Bruny, que dormitaba sobre su pecho, Diego, a la vez que le acariciaba la frente en medio de un susurro, le dijo:

—Voy a ver cómo están los caballos. Tú intenta dormir un poco más, enseguida regreso.

Sin agregar nada más, se puso de pie. Tras salir de la cueva, se dirigió de nuevo hasta el pequeño valle, donde se hallaban los animales. Luego de tranquilizarlos, a pesar de lo resbaladizo del terreno, se aventuró a mirar hacia abajo, justo por donde Carlos había descendido. Tras otear a lo lejos durante un largo rato —dominado por el miedo y la ansiedad—, regresó de nuevo al lado de Bruny.

Apenas se recostó a su lado, ella, agarrándolo del brazo, volvió a preguntarle:

—¿Y, Car... los? ¿Ya... ha... regre... sado?

—Aún no. Pero no creo que tarde —respondió con una sonrisa, tal como si él mismo deseara darse ánimos. En medio de un hondo suspiro, agregó—: Seguro que ha tenido que resguardarse de la lluvia en algún lugar, y por eso tarda tanto...

—Tú, estás... muy... pero... muy... pre... ocupado. —silabeó ella, a la vez que le acariciaba el rostro.

—¿Tanto se me nota? —inquirió con nerviosa sonrisa. Enseguida, mordiéndose los labios lleno de aflicción, confesó—: Sí, no puedo negarlo; estoy muy intranquilo, y también algo alarmado. Aunque Carlos sabe cuidarse solo, esta situación en la que estamos inmersos... me produce mucha impotencia... y mucha inquietud.

—Y, todo... por... mi cul...pa. —volvió a balbucir ella con los ojos arrasados de lágrimas.

Al escuchar sus palabras, Diego la abrazó, atrayéndola con fuerzas contra su pecho.

—No vuelvas a decir eso —le pidió, besándola en el cuello y las mejillas. Tras sepultar la cara entre la mata de su pelo, cerca del oído le susurró—: Te aseguro que, sin ti, mi vida no tendría sentido. Tú eres el amor de mi vida. Te quiero...

—Gra... cias... yo... tam... bién, te qui... ero mu...cho... —sollozó ella.

Diego, sumido en una honda conmoción, murmuró:

—Eso es lo único que me importa, Bruny; eres mi estrella, mi felicidad. La mujer de mis sueños y de mis desvelos —acabó susurrante—. Ya verás cómo muy pronto todas las cosas malas que hemos vivido quedarán relegadas al olvido. Siempre se ha dicho que, para llegar a la Gloria, primero hay que atravesar el Infierno.

Ella asintió al tiempo que apoyaba la cabeza en el pecho de Diego. De pronto Bruny, señalándole el saco con su ropa, le pidió:

—Ahí... den... tro, jun... to a mi pei... ne, hay... un espe... jo. Quie... ro, mi... rarme —acabó de decir, extenuada.

Diego, sonriéndole cariñoso, a la vez que comenzaba a abrir el envoltorio, dijo:

—Enseguida te lo alcanzo.

Luego de sacar un bonito y ornamentado espejo, se lo entregó.

—Aunque las heridas están cada vez más deshinchadas... —le advirtió—, aún presentan un color muy visible. Pero, como ya lo ves... igual estás hermosa.

Bruny tomó el cristal y comenzó a observarse.

—No... ya no. He... que... dado mar... cada para siem... pre —balbuceó ella entregándole el espejo. Tras un sollozo, mientras se tapaba la cara con las manos, con visible agitación, añadió—: Lo sien... to por ti...

Diego, con estremecido gesto, la besó en la frente. Y, mientras le retiraba las manos del rostro, con las cejas levantadas, inquirió:

—¿Que lo sientes por mí? Pero ¿qué tontería dices? Por favor, no te esfuerces en hablar, no quiero que te agites; recuerda que aún estás muy débil. —Mirándola a los ojos, con voz apasionada, le susurró—: Te aseguro que para mí sigues siendo la mujer más hermosa y más fascinante del mundo. No hay ninguna diferencia con la que eras antes, de ser herida y la que eres ahora. Como acabo de decírtelo, eres el amor de mi vida. Te quiero, te adoro y también te deseo mucho... mucho. Con solo rozarte, siento que mi sangre arde entre mil fuegos, traspasándome de lado a lado.

Ella, tras acariciarle el rostro, se abrazó a su cintura mientras él la rodeaba con sus brazos. Seguido a eso, Bruny, en medio de un evidente desasosiego, con apenas un hilo de voz, comenzó a decir:

—Ten... go que... con... tarte, mu... chas, cosas. Ti...enes... que sa... ber que...

Al notar la gran agitación de todo su cuerpo Diego, poniéndole la mano sobre los labios, le pidió:

—Por favor, no me gusta verte así; tampoco quiero que te fatigues, ni que te inquietes tanto. Ya tendremos tiempo de hablar cuando estés más fuerte; ahora solo abrázame.

A la vez que asentía con la cabeza, Brunilda volvió a abrazarlo.

Por espacio de varios segundos aquellos mágicos momentos los mantuvieron inmóviles. La tarde, entre los rojizos resplandores del sol, que se colaban a través de las nubes, comenzaba a morir.

Por fin, cerca del anochecer, cuando ya Diego y Bruny se encontraban sumidos en la angustia y la desesperación, como surgido de la nada, Carlos se presentó ante ellos.

—¡Hola, amigos! —Los saludó risueño a la vez que dejaba en el suelo un abultado saco. Mientras se sacudía la ropa llena de barro, sin esperar respuesta, prosiguió—: ¿Cómo estáis? La tormenta aquí arriba ha debido ser

terrible, ¿verdad?

—¡Diablos, Carlos! Qué alegría me da verte —expresó Diego en medio de un resoplido de alivio. Dándole un fuerte abrazo, añadió—: Nunca sabrás lo que he padecido, y también Bruny. Ambos estábamos inquietos esperando tu llegada. —A la vez que señalaba el voluminoso costal, agregó—: Por lo que veo, tu bajada a la aldea vecina ha ido bien.

—¡Oh, sí! He tenido mucha suerte. La lluvia me sorprendió justo cuando llegaba al pueblo —comenzó a decir, mientras se quitaba el capote—. Allí encontré a dos mujeres que corrían a resguardarse y, cuando me acerqué a ellas, con la intención de preguntarles dónde podía comprar algo de comida, salieron huyendo. Luego sentí que desde atrás me encañonaban y, al girarme, me encontré con un hombre, ya bastante mayor que, tras presentarse como el sereno del pueblo, comenzó a hacerme un sinfín de preguntas a las que yo, con toda gentileza, respondí explicándole nuestra situación. Bueno, pese a que al comienzo se mostró muy desconfiado, al fin... quizás al notarme tan desesperado, casi a punto de desfallecer... y también por mi cara de buena persona, me acompañó a la única panadería que había allí. El sereno, tras presentarme al tahonero, que resultó ser su hermano, y a su esposa (dos ancianos muy amables), luego de que el buen hombre les explicara mi situación, ambos se desvivieron por atenderme. Enseguida me explicaron que hacía ya al menos cinco meses los franceses, luego de ahorcar a varios patriotas que se escondían en la iglesia, entre ellos a su yerno y al propio párroco, dismantelaron el pueblo y se llevaron todo lo de valor, además de los animales de corral y de granja. Y ahora solo tenían unas pocas gallinas que, por suerte, desde hacía dos meses, habían comenzado a poner huevos. Bueno, para simplificar... me vendieron de todo un poco: varias onzas de pan..., de no sé qué harina, pero que huele muy bien, además de unos tomates verdes y otros maduros listos para comer, frutos secos (entre almendras y avellanas), además de limones, higos, manzanas, peras y estas ricas cerezas de picota. Y todo eso cogido del enorme huerto que tienen en su propiedad. —

Mientras sacaba los alimentos de la bolsa, siguió—: También me vendieron varios huevos, creo que unos ocho, que la buena mujer tuvo la gentileza de hervir mientras yo esperaba a que pasara la lluvia comiéndome un puñado de cerezas. Oh, y no veáis la expresión que pusieron ambos cuando saqué de mi bolsillo las monedas y les dije: «Solo tengo en mi poder estos dos reales de plata. Espero que eso cubrirá los gastos»; las caras se les cubrieron de sonrisas; incluso me regalaron este saco. —Mientras metía la mano dentro, agregó—: Junto a este envoltorio de mazapán y un cuenco de jalea de frutos del bosque que la esposa del panadero hacia dos días acababa de preparar y que, con seguridad, a Bruny le vendrá muy bien. Lamentablemente, ellos, como todos los vecinos, carecen de leche, ya que los galos ni siquiera han dejado una cabra ni una burra, ni mucho menos, una vaca por lo que no pude conseguir quesos. —Mirándolos sonriente, agregó—: Bueno, y ahora, con los huevos y tomates, además del pan, voy a prepararos un gran banquete, ¿qué os parece?

—Vaya; esto sí que merece un gran aplauso —vitreó Diego, comenzando a batir palmas. Seguido a eso, dándole otro gran abrazo, agregó—: ¡Creo que el suplicio que hemos pasado, ante tu larga ausencia de esta tarde, ha valido la pena! ¡Gracias, amigo!

Brunilda, desde su posición, le envió un beso con la mano.

—¡Oh! de verdad, no esperaba tantos agradecimientos —bromeó el joven Temple. Mirándolos sonriente, adicionó—: Y ahora, ¡manos a la obra!, ya podéis comenzar a pelar los huevos; yo cortaré rodajas de tomates y pan. Dejaremos los demás alimentos para los siguientes días...

Luego de gozar de aquella exquisita cena, en medio de un distendido estado de ánimo, los tres se prepararon para dormir. Diego, como todas las noches, se tendió al lado de Bruny y se quedó abrazado a ella. A la mañana siguiente, llenos de animación, prosiguieron viaje.

### *Hechizo de amor*

Dos días después, al anochecer, tras descender por la abrupta zona

montañosa, en una acentuada pendiente —que rodeaba la fértil vega celtibérica—, llegaron a las periferias de la amurallada ciudad de Zamora. Vencidos por el cansancio, optaron por acampar junto a un bosque cercano al río.

Mientras cenaban, Diego con paciencia le cortaba a Brunilda pequeños trozos de higos y de algunas otras frutas que ella, muy despacio y, con evidente dificultad, engullía. Luego, los tres se tumbaron en la hierba.

A pesar del lejano aullido de los lobos, junto al rumor de los demás animales del monte, no tardaron en quedarse profundamente dormidos. Apenas amaneció, después de un frugal desayuno, sin apartarse de las márgenes del río, continuaron el camino.

Por la tarde, cansados y hambrientos, arribaron a las cercanías de Miranda Do Duero. Aunque aún era muy temprano, luego de encontrar una frondosa arboleda a orillas del río, decidieron acampar entre su espesura. A continuación, tras atender a los caballos y llenar un poco los estómagos deseosos de quitarse el polvo del camino, ante el calor reinante, los tres decidieron meterse al río vestidos, para gozar de un agradable baño.

Diego tomó a Brunilda por la cintura y la ayudó a entrar al agua, junto a un vado del bordillo mientras ella, con las manos sujetas de su cuello, lo miraba sonrojada. Luego, entre abrazos y sutiles caricias, ambos comenzaron a chapotear como dos niños al tiempo que, a cada instante, Diego la aupaba sobre su pecho a la vez que, con manos presurosas recorría ansioso sus caderas atrayéndola hacia él, pegándola contra su cuerpo... en un juego puramente sensual, en el que ambos parecían participar con indudable agrado.

Carlos, un poco más atrás, los observaba en medio de cómplices sonrisas. La reveladora voluptuosidad que flotaba entre la pareja, por momentos iba incrementándose. Diego sentía que su ansiedad se colaba por debajo de su autocontrol, trasmitiéndole a todo su cuerpo una irreprimible excitación que a duras penas lograba disimular. Cuando salieron del agua, a la vez que ellos la tapaban con una manta, Bruny se cambió de ropa. Seguido a eso, tras tender

las prendas mojadas en las ramas de los arbustos para que se secaran, los tres tomaron asiento sobre la fresca hierba.

A esa hora, en aquel incipiente verano, todo estaba inundado por el cálido sol del atardecer en cuya atmósfera, tan luminosa y perfumada, los abejorros, tábanos y libélulas, como puntitos de oro, trazaban sus complicadas contradanzas.

Mientras Bruny peinaba su larga cabellera, Diego, sentado frente a ella, con una sutil sonrisa entre los labios, la miraba con evidente fascinación. Rato después cenaron casi todo lo que aún les quedaba de alimentos que, a pesar de no ser mucho, les apaciguó el hambre. Tras eso, Diego extendió la manta sobre la hierba, al amparo de unos copiosos árboles, para que Brunilda se recostara. Y allí, de pronto, ambos se quedaron abrazados en una imagen sensual, mientras las manos de él subían y bajaban, en excitante recorrido, a lo largo de los muslos de ella.

Carlos, un tanto incómodo ante aquella nueva y voluptuosa escena entre la pareja, miró para otro lado. Cuando al fin Diego se le acercó, a la vez que señalaba hacia lo lejos, le comunicó:

—¿Sabes qué?, he decidido dormir solo, entre medio de aquella sombría arboleda, que me cobijará del relente. Cuando fui a tender mi ropa, observé que era lugar muy acogedor, incluso mejor que el vuestro.

—Pero... ¿por qué tan lejos? —inquirió Diego, mirándolo sorprendido.

Tras un hondo suspiro, Carlos respondió:

—Es que... me pongo en tu lugar y comprendo que tú y Bruny necesitáis un poco más de intimidad. Creo que yo, sin casi darme cuenta, he estado haciendo el papel de molesta *carabina*, y realmente eso no me gusta mucho.

—Carlos, de verdad te lo digo. No es necesario que te alejes de nosotros; de ninguna manera, ella y yo... ya sabes.

De pronto, el joven Temple, mirándolo sorprendido, inquirió:

—Pero entonces, ¿el día de la tormenta, en la que os quedasteis tanto tiempo solos, tampoco pasó nada...?

—No, en absoluto —lo interrumpió Diego—. Con los nervios y angustia que tenía esa tarde, en lo que menos pensaba era en eso. Además, en el estado en que todavía se encuentra Bruny, no podríamos intimar. Ya ves lo delgada y débil que está... y, para peor, ni siquiera puedo besarla en la boca; porque, como aún tiene toda esa parte muy sensible, con solo mover la lengua, siente mucho dolor.

—Pues ahora, a pesar de su evidente flojedad y de que aún no podéis besaros con fogosidad, yo la he notado muy predispuesta al amor —replicó Carlos con burlona y cómplice sonrisa. Mirándolo chancero, agregó—: Incluso me atrevería a decir que se halla deseosa de amar y dejarse amar de manera total. Hace un momento, al igual que está tarde en el agua, ambos os habéis dado un festín de eróticas caricias, y sensuales insinuaciones. Aprovecha ahora, aunque sea con besos suaves, pero a la vez apasionados, para encender aún más la mecha de vuestra pasión... que en estos últimos tiempos ha estado muy desentendida. Por mí, no os preocupéis; yo me dormiré enseguida... —Sin escuchar razones, recogió su manta y demás pertenencias. Por último, dándole una cálida palmada en la espalda, le confesó—: ¡Diablos!, no veo la hora de poder dormir en una cama con colchón de plumas. Y creo que tanto tú como Bruny también deseáis lo mismo, ¿verdad? Buenas noches, que durmáis bien.

Sin volver la cabeza, se internó entre la maleza, al amparo de los arbustos.

Durante unos instantes, Diego, se quedó allí muy quieto, en actitud pensativa. A continuación, sus ojos se giraron hacia Brunilda, que en ese momento permanecía de cara a él, tal como si lo esperara. Con una mirada, cargada de hambre masculina, observó el delicado y tentador contorno de su cuerpo. De pronto, sintiéndose ahogado por una oleada de sensual aturdimiento, Diego, a la vez que pasaba su mano sobre el pelo, se mordió el labio inferior.

Sí, no podía negarlo: estaba excitado. Su libido, que hasta ese día había permanecido en obligatorio suspenso, ahora inflamaba su sangre hasta nublarle el cerebro. Luego de luchar contra sus incontrolables impulsos sensuales, con



un nudo en la garganta, regresó al lado de Bruny. Muy despacio, mientras procuraba serenarse, volvió a tumbarse junto a ella. Con voz ronca murmuró:

—Carlos... nos ha dejado solos. —Sin esperar respuesta, en medio de un suspiro, a la vez que trataba distraer su mente le acarició la cara, y prosiguió —: Ya falta muy poco para que puedas descansar en... una mullida cama.

Bruny, con un ademán entre mimoso y seductor, se abrazó a su cintura y se apretó contra él. Diego desplazó una mano hasta la nuca de ella y con la otra le rodeó el talle. A través de la seda del vestido, sintió el calor que irradiaba su cuerpo, y eso le provocó una nueva oleada de intensa pasión que rápido intentó sofocar.

Muy cerca del oído, le susurró:

—Te quiero...

Brunilda levantó los brazos y los enroscó en el cuello de Diego; seguido a eso, con voz agitada, balbuceó:

—Yo... tam... bién... te quiero, mu... cho. —Se quedó unos instantes en silencio y, mientras enredaba sus dedos entre la cabellera de él, en medio de una evidente ansiedad, añadió—: Es...nece...sario que tú... y yo...

Poniéndole la mano sobre los labios, Diego, cegado por una irreprimible delectación sensual, que cada vez lo consumía más, con voz ansiosa la interrumpió:

—Calla... no continúes esforzándote en hablar. Piensa que quizás... en silencio, podremos decirnos muchas más cosas, ¿no crees? —acabó con sugestiva intención.

Seguido a eso, en la necesidad de esconder sus locos impulsos, a la vez que extraía desde su interior un sentimiento muy profundo y muy intenso — alimentado por algo más poderoso que la mera lujuria—, Diego se concentró solo en rozar con sus labios los de ella entre dulces y lánguidas caricias.

De pronto, las manos de Bruny se deslizaron hacia abajo para apoyarse en el vientre de Diego y, de forma inesperada, en medio de un gemido, ella buscó su boca y entrelazó su lengua con la suya en un beso que poco a poco se tornó

imperioso, casi avasallador.

A pesar de sus deseos de intensificar aquella sensual caricia y comérsela a besos, ante el miedo de causarle dolor, Diego aflojó la presión de sus labios. Entonces Bruny, al tiempo que lanzaba una débil protesta, lo atrajo hacia ella con más fuerza.

Sin apartar su boca de la suya, él le preguntó:

—¿De verdad... no te hago daño? Dímelo, por favor... porque creo que, si empiezo a besarte, ya no seré capaz de parar.

—Bésa... me. Bé... sa... me, mu... cho. Sin mie... do —balbuceó ella, con el deseo a flor de piel. En medio de un quejumbroso gemido, le tomó la cara entre las manos, y le pidió—: Haz...me sentir. Haz...me gozar... —Llena de premura, le ofreció sus labios con ansiosa intensidad mientras volvía a entrelazar su lengua con la suya... en uno de esos besos, en que el alma sube a los labios.

Tras unos instantes de devorarse uno al otro, Diego le prometió:

—Sí... sí; te haré gozar mucho... mucho. Oh, Bruny, voy a enloquecer; nunca sabrás las ganas que tenía de besarte... así. Me parece mentira... —Ciego de pasión, volvió a perderse entre la dulce libación de su boca.

Luego, tal como si flotara en un mar de fuego, se apartó unos instantes de ella. Con movimientos apresurados, se despojó de su ropa. Seguido a eso intentó hacer lo mismo con la de Bruny, pero allí ella lo detuvo.

—No... no. Des... nuda, aquí... no. —silabeó agitada, con apenas un hilo de voz—. Me da ver...güenza. No es co... rrecto...

—Te comprendo, no te preocupes —la tranquilizó él.

En medio de un sensual jadeo, la ayudó a desabrochar los botones del corpiño de su vestido hasta descubrirle los senos, que de inmediato acaparó entre sus manos, para enseguida succionar sus erectos pezones, a la vez que ella, entre una sucesión de descontrolados movimientos, se retorció convulsa contra él.

Sintiéndose ruborosa, Bruny, no pudo evitar que su propia lascivia la

sorprendiera.

Deseoso de seguir estimulándola aún más, Diego la exploró de manera intensa y voluptuosa, hasta hacerla gemir de placer. Y así, sumida en el éxtasis de aquella insoportable sensación —tal como si todos sus miembros se calcinaran—, en la mente de Brunilda solo había un deseo: acabar pronto con aquel ardoroso martirio.

Pero las manos de Diego, al igual que su boca, no paraban de recorrerla perezosamente, tocando, acariciando... succionando.

Entonces Bruny, luego de enroscar las piernas en su torso —impregnada de un lujurioso y salvaje frenesí— se abrió por entero a él. Y Diego la penetró volviéndola a hacer suya con la misma intensa pasión..., y el mismo loco amor de aquella lejana noche en Madrid, cuando se entregaron por primera vez.

Esa noche estrellada, al amparo de aquel silencioso y mágico paraje, arrullados por el canto de los ruiseñores, ambos se amaron... hasta quedar exhaustos, dormidos uno en brazos del otro.

Diego fue el primero en despertar; con una mirada plena de embeleso, contempló a Brunilda que dormía con la cara vuelta hacia él y con la cabeza apoyada en su pecho; la luz difusa de los primeros rayos del sol —que se colaban entre las ramas de los árboles— le daba a su tez un tono irisado y la hacía brillar entre sutiles reflejos de nácar.

Con una sonrisa de satisfacción, Diego miró su boca, entreabierta por la respiración acompasada y tranquila. Y, mientras la contemplaba arrobado, se preguntó si había goce mayor para un hombre enamorado que contemplar, dormida entre sus brazos, a la mujer amada... luego de una noche de loca pasión.

Instantes después, entre tiernos ademanes, Diego acarició el rostro de Bruny a la vez que pasaba, con extremada suavidad, sus dedos por una de las cicatrices que ya mostraba los signos de una completa cicatrización.

En ese momento ella abrió los ojos, para enseguida volverlos a cerrar. Sin

dejar de mirarla embelesado, le tomó la mano y comenzó a acariciársela; después chupó las yemas de sus sonrosados dedos mientras jugueteaba con ellos. A continuación, con una sonrisa de delectación sensual, en medio de una suave presión, volvió a besarla en los labios.

—Por favor, pellízcame —le pidió susurrante—. Porque tengo miedo de estar soñando y de que este hechizo de amor que he vivido junto a ti solo sea un sueño.

Ella lo miró ruborosa y, a la vez que intentaba sonreír, le apretó el brazo.

—To... do fue muy real... y, muy... bo... nito —confesó en un tenue balbuceo.

Él, al tiempo que la besaba en el cuello, murmuró:

—Fue más que eso. Fue un deleite estremecedor; yo aún estoy en las nubes. —Rodeándola entre sus brazos, añadió—: ¿Sabes?, siempre tuve la sensación de que un día, llegaría a mi vida una mujer a la que yo iba a rendirme por completo. Y, no sé por qué pero apenas te conocí... a pesar de tu desdén, y la falta de interés que demostrabas hacia mí, tenía el claro convencimiento de que esa mujer serías tú... —La abrazó con más fuerza mientras aspiraba su aliento. Después, en medio de un suspiro, añadió—: Me hubiera gustado que esta noche no acabara nunca. Tengo tantos deseos de volver a amarte... que apenas puedo controlarme. ¿Tú no sientes lo mismo? —inquirió mientras le besaba el nacimiento de sus senos.

Ella, volvió a enroscar sus manos en el cuello de Diego, y balbuceó:

—Sí, yo tam... bién... lo... deseo. Pero... ahora... ya... es la ma... ñana.

—Es verdad, y Carlos no tardará en venir... —repuso él desganado.

Con ademanes indolentes, la ayudó a cerrar la hilera de botones del corpiño de su vestido, hasta dejarle el pecho cubierto.

Seguido a eso, Diego también procedió a ponerse la ropa. Cuando acabó, tras tomar entre sus manos el rostro de ella, volvió a besarla en los labios. En medio de un lánguido suspiro, Bruny metió las manos debajo de la camisa de Diego y, entre voluptuosas frotaciones, recorrió su tórax. De pronto, con los ojos fijos en él, sus dedos se quedaron quietos sobre la honda cicatriz de su

pecho. Tras levantarle la ropa, mientras acariciaba el contorno, depositó varios besos alrededor de su hendidura. Luego, ambos permanecieron un largo rato abrazados.

Con una mezcla de inquieta ansiedad, Diego escuchó que ella le decía:

—Te...ne... mos que ha...blar. Es... ne... ce... sario que sepas... que... —no pudo continuar; en ese momento Carlos, en medio de un ruidoso carraspeo de garganta, se acercó a ellos.

—Buenos días, pareja, ¿cómo habéis pasado la noche? —inquirió mirándolos con visible socarronería. Seguido a eso, a la vez que sofocaba un bostezo, añadió—: Vale, no necesitáis responderme; a lo lejos se nota que muy bien.

—Hola, Carlos —saludó Diego con alegre entonación. —. Sí, ambos hemos dormido de maravilla. ¿Y tú?

—Ah, yo también. Apenas apoyé la cabeza en el suelo, me quedé completamente aletargado... fue como si me muriera —bromeó mientras enrollaba su manta—. Lamento interrumpiros pero ¿no creéis que tendríamos que ponernos en marcha cuanto antes? Desde aquí a Braganza, aún nos quedan, por lo menos, setenta y cinco kilómetros... y lo peor de todo es que, como ya habréis visto, hay muy pocos víveres; de modo que tendremos que ver si conseguimos algo por el camino, aunque sea fruta.

—Enseguida estaremos listos —contestó Diego, con desganado gesto.

—Entonces, iré a preparar los caballos —dispuso Carlos.

Media hora después, tras comer una parte de los alimentos que aún les quedaba, los viajeros emprendieron el camino.

Luego de cabalgar durante el día entero, casi sin descansar, al fin, cerca ya de las once de la noche, arribaron a las cercanías de la amurallada ciudad de Braganza, situada en la altiplanicie noroeste, sobre las faldas de la sierra Montesinho.

Conscientes de que no eran horas apropiadas para iniciar la búsqueda de la casa de Matilde, a más de lo cansados que estaban, tras elegir un lugar donde

acampar —luego de comer algunas frutas que habían recolectado por el camino—, se echaron sobre las mantas. Seguido a eso, antes de que se dieran cuenta, los tres se durmieron en el acto.

A la madrugada del día siguiente, retomaron la marcha. Guiados por Brunilda, cabalaron hacia la aldea de Montesinho, donde vivía Matilde. De pronto Diego, al ver que Bruny parecía dudar, se acercó a ella y le preguntó:

—Cariño, ¿recuerdas la dirección que debemos tomar a partir de ahora?

Ella, visiblemente confusa, agudizó la mirada. Mientras oteaba hacia todas partes, en un intento de orientarse en medio de las penumbras, de aquella reciente alborada, con cierto titubeo, expresó:

—La ca...sona... estaba... ale...jada del... pobla...do; muy cerca, había... un bosque.

—No te esfuerces, seguro que enseguida daremos con ella —la animó Diego, acariciándole la mano.

—Claro que sí —agregó Carlos, con una sonrisa.

Minutos después, bajaron una colina y llegaron a un valle; desde allí Carlos, divisó a lo lejos una tupida arboleda.

—Tiene que ser por aquella dirección —señaló con renovado optimismo.

Brunilda giró la cabeza en rededor.

—Sí... sí, todo... esto me es... fami... liar —expresó sonriente.

Los tres se dirigieron hacia el inmenso bosque.

De pronto, antes de llegar a él, a la derecha del camino, frente a ellos surgió la simetría de una inmensa casona solariega, rodeada de huertas y árboles.

Brunilda apretó el brazo de Diego y exclamó ansiosa:

—Ah... por fin... ¡por fin... he...mos... lle...gado!

—Sí, cariño, ya hemos llegado —repitió Diego enlazándola por el talle.

—¡Qué suerte! ¡Demonios! ¡Y qué hambre tengo! —exclamó Carlos, mientras desmontaban.

En el patio, varias gallinas, en medio de un constante cacareo, escarbaban la tierra, a la vez que dos perros, encerrados detrás de una cerca, ladraban sin

cesar. Ante el incesante bullicio de los canes, desde la vivienda salió un hombre, apoyado en una muleta, seguido de otros dos, que portaban sendos mosquetes en sus manos.

—Es... Gon...zalo. ¡Oh!, ¿le... falta... una... pierna...? —se extrañó Brunilda, encaminándose hacia ellos, con la manos en alto.

En ese momento, detrás de los hombres apareció una mujer, menuda, con el pelo suelto, envuelta en una pañoleta quien, llevándose las manos al pecho, echó a correr al encuentro de los viajeros, a la vez que gritaba jubilosa:

—¡Bruny! ¡Oh, Bruny, cariño! —Ambas se unieron en un apretado abrazo—. ¡No puedo creerlo!, ¡Ay, qué alegría! —A continuación, mientras Gonzalo saludaba a Brunilda, Matilde se volvió hacia Diego y, de inmediato, se tiró en sus brazos—. ¡Gracias amigo!, ¡gracias por rescatarla, y traerla de vuelta a casa... tal como me lo prometiste! Dios ha escuchado mis ruegos; todos los días, miraba el camino a ver si os veía venir... —Acercándose a Carlos, con visible asombro, añadió—: ¡Qué sorpresa!, ¿cómo estás? Celebro verte; bienvenido a nuestra casa.

—Gracias, también me alegra mucho volver a verte.

Matilde miró a Diego y a Carlos; seguido a eso, tras tomar del brazo a Gonzalo, exclamó:

—Os presento a mi marido. —A la vez que fijaba los ojos en Brunilda, le explicó—: Perdió la pierna en Burgos, durante una emboscada; está vivo de milagro.

Mientras los hombres se saludaban, Bruny, en un esfuerzo por hablar bien, murmuró sorprendida:

—¿Gon...zalo... y tú sois... ma...rido... y mujer?

—Sí, nos casamos hace muy poco. No entiendo... ¿por qué hablas con tanta dificultad? —preguntó Matilde. En ese momento, al mirar con más detenimiento el rostro de su excuñada, exclamó sorprendida—: ¡Virgen Santa! Pero ¿qué te ha pasado?

—Re...cibí... un... disparo —explicó Bruny tocándose las heridas.

—¡Oh!, ¿una bala... te atravesó la cara? —prorrumpió Matilde compungida, mientras observaba la entrada y la salida del proyectil del rostro de Brunilda.

Diego, acercándose a ellas, agregó:

—Fue una desgracia con suerte. El plomo le pasó por debajo de la lengua... que quedó muy lesionada, pero sin tocar ningún órgano vital; no obstante, el proyectil le rompió una parte del maxilar y perdió dos muelas. Y, aunque aún le cuesta hablar con naturalidad, poco a poco va mejorando.

—¡Dios mío, un disparo en la cara!, ¿cómo fue?, ¿quién te hizo eso?

—Es una larga historia, no te preocupes, Matilde; ya iremos contándote todo por lo que pasamos —respondió Diego con sonrisa tranquilizadora. Seguido a eso, en un tono más bajo, añadió—: cuando fue herida, perdió mucha sangre; además de eso, no puede comer casi nada sólido. —Poniéndole la mano en el hombro, con semblante preocupado, agregó—: Bruny ha pasado un verdadero infierno. Como ya lo ves, se encuentra muy delgada y muy débil. Necesita mucho descanso y buena comida.

—No te preocupes; aquí no le faltará nada de eso. Y ya verás cómo, en unos pocos días, se repondrá del todo. —Apretándole la mano, con voz emocionada adicionó—: Vuelvo a darte las gracias por haberla traído a nuestro lado; realmente estoy tan contenta...

—Y yo también de estar aquí a vuestro lado, junto a ella...

En ese momento Carlos, a la vez que miraba a los dueños de casa, inquirió:

—Y, ¿como están las cosas por aquí? Espero que ya no queden franceses.

—Bueno, luego de la tercera invasión, acaecida en 1810 por el general André Masséna, y su posterior derrota, las cosas han ido mucho mejor —respondió Gonzalo.

—¿Portugal tuvo tres invasiones francesas? —indagó Carlos, sorprendido.

Mientras asentía con la cabeza, a la vez que reiniciaba el camino detrás de los demás, Gonzalo argumentó:

—Sí. Pero en todas las portuguesas, aliados con los británicos, lograron vencerlos. —Una vez dentro de la casona, el dueño de casa, de manera rápida,



siguió relatándoles los últimos hechos bélicos acaecidos en Portugal—. Durante la última ocupación, gracias también al ejército inglés, comandado por el general Arthur Wellesley, lograron echarlos a todos. En esa ocasión, los galos habían logrado penetrar por el norte, hasta Almeida, para enseguida seguir la marcha hacia Lisboa. Allí se enfrentaron a las huestes lusobritánicas en la batalla de Buçaco donde, a pesar de perderla, enseguida lograron volver a reagruparse y reiniciar la marcha hasta la capital. Bueno, para no alargarme demasiado: luego de otras innumerables batallas, entre galos y lusobritánicos, en octubre de ese mismo año de 1810, justo a la llegada del invierno, los ejércitos franceses se vieron obligados a regresar de nuevo a España y, a partir de ahí, ya no hemos visto a ninguno más.

—Ojalá en España muy pronto se pueda decir lo mismo —deseó Carlos.

Gonzalo, a la vez que asentía con la cabeza, exclamó:

—Yo también espero lo mismo.

Diego, mientras tomaba la palabra, adicionó:

—Creo que, de una manera u otra, esa terrible guerra, que ya lleva tantos años ensangrentando a nuestra patria tendrá que acabar con la expulsión de todos los imperiales —acabó al tiempo que rodeaba con sus brazos los hombros de Bruny.

### *El secreto develado*

Minutos después, mientras Carlos y Diego, ayudados por algunos peones de Gonzalo, se ocupaban de los caballos y descargaban los bultos del viaje, Brunilda, con ademanes nerviosos, tomó del brazo a su excuñada y se la llevó hasta el salón.

Una vez allí, le preguntó:

—¿Có... mo... están?

—Oh, muy bien; ahora duermen aún —respondió Matilde—. Te asombrarás de ver lo mucho que han crecido y de lo bien que hablan, además de español y portugués, en inglés y francés. Tanto sus ayas como todos nosotros siempre les

hablamos de ti; incluso han comenzado a preguntarnos cuándo volverás de tu largo viaje.

—No creo que... me recu... erden. —musitó Bruny con tristeza—. Ha pa... sado mucho... tiempo, quizás dema... siado...

—Oh, no, ya verás cómo sí te recuerdan y lo contentos que se pondrán al verte.

—Con el rostro... así, mar... cado, además de mi for...ma extraña de hablar, ten...go mi...edo de que me re...chacen.

—¿Pero qué dices?, estas guapísima. Y tu voz y tu manera de hablar no pueden causar rechazo a nadie.

—O...jalá ten...gas ra...zón —anheló Brunilda mientras se arreglaba el pelo.

—¡Claro que la tengo! —Volviéndola a abrazar, con expresión encantada, añadió—: Ay, querida Bruny, ¡estás aquí! ¡Estás aquí! —Tras eso, mirándola con visible intriga, insinuó—: Por lo que percibo, Diego todavía no sabe nada de ellos, ¿verdad?

—No. Aún... no pude... de... círselo. Lo inten... té, pero... me fue... im... posible.

—Ya me extrañaba verlo tan tranquilo, sin hacer preguntas... —reflexionó Matilde.

—Cu... ando, fue a... ver... me, a la... cárcel, no pu...dimos... casi... hablar. Y luego... de caer... herida, pasé... muchos días, sumida... en una semiincons... ciencia, sin... poder... hablar, ni una... pa...labra. De modo que para él... va a ser una sor...presa —expresó al tiempo que exhalaba un suspiro.

—Vaya que sí; una sorpresa muy, muy gorda. Eso no lo dudes —repitió Matilde mientras movía la cabeza.

Brunilda, tomándola del brazo, le pidió:

—Va... mos a... verlos. Estoy... impa... ciente por abrazar... los. Pensé... que este mo... mento no llegaría... nunca y me sie... nto... muy an... siosa.

Matilde, con una cómplice sonrisa, le sugirió:

—Me lo imagino. Y ¿por qué no le pides a Diego que nos acompañe? Creo

que, cuanto antes se lo digamos, será mucho mejor.

Sin responder, Brunilda se dirigió adonde estaba Diego, junto a Gonzalo y Carlos. Al llegar a él, lo tomó de la mano y en voz baja le pidió:

—Por... favor... ven... con... noso... tras. Quiero... que... co... nozcas a... alguien.

Diego, mirándola sorprendido, asintió:

—Claro, con mucho gusto. Pero primero ven a la cocina a comer algo...

Sin soltarlo de la mano, Brunilda, a la vez que negaba con la cabeza, lo condujo hasta donde estaba Matilde. A continuación, en silencio, los tres llegaron hasta una habitación. Tras un leve gesto de vacilación, la dueña de casa abrió la puerta y les franqueó la entrada.

Dentro del cuarto, a pesar de la penumbra, se podían divisar dos camitas, con barandas, cada una ocupada por un niño profundamente dormido. Diego, con visible sorpresa, se quedó mirándolas fijamente. En ese momento, desde una habitación continua salió una mujer, envuelta en una pañoleta. Al descubrir a Brunilda, se quedó unos instantes paralizada.

—¡Oh!, es usted, mi señora —expresó enfática—. Bendito sea Dios que al fin la ha traído de vuelta a casa. Todos la hemos extrañado mucho.

Bruny se acercó a ella; en voz baja le dijo:

—Hola... Josefa. Tam...bién yo los... extra... ñaba. —Tocándose las cicatrices de la cara, prosiguió—: No pude... llegar antes porque... fui herida. Pero ya casi... estoy bien. ¿Y cómo están... mis niños?

—Ah, cuánto lo siento —expresó la fámula, consternada. Seguido a eso, tras esbozar una cariñosa sonrisa, añadió—: Los pequeños están muy bien; son dos soles. Siempre les estamos hablando de usted...

Sin comprender nada de lo que pasaba, Diego, con visible conmoción, contempló a Bruny mientras ella seguía con la vista fija en los niños, mirándolos embelesada. Matilde abrió del todo las ventanas; luego de apartar las cortinas, dejó que los rayos del sol iluminaran el cuarto.

Con los ojos llenos de lágrimas, Brunilda, volviéndose hacia Diego, que permanecía inmóvil, extendió su brazo. Y, cuando él con grave gesto se acercó, ella, tras coger su mano, dominada por una notable emoción, le confesó:

—Estos... niños... son, son tuyos y míos. In... tenté... de... círtelo muchas veces. Pero, tú sabes... que no fue... posible hablarte... de ellos.

A la vez que en su rostro se reflejaba una mueca de estupor, Diego inquirió perplejo:

—¿Mis... hijos? ¿Tengo... tenemos dos hijos?

Matilde, al notar el nerviosismo de Bruny, además de su dificultad para hablar, tras tomar la palabra, dirigiéndose a Diego, le explicó:

—Así es, ambos tenéis dos hermosos retoños. El niño se llama como tú, y la niña, Matilde; igual que yo. Son gemelos, nacieron el veintitrés de julio de 1808, en plena guerra y aquí mismo, en esta casa. Un poco tiempo después, cuando nos vimos forzadas a regresar de nuevo a España, Bruny, con el deseo de evitar los inconvenientes propios de una madre soltera, decidió fingir ser la viuda de un general francés. Y así pudo ser admitida en la alta burguesía de Madrid. El día que fui a verte a Cádiz, no te dije nada sobre ellos, porque sentí que no era yo quien debía hacerlo, ni tampoco era el momento.

En esos instantes uno de los niños se despertó sentándose en la cuna; tras restregarse los ojos, se quedó mirándolos sorprendido.

Diego, con un nudo en la garganta, lo contempló asombrado: era precioso. Tenía el pelo oscuro, con rizos enmarañados y, salvo sus pupilas grandes y claras, como las de Bruny, se parecía a él de una manera extraordinaria. La niña, por su parte también abrió los ojos, iguales a los de su gemelo. Y, mientras se incorporaba, los observó con evidente extrañeza.

—Buenos días, mi príncipe; buenos días, mi princesita —saludó Matilde con una alegre sonrisa. A la vez que se acercaba a los pequeños, les comunicó en inglés—: Mirad..., mirad quién está aquí: Vuestra madre ha llegado de viaje; ella, no puede hablar muy bien, porque tiene una *pupa* en la boca. ¿Recordáis

que os prometí que muy pronto regresaría a casa? ¡Pues aquí esta! Y, ¿sabéis una cosa?, os ha traído también a vuestro padre. —A continuación tomó a la niña en brazos y la dejó junto a su gemelo.

El pequeño Diego, con una soñolienta sonrisa, tras dudar unos instantes, estiró los bracitos hacia Brunilda, a la vez que su hermana lo imitaba. Ella los abrazó con fuerza y comenzó a acariciarlos. Luego, llenándolos de besos, les habló en español:

—Hola... mis chi...qui...tines. Por... por fin, puedo abra...zaros. —Tras una breve pausa, en la que intentó serenarse, agregó—: Co...mo os ha dicho, vues...tra tía Mati, no puedo ha...blar bien. Pero, pro...nto podré hacerlo. —A la vez que señalaba a Diego, agregó—: Mirad, este es vues...tro padre, que ha venido a... co...nocerlos. —Dirigiéndose al pequeño, prosiguió sonriente—: Le... daréis... un beso... a él tam... bién, ¿verdad?

Diego, aunque no lograba desembarazarse del nudo que oprimía su garganta, sonrió conmocionado. Seguido a eso, se acercó más hacia ellos y, con apenas un hilo de voz, expresó vacilante:

—Oh, sois... preciosos; espero que... lleguéis a quererme mucho. Porque yo ya siento que os adoro a ambos. —Incapaz de continuar, los abrazó apretándolos contra su pecho. Luego, volviéndose hacia Brunilda, a pesar de sus esfuerzos por disimular el impacto que experimentaba, manifestó aturdido —: Estoy atontado; creo que... esto ha sido demasiado para mí. Nunca me hubiera imaginado que tú y yo...

—Como ya ves, nues...tra... noche de amor en Madrid; en a... quel má...gico cuarto de Maison... Olim...pia de Goiges dio... sus frutos —lo interrumpió ella agitada mientras contenía las ganas de llorar. Seguido a eso, después de mirar suplicante a Matilde, le pidió—: Por favor, acaba de con...tarle a... a Diego todo...

—Encantada —respondió la dueña de casa con una sonrisa—. Intentaré ser breve, porque me imagino que los tres estaréis muertos de hambre y con ganas de daros un gran baño, ¿verdad? —Se volvió hacia la niñera y agregó—: Por

favor, Josefa, llama a Costança y dile que venga a ayudarte a vestir a los niños antes de que estos nos pidan de comer, que ya sabes cómo se pone Dieguito cuando tiene hambre.

Minutos después, apenas se quedaron los tres a solas, Matilde, luego de mirar a Diego con afectuosa sonrisa, continuó:

—El día que Bruny se enteró de que iba a ser madre, no supimos qué hacer. No podíamos intentar ir a buscarte; creo que esa posibilidad ella ni siquiera la pensó. Tú estabas conviviendo con otra mujer, y ella no quería interponerse. De modo que decidió afrontar todo sola. Antes de los cuatro meses, cuando ya no podía ocultar su estado, y con la guerra que asolaba los campos de toda España, decidimos trasladarnos a Braganza. Y así, luego de un largo y arriesgado viaje, llegamos a esta casa. A los pocos días de llegar, las cosas aquí se pusieron también muy mal; sin darnos casi cuenta, esta vivienda se transformó en el refugio de varios guerrilleros que luchaban en las sierras, junto a otros venidos desde Oporto. En esos mismos días, conocimos a uno de sus cabecillas, un español radicado aquí, al que llamaban «el Junco», uno de los más buscados por las tropas francesas que ocupaban esta zona y, al que nosotros dimos cobijo, junto a su familia. A todo esto, aunque sospechábamos que Bruny llevaba en su vientre más de un hijo, nos sorprendimos mucho cuando nacieron niño y niña... ¡tan hermosos! Tras el nacimiento de los gemelos, a los cuatro meses, todos tuvimos que huir de aquí, de manera precipitada. Uno de nuestros contactos nos avisó con el tiempo suficiente que alguien nos había traicionado y que ya un destacamento francés se preparaba para traspasar las puertas de la ciudadela, con la idea de cercar nuestra casa y capturarnos vivos o muertos. De ese modo, después de un largo viaje en el que el Junco, junto a su mujer, y su pequeño hijo..., a más de tres de los guerrilleros (que ahora viven aquí con nosotros), todos ellos, sin importarles exponer sus propias vidas, nos protegieron hasta llegar a Madrid a salvo. Incluso cuidaron de todos los pequeños, sobre todo de los gemelos, para que estos no sufrieran demasiado las fatigas y peripecias de un viaje tan largo, y

tan incómodo. Luego, el Junco se marchó con su familia a Zaragoza y... nunca más supimos nada de ellos. Tiempo después, nosotras nos trasladamos a Aranjuez, a casa de unos amigos italianos que, antes de marcharse a Roma, nos dejaron la llave. Allí yo fingí ser esposa de un famoso afrancesado que estaba en el frente, a la vez que Bruny pasó como la viuda de un teniente francés. Dos veces a la semana, mientras los niños se quedaban con Josefa y otras criadas más, ella y yo continuamos pasándoles a las tropas españolas toda la información secreta que ambas obteníamos durante las reiteradas tertulias a las que asistíamos, como fieles súbditas del rey José. Hasta el momento de conocer a *Monsieur* Gerald Lavigne... y que este descubriera quién era Brunilda, nadie sospechó de nosotras. El día que la apresaron, en noviembre de 1809, Gonzalo... el que ahora es mi marido, y al que ya conocíamos, por suerte se encontraba en Madrid y me ayudó a escapar con los niños. —Al tiempo que se giraba hacia Brunilda, prosiguió—: Lo que viene a continuación es lo que pasamos luego de tu detención. Todos nos escondimos en la casa de los padres de Gonzalo, a las afueras de Burgos..., el veintidós de enero, del año siguiente, en una batalla contra los franceses en la villa de Dueñas, bajo el mando del cura Jerónimo Merino, Gonzalo perdió la pierna. —A la vez que centraba los ojos en Diego, prosiguió—: Mientras él se reponía de su grave herida en Burgos, yo, con la intención de poder verte, y hablar contigo, luego de dejar a los gemelos al cuidado de sus ayas, realicé dos viajes a Cádiz, acompañada del mismo matrimonio de la última vez. Al no poder verte, regresé muy apesadumbrada. Y, cuando Gonzalo al fin se repuso tras un año de pasarlo muy mal y, apenas se me presentó la oportunidad de volver a Cádiz, en compañía de esos mismos amigos que tenían una misión allí, por suerte al fin pude hablar contigo. Luego de nuestro encuentro, regresamos aquí. Bueno, y lo que sigue tú ya lo sabes. —Volviéndose a girar hacia su excuñada, con una afectuosa sonrisa, agregó—: Hace ahora un mes que Gonzalo y yo nos casamos en Braganza.

—¡Oh! Cuán...to, me ale...gro. ¡Fe...lici...dades, Mati! —expresó Brunilda

abrazándola.

Diego, que, durante todo el relato de Matilde había permanecido inmóvil, miró profundamente a Bruny. Luego, con voz rota por la emoción, murmuró:

—Estoy... anonadado, perplejo; me cuesta asimilar todo esto. —Tomándose de la cabeza, prosiguió—: Y yo... que te creía perdida, casada con tu prometido indiano, en el otro continente. Y estabas en España, tan cerca de mí. Y, lo más increíble, siendo madre... de mis hijos, a la vez que sufrías tantas peripecias. ¿Cómo podré hacerte olvidar todo lo que has pasado?

Brunilda, echándose a sus brazos, balbuceó:

—¿Te, pa...rece... poco lo que has hecho por mí? Has arri...esgado dos veces tu vida para sal...varme. Gracias a ti he podido volver a abrazar a... nu...estros hijos. —Acariciándole el rostro, agregó—: ¿Sabes?, pasar por toda esta odisea me ha hecho ser más fuerte, más sabia y... menos sober...bia. Y, mi amor por ti, aun...que... te creía... perdido, ha... ido hacién... dose cada vez más... sólido.

Diego, sumido en una intensa conmoción, como jamás había experimentado, abrazó el talle de Bruny.

—¡Diablos! ¡Soy padre de gemelos! —Prorrumpió exaltado, tal como si le costara creerlo. Luego de mirar a Brunilda con evidente estupor, le dijo—: No sé si eso es hereditario, pero en mi familia ha habido varios nacimientos gemelares, aunque todos de niñas... —Imposibilitado de continuar, en medio de un desgarramiento interior, se abrazó a Bruny.

Seguido a eso, henchido de amor, la besó largamente en los labios. Matilde, con notable emoción, sonrió feliz. Todo había salido bien; después de tantos sufrimientos, Brunilda al fin estaba a salvo, al lado del hombre que amaba y de los hijos de ambos. Lo más gratificante era pensar que ahora ya nada podría impedirles, tejer nuevos proyectos para el futuro.

Secándose los ojos, abrió la puerta del cuarto. Dirigiéndose al salón, exclamó:

—¡Carlos, ven!, ¡Diego y Brunilda tienen algo hermoso que comunicarte!



Gonzalo, echándose a reír a todo pulmón, replicó:

—¡Querida esposa, Carlos ya sabe que Diego es padre de gemelos! ¡Acabo de contárselo... y no veas la cara que se le ha quedado, al pobre! Aún no puede reponerse del impacto. Creo que ahora lo mejor sería brindarles un buen desayuno, porque me temo que con tantas emociones juntas y el estómago vacío, pueden sufrir un colapso.

Matilde, echándose a reír, replicó:

—Ya he dado aviso de que preparen la mesa en el comedor, repleta de todo lo mejor que hay en la casa. Creo que, ante un acontecimiento como este, vale la pena festejarlo llenando los estómagos con deliciosos manjares.

Gonzalo, luego de coger su muleta, a la vez que llegaba hasta ella, agregó entusiasta:

—Y también se merece un buen brindis. Durante la comida descorcharemos varias botellas del Montilla que tengo guardadas.

—¿Las que te regaló el Empecinado que, a su vez, se las robó a un general francés? ¿Las mismas que escondes como un tesoro?, ¿lo dices de verdad?

—¡Claro!, las tenía reservadas para una ocasión especial. Y creo que ese momento tan importante ha llegado.

Esa tarde, Diego, Brunilda y Carlos, luego de haber gozado de un reparador baño, una opípara comida y un bienhechor descanso, acompañados de Gonzalo y Matilde, junto a los demás moradores de la casa —en su mayoría antiguos guerrilleros (muchos de ellos mutilados)—, se hallaban sentados en la sombreada galería, a la vez que degustaban una sabrosa merienda. Mientras, los gemelos, vigilados por sus nodrizas, jugaban sobre dos caballitos mecedores.

Unos minutos antes, los viajeros habían acabado de relatarles, a Matilde y a Gonzalo, la odisea vivida desde el instante en que Diego y Carlos, acompañados de la cuadrilla de valientes hombres, que los siguieron en aquella difícil empresa, salieron de Madrid con el propósito de rescatar a

Brunilda. Asimismo, les contaron toda la pesadilla vivida tras el disparo de *Monsieur Lavigne* en la cara de ella.

Cerca de las ocho y media de la tarde, Diego, apostado junto al marco de la puerta del cuarto de los niños, contemplaba extasiado a Brunilda, que permanecía sentada en medio de las camas de los gemelos —que ya comenzaban a dormirse—, a la vez que los acariciaba pasándoles la mano repetidas veces sobre sus cabecitas.

En ese momento Carlos, en silencio, se acercó a su amigo. Tras palmearle la espalda, objetó:

—Diablos, Diego, aún no logro salir de mi asombro... me parece un sueño. Cuando Gonzalo me contó lo de tus hijos, me quedé mudo, anonadado. No me lo podía creer; ¡eras padre de gemelos, como tus tíos Federico y Ramón! ¡Y tú, ignorándolo todo! Me imagino cómo te habrás quedado al enterarte... así, de golpe.

A la vez que ambos se apartaban de la puerta, Diego, con gesto turbado, expresó:

—Oh, nunca te podrás hacer una idea de lo que sentí. Todo pasó tan rápido que... al momento de verlos, y saber que esos pequeños eran míos... carne de mi carne, me sentí atravesado por varias sensaciones contrapuestas; entre ellas, las ganas de gritar de asombro y de alegría, y también de impotencia al no haber podido estar junto a ellos desde el principio.

—Y no es para menos; esto es algo que nunca... pero nunca nos hubiéramos imaginado. Cuando viste por primera vez a Bruny en la cárcel, ¿no te dijo nada de los niños? ¿Cómo es posible?

—Creo que ella intentó hacerlo —reflexionó Diego—. Pero fui yo el que no le permití hablar de cosas pasadas; es que teníamos tan poco tiempo... Después, luego de ser herida, apenas pudo balbucear, también quiso hacerlo, pero al final... no pudo, o quizás yo no la dejé. —Por unos instantes pareció que los pensamientos de Diego se extraviaran. Seguido a eso, tras unos instantes de vacilación, con visible ansiedad, manifestó—: Te confieso que

ahora estoy mucho más preocupado que antes por el regreso a Cádiz. Será un viaje demasiado largo y muy riesgoso, con dos niños tan pequeños, en estos tiempos tan difíciles. Y eso está causándome...

—Diego... —lo interrumpió Carlos—, no adelantes el carro a los caballos, como siempre haces. Creo que para eso aún tendremos que esperar un largo tiempo más; quizás, hasta que acabe la guerra y que la victoria sea nuestra. —Mirándolo pensativo, prosiguió—: Sería bueno que desde ya nos concienticemos de que... si los franceses logran vencer en estas últimas batallas que se avecinan, se afianzarán del todo en España y, para nosotros será mucho más difícil retornar a nuestra patria. Bueno, a mí, para serte sincero, si no fuera por el amor que siento por tu hermana, no me atrae mucho regresar a sabiendas de que los franceses continúan dueños de todas mis posesiones.

Diego, con aire pesaroso, asintió con la cabeza.

—Créeme que, si yo no tuviera allí a toda mi familia, también desearía lo mismo. Ojalá todo salga bien, ¿sabes? Yo no pierdo las esperanzas de que los franceses al fin acaben por marcharse de nuestra patria. —A continuación, tal como si hablara consigo mismo, agregó—: Si todo ha ido bien, don Miguel ya se habrá encontrado con mi tío, y este no tardará en enviar mi mensaje a Cádiz y, enseguida mi madre se lo transmitirá a mi padre. Mañana mismo les escribiré desde aquí para tranquilizarlos —manifestó Diego.

—Yo también haré lo mismo; y así les comunicaré dónde me encuentro; por lo menos que sepan que estoy bien y a salvo —aclaró Carlos.

Tras quedarse unos instantes pensativo, Diego, con un gesto de amargura, expresó:

—Cuando pienso en el sufrimiento de toda mi familia ante mi prolongada ausencia, el corazón se me contrae de pena. Y eso opaca en parte la felicidad que siento en estos momentos.

Poniéndole la mano en el hombro, Carlos lo consoló:

—Te comprendo; pero justamente ahora vas a tener que pensar solo en el

bienestar de tus hijos y cuidarlos mucho; ya que a partir de hoy, ellos, junto a Bruny, serán lo más importante de tu vida.

—Puedo asegurarte, aunque suene a increíble que... desde esta mañana que descubrí que tengo... dos hijos, de pronto he comenzado a ver al mundo de otra manera. —confesó Diego. Tras una pausa, a la vez que esbozaba una apagada sonrisa, prosiguió—: Por otro lado no hago más que pensar en la cara que pondrán mis padres, cuando se enteren de que son abuelos; ¿te imaginas la sorpresa que se llevarán? ¿Y mis hermanos? ¡Oh!, solo de pensarlo, se me eriza la piel de emoción.

Carlos soltó una animada carcajada.

—Eso sí que será algo digno de ver. A mí también me encantaría estar presente en esos momentos, y observarlos... sobre todo, a Úrsula. —Luego, de una corta pausa, con aire melancólico, expresó—: Y, hablando de ella, ¿sabes una cosa?, a pesar de que en estos últimos tiempos intento no pensar en tu fría e indiferente hermana, no hay día que no la recuerde. A veces sueño que Úrsula, de vez en cuando, también piensa en mí y que incluso me añora... y, por soñar imposibles, asimismo sueño que al fin se ha dado cuenta de que soy el hombre de su vida.

Diego lo miró pensativo. A continuación, tras un gesto consternado, le dijo:

—Ay, amigo, creo que deberías intentar olvidarla. Ella no te merece; ¡demonios!, siempre has tenido tantas mujeres suspirando siempre por ti, a las que tú deliberadamente ahuyentabas, que a veces creo que eres tonto.

—No, Diego, y ahora que tú también estás enamorado de verdad, deberías comprenderme mejor. Es imposible matar un sentimiento que tienes enquistado dentro de ti desde hace tantos años. Ella es el amor de mi vida: ¡la única! Oh, no sabes los intentos que he hecho de sacarla de mi cabeza, y nada. Por desgracia, las veces que estoy frente a otra mujer, lo único que ansío es ver el rostro de Úrsula; porque ella siempre está ahí, martirizándome. Creo que, lamentablemente, ambos envejeceremos solos y juntos... pero por separado.

Pasándole la mano sobre los hombros, Diego, con notable tristeza, le dijo:

—No sabes cómo lamento tu situación de hombre enamorado sin esperanzas. Es increíble pensar que mi hermana sea tan necia y tan obcecada.

No pudieron seguir hablando; en aquel momento, un de los sirvientes les anunció que la cena ya estaba lista.

Esa noche, Diego y Brunilda iban a compartir una habitación cerca del cuarto de los niños. Matilde, luego de entregarle a Diego un candelabro, con cuatro velas encendidas, los acompañó hasta la puerta.

Antes de despedirse, con voz emocionada, les dijo:

—Para mí es como... si ya fuerais marido y mujer; de modo que merecéis dormir juntos, abrazados, en una mullida cama. Y estoy segura de que en esta habitación ambos vais a estar muy bien.

—Sí, es un cuar...to, muy aco...gedor y agra...dable... —silabeó Brunilda con ruborosa sonrisa.

—Era la habitación de mis abuelos que, según me contaban las criadas más viejas de la casa y también mi madre, vivían el uno para el otro. Dicen que se amaron tanto... que, cuando ella murió, él, al poco tiempo, la siguió. De modo que este cuarto está impregnado de cálidos y amorosos sortilegios, además de buenas vibraciones. De niña, cuando venía con mis padres de visita, cada vez que entraba a esta habitación, me parecía entrar a un lugar encantado, habitado por hadas y duendes. Y fijaos la ansiedad y ganas que tenía de que ambos regresarais que, hace ya más de dos semanas, mandé a arreglarlo.

—Gracias por pensar en nosotros —expresó Diego con semblante emocionado—. Puedo asegurarte que dormir aquí... sobre una mullida cama, abrazado a... la mujer de mis sueños, será para mí el placer de los placeres.

A la vez que Bruny bajaba los ojos turbada, Matilde, con una cálida y cómplice sonrisa, apostilló:

—La habitación que Gonzalo y yo ocupamos también es muy bonita con los ventanales al jardín. A mi marido le gusta mucho porque es la más nueva — Dirigiéndose a Brunilda, agregó—: En los armarios, ya os han colocado toda

vuestra ropa; ahí también están los vestidos que dejaste. Y, aunque ya tienen muchos años, todos son bellísimos. Bueno, que tengáis hermosos sueños, todos llenos de amor y de paz. Descansad, sin pensar en nada que no sea vuestra felicidad. Y no os preocupéis por madrugar: nosotros nos ocuparemos de los niños.

—Gracias —dijo Diego. Seguido a eso, en el momento en que ellas acababan de darse el beso de las buenas noches, con los ojos fijos en Matilde, le preguntó—: ¿Es posible que Bruny y yo... podamos casarnos aquí, en un corto tiempo? Bueno, aún no se lo he preguntado a ella, pero creo que me aceptará.

—¡Oh! ¡Claro que sí! —exclamó Matilde riendo alborozada—. ¡Eso sería maravilloso! ¡Una gran alegría! —Mientras los abrazaba, prosiguió—: Mañana mismo podría ir a hablar con el padre Joao, y también con el notario, los mismos que nos casaron a Gonzalo y a mí.

Diego, mientras rodeaba el talle de la sorprendida Bruny, inquirió:

—¿Qué dices a eso?, ¿aceptas ser mi esposa?

—¡Oh, sí! Acep... to, encan...tada —apuntó ella, abrazándose a su cintura. A continuación echándose a reír, agregó—: Pero, recu...erda que seré una novia sin dote... y sin ajuar.

—Oh, por lo primero no te preocupes. En cuanto a eso del ajuar, estoy seguro de que muy pronto tendrás uno bien surtido. —aseguró Diego dándole un beso en la mejilla. Luego, tras pasarle la mano por el talle, añadió—: En estos días le pediré a Gonzalo y a Carlos que me acompañen a Braganza, para comprar los anillos.

Matilde, con los ojos húmedos de lágrimas, se abrazó a ellos.

—Qué feliz me siento —confesó—. No sabéis lo emocionante que será para mí estar presente en la boda de la mejor amiga que alguien pueda tener jamás, a la que considero mi hermana.

—Gracias, Mati, para mi... tam...bién... eres todo eso, y mu... cho más —balbuceó Bruny, emocionada.

Tras secarse los ojos, Matilde apostilló:

—Bueno, ahora os dejo; voy a reunirme con Gonzalo y, de paso, le comunicaré la buena nueva. Y así mañana, todos juntos, empezaremos con los preparativos, y también buscaremos, en tu armario, el vestido más bonito para ese día. ¡Que durmáis bien!

Cuando Diego y Bruny, tomados de la mano, entraron a la habitación, permanecieron unos instantes mirándolo todo con detenimiento. Realmente, la atmósfera de aquel cuarto pareció subyugarlos. A través de las celosías del ventanal, entraba una fresca y perfumada brisa.

En el centro, una ancha y mullida cama de cuatro columnas, con dosel, los esperaba. Luego de dejar el candelabro sobre una mesita, Diego tomó entre sus manos la cara de ella y, con suave entonación, le dijo:

—De nuevo siento como si estuviera soñando. —Mirándola a los ojos, le pidió—: Júrame que nunca, pero nunca, dejarás de amarme.

Ella, tras esbozar una seductora sonrisa, a la vez que levantaba su mano, expresó:

—Lo juro. Aho... ra tú jura... me que, tam...poco, nun...ca, deja... rás de amarme.

Diego la abrazó, atrayéndola junto a su pecho.

—Juro que jamás dejaré de amarte —musitó con voz ronca—. Ya te dije que eres el amor de mi vida; la mujer de mis sueños. Y que lo único que anhelo es envejecer contigo, rodeados de nuestros hijos.

Ella, por toda respuesta, cerró los ojos y se abrazó a su cuello. De pronto, en medio de un sugerente impulso, a la vez que lo besaba en los labios, volvió a enredar su lengua con la suya en un perturbador recorrido. Ante aquella espontánea reacción de ella, la sangre de Diego se inflamó de ansias.

—¡Oh, Bruny! Tu excitante fogosidad me subyuga... enciende todos mis sentidos, como un éxtasis arrollador. Te amo. Te amo con todas mis fuerzas — le susurró, con un apagado gemido de pasión.

A continuación, entre rápidos movimientos comenzó a quitarle la ropa. Cuando la tuvo desnuda ante él, recorrió con sus manos todo su cuerpo.

—No sabes las ganas que tenía de volver a hacer esto... —le susurró—, sentirte así, piel con piel... —Seguido a eso, a la vez que se apartaba de ella, agregó—: Déjame mirarte, quiero que mis ojos, después de tanto tiempo, vuelvan a llenarse de tu seductora y perfecta figura, hasta que esta se quede fija en mi retina.

Ella, a pesar de su sonrojo, asintió con la cabeza. Tras mirarla durante un largo rato, Diego volvió a abrazarla.

—Eres tan hermosa... ni siquiera parece que ya hubieras sido madre —musitó besándola en el cuello. Luego de unos instantes de silencio, con voz sugerente adicionó—: ¿Sabes una cosa?, hace mucho tiempo, antes... de nuestra primera noche de amor, en Madrid, yo ya te había visto desnuda. —Al escuchar aquella confesión, Brunilda lo miró con sorpresa. Él, a la vez que esbozaba una íntima y evocadora sonrisa, prosiguió—: Fue de manera accidental, en Londres. Un día en que yo regresaba de un paseo por los jardines, al llegar a la casa de tus tíos..., desde una de las ventanas de la planta baja, escuché voces y, escondido entre las plantas, me acerqué; de pronto, ante mis ojos surgió tu imagen, completamente... desnuda, chorreando agua mientras la doncellas te ayudaban a secarte. Al verte me quedé petrificado y, por más que intentaba moverme, y echar a correr, no pude. Hasta que por último logré darme vuelta y huir de allí llevándome tu imagen en mi retina...

Sin esperar respuesta, a la vez que Bruny apoyaba con desmayo la cabeza en su hombro, Diego, como si deseara fundirse en ella, la abrazó ciñéndola por las caderas. A continuación le acarició los pechos mientras apretaba, entre sus dedos, los sonrosados pezones para luego succionarlos con sensual avidez.

Sumida en la vorágine de su propio deseo, que parecía consumirla, ella movía sus caderas en lentos contoneos, lo que acrecentaba aún más los anhelos de Diego. Seguido a eso, entre precipitados ademanes él, se desvistió y, levantándola en brazos, la llevó a la cama. De pronto el jerezano, tras



volver a apartarse de ella, se puso de pie.

Luego de correr las cortinas y de apagar dos de las velas del candelabro, se aproximó a un jarrón con flores. Sin dejar de mirarla, comenzó a deshojar sus pétalos sobre la cama.

Mientras Bruny lo contemplaba inmóvil, él regresó a su lado.

—Deseaba crearte una atmósfera puramente sensual —le confesó insinuante—. Porque esta noche, a pesar de que casi no puedo contener mis anhelos, he decidido pensar solo en ti... solo en tu placer, y en hacerte gozar... mucho. —Acariciándole la cara, capturó sus labios con los suyos en un largo beso. Después, junto a su oído, le susurró—: Voy a amarte de una manera que, estoy seguro, nunca... pero nunca, aunque pasen mil años, lo olvidarás...

A continuación, en medio de un tenue murmullo de excitantes palabras de amor, Diego dejó sobre los pechos de Bruny una larga estela de ardientes besos, para enseguida comenzar a bajar. Mientras ella, en su afán de buscar alivio a la aguda sensación que la traspasaba, se arqueó apretándose convulsa contra él.

En ese momento la lengua del jerezano —como un hierro candente— llegó al templo de su feminidad, donde se detuvo un largo rato, hasta arrancar de ella una sucesión de involuntarios jadeos que nublaron su mente, alejándola de todo lo que la rodeaba.

Entonces Diego, a la vez que refrenaba sus propias ansias, en su decisión de aumentar, como un brutal afrodisíaco, la voluptuosidad de Bruny, se esmeró solo en darle placer, excitándola de manera provocativa, llenándose la boca y las manos de ella, hasta elevarla a un indescriptible erotismo en el que creyó volverse loca. Esa noche el jerezano hizo todo cuanto estaba en su mano para atarla a él, con el lazo del amor, la pasión... y de la lujuria.

Y, en el instante en que Brunilda rebasó el último peldaño... el último escalón, que la transportaría hasta el ansiado clímax, Diego soltó las riendas, y fue tras ella.

Al final, cuando la escuchó gemir de exultante gozo, en medio de un

demoledor delirio, él se dejó llevar a la vez que saboreaba, en lo más recóndito de su ser, la felicidad que pretendía capturar y retener para siempre.

Y así, por largas horas, la mantuvo fuera del mundo real: aferrados el uno al otro, en una fusión excitante y, a la vez, perturbadora comunión de espíritus.

Tal como lo había prometido, esa noche Diego, a Bruny, se lo dio todo... y más: se dio a sí mismo.

A la mañana siguiente, cuando la luz del primer rayo del sol —un tanto velado por los traslúcidos cortinados—, dio de lleno en el mullido cobertor, lanzado al suelo por los espasmos amorosos de la pasada noche, Diego contempló a Brunilda, que permanecía de espaldas, muy quieta, con los ojos abiertos, sumida entre una placentera ensoñación mientras recorría con la mirada aquel cuarto saturado de amor, donde ambos, por primera vez habían dormido y despertado juntos... exhaustos, relajados y felices, sobre un mullido y cálido lecho.

En ese momento Diego, con un suave ademán, se inclinó hacia ella y la besó en el rostro. Bruny lo miró ruborosa al tiempo que, con ademán amoroso, tras girarse a él se apretó contra su cuerpo.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Diego, mientras acariciaba su espalda.

—Bien, aún... un poco aton...tada, pero feliz... muy feliz —respondió en medio de una lánguida sonrisa.

—Yo también soy inmensamente feliz —musitó él.

Abrazándose a la cintura de Diego, ella agregó:

—No... he po... dido casi dormir. Lo de anoche, ha sido in... creíble...

Tras besarla en el cuello, él respondió:

—Me alegra oírtelo decir. Te prometo que, si de mí depende, todas nuestras noches serán así.

—Y, si de mí... depen... de, tam...bién —silabeó ella, acariciándole el rostro. Seguido a eso, agregó—: La emo...ción de todo lo... que, ha pa...sado... me tiene con... el alma en vilo. Y no me ha deja... do, sumer... girme en el sueño.

—A mí me ha pasado la mismo. Creo que durante unos días, mientras dure esta tormenta de encontradas emociones que ambos experimentamos, no podremos relajarnos del todo. —Mirándola arrobado, mientras acariciaba, en excitante recorrido su vientre, y sus caderas, continuó—: Me tienes hechizado; contigo he descubierto que el amor verdadero es algo así como morir en uno mismo... para vivir en el ser amado. —A la vez que la apretaba con más fuerza, prosiguió—: Quiero que sepas que dedicaré mi vida a cuidar de ti, protegiéndote incluso con mi propia vida. ¡Oh, soy tan feliz! —Mirándola a los ojos, en un arranque emocionado, exclamó—: ¡Y tenemos dos hijos; fruto de nuestra primera entrega de amor! De verdad, aún no puedo creer que yo sea padre. Esto es algo tan hermoso y tan increíble que me cuesta asimilarlo en su debida magnitud...

—Me alegra mu...cho... com...probar que des...cubrir que eras padre, sin sa...berlo te hace feliz. Es maravi...lloso. —De pronto, con los ojos entrecerrados, en un seductor gesto, ella agregó—: Qui...ero que, sepas que... real...mente, lo vi...vido esta noche, aquí, en este cuarto hechi... zado casi ha opa...cado nuestro primer encu...entro en Madrid. Esto ha sido tan exci...tante, tan único y tan in... creíble... que aún... no puedo de...finirlo. Creo que por unas horas... he estado en el cielo...

Ante las palabras de ella, Diego la miró subyugado.

Mientras saboreaba la sensualidad de lo expresado por Bruny, incapacitado de hablar, cerró sus brazos sobre los pechos de ella, y dejó que sus manos vagaran por sus delicadas formas entre excitantes y lujuriosas caricias.

Tras dos semanas de trámites, en la iglesia de Santa María, de Braganza, junto a las amonestaciones que el padre Joao leía en portugués durante las misas, notificó la próxima unión matrimonial de una pareja compuesta por un español y por una joven nacida en la lejana Prusia. Luego de innumerables averiguaciones a los testigos —dado que los futuros contrayentes ya tenían dos hijos, nacidos fuera del matrimonio—, el veintisiete de julio al fin se llevó a

cabo la boda entre Diego y Brunilda.

La ceremonia, a pesar de que en un principio iba a ser muy íntima, resultó majestuosa. El boca a boca había contribuido a que la romántica historia de los guapos contrayentes extranjeros con ribetes fantásticos se divulgara sin contención.

De ese modo, el templo, de columnas mudéjares, había quedado pequeño para albergar a tantos curiosos. Parecía que la mayoría de los habitantes de pueblos —y aldeas vecinas—, se habían dado cita allí, deseosos de presenciar la sentimental unión de los dos jóvenes amantes —que las trágicas vicisitudes de la guerra había separado—, ahora al fin, luego de cuatro años y de dos hijos en común, iban a consolidar, en sagrado matrimonio, la unión de sus almas.

Diego, vestido con un traje típico de la zona —obsequio de Gonzalo—, permanecía muy quieto, en una gallarda postura. Aunque intentaba mostrarse sereno, sus ojos delataban una gran ansiedad, mezcla de emoción y de alegría, que lo embargaba.

Brunilda, a su lado, enfundada en un vestido de tul y organdí, en color azul claro —que armonizaba con sus ojos—, y, pese a las aún visibles cicatrices que, por suerte, no llegaban a distorsionar el perfecto óvalo de su rostro, lucía preciosa. Matilde y una de las criadas la habían peinado con un atractivo y sentador recogido, del que escapaban varios rizos rebeldes, que culebreaban alrededor de sus oídos y de la nuca, que la mantilla, de traslúcida blanca, apenas lograba ocultar.

Rato después, el sacerdote bendijo las arras matrimoniales —trece monedas de oro y plata que Matilde les había ayudado a conseguir—, que Diego, en ese momento, mientras pronunciaba sus votos, entregó a su flamante esposa. Luego ella, con las mismas palabras de consagración, se las devolvió a él.

Carlos contemplaba a su amigo de la infancia, dándole el sí a Brunilda y jurándole amor eterno, con evidente conmoción, a la vez que sus ojos se llenaban de indiscretas lágrimas.

Tras el sacramento del matrimonio, en una misa de Velación, junto al cambio de anillos, en presencia de todos los testigos —que el notario eclesiástico dejó registrado en los libros parroquiales—, los recién desposados iniciaron la salida de la iglesia.

Los gemelos, ambos vestidos de gala, permanecían sentados, bajo la vigilancia de sus ayas. Antes de que Diego y Bruny llegaran al portal de la iglesia, Matilde les acercó los pequeños para que los abrazaran, en una adorable y emotiva escena de la que todos los presentes, de una manera u otra, participaron.

En el momento de traspasar el hermoso pórtico barroco del templo, Diego y Brunilda, ante un estridente murmullo de voces que no dejaban de incitarlos, se besaron. Seguido a eso, él, acercándose al oído de su esposa, le preguntó:

—¿Eres feliz?

—Oh sí, muy feliz; quizás, dema...siado —susurró ella con una notable mejoría en la dicción—. No cambiaría un solo instante de todo esto, por nada.

—Yo tampoco —acotó Diego, sonriéndole seductor.

Embargada de emoción, Brunilda apretó con fuerzas la mano de su esposo como dándole a entender, sin palabras, lo mucho que lo amaba y confiaba en él.

En la plazoleta de la Iglesia, varios amigos de Gonzalo —muchos de ellos lisiados de guerra—, la mayoría acompañados de sus esposas, esperaban, con festiva ansiedad, la salida de los flamantes esposos.

De ese modo, Diego y Brunilda traspusieron las puertas del templo en medio de estridentes aplausos y hurras, además de una lluvia de pétalos de flores. La fiesta fue apoteótica: Gonzalo y su esposa no escatimaron gastos para que aquel acontecimiento resultara inolvidable.

Esa madrugada, cuando los recién casados se refugiaron en la mágica intimidad de sus aposentos, volvieron a amarse con la misma fogosa pasión de siempre.

Justo cuatro días más tarde, se presentó en casa de Matilde y Gonzalo, un grupo de hombres, mujeres y niños del pueblo que, en medio de gritos vitoreaban a los guerrilleros, además de a los soldados españoles e ingleses que acababan de vencer a los imperiales en la batalla librada en la península ibérica, por tierras de Salamanca.

Según las noticias que llegaban (con bastante retraso), dejaban claro que, dada la superioridad numérica del ejército aliado, a más de la táctica de las tropas británicas, la resistencia empleada por los galos resultó inútil.

Gonzalo, que se encontraba en el patio junto a su mujer, acompañados de Carlos, Diego, Brunilda, y todos los demás habitantes de la casa, apoyándose en su muleta y seguido de su esposa, se dirigió a la entrada de la finca. Allí, tras saludar efusivo al bullanguero grupo de vecinos, con grandes muestras de alegría, prorrumpió:

—¡Aleluya! ¡Pasad!, ¡pasad todos! ¡Vamos a brindar! —Mientras abría el portalón para dejarlos pasar, prosiguió—: ¡Aunque, el miedo no me abandonaba del todo, estaba seguro de que los españoles ganaríamos esa batalla! ¡Caramba, y allí... con toda seguridad, habrán estado mis compañeros de armas, y también muchos de nuestros amigos! ¡Ojalá que a ninguno de ellos les haya ocurrido nada irreparable!

Al llegar al patio de la casa, a la vez que los sirvientes sacaban bancos y sillas para los recién llegados, uno de los hombres de Gonzalo les preguntó:

—Pero... ¿sabéis algo de Madrid? El rey José, ¿aún está allí, sentadito en su trono?

—¡Eso no lo sabemos a ciencia cierta! —respondió uno de ellos—. ¡Pero creemos que, si no se ha marchado ya, muy pronto se verá obligado a hacer las maletas!

Matilde, abrazándose a su marido, con visible emoción, exclamó:

—¡Amor mío, si esto que aseguran es verdad, por lo menos sabremos que no perdiste tu pierna en vano!

Enseguida comenzaron a escucharse entusiasmados gritos:

—¡Viva España y el general Vellesley! ¡Vivan los guerrilleros! ¡Viva Juan Martín «el Empecinado»! ¡Y viva Gonzalo Ferreira, que luchó enconadamente junto al Padre Merino para contribuir a lograr esta victoria!

Diego, mientras tomaba a Bruny de la cintura, acercándose a su oído, le dijo:

—Es una noticia maravillosa. Estoy seguro de que muy pronto podremos iniciar el ansiado viaje a Cádiz junto a nuestros hijos. Oh, cuando mis padres nos vean llegar y se den cuenta de que son abuelos, se quedarán de piedra.

—Ojalá me acepten —apuntó ella.

—Eso no lo dudes —afirmó Diego—. Claro que, en un principio, a toda mi familia les costará creer que tengo esposa e hijos. Pero, luego de la impresión, se pondrán muy contentos. —Besándola cariñoso en la cara, añadió—: Y enseguida todos te adorarán, ya lo verás.

Unos metros más atrás, a la vez que la algazara por momentos los

ensordecía, Carlos, acercándose a ellos, exclamó:

—¿Os dais cuenta? Ahora, con esta victoria española, puede que acabemos por ganar esta guerra. Y al fin, podremos regresar a casa.

Diego mirándolo expectante, apostilló:

—Eso mismo estaba diciéndole a Bruny. —Tras permanecer unos instantes absorto, comentó—: Espero que las dos cartas que envié a Cádiz hayan llegado ya. Y que mi familia al menos sepa que estamos a salvo.

—Yo también espero lo mismo —concordó Carlos.

—De todas maneras volveré a escribirles —acotó Diego.

—¿No les anunciarás a tus padres que son abuelos, nada menos que de gemelos? —inquirió Carlos en tono de chanza.

—Oh, no, ya te dije que quiero estar presente cuando lo descubran, y ver la cara de sorpresa que pondrán —respondió Diego mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Bruny.

Cerca de ellos, en medio de un descomunal bullicio, la gente brindaba con entusiasmo por la victoriosa batalla de Salamanca, ilusionados ante la posibilidad de que muy pronto España sería libre de la tiranía de Napoleón Bonaparte.

Los festejos se alargaron hasta altas horas de la noche, en las que no faltó el buen vino, la buena comida y la música, además de una emotiva hermandad de la que todos participaron.

Veinte días después, desde tierras salamantinas llegó un pequeño grupo de guerrilleros, compañeros de Gonzalo —sobrevivientes de la última batalla— y, pese a que varios de ellos estaban heridos, todos se mostraban animados.

Los relatos del cruento combate ponían los pelos de punta; no obstante, con solo saber que habían derrotado a los ejércitos más aguerridos del mundo, en el espíritu de los íberos, aquello representaba la mejor de las noticias. Y, llenos de buenos deseos, se daban mutuamente ánimos para lograr recuperar sus vidas, en la paz de sus hogares, junto al amparo y cariño de las familias.

Pletóricos de emoción, todos los españoles residentes en Braganza



festejaban la huida de las tropas francesas que, tras ser derrotadas en la batalla de Salamanca —que ya comenzaban a llamar «de los Arapiles»—, iban retirándose de la Península por las montañas del norte. Además de eso, según las noticias que llegaban, estas aseguraban que el rey José Bonaparte también iniciaba su precipitada huida.

Y de pronto, unos pocos días después, llegó a Braganza la maravillosa noticia de que el día veinticinco de agosto, después de 30 meses de enconado desgaste, se había puesto fin al asedio de Cádiz —el más largo de las campañas de Napoleón—, lo que motivó la exultante alegría de los jerezanos.

Para celebrar ese esperado acontecimiento, Gonzalo programó una gran fiesta.

En el transcurso de aquel largo verano, Brunilda acabó de restablecerse del todo; incluso las cicatrices de su cara, aunque no desaparecieron, iban haciéndose más imperceptibles. También su dominio del vocablo resultaba casi perfecto.

Rebosante de felicidad, ayudada por su esposo, se dedicaba de lleno al cuidado de los gemelos en casi todas sus necesidades. Muchas veces, al ver a Diego abrazar y mimar a los pequeños, en medio de divertidos juegos, cánticos y festivos relatos, sentía que la emoción le llenaba los ojos de lágrimas.

Al fin había logrado encontrar la paz de su espíritu, junto a una felicidad de la que nunca pensó podría llegar a gozar, tras la trágica pérdida de su familia. Y toda aquella bienhechora exaltación —que ahora la embargaba— venía de la mano del hombre que era su marido, el padre de sus hijos, a quien amaba con toda su alma. El que nunca dudó en exponer su integridad para salvarla... cuando ella más lo necesitaba. El mismo hombre que noche a noche la elevaba a la cúspide del placer más absoluto.

Durante el tiempo que siguió, incluso desde los primeros días de su llegada allí, Diego y Carlos se habían esmerado en ayudar a Gonzalo —codo a codo

con sus peones—, en los quehaceres de toda la finca, que incluía segar los campos y dejar la tierra bien arada para la próxima siembra, y también en la dehesa, en el cuidado de los animales.

En aquellos apacibles días, muchas veces Brunilda, Diego y sus hijos, acompañados de Carlos, Matilde y Gonzalo, salían de excursión a los hermosos bosques de Trás-os-Montes, pertenecientes a la aldea de Montesinho donde, a más de recoger frutos, entre madroños, fresas arándanos y frambuesas, solían gozar de comidas campestres mientras los niños, vigilados por sus ayas, se divertían en medio de juegos y correteos.

Los domingos, luego de asistir a misa todos juntos, daban largos paseos por la ciudad de Braganza, además de largas caminatas, hasta los alrededores del castillo. Las acciones de la guerra de la península ibérica, aunque un poco retrasadas, seguían llegando sin interrupción, por lo general, bastante alentadoras.

Hasta que un día... de pronto, a finales de octubre, todos parecieron dejar de respirar. Las gacetillas daban cuenta de que el día veintiuno, el general Wellesley y sus huestes sufrieron una estrepitosa derrota en Burgos, lo que supuso la inmediata reactivación ofensiva de los franceses.

Ese aplastante desastre volvió a llenar de tristeza y desaliento a todos los españoles, lo que daba a entender que los galos seguían decididos a adueñarse de España, de la manera que fuera.

Unos días después, se supo que la contraofensiva de los ejércitos napoleónicos había obligado a retirarse de Madrid al general Wellesley junto a todo su batallón. A finales de ese mismo mes, Diego recibió una carta de su madre, en respuesta a la que él le había enviado apenas llegados a Braganza. Al leerla se quedó consternado: su hermano Ignacio, a comienzos de julio, se había enrolado en el ejército para marchar a tierras de Salamanca.

Con expresión atormentada, a la vez que miraba a Bruny y a Carlos, murmuró:

—¡Dios mío!, me imagino cómo estarán de preocupados, sobre todo, mi

madre que tanto terror sentía de que otro de sus hijos marchara a un campo de batalla. Y ahora, yo aquí... y mi hermano menor en la guerra. Espero que a estas fechas Ignacio ya esté de regreso en casa, sano y salvo.

Brunilda, sin palabras, se abrazó a su cintura. Carlos, poniéndole la mano sobre el hombro, con grave expresión, apostilló:

—Seguro que.. todo habrá ido bien.

Diego, dirigiéndose hacia él, acotó:

—Según mi madre, en el momento de enviar esta carta, las cosas en Jerez continuaban igual. Pero claro, por la fecha de la carta, cuando la envió, nuestra ciudad aún seguía en poder de los franceses. —Sin esperar respuesta, con alicaído ánimo, añadió—: Hoy mismo les escribiré anunciándoles que, posiblemente a comienzos de verano... si todo va bien, intentaremos iniciar el regreso a casa.

Al llegar diciembre, las noticias que comenzaron a llegar a Braganza fueron aún más sombrías y preocupantes. En la batalla de Somosierra, los franceses volvieron a derrotar al ejército angloespañol. Y, tras la salida de los aliados de Madrid, el rey José I de nuevo estaba sentado en el trono de España.

En muy poco tiempo, la mayoría de todas las plazas volvieron a estar dominadas por el ejército galo. Ante aquella caótica situación, los españoles, embargados de angustia y aflicción, se preguntaban cómo era posible aquello. ¿Es que... nunca se verían libres de la tiranía de Francia?

Diego y Carlos, profundamente abatidos, se miraban con visible consternación dándose cuenta de que todo eso entorpecía sus planes del regreso a Cádiz. Carlos, a la vez que suspiraba desalentado, murmuró:

—Ojalá que al menos no intenten volver a invadir el sur.

—Esperemos que no. Porque, si eso llegara a suceder, sería algo catastrófico —aseveró Diego mientras apretaba los puños.

Días más tarde, durante una reunión en casa de Gonzalo y Matilde —junto a varios amigos y vecinos, la mayoría de ellos, españoles—, mientras charlaban

y cambiaban opiniones sobre las últimas noticias llegadas desde la península, uno de los visitantes, a la vez que se ponía de pie, con gesto airado, prorrumpió:

—¡Bueno, y ya lo ven, camaradas!, ¡los meses y los años pasan; la gente muere, los niños nacen... y los franceses, siempre se van para volver! Y ahora aseguran que la culpa de todo la tiene el Wellesley ese que, por muy general inglés que sea, hay que ver la que ha liado el señorito!

—Es verdad, ¿cuántas veces los españoles hemos visto entrar, y salir... y volver a entrar y volver a salir de Madrid a nuestro rey impostor? —cuestionó otro de los presentes—. ¿Recordáis la batalla de Bailén? Cuando acabó... todos derretidos de orgullo y de placer, gritábamos: «¡Gracias a Dios que se han marchado! ¡Quizás ahora ya no se atreverán a volver!». Pero, apenas nos dimos cuenta, ¡zas!, aparecieron de nuevo y, con más bríos aún, capitaneados por el mismísimo Emperador en persona. Luego, tras la batalla de Salamanca de ese año, rebosantes de alegría, volvimos a aclamar: «¡Hurra!, ¡por fin ya se acabó todo!». ¡Y los franceses salían por un lado... y los ingleses entraban por el otro! ¿Y qué tenemos ahora?, de nuevo sentado en el trono al señor don «Pepe Botellas». Y así, por cinco largos años. Es que esto ya no se puede creer...

—Tiene usted toda la razón, don Serafín. Esto ya parece el escenario de una obra de teatro, muy... pero muy larga, y muy... pero muy mala, por cierto. —comparó el primero de ellos, con malquistado semblante.

—¡Ni que lo dude, don Bastián! Tal como usted lo ha dicho: es una verdadera tragicomedia, demasiado extensa en el tiempo. Y todos estamos ya hartos de tantas salidas y entradas de esos señores que no acaban de decidirse volver a sus casas, de donde no tendrían que haber salido nunca.

—¡Por favor! ¡Calma, no nos amarguemos de antemano! —exclamó Gonzalo, en un intento de apaciguar los ánimos de sus camaradas—. La guerra aún no ha acabado, y yo, estoy seguro de que don José Bonaparte no tardará mucho en salir definitivamente de Madrid, para nunca más regresar. Ya lo verán...

Matilde, que permanecía junto a Bruny, dirigiéndose al grupo de hombres, añadió:

—Ahora, tal como dice mi marido, lo importante es tener fe en que esta pesadilla que sufrimos todos los españoles se acabe para siempre. Y, con la idea de tranquilizarnos todos, bueno... más que nada, para relajarnos, y dejar de pensar en cosas tristes, ahora vamos a esperar la llegada de las fiestas de fin de año, con alegría y esperanzas. Y para eso haremos un gran Belén, con muchos regalos y mucha comida, para que todos nos sintamos felices. ¿Qué os parece?

—Sí, eso será estupendo —afirmó Bruny mientras, junto a los niños, comenzó a aplaudir las palabras de Matilde.

En medio de esos tristes acontecimientos, finalizó 1812. Matilde y Brunilda, deseosas de que la desmoralizadoras noticias que venían desde España no empañaran la magia de la Navidad, llenas de entusiasmo —ayudadas por las criadas de la casa y por los demás trabajadores—, armaron un gran pesebre con adornos de cerámica y plantas de acebo, además de coloridas velas, campanas y coronas de muérdago, junto a infinidad de ángeles que hicieron la delicia de los más pequeños.

Esa Nochebuena todos asistieron a la vigilia nocturna de la Misa del Gallo, donde rezaron para que muy pronto llegara la definitiva paz al país vecino.

Al día siguiente, Gonzalo y Matilde, junto a todos los moradores de la casa, compartieron un gran almuerzo de Navidad. A pedido de las mujeres, se prohibió hablar de la guerra. Pese a las adversas noticias que día a día, venían desde España, Diego pasó las primeras Navidades junto a Bruny y los gemelos, pletórico de dicha, sintiéndose el hombre más feliz que pisaba la Tierra.

Por su parte, Carlos, con su característico buen humor —aunque un tanto nostálgico—, se mostró comunicativo y parlanchín, mientras participaba de todas las conversaciones, incluso organizándoles a los gemelos, y a los demás niños, divertidos juegos.

Una semana después, al llegar la Nochevieja, la casa de Matilde y Gonzalo volvió a llenarse de gente en una agradable cena, para recibir el nuevo año. Desde muy temprano, tanto los niños como los mayores gozaron de los numerosos actos y pasatiempos que las mujeres de la casa habían organizado, como la *Gallinita Ciega*, divertidas charadas y la *Búsqueda del Tesoro*, además, de títeres y juegos infantiles.

1813 llegó lleno de interrogantes.

Con la esperanza de que las cosas en España no empeoraran, al comienzo del mes de febrero, Diego y Carlos, aunque sin fijar una fecha definida, volvieron a reanudar la planificación para el regreso a Cádiz.

Gonzalo les regaló un viejo carruaje —que él mismo ayudó a arreglar para dejarlo en magníficas condiciones—; también les ofreció cuatro de sus mejores caballos de tiro. El coche tenía los asientos forrados de felpa de Burdeos y, pese al largo tiempo pasado a la intemperie, aún se conservaba en perfectas condiciones.

A pesar de que los jerezanos comprendían que ese largo viaje sería una empresa muy difícil, sobre todo por los niños —y también por la enrevesada situación que se vivía en España—, los deseos de Diego de retornar al hogar cada vez se hacían más fuertes.

Brunilda, al ver la ansiedad reflejada en el rostro de su esposo —ante los deseos de volver junto a su familia—, pese a que ella experimentaba un cierto temor, lo animaba, mostrándose entusiasta, incluso augurándole que los niños soportarían muy bien el largo trayecto.

Al fin, unas semanas después, fijaron una fecha: si nada lo impedía y, sobre todo si la situación de España no se agravaba, intentarían partir a finales de mayo, el mes de las flores.

Gonzalo consultó con un amigo cartógrafo, muy experimentado en viajes, quien se ofreció para hacerle un itinerario con el menor riesgo posible. Durante una tranquila sobremesa, Gonzalo, a la vez que señalaba un mapa, les

dijo:

—Hasta Cádiz tenéis más de setecientos cincuenta kilómetros. Si vais hasta Alcántara, por estos caminos marcados aquí, desde allí, podréis seguir a Badajoz, pasando por Zafra y Guadalcanal hasta Sevilla... y allí, ya casi estaréis en vuestra casa, ¿Qué os parece? —preguntó con los ojos fijos en los jerezanos.

—Me parece perfecto —respondió Diego con una sonrisa.

—Repito lo mismo —agregó Carlos entusiasta.

Al finalizar el mes de marzo, los nuevos sucesos que comenzaron llegar sobre la situación en la península ibérica, aunque tímidamente, incitaron a levantar de nuevo, y con más bríos, el ánimo de todos los españoles residentes en Braganza.

El ejército español sin doblegarse, al mando de Juan Martín «el Empecinado», había logrado hacer frente a los constantes embates del general Hugo, que se hallaba acuartelado en Guadalajara, con más de diez mil hombres.

A partir de ahí... las noticias que día a día traspasaban la frontera volvieron a ser todas beneficiosas para la Península Ibérica, lo que motivó la algarabía de los residentes españoles.

Matilde, aunque con lágrimas en los ojos al pensar en la pronta e irremediable partida de Bruny y de los gemelos, iba preparándoles, para el largo viaje, a más de ropa, potes de conservas entre de frutas y legumbres, junto a una gran cantidad de higos secos, almendras, avellanas y nueces.

Lo que a Matilde más le angustiaba era pensar en lo silenciosa y triste que se quedaría aquella vieja casona sin la presencia de los niños, a los que tan apegada estaba.

Josefa, una de las nurses —viuda de un combatiente español—, la misma que cuidaba de los gemelos desde que estos habían nacido, a pesar de que hacía ya mucho tiempo que estaba fuera de España, se ofreció a acompañarlos para continuar como niñera de los pequeños, en el nuevo hogar de Cádiz.

Bruny, con lágrimas en los ojos y muestras de emoción, se lo agradeció dándole un fuerte abrazo.

Lamentablemente, durante el mes de abril y mayo, el tiempo se puso muy malo con interminables días de lluvia, hasta transformar los caminos en lodazales intransitables. Para peor, los rumores de otra nueva batalla en tierras del norte mantenía a todos muy nerviosos y preocupados mientras esperaban recibir más informaciones.

A finales de junio de 1813, de manera imprevista, llegó a Braganza la maravillosa noticia de que el día veintiuno de ese mes, en la ciudad de Victoria, se había librado una feroz contienda en la que el ejército angloespañol, comandado por Wellesley, derrotó, de manera definitiva —según aseguraban los pregoneros—, a los franceses.

En la finca de Gonzalo y Matilde, aquello fue festejado a lo grande, con otra nueva fiesta. Una semana después, los jerezanos se prepararon para el regreso a Cádiz.

La mañana del doce de julio, Diego, Carlos, Brunilda y los niños, acompañados de su aya, a más de cuatro palafreneros españoles —que gustosos accedieron a viajar hacia Andalucía—, ya estaban listos para partir.

Mientras las criadas organizaban los últimos envoltorios de alimentos, Brunilda, con el rostro congestionado de tanto aguantar las ganas de echarse a llorar, se abrazó a la que había sido su cuñada. Con voz rota, le dijo:

—Espero... que, no tardemos mucho en volver a vernos.

—Ay, yo también espero lo mismo... —repuso Matilde, con semblante triste en medio de un hondo suspiro, a punto de soltar el llanto—. Apenas esta guerra acabe del todo, nosotros tenemos pensado regresar a Burgos; una vez allí, será mucho más fácil visitarnos. Diego ya nos ha dado la dirección de su casa en Jerez, y también la de su tía en Cádiz.

Tras unos instantes de silencio, Brunilda, con voz rota, exclamó:

—Oh, Mati, de verdad, siento tanta pena de tener que abandonar esta casa,



este hermoso refugio. Los últimos tiempos aquí, junto a Diego y mis hijos, he sido tan feliz...

—Y allí seguirás siéndolo; de eso no me caben dudas.

Bruny, mirándola con un cierto dejo de preocupación, le confesó:

—Es que tengo miedo. No sé cómo me recibirán en Cádiz porque, aunque él diga lo contrario, puede suceder que yo no sea bienvenida.

—Por favor... —le cortó Matilde—, no dejes que tu cabeza se llene de pensamientos negativos; estoy segura de que te recibirán con los brazos abiertos. Ya verás cómo, cuando la familia de tu marido te conozca y vean a los gemelos, no podrán resistirse a ellos, ni a ti... —De pronto Matilde se derrumbó. Abrazándose a Bruny, rompió a llorar —¡Oh!, no sabes cómo estoy, cómo me siento; intento mantenerme serena, pero ya no puedo más. Sé que va a costarme mucho soportar la ausencia de los niños, que son como mis propios hijos.

—Te comprendo, querida Mati, y de verdad, lo siento. Nunca acabaré de agradecerte todo lo que hiciste por ellos y por mí —sollozó Brunilda. Con evidente nerviosismo prosiguió—: No sabes cómo me encantaría no tener que marcharme de tu lado, ni dejar este hermoso pueblo en el que tan bien me siento. Pero ya ves, no tengo otra opción que la de seguir a mi esposo e irme con él a su tierra.

—Claro, y ese es tu deber de esposa y, sobre todo, de madre. Porque ahora tienes que pensar también en el futuro y bienestar de tus hijos. Allí en Cádiz os espera a todos una buena vida, llena de privilegios y oportunidades. — Matilde estableció una corta pausa para secar sus ojos. A continuación, luego de fijar la mirada en Bruny, con expresión un tanto inquieta, adicionó—: Hay algo que deseaba confesarte: aunque aún no estoy segura del todo, creo que... estoy encinta. Llevo casi cuatro meses de retraso. ¿Te imaginas la terrible desazón a la que estoy sujeta? La incertidumbre me tiene en un sinvivir. Perdona que no te lo haya dicho hasta ahora.

Ante aquella revelación, Brunilda abrió la boca en actitud sorprendida.

—Oh, Mati. Eso es... lo más hermoso que podía pasarte —prorrumpió, sonriéndole emocionada. Seguido a eso, luego de abrazarla con fuerzas, agregó—: Ay, de verdad, no sé qué decir; solo que... estoy muy feliz. Nadie más que yo sabe lo mucho que deseas ser madre.

—Sí; cuando me casé con tu hermano, quise quedarme encinta de inmediato. Muchas veces, junto a tu madre, ambas llenas de ilusión, hacíamos proyectos para cuando llegaran los hijos. Sandro y yo teníamos muchos deseos de ser padres; pero, justo cuando aún no llevábamos ocho meses de casados, lo mataron... lo asesinaron. —acabó con apenas un hilo de voz.

—Mati, no recordemos cosas tristes, por favor... —le pidió Bruny abrazándola—. Ambas debemos olvidar el sufrimiento que pasamos durante aquellos tiempos. ¿Recuerdas que eso mismo era lo que tú siempre me aconsejabas a un principio? —A la vez que esbozaba una cálida sonrisa, apostilló—: A ver, ahora cuéntame: ¿qué dice Gonzalo de esta magnífica noticia?

Matilde, con una mueca de ansiedad, respondió:

—Es que... aún no se lo he dicho; quiero estar completamente segura. Hace unos pocos meses, tuve dos faltas, y ambos nos ilusionamos inútilmente. Y no quiero volver a pasar por otra nueva decepción. Pero claro, ahora son... ¡casi cuatro! Y además, siento muchas cosas raras, dentro de mí, tales como náuseas y... ¡Oh!, es que, aunque intento no hacerme ilusiones, no puedo evitarlo. Dentro de unos días me verá la comadrona del pueblo y, cuando tenga la certeza, le comunicaré a mi marido la buena nueva.

—Ah, me habría gustado mucho ver la cara que pondrá... —exclamó Bruny—. ¡Ay, Mati! Bueno, al menos me voy un poco más feliz, al pensar en tu futura maternidad. Apenas lleguemos, te escribiré y así tú enseguida, me contarás cómo ha ido todo.

—Sí, no te preocupes —aseguró Matilde, pasándose las manos sobre el vientre. Con emocionado gesto, agregó—: Estoy segura de que, en cuanto la comadrona certifique mis sospechas, la vida de Gonzalo y la mía dará un

vuelco; al fin podremos olvidar la tristeza de estos últimos años, sumidos en esta corrosiva guerra.

—Sí, será algo maravilloso... —repuso Brunilda volviéndola a abrazar.

A continuación, tras quedarse unos instantes pensativa, con mirada cariñosa y a la vez triste, Matilde le pidió:

—Por favor, Bruny, cuida de los niños y, sobre todo, procura ser feliz, solo feliz; tienes un hombre que te quiere de una manera increíble y dos hermosos hijos. Y ahora tendrás también un nuevo hogar y una nueva familia. —En ese momento, desde el salón de entrada se escucharon voces. Matilde, limpiándose las lágrimas, se acercó a una gran cesta, y añadió—: Bueno, aquí tienes suficiente comida para los dos o tres próximos días, entre huevos hervidos, frutas y verduras frescas. Además de rosquillas, torrijas, magdalenas y pan recién horneado que, aunque se ponga duro, igual podréis comer. En los demás fardos os hemos puesto los alimentos perecederos entre conservas de hortalizas, garbanzos y lentejas, además de frutas del bosque y mazapán, que a los niños les encanta. Junto a potes de miel, mermeladas y frutos secos que, estoy segura, os alcanzará casi hasta llegar a Cádiz. En cada pueblo que lleguéis para dormir, busca leche fresca para los niños; creo que aún quedarán en España algunas vacas, ovejas o cabras.

—Espero que sí. Gracias por todo, Mati; de verdad, os estoy muy agradecida. Te deseo todo lo mejor de este mundo junto a Gonzalo. Y ya sabes, escíbeme para contarme cómo va todo.

En ese momento hicieron su aparición los gemelos de la mano de una de sus niñeras. Matilde, ahogada por las lágrimas, los abrazó con fuerzas. Dos horas después, tras las emotivas despedidas, deseándoles mucha suerte en medio de repetidos consejos, además del llanto de todos los habitantes de la casona — que les auguraban un buen viaje—, ante la firme orden de Diego, dirigida a los cuatro caballos, el carruaje se puso en marcha.

Junto al portalón de la finca, Gonzalo, apoyado con un brazo en su muleta, y con el otro en el hombro de su esposa, les gritó:

—¡Buen viaje! ¡Que los vientos os sean favorables en todo momento!

Seguido a eso, en medio de una nube de polvo, poco a poco el carruaje se perdió en el horizonte.

*Entre la incertidumbre y el abatimiento*

*Cádiz, julio de 1812*

Un tiempo después de la partida de Diego y Carlos, la familia Ibáñez se encontraba inmersa en una dolorosa situación. Aunque hacía ya dos meses que por una carta del tío Benito sabían que los viajeros estaban a salvo en Portugal, tanto doña Clemencia como don Pedro se hallaban afectados por la inquietud y por el desconsuelo. Para empeorar todo aún más, Ignacio, el benjamín de la casa, se hallaba en Salamanca, enrolado en las filas del general inglés Arthur Wellesley que, en fusión con los españoles, en esos días estaban inmersos en una sangrienta, y decisiva, batalla contra los ejércitos napoleónicos.

Durante los últimos meses, tanto en Jerez como en El Bosque, y en Arcos de la Frontera (entre muchas otras ciudades), ante el constante accionar de las innumerables partidas de rebeldes y guerrilleros —a más de los propios vecinos—, la situación de los pobladores con las autoridades francesas cada vez se ponía más tensa y complicada.

De ese modo quedó totalmente prohibida la entrada y salida de muchos ciudadanos, entre ellos don Pedro Ibáñez.

Por suerte, Cayetano, el exviñador amigo de Diego, de manera invariable —mientras seguía jugándose la vida con sus sigilosos traslados de Jerez a Cádiz— siempre les llevaba y les traía mensajes.

Ese mediodía, unas de las doncellas de Natalia le entregó a doña Clemencia una carta. Al ver la dirección, se quedó atónita; al instante, con esta en la mano, corrió al encuentro de sus hijas y hermana, que se hallaban sentadas en

la glorieta del jardín. Al llegar, casi sin aliento, a la vez que les mostraba el sobre, dominada por los nervios, exclamó:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Es de Diego: me la acaban de entregar!

De inmediato todas la rodearon.

—Clemen, pero ¿qué esperas para leerla? —urgió Natalia, al ver que su hermana se quedaba inmovilizada.

—Es que... tengo miedo —confesó doña Clemencia.

—Vamos, madre, ¿miedo de qué? Esa es la letra de mi hermano, ¿verdad?, entonces eso quiere decir que él se encuentra bien —la tranquilizó Úrsula, acercándose a ella. Al ver la nerviosa expresión de su madre, inquirió—: ¿quiere que la lea yo?

Luego de negar con la cabeza, tras aspirar una bocanada de aire, la señora Ibáñez, con manos temblorosas rompió el lacre del sobre. Tras desplegar la carta, comenzó a leer:

«Querida y añorada familia. Espero que, al llegar esta carta a vuestras manos, os encontréis todos bien, sobre todo mi padre allí en Jerez. Ignoro si al fin el tío Benito pudo enviar a Cádiz noticias nuestras. Por eso quiero que todos sepáis que tanto Carlos como yo nos encontramos, aunque un poco preocupados por la situación de España, muy bien y a salvo, en casa de unos amigos, que viven en la ciudad de Braganza, Portugal, mientras esperamos a que la situación de la patria mejore; para así poder regresar sin problemas. Aquí, por suerte, ya no quedan soldados franceses a los que abatir; ojalá muy pronto podamos decir lo mismo de España. Querida madre y querido padre, los extraño mucho y ruego a Dios para que, muy pronto, todos podamos volver a abrazarnos. Muchos besos a mis hermanos y a las tías Nati y Carmen. Por favor, que mi padre traslade a Jerez mis cariños a Pastora, don Sancho y a Gustavo, junto a toda su familia. Madre, si desea escribirme, puede hacerlo a esta dirección; realmente me dará mucha alegría recibir noticias de allí. Carlos les envía muchos cariños a todos».

Al término de aquella lectura, todas permanecieron en silencio, mirándose

con visible emoción. Hasta que doña Clemencia, tras un sollozo, se abrazó a su hermana. Seguido a eso, Úrsula y Gertrudis se unieron a ellas. Natalia, luego de elevar los ojos al cielo, murmuró:

—De modo que era verdad; ambos se encuentran en Portugal. Bueno, ahora al menos, sabemos que, gracias a Dios, tanto él como Carlos están bien.

—Pero es que... ni siquiera nos dicen por qué están allí, ni qué clase de misión los ha llevado a tener que salir de España —se quejó doña Clemencia secándose los ojos.

Gertrudis, tomándola de los hombros, le dijo:

—Madre, las misiones secretas no se divulgan, ni siquiera entre la familia.

—Claro, Clemen —coincidió su hermana, abrazándola—. Quédate tranquila.

—Sí, claro que me quedo un poco más tranquila. No puedo negar que esta carta ha calmado bastante mi ansiedad y mi preocupación. Pero, por otro lado, sufro mucho por Ignacio, del que no sabemos nada.

—Estoy segura de que él también se encuentra perfectamente —volvió a tranquilizarla Gertrudis. Con un mohín de tristeza, añadió—: Yo tampoco tengo noticias de Wilbur; pero en estos últimos tiempos me he propuesto pensar que se encuentra a salvo. Y que siempre piensa en mí, como yo pienso en él. En su última carta me contaba que aún seguía a las órdenes del general Wellesley y que marchaban hacia Salamanca. De modo que es muy posible que Ignacio y él estén juntos.

Natalia, a la vez que abrazaba a su hermana, le pidió:

—Por favor, Clemen, no sufras tanto, que al final terminarás por enfermar.

—Lo intento. Créeme que lo intento, pero es que no puedo tranquilizarme del todo. Dentro de mí, la incertidumbre y el abatimiento no me abandonan. Para peor, hace ya casi tres meses que no viene Pedro.

Úrsula, con alicaído gesto, se le acercó; tras secarle las lágrimas con su pañuelo, la consoló:

—Todos la comprendemos, madre; pero usted ya sabe que la situación de Jerez, con tantos sabotajes y asaltos a los franceses por parte de los

garrochistas, de los patriotas sublevados y demás partidas de guerrilleros, se ha puesto muy complicada, por lo que las autoridades galas continúan sin dejar salir ni entrar a nadie. No obstante, Cayetano, cada vez que puede burlar la vigilancia, siempre nos trae noticias. Y por él sabemos que, dentro de todo, nuestro padre está muy bien.

Doña Clemencia, con una sonrisa apagada, asintió con la cabeza. A continuación, tras ponerse de pie, informó:

—Voy a responder esta carta de inmediato; de paso le comunicaré a Diego que su hermano al fin se salió con la suya y ahora está metido en medio de una batalla. Y que no sabemos nada de él... —acabó, con apenas un hilo de voz.

—Pero, por favor, intente no preocuparlo mucho —le pidió Úrsula.

Sin agregar nada más, recogiendo las faldas, doña Clemencia se marchó de allí.

Durante esos últimos tiempos, aunque la falta de noticias de su prometido, a Gertrudis, le provocaban un gran tormento llenándola de ansiedad, como bien lo había dicho ella, en esos últimos tiempos se esforzaba en pensar que, de una manera o de otra, apenas aquella batalla en tierras de Salamanca acabara, lo vería regresar sano y salvo.

Por su parte, Úrsula, desde el mismo momento de abandonar su casa de Jerez, en febrero de 1810, sin que nadie lo sospechara, había comenzado a pensar en Carlos Temple de una manera inusual, incluso soñándolo de forma repetitiva en situaciones muy íntimas. Y todo eso comenzaba a provocarle una cierta inquietud.

Hasta que una mañana, al despertar de un romántico y voluptuoso sueño, en el que Carlos era la otra parte, ella misma se cuestionó: «¿Estaré enamorándome de él, después de haberlo rechazado tantas... y tantas veces? Pero es absurdo; ¿cómo puede estar pasándome algo así?».

De pronto, a su mente vino el recuerdo de la última vez que ambos se vieron en aquella tarde de primeros de febrero, un poco antes de partir a Cádiz junto

a su madre y hermanos —ante la inminente ocupación francesa a Jerez—. Ese día, mientras ella, acompañada de una de las doncellas, cruzaba el patio de su finca en dirección a la vivienda de la esposa de Gustavo, antes de llegar al portalón de salida, se encontró frente a Carlos. Este, tras saludarla de manera galante y educada —como siempre lo hacía—, con una sonrisa chancera bailándole en los labios, le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A casa de Rosario. Le llevamos un poco más de ropa...

—¿Quieres que te acompañe? —inquirió él con ademán seductor.

—¡Oh, no! No hace falta, gracias. Ya me acompaña Lola.

Carlos no insistió. Seguido a eso, a la vez que se ponía serio, indagó:

—¿Y qué?, ¿cómo va todo?, ¿ya estás preparada para partir al exilio?

Levantándose de hombros, ella respondió:

—Sí; no nos ha quedado más remedio que emigrar. Tanto yo como mi madre, y mis hermanos, ya estamos resignados a exiliarnos en casa de tía Nati. Y, aunque a todos nos encanta Cádiz, tener que dejar nuestro hogar de esta manera, tal como si huyéramos, y sin siquiera saber cuándo podremos regresar, nos resulta muy penoso. —Mirándolo un tanto apenada, agregó—: Tus padres al final se han marchado a Londres, de modo que tú te quedarás muy solo en tu hacienda...

—Muy solo... —repitió Carlos contemplándola con intensidad—. Tú lo has dicho; me costó un gran esfuerzo hacer que ambos se marcharan allí. Pero, ante los problemas de salud de mi padre, luego de varios días de deliberaciones, al fin aceptaron embarcar. Ambos se fueron muy abatidos y muy preocupados. —Sin apartar la mirada de ella, prosiguió—: Por desgracia, se acercan días muy complicados y muy duros para todos nosotros. Y contra eso, no podremos hacer nada; solo afrontar las cosas tal como vienen.

—Mi madre no hace más que llorar. Pero, bueno, como bien acabas de decir tú: en tiempos como estos tenemos que ser fuertes y apechugar con todas las dificultades que se nos presenten —comentó ella, con expresión agorera. Tras



un gesto cauteloso, luego de fijar sus ojos en los suyos, adicionó—: Te deseo mucha suerte y, sobre todo, que no tengas problemas cuando los galos se adueñen de todo Jerez. Espero que mi hermano y mi padre también sepan actuar con sentido común y con mucha sensatez. —Sin esperar respuesta, sonriéndole cariñosa, le advirtió—: Diego está esperándote en la biblioteca.

—Gracias, ahora me reuniré con él. —Mirándola de arriba abajo, en medio de un leve suspiro, le dijo—: Suerte en tu estadía en Cádiz; espero que no sea demasiado larga y no te quepa duda de que voy a extrañarte mucho —apostilló mientras besaba su mano.

Seguido a eso, a la vez que la doncella les daba la espalda, de forma sorpresiva se acercó más a ella y le susurró al oído: «Siempre tan cerca, y a la vez... tan lejos de mí».

A continuación, sin que Úrsula se lo esperara, Carlos le dio un ardoroso y prolongado beso en la cara. Tras unos segundos de sumisión, ella, completamente sonrojada, se apartó de su lado. Sin mirarlo, seguida de la doncella, comenzó a caminar tan deprisa como sus pies se lo permitían. Y allí, de pronto, en el momento en que huía de él, recordó la primera vez que Carlos la había besado en el rostro hacía ya varios años atrás, cuando ella había cumplido los dieciséis. Ese día él le había regalado una novedosa cajita de música, fabricada en Suiza, que había comprado en Londres, especialmente para ella. Y allí, en un momento de intimidad que ambos tuvieron y, mientras ella recibía el regalo, Carlos, tras ponerle las manos sobre los hombros, la besó en la mejilla. Luego de eso, lo escuchó decir unas palabras que ella nunca pudo descifrar del todo. Algo así como «Siempre te esperaré». O «Siempre te amaré».

Y esa tarde, en el patio de su casa, cuando volvió a sentir el ardoroso contacto de sus labios, de esa forma tan íntima y tan perturbadora... junto a sus cálidas palabras —a más del reiterativo mensaje de amor, en la mirada del dilecto amigo de su hermano—, Úrsula sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Y, aunque en aquel momento se propuso no darle a eso demasiada

importancia, con el correr del tiempo, en su mente fue formándose un cúmulo de extrañas y desconcertantes sensaciones que, poco a poco, comenzaron a abrumarla.

Hasta que llegó un día en que ya no tuvo dudas: «Sí, creo que... estoy enamorada de Carlos. Y quizás siempre, sin darme cuenta, lo he estado. Pero él ahora, ¿aún seguirá interesado en mí?», se cuestionó presa de una inusitada ansiedad.

El veinticuatro de julio de 1812, Cádiz se despertó con la noticia de que la temida batalla de Salamanca había concluido con la victoria del ejército angloespañol sobre las tropas imperiales. A pesar de la euforia y de los festejos, las familias de los soldados españoles se mostraban inquietas y llenas de incertidumbre, en un continuo sinvivir.

Las que peor lo pasaban eran las madres, las esposas y novias de los combatientes. Todas ellas sabían que había muchos muertos de ambos bandos... quizás demasiados. Y hasta que no vieran regresar a sus hijos, maridos y hermanos, no podrían festejar nada.

Doña Clemencia, junto a sus hijas y Natalia, se pasaban las horas en la capilla y también en la iglesia, hincadas de rodillas rezando por la pronta llegada de los jóvenes soldados sanos y salvos.

Luego de eso, los días fueron sumándose en un agónico desgaste, junto a la incertidumbre y al abatimiento.

Y de pronto... una mañana de mediados de agosto, Ignacio, en compañía de Wilbur y de un grupo de otros gaditanos —cansados, hambrientos y maltrechos— aparecieron en las puertas de Cádiz. Por suerte, a excepción del joven inglés —prometido de Gertrudis—, que tenía una herida en el hombro, ninguno de los demás combatientes presentaba lesiones de importancia.

La ciudad entera festejó el regreso de los jóvenes y valerosos guerreros que habían luchado codo a codo, con los ingleses, hasta lograr vencer a los imperiales en la batalla de los Arapiles.

Doña Clemencia, sus hijas y Natalia, además de Carmen y sus hijas —las gemelas Marimar y Marilú—, se hallaban exultantes de felicidad, lo que motivó numerosas escenas de emoción y llantos de alegría.

Durante varias semanas, tanto el hermano de Gertrudis como el prometido de esta, mientras contaban sus penosas experiencias en el campo de batalla, por tierras de Salamanca, gozaron de la paz del hogar y de la buena comida que las cocineras de Natalia les preparaban.

Ignacio, además de los mimos de su madre, hermanas y tías, no dejaba de recibir la continua visita de muchas niñas que, acompañadas de sus madres o *carabinas*, venían a verlo. En cada una de esas visitas, el menor de los hermanos Ibáñez aprovechaba para seguir explayándose con sus «heroicas hazañas», en las que cada vez —ante la burlona mirada de Wilbur—, se aumentaba muchos más méritos.

Por esos mismos días, comenzó a correr la noticia de que el rey José Bonaparte y todos los miembros de su corte habían vuelto a abandonar Madrid.

A continuación, dos días después, las partidas de los guerrilleros castellanos desfilaron triunfantes por sus principales calles. Seguido a eso, el general Juan Martín, «el Empecinado», recibió, de manos del derrotado comandante francés, la plaza de Guadalajara.

Las alentadoras noticias que recorrían los caminos, siguieron sin pausa, lo que hacía suponer que, ya muy pronto, España se vería del todo libre de la invasión francesa.

Gertrudis y su prometido, después de tantos meses separados, permanecían a todas horas juntos, vigilados por Úrsula, quien de vez en cuando hacía «la vista gorda» para que los novios pudieran besarse a sus anchas y sin molestos testigos.

Unos días después, Wilbur habló con doña Clemencia para anunciarle que, apenas se restableciera de su herida y de su excesiva delgadez, tenía pensado viajar a Londres para reunirse con sus padres. Y que, a su regreso, Gertrudis y

él volverían a fijar una nueva fecha de boda. Ante esa noticia, doña Clemencia, llena de alegría, a la vez que juntaba las manos sobre su pecho, exclamó:

—¡Oh, esperemos que para ese entonces Diego esté ya de regreso! ¡Dios mío! Hace tanto tiempo que no sabemos nada de él... ni de Carlos, ¿cómo estarán? ¿Y tu padre... cuando volveremos a verlo? Es que todo esto resulta ser tan desesperante... es como dice la prima Carmen: «Siempre hay una de cal... y otra de arena».

Gertrudis, dándole un abrazo, la tranquilizó:

—Usted sabe que, dentro de todo, nuestro padre se encuentra muy bien. —Seguido a eso, con voz animosa, apostilló—: En cuanto a mi hermano y a Carlos, ya verá, madre, cómo muy pronto volveremos a recibir alguna nueva noticia de ellos. O quizás el día menos pensado los veamos llegar de improviso.

—Dios te oiga, hija mía. Cada mañana, apenas me levanto, me digo: «Puede que hoy mi Diego aparecerá de repente y, entonces todas mis amarguras se disiparán para siempre», pero los días, las semanas... y los meses pasan, y eso no se cumple. He de confesar que también me quita el sueño no saber por qué se marcharon así, tan de improviso, para luego trasladarse a Portugal. ¿Por qué justamente allí? Pues, por lo que sabemos, en ese país ya no hay franceses enemigos. Si al menos hubiera respondido a mi carta... —reflexionó doña Clemencia, con gesto preocupado.

Úrsula, que permanecía en silencio, en su labor de seleccionar ropa para los exiliados —que aún permanecían en casa de tía Natalia—, tras dirigirse hacia su progenitora, mirándola muy seria, le dijo:

—Por favor, madre, ya no se rompa usted la cabeza haciéndose tantas preguntas de las que ninguna de nosotras tiene la respuesta. Cuando Diego regrese, él mismo nos aclarará todo.

Y de pronto, unos pocos días después, los gaditanos, estremecidos por la

emoción, tal como si les costara creerlo, se enteraron de que al fin... el ejército invasor, luego de casi dos años de dramática pesadilla entre arbitrarias ejecuciones, pillajes y saqueos, se retiraba definitivamente de todas las ciudades andaluzas.

La reciente batalla de Salamanca, ganada por los ingleses junto a las tropas aliadas, había permitido la liberación de Madrid, e incluso amenazar a las huestes francesas acantonadas en el norte. Ante esa dramática situación, el general Soult se vio obligado a evacuar, de prisa y corriendo, sus fuerzas de toda Andalucía.

Aquel veintiséis de agosto, mientras los franceses, en su rápida escapada, trasponían las puertas de todas las ciudades y pueblos ocupados —replegándose rumbo suroeste—, todos sus ciudadanos, entre un repique de campanas, jubilosos gritos de vivas, hurras, plácemes y llantos de alegría, se echó a las calles para festejar aquella esperada noticia.

En Jerez, don Pedro junto a Gustavo y su familia, además de Pastora, Pepín y su padre, pletóricos de dicha compartida, se abrazaban vivando mientras hacían planes para los próximos gloriosos días que se avecinaban.

Y, apenas el ejército español de liberación llegó a Jerez, don Pedro, luego de obtener el permiso, se marchó a Cádiz para reunirse con su familia, a la que hacía tantos meses que no veía.

El reencuentro del señor Ibáñez con su esposa e hijos se festejó allí con otra gran fiesta. El señor Ibáñez, tras la exultante felicidad de volver a abrazarlos a todos, apenas se tranquilizó, fue relatándoles los pormenores de la precipitada salida de los galos en Jerez.

—No sé cómo habrá sido en las demás ciudades; pero en la nuestra, pese al quebranto espiritual, no nos cansábamos de cantar y bailar por las calles a la vez que nos abrazábamos unos a otros. Fue algo memorable y, aunque Jerez ha quedado en la más completa ruina, estoy seguro de que en muy poco tiempo nos repondremos hasta volver a ser lo que éramos antaño.

—¿Y cómo está nuestra casa? —preguntó su esposa mirándolo con ansiedad

—. Ay, tengo tantas ganas de regresar a ella... tocar sus paredes, mirar de nuevo mis adornos y mis...

Tras mirarla preocupado, don Pedro la interrumpió:

—Clemen, ahora tendrás que tener un poco más de paciencia; por lo menos, durante unos quince o veinte días. Apenas los franceses que ocupaban nuestra casa salieron de allí, Pastora se puso a dar órdenes a las demás criadas para comenzar a limpiar y ponerlo todo en condiciones. Me ha pedido que vea a ver si puedo conseguirle Agua de Javel que, según le han dicho, es muy buena para purificar. Pero acabar de limpiar la casa bien a fondo y pintar todas sus paredes llevará aún mucho tiempo.

—Claro, me imagino cómo habrán quedado todas nuestras pertenencias... y las cosas de valor que se habrán llevado —reflexionó ella pensativa.

—Bueno... sí, a pesar de que el teniente Charpentier siempre se portó con nosotros de manera muy civilizada (además de cortés), varios de sus hombres al final han acabado por llevarse tres de los cuadros que teníamos colgados en el salón principal, los que mi padre recibió de herencia...

—¡Oh!, ¿los dos de Luca Giordano y el de José de Ribera? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí, esos mismos. Y, aunque yo siempre tuve dudas, al final parece ser que eran auténticos. De modo que alguno de nuestros forzados visitantes, entendidos en arte, luego de quitarles los marcos, se los ha llevado.

—¡Malditos saqueadores! —prorrumpió Ignacio con semblante asqueado.

—Qué pena, con lo orgullosa que estaba yo de esos cuadros —expresó doña Clemencia con alicaído semblante.

Don Pedro, abrazándola cariñoso, la consoló:

—Bueno, ahora lo importante es intentar olvidarnos de la pesadilla que hemos vivido y mirar hacia delante. No olvidemos que hay innumerables vecinos nuestros que han perdido cosas muy importantes: la vida de sus seres queridos.

—Sí, tienes razón, Pedro —asintió ella—. De nada vale llorar, ni lamentarse

por cosas tan superficiales. —Tras recostar la cabeza sobre el hombro de su esposo, a la vez que dejaba caer el llanto, añadió—: Ahora tenemos que esperar a que nuestro Diego regrese a casa para que todas nuestras angustias, además de la incertidumbre y del abatimiento, desaparezcan.

El señor Ibáñez, acariciándole la cabeza, expresó:

—En la carta que vosotras recibisteis asegura que, apenas la situación mejore, emprenderán el regreso. Así que no te extrañe que, el día menos pensado, los veamos llegar.

—Ojalá, Pedro... —respondió doña Clemencia, en medio de un murmullo, mientras secaba sus ojos.

—Desde mañana mismo, podéis ir comenzando a preparar todas vuestras cosas. Y así, cada fin de semana, hasta que podáis regresar para quedaros, yo iré llevándomelas —añadió don Pedro animoso. Tras mirar a sus hijos, que permanecían en silencio, prosiguió—: Como ya os lo he dicho, las cosas allí están bastante mal. Y, lamentablemente, tampoco este año podremos celebrar la Vendimia a la manera tradicional. Pero os prometo a todos que, al siguiente, haremos un festejo que será apoteótico.

Seis días después, don Pedro se marchó de nuevo a Jerez, pero les prometió regresar el fin de semana siguiente.

A mediados de septiembre, Wilbur embarcó hacia Inglaterra con la promesa de regresar en dos, o tres meses, junto a sus padres, lo que dejó a Gertrudis muy apesadumbrada.

Quince días más tarde, en el momento en que doña Clemencia, Natalia y Úrsula regresaban de la casa de la prima Carmen, les salió al encuentro una de las doncellas.

Dirigiéndose a ambas, les anunció:

—Hace casi una hora llegó desde la ciudad de Córdoba un señor que preguntaba por el señorito Diego.

—¡Oh!, ¿desde Córdoba? —preguntó doña Clemencia a la vez que miraba,

con notable asombro, a su hermana.

—Se ha presentado como notario. La señorita Gertrudis nos dijo que lo hiciéramos pasar al salón —explicó la doncella—: Y allí las aguarda.

Las dos hermanas se dirigieron de prisa al encuentro del recién llegado. Luego de los saludos el visitante, se presentó:

—Encantado; soy el Escribano Gregorio Santorcaz Andrada...

—Mucho gusto —saludó doña Clemencia.

—Por favor, vuelva a tomar asiento —le pidió Natalia, a la vez que ella y su hermana hacían lo mismo.

—Gracias —repuso el notario. Luego de unos segundos de silencio, a la vez que leía un papel, prosiguió—: Vengo en representación del apoderado de la difunta señora doña Amaranta de Santillana Wesley, marquesa de Aguilar...

Al escuchar esas palabras, ambas hermanas, luego de volver a mirarse compungidas, al tiempo que dejaban escapar un ¡Ohhh!, saltaron de sus asientos.

—¿Difunta? ¿Nuestra... prima ha fallecido? ¿Cuándo? —preguntó Natalia mientras se llevaba las manos al pecho.

El notario, tras asentir con la cabeza, les comunicó:

—Sí, la marquesa de Aguilar murió hace ahora un poco más de un mes. Créanme que siento mucho tener que ser yo quien les haya traído esta penosa noticia.

—No se preocupe, es que... nos ha tomado de sorpresa —repuso doña Clemencia.

Natalia, acercándose a ella, la abrazó.

—Pobre Amaranta; de verdad, me ha dado mucha tristeza enterarme de esto —expresó en medio de un sollozo.

—A mí también —coincidió su hermana con pesar. Seguido a eso, agregó—: ¿Recuerdas lo que Pedro nos dijo al regresar de Córdoba, hace ya cuatro años? Ese día, cuando él se despidió de Amaranta, la vio muy mal; con toda seguridad, nuestra prima... a pesar de que lo intentaba, no logró superar la



muerte de su único hijo.

Tras mirar intrigada al señor Santorcaz Andrada, a la vez que ambas volvían a tomar asiento, doña Clemencia inquirió:

—¿Y qué podemos hacer por usted? ¿Acaso nuestra prima ha dejado una última voluntad? La doncella nos ha dicho que usted preguntó por mi hijo mayor, pero él ahora no está en España y no sabemos cuándo regresará.

—Sí, la joven que me recibió me dijo que don Diego Ibáñez se halla de viaje. Y créame que para mí es una contrariedad. Pensé que podría verlo hoy mismo. Bueno, aquí les dejo estos papeles. En estos podrán ver que doña Amaranta de Santillana Wesley nombra a su sobrino como único heredero por mayorazgo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Natalia.

—Oh, ¿de verdad...? No me lo esperaba —añadió doña Clemencia.

El notario, mientras les entregaba todos los papeles, le explicó:

—Como ustedes ya sabrán, tras la muerte de su único sucesor, don Carlos Aldazaba Montero de Santillana, duque de Baena, y, al no tener más descendencia, ella ha dejado todo su patrimonio, que incluye también los bienes de su difunto hijo, a su sobrino mayor, don Diego Ibáñez Cisneros Wesley el cual, en cuanto sea notificado, tendrá que apersonarse en la ciudad de Córdoba y contactarse con nosotros.

Una hora después, apenas el notario se retiró de allí, doña Clemencia reunió a sus hijos para comunicarles el fallecimiento de su prima. Luego de eso, les confesó la abultada herencia que le dejaba a Diego. Ignacio y sus hermanas se quedaron mirándose con la boca abierta. En medio de un prolongado silbido, el primero de ellos exclamó:

—¡Oh, vaya! ¿De modo que nuestro hermano tendrá también en Córdoba muchas otras posesiones, a más de un ducado? ¡Qué sorpresa se llevará cuando regrese! Es como bien dicen: hay personas que nacen con estrella, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, con expresión picarona, agregó—: Pues yo me ofreceré a acompañar a mi hermano a Córdoba; me han dicho que las

cordobesas son preciosas... tanto que hasta llegan a quitar el hipo.

Ante las palabras del jovencito y la forma en como las había pronunciado, su madre y su tía se miraron afligidas. Doña Clemencia, señalándolo con el dedo, exclamó ceñuda:

—¡Pero Ignacio! Es que... ¿de verdad, intentas emular a tu hermano mayor y seguir sus pasos, en cuanto a mujeres?

—Así es, madre —asintió Gertrudis mirándolo con mofa—. Nuestro benjamín no solo se jacta de su... supuesta valentía en el campo de batalla, sino que ahora también se dedica también a ir detrás de cada joven, y no tan jóvenes, que ve pasar a su lado. Mostrándose como ese don Juan de las crónicas, por lo que no hace más que sumar conquistas y más conquistas. Aunque yo creo que lo que él intenta es darle celos a...

—¡Tú, cállate, urraca chismosa ! —prorrumpió el aludido mirándola furioso.

—¡Ignacio, compórtate! —le regañó su madre, ceñuda.

En medio de un hondo suspiro, Natalia, tras coger su mantilla y devocionario, mirándolos a todos muy seria, les pidió:

—Por favor, ahora dejemos las vanas tonterías a un lado, y vayamos todos a rezar en memoria del alma de nuestra querida prima Amaranta. Y ya mañana pediré a mi confesor que le celebre una misa en su honor.

Ese atardecer de finales de octubre, mientras doña Clemencia y sus hijas se encontraban abocadas a la preparación del equipaje para el pronto regreso al hogar de Jerez, a la vez que separaban la ropa que iban descartando —con la intención de repartirla entre los pocos exiliados que aún quedaban en casa de tía Nati—, Ignacio entró como una tromba al salón.

Plantándose frente a todas ellas, a la vez que las miraba con semblante grave, les anunció:

—Mis queridas damas, lamentablemente, hoy os traigo una muy mala noticia. Todas se quedaron mirándolo expectantes.

—¿Qué quieres decir con..., lo de mala noticia? —inquirió doña Clemencia, llevándose las manos al pecho.

—Tranquila, madre, que no tiene nada que ver con Diego, ni con nadie de nuestros allegados.

—Pero entonces, ¿de que se trata? ¡Vamos, cuéntenos qué pasa! No nos tengas en ascuas —protestó Gertrudis mirándolo furiosa.

—Pues se trata de que... los franceses otra vez son dueños de la situación. Según lo que dicen, hace apenas unos días, el veintiuno de este mes, el general Wellesley cayó vencido en Burgos. Y claro, esa derrota ha reactivado la ofensiva de las tropas galas. Dicho de otra manera, ahora se espera que, dentro de unos días, Madrid nuevamente sea recuperada por José Bonaparte.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Natalia persignándose—. ¡Ay!, esperemos que no se les ocurra volver de nuevo por aquí. —Tras dejar de lado su faena, con voz ahogada, añadió—: ¡Vamos! ¡Vamos, todas a la capilla a rezar para que esos demonios no regresen nunca más por Andalucía!

Doña Clemencia, dejándose caer en un sofá, con gesto descompuesto, rebatió:

—¡Dios mío! Qué angustia. Pero ¿es que nunca los veremos marchar del todo?

—Es verdad, siempre estamos igual —protestó Gertrudis, a la vez que apretaba los puños furiosa—. Se marchan, y a los pocos días regresan; vuelven a marcharse y de nuevo vuelven a regresar. Es como el cuento de nunca acabar.

Úrsula, con semblante apesadumbrado, se quedó unos instantes pensativa; a ella también, aquella agobiante y desmoralizadora situación, comenzaba ya a desgastarla por dentro.

Doña Clemencia, llevándose las manos a la cabeza, agregó:

—Mejor no pensemos ahora en... cosas feas, ni en esa horrible posibilidad de que puedan atreverse regresar de nuevo aquí. Mañana, cuando vuestro padre venga a llevarnos a casa, solo pensaremos en cosas bonitas y, más que

nada, en el pronto regreso de Diego.

Ignacio, tras mirar a su madre, con gesto desanimado, expresó:

—Tengo que confesarle que... yo aún no siento muchas ganas de regresar a Jerez. Aquí tengo algunos asuntos pendientes que...

Su madre, tras hacer con su mano un gesto de fastidio, lo interrumpió:

—Es por ese enamoramiento tuyo de la hija de los condes de Carmona, ¿verdad?

Ignacio, luego de mirar furioso a Gertrudis, quien a su vez lo observaba entre seria y divertida, prorrumpió:

—¡Ah, mi hermanita ya ha vuelto a chivarse!, ¿verdad?

—¡Yo no he dicho nada! —rebatió la joven aludida.

—Tu hermana no te ha delatado. Lo descubrí yo misma, casi desde el primer día en que ella y su madre, junto a todas las demás vecinas, vinieron a saludaros a Wilbur y a ti, cuando regresasteis de la batalla. Allí me fijé en cómo la mirabas. Y todas las veces que nos visitaron, sucedió lo mismo; tu cara era un libro abierto, y de tus suspiros mejor no hablemos. También te escuché cuando se lo confesabas a Wilbur; además, el día que tu padre te invitó a seguirlo a Jerez y tú te negaste a acompañarlo, después de dos años de que no pisabas por allí, yo misma tuve que explicarle a él los motivos de tu negativa. —Mientras movía la cabeza, con gesto reprobador, inquirió—: Pero ¿es que acaso no sabes que los padres de esa niña, ya la han prometido al hijo de los Rueda Osborne?

Ignacio, con la cabeza gacha, en una expresión un tanto abochornada, rebatió:

—Sí, madre lo sé... pero es que ella me gusta mucho. Y las veces que hemos coincidido me mira de una manera que... me da a entender que no le soy del todo indiferente. Incluso, en todas las visitas que nos hicieron, para darnos a Wilbur y a mí sus cariñosos plácemes por nuestro valiente y honorable aporte a la causa patriótica, Mariana estuvo muy simpática y accesible conmigo, sonriéndome todo el tiempo.

—Y nada más que por eso, ¿tienes la esperanza de llegar a comprometerte con ella?

—Claro, la esperanza es lo último que se pierde. Madre, de verdad, me he propuesto enamorarla y también conquistar a su madre. Y, para eso, necesito tiempo.

—Hijo mío, por favor, quítate cuanto antes de la cabeza a esa joven. Suponiendo que ella también sintiera algo por ti, ¿tú crees que sus padres, con lo altivos y clasistas que son, permitirían vuestro noviazgo, cuando la tienen ya prometida a un futuro marqués? Pues no, para ellos siempre serás el hijo de un bodeguero, sin linaje, y nunca te aceptarán. Recapacita: aún eres muy joven para sufrir decepciones amorosas. Acabas de regresar del campo de batalla y necesitas disfrutar de la vida. —Mirándolo muy seria, prosiguió—: Hijo, no es mi deseo de que intentes seguir los pasos de tu hermano, que tantos disgustos no dio siempre por ese proceder y te dediques a conquistar mujeres sin importarte nada más. Pero sí me gustaría que continúes con tu interés por conocer a muchas otras jovencitas más. Y, por favor, cuida de que ninguna de ellas esté prometida a un aristócrata. Y ahora vayamos todos a la capilla rezar con tía Nati.

Al llegar la tarde, doña Clemencia y sus hijos fueron a despedirse de sus vecinos, y amigos; por la noche se quedaron a comer en casa de doña Carmen. Fue allí donde Úrsula acabó por confesarles a sus primas, el secreto amor que había comenzado a sentir por Carlos Temple hacía ya más de dos años. Las gemelas, mirándola con visible alegría, la abrazaron.

—Querida prima, ¡al fin! Esto es maravilloso —aprobó una de ellas.

—Ay, Marimar, pero es que ahora tengo tanto miedo... —sollozó Úrsula.

—¿Miedo por qué? —inquirió la otra gemela.

—¿Y... si él ahora ya... no está enamorado de mí? Ha pasado tanto tiempo que quién sabe si en estos últimos tiempos, dentro de su corazón, ya no estoy yo.

—No lo creo. Carlos no es de esos hombres; él nunca podrá dejar de amarte. Ya lo verás...

—Oh, Marilú; ojala sea así.

—Opino como mi hermana —coincidió Marimar—. Ese apuesto joven, ahora un hombre hecho y derecho, ha estado toda su vida enamorado de ti, y no creo que alguna vez deje de estarlo. Cuando regrese y se dé cuenta de que tú al fin has comprendido que también lo amas, para él será como tocar el cielo con las manos. —A continuación, volviéndola a abrazar, añadió—: ¡Ah, querida Úrsula!, no sabes cuánto ansiábamos ver que al fin dejabas de comportarte como una viuda lúgubre y amargada.

—Es verdad, prima —prosiguió la otra gemela—. Te has pasado los últimos años de tu vida, siéndole fiel al recuerdo de un fantasma, a un hombre del cual te enamoraste siendo casi una niña.

Marimar, con gesto incomprensible, adicionó:

—El mismo que se fue de este mundo sin siquiera saber que tú suspirabas por él. Por suerte, ahora, al fin, has despertado de ese horrible sueño.

Al día siguiente llegó don Pedro.

Mostrándose cariñoso y parlanchín, sin hacer ningún comentario —ni bueno ni malo— sobre los últimos acontecimientos bélicos, almorzó junto a toda la familia en un clima distendido, mientras seguía relatándoles cómo seguían las cosas en Jerez.

Por la tarde, con ayuda de Ignacio y José (su cochero), además de los criados de Natalia —y varios de los exiliados que aún seguían alojados allí—, don Pedro dejó preparados los últimos bultos y baúles, para al día siguiente proceder a cargarlos en el coche.

Esa noche la tía Nati, sin lograr evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas, agasajó a su hermana, su cuñado y sus sobrinos con una emotiva cena de despedida.

Al otro día, muy temprano, don Pedro, junto a su familia, tras despedirse de tía Nati, y de todas las demás personas —entre sirvientes y huéspedes

exiliados—, inició el viaje hacia el viejo hogar.

Cuando doña Clemencia y sus hijos (además de las criadas que los habían acompañado en el exilio) traspusieron las puertas de Jerez, ante el panorama tan desolador que presentaba la ciudad —a pesar de que don Pedro ya se lo había advertido—, se quedaron consternados.

Con mirada triste, observaron los numerosos destrozos urbanísticos, a más de la miseria y la pesadumbre pintada en los rostros de la mayoría todos sus consumidos habitantes. Realmente, Jerez no parecía la misma ciudad pujante, alegre y bullanguera que ellos habían dejado al partir hacía dos años.

Apenas el coche se detuvo en el portal de la casona, les salieron al encuentro Gustavo junto a Rosario, el pequeño Demetrio y Pepín, seguidos por don Sancho y Pastora y los demás criados que, en medio de grandes muestras de alegría, les dieron la mejor y más cálida de las bienvenidas.

Doña Clemencia y sus hijos abrazaron a Pastora que, sumida entre un emocionado llanto, les confesaba lo mucho que los había extrañado a todos. A continuación, hicieron lo mismo con Gustavo, llenándolos de elogios ante el buen aspecto físico que presentaba, mientras Gertrudis y Úrsula, luego de besar a Rosario, se disputaban para levantar en brazos al pequeño Demetrio.

Ignacio, por su parte, durante un largo rato estuvo relatándoles a todos sus angustiosas experiencias vividas en el campo de batalla, en que los españoles, en combinación con los ingleses, habían acabado por derrotar a las huestes francesas.

En cuanto entraron a la casona, doña Clemencia y sus hijas recorrieron todas sus dependencias que, por suerte, olían a limpio y a la cal de las paredes recién pintadas. Todo allí, salvo la diferente distribución de algunos muebles, a más de la ausencia de muchos costosos adornos —entre estos, los tres cuadros robados por los galos—, estaba en perfectas condiciones y sin vestigios de los anteriores «huéspedes» que —por treinta largos meses—, habían ocupado a la fuerza la antigua vivienda de los Ibáñez.

Por la tarde, comenzaron a recibir la visita de varias familias de viñadores y huerteros, todos ansiosos por saludar a doña Clemencia y sus hijos.

Unos días después, don Pedro, ayudado por Ignacio y Pepín, junto a un gran número de personas, entre peones y sirvientes, tiraron abajo la camuflada pared en la que, días antes de la llegada de los franceses a la ciudad, habían logrado esconder una valiosa cantidad de botellas, ánforas y varios toneles del mejor vino de la casa Ibáñez.

Tras verificar que todo estaba en perfectas condiciones, don Pedro, luego de varios viajes a Cádiz —acompañado de Gustavo y su padre—, acabó por concretar con éxito un gran embarque hacia Inglaterra y otro hacia México.

Por esos mismos días muchas de las familias que habían huido ante la llegada de los franceses, comenzaban también a regresar, esperanzados en recuperar sus casas y demás pertenencias. Y así, poco a poco todos intentaron volver a retomar la vida diaria que, por más de dos años, se había visto trágicamente interrumpida.

A mediados de noviembre, la familia Ibáñez volvió a recibir noticias de Diego.

Llena de ansiedad, doña Clemencia —luego de verificar que era la letra de su hijo—, ante la atenta mirada de su esposo e hijos, y también de Pastora, rompió el lacre del sobre de la misiva. Tras un hondo suspiro, comenzó a leer:

«Querida y añorada familia, espero que cuando llegue esta carta todos vosotros ya os encontréis juntos en nuestra amada casona familiar de Jerez. Y, ante esa esperanza, me he decidido a enviárosla allí, ya que, también nos enteramos de la liberación de todas las ciudades del sur. Querida madre, quiero que sepa que, aunque con mucho retraso, recibimos su carta. Y no sabe usted la alegría y emoción que nos causó a Carlos y a mí leerla. No obstante, ambos nos quedamos muy preocupados por mi hermano; me imagino cómo se habrán sentido usted y mi padre con esa desgarradora situación. Ruego a Dios para que en estas fechas Ignacio esté ya de regreso en casa, sano y salvo. Y



ojalá las cosas en España sigan mejorando cada día más y , muy pronto, de una vez por todas, los ejércitos napoleónicos la abandonen definitivamente. De verdad, lamento mucho no poder estar de nuevo con vosotros en estas próximas fechas de fin de año; Carlos y yo aún tenemos aquí algunos asuntos pendientes que nos impiden regresar a Jerez, como nos hubiera gustado. Pero no se preocupen por esto último que os digo; no son asuntos peligrosos, ni mucho menos. Os prometo que, si todo va bien, este año que viene iniciaremos el ansiado retorno. Y, cuando llegemos a Cádiz, lo entenderán todo. Por favor, padre, cada vez que pueda acérquese a la hacienda de Carlos, para ver cómo sigue Camerón, su administrador que, aunque él ya le escribió, está muy preocupado por su situación. Por suerte, sus padres en Londres están muy bien y deseando también regresar. Muchos besos y cariños a mis hermanos, a las tías Nati y Carmen, a las gemelas y sus familias, a Pastora... a Gustavo, Rosario don Sancho, y a mi ahijado, el pequeño Demetrio. Y también a Pepín, José y a todos los amigos y vecinos; en fin, que nadie se quede con la duda de que no los recordamos y de que Carlos y yo ansiamos abrazarlos muy pronto. Que estas próximas fiestas de fin de año lo paséis todos muy bien, junto a tía Nati; unidos y llenos de esperanzas de paz y de fe en el porvenir».

Cuando acabó de leer aquella larga misiva, doña Clemencia, sumida en una visible emoción, se tiró en brazos de su esposo quien, con ademán cariñoso, la arropó.

Al instante, todos los demás se unieron a ellos. Seguido a eso, don Pedro, a la vez que secaba sus ojos, expresó:

—Bueno, al menos sabemos que están bien y deseando regresar a casa. — Luego de una corta pausa, añadió—: Siempre que puedo voy a visitar al administrador de Carlos. A decir verdad, su hacienda está en muy malas condiciones. Los franceses allí no tuvieron ningún miramiento, por lo que Cameron se encuentra muy abatido mientras espera la llegada de Carlos y sus padres. Pero creo que, cuando todos ellos regresen, poco a poco las cosas volverán a la normalidad.

De pronto Ignacio, con su acostumbrado buen humor, echándose a reír, exclamó:

—¿Sabéis lo que yo creo?, estoy seguro de que Carlos y mi hermano han acabado enredándose en amores con dos bellas portuguesas, y por eso han optado quedarse allí tanto tiempo. No os extrañe si, cuando regresen, en vez de dos, serán cuatro los que veamos llegar.

Al escuchar las palabras de su hermano, Úrsula se quedó pensativa: «Dios mío, no puedo obviar que yo también pienso que existe esa probabilidad. Puede que Carlos, también, cansado ya de mi eterna indiferencia, haya puesto sus ojos en otra mujer más cariñosa y más accesible. Y de ser así, aunque me sienta morir por dentro, tendré que soportar mi abatimiento y desilusión; incluso fingir ante él, y ante todos, con una sonrisa de total indiferencia», se dijo con un nudo en la garganta.

Fuera por los motivos que fueran la larga ausencia de Diego y su amigo Carlos, lo único importante para el matrimonio Ibáñez era que aquellas noticias venidas desde Portugal les habían brindado un pequeño respiro de alivio a tanta incertidumbre.

En diciembre llegó a Cádiz la noticia de que la campaña de Napoleón Bonaparte en Rusia, había acabado en tragedia. Y ahora la *Grande Armée*, completamente derrotada, se retiraba de un Moscú envuelto en llamas. Mientras, en España, comenzaba la nueva reestructuración de los ejércitos. A la vez, en Castilla, en esas mismas fechas, el general Castaños, duque de Bailen, acababa de unificar las partidas guerrilleras.

Y, con esas aparentes buenas nuevas, ese año llegó a su fin.

Pese a la sentida, y por demás añorada ausencia de Diego, la familia Ibáñez festejó en Cádiz la Navidad, con el tradicional y enorme pesebre que la tía Nati todos los años mandaba a armar en el salón principal.

En febrero de ese nuevo año de 1813 arribaron a Jerez, procedentes de Londres, Wilbur y su familia. El reencuentro de Gertrudis y su prometido

resultó tan tierno y conmovedor que nadie logró evitar emocionarse hasta las lágrimas. Unos días después, durante una cena en casa de la novia, los jóvenes enamorados volvieron a escoger una nueva fecha de la boda que se fijó para el veintisiete de julio en la que, luego de la ceremonia religiosa, los invitados gozarían de una gran celebración en el salón más amplio de las bodegas — ideal para grandes agasajos, que daba a una inmensa explanada— y, dos días después de la fiesta, los recién casados partirían hacia Inglaterra donde, a más de recorrer varias de sus ciudades, Gertrudis conocería a la familia londinense de Wilbur.

De ese modo, mientras los conflictos bélicos entre franceses y españoles seguían sucediéndose en el norte español, en Jerez —sin olvidar que el rey intruso José I seguía en Madrid, sentado en el trono—, al llegar el mes de abril, el padre Manuel dio comienzo a las amonestaciones en anuncio del próximo enlace de la hija menor de su amigo Pedro. Dos prestigiosas modistas ya habían comenzado a coser el ornamentado vestido de novia, de exclusivo diseño, en un tono amarillo claro, el color favorito de Gertrudis. Doña Clemencia, con la ayuda de Úrsula, Rosario, Pastora y varias criadas de la casa, además de algunas vecinas —y la familia de su futuro yerno—, comenzaron a preparar los detalles más íntimos y delicados de la boda.

Tanto don Pedro como su esposa tenían la esperanza de que, por esas fechas, Diego y Carlos, según su última carta, ya estarían de regreso en Jerez. Y esa perspectiva los ayudaba a seguir con los ánimos levantados.

De pronto, a mediados de mayo, llegaron noticias de que José Bonaparte volvía a salir de Madrid por cuarta vez... ¿o por quinta? Porque ya todos habían perdido la cuenta de las salidas y entradas del exmonarca a la capital española. Mientras, su hermano Napoleón —sin escarmentarse de la derrota de Moscú— se disponía a enfrentar otra nueva campaña en Alemania contra la sexta Coalición.

Pese a la incredulidad de mucha gente de que al fin el rey José I abandonaba definitivamente Madrid, la mayoría aplaudía, eufórica y exultante, la buena

nueva. Aunque, sin dejar por eso de preguntarse: «Pero... ¿esta vez será de verdad?».

—¡Sí! ¡Sí! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Al fin se ha marchado ya con todo su equipaje! ¡Y con todo su séquito, para no regresar jamás! —prorrumpió Ignacio esa mañana, dando saltos de alegría, ante el estupor de su madre, tía y hermanas—. ¡Y dicen que al marcharse don Pepe Bonaparte contempló estático y melancólico el Palacio Real! ¡Y su suspiro fue tan penoso y desgarrador como el del mismísimo Boabdil, cuando este tuvo que abandonar Granada!

En las bodegas de don Pedro, todos brindaban eufóricos de alegría. Por las calles la gente bailaba y cantaba. Durante los siguientes días, comenzaron a llegar lamentables noticias sobre la estrepitosa salida de Madrid del exrey José I, que había estado jalonada por innumerables actos de pillaje, vejaciones y saqueos, a manos de su ejército, por los campos de las Alcarrias, y demás localidades por las que pasaban.

El veintiuno de junio, tras la batalla de Victoria, el ejército francés resultó definitivamente aplastado por las fuerzas angloespañolas. Ahora sí podía decirse que todo había acabado de manera absoluta.

La Península Ibérica, después de más de cinco años de enconada y sangrienta resistencia, estaba libre de la tiranía de Francia. Pero... ¡cuántas muertes y pesares! ¡Cuántos sufrimientos y calamidades les había costado a sus habitantes quitarse de encima a los que intentaban ponerles un yugo! ¡Sin contar los miles de viudas y de huérfanos!

Y ahora, según se decía, ya comenzaban a organizar una enorme fiesta para recibir al rey Fernando VII, cuando este regresara de su exilio. Aunque también había muchas voces, quizás demasiadas, que aseguraban que la llegada del «Cautivo» heredero del trono español, de ninguna manera beneficiaría a la reconstrucción, ni tampoco a la unión de la consumida patria como se pensaba. Todo lo contrario: al fin y al cabo, «el Deseado» —como lo llamaban sus serviles— no era más que un despótico absolutista al que el sufrimiento de su pueblo no le importaría en lo más mínimo.

De ese modo, muchos afrancesados, que en un comienzo estaban convencidos de que la arbitraria entrada de los franceses a España, en vez de una invasión, significaba más bien una liberación —algo muy positivo para la modernización de la patria—, se vieron obligados a emigrar al vecino país.

### *El regreso del primogénito*

Un soleado día de primeros de julio, don Pedro y su familia, acompañados también de Wilbur, se marcharon a pasar unas cortas vacaciones en Cádiz, junto a las tías Natalia y Carmen. Y de paso entregar las numerosas invitaciones que aún faltaban para el próximo enlace de Gertrudis.

Don Pedro tenía en mente descansar al menos una semana en casa de su cuñada antes de la boda de su hija. De ese modo dejó a Gustavo y su padre a cargo de las bodegas.

La ciudad de Cádiz seguía activa y bullanguera como siempre. Y, pese al sofocante calor, en cuanto el perenne sol se ocultaba detrás del horizonte, las personas salían de sus casas a gozar de los espléndidos crepúsculos gaditanos. Y también para pasear por sus plazas, alamedas y playas —además de todas las festividades nocturnas— hasta altas horas de la madrugada.

Gertrudis y Wilbur, acompañados de Ignacio —que gustoso se había prestado a hacer de *carabina* de la pareja—, no se perdían de ninguna celebración a la que eran invitados. El más joven de los hermanos, tras su fugaz enamoramiento, a los pocos días de regresar del campo de batalla, estaba ahora prendado de varias otras jovencitas, con las que solía coincidir en todas las fiestas a las que asistía... sin que hasta ese día lograra decidirse por ninguna de ellas.

Por su parte, Úrsula se turnaba para visitar a sus primas Marimar y Marilú —algunas noches acompañadas de los esposos de estas— y, luego de que las gemelas dejaran a sus hijos al cuidado de las abuelas, asistían a tertulias, teatros y óperas.

Esa temprana tarde de sábado, en casa de Natalia, la familia Ibáñez se

hallaba reunida en el salón de verano. Mientras disfrutaban de una apetitosa merienda, todos se hallaban enfrascados en una charla, al tiempo que cambiaban opiniones con respecto a la nueva situación que atravesaba el país.

Por suerte, la noche anterior había llovido y a esa hora el calor era más soportable. Gertrudis y su prometido, un tanto apartados, permanecían ajenos a las conversaciones, mirándose entre disimuladas intenciones.

En ese momento, doña Clemencia, con los ojos puestos en su marido, a la vez que se abanicaba el rostro, le preguntó:

— ¿Y qué pasará con todos los afrancesados? ¿Habrá represalias contra ellos? Es que no dejo de pensar en Antonia y en Benito.

Sin esperar a que su padre respondiera, Ignacio, con gesto grave, reflexionó:

—Pues me temo que todos los que estuvieron implicados con el gobierno intruso, de una manera u otra, la pasarán muy mal. Y muchos tendrán que marcharse a Francia. Es más, se dice que ya cientos de ellos han puesto pies en polvorosa hacia el vecino país.

—Oh, entonces, ¿qué pasará con tu hermana y su marido? ¿También tendrán que inmigrar? —inquirió Natalia, mientras observaba intrigada a su cuñado.

Don Pedro, con semblante pensativo, respondió:

—No creo que a mi hermana ni a su marido pueda ocurrirles nada de eso. Si bien Benito, desde muy joven, siempre fue un afrancesado de renombre, en los últimos años, por lo que me contó Antonia, después de los atroces fusilamientos de mayo en Madrid, él de inmediato se volcó a favor de los patriotas e, incluso colaboró, de manera encubierta, con muchos de ellos. No obstante...

Don Pedro no pudo seguir explayándose; en ese momento, uno de los criados entró precipitadamente al salón. Tras mirarlos a todos, con cierta ansiedad, exclamó:

—¡Perdón, pero se acerca un carruaje, y viene directo hacia aquí!

—Gracias, Gervasio —respondió la dueña de casa. Mirándolo intrigada, preguntó—: ¿No reconoce de quién podría ser?

—No, señorita Natalia, es un coche grande. Y ninguno de nosotros acertamos a saber a quién pertenece. ¿Qué nos ordena hacer?

De pronto, como impulsados por resortes, todos se levantaron de golpe. Y, seguidos de los criados, salieron fuera. Desde el porche contemplaron la llegada de un gran carruaje que en ese momento, precedidos por dos hombres a caballo y por otros dos detrás, trasponía los portales de la casa.

—Pero ¿quiénes serán? —Se preguntó Natalia acercándose a su hermana y cuñado.

Sin responder don Pedro, seguido por Ignacio, además de Gertrudis y Wilbur, se dirigieron al patio.

Doña Clemencia, tomada de una de las columnas del pórtico, permanecía muda, mientras sentía cómo su corazón latía descontrolado, a la vez que la ansiedad le secaba la garganta. Y, cuando escuchó que su esposo e hijos exclamaban: «¡Oh, son ellos! ¡Sí, son Diego y Carlos! ¡Dios mío! ¡Qué sorpresa más hermosa!», tuvo que aferrarse con más fuerzas para no caer... ya que sus piernas parecían incapaces de sostenerla.

Con los ojos vidriosos por las lágrimas, vio a su amado hijo mayor saltar del carruaje, abrazar a su padre y hermanos, a la vez que Carlos hacía lo mismo.

En ese momento doña Clemencia ni siquiera se percató de que, detrás de ellos bajaban dos mujeres, junto a dos niños, que de inmediato se quedaban un poco apartadas, junto al carruaje. Ella solo tenía ojos para su adorado hijo.

Natalia, dando gritos de alegría, se acercó a su sobrino abrazándolo, mientras este la levantaba en el aire, para luego llenarla de besos. Por un largo rato, toda la familia se vio inmersa entre risas, exclamaciones de sorpresa y llantos de alegría.

Segundos después, Diego llegó hasta su madre, que ya lo esperaba. Tras rodearla con fuerzas entre sus brazos, a la vez que besaba su frente, con voz emocionada le dijo:

—¡Ah, por Dios!, ¡qué ganas tenía de verla!, ¡de abrazarla!

—Y... yo, hijo mío. ¡Oh!, qué larga... ha sido tu ausencia —balbuceó ella, mientras sentía que el llanto ahogaba sus palabras.

Luego de permanecer unos instantes unido a ella, Diego extendió el brazo hasta Úrsula y, dándole un apretado beso en la mejilla, le preguntó:

—¿Cómo estás, hermana? ¡Qué hermoso volver a abrazarlas!

Carlos, con una sonrisa entre los labios, observaba la escena sin intervenir. En varias secuencias había notado los ojos de Úrsula fijos en él, mirándolo de hito en hito. Y, aunque a un principio había estado a punto de acercarse a ella, para saludarla, al final prefirió esperar a que toda la familia acabara de enterarse de la sorprendente novedad que su amigo les traía, la cual, con seguridad iba a dejarlos a todos mudos de asombro.

A continuación Diego, tras apartarse de su madre y de su hermana, les dijo:

—Vengan conmigo; tengo una... sorpresa, muy bonita para ustedes. ¡Bueno, a decir verdad, la sorpresa es para todos! —acabó de decir eufórico.

Úrsula y su madre, mirándose extrañadas, lo siguieron en silencio.

En ese momento Natalia, junto a Gertrudis e Ignacio, con gesto extrañado, se acercaron a los niños y a las dos mujeres que habían bajado del coche.

Diego, luego de tomar la delantera a la vez que cogía de un brazo, a cada niño, ante la mirada expectante y sorprendida de toda su familia, con voz quebrada por la emoción, les dijo:

—Ya sé que... esto les parecerá a todos... algo irreal, imposible de creer. Pero tengo el gusto de presentarles a... mis hijos. Son gemelos; se llaman Diego y Matilde.

Tras un prolongado silencio, se escuchó una unánime exclamación de inaudito asombro y estupor de todos los presentes.

Don Pedro, con expresión estupefacta, miró a su esposa, que permanecía con los ojos muy abiertos en una actitud entre atónita y confusa. Luego posó sus ojos en los niños, hasta que, sobrepasado por la conmoción, con ademán indeciso, tal como si le costara creerlo, balbuceó:

—¿Has dicho... tus... hijos? ¿Lo, dices de verdad...?, ¿pero... cómo es eso?



¿Somos abuelos... y no lo sabíamos?

Diego asintió con la cabeza y exclamó:

—Comprendo vuestro estupor; tampoco yo sabía que era padre. En realidad esta es una larga y complicada historia que ya os iremos contando. Carlos, que ha sido testigo de todo, me ayudará. —Tras dejar a los niños, junto a su niñera, dirigiéndose hacia la bella joven, que permanecía un tanto apartada, con gesto amoroso la tomó de los hombros. Luego de mirar a toda la familia, sin ningún clase de circunloquios, a boca de jarro les anunció—: Esta es Brunilda Cavaglione Sullivan, la madre de mis hijos... y mi esposa, la mujer de mi vida. —Seguido a eso, con voz cargada de emoción prosiguió—: Nos casamos en Braganza el año pasado. Ella es la prima de Janet Temple, la prima de Carlos. Nos conocimos en Londres hace ya más de seis años. —Tras un momento de indecisión, mientras daba un hondo suspiro, acabó—: Oh, la verdad es que... estoy tan nervioso y tan conmovido que... incluso me cuesta hablar. Sin contar que todos estamos exhaustos por el largo viaje. Hemos perdido la cuenta de los días que hace que salimos de Portugal...

Doña Clemencia, tal como si de golpe se diera cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor, tomándose las faldas, corrió hacia los niños. En medio de ahogados sollozos, los llenó de besos. Luego se acercó a Brunilda y la abrazó.

—¡Oh, qué guapa eres!, bienvenida, hija mía, estás en tu casa —le dijo emocionada.

—Gracias, señora —respondió Bruny con cariñoso acento mientras le devolvía el abrazo. Sumida en un gesto de notable timidez, añadió—: Yo también estoy contenta de estar aquí.

—Me alegro mucho —siguió doña Clemencia. Secándose los ojos, agregó—: Y gracias por este hermoso e inesperado regalo: los niños son preciosos.

Ignacio, Gertrudis, Wilbur, Natalia y Úrsula, ya repuestos del impacto recibido, en medio de sonrisas y sorprendidas exclamaciones, se turnaban para besar a los asustados gemelos, que solo querían estar al lado de su madre y de su aya.

A continuación, todos ellos se acercaron a Brunilda, entre numerosas demostraciones de cariño y de elogios; a la vez que felicitaban a Diego, le dieron a ella la bienvenida.

Carlos, unos metros más atrás, con una sonrisa entre los labios, continuaba atento a la emotiva escena. De rato en rato sus ojos se quedaban fijos en Úrsula, sintiéndose cada vez más sorprendido de ver que ella también lo miraba de manera insistente.

Ambos se habían saludado entre gestos de afectuosa cordialidad. Y ahora, permanecían uno frente al otro, sin atreverse a acercarse más. En ese momento don Pedro y su esposa, tomados de la mano, miraban a los gemelos alucinados como si les costara creer que aquellos hermosos niños fueran de verdad sus nietos: sangre de su sangre. Seguido a eso, con gesto desfallecido, ambos tuvieron que sentarse. Realmente para ellos aquella insólita realidad había sido demasiado fuerte.

Úrsula, tras darle la bienvenida a la bella esposa de su hermano, besar a los niños y lograr sobreponerse de la impresión recibida, se quedó un tanto rezagada. Había saludado a Carlos con bastante euforia y, mientras él le besaba la mano, en el momento en que iba a confesarle lo mucho que lo había extrañado, este se giró a saludar a Ignacio y a Wilbur. No obstante aquella pequeña contrariedad, ella pudo ver impresa, en los ojos de Carlos, la misma mirada de amor y resignada espera de siempre.

Minutos después, mientras Úrsula observaba a toda su familia abocada a la contemplación de los gemelos, a la vez que estos, guiados por Diego y Brunilda, se dejaban abrazar y besar por todos, sintió que alguien se le acercaba por detrás. Al girarse, se encontró con Carlos. Y el corazón comenzó a latirle enloquecido.

Él, tras mirarla sonriente, le dijo:

—Qué gran sorpresa habéis recibido todos, ¿verdad?

Ella, devolviéndole la sonrisa, murmuró:

—Sí, nunca me hubiera imaginado... que podría llegar a ser tía carnal de

gemelos; ni tampoco que mi hermano luego de un largo, y misterioso viaje, regresara casado y ya con familia. Me he quedado... tan impactada que aún no puedo reponerme.

—Te comprendo. Puedo asegurarte que, cuando yo me enteré de que Diego era padre, por partida doble, también me sentí igual; sin contar cómo se quedó él mismo al saberlo. —Al ver la sorpresa pintada en el rostro de Úrsula, Carlos apostilló—: Como ya os lo ha insinuado él mismo, tu hermano se enteró de que era padre de gemelos al llegar a Braganza. Bueno, él ya os contará toda la historia...

—Presiento que es una historia alucinante.

Mirándola muy serio, a la vez que ilusionado ante la actitud comunicativa de ella hacia él, le tomó la mano y añadió:

—Sí, puedo asegurarte que es una historia que llega a impresionar. Si me lo permites, yo puedo contártelo todo desde el principio. ¿Qué dices a eso? ¿Me dejas que sea yo quien te la relate?

Úrsula lo miró a los ojos. Tras esbozar una nerviosa sonrisa, balbuceó:

—Sí... claro; me encantará... —Sonrojada, apartó los ojos de Carlos y, soltándose de su mano, agregó—: Si quieres, luego... a eso de las ocho de la tarde, cuando ya hayáis descansado todos, me reuniré contigo... en la glorieta, para escuchar tu relato.

—Oh, encantado. A esa hora en punto, estaré allí esperándote.

—De acuerdo, procuraré no hacerte esperar demasiado.

Carlos, tras esbozar una sonrisa entre burlona y seductora, replicó:

—No te preocupes por eso... —y para sus adentros se dijo: «Llevo esperándote toda la vida; no me importará esperarte un poco más». Mirándola a los ojos, con suave voz añadió—: Se me hará largo el tiempo... hasta las ocho de la tarde.

Al observar la manera como Carlos la miraba, Úrsula sintió que el corazón le daba un vuelco. Completamente sonrojada, presa de los nervios y de la cortedad que siempre le impedía expresar sus sentimientos, se apartó de él.

Seguido a eso, con pasos rápidos fue al encuentro de su familia, que aún continuaba rodeando a los recién llegados.

Mientras la veía marcharse, Carlos, entre jubiloso y esperanzado, se preguntó: «¿Serán suposiciones mías, o Úrsula ha cambiado su trato frío e indiferente hacia mí? ¡Sí, incluso sus palabras me han sonado a promesas! Bueno, sea lo que sea; lo que sí tengo claro es que esta ha sido la primera vez que ella me sonríe mirándome a los ojos, incluso ruborizada. Vaya, no quiero hacerme demasiadas ilusiones pero creo que, tal como yo lo soñaba, Úrsula al fin se ha dado cuenta de que también siente algo por mí. Espero no equivocarme; llevo tantos años amándola en silencio que si ahora vuelvo a ilusionarme y ella vuelve a rechazarme, me hará mucho daño. Aunque, como bien se dice, la esperanza es lo último que se pierde».

Ya dentro de la casa, después de convidarles bebidas a los viajeros y leche fresca a los niños, acompañadas de rosquillas cubiertas de confitura de cerezas, Natalia y Úrsula se llevaron arriba a Brunilda y a los pequeños, junto la niñera. Allí las criadas ya habían preparado las tinas de baño.

En el salón, doña Clemencia, después de volver a besar a su hijo, le dijo:

—Ay, Diego. No puedo creer que hayas regresado a casa... con esposa e hijos. Es todo tan increíble, tan sorprendente y tan maravilloso que aún no puedo asimilar nada. Y menos que ¡soy abuela por partida doble! Esto es como un sueño, como un hermoso sueño del que no quiero despertar.

Don Pedro se unió al abrazo y, con una sonrisa de felicidad, exclamó:

—Tranquila, Clemen, que no es un sueño. Es una magnífica realidad.

Diego, tras aspirar una bocanada de aire, exclamó:

—Comprendo cómo se siente, madre; apenas estemos más tranquilos, les contaré a todos la historia de amor entre Bruny y yo... que, como ya les adelanté, comenzó en Londres antes de la guerra. Luego, durante el viaje que hice a Madrid con mi padre, volvimos encontrarnos. Y allí nos dimos cuenta de que ambos nos amábamos. Lamentablemente, la complicada situación que

vivíamos en ese tiempo nos volvió a separar. Como ya les dije, tampoco yo sabía que era padre. Nunca sabrán lo que sentí al descubrirlo. Mientras Diego hablaba, su padre lo miraba serio con un cierto aire inquisidor.

—¡De verdad, hijo, hoy es un día glorioso para la familia! ¡Gracias por tanta felicidad! —Agregó doña Clemencia emocionada. Dirigiéndose a su esposo, a la vez que se echaba a reír, añadió—: ¡Somos abuelos!

—Yo también soy muy feliz de haber traído a vuestras vidas, la alegría y la felicidad —confesó Diego con una sonrisa.

En ese momento, Ignacio, sentado junto a Gertrudis, Carlos y Wilbur, los observaban sonrientes.

—¡Y nosotros somos tíos directos de gemelos! —corroboró el primero de ellos. Luego, con gesto asombrado, agregó—: Oh, pero cuántos nacimientos dobles hay en nuestra familia, ¿verdad? Las hijas de tía Carmen, las del tío Ramón, y ahora los de Diego. Niño y niña: es maravilloso.

—Y qué hermosos son. Y Brunilda es guapísima —ponderó Gertrudis.

Ignacio, tras menear la cabeza, reiteró:

—Sí, es la mujer más guapa que he visto en mi vida. —Con gesto admirativo, añadió bajito—: ¿Os habéis fijado en qué ojos tan bonitos tiene, además de su porte?

—Sí, la *miss* es preciosa, y me parece que muy dulce —agregó Wilbur en un perfecto español.

De pronto Ignacio, dirigiéndose a su hermano mayor, le preguntó:

—¿Bruny ha sufrido algún accidente? Cuando la saludé, al darle un beso en la mejilla, he visto que tiene una reciente cicatriz a un lado de la cara.

—Sí, yo también me he fijado en eso —coincidió Gertrudis.

Diego miró a Carlos y, tras unos instantes de silencio, respondió:

—Sí, tiene dos cicatrices; una de estas, mucho más abajo que no es tan visible. Hace ahora, un poco más de un año, una bala francesa le atravesó el rostro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó doña Clemencia, con los ojos agrandados por

la impresión, a la vez que Gertrudis, Ignacio y Wilbur se quedaban mudos.

—¡La Virgen! ¿De verdad lo dices? —inquirió don Pedro, mirándolo impactado.

—Sí, fue una desgracia con suerte —agregó Carlos—. Cuando Diego les cuente cómo fue, sabrán por todo lo que ella ha pasado. Brunilda está viva de milagro.

—Oh, pobre niña... —apostilló doña Clemencia llevándose las manos al pecho.

De pronto Ignacio, a la vez que miraba a sus padres con inusitada insistencia, inquirió:

—Bueno, ¿es que no van a contarle a Diego la otra novedad?

—¿La otra novedad? —preguntó su padre mirándolo intrigado.

—Pues lo de la tía Amaranta de Córdoba...

Doña Clemencia, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Ay!, es verdad; con tantas emociones ya ni me acordaba.

—¿Qué pasa con la tía Amaranta? —quiso saber Diego.

El más joven de los hermanos, adelantándose a sus padre, informó:

—Que la pobre señora se ha muerto y te ha dejado a ti toda su fortuna.

—Ignacio, pero qué falta de tacto tienes —le reprochó su madre.

—Oh, ¿eso es verdad? —Inquirió Diego sorprendido.

—Sí, tu tía te ha nombrado su heredero.

—Pobre tía; realmente, lamento mucho su deceso, ¿y qué le ha pasado?

—No lo sabemos con exactitud; pero creo que mi prima, desde la muerte de su hijo, ya no levantó cabeza.

—Pero hay algo más... —repuso don Pedro.

—Sí, te ha dejado también la fortuna de su hijo. De modo que eres su heredero universal.

—Vaya, me cuesta creerlo —expresó Diego completamente anonadado.

—Pues, hermanito, créetelo —insistió Ignacio con el brazo levantado.

—Y, ¿cómo os enteraste de eso? —quiso saber Diego.

Doña Clemencia le explicó:

—Hace ya unos meses, vino el notario de Amaranta buscándote. Y ahí nos comunicó la noticia del deceso de mi prima, además de su voluntad de nombrarte su heredero. Así que, apenas puedas, tienes que viajar a Córdoba para arreglar todos los papeles de la herencia.

—Si tú lo quieres, yo gustoso te acompañaré —se ofreció Ignacio dándole una palmada en el hombro.

—Gracias. Sí, luego de descansar unos días en Jerez, tú y yo planificaremos el viaje a Córdoba —aceptó Diego. Seguido a eso, con notable pesadumbre, agregó—: Pobre tía Amaranta, de verdad lamento mucho su muerte.

Rato después, apenas don Pedro pudo estar a solas con su hijo mayor, luego de cerciorarse de que nadie los escuchaba, a bocajarro lo interrogó:

—La madre de tus hijos es la misma mujer... acusada de matar a un ciudadano francés, en Madrid, a la que tú, ayudaste a escapar, ¿verdad? Por favor, respóndeme con sinceridad.

—Sí, padre, es la misma —confesó Diego, con mirada errante.

—¡Válgame Dios! A pesar de que lo presentía, por otro lado me parecía imposible que fuera ella; pero, mira tú por dónde: no estaba yo equivocado. —Observándolo compungido, prosiguió—: Diego, me imagino que no le contarás a nadie de la familia lo que pasó con ella aquel día. Esa situación es demasiado terrible y abrumadora.

Luego de unos instantes de silencio, Diego, a la vez que exhalaba una bocanada de aire, respondió:

—Aunque fue usted mismo quien siempre me enseñó que es mejor ir con la verdad por delante, sin importar lo dolorosa que esta pueda llegar a ser, en este caso, a pesar de que preferiría contarle, tengo mis dudas.

—Es que, si les cuentas eso, me temo que dañarás la sensibilidad de tu madre y tu tía. Con ellas tendrás que tener mucho tacto.

—No se preocupe, padre, cuando os cuente mi historia con ella, omitiré

todas las partes que puedan causar daño. —Mirándolo de frente, añadió—: Ahora quiero que usted tenga presente una cosa: Brunilda no solo es la madre de mis hijos, sino también la mujer de mi vida.

—Lo comprendo, y me alegra saberlo; al mismo tiempo presiento que habéis pasado muchas peripecias juntos, hasta tener que refugiarse en Portugal, ¿verdad?

—Así es, padre. Para empezar le diré que ese mismo día en que Bruny se vio obligada a acabar con la vida del asesino de su familia, ambos pasamos la noche juntos...

En una rápida explicación, Diego le confesó a su padre una parte de lo ocurrido durante esos más de cuatro años, sin saber nada de Brunilda, hasta el momento de encontrarse con su cuñada en Cádiz. Y también la odisea vivida por ellos, durante el peligroso rapto de Bruny, en manos de los franceses y la llegada a Braganza.

Don Pedro, sumido en el asombro más absoluto, tras lograr recomponerse, a la vez que se llevaba las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Dios mío! De verdad, me he quedado de piedra. Esto por lo que habéis pasado rebasa todo lo imaginable. Me cuesta encontrar las palabras adecuadas.

—Sí, padre, aunque como usted comprenderá, de contarlo a pasarlo, hay una gran diferencia. Carlos, Bruny y yo hemos vivido días terribles.

—Bueno, al menos ahora estáis todos aquí, sanos y salvos. —Sin esperar respuesta, don Pedro abrazó a su hijo. Seguido a eso, con la voz rota por la emoción, agregó—: Hijo, quiero que sepas que ante todos esos peligros que has corrido, y que por suerte tu madre y yo ignorábamos; estoy muy orgulloso de ti. Y también muy contento de que hayas vuelto a casa con semejante premio. Los niños son hermosos, y Brunilda es... preciosa. No me extraña que hayas perdido la cabeza por ella. ¿De verdad estáis casados como Dios manda?

—Sí, padre, estamos bien casados; ambos pasamos por la vicaría de



Braganza y tuvimos una gran fiesta. Apenas lleguemos a Jerez, y desempaquemos nuestro equipaje, les mostraré el certificado matrimonial. Y quiero que sepa que tengo pensado trabajar en las bodegas, junto a mi hermano y Gustavo. Cuénteme algo de él y su familia, ¿cómo están? Y también de Pastora...

—Por suerte, todos se hallan muy bien. Gustavo maneja su mano izquierda, como si siempre lo hubiera hecho; Demetrio, su niño, está ya muy mayor, y muy espabilado, creo que hará muy buenas migas con tus hijos. ¡Como si lo estuviera viendo!

—Qué buenas noticias. Sí, no tengo dudas de que nuestros retoños serán muy buenos amigos y se querrán de la misma manera en que su padre y yo nos quisimos y respetamos siempre. De verdad, siento muchas ganas de verlos a todos.

De pronto, don Pedro, mientras enganchara los pulgares en las sisas del chaleco, con sonrisa socarrona, exclamó:

—Ah, y yo al fin podré presumir ante Sancho y ante todos los demás vecinos, de mis hermosos nietos. —Se quedó unos segundos callado; echándose a reír, siguió—: Vaya, ahora nuestra vieja casona estará llena de risas y gritos de niños, ¡qué maravilla!

—No sabe la alegría que me da escuchar sus palabras —expresó Diego en medio de un hondo suspiro—. Realmente, no veo la hora de regresar allí y volver a gozar de la paz de nuestro hogar; sin miedos, ni ansiedades.

Tras sonreír jocosamente, don Pedro exclamó:

—Pastora está esperándote con tantas ansias que a cada rato se pone a mirar hacia el camino, a ver si aparece un carruaje. No me quiero perder la cara que pondrá cuando te vea llegar y se entere de que tienes esposa... y dos hijos ya crecidos.

—Sí, para ella será una sorpresiva e inesperada, impresión. —Tras unos segundos de silencio, Diego, mirándolo intrigado, lo indagó—: Padre, ahora cuénteme algo del teniente Charpentier y también del momento en que los

franceses tuvieron que salir de Andalucía.

Don Pedro, tras unos instantes de silencio, respondió:

—Antes de marcharse de nuestra casa, él me dejó una carta para que te la entregara; también me pidió que te saludara en su nombre. De verdad se lo veía muy apesadumbrado, y no hacía más que pedir disculpas por todo.

Diego, mirándolo con aire triste, confesó:

—Mal que me pese, sin darme casi cuenta, llegué a sentir mucha simpatía por ese teniente. Me pareció un hombre cabal y honesto, un militar obligado a obedecer órdenes, muchas injustas y arbitrarias con las que, en su mayoría, él no estaba de acuerdo.

—Los últimos tiempos Pepín estuvo sirviéndole en algunas diligencias y él nos confesó que el teniente Charpentier, aparte de enseñarle muchas cosas sobre la historia de Francia, le contaba también cosas de su familia, a la que extrañaba mucho. Para resumir, el hijo de José se quedó muy consternado cuando él se marchó. Y a mí, en cierto modo, su despedida también me rozó el corazón. —Luego de establecer una nueva pausa, a la vez que su gesto se torcía en una mueca de pesadumbre, acotó—: Aunque tú y Carlos ya lo imaginaréis, debo advertirte que las cosas en Jerez, al igual que en todos los pueblos y ciudades, están muy mal, en todos los sentidos. Creo que nuestra amada ciudad tardará muchos años en volver a ponerse de pie. Nosotros hemos perdido una gran fortuna, y la hacienda de Carlos está casi en la ruina. Pero, bueno, hay otros vecinos, quizás demasiados, que han perdido mucho más, incluso las vidas de sus seres queridos.

—Ahora, lo más importante es mirar hacia el futuro con optimismo. Estoy seguro de que poco a poco todos los españoles que sobrevivimos a esta pesadilla saldremos de ese negro pozo más reforzados, dispuestos a plantarle cara a la adversidad —expresó Diego con apenas un hilo de voz.

Ese atardecer, en el momento en que Diego y Brunilda salían al patio, Carlos se acercó a ellos. Luego de mirar a su amigo con gesto entusiasmado, le dijo:

—Tengo que darte una noticia, y, no me importará hacerlo delante de Bruny. Dentro de un rato voy a reunirme a solas con tu hermana, en la glorieta del jardín. ¿Qué te parece? Apenas llegamos, Úrsula comenzó a mostrarse conmigo, ¿cómo te diría?, cordial, parlanchina, ¿amorosa?, aún no lo puedo precisar muy bien. Pero me dejó en claro que le agradaría que fuera yo quien le contara vuestra historia de amor, ¿qué te parece?, estoy loco de alegría. Y con tu permiso o, sin este, voy a hacerlo.

Diego soltó una carcajada.

—¡Enhorabuena, Carlos!, ¡qué noticia sorprendente! Para serte sincero, yo, a pesar de la euforia que llevaba encima, también noté que te miraba de manera insistente, algo muy raro en ella. —Palmeándole la espalda, adicionó—: No me extrañaría que, en vez de una boda, festejemos también vuestro compromiso. —A continuación, luego de tomar del talle a Bruny, dirigiéndose a ella, le explicó—: Carlos, desde jovencito, bueno, creo que desde que nació, ha estado enamorado de mi hermana mayor, sin que esta nunca le correspondiera; por eso ahora está tan contento.

Brunilda abrazó a Carlos.

—Te deseo mucha suerte; Úrsula es preciosa —acotó. Sonriéndole cariñosa, agregó—: Al final tú y yo terminaremos siendo parientes muy cercanos. Y, de verdad, eso me alegra mucho.

—No dudes de que a mí también —aprobó Carlos.

Diego, guiñándole un ojo, le aconsejó:

—Ahora, corre a buscar a Úrsula y, si ves que está receptiva, no dudes en recordarle con mucha audacia y, sobre todo con mucho apasionamiento, cuánto la amas. Nosotros vamos al patio de atrás, donde mis padres y hermanos, junto y los niños, nos esperan. Y, esta noche, después de la cena, apenas nuestros hijos se acuesten, Bruny y yo les contaremos a todos nuestra historia. —Mirándolo a los ojos, le pidió—: Por favor, cuando tú se la cuentes a Úrsula, evita hablarle de los reales motivos por los que Bruny estuvo cautiva de los franceses.

—No te preocupes, Diego —lo calmó Carlos—. Mi idea es relatarle a Úrsula solo la parte en cómo os conocisteis y cómo surgió vuestro amor, o sea, la parte romántica. Lo demás lo dejo para vosotros.

—De acuerdo, Carlos. Mucha suerte.

Cuando Diego y Brunilda se quedaron solos, él, tras rodearla entre sus brazos, hundió la cara en el hueco de su cuello y le preguntó:

—¿Te sientes bien en tu nuevo hogar? Aunque acabamos de llegar, me interesa saberlo.

—Oh, aunque durante los primeros instantes sentí miedo de no ser aceptada, ahora, en estos momentos, me siento muy feliz. Estoy en las nubes, y creo que tardaré en bajarme de ellas. Todos son tan amables y cariñosos conmigo... Incluso los sirvientes me tratan con tanta delicadeza... Y ya ves, los niños, luego de superar su cortedad, no hacen más que reír contentos y divertidos, sobre todo con los juegos de Ignacio... —De pronto, tras un ademán indeciso, le preguntó—: ¿Entonces, le ocultarás a tu familia las razones de cómo y por qué estuve encarcelada en Madrid?

Diego la abrazó con más fuerzas. Tras besarla en los labios, le dijo:

—Aunque mi padre lo sabe todo, ya que él estaba conmigo aquel día en Madrid cuando me detuvieron acusado de complicidad, ambos hemos pensado que, para no herir la sensibilidad de mi madre, mi tía y mis hermanas y, sobre todo, evitar que se generen disparatados comentarios (además de situaciones poco agradables), si tú estás de acuerdo, omitiré esa parte tan fea de tu vida, que espero tú también olvides pronto. Les diremos que te apresaron, junto a tu cuñada, por conspiración contra los franceses y que yo, al enterarme, acompañado de Carlos, viajamos a Madrid para intentar, con la ayuda de mi tío Benito, sacarte de prisión. Y que luego, al no lograr liberarte, y al enterarnos de que ibas a ser juzgada en París, tuvimos que organizar tu rescate. —Mirándola sugerente, adicionó—: Bueno, primero les relataré de la manera como nos conocimos en Londres y nuestro reencuentro en Madrid, donde engendramos a nuestros hijos. ¿Te parece bien?

Completamente acalorada, Bruny replicó:

—Sí, claro. Pero creo que esto último me dará un poco de vergüenza. La manera en como tú y yo fuimos padres fuera del matrimonio es muy poco digna. Creo que en eso tendrás que tener mucho tacto. Porque, según los detalles que des, también puedes herir la sensibilidad de todos, haciéndolos sentir abochornados, como yo me siento ahora al recordar... —acabó de decir completamente sonrojada, mientras se abrazaba a su cintura.

Apretándola por el talle, él se echó a reír.

—No te preocupes, no pienso dar ningún detalle morboso; eso queda para nosotros. Para nuestra hermosa intimidad.

A continuación, la condujo hacia una ventana y, tras abrir los pestillos, ambos salieron al balcón. Escondidos entre los cortinajes, Diego volvió a abrazarla mientras recorría, con fogosa ansiedad, las partes más salientes de su cuerpo hasta llegar a sus muslos, que apretó contra él.

Ella cerró los ojos y, sumida en una placentera delectación sensual, fue devolviéndole una a una las caricias. En un arrebató sensual, Diego le desabrochó los lazos que sostenían el corpiño de su vestido, mientras ella, en medio de un voluptuoso suspiro, lo volvió a la realidad.

—Detente... —le pidió susurrante—. Recuerda que tu familia está esperándonos en el jardín. —Sonriéndole con candorosa insinuación, añadió—: Esta noche, esta noche, prometo amarte, sin reservas.

Diego la besó largamente en los labios. Tras eso, murmuró:

—Ambos nos amaremos locamente, sin reservas.

Úrsula, en su cuarto, acababa de vestirse. Se sentía tan nerviosa que sus manos casi no podían obedecer sus órdenes. Debía darse prisa: con seguridad Carlos ya estaría esperándola.

Luego de calzarse sus zapatos, de raso blanco, se miró al espejo. Estaba preciosa; el trémulo rosa pálido de su vestido realzaba el rubor de sus mejillas, dándole un aspecto adorable. Llevaba el cabello sujeto con una cinta

blanca que dejaba caer, sobre sus hombros, un racimo de rubios bucles. Sin lograr serenarse del todo, salió de su habitación. Mientras procuraba no encontrarse con nadie, bajó de prisa las escaleras.

Ya en el jardín, se aproximó a la glorieta.

Tal como ella lo había imaginado, a medias oculto por las floridas enredaderas que cubrían parcialmente el enrejado de la glorieta, Carlos la esperaba. Al llegar al bordillo, Úrsula se detuvo. Entonces él, con ademán galante, le estiró el brazo para ayudarla a subir las escalerillas.

—Hola, perdón por el retraso —se disculpó ella mientras evitaba mirarlo. Retorciéndose las manos, en actitud nerviosa, balbuceó—: Sin darme cuenta... se me ha hecho tarde, ¿hace mucho que... esperas?

Carlos, luego de mirarla de arriba abajo, volvió a tomar una de sus manos.

Con sonrisa seductora, respondió:

—No te preocupes; la espera ha valido la pena: estás preciosa.

—Gracias.

—¿Nos sentamos? —la invitó, señalándole uno de los bancos.

—Sí... claro. —respondió Úrsula, sin lograr dominar su nerviosismo.

A continuación, se formó entre ellos un largo silencio.

Con el rabillo del ojo, ella observó la armoniosa fisonomía de Carlos, de líneas definidas y fuertes, junto a sus labios carnosos, con una leve chispa de irónico humor, que siempre lo caracterizaba.

Mientras la contemplaba risueño, con un leve matiz de ironía, él le preguntó:

—¿Estás bien?, te noto muy nerviosa, casi tensa.

Úrsula, a la vez que miraba en todas direcciones, se mordió los labios.

Dentro de su cabeza había un cúmulo de palabras que deseaba decirle a ese hombre, del que tan enamorada se sentía, pero ninguna salía de su garganta. Lo peor de todo era sentirse tan apocada y tan insegura. Hasta que al fin, en medio de un hondo suspiro, mientras volvía a esquivarla la mirada, inquirió:

—¿Tanto... se me nota?

Carlos, sintiéndose dueño de la situación, adoptó una actitud filosófica.

Poniéndole el índice en el mentón, la obligó a levantar la cabeza y mirarlo.

—Aunque no lo creas, yo también estoy muy nervioso. Esta es la primera vez que tú y yo estamos así: juntos, a solas... en una cita que ambos hemos acordado. Y eso, para mí, es algo único e inusual. Algo que nunca pensé que sucedería —acabó de decir con los ojos fijos en el pecho de ella, que bajaba y subía a impulsos de su descontrolada agitación.

Con apenas un hilo de voz, Úrsula tartamudeó:

—Sí, y tú ibas a... contarme la... historia de... amor, entre mi hermano... y su esposa.

Mientras la miraba intensamente, él murmuró:

—Pero creo que en este momento eso no tiene mayor importancia, ¿no lo crees tú?

Sin esperar respuesta, decidido a todo, la rodeó con sus brazos. Durante algunos instantes, ambos permanecieron fuertemente unidos en completo silencio.

Carlos sentía tantas ganas de besarla que apenas podía contenerse. No obstante eso, se obligó a ir despacio.

—Oh, Úrsula, qué ansias tenía de tenerte así —le susurró junto al oído. Su voz ronca sonó cargada de emoción—. Tú ya sabes lo mucho que te amo, ¿verdad?, lo mucho que significas para mí. Y que, a pesar de tus continuos rechazos... a lo largo de tantos años, nunca llegué a perder la esperanza de conquistarte. Y creo que ahora, entre tú y yo, ha sucedido algo, algo que me ha hecho pensar que... ya no te soy indiferente, ¿estoy en lo cierto? —Mientras la tomaba de los hombros, la apartó un poco. Con los ojos fijos en los suyos, inquirió—: ¿Puedes responderme a eso? Quiero que me abras tu corazón. Si sientes algo profundo por mí, más allá de la amistad, de verdad necesito saberlo ¡Ya, ahora! —Mirándola con cierta impaciencia, volvió a preguntarle —: ¿Quizás, durante estos dos últimos años, sin vernos... has llegado a darte cuenta de que tú también me amas, de la misma manera que yo? ¿Es eso...?

Por toda respuesta, ella, tras asentir con la cabeza, se abrazó a su cintura y

comenzó a llorar. Aquella muda y sublime confesión era todo lo que él necesitaba para comprender que de verdad al fin era correspondido.

Carlos la tomó del rostro y su boca rozó con suavidad la de ella. Úrsula, en un comienzo, se puso rígida e intentó desviar la cara. Pero él, de manera obstinada, la apretó contra su pecho manteniéndole cautivo el labio inferior, entre los suyos. A continuación sin casi apartar su boca de la de ella, en medio de un susurro volvió a preguntarle:

—Por favor, quiero que me digas con palabras; mirándome a los ojos... lo que sientes por mí. Necesito escucharlo.

Las azules pupilas de Úrsula se abrieron lentamente, hasta perderse en las de Carlos que, sin pestañear, exigían alguna forma de respuesta o retribución.

—Sí, te quiero; hace tiempo que... lo descubrí —confesó ella, con apenas un hilo de voz—. Y, al darme cuenta de eso... y ante tu prolongada ausencia, lamenté mucho haber sido tan necia... contigo. Las únicas con las que me atreví a confesarme fueron mis primas, las gemelas. Sí. Sí, te quiero..., te quiero con toda mi alma.

La trémula confesión de ella llegó a los oídos de Carlos como música celestial.

—Adorada Úrsula —le susurró con voz acariciante—. En estos momentos, soy el hombre más feliz que pisa la Tierra. Tu adorable confesión es lo que más ansiaba escuchar. Nunca sabrás las veces que lo he soñado.

Entonces Úrsula se quedó quieta entre sus brazos, casi amodorrada, en medio de un deleite arrollador hasta que acabó por abandonarse del todo. Fue como si una ola de fuego le subiera a la cabeza. Sin atreverse a mirarlo, lo abrazó rodeándole la nuca de manera voluptuosa, en una velada necesidad de expresar, sin palabras, sus más recónditos deseos que, durante tantos años, había reprimido. Porque, para ella, aquella era su primera vez en todo.

En medio de un jadeo de hondo placer, Carlos volvió a besarla avasallante... tal como si deseara engullirla; mientras sus manos la acariciaban recorriéndola de arriba abajo con ansiosa premura. El beso fue haciéndose



cada vez más profundo y más ardiente. Úrsula se aferró a los firmes hombros de él y bebió de su boca hasta saciarse.

La lengua de Carlos consiguió provocar lo que su cuerpo anhelaba... acariciando, explorando y penetrando la ardiente y apasionada respuesta que ella iba ofreciéndole a manos llenas. Ninguno de los dos se dio cuenta de que las sombras de la noche comenzaban a envolverlos en su manto, de sensual intimidad compartida.

Dos días después, la familia Ibáñez, además de Carlos y Wilbur — repartidos en dos carruajes—, arribaron a Jerez. Lo primero que hizo Diego al llegar a su finca fue saltar del coche y aspirar una honda bocanada de aire. Luego permaneció unos instantes con los ojos fijos en la gran extensión de esbeltas palmeras, de bíblica hermosura, junto al exuberante jardín.

Seguido a eso, en lento recorrido, sus ojos abarcaron el lejano horizonte donde se perfilaban los tupidos viñedos. ¡Al fin estaba en su casa! ¡Al fin podía pisar de nuevo aquella tierra albariza que, durante tantos meses, había añorado!

Porque él sabía que allí, solo allí... él y Bruny, junto a los niños, podrían tejer un hermoso futuro en completa armonía.

En ese momento, mientras los demás viajeros bajaban de los coches, en torno a ellos se arremolinaron todos los sirvientes que, en medio de alegres exclamaciones, y eufóricos gestos, les daban un caluroso recibimiento. Pepín, luego de saludar a su padre, corrió al encuentro de Diego.

—¡Bienvenido, señorito! —gritó dándole la mano con la alegría marcada en su rostro.

—¡Vaya, compañero! ¡Pero cuánto has crecido en estos últimos meses sin vernos! —observó Diego mirándolo de arriba abajo.—: Caramba, casi no te reconocía; estás hecho todo un hombre. Y muy guapo, además.

—Gracias, señorito. Me alegra mucho tenerlo de nuevo aquí —expresó el jovencito, emocionado. Sin cambiar de gesto, a la vez que ensanchaba su

sonrisa, añadió—: De verdad, lo hemos extrañado mucho; no sabe usted cuánto. —Seguido a eso, a la vez que miraba hacia un lado, agregó—: Oh, ahí tiene usted a Pastora; seguro que enseguida comenzará a llorar de alegría al tenerlo de nuevo aquí.

Entonces Diego, ante la conmovida mirada de todos los presentes, corrió hacia ella y la abrazó llenándola de besos. Luego de eso, mientras intentaba elegir las palabras adecuadas para evitar que ella se impresionara demasiado, le advirtió:

—Te tengo preparada una hermosa sorpresa. Bueno, en realidad son varias; pero prométeme que no te exaltarás demasiado. Ven conmigo...

En ese momento, Bruny y los niños —ante la mirada sorprendida de Pepín y de los demás criados de la casa— se dirigió al encuentro de ellos.

Diego, sin soltar a Pastora, exclamó:

—¡Quiero presentarte a mi esposa, y también a mis hijos! Ahí los tienes... — con una amplia sonrisa, agregó—: Ella se llama Brunilda, y los gemelos son Matilde y Diego —acabó de decir mientras le rodeaba los hombros con sus brazos.

Al notar la confusión de Pastora, quien se había quedado paralizada ante aquella insólita sorpresa, Diego le explicó:

—Bruny y yo nos conocimos en Londres, hace ya más de ocho años. Luego, a finales de 1807, nos volvimos a encontrar y... bueno, al fin, nos casamos en Braganza. Realmente... la nuestra es una historia muy larga; cuando nos encontremos más descansados, te lo contaremos todo, sin omitirte nada.

Unos metros mas atrás, doña Clemencia y don Pedro, junto a sus hijos y futuros yernos, contemplaban expectantes aquella emotiva escena. De pronto Pepín, ante la sorprendida mirada de todos, echó a correr en dirección a las huertas.

Pastora, tras unos segundos de vacilación, profirió:

—¡Virgen Santa! —Llevándose las manos a la cabeza, siguió—: ¡Oh!, jamás me lo hubiera imaginado: ¿Mi niño casado y... y padre de familia, nada menos

que de gemelos? ¡Ay, ay, ay!, siento que voy a llorar de alegría. —Con expresión demudada, a la vez que miraba a Brunilda y a los niños, añadió vacilante—: ¡Es que... todo esto... es demasiado increíble! ¡Dios mío, y qué hermosos son los tres!

Brunilda le dio un apretado abrazo.

—Es un gusto saludarla —expresó con una sonrisa—. Diego siempre me habla de usted, y de lo mucho que ambos se quieren. Y de verdad, yo también ansiaba poder conocerla.

—Gracias, hija, bienvenida. Perdón, es que... no sé qué más decir —balbuceó Pastora mientras la miraba alucinada—. Oh, los... niños son tan hermosos... De verdad, esto ha... sido una sorpresa, por demás hermosa. —Incapacitada de seguir, se echó a llorar en brazos de Diego.

Don Pedro y su esposa, junto a los demás —incluidos los sirvientes—, contemplaban aquella emotiva escena en silencio. Un rato después, mientras todos continuaban inmersos en los plácemes, llegaron Gustavo junto a Rosario y Demetrio, acompañados de don Sancho.

Sumido en el asombro más absoluto, entre risas y congratulaciones, el primero de ellos —a la vez que miraba boquiabierto a su amigo y a la esposa de este—, mientras paseaba los ojos de uno al otro, expresó:

—¡Diego! ¡Diablos!, ¡nos acabamos de enterar! Pepín nos lo ha contado. ¡Oh! Qué sorpresa más grande y más impactante. ¡Es que... no me lo puedo creer!

—Me lo imagino —reconoció el nombrado dándole un caluroso abrazo—. Pero no te preocupes: apenas podamos hablar con tranquilidad, Bruny y yo os contaremos nuestra historia de amor.

Gustavo, rodeándole los hombros, con su único brazo, inquirió anonadado:

—Pero, ¿de verdad te has casado?, ¿y tienes dos hijos... gemelos? ¡Ay, amigo!, por más que busco las palabras, no sé qué decirte.

Rosario, adelantándose a su esposo, a la vez que se acercaba a Bruny, expresó:

—Aunque yo también me he quedado anonadada, creo que yo sí sé muy bien lo que tengo que decir: ¡Bienvenida! —Y, mientras la abrazaba, agregó—: Eres muy hermosa. Y los niños son preciosos.

—Muchas gracias —contestó Brunilda—. Tú también eres muy guapa.

Diego, dirigiéndose a su esposa, la tomó de la cintura y le comentó:

—Ya te habrás dado cuenta de que ellos son Gustavo y Rosario, ¿verdad? De los que tantas veces te hablé. Como ya lo sabes, él es casi un hermano para mí. Y ese pequeño de ahí es el hijo de ambos, del que yo soy su padrino.

Seguido a eso, los cuatro se vieron inmersos en una amena charla mientras todos los demás se unían a ellos. Unos minutos después, Diego, dirigiéndose a Gustavo, Rosario y Pastora, mirándolos con aire divertido, les anunció:

—¡Ah!, Y esperen que aún hay más noticias que, seguro, os sorprenderán! —A la vez que señalaba a Carlos y a Úrsula, exclamó—: ¡Atención todos! ¡Aquí, mi hermana, y mi amigo Carlos, dentro de una semana van a comprometerse en matrimonio! Y, esta misma noche, ambos fijarán la fecha de la boda. ¿Qué os parece?

Tras un momentáneo silencio, al instante se escuchó una salva de aplausos y sorprendidas exclamaciones, junto a más enhorabuenas.

—¡Vaya! ¡Realmente, cuántas cosas hermosas para festejar! —exclamó Gustavo mientras felicitaba a los novios quienes, tomados fuertemente de las manos y, sin dejar de sonreír, saludaban a todos.

Pastora, sumida en la exaltación, ante todos aquellos acontecimientos, llevándose las manos al pecho, murmuró:

—¡Oh!, no sé si podré sobrevivir a tantas emociones juntas. —Mientras se persignaba, agregó—: Gracias, Señor, por estas alegrías. Luego de pasar por tantas amarguras, esto un hermoso regalo del cielo, que nos brindará a todos mucha felicidad. —A continuación, decidida a conquistar a los gemelos, luego de tomar de la mano a Demetrio, se aproximó a ellos. Tras superar la timidez de los primeros momentos, los niños comenzaron a jugar entre ellos tal como si se conocieran de toda la vida.

Una hora más tarde, ya en el interior de la vivienda Diego, en medio de la zarabanda de alegres risas de todos los presentes, tomó la mano de Bruny y se la llevó a recorrer la casa de arriba abajo. Después, desde la azotea le mostró las blanquecinas pendientes, repletas de viñedos que los ojos no alcanzaban a ver sus límites.

Abrazándola por la cintura le dijo:

—¿Te gusta? Ahora, todo esto te pertenece también a ti y a los niños. Mañana te llevaré a las bodegas.

Ella, a la vez que apoyaba la cabeza en su pecho, musitó:

—Oh, Diego, todo es tan hermoso... De verdad, tal como ya te dije, siento como si estuviera viviendo un sueño del que no quiero despertar.

—Yo tampoco quiero despertar —confesó él mientras la besaba en los labios.

Al llegar la noche, se presentaron allí el padre Manuel junto a varios camaradas de don Pedro y de Diego, deseosos de festejar, con alborozada alegría, el regreso de Diego, después de tantos meses de prolongada ausencia.

Todos ellos, al enterarse de que el primogénito de don Pedro retornaba acompañado de su esposa y dos hijos, ya crecidos, se quedaron anonadados. Tendrían que pasar varias semanas para que la mayoría de los habitantes de Jerez de la Frontera pudieran comprender y, sobre todo, asimilar aquella insólita situación en torno al heredero de las bodegas Ibáñez.

Antes de cenar, en el patio de la casa —iluminada por innumerables candelas—, delante de todos los presentes, Úrsula y Carlos, pletóricos de felicidad, fijaron la fecha de su próxima boda, que sería festejada para dos semanas después del regreso de Gertrudis y Wilbur de su viaje de bodas.

Realmente aquel día, en la vieja casona de los Ibáñez, solo reinó la alegría y la concordia hasta altas horas de la madrugada. A la mañana siguiente, y durante varios días, los portales de la finca de don Pedro se colapsaron ante el interrumpido desfile de innumerables familias de huerteros y viñadores, además de vecinos y amigos; todos ellos —con la innegable expresión de

curiosidad, marcadas en sus rostros—, venían a saludar, entre emocionados plácemes, al señorito don Diego y su bella esposa, dándoles a ambos la mejor de las bienvenidas y deseándoles muchas felicidades.

## Epílogo

Hacía cuatro meses que Gertrudis y Wilbur, en una hermosa y emotiva ceremonia, se habían casado. Y, apenas ambos regresaron de su viaje por Inglaterra, Úrsula y Carlos los imitaron en otra romántica boda —con la presencia de los padres de él, que acababan de llegar su exilio en Londres—, que llegó a provocar, en toda la comarca, lágrimas de honda emoción.

En ambos acontecimientos estuvieron presentes don Ramón y su familia. Y también doña Pilar y su esposo, junto a sus hijos, nueras y nietos.

Todos ellos, luego de superar la sorprendente e inesperada revelación de Diego, festejaron aquella hermosa realidad entre brindis y congratulaciones, además de calurosas felicitaciones por su esposa e hijos.

El reencuentro de don Pedro con su hermano menor fue para ambos un acontecimiento memorable. Por su parte, el reencuentro de doña Clemencia y su prima Pilar —después de tantos años y de tantas angustias vividas durante la guerra—, resultó por demás emocionante y con muchas lágrimas por el medio. Apenas ambas se quedaban a solas, exultantes de orgullo y felicidad, comenzaban a hablar de sus nietos.

Pese a que doña Antonia y don Benito no pudieron asistir a las bodas de sus sobrinas, les enviaron sus felicitaciones, asegurándoles —en una carta aparte— que tanto ella como su esposo se hallaban muy bien, y sin problemas, al menos por el momento. «Benito ha quemado todos los libros franceses que teníamos en casa, y también en la librería de Ramón, junto a todos los demás

papeles comprometedores. Por suerte, ya todas las nuevas autoridades saben del doble papel que Benito hizo en defensa de los patriotas. Y todo eso ha contribuido a que, pese de su antiguo historial de acérrimo afrancesado (y de que cada vez siente más aversión por Fernando VII, al que considera un déspota falso y cruel, un verdadero tirano) ahora, al igual que a muchos de sus camaradas no le ha quedado más remedio que rendirle pleitesía, para que nadie dude de su fidelidad hacia nuestro rey. Y, ¿sabéis lo que dice Benito? Él asegura que a todos los españoles se nos vienen tiempos muy difíciles y complicados. Y que incluso muchos llegaremos a añorar el reinado de don José Bonaparte, a quien le debemos muchos adelantos, sobre todo, la abolición de la abominable Inquisición. Realmente, yo espero que mi marido esté equivocado en sus predicciones».

Pero la noticia más asombrosa era que, por esas fechas, ambos estaban a la espera de la llegada de Aníbal, el añorado hijo, que venía desde la lejana Buenos Aires, acompañado de su esposa y sus cuatro retoños, para conocer a sus abuelos españoles, dispuestos a quedarse con ellos una larga temporada.

Doña Clemencia, en esos días, parecía vivir en un mundo donde solo habitaba la dicha; una dicha tan grande y tan maravillosa que incluso le costaba creerlo. Sus tres hijos mayores estaban casados y, al parecer, muy felices. Úrsula y Carlos vivían casi al lado, y Gertrudis y Wilbur se habían trasladado a Cádiz, en una hermosa finca cercana a Sanlúcar de Barrameda.

Y lo más hermoso..., y lo más increíble consistía en pensar que ¡era abuela de dos hermosos gemelos!

Realmente, los niños iban transformándose, a pasos agigantados, en el centro de su vida y también en el de su esposo; porque don Pedro, en muy poco tiempo, se había convertido en un abuelo cariñoso y complaciente, generador de fantásticas historias, que extasiaban a los pequeños, hasta arrancarles exclamaciones de gozo.

Por su parte Pastora, rebosante de dicha desde que su querido niño había regresado a Jerez, después del impacto y emoción que le produjeron descubrir



que este llegaba de su largo viaje, ¡casado, con una hermosa joven!, ¡y con dos preciosos hijos, ya crecidos!, se hallaba dedicada a cuidar de todos ellos con extremado celo, para que no les faltara nunca nada; a la vez dirigía, con mano firme, a las demás criadas, vigilándolas para que estas tuvieran siempre lista la ropa de Diego, además de la de su esposa y de los gemelos.

Al finalizar el mes de diciembre, la familia Ibáñez estaba próxima a viajar a Cádiz para festejar las fiestas de fin de año, junto a las tías Nati y Carmen, además de Gertrudis y Wilbur, que ya los esperaban con mucha ilusión y mucha alegría. Úrsula pasaría la Navidad en casa de sus suegros. Y el día 30 todos se trasladarían a Cádiz para despedir la Nochevieja y recibir la llegada de 1814. Las gemelas, María del Mar y María de la Luz y sus esposos, también habían programado esperar al nuevo año en casa de tía Natalia.

Esa mañana, en el patio de invierno de la casona de Jerez, Diego y Bruny, fuertemente abrazados, miraban sonrientes al pequeño Dieguito y su gemela Matilde, entretenidos con los juegos que Ignacio les reinventaba; incluso poniéndose de cuclillas para que los niños subieran sobre él a modo de cabalgadura.

Brunilda y su esposo acababan de despedir a Gustavo y su familia, que habían ido a desearles una feliz Navidad y un venturoso y próspero Año Nuevo.

Por ese tiempo, Rosario y Bruny eran ya muy buenas amigas. Y, para que la dicha de Gustavo y Diego fuera más completa, sus hijos se adoraban y compartían juntos todo tipo de juegos y diversiones.

Hacía menos de dos meses Brunilda y su esposo habían recibido carta de Matilde y Gonzalo —que ya eran padres de una hermosa niña—, en la que le anunciaban que, a comienzos del verano de ese nuevo año, iban a trasladarse a Burgos. Y que, apenas estuvieran bien instalados, tenían pensado visitarlos.

Aquellas cercanas y bonitas perspectivas habían contribuido a que ambos rieran alborozados mientras comenzaban a idear infinidad de entusiastas y

divertidos programas para esos días venideros.

En ese momento Diego, en medio de un amoroso gesto, acarició el abultado vientre de su esposa. Ella, con una gozosa sonrisa, le retuvo las manos entre las suyas. Luego, girándose a medias, le buscó sus labios. Y, cuando Diego se inclinó hacia ella, lo besó en la boca.

—Te quiero. Te quiero, con toda mi alma —le susurró él cerca del oído—. Déjame que te mire, estás muy guapa... —acariciándole el rostro, adicionó—: ¿Te has fijado que las cicatrices de tu cara ya casi no se notan tanto?

Sonriéndole coqueta, Bruny expresó:

—Sí, las mujeres de los guerrilleros hicieron un buen trabajo, ¿verdad? —Mirándolo a los ojos, añadió—: Yo también te quiero; con todo mi corazón y con todos mis sentidos.

Era verdad: cada día que pasaba parecían amarse más. Y, cuando descubrieron que ella de nuevo estaba encinta, ambos sintieron que la felicidad los llenaba por completo.

En aquel preciso momento, una de las criadas llamó a Bruny, para consultarle sobre el equipaje que los niños llevarían en su viaje a Cádiz.

Al quedarse solo, Diego salió al jardín; el viento frío pareció vivificarlo. Y, mientras admiraba las diferentes tonalidades amarillentas, que el invierno pintaba en todos los árboles y plantas, con gesto extasiado respiró muy hondo. Era maravilloso ver cómo su vida había retomado el rumbo que, durante tanto tiempo, parecía perdido, hasta llegar a un puerto seguro.

Estaba junto a la mujer amada. La mujer con la que tantas veces había soñado y de la que, sin saberlo, tenía dos hijos, fruto de la apasionada noche de amor en la que ambos se habían entregado en cuerpo y alma. Y ahora, muy pronto, le daría otro hijo. La misma mujer con la que pensaba envejecer mientras los niños fueran creciendo. ¿No era eso lo más hermoso y lo más gratificante que podía pasarle a un hombre que, como él, había sufrido un largo tormento, sumergido en medio de tantas sombras y de tantos desconciertos? Quizás era verdad aquello de que para llegar al cielo, primero

hay que atravesar el infierno.

Ahora que era padre de familia, tenía muchos planes para el futuro de sus hijos, que incluían sus nuevas posesiones en la hermosa ciudad de Córdoba. Además de eso, en su mente atesoraba innumerables proyectos en beneficio de sus padres, hermanos, cuñados y también de Gustavo, incluso de Pepín... algunos de ellos insólitos, casi inconcebibles.

Pero bueno, como siempre solía decir el viejo Dionisio, su inolvidable amigo: «En la vida, hasta lo más increíble puede llegar a suceder».

Solo tenía que esperar... esperar confiado, hasta que sus anhelos, sus sueños y sus aspiraciones se cumplieran.

Porque... ¿quién podría dudar de que, sobre la Tierra, bajo el cielo, todo es posible?

*FIN*

Si te ha gustado

*Hasta cuando volvamos a encontrarnos*

te recomendamos comenzar a leer

*Te estaba esperando*

de *Chris Razo*



## Mario

—Si no te estuviera viendo la bala en el abdomen, pensaría que te han metido un tiro en la cabeza, por las tonterías que estás diciendo.

—No es ninguna tontería. Estoy enamorado de tu hermana.

—¿Qué gilipolleces estás diciendo? ¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Hace tiempo, Diego.

—¿Te has acostado con mi hermana?

—¿Crees que es el mejor momento para contestarte a eso?

—¡Me da igual si es el mejor momento! ¡Te he hecho una pregunta!

—Sí. Me he acostado con ella. —Diego se echa las manos a la cabeza.

—Si sales de esta, ten claro que voy a matarte. ¿Con mi hermana? ¿Cómo has podido hacer eso? ¡Es una niña!

—No es ninguna niña. Y estamos enamorados.

—¿Enamorados? Y si estáis enamorados, ¿me puedes explicar por qué se ha ido con otro?

—Eso es un golpe bajo.

—¡Perdona! Es mucho mejor enterarme de que mi mejor amigo se acuesta con mi hermana.

—Yo...

—¡Tú eres un cabrón! Y olvídate de que yo llame a mi hermana. Lo mejor que te puede pasar es que ella no vuelva.

—¿Lo mejor? No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. Llevo años viendo cómo te tiras a las tías y luego pasas de ellas. ¿Crees que quiero eso para mi hermana?

—Es que con tu hermana las cosas no son así.

—¿Y cómo son? No quiero que te acerques a ella.

—Parece mentira que seas mi mejor amigo.

—Eso mismo podría decirte yo. No has sido capaz de decirme lo que estaba pasando.

—¿Y para qué? Hubiera pasado lo mismo que ahora.

—No lo sé. Pero enterarme así, no es la mejor manera.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No habértelo contado. Pero no sé qué me echas en cara, si tú has sido igual que yo.

—Sí, pero yo sé con quién hago las cosas. Mi hermana es una niña. Estaba claro que se enamoraría de ti. Ahora me cuadran muchas cosas.

—Yo nunca haría daño a tu hermana.

—¡Vamos, Mario! ¡Estás muy jodido! Desde que pasó lo de Esmeralda, no has vuelto a tener ninguna relación estable.

—Porque yo lo elegí así.

—¡No quiero seguir hablando de esto! No vuelvas a acercarte a mi hermana, o te juro que no respondo.

—No puedes pedirme eso.

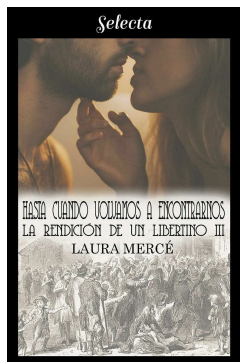
—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy exigiendo.

—Entonces tenemos un problema.

—Eso creo yo también. —Se hace un silencio incómodo—. Quizás no sea el mejor momento para discutir, tengo una bala atravesada en el abdomen.

Esto es lo último que recuerdo. ¿Aquí se acaba todo? ¿No volveré a verla? ¿Es este mi final?

## Hasta cuando... volvamos a encontrarnos



En un Madrid devastado, al borde de la inanición, Diego Ibáñez intentará llevar a cabo un descabellado plan para rescatar a la mujer que ama. En un 1810 donde Jerez de la Frontera es tomada por el ejército francés, Diego Ibañez permanece con la mente extraviada y es poco lo que recuerda de su pasado. Para su suerte, el que los invasores lo consideren un afrancesado logra que le den un trato bastante aceptable. Incluso éstos les otorgan, a él y a su padre, salvoconductos para desplazarse hasta Cádiz, donde su madre y hermanos están refugiados en la casa de su tía.

Los campos de España se siguen ensangrentando, no obstante, los extraordinarios avances nacionales y el accionar de los valientes guerrilleros comienzan a levantar el ánimo y la moral de los que luchan por su independencia. Y, junto a eso, Diego, poco a poco, comienza a recordar a Brunilda, a la que cree perdida para siempre.

Días después de la firma de la Constitución de ese año de 1812, Diego descubre que Bruny se halla presa en Madrid a manos de los franceses y próxima a ser trasladada a Paris para ser juzgada con todo el peso de la ley. En medio de la alegría de saber que ella aún está soltera en suelo español, pero a la vez desesperado por la noticia de su delicada situación penal, Diego rápidamente viaja a la Metrópoli. Allí consigue reunir un numeroso grupo de hombres, algunos de ellos proscritos, dispuestos a prestarle ayuda para rescatar a la cautiva a manos de los franceses...

**Laura Mercé** nació en Barcelona, pero en época del franquismo, ella y sus padres tuvieron que emigrar a la Argentina. La mayor parte de su vida transcurrió en la ciudad de La Banda, en Santiago del Estero. Desde muy temprana edad fue una apasionada de la historia y la literatura. A los doce años comenzó a escribir cuentos, la mayoría fantásticos, y continuó luego con novelas del género esotérico, histórica-romántica y drama. Durante su niñez, hasta llegar a la adolescencia, tuvo algunos episodios reñidos con la lógica. Por ese motivo, comenzó a investigar el tema de la reencarnación y todo lo que tuviera que ver con sucesos paranormales... hasta llegar a escribir esta historia de amor y misterio. En el año 2001 regresó a España, donde vive actualmente.



Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Laura Mercé

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-13-8

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Nombre\_del\_libro

Prólogo

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laura Mercé

Créditos